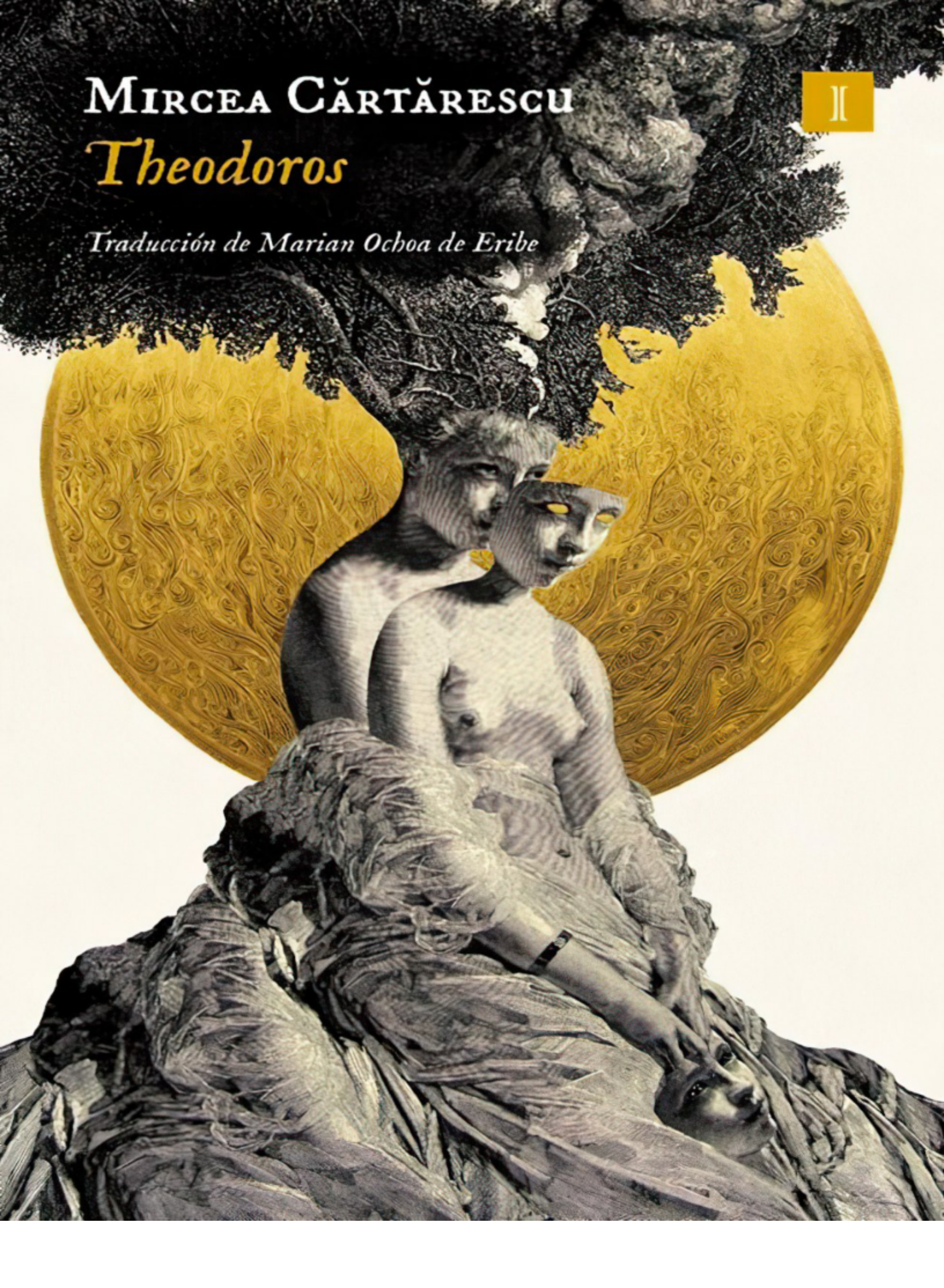
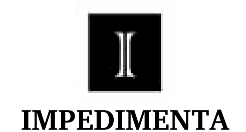


Mircea Cărtărescu
Theodoros
Traducción de Marian Ochoa de Eribe

THEODOROS

MIRCEA CĂRTĂRESCU

Traducción del rumano a cargo de Marian Ochoa de Eribe


IMPEDIMENTA

Título original: *Theodoros*

Edición en ebook: julio de 2024

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es



Esta obra ha sido publicada gracias a la ayuda concedida por el Instituto Cultural Rumano dentro del Programa de Subvenciones para la Traducción y Edición.

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 9788419581709

Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz:
«¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?».

Apocalipsis 5, 2

PRIMERA PARTE

TUDOR

1

Si te santiguas con tres dedos embadurnados de sangre, si te unges con sangre la frente, sobre las cejas (de donde se escurre un reguero a lo largo de tu nariz morena y aguileña hasta el bigote enroscado en la parte izquierda con hilo de oro, antes de gotear en las baldosas de malaquita de la fortaleza real), y dejas una mancha en el faldón de tu camisa de un satén tan blanco que parece dorado, y otras dos en los hombros con charreteras de ópalo, primero el derecho, luego el izquierdo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén, ¿se aceptará tu cruz? Te han dicho siempre que eres un hombre osado, y eso has sido desde que tienes uso de razón, pues así saliste del vientre de tu madre en el Archipiélago, una cruz de carne en la que muchos, incontables mártires, entregaron su alma, una cruz de soberbia y codicia en la que, con tus manos bañadas en sangre y en pólvora, con tus uñas apestosas, que siempre has llevado largas y que no limpias jamás para no olvidar ningún cuerpo, de mujer o de hombre, en el que las hayas clavado, fue al principio crucificado tu pobre espíritu, un fantasma de aire transparente, un aire transparente atravesado por clavos que grita de dolor, y flores de sangre que florecen arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Has sido un hombre sangriento, Theodoros, has hecho el mal a ojos de Dios, has comido con sangre y has bebido sangre, y por ello tu sacrificio no será aceptado, porque la vida de cada cuerpo está en su sangre. Durante toda tu vida has intentado conciliar la mirra y la sangre, en tu cruz clavaste otro tablón, abajo, en los pies, idéntico al tablón donde se extienden los brazos, y a ambos extremos colocaste unas ruedas con radios de bronce y transformaste la cruz en un carro de guerra tirado por cuatro parejas de caballos, y tú, señor de las arenas rojas africanas, tú, dios embustero, tú, profeta de la matanza, tú, Tewodros II de Etiopía, como nadie de tu estirpe había soñado que pudieras llegar a ser, pero como supiste tú desde el comienzo de los tiempos, como si no hubiera sido el Hijo de Dios, sino tú, un gusano, el partícipe de la Creación y hubieras visto a Satanás caer del cielo como un rayo, tú, el que vio su sueño con los ojos y cuyos ojos no pudieron soportar ni la maldición ni la bendición, tú, el último

hombre en la faz de la tierra, sujetabas las riendas de las cuatro parejas de caballos, con las botas llenas de barro rojo plantadas en la madera blanca e inmaculada, como de abedul, de la cruz, haciendo ondear sobre los ejércitos encarnizados tu bandera verde-amarilla-roja con el león conquistador de la tribu de Judea en el centro, *Moa Ambassa ze imnegede Yehuda*, tú, león de los leones, rey de reyes…

De niño ya te preguntabas cuán poderosa será la fe si, con una fe del tamaño de un grano de mostaza, le dices a la higuera que se plante en el mar y ella saca las raíces y vuela con sus hojas temblorosas sobre montañas y valles y llega a la orilla pedregosa del mar —el mar del Archipiélago, del color de la esmeralda y del lapislázuli recién molido, otro no ha existido jamás en tu corazón ni en tu mente— y clava sus decenas, sus centenares de raicillas heridas y crudas en la carne gelatinosa de las olas, y prende ahí, una higuera en medio del mar, un espectáculo inaudito y desconocido, y da fruto, y el aroma de los higos maduros, blandos como senos, dulces como la miel, colma las islas. Eras un niño harapiento y mocoso que hojeaba *Alixăndria*[1] al fondo de un jardín descuidado, en un lejano país bajo los lémures celestiales, cuando brotó por primera vez en tu mente, pequeña como un grano de mostaza, la idea de que… Pero te dominaste entonces, atenazado por el pánico que marchitaba de repente lo más profundo de tu corazón, como si hubieras pensado que, si contaras con suficiente fe, no un grano de mostaza, sino mucha, mucha, como una monedita o el peso de tu cuerpo, podrías cambiar el curso de las estrellas en el cielo y podrías detener el sol y la luna como hizo Josué cuando el Señor lo entregó a los amorreos, y podrías hacer que un anciano regresara de nuevo al vientre de su madre para volver a nacer, o podrías mecerte sobre querubines, con una bóveda de zafiro a tus pies idéntica al cielo en todo su esplendor. Si se pudiera ver el destino del hombre, si cada hombre, cada mujer y cada niño tuviera una bandeja de oro en torno a la cabeza, como los santos pintados en las iglesias, entonces se vería el tamaño de su fe, pues algunos no tendrían ni un ápice de aureola, y en otros esa bandeja redonda, labrada en oro, sería tan grande que abarcaría no solo su cuerpo entero en la urdimbre de oro de su destino, sino también las casas y los árboles frutales y los campos de alrededor, y descendería incluso bajo el polvo, de tal manera que la tierra se volvería transparente y se vería allí el territorio de los muertos, los pueblos y los sembrados de los que gozan del descanso eterno. Y se vería asimismo a algunos que, destinados a no tener destino, se forjan solos su propio destino, pues ese es su deseo, y su deseo es férreo y tajante.

Desde que eras un niño te preguntaste, con la agudeza de tu ingenio afilado por *Alixăndria* y *Esopia* y *Archirie* y *Anadan* y *Las mil y una noches* con todas sus maravillas, y las historias interminables de tu

madre, Sofiana, de la isla de Tinos, cuna de la ortodoxia del Archipiélago, coronada por el santo monasterio de Panagia Evangelistria, a los que se sumaron después los libros de Moisés y los *Hechos* del apóstol san Pablo y el testimonio de san Juan de Patmos y finalmente el *Kehra Nagast*, el libro sagrado de la Iglesia etíope tewahedo, te preguntaste de niño si voluntad y fe serían lo mismo, sin entenderlo entonces, aunque lo entiendes perfectamente ahora, aquí, en uno de los doscientos aposentos de la fortaleza de Magdala, donde tú, «el Esposo de Etiopía y prometido de Jerusalén», como tanto te gusta llamarte, vives los últimos instantes de tu vida: la fe viene de Dios; la voluntad, del Diablo. «Como pecado de hechicería es la rebeldía, crimen de terafín la contumacia», le dijo el profeta Samuel a Saúl cuando el Señor abjuró de él y se arrepintió de haberlo elegido rey. La misma energía, pero la primera brota de un corazón puro, la otra de una mente perversa e idólatra cuyo ídolo eres tú mismo. Te has postrado ante tus propios pies desde que tienes uso de razón, Theodores, no has tenido otro Dios, y ahora, cuando todo ha terminado y las tropas de Napier han destruido la fortaleza y los cañones retumban todavía como la voz del Todopoderoso y los soldados registran todas las celdas en tu busca para arrastrarte de la barba y arrojarte a los perros y la emperatriz Tiruwok y su hijo están recluidos en sus aposentos, más soberbios y más despiadados aún que tú, dispuestos a cortar tu cuello de miserable hombre del pueblo, hijo de una vendedora de remedios para las lombrices, porque osaste deshonrar a una descendiente del sabio Salomón, e Ytege Yetemegnu, tu concubina con el vientre y las nalgas llenas de cardenales, pues hace años que no puedes acoplarte con una mujer si no es golpeándola con saña, ha huido con los ingleses, y no hay un criado ni un sacerdote a la vista, aunque uno de cada cinco hombres de Etiopia sea sacerdote; ahora, cuando no tienes escapatoria, pues la reina Victoria, en otra época tu amiga, te ha retirado sus favores, esa perra hereje y loca, y si te entregas acabarás en una jaula, transportado como un animal sanguinario, como un carnicero bárbaro por las callejuelas de Londres, donde serás finalmente ahorcado en medio de una turbamulta burlona como un ramillete de dientes estropeados; ahora, cuando sabes que en unos instantes serás apresado por unas criaturas con garras más largas y más negras que las tuyas y serás arrastrado a una de las infinitas estancias del infierno, angostas como armarios, con paredes de hierro al rojo vivo y llamas crepitando bajo tus pies con una furia destructiva, y que arderás ahí, colgado de la lengua y desollado vivo y sodomizado con un hierro candente y con los ojos reventados, y que el aullido que florecerá entre tus dientes será absorbido de inmediato por las paredes de cobre fundido, y esto no durante una hora, ni durante un día, ni durante un año, sino durante

toda la eternidad, y tras la primera eternidad, durante otras mil eternidades, como vio con Sus ojos la Virgen María cuando descendió al infierno; ahora, el glorioso día de Pascua, en el Año del Señor de 1868, después de cumplir medio siglo en el que te has ocupado de una única cosa, conquistar el mundo a costa de perder el alma, te quedan tan solo la soberbia, el odio, la voluntad cruel de caminar sobre cadáveres, esta vez sobre tu propia carroña, todavía vivo pero muerto ya, muerto en tu mente y muerto para tus manos, que ahora tiemblan, mas no lo suficiente como para no realizar su cometido, y que buscan ya el frío del cañón, de la cresta y del gatillo como busca una boca un hilo de agua fresca.

Tienes encima de la mesa, revestida por un brocado rojo con escenas doradas del Pentateuco, una caja de caoba abierta en la que, sobre un lecho de satén arrugado, hay dos pistolas de duelo de una rara belleza, como los tallos de una flor nunca vista o como pequeños animales marrones, de piel reluciente como un espejo. La culata de cada pistola está adornada con un encaje de oro que ciñe el mecanismo del gatillo. Entre las pistolas colocadas cañón contra culata hay un espacio en el cual, hundidos en el satén fruncido, se encuentran varios accesorios de formas curiosas, brillantes como el azogue, y tres balas doradas. Es el regalo de la reina Victoria de unos tiempos mejores en los que, aunque no respondía con su graciosa mano a tus largas y enrevesadas misivas, pues en definitiva no eras para ella sino un salvaje africano que hace monerías en un trono arrebatado a otros, te enviaba siquiera de vez en cuando un cesto de quesos tan apestosos que se los dabas a los esclavos y a los cerdos y que ni ellos comían, o un reloj que estropeaste cuando le diste cuerda por primera vez con tus garras toscas, o una especie de instrumento musical que nadie sabía tocar en Etiopía, así que en las frecuentes ceremonias marcaban el ritmo golpeando la curvatura de caoba con sus manos negras de palmas rosadas, como si fuera un tambor, ignorando sus cuerdas y sus teclas de marfil, cuya función todos desconocían. Al menos las pistolas serían de utilidad, aunque fuera una sola vez, tras lo cual Napier se apropiaría también de ellas, como se apropiaría de Magdala, de sus tesoros, de los montones de colmillos de marfil, de los sacos de especias de los sótanos donde, para poder entrar, tenías que taparte la nariz y la boca con un pañuelo perfumado, pues de lo contrario el aroma de la madera de sándalo y el de la canela y el clavo y el ámbar y la mirra y el nardo y los siete tipos de pimienta te embalsamarían por dentro, te pararían el corazón, y el tiempo se detendría como en el Paraíso pintado en las paredes de tus iglesias excavadas en piedra, y no volverías a mostrarte sobre la faz de la tierra, bajo los deslumbrantes cielos africanos. Salomón, hijo de David —a cuya estirpe deberías pertenecer para tener derecho a

gobernar la sagrada Etiopía, para no ser un ladrón del reino dos veces embustero, pues ni estabas inscrito en el libro de los santos de Israel como descendiente de Menelik, ni eras siquiera Kassa, el hijo de la vendedora de *kosso* contra las lombrices y las tenias de las tripas, sino un vagabundo de un país lejano—, había reunido el oro de Ofir y los cedros del Líbano, había levantado la Casa de Dios en la que puso el Nombre de Aquel que hablaba de entre los querubines, sobre el propiciatorio, y había recibido a la reina de Saba en sus palacios y finalmente en su regazo, para que así viniera al mundo Menelik, el fundador de la dinastía etíope, la más antigua sobre la faz de la tierra, pero no podía alardear de las innumerables riquezas acumuladas por ti en tan solo treinta años de reinado, Tewodros II, aquel que, si Dios le hubiera preguntado qué atributos desearía de Su mano, no habría pedido nunca, como Salomón, sabiduría y entendimiento, adecuados tal vez para los zapateros y los carpinteros, sino ser emperador y tener un poder ilimitado para ponerles un aro en la nariz a sus enemigos y extender ante sus pies las montañas altas y cubiertas de nieve de este mundo. Y, aunque Dios no lo hubiera querido, tú habrías sido de todas formas emperador por tu propia mano, habrías reinado igualmente sobre estos africanos negros como el ébano, de ahí su nombre de etíopes, pues el chiquillo harapiento de la brumosa Valaquia, que en los fríos otoños, acurrucado en los desvanes, leía *Esopia*, el libro sobre el negro y feo Esopo, el esclavo de Xantos, no sabía que su destino iba a llevarlo, ciego, al país de aquel, donde todos eran negros como él, pues eso significa Esopo, etíope, es decir, negro.

De tal manera que hace trece años, en la santa iglesia de la Virgen María de Dirasge, rodeado por decenas, por cientos de sacerdotes vestidos con lana multicolor que cantaban rítmicamente en tono gutural, mostrando unos dientes destrozados —los que aún tenían dientes— y saltando como langostas, como chamanes, de los que los diferenciaban tan solo los incensarios y las cruces torcidas, y agitando sus varas de bambú como si fueran lanzas, tú, el falso Kassa de Qwara y el falso descendiente de Salomón, te coronaste a ti mismo, a semejanza de Napoleón, con una corona bárbara de oro, marfil y madera de sándalo tallada, con el nombre, también este una impostura, de Tewodros II, para cumplir la profecía de que un rey con ese nombre vendría a convertir Etiopía en un país de cuento en el que fluirían la leche y la miel, el país de Cristo crucificado, el país de los mil años de paz. Tú, sin embargo, que antes incluso de llegar al trono hiciste temblar las vidrieras de la iglesia, a través de las cuales caía la luz sobre la muchedumbre de sacerdotes y niños desnudos y mujeres de mejillas pintadas con yeso, curiosos esclavos de Cristo, gritando que tú eras aquel, que ese día se cumplía la profecía; tú, el embustero mesías de un pueblo esclavo vendido, transformaste el antiguo

imperio en un valle de lágrimas. En solo trece años destrozaste el pueblo del *Kebra Nagast* y llenaste la tesorería de riquezas de las que no quedará ni rastro, pues en unos pocos días los soldados de Napier, más criminales y más bárbaros que los tuyos, saquearán todo, todo, y desaparecerán tus tres coronas, y el ¡cono milagroso de Kurate Re'esu con el rostro del Redentor coronado de espinas, tan poderoso que luchaba por ti cuando lo llevabas contigo a la batalla, como en otra época el Arca por las tribus de Israel, y las cruces de oro, y los jarrones de alabastro, y las cajas con puñados de piedras preciosas, y las armas sagradas de tus predecesores en el trono, todo ello será acarreado a las faldas de una Magdala en llamas, arrojado al azar, en montones, sobre mantas extendidas en la hierba y vendido a quien quiera y a quien no quiera a precio de baratijas. Tiruwork Wube, tu reina, que te odiaba más que al mismo infierno, la grandiosa y gélida descendiente del emperador Salomón, y vuestro hijo, Alemayehu, que habría debido sucederte en el trono pese a ser un mozalbete que a los doce años no se separaba aún de las faldas de su madre —algo que te hacía recordar cómo estuviste también tú bajo el hechizo de la tuya, Sofiana, la griega del Archipiélago que había acabado de sirvienta en la brumosa y agitada Valaquia, y cuánto perdura en tu nariz el aroma a tela desgarrada y a frío de su aposento—, serán raptados y trasladados a Inglaterra ante la indiferencia de todos, para morir allí en las brumas y las lluvias y la oscuridad de la pérfida Albión; serán introducidos en féretros cubiertos con fantásticos ropajes etíopes, terciopelos llenos de bordados que representaban los más gloriosos momentos de la dinastía salomónica, de más de mil años de antigüedad, y sepultados en la tierra fría de ese islote de piedra.

Tú ni siquiera de eso podrás disfrutar, pues te encontrarán desplomado en el piso, con el cañón de la pistola todavía en la boca y los sesos extendidos por la mesa roja, el suelo y las paredes, con trozos de cráneo y cuero cabelludo de los que colgarán todavía tus trenzas desparramadas por las losas de malaquita verde oscura, y los obispos del pueblo que habías gobernado sin legitimidad no van a perdonarte por haber alzado la mano contra ti mismo, un pecado mortal, porque solo Él puede dar la vida y arrebatarla cuando quiera y a quien quiera, y quitarte la vida significa privar al Señor de uno de sus siervos, de una vasija para el honor o para la vergüenza, según tuviera Él a bien para Sus caminos siempre inescrutables. Así pues, después de que te hayan encontrado los soldados y te hayan despojado de tus ropajes hasta dejarte desnudo, porque las vestimentas del emperador muerto se venderán caras, después de haber sido objeto de burla, después de que te hayan arrancado la barba y te hayan escupido y te hayan pateado los huevos arrugados y morados, serás enterrado por los ingleses, con salvas de escopeta, cierto, pero no en tierra santa y no

como se entierra a los consagrados al Vivo en la tierra, sino como al vagabundo y el don nadie que eras. Pues no entraste en el fango sudoroso de Etiopía ni como Tewodros, coronado con sándalo y marfil, ni como Theodoros, terror del Archipiélago y déspota expoliador del Levante, sino, puesto que así te conoció el Señor en tu bautizo, como Tudor, el hijo de tu padre, Gligorie el Bonetero, siervo de Tachi Ghica, el boyardo de una estirpe de la que habían surgido también los príncipes de aquellas tierras, más de leyenda y ensueño que de geografía: la brumosa, nevada, salvaje e incomparable Valaquia, patria florida, con aroma a durazno y a membrillo, con gallos cantores que traspasaban todavía con su voz de trompeta tu alma perdida. Y tus últimas palabras, mientras te recorrían unos sudores mortales en la celda que vería el final de tus días, sobre el peñasco de Magdala, bajo los retorcidos cielos africanos, serán solo en rumano, como en rumano hablabas en todos tus sueños, que, adondequiera que te llevaran tus pasos, las caravanas y los veleros, te situaban siempre en tu casa de Ghergani, en la hacienda de los Ghica o en su mansión de Bucarest, por donde discurría el Dâmbovița con sus dulces aguas en las que se bañaban las doncellas y las ocas. Allí estaba, durante el medio siglo en el que has arrastrado tu sombra por la faz de la tierra, el único lugar al que has llamado casa, el único en el que tenías carne y huesos como las criaturas humanas, antes de convertirte en un fuego abrasador y en una vasija rebosante de sangre. Y ni siquiera en la gélida tumba de una tierra ardiente encontrarás el descanso verdadero, fueras quien fueras en tu corazón, porque entre las alhajas robadas por los ingleses de tu cuerpo todavía caliente —los pendientes de crisólitos arrancados de los lóbulos de las orejas y los hilos de oro que prendían la parte izquierda de tu bigote y la cruz de cristal caída del cielo en la provincia de Gojjam después de un súbito relámpago, que llevabas colgada del cuello en una cadena de eslabones de piel seca de jirafa, y el diente de oro de tu boca, comprado en un mercado del Líbano en la época en que Nura era tu diosa árabe y tu mujer serpiente, elegido entre decenas de dientes de madera, marfil, oro y sílex en una de las cajas del tenderete de un musulmán que vendía, además de dientes, puntas de flechas y de lanzas— se encontraba también tu anillo imperial, con el título real grabado en una plaquita de amatista, la piedra del día de tu nacimiento en Acuario, y nadie tuvo conocimiento de él, pues el ladrón te había untado el dedo gordo con grasa para poder sacarlo, y no lo devolvió ni bajo las más severas amenazas de la proclamación de Napier al día siguiente.

Pero varias semanas después de que fueras enterrado y tus parientes emprendieran el camino de los mares hacia la brumosa tierra de los ángeles, el anillo apareció en Wollo, entre los clanes de

los perros infieles Mammadoch, que se creían descendientes del propio Mahoma y a los que, con la crueldad de un animal salvaje, casi habías exterminado años atrás, ordenando colgar de un árbol a su príncipe y cercenando las manos y los pies a los que no quisieron creer en la resurrección de los muertos de Nuestro Señor Jesucristo. Un hombre desconocido se había presentado, al parecer, en medio de los musulmanes con tu anillo en el dedo, afirmando ser tú, diciendo que los ingleses habían enterrado tan solo un saco de ropa y que ibas a regresar al trono de Abisinia para expulsar a los extranjeros y aplastarlos a ellos, hijos de la patraña, pero desapareció entre los musulmanes antes de que le echaran el guante y de que lo mezclaran con el polvo. Se presentó luego en Saba, de donde en otra época una reina hermosa y riquísima, Negest Makeda, había partido con su caravana hacia Jerusalén para convencerse de la sabiduría del rey Salomón; más adelante apareció en la iglesia de la Virgen María de Sion —situada en la ciudad más sagrada de tu reino, Axum—, donde alzó el dedo con el anillo de amatista hacia el techo y anunció de nuevo tu próximo retorno; se presentó después en otros mil lugares, bajo todos los árboles verdes y en todas las alturas, de tal manera que tu sucesor, el nuevo emperador Tekle Giorgis III, hijo del chiflado de Wollo, instalado por los ingleses en el trono del país después de que Magdala desapareciera devorada por las llamas hasta que no quedó piedra sobre piedra allá arriba, en la roca donde se había elevado tu poder, tuvo que enfrentarse a un ejército entero de Tewodros, nacidos de los miedos y las pesadillas de los infelices que habían vivido bajo tu yugo durante trece años como trece siglos. Miles de Tewodros, miles de leones de Magdala, miles de guerreros con corazas y cascos, con ojos de fuego y barbas ardientes como una hoguera que no se consume, a lomos de cruces transformadas en carros de combate, y que alzaban hacia los cielos africanos el dedo con el anillo de amatista, invadieron Etiopía como langostas de rostro humano, profetizando que Tewodros volvería muy pronto para someter a sus enemigos mortales. Solo después de que Giorgis fuera sustituido por Yohanis IV, el ejército de lémures se disolvería lentamente en el aire ardiente, como un espejismo sobre las colinas arenosas. Te trasladaron luego de tumba en tumba, para que se perdiera tu rastro y desapareciera de raíz tu adoración por parte de los que recordaban, como después de cualquier tirano, que en tus tiempos se vivía mejor.

¿Y acaso no se vivía mejor?, te preguntas ahora, cuando aún estás vivo, aunque hayas muerto ya en tu mente profética, cuando aún puedes ver con tus ojos crueles, tan puros en otra época en los amaneceres de Valaquia, tan bellos y masculinos en el fuego de minio y esmeralda del Archipiélago, cuando aún puedes palpar los cañones floridos de las pistolas que te regaló, por una broma del destino, la

reina que jamás imaginó que fueras a quitarte la vida con ellas, cuando aún puedes oír el alboroto de los soldados que saquean tu fortaleza. Atormentado y solo, escribiste toda la mañana de aquel sagrado día de Pascua una epístola a tu enemigo, el general Robert Napier, un hombre curtido en las guerras en India y China, un hombre inmisericorde al igual que tú, aunque se consideraba portador de la civilización y campeón de la cristiandad, que había recorrido cuatrocientas mil millas desde Zula, donde había construido un puerto en el mar Rojo para poder invadir Etiopía, hasta Magdala, un país sin carreteras ni puentes, un avispero de guerreros con impenetrables montañas azules y cascadas de rugiente cristal y pueblos con mujeres blanqueadas con yeso y con quitasoles de parches coloridos, con iglesias excavadas en roca y monos con dientes de perro por doquier, con monjes desdentados en cada nicho, con las noches más estrelladas y más frías que en cualquier lugar de nuestra bendita esfera. Le escribiste a tu enemigo como si te escribieras a ti mismo porque no tenías a quien escribir, porque tu madre, Sofiana, se había convertido en monja de Cristo y tal vez hubiera pasado ya a la eternidad y, de cualquier manera, no le habrías escrito, pues ¿qué podías escribirle? ¿«Madre querida como la luz de mis ojos, debes saber que tu hijo se ha vuelto un infame y ha vendido su alma por unas monedas como hizo en otra época Judas Iscariote, que ha manchado de sangre el icono de la Santísima Virgen con el niño en el regazo, que ha quemado iglesias con sus santos y todo, que les ha cercenado las manos y los pies a unos cristianos todavía vivos, que los ha ahorcado y les ha arrancado los testículos solo por unos supuestos, unas imaginaciones y unos sueños, que ha deshonrado a princesas y reinas, que ha colocado bajo un yugo insoportable a su pueblo y lo ha azotado con látigos y escorpiones, que no se ha atrevido desde hace años a arrodillarse delante de su lecho junto a su reina altiva, pero llena de celo religioso, para rezar el padrenuestro con ella, que no ha habido mentira ni traición ni perjurio ni trampa tendida a sus semejantes que no haya cometido en el nombre y el desprecio de la ortodoxia, sobre la que tanto me hablaste en otro tiempo, cuando estaba pegado a tu cuerpo, más amado que la vida, cuando creía que sería un hombre bueno porque tú eras buena y mi padre era bueno»? Mojaste en cambio la pluma en el tintero y, apático y asqueado de la vida, le escribiste a tu acérrimo enemigo:

> *Yo, Tewodros II, Rey de Reyes y Emperador de Emperadores, León conquistador de la tribu de Judea, Esposo de Etiopía y prometido de Jerusalén, a Robert Napier, comandante de la armada de su Majestad la Reina de Inglaterra.*
>
> *General, debes saber que gracias a Dios me encuentro sano, algo que le deseo asimismo a su señoría. Ahora estoy en tus manos, tal y*

como lo estarías también tú, sin espada y postrado a mis pies, si El que todo lo ve no hubiera deseado otra cosa, pues hizo que el gran cañón Sebastopol, en el que confiaba como en un arcángel celestial, reventara con la primera salva, para desesperación de mi ejército, que se vio así vencido y desarmado. Aquel cañón era milagroso y podía destruir con una sola salva un escuadrón entero y, de haber funcionado, habría hecho añicos tu ejército. Así pues, despójate de tu soberbia y perdona a mi ciudad y sede del trono, porque ninguna victoria descansa en el poder de los ejércitos, sino en la voluntad de la Providencia celestial.

¿Qué? ¿Has venido a rescatar de mis manos a los forasteros que han llenado el país con sus Biblias, a los papistas y a los herejes protestantes que quieren enseñarnos los santos Evangelios? ¿Acaso no sabes que mi país tiene desde hace siglos un Evangelio, más antiguo y más sagrado que el vuestro, que se llama Kebra Nagast, *Cloria de los Reyes, y que se saben de cabo a rabo aquí, en Etiopía, incluso los niños? Contiene la verdadera historia de Salomón, el hijo de David, y de la reina de Saba, sobre la que se funda la casa de los reyes de Etiopía y que vosotros desconocéis, pero que es verdadera* y *que conoce cada alma de mi gran imperio. Contienen además sus hojas muchos tesoros de sabiduría e historias fondas sobre los tiempos de los patriarcas*, y *los milagros que hizo jehová cuando condujo a su pueblo al desierto, bajo la nube, y la verdadera historia del Arca de Dios. No hace falta otro libro sagrado, porque no existe bajo el sol otro como el* Kebra Nagast.

¿O has venido tal vez con tus decenas de miles de soldados a enseñarnos cómo deben comportarse los cristianos? Hasta ahora no he visto en vosotros más que fuego, sangre, soberbia y embustes. Sí, he visto también sumisión absoluta, y orden, y *una sola voluntad que yo he admirado, aunque sea la de destruirlo todo. Pues de vosotros, los pueblos de Poniente, hablaba el sueño de Nabucodonosor, interpretado por Daniel, cuando revelaba el cuarto imperio, el de hierro, el que destruye toda la tierra con el poder del hierro. Habéis sometido las Américas, habéis hundido China en una espesa nube de opio que la devora hasta la médula espinal. Incluso los peces del mar huyen de vuestros veleros al ver que no son las velas desplegadas, sino el alquitrán y el humo denso, los que los conducen, gracias a sortilegios alemanes, por la superficie de las aguas. Ahora le ha llegado el turno a la madre de la humanidad, mi negra y tatuada África, la de las mil tetas y mil lágrimas, de ser violada y saqueada por vosotros, que despreciáis las enseñanzas de Cristo, crucificado para ser el consuelo de los pueblos, como despreciáis la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto.*

Al arrebatarme hoy el trono, debes saber, General, que has

aniquilado un sueño. Quería yo, Negus de los Negus y *luz de Etiopía, hacer de ella un país donde fluyeran la leche* y *la miel, con los caminos llenos de mercaderes, con sus territorios pacificados, con las herejías arrancadas de cuajo. Quería ser bendecido por un pueblo que recibe las lluvias a su debido tiempo* y *que tiene las manos llenas de pan. Quería aplastar al dragón mahometano que envenena las tierras del norte para alzar la sagrada cruz sobre todo mi reino, feudo de los santos de la fe verdadera. Quería traer hasta aquí,* y *enraizados en nuestra tierra roja, el ferrocarril* y *los telares* y *las fábricas de armas,* y *erigir edificios grandiosos, como en las ciudades de Poniente, que no he visto con mis ojos, sino solo con la mente,* y *mi mente se maravilló con su grandeza. Quería sacar a mi pueblo de los terribles siglos de destrucción que nuestros sabios llaman Zemene Mesafint, la Era de los Príncipes,* y *guiarlo a la paz* y *la luz. Estimé los regalos de la reina Victoria, su inolvidable epístola dirigida a nosotros,* y *la bandeja de oro* y *el par de pistolas* y *la buena voluntad de Su Majestad, como el comienzo de unos tiempos nuevos, mas nuestra confianza se vio terriblemente traicionada. Unifiqué la Iglesia ortodoxa etíope tewahedo bajo el signo del Hombre-Dios Jesucristo, en cuya naturaleza hombre* y *Dios no pueden separarse, mientras que vuestros sacerdotes* y *los de los papistas cuentan de manera embustera* y *herética que el Señor habla en los Evangelios unas veces solo como hombre* y *otras solo como Dios. En mi reino, Cristo era Dios desde el vientre de su Madre,* y *he atacado sin piedad a los que, siguiendo la fe de Qibat, mienten diciendo que Él recibió su condición divina en el bautizo.*

Si el maldito cañón Sebastopol no se hubiera resquebrajado con la primera salva, dejándonos sin el ala del ángel que nos habría concedido la victoria plena, yo habría vencido tu tenacidad y habría seguido adelante como un rey iluminado y bueno y justo, que sería recordado durante siglos y siglos, y en el trono de Etiopía no habría faltado nunca un descendiente de mi semilla. Pero por culpa de mis graves pecados parece que El que vuela sobre querubines no lo ha querido así, y se me ha asignado morir poco después de haber cumplido medio siglo en este mundo, en la tierra roja de Etiopía. Hoy me parezco a Job, desnudo y *lleno de bubas sobre su montón de basura. Pero desde lo más profundo de mi ser y como última voluntad, te ruego por Dios que te apiades de Magdala y de la emperatriz,* y *de nuestro Alemayehu, para que tengas suerte en este mundo, como has tenido hasta ahora,* y *resultes vencedor en todas las batallas. Queda en paz, bajo el amparo de la Santa Trinidad* y *de la Madre de Dios, la Virgen María.*

He escrito esta carta con mi mano, yo, el Rey de Reyes Tewodros II, en Magdala, el sagrado día de Pascua del Año del

Señor de 1868.

Metiste la epístola en un sobre, la sellaste con lacre rojo y lo marcaste con la amatista de tu anillo. Luego, cuando el alboroto de los soldados que saqueaban el laberinto de estancias se acercaba, y los desgarradores gritos femeninos, tus muchas concubinas y las criadas de la cocina y las monjas de la enfermería, anunciaban su sacrificio a unos deseos impuros, y el olor a humo indicaba que Magdala estaba en llamas y que en unos pocos días sería tan solo un montón de cenizas en la cima de un peñasco antaño inconquistable, apoyaste la cabeza canosa y abotargada y grasienta entre las manos, cubriendo tus orejas con los dedos cargados de anillos, apretaste los párpados y te volviste a encontrar en el icono de oro y sangre de tu vida, borrosa y misteriosa como cualquier otra vida cuando la contemplas desde las ciénagas de la carne, pues desde arriba el dibujo se vuelve nítido como la palma de la mano y se pueden leer las letras de los crímenes, de los besos, de las caricias, de los destellos del cuchillo, de los paisajes con islas y estrellas, de los recuerdos y de los sueños insensatos, de los vientres rajados y de los intestinos sacados de vientres que apestan a cloaca y del relincho de los caballos y del almizcle de entre los muslos de las mujeres, y del miedo al Juicio Final, del que nadie escapa. Viste de nuevo tu vida en un momento interminable, como el ahorcado entre el aflojamiento de la cuerda y la rotura de la médula de los huesos del cuello, y lloraste de furia e impotencia. Fuiste el más pequeño de tu familia, a semejanza de Saúl y de David el de los salmos, esclavo en casa de unos boyardos que te hicieron el bien y a los que pagaste haciéndoles el mal, luego robaste por mares de zafiro y esmeralda y, finalmente —como la mariposa que sale húmeda del capullo y extiende luego sus alas de seda hacia el cielo—, llegaste a ser el último príncipe de la Era de los Príncipes y el Rey de Reyes bajo los deslumbrantes cielos africanos.

«Señor de los ejércitos —murmuraste en tu fuero interno, a solas, con los sentidos sellados—, ¿por qué me trajiste a este mundo si todo debe tener un final? ¿Por qué tejiste el hilo de mi vida en el bastidor de los días y de las noches? ¿Por qué engendras sin cesar, en cada instante, la inutilidad y el sueño de nuestras vidas en la tierra?» Y no recibiste respuesta alguna, porque tu efod no tenía Urim ni Tumim y porque, al igual que Simón el Mago, no has participado ni has heredado en la historia sagrada. La rebeldía, dice Jehová a través de la voz de sus profetas, es como el pecado de la hechicería, y crimen de terafín la contumacia. El último rostro que atraviesa tu corazón es el de tu primera reina, Tewabech Ali, a la que llamabas Paloma cuando estabas a solas con ella y en ella, Paloma, una palabra valaca de la lengua en la que soñabas, la reina a la que amaste en tu corazón, pues

viste en sus ojos los ojos de la mujer de tu vida en el cuadro que llevabas siempre encima como si fuera un ¡cono.

Mientras recordabas su rostro moreno y sus labios de ébano y sus tetas de ídolo y sus vergüenzas como la pez, pero también la inocencia de sus ojos de yegua que brillaban bajo la pesada corona de perlas cuando reinaba a tu lado en un trono unido al tuyo, tomaste una bala del lecho de satén, la palpaste con los dedos, te la acercaste hasta ver en ella tu rostro barbudo y la depositaste sobre la mesa cubierta con encajes que representaban acontecimientos del Pentateuco. Sacaste de la caja la pistola de arriba; a continuación, los instrumentos para cargarla. De la pólvora no te separabas jamás, porque la mezclabas a veces, en lugar de la sal, con las viandas de la mesa, pensando que su olor a nitrato te fortalecería. Cargaste la pistola y admiraste su perfección: ¡si la hubieras tenido en Quíos o en Petra! ¡Se habrían arrodillado ante ella los *palicari*[2] y los negros como ante un ¡cono milagroso! ¡Qué culata de palisandro con magistrales taraceas! ¡Qué filigranas de marfil! ¡Qué redecilla de oro en el mecanismo del gatillo, fabricado a su vez en un acero primoroso! Pesada en la mano, de confianza, portadora de una muerte buena, dulce como un fruto maduro. Levantas el martillo y se oye un leve ruido dentado, su aceite fino te mancha los dedos. Los primeros ingleses irrumpen en el aposento, con sus uniformes de fieltro azul, a la vez que un humo denso, nudoso, impetuoso, y unos aullidos como los del fondo de la Gehena, y solo entonces vuelves en ti y sabes que todo ha acabado y, asaltado por los escalofríos de la muerte, pero decidido y despiadado, rezas el padrenuestro en rumano, «que estás en los cielos…, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad…», pero tu corazón está petrificado y no se ablanda con las palabras de la oración a Cristo, y apenas has dicho Amén cuando te introduces la pistola en la boca, sientes por un instante el sabor a hierro en la lengua, apoyas el extremo en el paladar, oyes que un soldado te grita algo mientras corre hacia ti con los ojos desorbitados, y entonces aprietas bruscamente el gatillo y el mundo se hace añicos y tu vida se acaba y tu historia puede comenzar, trenzada con todas las historias que brillan como los hilos de oro en el eterno bastidor de los días y las noches.

2

No llegaste a ser señor del mundo y Pantocrátor porque esa labor estaba en tu época ya adjudicada, a Cristo en los cielos y a la reina Victoria en la tierra. Nada se movía en los mapas de Mercator, donde el mundo redondo estaba aplastado en el papel liso, sin su mirada, que llegaba hasta las alcobas íntimas, a los lechos y los sueños de los príncipes y de las princesas, de los tapizadores y las tapizadoras, de los porqueros y de las porqueras del mundo, convertido desde hacía unos siglos en otro nombre del Imperio británico. Cuando recibió en su gabinete la noticia de tu muerte, la del negus absurdamente sanguinario de Etiopía, la reina se volvió hacia quien se la había llevado, Disraeli, su recién nombrado primer ministro, y él se encogió de hombros. El Imperio no se preocupaba por tu país, por su cristiandad negra, por sus obispos que no reconocían los Evangelios, por su belleza que se decía inigualable, pero que carecía de carreteras y de puentes para quien quisiera visitarla. *Hic sunt leones*, ponía en los mapas ante el país que tenía el león de la casa de Judea en la bandera. Leones en el desierto, amontonados unos sobre otros, martirizados por las moscas, bostezando con sus inmensas bocas, lamiendo a los cachorros que intentaban morderles la cola. La pequeña crisis había sido sofocada por el general Napier con sus treinta mil soldados, un contingente que parecía ahora demasiado grande y demasiado costoso para lo que tuvo que hacer, pero, y esto también contaba, había salido victorioso contra el negus que había insultado a Su Majestad y Su Imperio. Con Napier, la reina había ido a lo seguro, pues era un hombre de hierro en las colonias, se había distinguido en el Punjab, en las guerras con los sijs armados de curvos *kirpan*, en Ranode, cuando venció al príncipe Ferozeshah y puso fin a la insurrección de la India contra Su Majestad, luego en la China rebelde, donde defendió el camino a Pekín y derrotó a los chinos en Sinho. Por todo ello fue llamado al Parlamento y recibió el reconocimiento de la nación. Era general-lugarteniente cuando se le asignó la desagradable y curiosa misión de entrar en los territorios del mar Rojo, al sur de Egipto, aunque no para capturar a Tewodros II, pues a la reina le era por completo indiferente quién gobernaba Etiopía, donde el Imperio no tenía demasiados intereses: era un país inmenso y pobre, fragmentado

además por cadenas de montañas que llegaban hasta el cielo. Pero el bárbaro se había empeñado en insultar a Su Majestad y en arrebatarles la libertad a algunos súbditos de distintas monarquías europeas, que, pese a ser unos misioneros insignificantes como todos los que estaban desperdigados por las colonias, evangelizando pueblos que confundían luego a Cristo y a los apóstoles con los ídolos locales, se habían convertido, ennoblecidos por el agravio a la reina, en faros de la civilización y víctimas del despotismo que debían ser salvados sin falta de las garras del negus.

Aquejada de una terrible migraña —había llegado a la bendita edad con la que llevaba tantos años soñando, esa que la libraría, por fin, Señor, de embarazos, de lactancias, de esos bebés a los que había dedicado su vida y a los que odiaba porque ofuscaban sus pensamientos durante largos meses después de cada parto, haciendo que se viera a sí misma, como le había revelado a una confidente, más como una vaca o una perra que como un ser humano, pues había tenido nueve hijos y muchos eran ya reyes y reinas, y a los cuarenta y nueve años la llamaban Abuela de Europa—, Victoria le preguntó también al primer ministro si tenía noticias de la campaña y de la situación del ejército en aquel momento. Contemplándola a su vez con ojos cansados, ya que había trabajado toda la noche en *Lothair*, su última novela, Disraeli se deshizo en elogios al general Napier y sugirió su promoción, por enésima vez, debido a sus extraordinarios méritos, a un rango más elevado en el Ejército de Su Majestad.

Después desarrolló, en pocas palabras, una historia que la reina conocía en parte, porque había sido asaltada durante un tiempo por unas epístolas burdas, escritas pomposamente y con curiosos bucles de pluma por el negus, que se aferraba con desesperación a sus faldas como Hamán el de Ester. Respondió solo a la primera, cuando le envió las pistolas y la bandeja, ya que le comunicaron luego que se trataba de un hombre oscuro, ni siquiera de estirpe real, «hijo de una vendedora de remedios, con todos mis respetos, para las lombrices», que se había abierto camino gracias a la violencia y la astucia hasta acceder al trono de aquel país africano, que había matado con ferocidad a niños en Kordofán y había abandonado en el desierto a unas niñas apenas núbiles, cada una con su canario ciego en una jaula; que había mortificado a la gente con sus torturas espeluznantes. Así que cuando el negus, asustado por la expansión del islamismo en sus territorios del norte, le rogó que le enviara maestros para construir un gran taller de armas, la reina no se dignó a responderle. Tewodros siguió escribiéndole, una y otra vez, cada vez más furioso, hasta verter su furia sobre el cónsul Cameron, su único vínculo verdadero con el palacio de Buckingham, al que encerró en los sótanos de Magdala, llenos de ratas y piojos, donde juró mantenerlo hasta que la reina le

escribiera una carta de su puño y letra. Para que no se sintiera demasiado solo, le había ofrecido la compañía de todos los europeos que había conseguido capturar a lo largo y ancho de su país, misioneros católicos y protestantes en su mayoría. Así que el Parlamento, tras interminables deliberaciones, decidió que un cuerpo del Ejército de treinta y dos mil soldados al mando de Robert Napier entrara en Etiopía por el mar Rojo y se abriera paso hasta Magdala para liberar a los rehenes. Los acompañaba también el periodista Henry Morton Stanley, llamado a encontrar más adelante, en Ujiji, en el corazón del África negra, en medio de traficantes de esclavos árabes con turbantes, al explorador David Livingstone, ante el cual se quitó el sombrero y pronunció la famosa frase de la época: «El doctor Livingstone, supongo». La gloria de aquel fantástico encuentro, junto a las fuentes del Nilo, de los dos exploradores no lo coronaba todavía, y tampoco su gran artículo sobre la batalla de Magdala, que aparecería poco después en el *New York Herald*, sería suficiente, por el momento, para hacerlo famoso.

La expedición de Napier fue grandiosa y digna de ser contada. Mientras devanaba su historia, Disraeli sentía cómo su talento de poeta se animaba, e incluso la plácida reina, para quien la imaginación no había sido nunca una perla de la corona, se mostraba ávida de esos detalles pintorescos, pues el país que se había extendido ante los ojos del general en los tres meses que tardó en recorrer las cuatrocientas millas desde Zula hasta Magdala, por un terreno áspero y rugoso como en ningún otro lugar, no era un país, ni un imperio, sino un territorio de cuento, la obra de un poeta, de un verdugo y de un orfebre, una verdadera fantasmagoría como las infinitas historias de Heródoto o las increíbles invenciones de Plinio el Viejo. O, habrías dicho tú, como las hazañas de *Alixandru Machidon*[3] en la región de las amazonas, de los gimnosofistas y de las hormigas tan altas como un hombre, que sacaban granos de oro de las profundidades de la tierra.

El golfo de Zula, en el mar Rojo, era seguro y acogedor, los árabes eran afectos a la Corona, pero una flota grande no podía desembarcar allí en condiciones seguras, con los cuarenta y cuatro elefantes que Napier llevó desde Bombay, donde su ejército había acampado hasta entonces, y con los pesados cañones, fundidos en una sola pieza, necesarios para la destrucción de Magdala, y con las decenas de miles de soldados con uniforme británico, así que los ingenieros de Napier llegaron antes en barco y proyectaron un puerto cuya construcción, con los *fellahin* locales, duró varios meses. Cuando el puerto estuvo listo, aparecieron en las aguas oscuras del golfo barcos de vela y navios de guerra a vapor, una mezcla curiosa y variopinta, animada por los incontables estandartes de colores en los extremos de los mástiles. Las tropas hicieron un largo camino por tierra firme porque

las obras gigantescas del canal de Suez, impulsadas por el fervor suicida de Ferdinand de Lesseps (aquí Disraeli se inclinó, como si el heroico y desafortunado Lesseps se encontrara allí mismo, ante la reina y ante él), iban a concluir quizá el año siguiente, y salvaron en barco la parte mediterránea del mar Rojo, muy por debajo de la estrecha banda del mar que Moisés, en los tiempos bíblicos, abrió para que el pueblo de Israel pudiera cruzar indemne hacia el desierto, tras lo cual hizo que las aguas se precipitaran a su cauce, arrastrando a los soldados y los carros de bronce del faraón.

El ejército británico desembarcó en el golfo de Zula y los ingenieros se aplicaron en la construcción de una línea ferroviaria para el equipamiento, los bultos y las municiones, unas obras que avanzaban a medida que el ejército se adentraba en las profundidades de Etiopía. El país era un avispero, le habían advertido al general, no era de hecho un país, sino una manta de remiendos abigarrados y variopintos, cada uno con sus tribus, sus religiones, la lengua y las características de cada clan, sus armas y estandartes; enemistados con los de alrededor y enfrentados en su mayoría al poder imperial de Magdala, compartían todos un solo rasgo común: el odio implacable a los extranjeros, a los que habían matado durante miles de años en cuanto ponían un pie en la santa Etiopía. Tewodros II, Kassa Haile Giorgis de nombre verdadero, había sido el último de los príncipes guerreros que habían luchado a lo largo de los siglos por el poder, el más insignificante y más vilipendiado de todos —porque no contaba entre sus antepasados con ningún descendiente de la sagrada estirpe salomónica y porque se reía con ganas del rumor de que, en su juventud, su madre había vendido *kosso*, un remedio contra las lombrices—, pero que finalmente, gracias a una especie de prodigio de determinación y valentía, había destruido a sus enemigos y se había labrado el camino hacia el trono para convertirse en el primer negus que interrumpía la dinastía de Salomón y Menelik, de varios milenios de antigüedad.

—¿Pero es cierto —le interrumpió la reina— que la dinastía etíope se remonta al rey Salomón?

Disraeli entornó los ojos y una especie de orgullo se elevó en su fuero interno, como cada vez que salía a colación su pueblo; llevaba escrito su origen en los rasgos de su rostro, en su forma de hablar e incluso en su nombre —ya que Benjamín era Beniamin, la tribu más pequeña de las doce de Israel—, y alardeaba de él en aquella época de persecución, pues la reina era una mente privilegiada que no se fijaba en la cara del hombre ni en el pueblo del que procedía, sino que, con una agudeza increíble en una mujer rechoncha de aspecto tan corriente, leía el alma de todos sus súbditos. En el gran Imperio no había existido jamás un primer ministro judío y tal vez no volvería a

existir, porque se acercaban unos tiempos difíciles para el pueblo perseguido por Jehová debido a su rebeldía y desperdigado entre todas las naciones de la tierra.

—Parece que en su libro sagrado, llamado *Kebra Nagast*, el Libro de la Gloria de los Reyes, figura la leyenda, que nuestra Biblia no reconoce, de que la reina de Saba, llegada desde las profundidades de Etiopía para conocer al rey Salomón y convencerse de su sabiduría, su riqueza y su gloria, no solo fue obsequiada por el gran emperador con incontables riquezas, pues le dio todo lo que le pidió y mucho más por añadidura, sino también con un niño, fruto de su secreto abrazo, al que llevó en su vientre durante el camino de regreso, al que alumbró y crio luego en su país para que se convirtiera en su rey, para que difundiera y tal vez superara la gloria de su padre. El príncipe se llamaría Menelik y de su vientre nacería la dinastía salomónica de Etiopía, que ocupa desde hace casi tres mil años el trono del país. Su libro sagrado afirma con absoluta rotundidad la verdad de esa sucesión casi increíble, algo que en Oriente queda más allá de toda duda. Pero Oriente confunde a menudo los hechos y las leyendas, como muy bien sabéis, Majestad.

Disraeli quiso añadir algo más a lo dicho, pero se contuvo con discreción, pues la historia más amada por su espíritu y que le había atormentado desde la juventud, la del destino del Arca sagrada, perdida en algún momento sin dejar huella, y sobre la que el *Kebra Nagast* tenía mucho más que decir que todo lo que se podía extraer del Antiguo Testamento, la consideraba una cuestión personal con la que no quiso, entonces, abrumar a la reina.

Prefirió continuar con el relato de la expedición de Napier, mirando algunas veces los ojos azules acuosos de la reina, pero contemplando la mayor parte del tiempo a través de la ventana abierta el jardín inglés ante la fachada del palacio, melancólico y desordenado como un bosque crecido en libertad, bañado en la luz de la tarde. El terreno era montañoso, siguió Disraeli, con paisajes grandiosos y salvajes. Se vieron obligados a construir carreteras, terrazas y puentes sobre los precipicios, así como pozos para el enorme ejército y para los cuarenta mil animales que debían ser abrevados cada día. Las reservas de comida iban menguando, y cuando llegaron al lago Ashangi, con sus aguas rosadas, los soldados empezaron a recibir ya tan solo la mitad de las raciones. Napier había hecho unos esfuerzos colosales por evitar las escaramuzas locales, pues de cada pueblo junto al que pasaban salían bandas de guerreros negros provistos de escudos y lanzas, tatuados y pintados con yeso y minio, con el cabello prendido en decenas de trenzas embadurnadas de arcilla roja, que atacaban a las columnas británicas con un arrojo insólito. En los valles sumidos en la niebla, grupos de babuinos con

hocico de perro gruñían a las muías y les mostraban a los soldados unos colmillos enormes. Había enviado misivas a los príncipes locales en las que les decía que era su amigo y que solo quería la liberación de los misioneros rehenes. No pretendía intervenir en los asuntos del país: su vida, su religión y sus propiedades estaban garantizadas por la Corona. Dos de los príncipes más poderosos del norte se aliaron con los ingleses, al igual que dos reinas de Oromo, un territorio en el que solo las mujeres podían gobernar y cuyo trono había ocupado en otra época incluso un perro con plenos poderes reales.

En la corte de Dajamach Kassai los ingleses fueron recibidos con una pompa insólita, el príncipe lucía un aro de oro en la nariz, y su reina mostraba los pechos desnudos. En las mesas había montones de frutas desconocidas, con un sabor repugnante al principio, pero al que luego nadie podía resistirse. Todos creían en el Señor Jesucristo, los sacerdotes se distinguían por doquier gracias a sus vestimentas rojas como el fuego e índigo como las plumas de las aves exóticas, pero, sobre todo, por sus parasoles semiesféricos de lana de colores, que unos chiquillos desnudos, que parecían esculpidos en ébano, sostenían sobre sus cabezas. Leían sin cesar unos libros gruesos y pringosos, adornados con dibujos bárbaros. Jesús, en sus crucifijos, era negro. Napier se había presentado sobre su elefante favorito, guiado por un cornaca con turbante y bigotes retorcidos como en el *Ramayana*. Cuando el general bebió con el príncipe el cáliz de la amistad, diez salvas de cañón sellaron el acuerdo.

Desde Tigray la armada avanzó hacia Lasta, donde Napier y su séquito visitaron el primero de los muchos monasterios excavados en la roca que pisaban: el techo estaba a ras del suelo y tenía forma de cruz, y las paredes se hundían bajo la tierra en una fosa inmensa. Para llegar a la puerta de entrada había que descender por una frágil escalerilla de madera. Los muros del monasterio eran antiquísimos y rojos, llenos de nichos en los que estaban acurrucados unos monjes jóvenes, empapados en sudor, y otros ancianos, con barbas como de lana y varas de junco en la mano. En su interior había unas pinturas tan extrañas que Napier pensó en los Baal y las Astarté de la antigüedad: desde la bóveda lo observaban unas cabezas de ojos saltones y cabellos negros como la pez que representaban a los ángeles, y en las paredes se veían caravanas de camellos flotando por el aire y a la Virgen con el niño sentada con las piernas cruzadas en uno de ellos.

El convoy siguió avanzando hacia Magdala, volando rocas y excavando pozos, contemplando cascadas como zafiros envueltas en un vapor refrescante, hasta que llegó al río Bashilo, donde Napier recibió noticias de los movimientos de Tewodros. El negus había regresado a su fortaleza tras una aventura militar en el oeste contra el

territorio sublevado de Gobeze, que le había costado una buena parte de sus tropas, de modo que ahora contaba tan solo con cuatro mil soldados, y estos se encontraban en un estado lamentable, pero, a pesar de su debilidad y de las promesas de Napier, tenía la intención de resistir hasta el último hombre, llevado por uno de esos inexplicables accesos de obstinación tan habituales entre los bárbaros. De hecho, estaba acabado y seguramente lo sabía de sobra. En Gobeze había masacrado decenas de aldeas, había matado a todos sus habitantes, desde los bebés hasta los ancianos, sin distingos, así que ahora, con las manos llenas de sangre por enésima vez en trece años de reinado, no tenía con quien contar. Era un perro muerto, como se decía en Etiopía, pero todavía peligroso, porque Magdala no era una ciudadela cualquiera, sino una imponente fortaleza, situada en la cima de un peñasco macizo, que nadie había logrado conquistar durante siglos. La roca estaba rodeada por árboles jamás vistos en otros lugares, de copas extensas y frutos rojos, venenosos y del tamaño de albaricoques, sobre los cuales se alzaba un granito liso, con surcos profundos y numerosos escalones que se elevaban hacia el cielo. En la cumbre, la gigantesca fortaleza apenas parecía una mansión comparada con la inmensidad de la roca. Un solo camino conducía hasta la cima y el negus había colocado a lo largo de este a miles de bandoleros, con la orden de defender la entrada a Magdala a cualquier precio.

La batalla comenzó el Viernes Santo y se desarrolló en primer lugar en la meseta de Arogye, por donde discurría el camino, bajo la lluvia de obuses de los treinta cañones escondidos por Tewodros en las colinas de los alrededores. Los etíopes atacaron con todas sus fuerzas al mismo tiempo, desaforadamente: miles de soldados de rostro como la pez, enfundados en antiguos uniformes ingleses hechos jirones, algunos armados tan solo con lanzas y espadas, gritando o cantando algo indistinguible. El general dio la orden de disparar de frente, y siguió un baño de sangre como pocas veces se había visto en un campo de batalla. Los pobres *shifta* —pues no merecían el apelativo de soldados— fueron despedazados, por centenares, por el fuego devastador de los morteros de la Brigada Naval y por los pesados cañones de la artillería de montaña. Pilas de cadáveres cubrían el camino, muñones de brazos y piernas estaban desperdigados por todas partes, soldados con los vientres reventados, con los sesos esparcidos, yacían en charcos de sangre que se extendían y se unían a otros charcos hasta que todo se convirtió en un lago de sangre, ininterrumpido, del que se elevaban islas de cadáveres. Los gritos de los mutilados ponían los pelos de punta. Ochocientos muertos y mil heridos quedaron tendidos en el campo de batalla en tan solo media hora, y los supervivientes se retiraron a la ciudadela para hacer frente

al asedio que vendría a continuación. Entre los ingleses había tan solo veinte heridos por los obuses, pues los ejércitos no se habían enfrentado ni un solo instante en esa batalla a cañonazos.

—Eso está muy bien —dijo la reina, que sentía remordimientos por haber consentido la expedición, aunque no fue ella, sino el Parlamento, el que decretó la dimensión desproporcionada del ejército y los descomunales gastos de la campaña etíope que solo aportaría al Imperio la mezquina satisfacción de haber vengado una ofensa.

A Disraeli le habían relatado también un curioso fenómeno natural que había tenido lugar al amanecer del día siguiente y que los bárbaros de la ciudadela habrían tomado seguramente como un siniestro presagio: el sol había salido rodeado de un círculo púrpura, como la sangre que borbotea de las heridas antiguas.

Bajo ese sol de mal augurio se había desarrollado el asedio a Magdala y Su Majestad debía saber que el negus había liberado finalmente a los rehenes extranjeros el mismo día de la batalla, pero, puesto que se había negado a entregarse, el asedio había continuado, como no podría haber sido de otra manera, dado que los enormes gastos de la expedición no podían justificarse con la liberación de unos pocos misioneros insignificantes. El Imperio necesitaba una victoria y la obtendría precisamente aquí, en el oscuro y olvidado país de Etiopía, porque para eso estaban los periódicos y las agencias de noticias, un poder que se había vuelto tan importante como el de las flotas navales. La fortaleza tenía unas colosales murallas de piedra, demasiado gruesas y demasiado elevadas como para que los morteros tuvieran posibilidad alguna. Se ordenó volar por los aires el gran portón Koket-Bir, un armazón antiquísimo, duro como el hierro, provisto de unos tachones oxidados, encastrado en una bóveda excavada en la roca, pero habían olvidado las barricas de pólvora en el campamento. Aquí se distinguieron dos soldados que treparon con gran dificultad por la roca y atravesaron la densa maraña de varas de espino que la protegía abriendo una brecha con las bayonetas de sus fusiles. Tras ellos, varias decenas más entraron en el patio interior, donde una terrible lucha con bayonetas dejó decenas de muertos en ambos bandos. La conquista de la segunda puerta, al cabo de medio día de combates cruentos, supuso la toma de Magdala y el fin del reinado de Tewodros II. Toda resistencia cesó con la izada de la bandera inglesa sobre la puerta y con el rumor de que el negus se había disparado con las pistolas recibidas en el pasado por parte de la reina. Siguió, por desgracia, la masacre vergonzosa de los que se entregaron, el incendio de la fortaleza, la violación de las mujeres de la ciudadela, todos los excesos de la guerra que no pudieron evitarse, pues Su Majestad ya sabe que la humanidad es un leño torcido y nudoso con el que no puede trabajar el carpintero ni Su Hijo, tal y

como escribió el divino y oscuro filósofo de los alemanes. Al negus lo encontraron en uno de los aposentos interiores, con los sesos desparramados y, por desgracia, con el cuerpo desnudo y profanado por los furibundos soldados. Se denunciaron saqueos masivos, sobre todo en la iglesia de la fortaleza, donde primorosas filigranas de oro y plata, caras vestimentas eclesiásticas, curiosas coronas episcopales de láminas de marfil y Cristos de ébano en crucifijos con incrustaciones de perlas habían acabado en manos de los soldados. El inmenso tesoro de los subterráneos, excavados en la roca de Magdala, de un valor que superaba todo lo imaginable, fue cargado a lomos de quince elefantes y doscientas muías que lo transportaron a Zula, y ahora estaba ya en el Mediterráneo, camino del tesoro imperial. Los objetos más impresionantes le serían presentados, naturalmente, a Su Majestad como trofeos de guerra y curiosidades de la cristiandad oriental.

La reina escuchó el relato del primer ministro con su acostumbrado aire serio y un poco huraño, le hizo preguntas concretas y recibió respuestas con cifras y datos, apuntó algo en el cuaderno del que no se separaba desde que su inolvidable consorte, el príncipe Alberto, fallecido siete años atrás, había dejado de ser su consejero en todos los ámbitos, desde la compra de lazos para los vestidos hasta la política internacional y las guerras en las colonias; finalmente, con un cansancio que Disraeli leyó en su rostro redondo antes de que asomara el menor indicio en sus ojos fatigados y en la expresión decidida de su boca, le preguntó qué podían hacer por el glorioso general Robert Napier. Disraeli ya había pensado en ello y, de hecho, era el motivo por el que había solicitado audiencia; le recordó a la reina una costumbre romana según la cual los vencedores en los territorios bárbaros eran distinguidos siguiendo la denominación de los países conquistados, de tal manera que Nero Claudius Drusus fue nombrado Germanicus, y Marcus Ulpius Traianus recibió el nombre de Dacicus. Así pues, podría asignarse a su apellido un título que recordara la campaña etíope, además del título nobiliario que también proponía. Tal vez Su Majestad estuviera de acuerdo, por ejemplo, con el título de Barón Napier de Magdala. La reina accedió y decidieron asimismo condecorar con la Cruz Victoria a los dos soldados que habían escalado la roca y habían abierto el camino a los demás.

Eso era todo por aquel día y, sin embargo, después de que Disraeli hiciera una reverencia y se dirigiera hacia la puerta, la reina volvió a llamarlo porque, aunque la asediaba el dolor de las sienes, persistía en ella un interrogante: ¿qué clase de persona había sido el difunto negus, qué aspecto tenía y cuál iba a ser el destino de su familia? ¿Podían hacer algo por la reina y su hijo? Tewodros, respondió el dignatario sin regresar de la puerta del gabinete, había sido sin duda un hombre extraordinario, de gran energía e incluso inteligencia, poco

habituales en aquellas tierras salvajes. Había sido, por supuesto, despótico y cruel más allá de todo límite, pero no desde el principio, sino sobre todo tras la muerte de su primera reina, cuando algo, decían los que lo conocían bien, pareció romperse en él. Los últimos años se había hundido en la abyección total, hallaba placer en matar y torturar, pero a pesar de todo no había faltado un solo día a misa y había recompensado a la Iglesia local, una rama rebelde de la Iglesia copta, con una generosidad que revelaba su fervor cristiano. En otra época también se había mostrado generoso con los pobres, las viudas y los huérfanos de su atribulado país, y había alzado —o excavado en la tierra, mejor dicho— una iglesia por cada una de sus múltiples victorias en las batallas con príncipes rivales. En los grabados que lo representaban en la época en que se había proclamado emperador, no mostraba los rasgos habituales de los habitantes del país. Tenía el rostro moreno, pero no negro, con hermosos ojos castaños, una nariz aguileña muy inusual en Etiopía, bigote y barba corta, dividida por la mitad, y una melena que a veces prendía en varias trenzas grasientas, pues las untaba con manteca de cerdo. Una cabeza erguida y altiva, un cuerpo de hombros anchos perfilados por los amplios mantones en los que se envolvía. Un hombre guapo, noble, un guerrero sin duda alguna, en el que habría costado reconocer al monstruo deforme y enfermo de los últimos años. Había cumplido medio siglo poco antes de su muerte, pero parecía dos décadas más viejo. En cuanto al destino de la reina y su hijo, que era todavía un niño, ambos serían conducidos a Inglaterra y, si Su Majestad accedía, le serían presentados, pues al parecer eran de una notable belleza y dignidad, ya que descendían, según las leyendas de su libro sagrado, del propio rey Salomón.

—Algo de lo que nosotros no podemos alardear —dijo la reina con una sonrisa ambigua, y dejó marchar a Disraeli.

Mientras lo veía salir, se felicitó una vez más por su elección: su antiguo amigo, que se consideraría durante toda la vida más artista que político, había demostrado ser ya, en el año que había transcurrido, el primer ministro que el Imperio necesitaba en aquellos tiempos.

3

Tu madre nunca vendió *kosso*, eso fue siempre un alivio para ti, pues no hubo ultraje mayor durante los años de tu reinado que saber que eso pensaban, día tras día, incluso tu orgullosa reina, incluso tus obispos, por muy grande y poderoso que fueras. Lombrices, lombrices, lombrices llenaban las canciones de la gente en las aldeas; lombrices, murmuraban los embajadores y los misioneros; lombrices, te susurraban los espías emplazados entre los soldados para descubrir si hablaban mal de ti. Se te amargó el alma por ese insulto, que siempre castigaste con torturas hasta la muerte, pero no pudiste evitar que campara bajo los deslumbrantes cielos de África. No fue tu madre, sino la de Kassa, la que vendió remedios para las lombrices que todos los etíopes tenían, pues comían carne cruda como las fieras de los bosques, y en las aldeas del oeste perdidas entre la maleza llegaban a comerse incluso a los muertos; al fin y al cabo, la mujer no había hecho nada vergonzoso, pensabas tú, no había vendido su cuerpo como tantas otras cuando se encontraban en apuros, sino que había sobrevivido, junto con su hijo, vendiendo aquel remedio del que se burlaban todos los que lo compraban a escondidas y que, tras tomar una cucharada o dos, sacaban por abajo unas tiras asquerosas de casi dos metros de longitud y toda clase de lombrices que hasta entonces los habían devorado por dentro y los habían debilitado. Lombrices, lombrices, lombrices, reían ellos criticando la ralea de la que procedía el emperador, pero la madre de Kassa había recorrido las montañas y los valles cubiertos de rocío mañanero en busca de los escarabajos wareza, verdes, grandes y pesados, y de unas setas negras llamadas trompetas de la muerte, para obtener, molido todo ello y mezclado con orina de cabra, el remedio infalible; luego lo vertía en cántaros de barro y lo llevaba al mercado de Gondar, abigarrado y ruidoso, para venderlo a cambio de unos céntimos o un trozo de pan. Por las noches —le contó en otra época Kassa mientras estaban los dos de cuclillas, bajo el cielo rojo, fumando tabaco en unas pipas largas, recostados en el muro del monasterio junto a Debre Tabor, decorado con los rostros de los patriarcas—, mi madre se envolvía en su amplio mantón y caía muerta de cansancio. Dormía como un tronco en su esterilla hasta el amanecer, cuando se echaba de nuevo a los caminos en busca de los

escarabajos que le aseguraban la comida de cada día. Kassa lloraba cuando recordaba a aquella mujer —cuyo nombre no conocerías jamás, pues él la llamaba solo madre en lengua ge'ez, que no dominabas bien todavía, aunque si hubieras sabido cómo se llamaba tal vez la habrías buscado y la habrías recompensado en nombre de tu antigua amistad con su hijo—, y tú lo consolabas hablándole de tu propia madre, tan viva todavía en tu corazón que para ti no era una mujer, sino un mundo con sus montañas y sus valles, sus ríos y mares y sus innumerables islas, porque tu madre había venido del Archipiélago, había pasado por Constantinopla y se había instalado desde muy joven en las nevadas tierras de Valaquia, en el otro extremo del mundo. Tenías todavía en tu morral, junto a las pistolas y los cuchillos que no querías llevar a la vista en el cinto, y junto al pan y el queso curado, lleno de puntos negros por las cagarrutas de cabra, con los que te conformabas por aquel entonces, un paquete de papeles sujetos con un cordel: las epístolas de Sofiana dirigidas a ti a lo largo de tus peregrinajes por el ancho mundo. «Mi querido capullito Theodoros», así empezaban todas, seguían un montón de hojas en blanco y terminaba con «Que Dios te guarde y te proteja de todo mal», tras lo cual venía su firma en caracteres griegos. Junto a la cruz de cristal del pecho y el cuadro pequeño, ovalado, que representaba a una joven doncella de una belleza triste, guardado en el bolsillo del corazón de tu camisa de lino, las cartas de Sofiana eran el objeto más sagrado que poseías, y no te habrías separado de ellas como no te habrías separado de tu mano derecha. Poco antes de morir arrojaste al fuego la cruz, el cuadro y las cartas, y contemplaste largo rato el humo delicado que se elevaba de ellas, como se eleva de todos los objetos del mundo en su final establecido.

Tu madre no vendió *kosso* y nunca oyó hablar de Etiopía, e incluso aunque hubiera oído hablar no habría podido imaginar que alguien de su sangre tendría jamás algo que ver con aquella tierra salvaje, menos aún que el fruto de su vientre llegaría a ser el Rey de Reyes en aquel desierto, pues habría sido como si alguien le hubiera dicho que su hijo, nacido del amor con Gligorie y bueno tan solo para cuidar las ocas en la orilla de la charca, iba a convertirse más adelante en el Rey Rojo de los cuentos y que iba a partir para luchar contra el dragón de siete cabezas. Mientras el cielo se volvía cada vez más oscuro en Debre Tabor y cambiaba de un rojo púrpura a un azul añil salpicado de estrellas, y los dientes de tu hermano de cruz, Kassa, brillaban en la oscuridad, veías con total nitidez, gracias al ojo de la mente, el rostro de Sofiana, tal y como lo veías cuando pasabas junto a ella las tardes invernales de Ghergani, mientras el viento aullaba a través de los postigos cerrados y en la estancia se enroscaban el frío y un olor a tela desgarrada, y desde los iconos de las paredes os contemplaban los

ángeles soldado, con las alas desplegadas. A la luz de la vela de la palmatoria, su rostro era transparente, con los rasgos suaves y dulces de una mujer joven, de labios hermosos y recta nariz griega. Tenía unos ojos castaños como los tuyos y las cejas unidas, algo que en aquella época, a principios de siglo, era un rasgo muy alabado en la fisonomía de una mujer. Te sentaba en su regazo y te leía en el cerco de luz, y todo alrededor estaba oscuro y era mágico, y el viento terrible aullaba, sacudiendo los postigos de madera, y tú jugabas con los mechones retorcidos de sus cabellos y te perdías en su perfume de adelfas. Tu madre había recibido de su señor y dueño, Gligorie, su esposo legítimo, el mandato de no enseñarte griego ni para decir *kalimera*, pero había infringido a escondidas ese mandato terrible, y tú la delatabas, porque aprendías rápidamente esa lengua ceceante y extraña, de modo que Sofiana había conocido, como todas las mujeres de aquella época, la palma ancha de su marido, pero no había cedido. Pues amaba su lengua tanto como su alma, y el orgullo de pertenecer al mismo pueblo que el astuto Odiseo o que el sabio Homero afloraba en su rostro cada vez que le leía a su Theodoros, sentado en su regazo, sobre la bravura de Aquiles y la belleza incomparable de Helena, la más hermosa de las mujeres.

¡Qué curioso, qué brillante te parecía todo a los tres años! Veías en tu mente lo que te leía tu madre, la ciudad blanca de Troya, el mar y los veleros, como si pertenecieran a otra vida en la que tú mismo hubieras vagado por los mares y hubieras luchado con una espada de bronce en las filas de los aqueos llevados a la batalla por Menelao. Todo te resultaba conocido de antemano, así como conocías ya la utilidad de cada olla de la cocina de Ghergani, de cada pincho y cada chuzo, de las coberturas de la cama y del pozo del huerto. Ghergani era entonces todo tu mundo, con objetos duros y blandos, objetos de hierro y objetos de barro y objetos de madera, objetos amarillos y rojos y verdes, con rostros humanos, con animales llenos de barro y aves de corral que cacareaban y picoteaban por todas partes. Era el primer invierno que recordarías, con el pueblo entero sepultado bajo la nieve, entornando los ojos cuando salías de la habitación debido a tanta blancura, tanta blancura y tanto frío. Muchas décadas después, en un país tórrido durante todo el año, recordarías las nevadas valacas como un grandioso remolino del espíritu, como una visión celestial o como un grito de victoria, *evohé*, en un inmenso campo de batalla. La nieve caía del cielo sin cesar, semanas y semanas, como en Hiperbórea, donde no podías ver por la densidad de las plumas de oca que aleteaban en el vacío; las casas y las chozas se cubrían poco a poco hasta que dejaban de verse, de las iglesias solo quedaban las cruces del tejado, mientras que bajo la nueva tierra blanca y esponjosa los aldeanos excavaban caminos abovedados de una casa a otra y se

sentaban juntos en el cuarto del horno, en torno a las mesitas de madera, y bebían *ţuica* en jarritas de barro y cascaban nueces y devanaban historias y escuchaban espantados la voz de los fantasmas del mundo blanco de arriba, como si fueran ellos unos muertos enterrados y se hubieran mudado a un pueblo situado bajo las raíces de los árboles. En Etiopía, que se derretía con el sol abrasador de África, recordarías ese invierno como si fuera el de un país extranjero, el único donde la Navidad tenía el perfume de los bizcochos de nuez y semillas de amapola, y de las naranjas y el vino caliente con clavo, y el aire olía a frío y a tela desgarrada.

Tu madre no tenía aún veinte años cuando te leía en griego la *Odisea*, sabiendo que tú no entenderías gran cosa, pero también que no olvidarías la música grandiosa de sus versos. Cuando te notaba amodorrado por su cadencia, dejaba el grueso volumen que tomaba prestado de los aposentos del boyardo, con su aprobación, pues el recaudador Tachi Ghica apreciaba la cultura de su criada, y empezaba a contarte otras historias, esta vez verdaderas, sobre cómo era el mundo cuando ella misma era una niña en su islote con higueras y casitas encaladas de la isla de Tinos, el dientecito de leche del Archipiélago. Su madre, tu abuela —a la que nunca conocerías, pues murió atracada, deshonrada y degollada por unos salteadores cuando regresaba a casa, en Larisa, donde era el ama de llaves del *metropolita* de la iglesia principal, después de confiar a su hija a una señora rumana en la otra orilla del Danubio—, se llamaba Aspasia y se había criado en Constantinopla, en el barrio de Fanar, de donde numerosos griegos emigraban hacia Valaquia y Moldavia en el séquito de los señores que la Sublime Puerta instalaba en el trono de esos territorios, porque la Puerta no confiaba en los boyardos locales, y los griegos eran siquiera cristianos ortodoxos al igual que los súbditos del lugar. De tal manera que entre los griegos llegados de Fanar y los boyardos locales surgió una discordia perpetua, pero también un entramado de parentescos y linajes, pues donde habla el dinero también las discordias guardan silencio. Aspasia fue bella en su época: incluso una vez casada, los pretendientes turcos con bombachos de seda no la dejaban en paz, la rondaban bajo su balcón con tambores y panderos, suspirando y lamentándose y jurando que se quitarían la vida si la mujer no correspondía a su pasión. Su furibundo esposo reunía de vez en cuando a varios menestrales, los ponía a vigilar bajo las ventanas de su esposa y el pretendiente que cayera en sus manos estaba perdido. El mejor parado se llevaba como poco, con el bastón de cornejo, unos azotes en las plantas de los pies que lo dejaban lisiado durante varias semanas, si no para siempre. Pero si el marido se veía atacado por el demonio de los celos, le bajaba los bombachos al joven pecador, le metía entre las nalgas la punta de un fuelle de las herrerías

y le inflaba las tripas hasta hacerlas reventar, o lo castraba con las tijeras de los tejedores de alfombras.

Pero Aspasia no respondía a los maullidos de gato en celo de los turcos emperifollados, pues el deseo de su vida era otro: la salvación en el Señor, que solo la peregrinación a los más famosos lugares de oración le podía asegurar. El espíritu del amor a Cristo había descendido sobre ella cuando su marido trasladó su negocio a la isla de Tinos, al Archipiélago, la isla salpicada de ciudades blancas como montoncitos de huesitos de pájaro, cada uno con su iglesia antigua y famosa. Sus pasos la llevaron hasta la más hermosa de todas ellas, la iglesia de María Inmaculada junto a la fuente de Kato Vrysi; la joven se arrodilló ante el icono de la Madre de Dios y le suplicó tener un hijo, pues llevaba dos años casada y su vientre seguía cerrado. Entonces le pareció ver que la Virgen lloraba y ella sorbió su lágrima con devoción. Si fue sueño o realidad, Aspasia no sabría decirlo, pero al cabo de nueve meses nació una niña que creció enseguida lo suficiente como para que Aspasia emprendiera, con ella de la mano, sus viajes sagrados prometidos a la Virgen María. Año tras año, cuando llegaba la primavera, tomaba a su niña y una alforja con comida y partían juntas, en burrito y muchas veces andando, hacia los monasterios sagrados del Monte Atos.

Sofiana no olvidaría jamás aquellos peregrinajes por Tesalia, las ascensiones y los descensos abruptos entre rocas, cuando su madre la empujaba desde atrás, ayudándola a sujetarse a alguna raíz y besándole el talón lastimado por algún espino para que no sintiera el dolor. A veces, al final de una de esas pendientes por senderos serpenteantes y angostos, se mostraba ante ellas el mar: de un turquesa fundido, revuelto, agitado, que se extendía hasta el borde redondo de la vista, con islas boscosas e islas de roca grisácea, con islotes habitados, con casas blancas y menudas amontonadas en los golfos, con barcos de vela que dejaban a su paso unas líneas profundas en la plata brillante de las aguas infinitas. Entonces, Aspasia y Sofiana se quedaban allí, en el risco de piedra, a decenas de metros sobre las aguas, agarradas de la mano, con los rizos de las sienes ondeando por la brisa incesante del mar, el vientre del que todo nace, contemplando cómo sacaban los peces la cabeza de las aguas brillantes y cómo fijaban los pulpos las ventosas de sus patas al vientre de los veleros en un intento por volcarlos. A medida que transcurrían las horas del día, veían cómo el cielo y el mar mezclaban sus colores, reflejando el azur y el rosa hasta que las aguas adoptaban el color del vino y el ocaso envolvía los islotes en ámbar y melancolía. Luego salían las estrellas, dibujando en la bóveda infinita las constelaciones, las mismas que vieron los navegantes y los poetas hace tres mil años, y que se reflejaban también en las aguas, haciéndolas florecer. Bajo el aroma

amargo de las estrellas, la griega y su hija se acostaban sobre la hierba oscura y se quedaban dormidas con el bramido rítmico, constante, de las olas, que penetraban incluso en sus sueños, pues, al igual que tú, también ellas habían soñado, desde niñas, con batallas navales y flotas solemnes, cargadas hasta los mástiles con todas las alhajas del mundo. Tenían el mar en su sangre helena, como lo tenías también tú, pues todos los habitantes del Archipiélago se sentían mejor en el balanceo de los puentes de los barcos que en tierra firme. Al alba comían queso, embutido curado y aceitunas de su morral, ahí, ante el mar, y seguían caminando hacia el Monte Santo abarrotado de monasterios, para comulgar con la paz que el lejano repique, casi imperceptible, de las campanas arrastraba hacia ellas sobre las aguas y los bosques.

En su aposento de Ghergani, mientras fuera nevaba con una furia insólita, Sofiana te hablaría de los miles de monjes griegos, rumanos, búlgaros, rusos y serbios de las decenas de monasterios, las celdas y las cuevas de Akti, que se mortificaban día y noche en la roca pelada, castigándose con ayunos y oraciones, barbudos y salvajes y desconocedores del mundo, apestando a cadáver, pues no se lavaban jamás, pero ungidos con la mirra de la santidad y de las historias milagrosas. Porque muchos de ellos no se habían descompuesto después de la muerte, muchos sanaban a los débiles e incluso a los epilépticos gracias a la imposición de manos, y algunos habían sido elevados al cielo en un rayo descendido de las nubes ante los ojos de testigos inmóviles, y nunca más habían vuelto a aparecer en este mundo. Puesto que a través de nuestra abuela Eva llegó el pecado al mundo cuando, alentada por la serpiente, tentó a Adán con el fruto del conocimiento del bien y del mal, la parte femenina no era admitida en el Monte Sagrado, ya fuera mujer, ya fuera la hembra de las fieras de la tierra, de tal manera que no había gatas, ni perras, ni gallinas ni peces llenos de huevas en todo el monte. Cuando les llegaban los dorados pollitos de gallina en sus cestos de mimbre, un monje experto diferenciaba sin errar la parte masculina de la femenina gracias a unos rasgos que nadie más podía percibir, se quedaba con los gallos y devolvía las gallinitas pecadoras para que no mancillaran el santo monasterio.

Por ese motivo, Aspasia y Sofiana, cubiertas con pañolones por culpa de los ángeles, se conformaban con contemplar desde la lejanía los muros blancos de los monasterios, llenos de ajetreados monjes vestidos de negro, con birretes de los que asomaba el cabello sujeto en una coleta gruesa y con barbas hasta la cintura. Unas cruces enormes fatigaban su cuello. Sus pasos las habían conducido por los monasterios de Vatopedu, Zografu, Stavronichita, Xenofont, Esfigmenu y muchos otros, excavados en roca, a la sombra de árboles gigantescos, que se reflejaban en el mar y llenaban la Hélade con el

tañido de sus campanas de bronce dorado. Lo que más les gustaba era el sonido de la *toaca,*[4] los repiquetees del martillo en el tablón colgado de dos cadenas delante de la iglesia, en el que estaba dibujado Satanás con cuernos y un rabo enroscado. El monje aporreaba a Satanás con todas sus fuerzas, con golpes cada vez más rápidos, para alejarlo de sí mismo y del mundo. La *toaca* se oía en las tardes doradas para llamar a los monjes al oficio de vísperas, le respondía otra al otro lado de un pequeño golfo, y luego una más detrás de un risco desnudo, señal de que el Diablo estaba siendo torturado, burlado y expulsado a lo largo y ancho de la tierra de Akti, el territorio más sagrado de la ortodoxia.

Después de peregrinar todo un mes, visitando más y más monasterios, la madre y la hija regresaban a Tinos, a su casita encalada sobre la cual arrojaban su sombra las hojas de la higuera. Durante semanas enteras a partir de entonces, Sofiana reunía a los niños en torno a ella y les hablaba del Monte Atos y de sus muchas maravillas, de cómo volaban ángeles de alas irisadas en torno a los campanarios blancos y sobre los mares de esmeralda, y cómo alguno se posaba a veces en el suelo, descalzo, ante un monje que hubiera pecado, y se paseaba con él por el sendero, como un hombre con su amigo, llevándolo de la mano y amonestándolo y mostrándole el camino recto. Tras lo cual alzaba el vuelo, grande y pesado como un cormorán, mientras el monje, con la barba desgreñada por el soplo de las alas celestiales, caía de rodillas con los ojos llenos de lágrimas. Les mostraba también a los niños los dos dedos manchados de oro desde que tocó la aureola que rodeaba la cabeza de uno de los ángeles mientras este, moreno y con una túnica blanca, la bendecía, inclinándose profundamente sobre ella. Luego la envolvió en sus alas de plumas de zafiro y rubí y ámbar, como se envuelve el gusano de seda en su capullo para que de él salga una mariposa blanca, con una piel tan suave que no podías dejar de acariciarla con el dedo.

—¿En serio viste ángeles? —le preguntabas a menudo a tu madre, y te mentía también a ti, al igual que a los niños de la isla de Tinos en otra época, pues no habrías abierto los ojos como platos por el asombro si te hubiera contado la verdad, que solo los albatros volaban sobre los monasterios y que los ángeles de sus visiones eran únicamente los pintados en las paredes de las iglesias, donde descendían entre la gente y el ganado como en otros tiempos, y que en sus dedos solo tenía el polvo amarillo del corazón de las flores.

—Los vi, Theodoros. Tienen unos rostros como el rayo y ojos del color del cielo, muy separados hacia las sienes, y bocas con labios bien delineados que nunca se abren para hablar, porque le hablan directamente a tu corazón. Si entran en tu habitación, se dibujan flores de hielo en los cristales, pues emanan a su alrededor un viento frío. Tienen cuatro alas y, los más poderosos, seis, con incrustaciones

de perlas. Hinchando las narinas, olfatean el pecado desde lejos y vienen en bandadas para acabar con la vida del que ha matado, ha deshonrado o ha tomado el nombre de Dios en vano. Donde está el cadáver se reúnen los buitres. Lo cercenan con la espada o lo agarran con sus brazos vigorosos, pintados con letras añiles, hebreas, y vuelan con él sobre las rocas y lo dejan caer desde las alturas para que se haga pedazos.

Entonces sentías miedo, y te acurrucabas más aún entre los brazos de Sofiana, bajo la luz redonda de la vela, por la que se escurrían lágrimas de cera. A través de las grietas de los postigos se colaban unas ráfagas de viento helado, como si un ángel enorme estuviera ante la pared exterior, con los pies descalzos en medio de la nieve y la ventisca y de una luz blanca, intentando entrar en la casa para secarse las alas húmedas junto a la estufa. Era el ángel del invierno, que había cubierto de nieve Ghergani al final del Año del Señor de 1821, tres años después de tu nacimiento. Y todo el territorio temblaba al contemplar su grandeza.

Ghergani era en aquellos tiempos, para ti, el mundo, con tu madre en el centro y con muchos rostros de personas y animales que se asomaban, por las colinas y los valles, en las ventanas de las casas e incluso en el cielo, que te saludaban con la mano desde allí, entre las nubes orladas de oro y añil. Los hombres y las mujeres eran altos como torres, y esos gigantes te tomaban a menudo en brazos para hacerte girar en el aire y te pellizcaban las mejillas con los dedos, escupiendo[5] para no echarte mal de ojo, pues eras el niño más pequeño de la hacienda. Sofiana solía llevarte con ella, al alba, cuando se dirigía a su labor predilecta, la de vestir a la señora Marița, y entonces te adentrabas en el mundo de fábula de la mansión de la familia Ghica y te maravillaban las alfombras del suelo y los candelabros de los techos de los aposentos, que te parecían tan altos como la bóveda celeste, y los marcos de los cuadros en las paredes, y los largos divanes en los que se sentaban los viejos boyardos, tocados con grandes gorros redondos, que lanzaban el humo perfumado de los narguiles. Y te cautivaban los vestidos anaranjados y violetas de las mujeres que comían dulces en platillos de cristal, los criados con fajas rojas que traían cafés humeantes, los guardias provistos de muchos y variados alfanjes prendidos en sus anchos cinturones de piel. Os deteníais a menudo en la estancia de ventanas altas y estrechas, con muchos cuadraditos de cristal y cubiertas con pesados cortinones, donde, ante el gran espejo ovalado, tan grande como para reflejarse de pies a cabeza en sus aguas, la dueña de la casa, la joven señora, se despojaba de la camisola con la que había dormido y se quedaba desnuda y orgullosa como un lirio, con su piel blanca como la leche, con los brazos extendidos a ambos lados para que Sofiana, afanándose

diligente a su alrededor, pudiera comenzar con su arreglo matinal. No sentía vergüenza ante ti ni ante tu madre, pues la griega era tan solo una sirvienta y tú, un niño inocente, así que perdurará largo tiempo en tu mente aquel cuerpo de una blancura que no habías visto jamás, con unas tetas opulentas, un ombligo hundido en un vientre prominente y el vello denso, rizado, que cubría la grieta entre las caderas.

Despeinados y cargados todavía de sueño y de sueños, los cabellos de la dama caían hasta sus nalgas, negros como e ébano. Mientras la vestía con sus ropajes de lino bordados con hilo brillante, Sofiana parloteaba alegre en griego con su señora, distrayéndola con los chismes y las historias que oía entre los criados o a su marido, Gligorie, que en ese mismo momento vestía al señor de la hacienda, el recaudador Tachi Ghica, en el otro aposento, de donde llegaba apagado el murmullo de los dos hombres. La señora mezclaba el rumano y el griego, juraba en su lengua cuando el peine de ágata se enredaba en su espesa cabellera, pero luego recapacitaba y recordaba su origen noble, ya que, tal como decía siempre, estaba emparentada, como hija del gran vórnic[6] Scarlat Cámpineanu, con las principales casas señoriales de Valaquia y, más arriba, a través de una enrevesada cadena de parentesco, incluso con la emperatriz María Teresa, lo cual era una invención tan grande que su propio padre, el vórnic, solía decirle que bajara un poco los humos. Pero Marița, fiel a esa obsesión, no renunció nunca a su vano sueño de gloria: la emperatriz de Bécs[7] era su antepasada y no había más que hablar; ay de quien dijera lo contrario. Ante Sofiana, con quien tenía una confianza total, se jactaba también de su asombrosa dote, de sus galanes de antes del matrimonio, de los muchos que la habían pretendido, llegados de todas partes, hasta que trenzó el hilo de su vida con Tachi. Ahora estaba sentada en la silla, erguida delante del espejo, esperando con paciencia a que Sofiana recogiera firmemente su cabello en una trenza y prendiera esa trenza en torno a la cabeza con horquillas y peinetas, algo que le confería un aspecto altanero que no le iba, pues a pesar de su petulancia Marița era una mujer de buen corazón y una señora que rara vez se quitaba la babucha para azotar el rostro de alguna criada que hubiera cometido un desliz. Sus cejas, que no se juntaban como las de Sofiana, estaban perfiladas con un pincel empapado en tinta de agallas, sus mejillas estaban ungidas con afeites y brillaban como el nácar, y su boca, pintada de rojo, era del tamaño de una cereza, pues cuanto más pequeña fuera la boca, más tentador sería el rostro.

Finalmente, la camarera, maravillada por su belleza, le colocaba también los pendientes de oro y los brazaletes de marfil, y le ponía en los dedos sus muchos anillos de oro y plata con incrustaciones de piedras preciosas. El espejo era ahora como un cuadro que mostraba

su rostro maquillado, y Marița lo contemplaba largo rato bajo las pestañas cargadas de kohl de Quíos, y se enamoraba de sí misma cada mañana más de lo que se había enamorado nunca de su marido o de cualquier chichisbeo de otra época. En una esquina del cuadro, el pintor os mostrará también a vosotros, Sofiana y Theodoros, ella con la mano en tu cabecita de cabello corto y rizado como hilos de alquitrán, y tú, delgado y moreno, sacando la lengua y haciendo monerías en aquel espejo profundo y luminoso.

La vieja Câmpineanu, la madre de Marița, había conocido a Aspasia de joven; cuando visitaba la Montaña Sagrada, pasaba siempre por Larisa y se alojaba donde el comerciante Anagnostakis, el marido de aquella, que reservaba las habitaciones de arriba para los viajeros. Más adelante, cuando Dios le concedió a Marița —su única hija—, y cuando esta creció lo bastante como para necesitar una sirvienta propia, recordó a la hija de Aspasia y, puesto que era una mujer vehemente que no se pensaba las cosas dos veces, se encontró con ambas en Ruse. Aspasia recibió una bolsa de dinero que no alcanzó a disfrutar, ya que al cabo de unos pocos días la atracaron y mataron unos crueles salteadores; la Câmpineanu regresó a Ghergani con Sofiana, una doncella de quince años con la que se sentía muy satisfecha, pues la joven, aunque no sabía una palabra de rumano, era espabilada y de buen corazón. Las dos doncellas se conocieron en la hacienda y durante muchos años reinó entre ellas la paz y el entendimiento. Más o menos por aquella misma época, Gligorie, un mozalbete de unos diecisiete años, hijo del responsable de los bonetes en la casa del recaudador, le fue encomendado al joven señor para vestirlo y asearlo cada día, servirle la mesa y acompañarlo como ojeador en las batidas de caza. En cuanto vio a aquella griega aceitunada, la línea de sus cejas le pareció un arco que enviaba flechas a su corazón. Se tropezaban muchas veces al día en las estancias vacías, apresurándose el uno por atender a su señor, la otra a su señora, seguían su camino y se volvían para mirarse, y entonces se avergonzaban al ver que también el otro se había vuelto, se rozaban como sin querer y murmuraban una disculpa, demasiado tenue como para poder distinguir una palabra, y luego, de rodillas ante el boyardo Gligorie, y Sofiana ante la señora, para atarles los cordones y lustrarles los zapatos, se aturullaban y lo hacían todo al revés, de tal manera que recibían atónitas reprimendas por parte de sus señores. Pasaron así un verano y un otoño en los que Gligorie le pisó los talones a la griega, dejando a un lado la vergüenza e intentando hablarle en los fríos pasillos de la mansión, susurrándole palabras ardientes siempre que se veían solos en las alhacenas a cuyos cristales se adherían las hojas de los geranios. Una mañana le tomó la mano y la joven la retiró, diciéndole algo en griego, como si se hubiera

quemado con un hierro candente, y entonces el muchacho alto y corpulento como un bandolero, de rostro colorado como un huevo pintado, sintió un estremecimiento desde lo más profundo y su verga se puso dura como una piedra. La tomó en sus brazos, que pasara lo que tuviera que pasar, y forcejearon en aquella habitación; Gligorie sintió sus garras de gata salvaje en el rostro y en el pecho, clavadas hasta hacerle sangrar. No hubo manera de dominarla, la soltó y salió corriendo por miedo al boyardo, sobre todo porque en la pelea cuerpo a cuerpo, enfervorizado por los pechos de la joven que llegó a sentir en las manos bajo la fina camisola, el muchacho volcó un candelabro de bronce cuyo brazo se dobló al caer. Pero la chica no gritó ni lo delató a su señora, sino que parecía entrecruzar a propósito sus recorridos por la hacienda con los del muchacho, fingiendo que no lo veía, y así transcurrió el invierno de 1817 y llegó la primavera, y entonces no pudieron aguantar más. Ávidos ambos de deseo por el otro, Sofiana y Gligorie prendieron como yesca en la primera ocasión, sin parar mientes en prohibiciones ni pecados.

Sucedió en el mes de las flores, cuando Ghergani rebosaba de luz y sobre las charcas las libélulas volaban emparejadas, y los chubascos con sol hacían que en la otra parte de la bóveda, sumida en la oscuridad, surgiera redondo el arcoíris. En uno de esos chubascos, cuando los señores se habían ido en carruaje adonde los vecinos y los criados cabeceaban por los aposentos, y el silencio y la paz y el olor dulzón del incienso y el narguile invadían toda la hacienda, la griega se escabulló al establo de las vacas, donde sabía que Gligorie guardaba, en el desván del heno, el tabaco y los libros que le gustaba leer en voz alta, y que no eran los famosos escritos de Homero el ciego, ni otros escritos de sabios y filósofos de los armarios del caballerizo mayor, sino volúmenes comprados por un céntimo en la feria, relatos e historietas alegres e invenciones increíbles sobre las maravillas del ancho mundo. La joven se escurrió dentro, donde las gruesas rebanadas de luz que se colaban por las grietas entre los tablones rayaban la oscuridad, y sintió en el cuerpo los hocicos húmedos de las vacas y su respiración cálida, y el olor limpio a estiércol. Subió lentamente la escalera hacia el desván repleto de heno y divisó a Gligorie tumbado en la paja, de medio lado, leyendo con un brazo debajo de la cabeza, y a sus espaldas, brillando como la seda en las anchas bandas de luz, una gigantesca telaraña con el bicho grande y pesado en el centro. A Gligorie le dio un vuelco el corazón cuando vio a la joven y sintió en la nariz su perfume untuoso. Sonriendo, ella se tumbó a su lado y le acarició el rostro con el dorso de los dedos. «Te tengo mucho cariño», susurró, mezclando el habla rumana y la música helena de las palabras, pero apenas hubo dicho eso, el joven, que durante meses había aliviado su deseo desparramando su simiente

en las sábanas mientras pensaba en el cuerpo de ella y en los pezones de sus tetas, que recordaba como si le hubieran quemado las palmas, y que había suspirado por ella todos los crepúsculos, se volvió hacia Sofiana, metió sus grandes manos bajo la saya y reveló al mundo ciego su belleza virginal. Ella se abrazaba a su cuello y le dejaba tantear su cuerpo con dedos ardientes, vientre, muslos y nalgas, y el vello suave de su raja del amor, sellada todavía, pero que resultaría ser una frágil defensa ante el hombre enardecido. Sofiana deseaba con tal pasión el ayuntamiento que apenas sintió el desgarro que el miembro endurecido le provocó en el vientre, y luego disfrutó indeciblemente, con las rodillas separadas, de los movimientos de caderas del hombre, mientras le besaba el cuello y el pecho. Una hora entera se agitaron, jadeando apasionados y desperdigando la paja por todo el desván, hasta que se quedaron tumbados allí, con la ropa enrollada en la cintura y los vientres desnudos, y por sus piernas pasaban las perlas redondas de las arañas de patas largas, cuya casa era el heno.

Sin saberlo, la joven quedó encinta en aquella primera unión, llevada a cabo en secreto y sin la bendición de la boda, encinta de ti, Tudor Theodoros Tewodros, y las noches de aquella primavera los jóvenes pecaron alegres, una y otra vez, cada vez con más pasión y con más frenesí y con más conciencia del placer, después de sus labores cotidianas, del trajín con los narguiles y el café, del vestir y desvestir a la señora y al señor, de los bordados en el bastidor y de la caza de faisanes en la hacienda. Cambiaron su lugar de encuentro, unas veces en la estancia de ella, otras en la de él, de donde se escabullían afuera con el primer canto de los gallos, antes del amanecer.

Así descubrieron secretos que no debían ser conocidos ni sacados a la luz, pues no eran sino debilidades de los señores, que, por lo demás, se mostraban majestuosos ante el mundo, como los nacidos en una estirpe de alcurnia de la que procedían también los príncipes. Gligorie se encontró, al pasar junto a los aposentos del viejo boyardo, que estaba hastiado del mundo y no salía jamás por la puerta, con dos gitanillas de unos doce años cada una, trece como mucho, que se habían escabullido también de la estancia del señor e intentaban pasar desapercibidas mientras apuntaba el día. El camarero se quedó asombrado ante esas apariciones y se lo comentó de pasada más adelante a Arghir el cochero, luego a Ermolach el de las cocinas, y ellos se mofaron de su inocencia de joven recién salido del cascarón. Todas las gitanillas, descubrió Gligore, eran de todos, y había muchas en la corte del chambelán, como en todas las casas de los boyardos valacos, y había todavía más en los campamentos de gitanos y en los pueblos. Ya fueran chiquillas o mujeres casadas, con marido, ellas no podían rechistar ante la llamada de los boyardos, y pocas eran las

noches, sobre todo en invierno, en que estos no llamaran a una o dos gitanas, evidentemente para que los calentaran. En esa época era una costumbre de la zona y los boyardos no se ocultaban: pasaban la noche en compañía de las gitanas con el consentimiento de sus señoras. Al fin y al cabo no era motivo de vergüenza, pues los gitanos eran esclavos como las bestias de carga, vendidos y comprados por sus amos y utilizados en la hacienda como estos decidieran. Se hablaba de algún boyardo chiflado que subía a sus gitanos a los árboles y los hacía graznar como cornejas, luego los cazaba con el arco de modo que caían y se rompían los huesos, y muchos yacían por allí muertos de verdad. Pero los tiempos habían mejorado y, aunque los gitanos seguían siendo esclavos y las gitanas eran requeridas entre las sábanas sin posibilidad de negarse, los boyardos se avergonzaban de ello y procuraban disimular su vicio. Mas incluso el boyardo joven, le murmuró Arghit al oído, dormía a veces en el sofá alemán de su despacho, aparentemente solo, tras decirle a Marița que tenía que ocuparse de unos papeles, y entonces llamaba en secreto a la más soberbia de las gitanas, esa por la que Arghir habría entregado diez vidas para poder cabalgarla una noche de luna llena: Andrada, la del herrero de Ghergani, el del callejón de los gitanos. Solo entonces comprendió Gligore por qué su boyardo, Tachi Ghica, a veces parecía cansado por la mañana y olía a humo y a pescado. Le contaba todo esto a Sofiana, que tampoco se quedaba atrás, pues entretanto su señora le había revelado que desde el comienzo de la primavera se habían acentuado las ausencias de Tachi de su lecho y ella se había encaprichado del cafetero, un bello mancebo llamado Vasile, criado en la casa desde niño, en el que la señora no había reparado hasta entonces. Pero había crecido y ahora tenía un año menos que veinte y las miradas de Marița se deleitaban con su porte orgulloso y masculino. Lo hacía llamar con frecuencia a sus aposentos, que ella llamaba gineceo, para que le arreglara los flecos del mantel y de las alfombras, para que ahuecara los cojines del diván y otras tonterías que causaban asombro en el joven, pues no eran de su incumbencia. Entonces, recostada en el diván, ella se veía voluptuosa en su imaginación, dejaba que se le viera un poquito el pecho a través de la blusa de hilo y mostraba la pierna hasta la rodilla, mientras columpiaba la zapatilla con la punta de los dedos. El joven respondía, sin embargo, con una mirada limpia, de criado fiel, a los guiños de Marița, salía de la estancia haciendo una reverencia y la dejaba con la miel en los labios. Desesperada, después de mucho cavilar, la señora le reveló a la griega una trama perversa: hacer como la esposa de Putifar con José en Egipto, esto es, decirle un buen día que si no la tomaba en sus brazos gritaría que un animal de rostro humano había intentado violarla. Y a él lo mataría la mazmorra, si no directamente los bieldos.

Sofiana se estremeció ante semejante vileza e intentó disuadirla de un pecado tan grande y tan grave. En primer lugar le preguntó, mientras le limpiaba la lengua bien sacada de la boca con una cuchilla de plata especialmente fabricada a tal efecto, por qué la excelsa señora quería engañar a su esposo legítimo y tomar el camino del desenfreno a sabiendas de que podría ser descubierta, pues si Tachi se enteraba le raparía la cabeza y la soltaría por el mercado como a una prostituta cualquiera. ¿No era su esposo suficientemente bueno, justo y piadoso? ¿No la amaba como a la niña de sus ojos? La señora Marița debía pensarse muy bien lo que quería hacer. Marița no podía responder, pues la cuchilla roma raspaba su lengua, engrosada por el sarro acumulado, pero de sus ojos brotaron unas lágrimas ennegrecidas por el kohl de las pestañas: «Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago», habría respondido ella con las palabras del apóstol san Pablo, tantas veces escuchadas en la iglesia anexa a la hacienda.

En su lecho secreto, Gligorie y Sofiana cuchicheaban sobre estas historias y sobre muchas otras que escuchaban por los rincones donde se reunían los criados, sin sospechar sin embargo que ellos mismos se convertirían enseguida en tema de conversación.

4

Pues a la griega no le vino el periodo y su vida se volvió de repente muy amarga, ya que no podría esconder durante demasiado tiempo, de sus señores y de toda la corte, las señales del desenfreno en que se había enfangado. Mientras hubiera tiempo, se podía hacer algo, pero, puesto que era joven e inexperta en semejantes asuntos, daba tumbos de acá para allá sin saber dónde pedir ayuda. Había oído hablar de viejas que ofrecían cantáridas del fresno y pócimas mágicas a las jóvenes que habían pecado, y habría depositado su desesperación en sus manos si no hubiera escuchado las desgracias que habían tenido lugar. Fue a la iglesia y se arrodilló, con lágrimas en los ojos, ante el icono de la Virgen María, que, con el niño en brazos, se llamaba Hodeghitria en la lengua de Sofiana, le confesó su pecado y suplicó compasión, pero la garra que le estrujaba el corazón no se aflojó. La Virgen no la perdonaría jamás por su pecado imprudente. El cómplice autor, Gligorie, un niño también él, no era de gran ayuda, y tras el verano no volvieron a encontrarse en sus aposentos secretos. De todas formas, su pasión se apaciguó enseguida, una vez hubo disfrutado de todas las alegrías carnales que la griega le había ofrecido con largueza.

Solo le quedaba pedir piedad y protección a su señora, y una buena mañana, cuando el bebé tenía ya unos tres meses y las náuseas se habían vuelto insoportables, Sofiana se arrojó a los pies de Marița, confesando entre sollozos su pecado. Esta, fría como el hielo, pues solo tenía comprensión para sus propias debilidades, reprendió severamente a su sirvienta y la amenazó con hacerlo público y echarla de la hacienda, por el malvado placer de verla retorcerse todavía más y besar con mayor desesperación sus babuchas. Le preguntó con quién había hecho el niño, y la camarerita no le ocultó nada. Luego la abandonó allí, tirada en la alfombra como una oruga grande y exangüe, y se fue en busca de Tachi para pedirle consejo sobre este asunto menor pero no insignificante, pues Ghergani era una tierra cristiana en la que el desenfreno entre esclavos no estaba permitido en ningún caso. Decidieron casar de inmediato a los dos desventurados, pues se veían de vez en cuando niños nacidos a los siete meses y nadie descubriría que el fruto del vientre de Sofiana había sido concebido

antes del sagrado misterio del matrimonio.

Así que el primer domingo los dos se pusieron, para bien o para mal, las coronas,[8] el sacerdote les cantó la *Danza de Isaías*, y desde entonces compartieron la misma habitación y vivieron en armonía, a la espera de su primer hijo, que sería también el último, pues tu madre jamás se recuperaría tras el duro parto del invierno siguiente. Fue un invierno terrible allí, entre las colinas: los días eran sombríos como la noche, la nieve en los caminos borrados llegaba hasta el pecho de los caballos, y poco después no se podía salir del patio de la casa. Sofiana, cuando llegó el momento, te parió a las diez de la mañana, sin cirujano y sin matrona, solo con las mujeres más ancianas de la hacienda, y no faltó mucho para que la mataras con tu llegada al mundo. Te cortaron el cordón en medio del aullido terrible del viento en los postigos y en el hueco de la chimenea, que ahogó tus primeros gimoteos. El ángel del invierno había azuzado el cielo contra la tierra y había envuelto todo en sus alas de nieve.

«El miércoles 4 de febrero, año de 1818», escribió aquella misma tarde el recaudador Tachi Ghica en la última hoja del antiquísimo Santoral de la familia, donde se apuntaba cada nacimiento y cada muerte en la corte de los Ghiculescu, «ha venido a este mundo el hijo de Gligorie el Bonetero y de Sofiana, nuestros criados, cuyo nombre es». Más adelante, esa misma mano añadió en el espacio en blanco, con tinta rojiza, «Tudor», pues tu madre y tu padre, pensando que eras un regalo de Dios, te bautizaron con ese nombre bendito, que en griego era Theodoros, y durante toda tu niñez sería así: Gligorie te llamaría Tudorică, y tu madre, Todoraki, y cada uno te hablaría, abiertamente o a escondidas, en su idioma, de tal manera que a los tres años te expresarías en las dos lenguas con soltura. En el bautizo caminaron hacia la iglesia a través de un largo túnel abovedado, excavado en los seis metros de altura de nieve amontonada, y en la iglesia helada el cura tuvo que romper con un hacha la capa de hielo de la pila bautismal. Cada vez que respiraban, los asistentes soltaban por la boca inmensas flores de vaho en el frío glacial de la iglesia repleta de iconos cubiertos de escarcha. Fuiste tres veces introducido en el recipiente donde se mezclaban el agua y la nieve, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y te sacaron amoratado como un hígado. Te envolvieron bien en los paños y en la lana de cordero y corrieron por el largo túnel hacia la hacienda, donde te pusieron a buen recaudo en el calor de la cama, en el crepitar de los troncos de la estufa, entre almohadones, junto a la teta de tu madre. Llevarías ese frío en los huesos hasta el final, incluso bajo el ardiente sol de Cefalonia, incluso bajo las palmeras del Líbano, incluso en Jerusalén, la ciudad sagrada, y sobre todo en tu Etiopía, en el otro extremo de la tierra, donde veías todo a través del aire trémulo por el bochorno y

del polvo anaranjado de África. No habrías podido soportar el horno de esos territorios si tus huesos no hubieran recordado el frío de la pila bautismal, que congeló tu corazón, y si no se hubieran cubierto entonces con una pelusa de nieve.

La noche posterior a tu nacimiento, en su despacho con muebles de caoba y un sofá con garras de león cubierto de almohadones de seda, y un candelabro de cristales pintados con maestría, Tachi albergaba la intención de recibir a su gitana, tal y como hacía un par de veces por semana últimamente, vicio por el que se despreciaba y por el que muchas veces se golpeaba la cabeza con los puños, pero del que no podía prescindir, porque se había aficionado a algunas porquerías que le hacía Andrada y Mariţa no: ella ni siquiera sospechaba que pudiera hacerse algo así y, si Tachi se lo hubiera pedido, habría vomitado en el suelo y se habría refugiado junto a su madre, la Câmpianu, con su dote y todo, como si hubiera visto a Satanás. Pero se había puesto a hojear, en la última parte de ese Santoral de piel repujado en plata ennegrecida, con unos topacios turbios en el lomo, un Libro de Horas antiquísimo, unas páginas que despertaron su melancolía. Se vio sumido en las notas escritas por manos que llevaban mucho tiempo secas en féretros putrefactos, un repertorio de la familia que recogía todo lo reseñable que había sucedido durante la estancia de más de trescientos años de los Ghiculescu en Valaquia, nacimientos y muertes e incendios y terremotos y pestes y revueltas y milagros, como cuando una vaca parió dos terneros unidos por la cabeza o como cuando cayó el ¡cono del profeta Jeremías, desde la cuarta fila del iconostasio de la iglesia de Ghergani, sobre una vieja que se dedicaba a adivinar, de tal manera que la esquina del icono se le clavó en el cráneo y ella murió en el acto por sus muchos pecados. La primera anotación era del año 7068 después de la Creación del mundo, cuando un tal Matei Ghica, de estirpe albanesa, se asentó en el pueblo de Ghergani y construyó allí unas casas de madera que ardieron enseguida, y en sus cimientos levantó más adelante otras de ladrillo, que sufrieron también a su vez muchas transformaciones e incendios y se les añadieron más edificios hasta que la hacienda fue erigida en todo su esplendor. De su linaje, que había arraigado rápidamente y se consideraba ahora rumano de pura cepa, surgieron los más destacados boyardos de la región, los cuales acabarían finalmente siendo príncipes en Valaquia y en Moldavia. Los rostros de Gheorghe, Grigorie y Matei Ghica podían verse aún en las iglesias fundadas por ellos, pintados tal y como eran, barbudos y con vestimentas orientales y tocados señoriales en la cabeza, con sus consortes y retoños, sosteniendo en las manos una iglesia en miniatura, como si fueran ellos unos gigantes y la hubieran arrancado de sus cimientos para mostrársela, orgullosos, al Señor de los cielos que descansa sobre querubines. La nobleza de su linaje hizo

llorar a Tachi, pues las familias Dudescu, Văcărescu, Filipescu y Câmpineanu, puntales de Valaquia, estaban estrechamente unidas a la familia Ghica gracias a los casamientos y los infinitos padrinazgos, y formaban así la parte principal de la aristocracia, la flor y nata de la nobleza valaca. Encontró también en el Santoral, cuyos topacios brillantes y lisos toqueteaba con la yema de los dedos, la anotación de su nacimiento, escrita por la mano virtuosa de su padre, Scarlat, y se entristeció por el rápido paso de los años. «*Eheu fugaces, Postume, Postume, labuntur anni…*», murmuró, pues no había abandonado las odas de Horacio desde que las aprendiera en los pupitres del colegio vienes de su juventud, donde sorprendió a sus profesores y al resto de los estudiantes con sus túnicas de color azafrán, sus chalecos y bombachos, sus babuchas con la puntera levantada, pero sobre todo con su barba de creyente ortodoxo ya en aquella época, y el turbante como un balón de fieltro en su cabeza afeitada. ¿Turco? ¿Árabe? ¿Kirguís? Los alemanes de la ciudad imperial del Danubio no habían visto nunca un fantoche semejante. A su regreso, atiborrado de cultura, al territorio salvaje de su patria, Dimitrie Scarlat Ghica, Tachi para sus allegados, creó la mayor biblioteca de Valaquia y se pasaba las horas embelesado en su gabinete amueblado a la europea con los libros de Erasmo y Maquiavelo y Sófocles en las manos. Los leía y releía en invierno, cuando el aullido de los lobos ponía los pelos de punta. Así debió de soportar también Ovidio en la Antigüedad, desterrado en la costa del más grande de los mares, hasta donde llegaban los confines de Valaquia ahora, el viento norte de los escitas y la barbarie de las costumbres a las que fue arrojado para morir allí de frío y de sufrimiento. Envuelto en una toga que no conseguía calentarlo, el viejo poeta se dirigía a menudo a la orilla del mar, en invierno, cuando las olas que golpeaban las rocas multiplicaban por diez su altura y tendían hacia él los miles de brazos de la desesperanza.

«*…nec pistas moram…*», seguía musitando, como uno de los pocos que sabía latín en aquella parte del mundo, tan pocos que se podían contar con los dedos de una mano y quedaba todavía un dedo sin filósofo. Griego sabía, sin embargo, toda la nobleza, pues los turcos saqueaban en su país el trigo, la lana, la miel, la sal y los quesos, los muchachos y las muchachas para sus placeres vergonzosos, pero no tocaban las sagradas iglesias y enviaban desde Tsargrad[9] vaivodas cristianos, de familias griegas, que llegaban con gran pompa, a lomos de caballos persas cubiertos con mantos bordados, a la ciudad del trono, Bucarest. Rara vez se colaba entre los señores un verdadero boyardo acaudalado, pues los señoríos eran sacados a subasta por los visires: el que más ofrecía se quedaba con el feudo. Pero en aquella época gobernaba todavía en Valaquia Caragea-Vodă, el de la terrible

peste ocurrida cinco años antes, y los Ghiculescu eran hidalgos en las haciendas.

Poco después el péndulo dio las doce campanadas y el boyardo se espabiló del enseñamiento y la melancolía, ya que sintió en la nariz, arrastrado por el soplo de viento debajo de la puerta, el conocido aroma del campamento de los gitanos y se apresuró a hacer pasar a la graciosa gitanilla, con sus faldas plisadas y su collar de abalorios y las trenzas sujetas con un cordón rojo, que le sonrió con sus dientes fuertes y bellos, amarilleados por la pipa. No tardó mucho en verse con ella en el amplio sofá, acoplados como en las estampas japonesas que el recaudador guardaba bajo llave para deleitarse de vez en cuando con su contemplación: vestidos por completo, solo quedaban a la vista las vergüenzas de la gitana, peludas y con los labios viscosos, arrugados como el pie del caracol, en las que se clavaba el miembro feo, negruzco y venoso del recaudador. Cuando jugaba a las tabas con los criados de su edad, durante su juventud, Tachi escuchó de sus labios una broma tontorrona que no consiguió, sin embargo, quitarse de la cabeza. ¿Por qué los hombres bajitos tienen un miembro largo y los altos lo tienen pequeño y arrugado? Y, entre las mujeres, ¿por qué las bajitas y compactas tienen un agujero profundo y las larguiruchas, uno pequeñito? Esto le preguntó un mozo, guiñándole el ojo, y él mismo le dio la respuesta, entre las carcajadas de los demás. Decían que el Señor, después de crear la especie humana, cavó un agujero y se metió dentro. Luego llamó en primer lugar a los hombres para que saltaran sobre el agujero, desnudos, y cuando pasaban por encima, les tiraba de la pilila. A la de los más bajos llegaba bien y se la estiraba hasta las rodillas. A la de los altos no llegaba y la lombricilla les quedaba ridicula. Cuando les tocó el turno a las mujeres, también desnudas, el Señor tomó un cuchillo para hacerles la raja, pues hasta entonces carecían de ella. En las más bajitas, el cuchillo se clavó profundamente, mientras que a las altas solo las marcó un poquito entre las caderas. Bajo de estatura pero bien dotado, a Tachi le iba esta historia como anillo al dedo y Andrada, por muy acostumbrada que estuviera a los miembros largos, no podía reprocharle nada al boyardo. En la puerta vigilaba el esbirro de confianza de Tachi, el tártaro Ghiuner, ese que más adelante te contaría, mientras recorríais en trineo la desierta llanura nevada para llegar al belén de Sălcuţa, la historia del pachá Arcoş que, llevado por la locura, le declaró la guerra a Helor. Y tú, temblando ante la terrible visión de aquella batalla del blanco infinito de las nieves, lo impresionarías más adelante, por muchas cosas que hubiera visto el tártaro, con la historia de los jóvenes de las cabezas amputadas e intercambiadas del libro del emperador Skinderiu que tu madre te leía entonces para entretenerte, pero con la que tú te morías de miedo.

No recordabas —pero nosotros lo recordamos todo también por ti, Theodoros, cada instante de tu vida y de la del mundo, pues nosotros, que nos encontramos muy por encima de vuestra bóveda azul, podemos ver las historias incluso desde el momento en que todas formaban una sola, un hilo trenzado con todos los hilos, que brillaban con todos los brillos, estañados con todos los estaños, que tenían la suavidad del lino y la aspereza de la lana y el aroma del cáñamo y la transparencia del estambre y los colores del algodón teñido, antes de que se extendieran entre los hilos del telar, destrenzándose y trenzándose en la urdimbre de los días y las noches, de la leche y de la sangre, del sol y de la luna y de las estrellas, donde se entretejen las vidas de los reyes y de los monjes y de los campesinos, de los carpinteros y de los sombrereros y de las santas y de las putas y de los mendigos, de los que sufren en el infierno y de los que brillan como el sol en el Reino de los Cielos, formando un solo tapiz abigarrado y bendito, en el que tu vida no es sino un manuscrito entre los miles de manuscritos, brillantes como piedras preciosas, de la Creación—, no recordabas nada del año que seguiría, pero el año siguiente, más o menos hacia la mitad —descubrirías más adelante—, pronunciaste la primera palabra, surgida inesperadamente de tus gorjeos infantiles, que no fue ni mamá, ni papá, ni nene, como suelen empezar los niños corrientes. Llevabas un rato mamando de tu madre cuando ella, calculando que estabas ya saciado, te sacó el pezón de la boca y se cubrió con la camisa el seno de venas azuladas, pero tú, insatisfecho y enfadado, con los labios húmedos todavía de leche, retiraste la camisa para dejar la teta al aire y gritaste «¡quero!» y no cejaste hasta que no te viste de nuevo con el pezón en la boca. Cuando se enteró de lo que su hijo había dicho por primera vez, Gligorie armó un gran revuelo y le decía a todo aquel que quisiera o no quisiera escucharlo que el destino había vaticinado sin duda algo a través de la boca inocente del niño, y desde entonces te miró con otros ojos. Pero Sofiana estaba espantada, pues la única voluntad permitida en el cielo y en la tierra era la del de Arriba, y el pecado más imperdonable era la soberbia.

Eso sucedió en junio, y en verano hablabas cada vez más y te sacaron a la calle, al sol, y te llevaban en el carro por las colinas reverdecidas, bajo los cielos azules que cabalgaban las nubes perfumadas, para que vieras lo grande y bello que es el mundo. Tu primer recuerdo te sitúa en el carro, Sofiana te sostiene en brazos en el pescante, junto a Gligorie, que guía a los caballos, y las grupas inmensas de las dos yeguas pintas avanzan al trote, con sus rajas negras como la pez y sus colas que de vez en cuando te golpean en la cara y te hacen reír a carcajadas. A veces cagaban en movimiento y a ti su estiércol amarillo verdoso, de bolas lisas y redondas, te parecía tan bonito como ellas, y las flores del campo que lanzaban sus

sombras coloridas contra el cielo les llegaban a los caballos hasta el pecho, tal y como en invierno les llegaba la nieve en tu país natal, donde las estaciones del año estaban separadas por tabiques, como las nueces: primavera, verano, otoño e invierno, de colores diferentes y maravillosas en su variedad. Conocías bien todas las cosas, tan claramente como las veías, los bichitos de la hierba y los faisanes que saltaban de repente, marrones, con un vuelo pesado, de un árbol a otro, y las aldeas apartadas, sus casas de adobe con tejados de paja y las torres redondas de las iglesias, y los pozos con sus palancas que crujían en la llanura. Así era la Valaquia que seguiste amando hasta el último instante en que tu alma apóstata pudo sentir algo sobre la tierra.

Nunca sabrás qué historias le contó su madre, vendedora de *kosso*, a tu hermano de cruz, Kassa, con quien solías acurrucare, fumando en pipa, recostado en el muro del monasterio junto a Debra Tabor, sobre el que chasqueaban los sicómoros en el ocaso; tal vez leyendas de babuinos listos y leones tontos como la noche, o tal vez de ídolos variopintos y muertos sentados a la mesa por sus familiares y agasajados con exquisiteces, o bien historias sagradas sobre Jesucristo, que permanecía invisible junto a la cruz riéndose con ganas, pues en la cruz no estaba clavado él, sino Simón de Cirene, y la gente, atacada por la ceguera, no los podía distinguir; o tal vez, agotada cada tarde tras la búsqueda de remedios para las lombrices, ella, que era hija de un pueblo regio, no le contó ninguna historia, y Kassa nunca supo qué son las historias porque su historia en el mundo iba a ser breve y penosa. Pero Sofiana no te dejaba, en las sombrías tardes de Ghergani, que cerraras las pestañas sin contarte un cuento, algunas veces en griego, sobre Hércules el terrible, que mataba dos serpientes siendo un niño, y Teseo el que vencía, entrando en su guarida, al hombre con cabeza de toro, y Medea, que descuartizaba a sus hijos y arrojaba sus tarazones al mar; pero casi siempre en rumano, pues entre los libros comprados en el mercado por Gligorie, que enseguida te sabrías de memoria, había también uno de leyendas rumanas reunidas por unos ancianos más viejos que el mundo, que se levantaban las cejas blancas con el cayado cuando querían mirarte. Fue tu primer libro y el de cabecera, pues raras veces asombró, perturbó y desconcertó más tu corazón alguna otra historia, y cuando, muchos años después, le enviaras cartas a Sofiana sobre tus hazañas en el Archipiélago y en todo el Levante, incluirías entre líneas muchos adornos e invenciones del repertorio de cuentos que habías leído de niño.

«Érase una vez un rey», comenzaban todos los cuentos, y los reyes tenían nombres de colores, pues había un Rey Rojo, uno Amarillo, había también un Negro-Rey y un Verde-Rey y un Blanco-Rey, y todos tenían melenas grises y barbas níveas y eran buenos y sabios. Lucían

ricas vestimentas, recamadas con perlas, y llevaban en la cabeza coronas de oro. Y para sus pueblos ellos eran dioses, como El que había creado el cielo y la tierra y que tu madre te mostraba siempre en la pintura de la iglesia del pueblo, donde te bautizaron, pues Dios mío-Dios mío, ante el que te arrodillabas junto a la cama con Sofiana cada noche, estaba pintado exactamente igual en la torre de la iglesia: melenas blancas como la nieve, una túnica roja como la sangre bajo la que se veía una camisa verde como una aceituna cruda. Y un gran libro abierto delante, como lo abría tu madre cuando te leía sobre el rey que no tenía hijos y sobre su reina, que tomaba un grano de pimienta y se quedaba encinta al momento. Y el feto portentoso lloraba en su vientre, y el rey le prometía toda la riqueza del mundo si callaba, pero él lloraba todavía más fuerte y no callaba hasta que su padre le prometía a la Princesa de las Princesas. Pero después de que su-madre-la-reina lo alumbrara, el bebé crecía en un día lo que otros en un año, y en unos pocos días se convertía en un mozo espléndido. Entonces le pedía a su padre lo que le había prometido y este se escabullía y no sabía qué responder. Pues la Princesa de las Princesas no estaba en este mundo. La había raptado un vil dragón y se la había llevado a su corte, en los jamás hollados barrancos de la otra orilla.

El mozo abandonaba entonces la casa en el caballo de su padre, alimentado con brasas y con nueve corazones en el pecho, vestido con el traje de su padre cuando fue yerno y acompañado del sable del viejo rey, cuya herrumbre había limpiado él. En el morral llevaba como refrigerio una torta de maíz amasada con leche de la teta de la reina. Descendía con una cuerda hasta la otra orilla, de la que nadie había regresado con vida. Caminaba por territorios salvajes, donde montañas de cristal imposibles de escalar se elevaban sobre el mundo, dormía en valles llenos de amapolas, su fiel caballo lo despertaba antes de que dejara allí sus huesos, libraba de la muerte a abejas y pájaros que le regalaban escamas y plumas de sus alas que luego le eran de gran utilidad. Llegaba adonde las viejas que tenían casitas de madera rodeadas de estacas y en cada estaca estaba clavado el cráneo de un hombre, solo una estaca carecía de cabeza y gritaba «¡Cabeza! ¡Cabeza! ¡Cabeza!». Encontraba la serpiente, que era la más inteligente de todas las bestias, y salvaba a la hija de la serpiente de la muerte. En su afán por recompensarlo, el dragón lo encandilaba con todas las riquezas del mundo, pero el mozo, aconsejado por la hija de la serpiente, pedía tan solo la perla que tenía detrás de la muela, y el gusano se veía obligado a entregársela. Aquella perla cumplía cualquier deseo. Se encontraba con Statu-Palmă-Barbă-Cot[10] a lomos de media liebre coja engañada y domesticada, y le ataba la barba en la grieta de un tronco de roble. Pero el enano huía con roble y todo, trazando un surco a su paso. El joven llegaba a la casa de Ciută-

Nevăzută[11] y se ponían a medir sus fuerzas, quién comía y bebía más. Mientras Ciută-Nevăzută se comía una vaca, el mozo comía diez, y arrojaba los huesos a la cabeza del hechicero. Mientras este bebía una barrica de vino, el mozo bebía diez, y le lanzaba a Ciută-Nevăzută las duelas a la cabeza.

Finalmente, el mancebo llegaba a la corte del dragón y trababa conversación con la Princesa de las Princesas, que le explicaba cómo matar al miserable dragón que se la había arrebatado a sus padres, pues era hija del Rey Rojo. Apenas acababa su explicación cuando aparecía también el dragón, con una quijada en el cielo y otra en la tierra. Luchaban un día de verano hasta la noche y el mancebo conseguía acabar con el dragón, hundiéndolo en la tierra hasta el cuello y cortándole la cabeza. Se iba luego con la Princesa de las Princesas al encuentro de un pájaro llamado Ghionoaia, que los alzaba volando sobre el mundo blanco si el mancebo le arrojaba en el pico una oveja cada vez que el pájaro volvía la cabeza. Cuando estaban ya a punto de llegar, al mozo no le quedaban ovejas y se cortó un trozo de carne del muslo, y el ave Ghionoaia lo engulló con apetito. Al hacer un alto en el mundo blanco, el pájaro escupió el trozo y el joven se lo colocó en su sitio, donde se pegó al instante. Y los dos se dirigieron a la corte del Rey Rojo, que, llevado por la alegría de ver a su hija, se bajó del trono y colocó en su lugar al mancebo, y le colocó también su capa sobre los hombros, y el topacio en la mano, y su corona de oro en la cabeza, y este reinó junto a la Princesa de las Princesas. Y vivieron felices y comieron perdices.

Sentado en el regazo de tu madre en su alcoba de la mansión de Ghergani, pegado a sus dulces pechos y con el gran libro de hojas llenas de signos extraños, negros como las hormigas, abierto, cruzabas también tú, siguiendo los pasos del héroe del cuento, el puente hacia el otro mundo, como si hubieras descendido con una cuerda hacia otro territorio feliz y mágico, donde, al final de largas jornadas y hazañas, te esperaba la recompensa de las recompensas, el reino. Tú, el nieto del bonetero e hijo de la sirvienta, habrías querido llegar a ser el único rey cuyo color no se encontraba en los cuentos. El Rey Azul, el del nombre tan sagrado que tus pasados y tus antepasados no se habían atrevido a pronunciar, tal vez porque El habitaba en un mundo completamente distinto y era imposible verle el rostro, y era una idea terrible, un pecado mortal e imperdonable, si no hubieras sido solo un niño, que quisieras ser idéntico a Él. ¿Pero qué niño, mientras crece en el vientre de su madre, imagina que dejará de crecer algún día? Algunos se detenían sin embargo enseguida, cuando eran del tamaño de una hormiga en el vientre de su madre, y serían hormigas en este mundo; otros se detenían cuando eran como ranas, y se hacían ranas; otros, impacientes, nacían en forma de conejos, y otros salían del

vientre como un retoño humano. Pero si la madre tenía la paciencia suficiente y el niño no se apresuraba por ver la luz, sino que permanecía en el horno hasta estar bien asado y perfumado con un aroma agradable al Señor, podía venir al mundo un hijo con un nimbo de oro en torno a la cabeza, rodeado de perlas fundidas, y con grandes alas de cisne. Pues los reyes de este mundo se repartían los territorios conocidos, donde peleaban y entroncaban unos con otros, pero el Rey Azul reinaba sobre todos ellos y sobre toda la Esfera. Se llamaba así porque Su manto era el cielo, y la tierra entera, con sus montañas, aguas y bosques, con islas e islotes, se extendía a Sus pies. De vez en cuando, los otros reyes se postraban ante El y lanzaban rodando sus coronas de oro hacia Su trono rodeado de querubines. Lo habías visto todo, y lo seguías viendo cada día, cuando entrabas con tu madre en la iglesia y mirabas asombrado sus paredes pintadas de miles de colores.

La iglesia del pueblo era idéntica a los cientos y miles de iglesias valacas, angosta y pequeña, con una torre achaparrada, de ventanas estrechas como hilos para poder disparar con una escopeta, en caso necesario, a través de ellas, mientras te protegías del plomo de los enemigos. Una cruz de hierro, florida y oxidada, blanqueada por la gallinaza de las cornejas, al igual que la torre entera, atraía las miradas hacia la cúspide. Encalada por fuera, la iglesia se abría como una flor decorada con ¡conos de colores por dentro, donde ni un hueco de la pared estaba sin pintar. Aprendiste a santiguarte, juntando los tres dedos, primero en la frente, en el nombre del Padre, luego en el ombligo, del Hijo, en el hombro derecho, del Espíritu Santo, y en el izquierdo, Amén, pero a menudo, cuando el pope cantaba y el sacristán le hacía los coros, y más o menos la docena de hombres y mujeres que cabía en la iglesia, ellos con la cabeza descubierta, ellas tapadas por unos pañolones que no dejaban que se les viera ni un mechón, permanecían de rodillas con los ojos cerrados, sumergidos por completo en un baño de oro, te olvidabas de la cruz, y de la misa, y del aspecto fiero del pope, al que tenías un miedo atroz, y dejabas que tu mirada vagara por las paredes de alrededor, y por arriba, en la torre. No tenías escapatoria, estabas acorralado y constreñido por un pueblo de santos, apóstoles, profetas y mártires, de rostro aceitunado y barbas piadosas, uno junto a otro, con las aureolas de oro de sus cabezas apretadas como granos de uva. Sobre ellos estaban pintadas las estrellas en cielos de color añil. Sobre las cabezas de los arrodillados cubría el horizonte el Cristo Pantocrátor, con su Madre, la Virgen Inmaculada, delante en la bóveda del altar, y de frente, en el iconostasio de madera de olivo, retorcido y bañado en oro, que protegía el altar de la mirada de los cristianos, había cuatro filas de iconos. Ante las puertas se representaban acontecimientos sagrados

que no conocías todavía, pero que descubrirías poco a poco: el nacimiento del Salvador, Su crucifixión, Su salida del sepulcro junto a las mujeres santas, los burritos y los árboles pintados con maestría, todo ello bañado en sombra y oro, y el aroma a santidad del incienso. Este ejército de rostros inmóviles era para ti el segundo mundo, después del de los cuentos, en el que había echado raíces tu alma, desconocidos y extraordinarios ambos por igual, tan verdaderos también como el tercero, en el que se encontraba tu cuerpo, disfrutando del sol y de la lluvia y de la nieve, el de tu Ghergani natal. Y junto a ellos, y antes que ellos, había en tu alma un cuarto mundo, ese del que manaban los otros de manera secreta y abigarrada, ese en el que te hundías de noche, el mundo de tus sueños, al principio límpidos como el agua del manantial; luego, a lo largo de la vida, como enturbiados por un grueso chorro de lágrimas y sangre. Pues en las profundidades de tu corazón había cuevas intrincadas, con fieras de viento y fieras de fuego y rostros que se confundían entre sí, y solo allí comprendías que el Rey Azul tenía el rostro de tu padre, Gligorie, y el del pope que cantaba en la iglesia y el del Pantocrátor pintado en su torre, y el de todos los tronos y los señoríos y los ángeles terribles que examinaban a los mortales desde el abuelo Adán y la abuela Eva. A todos temías en sueños, al igual que a las fieras de los bosques, a los lobos que en invierno bajaban hasta la hacienda y a los osos que destrozaban a algún campesino que recolectaba moras; tenías miedo y te habría gustado ser como ellos y estar por encima de ellos para escapar de una vez por todas del olor mustio de tu temor. Todos los niños del pueblo tenían miedo al pope, al hombre barbudo con una sotana negra hasta el suelo, pues, si cometían una falta, sus padres les decían «el pope te cortará la lengua», y entonces sentían el dolor vivo de la lengua arrancada con unas tenazas y cortada con un cuchillo, y se afligían estremecidos. Por encima de todo, si eras un buen cristiano, debías sentir miedo de Dios, pues estabas, por completo y sin remisión, en Sus poderosas manos de guerrero invencible. Pero ¿cómo pueden convivir el amor y el temor?

Más adelante —cuando llegaras a ser un hombre hecho y derecho ante cuyo nombre temblaba el Archipiélago y removieras las islas en busca de las letras escondidas que formaban la palabra SAVAOTH, pues no solo a rebanar cuellos con el puñal habías venido a este mundo—, recordarías una de las joyas de la iglesia de Ghergani, situada en un lugar de honor delante de las pocas sillas del coro, ya que era un regalo principesco, recibido por Scarlat Ghica, el padre de Tachi, del mismísimo vaivoda Ipsilantis, y decían que era milagroso. El niño que tú eras se maravillaba ante aquel cofre de plata que representaba una iglesia en miniatura, cuya tapa con torres se podía abrir, porque estaba sujeta con bisagras. La plata estaba

primorosamente repujada con ¡conos de santos guerreros y con ricas florituras, y era luminosa como un espejo. «Es el arca sagrada», le susurró Sofiana, arrodillada junto a él, y esa palabra se incrustó para siempre en su alma. Acarició entonces con los dedos, como la acariciaría siempre a partir de entonces, la plata lisa, suave y agradable, y lo que más deseaba en el mundo era echar un vistazo en el sagrario, descubrir qué había en su interior. Pero el cofre de plata no se abrió jamás a los fieles del pueblo, pues el sacerdote sabía muy bien lo que les había sucedido a los vecinos de Bet-Semes tras haber contemplado el Arca de la Alianza: el Señor los castigó cruelmente por su pecado y aquel día murieron cincuenta mil setenta hombres. Y sabía también cómo el sacerdote Uza, de la tribu de los levitas, fue despedazado en un instante mientras sujetaba el Arca para evitar que cayera del carro, junto a la era de Nacón, mientras era transportada a Jerusalén por el rey David. Y también los filisteos que habían llevado el Arca a sus ciudades fueron castigados con bubas en el trasero y con la muerte, pues en el arca estaba el Nombre del Señor y por eso tenía unos poderes infinitos. Y, aunque en la iglesia de Ghergani, una aldea insignificante perdida entre las colinas de Valaquia, no se encontrara en ningún caso el Arca de la Alianza, cuyo rastro, decía el pope Elpifidor, se había perdido ya en tiempos de Nabucodonosor, sino un pobre relicario que contenía dos o tres huesos enmohecidos de algún mártir de rango muy humilde, no estaba bien jugar con las reliquias de un hombre santo.

Pasaría más de una década hasta que una noche de verano, perseguido incluso en sueños por el brillo de azogue del Arca, llamaste al tártaro y, puesto que este tenía vencetósigo,[12] partisteis el cerrojo de la puerta de la iglesia como si fuera una hostia. A la luz de la antorcha, los rostros de los santos de las paredes eran más terribles aún. Bajo sus ojos espantados, la iglesia de plata brillaba mágicamente. Su cierre cedió también al contacto de la hierba grisácea, de poderes secretos, y Ghiuner levantó la tapa con las torres de la iglesia elevadas sobre la placa en forma de cruz. Miraron en el arca, y de repente sintieron un sudor helado, pues allí, en su interior, se vieron a sí mismos, del tamaño de un dedo, contemplando el interior de un arca minúscula, de plata, que se encontraba también en aquella iglesia minúscula, idéntica a la más grande. En aquel instante, el techo de la iglesia verdadera, en la que se hallaban ellos, se levantó a su vez, con torres y todo, sobre sus cabezas para mostrar sus rostros gigantescos mirando en el interior, a la luz de una antorcha que parecía iluminar el mundo entero. Huyeron aterrados por aquella visión, dejando la iglesia abierta y abandonada.

Las estrellas llenaban el cielo con su ejército.

5

> A *petición, y por deseo perentorio de una gran mayoría de los ciudadanos de estos Estados Unidos, yo, Joshua Norton, antes de Bahía de Algoa, del Cabo de Buena Esperanza, y ahora por los pasados nueve años y diez meses de San Francisco, California, me declaro y proclamo Emperador de estos Estados Unidos*; y *en virtud de la autoridad de tal modo investida en mí, por este me dirijo y ordeno a los representantes de los distintos Estados de la Unión a constituirse en asamblea en la Sala de Conciertos de esta ciudad, el primer día de febrero próximo, donde se realizarán tales alteraciones en las leyes existentes de la Unión como para mitigar los males que aquejan al país, y de tal modo justificar la confianza que existe, tanto en esta nación como en el extranjero, en nuestra estabilidad e integridad.*

Los pequeños vendedores de periódicos de la ciudad del Pacífico disfrutaron de un día de gloria el 17 de septiembre de 1859, cuando el *San Francisco Daily Evening*, tras no poco debate en la redacción (porque la pomposa proclamación era sin atisbo de duda la obra de un loco y el periódico tenía una reputación que preservar), decidió publicar, no obstante, la farragosa carta recibida un día antes, e incluso envió por vía de urgencia, a la dirección del remitente, a un fotógrafo que inmortalizara al nuevo emperador, de modo que bajo el titular de *PROCLAMATION* se podía ver en la portada a un hombre de unos cuarenta años, con bigote y patillas, el cabello alborotado como Edgar Allan Poe y, como casi todos los hombres de la época, tocado con un sombrero con un denso penacho de plumas en la parte delantera, sobre el ala. Vestía un uniforme con charreteras y llevaba un largo sable curvo en la cadera, que la mano derecha sujetaba por el mango mientras que la izquierda reposaba en la funda, como si se dispusiera a sacarlo para atravesar a un enemigo invisible. Sus pantalones eran andrajosos y sus zapatos estaban gastados, pero, a pesar de todo, no se podía negar que el emperador Norton I presentaba un aspecto bastante marcial en el retrato, mirando con ferocidad un gran jarrón de rosas porque, naturalmente, el fotógrafo había extendido a sus espaldas el decorado ante el cual posaban de

costumbre los recién casados. En la redacción había resultado finalmente vencedora la idea, defendida por los periodistas jóvenes y cínicos, de que antes que morir de hambre con noticias políticas y comerciales que no entretienen a nadie era más acertado ofrecer al público los números de circo y de vodevil por los que suspiraba y a los que, al fin y al cabo, también tenía derecho. Así, numerosos clientes de los cafés de la calle Dolores fueron asaltados por chavalillos que anunciaban a voz en grito la noticia del día, y la edición fue un gran éxito, un récord de ventas que no se había alcanzado desde los años del Gran Terremoto. Los transeúntes se detenían con el periódico abierto de par en par, arrimados a las farolas cuyos delicados tallos se recortaban en negro sobre el cielo rosado, para poder reírse a gusto de las locuras del auto-proclamado emperador. Al final de la tarde, los chiquillos con gorras proletarias, roncos de tanto gritar, tenían suficiente dinero como para comprarse regaliz, y los días siguientes San Francisco se convirtió en una ciudad aún más alegre que la que ya conocía toda América. Se reía en los grandes almacenes, se reía en los bancos, se reía en las ferias de antigüedades e incluso en las iglesias. Reían por igual los blancos y los negros. De la noche a la mañana, el pequeño comerciante arruinado del barrio judío se convirtió en el héroe de una ciudad en busca de figuras emblemáticas, porque un excéntrico como Norton era el más indicado para causar sensación en todos los periódicos de la Unión. Sí, se reían en Frisco a cuenta de Norton, pero de una forma que solo puedes encontrar en Estados Unidos, el país donde los asesinos condenados a muerte recibían cartas de amor y tenían clubes de seguidoras, donde se componían canciones de admiración sobre las putas célebres y sobre los camorristas callejeros. Cualquiera que se hiciera famoso, o *infamous*, lo mismo daba, era allí adulado como un héroe, de tal manera que de Norton se reían con simpatía y con una especie de orgullo local; al fin y al cabo, ¿qué otra ciudad de América podía alardear de tener su propio emperador?

Era un otoño suave y la brisa del mar se dejaba notar hasta East Bay, donde los tranvías tirados por caballos transportaban arriba y abajo a los señores y las señoras que disfrutaban aún del luminoso veranillo de san Miguel. Muchos de los viajeros se dirigieron las semanas venideras, en las que el periódico vespertino publicó nuevos y nuevos decretos de Norton I, hacia la Calle 16, donde tenían los comerciantes judíos sus tenderetes llenos de antigüedades: porcelanas, cucharitas de plata ennegrecidas, viejos molinillos a los que les faltaban dientes, libros con las hojas onduladas, Colts con culata de marfil, binóculos para la ópera con el cuero ajado, relojes de péndulo con las dos agujas rotas que señalaban siempre las seis y media. La calle estaba ahora más aglomerada que a la salida del circo después

del espectáculo, el gentío se pisoteaba, los negocios de los anticuarios prosperaban como nunca, pues toda aquella muchedumbre esperaba cada día el espectáculo de la salida, de la casa azulada con escalones de mosaico en cuya planta baja se vendía tabaco, del Emperador, siempre orgulloso, siempre con traje de desfile, el pañuelo con los colores de la bandera americana y el sable colgado del cinturón. La gente se echaba a un lado, le dejaba sitio para que pasara, los montoncitos de magnesio de las plaquitas de los fotógrafos explotaban lanzando sombras de cabezas con sombrero y tocados sobre las fachadas de colores, y el emperador de los Estados Unidos, saludando con benevolencia a derecha e izquierda, entraba en la tienda para comprar comida, pues vivía solo, sin emperatriz ni príncipes herederos, en el tercer piso de una pensión para ancianos menesterosos, en dos habitaciones amuebladas con sobriedad. Volvía a casa igualmente altivo y decidido, con la bolsa llena de panceta, huevos y botellas de vino, entre los aplausos y los silbidos de la multitud. Algunas veces, cuando se sentía tal vez más inspirado, o cuando distinguía a algún edil local entre la muchedumbre, el Emperador se detenía, se apoyaba en la balaustrada de la escalera y pronunciaba, con su acento de Johannesburgo del que no había podido desprenderse jamás, unas palabras solemnes con las cuales pedía unas veces la disolución del Congreso republicano y el reconocimiento de su autoridad, y proponía otras algunos trabajos urbanísticos de gran envergadura: nuevas líneas de tranvía, puentes que unieran, por encima de las aguas del golfo, San Francisco y Oakland, un nuevo edificio de Correos y muchas otras mejoras que consideraba convenientes. Cuando daba sus discursos, los que se encontraban más próximos a él veían en sus ojos eso que no se veía en las fotografías: la pura locura de la certidumbre. Norton, en su delirio, no se consideraba emperador: *era* emperador, era, simplemente, en los cinco minutos que lo mirabas, el emperador indiscutible de los Estados Unidos de América, del mismo modo que el presidente era James Buchanan Jr. Cuando la puerta roja de la entrada se cerraba a sus espaldas, los policías indicaban a la muchedumbre que se dispersara, pero la gente permanecía un rato más en la calle para comprar monedas con la efigie del Emperador, grabadas a toda prisa y vendidas por comerciantes emprendedores, al igual que billetes con su rostro en el óvalo central y estatuillas que lo reproducían. De manera fulminante, en aquel otoño apacible, Joshua Abraham Norton, comerciante de arroz arruinado, se había convertido en uno de los símbolos de la ciudad del Pacífico.

Como suele ocurrir, los periodistas hurgaron en su pasado y le fabricaron una historia que, convertida en leyenda, ha resultado después difícil de verificar. Lo cierto es que nació en Inglaterra, en

Deptford, el 4 de febrero de 1818, hijo de unos piadosos padres judíos, John y Sarah. Cuando tenía dos años, acompañó a sus padres a Sudáfrica, donde pasó su infancia en una pequeña ciudad del Transvaal habitada en tres cuartas partes por africanos Ndebele. No se sabe cómo transcurrieron su infancia y adolescencia entre los lugareños, pero a partir de 1835 más o menos, el joven de diecisiete años desapareció en los mares, como tantos otros en aquella época de aventuras, y sus padres no volvieron a recibir noticias suyas durante dos largos años. El espectáculo de los navios con las velas hinchadas era muy común todavía en los puertos, así como a lo largo y ancho de los mares: clíperes y graciosas goletas, pero también naves comerciales con bodegas capaces de transportar barricas de aceite y decenas de toneladas de trigo entre los continentes del mundo. La competencia de los barcos de vapor, en cambio, feos como cucarachas de alquitrán en el país de las mariposas y, sin embargo, eficientes, pues no dependían ya de los vientos caprichosos ni de la rapidez de las corrientes marinas, era más apremiante cada día, y enviaron a los simpáticos barcos de vela de su majestad la reina Victoria que quedaban aún en la Compañía de la China y de las Indias al cajón de trastos de la historia. Porque el siglo xix era el del progreso mecánico infinito, horriblemente entretejido con la brutalidad y las iniquidades de las guerras coloniales.

Según los relatos de los marineros que abarrotaban las tabernas para empaparse de *bourbon* y subir con las putas a las habitaciones del piso superior, Joshua Norton habría sido localizado en puertos lejanos y en barcos que navegaban bajo pabellones extranjeros en todos los océanos del mundo. Al igual que Asuero, el judío errante, castigado a vagar hasta el Juicio Final por haberle negado un vaso de agua al Salvador en la cruz, y que Van der Decken, el capitán del barco *El holandés errante*, el velero que vagaba eternamente por los mares —ninguna ensenada lo admitía, pues todos los puertos en los que entraba eran devorados por las llamas esa misma noche—, Norton parecía no haber descansado durante años y años, en busca de algo sobre lo cual los marineros solo podían aventurar suposiciones, algo sagrado y espantoso que no pertenecía a este mundo. Durante una temporada debió de ser cocinero en el *Biblia de Mainz*, el legendario navio que los monjes del mar, pulpos vestidos con hábitos de monjes, con las capuchas sobre sus ojos brillantes, habían capturado para llevarlo a un lugar siniestro, a un mar azul, bajo constelaciones nunca vistas por un ojo humano. Habría sido rescatado en una tormenta, cuando navegaba en el *Queen Adelaide*, por el propio san Nicolás, patrón de los navegantes y los marineros, cuyo torso de anciano gigantesco, más alto que los faros de las orillas, asomaba en medio del mar hasta la cintura, y elevaba con sus propias manos el velero a

punto de hacerse añicos mientras los marineros gritaban desesperados, lo sacaba de la oscuridad y lo conducía hacia unas aguas mansas como el aceite. Habría mercadeado con veleritos encerrados con pericia en botellas de ron en el Levante. Habría remado en galeras en las Molucas y se habría dedicado a la piratería en los mares del sur de China, en la flota de la famosa Ching Shih, la que, en el momento culminante de su poder, llegó a ser la reina de ochenta mil piratas. Habría llegado finalmente a la Última Thule, la isla de hielo detrás de la cual todos los océanos se vertían en el interior de la tierra girando en el Maelström, de una grandeza abrumadora. Interrogado al respecto, el emperador de los Estados Unidos de América guardó siempre un silencio noble, como los silencios de Buda, que los habitantes de Frisco interpretaban como les venía en gana.

Solo una cosa era cierta: que el 12 de noviembre de 1849 apareció entre las brumas del golfo un vapor que añadía un humo denso a la neblina posada en densas oleadas sobre el puerto y la ciudad. El barco transportaba un gran cargamento de vinos desde Europa, pero también gran cantidad de inmigrantes, harapientos, ateridos y agotados por el mareo, reunidos por los puertos en los que había atracado el barco durante la larga travesía. Muchos eran judíos de Baviera y de Posen, atraídos por la fiebre del oro, que hablaban solo yidis y que fundaron enseguida la Congregación Sherit Israel. Del puente de la nave descendió también un hombre envuelto en un intenso olor a clavo, llamado Abraham Joshua Norton. Según los documentos de la policía, el futuro emperador venía de Valparaíso, era súbdito británico y tenía treinta y un años. Se declaraba comerciante mayorista de cereales, algo a lo que se dedicaría después durante varios años, además de a arriesgar la considerable fortuna con la que había llegado de ninguna parte y a especular discretamente en la bolsa. No se le conocía familia ni círculo de amigos; de hecho, era como si no estuviera. La madama del burdel Three Angels era una de las pocas personas capaz de decir algo sobre su vida durante aquellos diez años de anonimato: Joshua Norton se presentaba cada viernes por la noche en el establecimiento, visitaba siempre a la misma prostituta y desaparecía luego con tanta discreción como había venido. Era un cliente fiable, honorable, sobre el que la madama, sobre todo después de su proclamación como emperador, manifestaba las más elogiosas opiniones. Por lo demás, ni siquiera la comunidad judía de la ciudad, que no solía desatender a sus semejantes, lo había asimilado entre sus filas: Norton no era practicante, nadie lo había visto en la sinagoga ni se sabía que celebrara el Yom Kipur, tampoco el Rosh Hashaná ni el Pesaj, ni el Sucot, ni el Shavuot, ni siquiera los Sabbat del Señor. Hacía negocios sobre todo con cristianos, no parecía, en definitiva, preocupado en absoluto por su judaísmo, sino solo por los negocios,

los registros y las cuentas con que bregaba todo el día.

—¿Es posible algo así, Joshua, es posible? —le dijo al comienzo de su estancia en Frisco el rabino enviado por la comunidad para ocuparse de él—. ¿Acaso no cruzaron tus antepasados el mar dividido en dos por el cayado de Moisés? ¿No caminaron bajo la nube por el desierto y no se alimentaron con maná? ¿No construyeron el templo sagrado en Jerusalén bajo las órdenes de Bezalel, al que Dios enseñó a tallar la piedra y a realizar toda clase de trabajos difíciles? ¿No fueron dispersados luego entre todos los pueblos de la tierra por no haber doblado el cuello, por haber pecado a ojos de Dios realizando sacrificios a Baal y a Astarté y llevando las ofrendas a las alturas? ¡Por culpa de nuestros antepasados de corazón insensible te encuentras aquí y no en tierra santa, donde fluyen la leche y la miel, la tierra prometida por Abraham, Isaac y Jacob! ¿Y qué haces tú, Joshua? ¿Tu corazón sigue siendo duro, cierras los ojos para no ver y te tapas los oídos con las manos para no oír? ¡Llevas seis meses aquí y nadie te ha visto en la sinagoga! ¡No llevas kipá y no das limosna a las viudas ni a los huérfanos! ¿Qué clase de judío eres, Joshua Abraham? ¿En qué confías? ¿En que tu nombre aparezca en el Libro Sagrado? Solo Dios puede crear judíos incluso de las piedras. ¿Recuerdas al ángel con el arma de exterminio en las manos, flotando entre el cielo y la tierra junto a la era de Arauna el jebuseo y volviendo su rostro hacia Jerusalén para destruirla? ¿Cuántos murieron entonces entre sus murallas, Joshua? ¿Quieres que el exterminador se presente también sobre nuestra bendita ciudad para castigarnos con pestes y bubas por culpa de tu porfía? ¡El próximo Sabbat quiero verte con la kipá en la coronilla, arrepentido, en la puerta de la sinagoga, de lo contrario sufrirá tu alma y sufrirán también tus negocios!

Pero ni en seis meses ni en seis años manifestó Joshua Abraham deseos de entrar en la Congregación, y tampoco celo alguno por las fiestas judías. Celebró tan solo, decían, varios encuentros secretos con ciertos ancianos israelitas que no compartieron luego con nadie el motivo de sus visitas al futuro emperador al caer la tarde.

Aconteció a continuación una catástrofe para el comerciante de East Bay, fruto de la mala suerte o provocada por la Asamblea; en cualquier caso, un negocio que tenía todas las posibilidades de ser un éxito provocó la ruina total de Norton, de la que no se recuperó sino para convertirse en el emperador más pobre de la historia. Tres años después de su llegada a San Francisco, Norton creyó que le sonreía la fortuna. *The Glyde*, uno de los veleros más grandes de la época, regresaba de Perú cargado con noventa toneladas de arroz. Puesto que China se encontraba en plena hambruna y el Imperio Celeste había prohibido la exportación de arroz, su valor en San Francisco había alcanzado la escandalosa cifra de treinta y seis céntimos la libra.

Aquel diciembre sombrío, Norton compró todo el cargamento del barco a doce céntimos la libra y esperó la llegada de *The Glyde* como si fuera el Santo Grial que lo transformaría de la noche a la mañana en uno de los más prósperos vecinos de la ciudad. Se vio en sueños durante noches y noches en maravillosas mansiones con vistas al golfo, rodeado por un boato digno de *Las mil* y *una noches*. Había decidido, febril, qué fábricas comprar y para qué cargo presentar su candidatura como edil de la ciudad del Pacífico. Sus sueños se esfumaron de golpe cuando, al cabo de una semana, entraron en el puerto no solo *The Glyde*, sino cuatro navios más procedentes también de Perú, cargados de arroz hasta los mástiles, de tal manera que al día siguiente el precio de esa mercancía se hundió hasta los tres céntimos la libra y provocó la ruina del comerciante.

Nadie volvió a ver a Norton, retirado por completo en la modesta pensión donde pasó seis años de vida, hasta su inesperada resurrección, cuando de la crisálida de su vivienda salió, sacudiéndose las alas arrugadas y húmedas, la gran mariposa imperial, coloreada en rojo, blanco y azul. Poco después, esta desplegó sus alas de mito y de leyenda sobre el golfo, oscureciendo San Francisco, Oakland y Berkeley y extendiendo su sombra hasta Red Wood, el gran bosque de secuoyas de los alrededores. Acompañado de Boomer y Lazarus, los famosos perros vagabundos de la ciudad, y sosteniendo sobre la cabeza, bajo la lluvia y bajo el sol, un paraguas multicolor, el emperador de los Estados Unidos se pasaba los días inspeccionando las carreteras y los puentes de la ciudad, verificando el estado de los depósitos y de los edificios e imaginando grandiosos proyectos que fueron finalmente llevados a cabo, puesto que los poetas, los enamorados y los locos —sabemos gracias al gran isabelino— tienen la capacidad de transformar el sueño en esa alucinación mucho más extraña que llamamos realidad. *Tomando todo esto en consideración* —decretó en una de las ensoñaciones llamadas a cambiar el aspecto de la ciudad—, *ordenamos a los habitantes de San Francisco y Oakland que reúnan fondos para un puente colgante desde Oakland Point, a través de Goat Island; así como para un túnel; y que deliberen cuál es e\ mejor proyecto. Y si los mencionados ciudadanos incumplen nuestro decreto, estamos dispuestos a imponer nuestra autoridad. Ordenaremos el arresto forzoso con las armas del Consejo de los Padres Fundadores si persisten en el incumplimiento de nuestras órdenes. Escrito a puño y letra real y con nuestro sello.*

Unos años después de su autoproclamación, en una campaña para limpiar las calles de «los elementos antisociales y desocupados», la policía municipal arrestó a Norton y emprendió el procedimiento para internarlo en un hospital para enfermos mentales. La tarea recayó en el oficial Armand Barbier, que, llevado por un cierto exceso de celo,

detuvo al emperador en su domicilio. Le confiscó el sable y el uniforme y lo sacó a la calle como a un ciudadano más, para indignación del vecindario. La revuelta que siguió fue uno de los movimientos espontáneos de insubordinación civil más importantes que ha conocido la capital del Pacífico a lo largo de su historia. Toda la ciudad a una se sublevó contra la policía, las comisarías fueron destrozadas, los representantes de la ley perseguidos por las calles, la circulación de los tranvías cortada, el puerto cerrado. Delante del ayuntamiento, miles de ciudadanos gritaron horas y horas «¡Liberad al emperador! ¡Libertad para el emperador Norton I!». Finalmente, el alcalde de la ciudad, Henry F. Teschemacher, nacido en Boston, ordenó la puesta en libertad del ciudadano Joshua Abraham Norton porque su inclusión en la categoría de los desocupados había sido un error, dado que el susodicho tenía la ocupación de emperador. Para que no fuera posible otra confusión semejante, la ocupación fue debidamente inscrita en su carné de identidad. Además, el alcalde emitió una circular a las comisarías de policía por la cual se obligaba a los representantes de la ley a saludar al emperador cada vez que se encontraran en su presencia. Recién liberado del arresto policial, con el sable y el uniforme empaquetado debajo del brazo y asaltado por los reporteros y por la muchedumbre, Norton declaró que perdonaba con magnanimidad a Barbier por el crimen de lesa majestad contra su persona y decoró al cuerpo de policía con la más alta y más ansiada medalla imperial, que el jefe de la misma luciría en el pecho durante años. Después de aquel incidente, el emperador se volvió sacrosanto y nadie osó cuestionar de nuevo su título ni sus derechos.

Este feliz desarrollo de los acontecimientos lo animó a comenzar una intensa correspondencia diplomática. Se conservan cientos de cartas con el sello imperial dirigidas a la reina Victoria, a la que pedía en matrimonio para estrechar las relaciones entre los dos imperios, así como al emperador Pedro II de Brasil, al emperador de las islas Hawai, Kamehameha V, y a muchas otras cabezas coronadas, que por desgracia prefirieron no responder, al igual que la ingrata reina, a las iniciativas de su compadre americano. La diplomacia del emperador de los Estados Unidos no registró, de hecho, sino un solo éxito, pero fue uno relevante. En agosto de 1861, mientras Norton I inspeccionaba el mercado de verduras del barrio (tenía en las manos, en aquel momento, una larga ristra de *hot chilli peppers* que olisqueaba cuidadosamente por si estaban enmohecidos), un cartero le trajo un portapliegos de piel que contenía un sobre grande con un sello imperial, recién llegado en el clíper *Flying Cloud*, el único navío americano cuyo capitán era una mujer, la valiente Eleanor Creesy. El origen del sobre era el lejano imperio africano de Etiopía y en él ponía en letras púrpuras el nombre del destinatario: «Su Majestad Imperial

el Emperador Norton I de los Estados Unidos de América», tras lo cual seguía la dirección, «East Bay, 16th Street nr. 2445, 3rd Floor». En la parte trasera estaba anotado el remitente: «Yo Mismo, Tewodros II, Rey de Reyes y Emperador de Emperadores, Esposo de Etiopía y Prometido de Jerusalén, León invicto de la tribu de Judea, arzobispo vitalicio de la Iglesia ortodoxa etíope tewahedo, Jefe Supremo del invicto Ejército de Menelik, etc., etc.» (los últimos títulos de la veintena de la nomenclatura imperial oficial estaban escritos en letra muy menuda, para que cupieran en el sobre). Gracias a las estampillas y los sellos de la carta era posible reproducir el itinerario recorrido, durante casi cinco meses, por la epístola imperial, en un zigzag a lo largo y ancho de los mares y océanos, unas veces en barcos comerciales, otras en fragatas de guerra, hasta llegar por fin a la ensenada del puerto de San Francisco. Con inconfesada satisfacción, el emperador abrió el sobre y leyó la epístola en voz alta, en público, apretujado por amas de casa y por criadas negras con cestos de mimbre llenos de frutas sobre la cabeza:

> *Yo, Tewodros II, Rey de Reyes* y *Emperador de Etiopía, León conquistador de la tribu de Judea, Esposo de Etiopía y Prometido de Jerusalén, etc. etc., al emperador Norton de los Estados Unidos de América. Debes saber, Emperador, que gracias a Dios me encuentro bien de salud, lo cual le deseo también a su señoría.*
>
> *Respondo con mi propia mano, como corresponde a otro señor de la esfera terrestre protegida por los ángeles, a la carta que con reverencia enviaste a mi Alteza, en la cual me pedías el reconocimiento del derecho soberano que el nacimiento* y *la virtud te han conferido, Emperador Norton I, sobre el extenso imperio temeroso de Dios de los Estados Unidos de América, en la actualidad bajo el gobierno impuesto por el falso y perjuro presidente James Buchanan Jr, que te arrebató el trono y gobierna con su asamblea de demonios en Washington D.C.*
>
> *¡Que se entere todo el mundo, que recapacite y tiemble! Yo, el Emperador Tewodros II, Rey de Reyes etc., etc., reconozco a Su Majestad Imperial Norton I como único señor de los territorios de Estados Unidos, con el título de emperador de los citados Estados, y solo mantendré relaciones de amistad* y *fraternidad, en la extensión de esos territorios, con Su Majestad. Reconozco asimismo el derecho de sus descendientes por la línea masculina a la sucesión al imperio durante mil años de paz, prosperidad y fortuna. ¡Que Dios los ampare!*
>
> *Espero de Tu Majestad Imperial ayuda en armas y municiones, necesarias para la guerra que mantengo contra el reino de Saba, alzado contra mí. Espero asimismo que con tus conversaciones secretas* y *tus consejos puedas convencer a Su Majestad la Reina*

Victoria de que no le soy hostil, tal y como le susurran mis adversarios, sino un brazo fuerte en el que se puede apoyar. Si lo haces, mi ejército será tu ejército y mi pueblo, tu pueblo, hasta que pongas a tus enemigos a tus pies y coloques tu bota sobre su cabeza, para que no puedan volver a levantarse jamás.

Rezaré hasta entonces al Señor de los Ejércitos para que te dé fuerza y salud ahora y siempre por los siglos de los siglos. Escrito con mi mano y sellado con mi anillo en Gondar, sede real del Emperador de Etiopía, el 74 del mes de marzo, año de 1862 tras el nacimiento del Señor.

Aquel día triunfal, cuando la multitud lo condujo literalmente a hombros hasta su casa y Washington dio muestras de un cierto nerviosismo, Joshua Norton, en su modesto dormitorio, se despojó del uniforme y, desde la ventana, contempló largo rato, sobre los tejados de las monótonas casas de madera, pintadas de rosa y azul, las aguas de la bahía. Echaba de menos los mares por los que tanto había viajado en su juventud, echaba de menos los mástiles con las velas rosadas en el ocaso, echaba de menos la aventura. La carta de Theodoros, su compañero de búsquedas febriles y disparatadas por el Archipiélago, le recordó de nuevo el ámbar de ensueño en que se envolvían las Espóradas mientras los jóvenes *palicari* las contemplaban desde los peñascos de Skyros, tomando vino de Quíos en garrafas envueltas en rafia y golpeando el suelo con los cuchillos. Recordó, como tantas veces, la seguridad serena con que Theodoros le había revelado su destino imperial, dibujado con tanta claridad en las estrellas, decía él, como la Osa Mayor o Casiopea. Él, Theodoros, no iba a vivir en vano en este mundo. Incluso aunque hubiera sido un inepto, el destino lo habría empujado igualmente, con el soplo de sus carrillos, hacia la fama y la riqueza, pues nadie puede escapar del cristal de su propia vida. Lo que está escrito en tu frente está ya fijado y acaba por cumplirse. El hombre corriente escucha su vida como si fuera una canción, nota a nota, sin poder imaginar qué vendrá después, aunque incluso la música traza bucles y volutas tras las cuales, si estás atento, puedes sentir y presentir lo que va a suceder. Pero el hombre elegido ve toda su vida en un relámpago, como se ve un cuadro o un ¡cono, completo y deslumbrante bajo su cristal transparente.

Mientras caía la noche en una mitad del cielo, la otra mitad de la gigantesca bóveda seguía luminosa y azulada, barcos de vela del tamaño de las hormigas navegaban de una isla a otra, dejando estelas blancas a su paso, por las aguas que brillaban como el cobre repujado, y los jóvenes fugitivos se hicieron un corte en el brazo y se sorbieron uno a otro una gota de sangre en señal de fraternidad hasta el fin de

sus vidas. «Sí, por la gracia de Dios seré algún día emperador, no hay atisbo de duda. Y tú también serás emperador, Joshua, porque nacimos el mismo día, bajo la fuerza del mismo signo», añadió Theodoros mirándolo a los ojos, y el huido de las galeras, buscado en todo el Archipiélago y por cuya cabeza había una recompensa de cuatrocientos *icosari*, lanzó una carcajada amarga allí, delante del mar: emperador de las moscas, quizá, o emperador de las nubes… Pero la profecía del pirata lo persiguió después, bien arraigada en su mente, y cuando su cabeza estalló por la desgracia del negocio con *The Glyde*, cuando el precio del arroz se hundió y de ser un próspero comerciante se convirtió de la noche a la mañana en un mendigo, Joshua comenzó a rumiar el dulce sueño de medrar. Si eso habían leído en sus ojos, en otra época, en la isla de Skyros, eso tenía que ocurrir, y eso acabó por suceder finalmente. Sí, también él era emperador, y así moriría, al igual que su hermano de cruz nacido el mismo día que él, porque gracias a la fe y a la Providencia celestial todo era posible.

Con los ojos llenos de lágrimas, Joshua se subió la manga y contempló la cicatriz blanquecina que le había dejado el puñal del pirata más de veinte años atrás. La profecía se había cumplido a todas luces, y los dos hermanos de signo y de sangre se habían elevado, cada uno a su manera, hasta la vanidad de ser emperadores, de verdad o en la locura, sobre la vanidad de este mundo. Pero muchas veces incluso el hombre más íntegro alcanza en sueños eso que no puede obtener en el mundo y encuentra en el mundo lo que los sueños le niegan. «He venido al mundo a traer la verdad», confesó Jesús ante Pilatos, y este le preguntó, o se preguntó, serio o burlón o tal vez sabio, «¿Qué es la verdad?», y esa fue la más relevante confrontación de ideas en la historia de esta tierra. La verdad no se encuentra en el mundo, viene de arriba o de abajo, de los cielos o del infierno del alma humana. Tal vez haya mucha más verdad en las visiones, los sueños y la locura, en los cuentos y las invenciones que en los amores y las batallas del mundo real.

Se vistió luego con su ropa civil, descendió al trote las escaleras de madera de la pensión y salió a la calle, con la cabeza gacha y arrimado a las paredes para que no lo viera nadie, pues ni siquiera en su etapa imperial había abandonado Joshua sus antiguos y vergonzosos hábitos. Era viernes por la noche y el emperador se dirigía, como en otros tiempos, cuando era un simple ciudadano, al Three Angels, donde Miriam Naschenberg, su única amiga y emperatriz secreta de los Estados Unidos de América, lo esperaba en su pequeña habitación con cuadros de mujeres desvergonzadas colgados de las paredes y muñecas con las cabezas de escayola melladas alineadas sobre el sofá de felpa rosa, desgastado por el roce de tantos acoplamientos.

6

Joshua Abraham Norton no había navegado en el *Biblia de Mainz* bajo constelaciones desconocidas ni había soliviantado, a las órdenes de la terrible Ching Shih, los mares del sur de China, pero durante casi tres años había sido en efecto un galeote en el archipiélago de las Molucas, a bordo del *lanong Makassar*, que transportaba cargamentos de clavo en la ruta Jailolo-Talikud, desde donde las preciosas especias se repartían luego por Filipinas. Había llegado a las Molucas en el navío británico *Saviour*, capturado junto a la isla de Halmahera por los rápidos *garay* de una sola vela, propiedad del sultán de Tidore. El capitán, el maestre y cinco marineros viejos fueron entregados a los portugueses, los verdaderos señores del lugar, y ahorcados por estos en la plaza de la ciudad de Jailolo, en tanto que los marineros jóvenes fueron enviados a galeras, sin juicio y sin piedad, para ser olvidados en el banco en el que, de cuatro en cuatro, encadenados, bregaban con un remo enorme. Del infierno ardiente bajo la cubierta solo podías salir muerto; entonces te soltaban las cadenas y te arrojaban al mar de un puntapié. Allí, en tu banco, entre las filas de bancos atestados de esclavos, comías, dormías, hacías tus necesidades y, si vencías el agotamiento mortal y el asco, te acoplabas arbitrariamente con tus desesperados compañeros de esclavitud, día tras día, año tras año, llaga tras llaga por el rebenque del cómitre, en medio del balanceo del velero en mares que no veías jamás. Bregando con el remo como un buey con el yugo, sin pensar y sin esperar nada, Joshua acarreó montañas de clavo desde las Molucas a Filipinas, y su penetrante olor se le incrustó en la piel para siempre. Estaba curtido por el aroma a clavo; como a todos los que iban a bordo del *Makassar*, el olor se le había colado en la sangre y en los intestinos, había aromatizado su saliva y su respiración.

Cada día podía ser el último. No pasaba una semana sin un ataque de los piratas de las islas, y si los pocos guerreros del *lanong* no conseguían rechazarlos, el navío era descargado rápidamente y hundido sin que nadie echara un vistazo, debajo de la cubierta, a las decenas de esclavos que remaban cuando no soplaba el viento y que morían juntos, encadenados. Era un final seguro para cada uno de los veleros en el mar más peligroso de las Colonias y ninguno podría

presumir de más de cuatro o cinco años de navegación antes de ser atracado y enviado bajo las ensangrentadas aguas del mar. El *lanong Makassar* había estado protegido hasta entonces, ya fuera por Alá el eterno y alabado, ya fuera por el destino, escrito en las estrellas, de Joshua, que tenía que llegar a todo trance a ser emperador en la otra orilla de los mares, de tal manera que había enriquecido a Yovan Hehamahua, de Kayoa, propietario del putrefacto velero, y le llenaba la pipa con opio de la mejor calidad y le llevaba cada noche una hurí nueva envuelta en sedas, con la flor oscura entre los muslos perfumada con mirto y canela.

Pero una noche sin luna, en alta mar frente a la isla de Morotai, tuvo lugar un portento insólito. Yusuf, que estaba de guardia aquella noche, mientras todos sus compañeros dormían tumbados sobre la cubierta en la respiración tranquila del mar, descansaba en babor con los párpados cargados por la profunda oscuridad y apenas se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Porque poco a poco, debajo del *lanong* con la vela arriada, el mar empezó a brillar. Algo centelleaba en las profundidades, primero una chispa tenue y titilante que lanzaba una mezcla de rayos a la superficie siempre fluctuante de las aguas, luego el mar se doró y parecía ahora un maravilloso y aterrador pandero diez veces más extenso que la longitud del velero. Yusuf se puso en pie de un salto, sin hablar, y se asomó al borde sin dar crédito a lo que veía. En las profundidades, bajo la bodega llena de clavo del *lanong*, se adivinaba una rueda de luz, gigantesca, con radios de fuego encendido, que hacía que los peces de arriba, peces sierra y peces espada y tiburones azules, espabilados del sueño, buscaran refugio en los bordes, transparentados por la intensidad de la luz que emanaba de la rueda. La luz se elevaba ahora en oleadas, por todas partes, hacia el cielo, y el barco estaba iluminado como si fuera de día. El grumete gritó con toda su alma, todos se pusieron en pie aturdidos, creyendo que el *lanong* estaba en llamas, y se precipitaron también ellos a mirar, bajo las aguas cristalinas, la gigantesca rueda que se alzaba poco a poco. Parecía una gran ciudad, iluminada para las fiestas y hundida bajo las aguas. Al cabo de un rato, el velero se encontraba en algún lugar entre los radios de la rueda, que habían aflorado ya a la superficie del mar. Y cada radio, y las pinas, y el eje grande y cegador del centro parecían una invención de ensueño de Alá, el que todo lo sabe y todo lo puede. Cuando la rueda ascendió lentamente en el vacío, flotando sobre el mar gracias a sus propias fuerzas inéditas y resplandeciendo como un fuego inextinguible, como las ruedas llenas de ojos de la visión de Ezequiel en el río Chebar, los marineros y los guerreros se lanzaron al mar como ratas enloquecidas y nadaron, junto a la bodega del barco, hasta que un hechizo los envolvió y se fueron al fondo para no volver a salir de las aguas jamás.

El hechizo envolvió también a los remeros debajo de la cubierta, encadenados, que se despertaron por los gritos de arriba y por la luz que entraba por las trampillas, convencidos de que iban a quemarse vivos entre las llamas que habían invadido el *lanong*. Los que estaban junto al borde consiguieron ver, a través del hueco por el que pasaba el remo, la rueda de luz elevada en el cielo y que ascendía cada vez más, mostrándose al principio del tamaño de una nube de oro fundido, luego como la luna llena, luego como el lucero de la mañana, hasta que dejó de verse, engullida por la oscuridad y el infinito. A continuación se les cerraron los ojos como por arte de magia y cayeron todos en un sueño profundo hasta el mediodía.

El *lanong* flotó sobre las aguas, sin timonel, sin velas y sin remos, durante cuatro días, y los desesperados esclavos bajo la cubierta estaban convencidos de que iban a morir de hambre y de sed. Joshua había arreglado sus cuentas con la vida y, en medio de los gritos de los esposados, yacía mudo, con la cabeza apoyada en los brazos. Intentaba recordar algo del Pentateuco, veía a sus padres rezándole a Jehová, que había esparcido su semilla entre todos los pueblos de la tierra. ¿Qué pondría en las filacterias que su padre, Itzac, se colocaba en la frente? ¿Y por qué tenía su madre una borla de lana azul cosida en un borde del vestido? Pero sus pensamientos se deshilaban a medida que la sed se volvía insoportable. Finalmente, Jesús el Redentor les envió un barco holandés que llevaba misioneros a China, y aquellos extranjeros, con un idioma feroz, gutural, pero verdaderos cristianos deseosos de salvar su alma gracias a las buenas acciones, los liberaron de las cadenas como a unos orangutanes aterrorizados, manchados de caca y con olor a especias, los lavaron en la cubierta con unas mangueras, los vistieron, los vendaron y les dieron un florín para sus gastos cuando los dejaron en Cantón a merced del Altísimo.

Allí no le resultó en absoluto difícil a Joshua encontrar trabajo en uno de los cientos de barcos de la ensenada, así que siguió recorriendo los mares, hacia el Poniente, hasta que el comercio lo llevó al Levante. Y también allí, en las islas griegas, lo persiguió la desgracia, pues se coló arteramente en el gineceo del bajá de Halki, en el archipiélago del Dodecanese, junto con otros cinco compañeros de saqueos y de trabajos forzados; disfrutaron toda la noche con las concubinas rollizas y perfumadas, cubiertas de oro y piedras raras, del bajá, e incluso con las esposas legitimadas por el Corán, y hacia el amanecer, cuando los otros *palicari* huyeron en caballos veloces, dejando atrás la luna y los minaretes de la mezquita en el horizonte, él se demoró entre las sábanas de brocado, ebrio por los aromas untuosos y los pechos y los gruesos traseros de las mujeres. Así lo encontraron los guardias, desnudo y con el yatagán en la mano, y así se abrió camino hacia la salida. En su huida desesperada por los pasillos del serrallo, se

encontró con el mismísimo bajá Ismailoglu, en camisón, y lo mató sin saber quién era. Luego se arrojó al mar desde la altura del segundo piso y nadó casi una legua hasta el barco escondido en una pequeña rada, donde sus compañeros no confiaban en verlo aparecer. Pusieron un elevado precio a su cabeza en todos aquellos territorios, y Joshua buscó desde entonces las zonas oscuras del mundo, viviendo bajo los nombres prestados de pequeños comerciantes.

El penetrante olor a clavo del que no consiguió desprenderse jamás fue providencial, puesto que en las islas griegas, al cabo de dos años, se encontró contigo, Theodoros, y, si los años de esclavitud en aquellos mares lejanos y los piratas del Archipiélago no habían conseguido matarlo, de tu naturaleza cruel no habría podido escapar. Porque tú y tus *palicari* permanecíais al acecho, con las barcas escondidas en los matorrales de la parte oriental de la isla de Skyros, y el faro del acantilado, ahora en vuestras manos, lanzaba una luz engañosa para atraer a los barcos comerciales que se estrellaban, desorientados, contra las rocas. Los *palicari*, que hasta entonces habían jugado a las cartas y habían acariciado a las mujeres en la hierba, bajo la brisa del mar, se ponían de pie todos a una, con los torsos desnudos sobre los que colgaban unas grandes cruces del tamaño de un palmo, y corrían hacia los barcos escorados. Descargaban sus balas en los marineros que defendían su pellejo, luego los atacaban con el cuchillo y les rebanaban el cuello. Nunca perdonaban a nadie, pues aquel que se librara habría podido delatarlos a las autoridades y estas habrían dado cualquier cosa por atraparlos y colgarlos en la horca. A los muertos, ya fueran de los suyos, ya fueran de los barcos que habían caído en sus manos, los arrojaban al mar con una piedra atada a los pies, para que no volvieran a aparecer jamás. Cuando el barco *Sweet Mermaid* en el que se encontraba Joshua se estrelló contra las rocas, y solo la popa quedó entera, balanceándose como un pez muerto en aguas poco profundas, el comerciante supo que habían caído en una trampa. Pero no perdió la esperanza, pues pensó que eso mismo le había sucedido al apóstol san Pablo en la isla de Malta, donde, tras dos semanas de tempestad, la proa del velero en el que estaba prisionero encalló en la arena de la orilla. Y el apóstol escapó indemne, ni siquiera lo envenenó la víbora que se prendió a su muñeca, junto a la hoguera encendida por los vecinos en medio de la lluvia, y por ello las gentes de Malta lo veneraron como a una divinidad. Cuando Dios te ha elegido para sus planes secretos, ninguna desgracia del mundo puede alterar una hebra de cabello de tu cabeza.

Sin embargo, allí, junto a Skyros, Joshua estuvo más cerca que nunca, en su agitada vida, de una muerte terrible, porque, escondido tras las barricas de sardinas en la bodega del barco, mientras los marineros caían tiroteados y cercenados con las espadas, fue

finalmente divisado por los *palicari*, que lo llevaron arriba y lo crucificaron en la orilla. Siete u ocho puñaladas hendían ya su pecho cuando te acercaste a él y le arrancaste la bolsa de la cintura, y entonces notaste el olor a clavo que su cuerpo y sus cabellos y su ropa emanaban en la suave brisa del mar, y de repente te encontraste de nuevo, durante un segundo emocionante, en Ghergani, en los años de tu infancia.

En la cocina de la mansión no faltaban nunca las especias de diferentes aromas, puesto que se utilizaban con generosidad, siguiendo el gusto oriental, en los guisos de cerdo o de oca, en las albóndigas y longanizas, en los *sarmale*[13] y las salsas de toda clase, en los pasteles y los bizcochos y la *coliva*[14] de los difuntos y en el arroz con leche y, al igual que el incienso de las iglesias, llegaban hasta la hacienda en cucuruchos de hojas de libros, colocados uno junto a otro en los cajones de la cocina que abrías una y otra vez para sentir los extraordinarios aromas: sándalo, canela, clavo, azafrán, nuez moscada, jengibre, vainilla, pimienta… Los clavos de color marrón rojizo parecían ciertamente clavos: con la flor abierta en tres lóbulos oscuros, con un extremo grueso y otro más afilado. Los boyardos los masticaban sin cesar para que su aliento oliera bien. También los criados masticaban menta, e incluso frotaban los muebles de la hacienda con hojas que olían a fresco, y los campesinos del pueblo dormían con albahaca debajo de la almohada. Nunca olvidarías esas oleadas de aromas que giraban sobre Ghergani como grandes flores de aire, invisibles, provocando la caída de los pájaros del cielo con su olor dulzón y bendito. Todos los aldeanos tenían en los patios grandes macetas de ásteres, ya que, bajo el nombre de balsamita o hierba de Santa María, sus semillas tenían el mismo sabor y olor que los clavos caros y verdaderos, traídos de allende los mares. Las mozas altas y espigadas, de ojos castaños, te parecían entonces Ileana Simziana,[15] pues, cuando te cogían en brazos y te daban vueltas en el aire denso y azul, notabas la celinda que guardaban en el pecho, entre las tetas. Las gitanas jóvenes olían a tabaco y a humo del campamento, y siempre tenían una hebra temblorosa de mapacho en los labios, y a ti ese olor te gustaba indeciblemente. Y tú, cuando estabas junto al fuego, en la cocina de verano, adquirías el mismo olor a quemado y a leña chamuscada, y pensabas que así debía de oler el abuelo Adán y que así tenía que oler siempre una persona, a humo, a humo de campamento.

Aquella pizca de Ghergani que floreció de repente bajo tu cráneo y que colmó tu recuerdo libró a Joshua de las manos de los piratas. «Este hombre es mío», les gritaste en griego. «Lo conozco de algo y quiero saber quién es. Tal vez podamos venderlo a cambio de dinero en la capitanía de Linaria, o tal vez tenga unos parientes ricos que puedan pagar un rescate.» El comerciante pasó todo el día atado,

apoyado en una roca, y por la tarde te dirigiste a él con un cántaro de agua y le sonsacaste quién era y qué viento lo llevaba al Archipiélago. Descubriste que era súbdito de su majestad la reina Victoria y que se ocupaba del comercio de grano y vinos sobre todo en las turbulentas aguas del océano Atlántico, desde Canarias al Caribe. Ahora estaba en el Mediterráneo solo de paso, con un pequeño negocio, y, si lo liberabas de las ataduras que habían magullado sus muñecas y sus tobillos, podrías averiguar de qué se trataba. Cuando lo dejaste libre, pues de aquellos matorrales no tenía escapatoria, el mar lo rodeaba todo, Joshua te mostró en primer lugar unos mapas que guardaba en su ancho cinturón de Shiraz, en una funda de piel, donde se demostraba que todo lo que había dicho era verdad. Estaban anotados allí, bajo el sello imperial, su lugar de nacimiento y el nombre de sus padres (y así descubriste que el prisionero era hebreo, como aquellos bucarestinos de los que tanto te habías burlado en otra época, algo de lo que luego te avergonzarías profundamente). Lo que más te asombró fue, en efecto, que de aquellos documentos ingleses se desprendía que el extranjero había nacido exactamente el mismo día que tú, el 4 de febrero de 1818, una curiosa coincidencia que, en la incomprensible maquinaria de los caminos de Dios, debía de significar algo.

Por la noche, cuando la docena de piratas y más o menos otras tantas mujeres cenaban, contaban historias y reían alrededor del fuego, a los pies del gran faro pintado de gris que ahora no iluminaba, lo sentaste a tu vera y lo invitaste a *souvlaki* y a *sarmale*, y le serviste vino de *retsina*, que no había probado en su vida. Los gatos reunidos alrededor olfateaban también el dulce aroma de la carne asada y conseguían su ración tras una serie de maullidos remilgados. Esos corros de ladrones en torno a una fogata pequeña y tranquila no pertenecían a las costumbres locales, los habías traído tú de otras tierras, en la época en que eras bandolero con Jianu, también de allí eran la *mămăliga* y la salsa de ajo, y la cecina de jabalí, por ejemplo, a la que los griegos no estaban muy acostumbrados. Aparte de Sisoe, el pintor, uno de los dos compañeros que habías traído contigo de Valaquia junto con el tártaro Ghiuner, los otros salteadores eran *palicari* griegos con tatuajes azules en pechos y brazos, turcos cristianizados y macedonios cuyas mujeres tenían una pequeña cruz marcada entre las cejas, ennegrecida con pólvora. No eran muchos tus bandidos, pero eran fieros y te respetaban como a un icono.

Joshua estaba todavía aterrado y apenas se atrevía a comer lo que le habían puesto delante. En cualquier momento, aquellos jóvenes salvajes, con pendientes de mujer en las orejas y turbia mirada de fiera, podrían de todas formas sacrificarlo sin motivo alguno, por embriaguez o necedad, a pesar de la protección que su jefe le brindaba. Ahora todos lo animaban a que contara la historia de su

vida, pero a él se le habían atascado las palabras en la garganta. «Mejor os enseño algo…, algo que no habéis visto jamás…», te murmuró, y tú consentiste que Joshua, vigilado por Barrabás el Durmiente, entrara en el barco escorado en la orilla. Regresó al cabo de un rato con una cajita de madera de abeto y soltó las bisagras de la tapa con el puñal. Dentro había paja, y en la paja un saco de arpillera anudado que contenía algo grande y redondo. Ante los ojos de los piratas, y en el vivo resplandor de las lenguas de fuego, sacó a la luz una botella grande y gruesa, de cuello delgado, de esas en las que, en las Antillas, vendían el ron de caña de azúcar, y cuya boca, tapada con un corcho, estaba bellamente lacrada con cera roja. En su interior había, en todo su esplendor, un esbelto velerito con tres mástiles e hileras de velas hinchadas por un viento que no podía soplar allá adentro, y unas banderas minúsculas en las puntas de los mástiles, y un pequeño marino que manejaba el timón en la proa, y otro trepando al velamen, y otros dos fregando la cubierta, y otro golpeando la campana del cambio de guardia con un martillito de madera… El velero ocupaba la botella por completo y se distinguía bien toda su originalidad. La botella pasó de mano en mano y las mujeres la frotaron con sus faldas amplias y plisadas para que brillara más, y los mozos la hicieron girar por todas partes, la sacudieron y voltearon para entender cómo una goleta tan grande había entrado por el cuello estrecho de la botella. Algo así era imposible, y los más obstinados empezaron a golpearse la frente con las manos y a lanzar los puñales contra la roca, enojados porque no podían explicarse aquel portento. ¡Pero era tan hermoso e insólito! Valía mucho más que todas las historias del mundo. Ante la pregunta de los *palicari* de cómo había entrado el velero en una botella de cuello estrecho en la que no podrías meter siquiera una moneda turca, Joshua, parpadeando con una cierta astucia oculta en los ojos, les preguntó a su vez: «Pero ¿cómo es posible que haya entrado un bebé de nueve meses, acurrucado y de varios kilos de peso, en el vientre de una mujer encinta, con una abertura tan pequeña en el bajo vientre?». Y aquel que visitara Cádiz en otoño vería en los tenderetes de los vendedores, en la misma orilla del océano, unas botellas barrigudas de aguardiente de pera, de cuello estrecho, con una pera enorme que ocupaba toda la botella. ¿Cómo había podido aquella fruta grande y gorda entrar a través de tan estrecha abertura? Los piratas, agotados ya de tanto pensar, se conformaron finalmente con imaginarse, sin darle más vueltas a la cabeza, que el velero había crecido allí, en la botella, a partir de uno tan pequeño como un grano de sésamo, introducido por el cuello estrecho varios meses antes, como crece el bebé en su casa en el vientre de una mujer y como, de la flor blanca rosada introducida por el cuello de la botella, engorda en su rabito la pera verde, pesada

y pecosa.

En el fondo de la bodega del *Sweet Mermaid*, les dijo también Joshua, había trescientas botellas de esas con un velerito cada una, el pequeño negocio que lo había desviado por el Archipiélago, un lugar en el que el comerciante sabía con toda seguridad que no habían aparecido todavía semejantes maravillas inútiles, producto no de algún oficio secreto a ojos de la plebe y transmitido de padres a hijos, sino del taller de unos holandeses de Rotterdam, donde se había realizado la carga. Se las regalaba todas a los *palicari* de Theodoros, en agradecimiento por haberle perdonado la vida, y quedaba todavía en deuda con ellos. Los meses siguientes, las cajitas pasarían por muchas manos y el precio de las botellas iría aumentando hasta que se diseminaron por todas las islas del Archipiélago, en las casas de los notables, que las colocaban en un lugar destacado, como unos valiosos adornos para provocar asombro.

El primer instante en que contemplaste el velerito de la botella fue como si un rayo de fuego azul te hubiera caído del cielo. Pues en un abrir y cerrar de ojos viste, escrita en su proa, a babor, la letra S, y la isla en la que os encontrabais era Skyros, y el nombre sagrado que buscabas por todas partes en el Archipiélago griego siguiendo el consejo de Moshe el Trapero comenzaba, asimismo, con la letra en forma de serpiente, el más inteligente de todos los seres vivos de la tierra, y todo esto te confirmó desde el principio que te encontrabas en el camino acertado hacia el Arca, puesto que a menudo los ojos no son de gran ayuda, sino que tanteamos más bien nuestro camino en la oscuridad con las yemas de los dedos, los ojos de los ciegos, los ojos de nuestra vida oculta que no se equivocan, los ojos de los sueños. Mientras yacías atado e impotente en la cava, un año antes, en Bucarest, tras caer en manos de los judíos de los que tanto te habías burlado, incluso en sueños recordabas las palabras del anciano inclinado sobre ti, con unos tirabuzones pelirrojos ensortijados en las orejas y una kipá gris, orlada por una sola banda de encaje no demasiado limpia. Moshe, el vendedor de harapos en el mercado de ganado de Obor, cuyo caftán habías intentado quemar acercándote sigilosamente por detrás solo por verlo arder como una vela de sebo, tenía ahora los ojos devastadores de los profetas. Abrió sobre ti el gran libro, escrito en hebreo en dos columnas, que le oíste llamar *Sefer Ha-Bahir*, el Libro de la Claridad, y le leyó a tu espantado corazón:

> Pero tú, maestro, nos has dicho que el Consejo es la práctica de la Caridad, en tanto que la Inteligencia es el atributo del Rigor. El conocimiento serviría al hombre para obtener control de la Verdad, en tanto que el temor es el tesoro de la Torá. Eso es lo que dije, respondió el maestro, siguiendo en ello al rabí Akiba, quien solía explicar que todo lo que el Santo, bendito

> sea, ha creado, lo ha creado doble, tal como está escrito en el Eclesiastés 7, *14*: «Dios hizo tanto lo uno como lo otro». ¿Y cuál es el tesoro (*otzer*) de la Torá? Aquel del cual se dice en Isaías 33, 6: «El temor de Dios será su tesoro». Por eso el hombre debe prestar atención y estudiar bien la Torá. Eso es comparable a un hombre que quería comprar miel de dátiles pero que no tenía envase para recogerla, visto lo cual se dijo: «Me la pondré en el pecho». Lo hizo, pero como la carga era pesada, y tuvo miedo de ensuciar y destruir sus vestidos, arrojó la miel a mitad de camino. Por ese motivo sufrió una doble pérdida: la de la miel misma y la de su valor pecuniario.

«Tú eres el Opuesto», te susurró luego al oído mientras los demás hebreos abarrotaban el sótano con sus ojos redondos clavados en ti. «Pero lo opuesto está eternamente ligado a su opuesto. Entre ellos corre fuego y agua, mezclados en el Espíritu vivo. Fuiste elegido para ser el Opuesto y por esa elección eres a partir de ahora sagrado. Tú eres el que nosotros esperábamos, el elegido para leer la firma. Pues Adonai, el hacedor del mundo, firmó su creación el séptimo día, y la firmó con siete letras, de siete islas del Archipiélago. La firma entera está escrita a lo ancho del ardiente mar: SAVAOTH, que significa Señor de los Ejércitos. Te envío a las islas para que recorras las Esperadas y las Cicladas, el mar Egeo y el mar de Icaria, hacia Chipre y el Líbano, y la Jerusalén terrestre en busca de Dios, es decir, en busca de ti mismo. Las siete islas tendrán un nombre que empieza con una de las letras del Nombre sagrado. Sabrás cuándo has encontrado la primera: un fuego azul te atravesará entonces desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Y al final del nombre, como una corona de oro, te espera, en la Tierra de Cus, el Arca». El profeta batió una vez más, sobre ti, las alas del libro con sus signos cabalísticos, y desapareció del sótano. Los hombres con tirabuzones, acalorados y con el cayado en la mano como en la noche del Pesaj, se retiraron también en silencio; junto a tu cabecera quedó tan solo una mujer judía que te ofreció cabrito en un cuenco y agua de manantial en un recipiente redondo, te soltó luego las ataduras y te dejó salir, entre las paredes abovedadas de ladrillo antiguo, al bochorno y el olor a cadáver bucarestinos, en la parte trasera del Beilic,[16] entornando los ojos ante la luz implacable del sol. Yacían por todas partes, a lo largo de los caminos de barro reseco, los cuerpos hinchados y ennegrecidos de los fallecidos por la peste. Muchas veces te preguntarías más adelante si habías vivido en sueños o en realidad ese acontecimiento, pero los ojos de Moshe el Trapero no pudiste olvidarlos, y tampoco volviste a pasar por el mercado de ganado de Obor. También te perseguía ahora su voz, que te había leído en el libro portentoso: ¿qué

era el temor a Dios? ¿Por qué, en su ausencia, la miel de dátil del conocimiento se vertía en el camino? ¿Pero qué era la fe sin la duda? ¿Qué era la gracia? ¿Cómo podías ser redimido si no estabas elegido para la redención antes incluso de la Creación del mundo?

Los días que siguieron, Joshua demostró ser de gran utilidad a la banda, ya que conocía muy bien el oficio de la navegación a vela y cuando, casi un mes más tarde, otra barcaza chocó contra las rocas ocultas debajo del agua, demostró que manejaba bien el par de pistolas que le habían confiado y que era un hombre temerario. Así que, tras el bautismo de fuego de aquella noche tormentosa, se unió a ellos y obtuvo incluso el derecho a pasar las noches con la mujer que quisiera, porque los piratas de Theodoros consideraban a la mujer un regalo de la vida ofrecido por Dios, al igual que la comida, el vino tinto y el tintineo de los *¡cosan*. Y también las mujeres disfrutaban con hombres así. Todas estaban con ellos por voluntad propia, portaban puñales y sables al cinto, como ellos, y saltaban igual que ellos a la cubierta de los veleros embaucados hacia aquellos lugares peligrosos. Los *palicari* y sus mujeres se repartían el botín por igual, así como por igual se amaban cuando se despertaba el deseo de acoplarse. A Joshua le gustaba la vida alegre de los piratas, que se llamaban *klephtes* con el orgullo con que el pavo real despliega su cola, pues *klephtes*, en toda la Hélade, eran los seguidores del gran Ipsilantis y de la Etería[17] de hace dos décadas, los que echaron a los turcos, dejando en sus fauces tan solo unos muñones arrancados al cuerpo del país, como Samos, Rodas o Lesbos, que gemían aún bajo la esclavitud. En muchas cenas prolongadas alrededor del fuego, bajo las estrellas límpidas del Archipiélago, los *palicari* hablaban con pasión sobre aquellos tiempos cuando el griego era griego, descendiente de los héroes de Homero, el de la Antigüedad, y de Bizancio, y vivía en libertad bajo el arco inmortal de la Megali Idea, el sueño de la Gran Grecia con la capital en Constantinopla, extendida por toda el Ática y por el Peloponeso y por el Archipiélago y que incluía Anatolia en sus vastas fronteras. Soldados nacionales con fez y fustanelas, con pistolas en el cinturón y alfanjes en la mano lucharon con ardor por la Hélade deseosos de tener un rey griego, el Menelao de su época. Por el excelso sueño de una Grecia libre se sacrificó el gran Byron en Missolonghi.

De este apretón surgió al final, como decía vulgarmente Lambros, una gran cagada, porque en lugar de Agamenón o Menelao, los griegos se encontraron con dos principitos austríacos como los retratados en las cajas de bombones, convertidos por arte de magia en el rey Otto y la reina Amalia, llegados de Viena en barcos ingleses para hacer feliz a la Hélade. Tras varios años de reinado, a estos dos los odiaba ya todo bicho viviente, y se oían incluso voces que afirmaban que se vivía mejor con los bey o los bajas turcos. Bellos

como ángeles de porcelana, con ojos de esmalte azul, la pareja real deshonraba el traje nacional griego que a menudo vestía, y estropeaba la santa y recta fe, porque ambos eran herejes papistas que no pintaban nada en el país del Monte Atos.

Joshua había visto muchas veces a los piratas y sus mujeres bañándose juntos en el mar y le habían asombrado los dibujos azules que se retorcían en sus cuerpos, cubriéndolos a algunos desde los pies a la barbilla. Las mujeres tenían Cupidos en las tetas y arcángeles que protegían sus vientres, y los *palicari*, rostros de mujeres rodeados de letras griegas que Joshua no alcanzaba a descifrar. También sus espaldas estaban decoradas con fieras mal dibujadas que podrían ser leones o burros o bueyes, no se sabía. Y el que se llamaba Aris tenía pintados en la nalga derecha al rey Otto y en la izquierda a la reina Amalia, en unos amplios óvalos de cinabrio, para aplastarlos cada vez que se sentaba. ¡Qué no le haría él a aquella perra, e incluso a su marido, si los tuviera al alcance de la mano! En sus cipotes había igualmente inscripciones griegas, quizá también el nombre de la desdichada reina. Las más terribles fantasías de violación y sodomía los hacían soltar unas carcajadas irreprimibles cuando tomaban vino de *retsina* y asaban en la hoguera pinchos de carne.

A los griegos no les disgustó al principio la reina Amalia. Unos años antes, cuando Otto la trajo también desde la misma lejana e inimaginable Austria, la joven y delicada reina iluminó la opaca rutina de la corte de la Hélade, la animó con nuevas modas y una nueva vida. Hizo venir de Viena a los arquitectos para las casas de Atenas y de Salónica, quería acabar con la miseria de los callejones laberínticos y los revoques desconchados de los serrallos orientales y, el primer invierno después de la boda real, hizo colocar en Atenas el primer abeto gigante de Navidad jamás visto antes en Grecia, adornado con bolas de espejo y cristales retorcidos, como las piruletas y los juguetes alemanes, que llamaban poderosamente la atención. El fasto y la grandeza de los bailes de la corte, los músicos en frac y las cantantes de ópera con medias de seda cegaron de tal manera, en un primer momento, a los griegos, que por propia voluntad bautizaron aldeas y ciudades con el nombre de la bella reina: Amaliada en la isla de Elis, Amaliapoli en Magnesia y muchas más, desperdigadas incluso por la lejana Creta. En aquellos años, sin embargo, todos los juzgados de Grecia se habían llenado de alemanes, de tal manera que los habitantes del lugar no podían respirar por culpa de sus normas, tan rígidas como los cuellos que asomaban debajo de los chalecos, y a muchos les pareció que la reina miraba con recelo a los arcontes griegos, a los que consideraba, al parecer, palurdos e iletrados. Por otra parte, era evidente que no podía tener hijos, motivo también de alejamiento de las gentes de su pueblo, que anhelaban un heredero en

el reino para Otto el advenedizo. Estaba tan claro como la luz del sol que la reina no tenía hijos por la maldad de su corazón, que utilizaba quién sabe qué blasfemas lavativas y botellas de veneno vertidas en su agujero real para matar al feto y seguir siendo eternamente joven.

Pero tal vez habrían perdonado sus pecados y habrían acabado por aceptarla si Amalia no hubiera traído de su país el desenfrenado baile llamado vals, en el que los cuerpos se rozaban a la vista de todos, algo que los griegos, a pesar de que en el secreto y oscuridad de los gineceos seguían las costumbres turcas y se desmadraban de maneras inconfesables, no podían aceptar en ningún caso. La blasfemia del nuevo baile fue denunciada por los jefes de la Iglesia ortodoxa, y todos los barbudos de sotanas oscuras, cada pope y cada prior de los incontables monasterios de toda la Hélade, condenaron durante meses enteros, desde el pulpito, el indecente baile vienés. Incluso los inmorales *palicari* de Theodoros bramaban, llevados por la rabia, contra aquellos giros por los salones reales en los que al hombre, ver para creer, le estaba permitido rodear con el brazo la cintura de la mujer que se sujetaba a su hombro, y tocarle incluso la espalda desnuda, sin vergüenza y a la vista de todo el mundo. ¿Adonde íbamos a llegar? Se estropeaban los tiempos, se descarriaba el mundo, y Dios no iba a soportar mucho más a la maleada raza humana. La reina tenía la culpa, ella pervertía también al rey e iba a provocar que la Hélade cayera en desgracia. Los *palicari* la maldecían, enojados, jurando por todos los santos, y se acostaban con sus compañeras en los sótanos del altivo Príapo del faro, que sobresalía entre un bosque de higueras de frutos morados. Los gritos de las mujeres encabalgadas se escuchaban luego, tras cruzar el mar, hasta en las vecinas islas de Valaxa, Rinia, Skyrou e incluso Skyropoula, donde los vecinos se despertaban y, excitados por los lejanos gritos roncos, que podían ser del trabajo, del parto o del amor, se acoplaban también ellos con presteza en sus alcobas.

Otras veces la pequeña horda se aventuraba en hazañas de mala muerte. Aunque les habría encantado, no se atrevían con los barcos de la compañía Österreichischer Lloyd, que partían de Trieste y llevaban pasajeros, dinero y cartas hasta Creta y Esmirna, pero de vez en cuando se extraviaba por su trocito de mar alguna nave pesada como un escarabajo, con las velas al viento sucias como bombachos agujereados; los piratas sacaban entonces sus barcas de juncos y, unos seis en cada bote, guarecidos por el ocaso, con los remos forrados con trapos para no chapotear, se pegaban al vientre embadurnado de brea, rodeado de ramas flotantes, del barco que estaba ya destinado a desaparecer, pues de su cubierta no escapaba un hombre vivo. Los marineros que no se rendían eran asesinados y, algunas veces, torturados, si es que habían herido a algún *palicar*, y los que arrojaban

las armas eran atados a los mástiles y hundidos con el barco, alimento para los cangrejos y los peces de las profundidades. Entonces te mostrabas ante Joshua tal y como eras tú, Theodoros, un bravucón robusto, hecho y derecho, con el que no se jugaba. A muchos de tus hombres los protegía de las balas de plomo un hechizo, llevaban una flor de orquídea negra en los sobacos, y las mujeres, claveles, y siempre que peleaban, se ponían una bala de plata debajo de la lengua, pero tú no temías nada, como si a ti, de entre todos los mortales, te hubieran abierto el libro de la vida y hubieras leído en él tu destino, y hubieras sabido que no se te había concedido morir allí, junto a Skyros, en el barco del comerciante de cereales Hristopoulos de Kavala, y por ese motivo eras el primero en saltar a la cubierta, entre ráfagas de balas, y podías dirigirte luego sin cautela a la bodega del barco, tan grande como una iglesia, para encontrar a los marineros allí escondidos y, sobre todo, las barricas de ron y de almáciga, el botín más preciado. Con los hombres no tenias piedad, pero no dejabas jamás que un solo gato de cuantos cazaban los ratones que abarrotaban los barcos se fuera a pique con el velero, sino que ordenabas que lo atraparan, lo metieran en un saco y lo llevaran a la orilla. Se había llenado el lugar que rodeaba el faro de un pueblo de gatos atigrados, cada uno con su nombre, conocido por toda la banda. Por la mañana te gustaba poner leche en el hueco de un cráneo humano y observar cómo la lamían los gatitos con tesón e inocencia, empujándose unos a otros con sus hombros del color de la brea o de la naranja. Allí donde te encontraras, se te veía el primero, más alto de hombros para arriba que el resto de los hombres, como el emperador Saúl, con tu cabello negro prendido en trenzas embadurnadas con manteca de cerdo, con el arco de las cejas siempre ceñudo, incluso cuando a tu alrededor se reía y se bebía, con esos ojos, bajo ellas, que tenían algo demente, como si estuvieran viendo siempre, incluso en los charcos de sangre, un icono milagroso. No hacías nada para ser el primero en cualquier asamblea humana, nada especial para ser escuchado: solo eras, como es una pared que no se puede atravesar. Después de agujerear el fondo del barco con las hachas, los piratas volvían a sus botes, y desde allí observaban cómo se hundía la nave entre los gritos desesperados de los desgraciados atados a los mástiles. Miles y miles de veleros, habitados por esqueletos envueltos aún en harapos y devorados por los tiburones y los pulpos, se pudrían bajo el mar por todo el Archipiélago. En algunas islas, pescadores desnudos, tan solo con una banda en torno a las caderas, se sumergían cuarenta brazas bajo el turquesa ondulante de las aguas para sacar a la superficie antiguas monedas de oro con el rostro de *Alixandru Machidon*, ornamentos con incrustaciones de perlas y piedras preciosas, mujeres de mármol con la nariz mellada, ánforas de vino

transformado, al cabo de los siglos, en mermelada para tomar con cuchara. El fondo de los mares era más rico que la superficie de la tierra, y quien encontrara la manera de saquearlo podría dominar toda la esfera.

Tras los saqueos más feroces, los ensangrentados *palicari* se sentían abrumados por sus pecados y esperaban ansiosos el domingo, el Día del Señor. Entonces se vestían con sus galas de ceremonia, guardadas en cofres, las cuales, al ocultar sus pieles dibujadas, los transformaban de camorristas rabiosos en ciudadanos temerosos de Dios, hombres y mujeres piadosos que podían ser admitidos en cualquier iglesia. Las mujeres, que generalmente andaban con las tetas al aire, estaban envueltas ahora en paño gris, cuidadosamente cerrado hasta el cuello. Su cabello de fuego y brea fundida, que provocaba, en la orilla y en las barcas, nuestra alegría, la de los habitantes de los cielos, estaba ahora escondido bajo pañuelos de cendal, como si las flores perfumadas y el ave fénix hubieran sido creados para estar ocultos. Así transfigurados, remaban hasta Linaria, donde entraban con timidez en el sagrado recinto dedicado a Agios Georgios, al que representaban matando el dragón con la lanza en la pared interior, entre filas de santos y de discípulos pintados con gran maestría. Escuchaban la misa respondiendo y cantando con todos los reunidos, se santiguaban tocando el suelo cada vez, buscaban con la mirada los iconos milagrosos, para besar después de la misa sus manos primorosamente pinceladas. Los popes, con sus ropajes bordados con hilo de oro, agitaban el incensario y derramaban su humo perfumado sobre los cristianos, prometiéndoles el Paraíso, que también debía de oler así. Los piratas lloraban luego amargamente ante los iconos y hacían cola para confesarse, y su santidad Eulampie, que los conocía muy bien, pues los hombres de Theodoros eran los principales benefactores de la iglesia —su nueva pintura se había llevado a cabo con sus donaciones—, los escuchaba a todos, regañándolos y asignándoles penitencias por sus pecados: que recen cien veces el padrenuestro y diez veces el salmo de David: «¡Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad! Por tu inmensa bondad borra mi delito». Pues sus fechorías eran ciertamente graves e imperdonables: uno había mentido, otro había blasfemado, otro no había dado limosna y una de las mujeres había lavado el día de santa Parasqueva. Perdonados sus pecados e ¡nocentes de nuevo como niños, donaban a la iglesia y a los santos padres *icosari* de oro y regresaban a su orilla reconfortados como si hubieran estado en los baños de la ciudad, una reliquia del tiempo de los turcos.

En la isla crecían unos olivos de mil años de antigüedad, de troncos retorcidos y requeterretorcidos, con huecos en los que cabía fácilmente una persona, e infinidad de hojitas grisáceas que parecían

blancas sobre la tinta más oscura del mar. Entre ellos pasasteis cuando llamaste al hebreo Joshua Abraham para pedirle consejo en secreto, lejos de vuestros camaradas acampados en la orilla. Ascendisteis uno tras otro, por el camino que conducía hacia el punto más elevado de la isla, las rocas junto a la Hora, y una vez allí, mientras caía el ocaso a vuestro alrededor, sobre las Espóradas, os clavasteis los puñales en las muñecas y os sorbisteis una gota de sangre, os convertisteis así en hermanos, idénticos a los que han bebido de la fuente de la vida en el mismo vientre. Así se hacía en Valaquia, en las bandas de ladrones, y así harías en la Hélade con algunos hombres elegidos por ti por su lealtad.

Luego abristeis las damajuanas de vino de Quíos, envueltas en rafia, y os contasteis vuestras vidas con pelos y señales, vuestras vidas brotadas el mismo día del cántaro de Acuario. Tú le hablaste sobre tu Valaquia —que él, aunque había viajado por el mundo como pocos, no había oído mencionar—, sobre cómo jugabas a ser *Alixandru Machidon* con los hijos de los serbios y de los gitanos en la hacienda de Ghergani y sobre los belenes que se representaban en Sălcuța cada Natividad del Señor, en el corazón cegador de los inviernos, y él te habló sobre cómo había jugado a ser el rey David con los hijos negros y desnudos de las tribus Ndebele del Transvaal, que tenían las orejas traspasadas con una pluma azul. Luego recordó con alegría cómo había huido de casa a los diecisiete años, en el ballenero *The Harpoon*, y cómo había cazado cachalotes en las aguas heladas de Tierra de Fuego, cuando, para poder resistir el frío desolador de aquellas tierras gélidas y oscuras, se metía a veces, como Jonas, con otros tres o cuatro marineros, en el vientre de la ballena, todavía caliente, extendido en la cubierta, entre sus apestosas entrañas, y jugaban allí a las cartas y bebían ron y mentían sobre mujeres, mientras que montañas de agua espumosa, más fría que el hielo, se precipitaban contra el barco pequeño y embreado, dispuestas a sumergirlo en aquella Caína implacable. A medida que la tarde avanzaba y las primeras estrellas brillaban sobre vosotros, recordaste también tú tu llegada a Bucarest, cuando tenías nueve años, y cómo te asombraron las torres doradas de la Metrópoli, y cómo encontraste en la ciudad del pastor Bucur la peste y los motines en pleno apogeo, y cómo los apestados eran sacados al campo, sobre la tierra helada, y abandonados allí gritando de frío y de desesperación, y las apestadas eran violadas por los enterradores que ya habían contraído la enfermedad y no le tenían miedo, incluso la diseminaban todo lo que podían. Por ese motivo los enfermos se habían alzado todos a una contra los arbitrarios enterradores. Y le contaste luego cómo te uniste a Jianu, el bandido aterrador al que habías conocido en Ghergani, pero con quien te volviste a encontrar luego en Bucarest, y recorriste con él el bosque de

Vlăsia, cazando jabalíes y boyardos por igual, poniéndoles a los popes huevos ardientes en los sobacos para que dijeran dónde habían escondido el dinero y cortándoles los dedos a las mujeres, aún vivas, para quitarles los anillos. Cómo, tras un año de fechorías, ofrecieron una recompensa por tu cabeza y huiste adonde tu madre, Sofiana, en Ghergani, para que te ocultara de los albaneses del príncipe, pero no te fue de gran ayuda, así que tuviste que cruzar el Danubio a nado, con otros dos compañeros, mientras las balas rebotaban en el agua a tu alrededor; una de ellas te hirió en el costado, donde conservas aún el proyectil clavado en el hueso. Y contasteis muchas más cosas, mientras golpeabais con la punta de los puñales la tierra y las piedras haciendo que brotaran chispas de fuego en medio de la noche, sobre las pasiones latentes y los sueños de grandeza, sobre cómo ibais a llegar a ser emperadores, hasta que, llevado por la dulzura del vino y por la magia de la noche, y más por ti que por tu compañero, sacaste del pecho, junto a la cruz de madera sagrada, el icono ovalado del que no te separabas jamás y que no habías mostrado nunca a nadie, envuelto en la primera carta de Sofiana.

Puesto que no conseguía ver bien a la tenue luz de la luna y de las estrellas, tu compañero y hermano de cruz prendió con el mechero un palo seco y al resplandor de su llama contempló asombrado aquel cuadro ovalado rodeado de una línea de color ámbar, en el que se mostraba el incomparable rostro de una joven, levemente vuelto hacia la derecha, esbozado sobre el esmalte azulado. La muchacha parecía real, no se podía distinguir ninguna pincelada que te hiciera pensar que la hubiera pintado un maestro. Bajo las cejas delgadas, dibujadas con gracia, tan diferentes de las de las mujeres orientales, sus ojos eran castaños y límpidos; las mejillas, delicadas, apenas teñidas con un soplo rosado; los labios, rebosantes de espíritu y de vida. Sobre la frente elevada y las sienes como talladas en marfil, su cabello castaño, dorado en la curvatura de los bucles, formaba rizos que caían retorcidos sobre su rostro. Un lazo de terciopelo negro rodeaba el cuello delicado de la joven y por debajo asomaba una blusa nacarada, de brillos rosados, cerrada por delante con un botón de amatista. La damisela del cuadro no tendría mucho más de quince años. En su aspecto había algo que en vano intentaban desentrañar las palabras, una súplica o tal vez un anhelo que se te clavaba directamente en el corazón: «¡Búscame, búscame! ¡No soy yo la del cuadro, yo estoy en otra parte, esa es tan solo mi sombra! ¡No descanses hasta encontrarme, como te encontré yo a ti! Hazte un cayado de hierro y calza zapatos de hierro, y camina firme tras mis pasos, cruza los siete mares, y me hallarás cuando el cayado se desgaste y los zapatos se rompan».

—Es la Virgen María —susurró Joshua mirándote a los ojos,

creyendo que le dabas una prueba de tu fe, distinta de la suya—, tal y como la vio por primera vez el arcángel san Gabriel, cuando, con un lirio en la mano, le llevó la Anunciación.

—No—te apresuraste a responder—, es Stamatina.

No añadiste nada a ese comentario y te guardaste rápidamente el icono en el pecho, como si te avergonzara habérselo enseñado con tanta ligereza a un desconocido. Joshua se conformó con ese nombre curioso y extraño, y se llevó la botella a la boca. Tal vez esa Stamatina devoraba el corazón de su compañero y no procedía retorcerle el puñal en la herida. Pero nunca pudo olvidar aquel rostro («¡búscame, búscame!») y lo recordaría muchas veces, entre las incontables apariciones de lo más profundo de su corazón provocadas por una vida fructífera, incluso cuando llegó a buen puerto, dos décadas después, en San Francisco, donde encontraría su final.

Tras estas revelaciones guardaron silencio largo rato, bebiendo y contemplando el círculo del Archipiélago de alrededor, cargado como un árbol viejo con el fruto de las estrellas. Mirabais las Pléyades, la Hija del Emperador, el Pegaso y Andrómeda y Cefeo, que giran en torno a la Osa Mayor siguiendo los insondables caminos de la Divinidad. A lo lejos, sobre el agua, se veían unas lucecitas desperdigadas en las ciudades donde la gente no se había acostado aún. El faro de Platana barría con su delicado rayo las aguas negras, se apagaba unos instantes, se encendía y se apagaba de nuevo, señales que los veleros en alta mar sabían interpretar.

7

Las historias de Joshua, así como su aroma a clavo, te recordaron tu Ghergani natal y los tiempos en que, cuando te pusiste ya en pie y comenzaste a dejar atrás la niñez, Marița dejó de desnudarse por completo en tu presencia como delante de sus perros lanudos, y tu madre comenzó a enseñarte a deletrear, para que pudieras leer tú solo cuantos libros quisieras. Así que pasabas desde entonces cada vez más tiempo en los establos de las vacas, donde se amaron tus padres por primera vez, en el heno, entre arañas de patas largas, intentando con gran tesón descifrar, en los ajados libros de tu padre, Gligorie, aquellas historias que entraban con una fuerza avasalladora en tu cabeza y que la hacían arder como una llamarada, como los nimbos de los santos en las paredes de las iglesias. De vez en cuando, sobre todo en invierno, Tachi solía invitar a su hacienda a los vecinos más jóvenes, boyardos y damas acompañados de sus criados, y celebraban una fiesta, es decir, se reunían en una estancia con los cortinones echados a plena luz del día para fumar afion (también lo llaman *afio*) en unas pipas largas, o tomarlo con unas cucharitas doradas de plata, y luego, en el aroma dulzón del humo que llenaba la estancia, se tumbaban en los divanes, entre almohadones de seda, fantaseando con eso que la mente humana no concibe; ante ellos se mostraban, como en un sueño, colores y formas nunca vistos, volaban sin alas entre serrallos, jardines del edén y ciudades construidas sobre rocas, abrazaban espíritus con pechos firmes y caderas de huríes o se fundían en la Jerusalén Celestial de Aquel que reposa sobre querubines. Sonreían entonces de oreja a oreja, con los párpados entornados, como unos budas beatíficos, y dejaban que el opio que se escurría de las semillas de amapola les creciera como una hierba aromática por los pies y por las piernas, que subiera a su vientre y descendiera por sus brazos, que rodeara sus pulmones y su corazón, y luego, tras ascender a la torre más elevada del cuerpo humano, se abriera de repente en sus cráneos de hueso amarillento, iluminándolos por la felicidad extática de los dulces pecados. Desde el cráneo, la flor mágica salía también al exterior, llenaba el mundo con sus pétalos, unos arcoíris de llama viva. En el estado demoniaco y celestial en que se encontraban entonces, los consumidores de opio perdían la vergüenza, y las fiestas

acababan de repente con desnudos y danzas del vientre, y acoplamientos naturales y contranaturales, escenas de Sodoma y Gomorra sobre las cuales era mejor guardar silencio luego.

El mismo jugo venenoso, pero más dulce que cualquier fruto o ambrosía, penetraba también en tu cerebro cuando te sumergías en las historias de los volúmenes del mercado. El niño de siete años que eras en aquella época leía insaciable las increíbles hazañas de Till Eulenspigel el bromista, el cual, cuando se hizo pintor y tuvo que dibujar en una pared la separación de las aguas del mar Rojo por parte de Moisés, con los judíos cruzando a la otra orilla y el ejército y los carros de los egipcios enfangándose en el fondo, pintó tan solo una mancha roja que ocupaba toda la pared y dijo que los judíos habían pasado ya y no se veían, y que a los egipcios los había cubierto el mar. Y leyó la *Historia del filósofo Archirie* y *de su sobrino Anadan*, que quiso, vilmente, causar la desgracia de su tío escribiéndole al rey Sangrip que Archirie era su enemigo, y el rey ordenó que le cortaran la cabeza y la alejaran trescientos codos de su cuerpo, pero el filósofo consiguió escapar. Luego atrapó a su miserable sobrino y lo golpeó con el cayado de cornejo hasta matarlo. Y en otro mamotreto, la *Historia de Sindibad el listo*, se hablaba sobre Chira, rey de Persia, que tenía siete mujeres y ningún vástago. Consiguió finalmente un vástago, tras mucho rogar al Santísimo, y se lo envió a Sindibad para que lo castigara con la filosofía. Y el retoño estudió muchos años con el filósofo hasta que no le quedó nada que aprender, pues lo sabía todo, y todo quería decir el Silencio por encima del Silencio. De tal manera que el hijo del rey dejó de hablar, y le fue confiado a una de las reinas para que le hiciera hablar. Esta le sugirió que asesinaran juntos al rey, que subiera él al trono y la tomara a ella por esposa. Como él se asustó ante tamaña maldad y se negó, la mujer fue corriendo a ver al rey con la ropa desgarrada y, como la esposa de Putifar, contó que el hijo del rey la había atacado con la intención de forzarla. Y el rey Chira decretó entonces la muerte de su hijo, pero antes quiso escuchar el consejo de sus siete filósofos. Siguieron entonces siete encendidos vituperios, uno cada día, con los que los filósofos le expusieron al rey ejemplos sobre la volubilidad y la maldad del género femenino, hasta que el emperador perdonó a su hijo.

Cuando leíste esta historia, te confundió profundamente la palabra *encendido* hasta que Sofiana te aclaró que aquí no significaba incendio, sino que se trataba de la prédica sabia de cada uno de los siete filósofos. Y leíste también con gran placer las fábulas de Esopo, el negro, feo y barrigudo que, siendo esclavo de Xanos el Sabio, resultó ser más sabio que este y lo sacó de muchos apuros. Un buen día en que Xanos quería ir a la ciudad a darse un baño, envió antes a Esopo para comprobar si había demasiada gente por allí. Y Esopo vio que en

la entrada de los baños había un pedrusco y que los que entraban se tropezaban con él y lanzaban una maldición. Pero un hombre lo cogió y lo arrojó a un lado. Entonces, cuando volvió adonde su amo, le dijo que en los baños había solo un hombre, pues él consideraba hombre solo a aquel que había retirado la piedra. ¡E hizo muchas más cosas! Cuando el filósofo invitó a unos comensales a un banquete, le pidió a Esopo que sirviera en la mesa lo mejor que hubiera en el mundo y él puso únicamente lengua de buey. Porque gracias a la lengua los hombres se entienden, se casan y se comprometen y hacen negocios. Enfadado, Xanos le dijo que la próxima vez sirviera lo peor que hubiera en este mundo, y el feo esclavo puso lengua de nuevo, pues con la lengua se hacen guerras e infamias y traiciones. Leíste también *La historia de Skinderiu*, que comprendía la voz de los pájaros y conocía toda la filosofía del mundo. Amaba además a Olerica, la hija del rey, pero fue enviado a otro país, al del rey Halep. Allí sucedió algo tan terrible que no pudiste dormir varias noches y no quisiste seguir leyendo la historia.

Con esos textos te pasabas el rato, pero sobre todo con *Alixăndria*. El libro de las hazañas de *Alixandru Machidon*, que conquistó el mundo entero a lomos de Bucéfalo, su caballo con un cuerno en la frente, y murió joven, te pareció siempre más asombroso que las historias antiguas y que todas las historias escuchadas jamás. Un hechizo indescriptible te permitió no solo leer, sino vivir de verdad en la piel del joven emperador, hablar con sus palabras y realizar sus famosas hazañas. Cuando leías el relato del gran *Alixandru*, no eras ya Tudorică, el hijo harapiento y descalzo de los criados de Ghergani, sino el hijo de Netinav, el emperador hechicero de Egipto, y de Olimpiada, en la época en que en la India reinaba el rey Por, en Persia el rey Darío, y entre los romanos el emperador Merlichie. Pues Netinav, asediado por los ejércitos enemigos, se afeitó, se vistió con harapos y se marchó a la Macedonia del rey Filipo, que tenía como reina a Olimpiada, una mujer estéril. Se hizo pasar por mago y mintió diciendo que tenía unas hierbas para doncellas y que, si la mujer las tomaba, quedaba encinta al momento. Pero, disfrazado del dios Amón, con cabeza de águila, Netinav se acostó con la reina, cuyo vientre quedó preñado en aquel instante. «De hoy en adelante no bebas vino, ni hidromiel, y no comas nada prohibido, porque has empezado a engendrar el hijo que será el emperador del mundo entero, por encima de todos los emperadores», le dijo el mago. Y al niño *Alixandru* le enseñó Aristóteles toda la ciencia. Más adelante, cuando murió Filipo, *Alixandru* ascendió al trono y empezó a conquistar ciudades y reinos hasta vencer al gran rey Darío. Luego, cuando el Levante y el Poniente se encontraban dentro de sus fronteras, partió a lugares indómitos y desconocidos.

Al fondo de los intrincados jardines de la hacienda, donde se encontraba también el oso con un aro en la nariz atravesado por una gruesa cadena, te tumbabas en la hierba, alta hasta la cintura, viendo tan solo el trocito de cielo deslumbrante de arriba y las mariposas amarillas y rojas, con colas de golondrina, aleteando por el aire perfumado, y leías el libro con avidez. Entrabas en Jerusalén, a lomos de Bucéfalo, te inclinabas ante el dios Savaoth y te despojabas de los ídolos y escuchabas las palabras del profeta Jeremías, que te bendecía. Luego tomabas Babilonia, adueñándote de leones y leopardos y caballos árabes, y cuernos de unicornio y herramientas de oro y piedras preciosas, y la mesa de zafiro de Darío, ante la cual te librabas de los malos pensamientos. Y después de tomar Babilonia llegabas al desierto, donde luchabas con mujeres salvajes, peludas como cerdos y con ojos como estrellas, y luego matabas las hormigas gigantes, que sacaban oro de la tierra y se alimentaban de personas. Liberabas a los enanos que peleaban con las grullas y les enseñabas a fabricar arcos y flechas. Y en el país de Macaron encontrabas a los gimnosofistas desnudos, cuyo emperador era Ivantie, y pasabas con los ejércitos junto al Paraíso, cuyos árboles llegaban al cielo y daban unos frutos dulces como el azúcar, pero no entrabas por miedo a los querubines. Luchabas luego con los elefantes del rey Por de la India, que tenían en el lomo torres de doce arqueros. Cuatro mil de los miles de soldados de Por murieron en una sola batalla, y Por cayó muerto por tu espada, y su reina del Indo te salía al encuentro con veinte obispos y diez mil sacerdotes. Extendías tu imperio sobre pueblos paganos —godos, magotes, agar, axos, divis, xotin, xanarte, xasan, climand, taani, xeani, martatin, hohani, agramanti, amflig, psoglov, faraci, iarați, sisochia, nichieni y lescrátani— que en los días del Anticristo asarían y comerían a los niños de los cristianos ante los ojos de sus padres.

Tras ver el Paraíso, bajabas al Hades para observar cómo sufrían los pecadores, y contemplabas allí a los dioses helenos mortificados por los demonios, y a los boyardos viles de todos los reinos, estrujados por rabiosas serpientes. Y avanzando un poco más apresabas a un bandido llamado Diomedes y querías cortarle la cabeza, pero él te respondía que le decías bandido porque tenía pocos hombres, pero que si tuviera muchos ejércitos se llamaría emperador, como te llamabas tú. Y eso se te quedó grabado en la mente para siempre, y a ese avispado ladrón lo nombraste capitán de tu ejército.

Llegabas siempre con los ojos llenos de lágrimas a las últimas páginas, cuando *Alixandru* era envenenado por el vil Lefcadio, hijo de la malvada y miserable Minerva de Macedonia, y moría joven, en la tierra de Jerusalén, y su madre, Olimpiada, se clavaba un puñal junto a la cabecera de su lecho. Así desaparecen en el mundo los imperios más sagrados, pura vanidad, porque todo está en manos del

Todopoderoso, el único eterno, el único digno de gloria. Pero incluso aunque el mundo entero bajo el cielo se volviera polvo, pensabas tú en un arranque de rebeldía, querrías ser *Alixandru*, aspirar el aire por sus fosas nasales y ordenar a las huestes con su boca, sentir su cabello ondeando junto a tus sienes y ver las maravillas del mundo con sus ojos grandes como los de los toros, como aparecía retratado en el primer libro. Te dirigías luego adonde el oso encadenado en el jardín, que llevaba años entre los arbustos de frambuesas, y fingías atravesarlo con tu espada de madera. La fiera, aleccionada por ti, se revolcaba en la tierra y se hacía la muerta sacando la lengua, y gracias a eso se ganaba el azúcar candeal de tus dedos.

Los niños de la corte se habían multiplicado los últimos años, pues además de los retoños de los criados, también habían tenido vástagos los boyardos, Marița tenía ahora a Ion y a Zmaranda, a los que tu madre Sofiana adoraba y cuidaba y mimaba mucho más que las nodrizas traídas para amamantarlos. Ion había crecido bastante —era dos años más pequeño que tú—, y junto con los crios de los sirvientes, rumanos y gitanos, no os cansabais de jugar en la parte trasera de la hacienda, por unos lugares agrestes, llenos de saúcos, troncos y pedruscos.

Entonces asomaba tu naturaleza salvaje de tirano, pues eras el cabecilla de las travesuras en cada barrabasada que hacíais, y los demás niños te temían más que a sus padres, porque los castigabas con más dureza. Pero también te querían, ya que sin ti no habrían sabido qué hacer durante todo el día. Si te quedabas en casa enfermo, se reunían y zanganeaban desconcertados, como las abejas cuando muere su reina. Tú les contabas historias por la noche, bajo las estrellas, tú los llevabas hasta los confines del bosque para descubrir dónde abrevaban las cabras montesas y dónde se refugiaban los jabalíes, tú los distribuías en grupos y los enviabas a la guerra, cada chico a horcajadas de uno más mayor, para que se enzarzaran y se empujaran hasta que todos rodaban por los senderos salpicados por el sol. En vuestras batallas tú eras, por supuesto, el emperador *Alixandru*, y el rey Darío era siempre Ion, al que vencías una y otra vez, lo hacías prisionero, lo atabas a un árbol y lo juzgabas, y en muchas ocasiones ordenabas que recibiera veinte azotes en la espalda, de tal manera que el pobre chiquillo, cuando se liberaba, corría directamente al regazo de su madre llorando a moco tendido. Entonces Marița gritaba como una loca, hacía llamar a Sofiana y le juraba que iba a echarla de la casa con su maldito Todoraki a cuestas.

—¿Dónde se ha visto que el hijo de un criado pegue al infante de un señor? ¡Lo has criado así, peleón, lunático, descarriado! ¿Es esta la recompensa por manteneros aquí a mi servicio, a pan y mantel? ¡Haz venir inmediatamente a ese descarado, que yo también voy a juzgarlo

según mis leyes, a ver si le gusta! ¡Al fin y al cabo, soy como una reina!

Te caían luego palizas y más palizas, porque no solo Marița te clavaba en las mejillas las uñas pintadas con ¡conos sagrados, maldiciéndote y blasfemando hasta quedarse ronca, eso era solo el principio. Luego te pillaba tu madre por banda, a la que en vano le explicabas que, como rey, no podías hacer otra cosa que castigar duramente a tus enemigos, porque te tiraba igualmente de las patillas y te ponía la cara colorada a base de bofetones. Y por la noche, cuando regresaba de cazar, Gligorie se quitaba el ancho cinturón y te azotaba con él en el trasero hasta cansarse, irritado porque, a pesar de que las lágrimas bañaban tu rostro, no gritabas ni gemías aunque te cortaran en pedazos. «Esto es un diablo, no un crío», gritaba agotado y te dejaba en paz, pues ya entonces lo devoraba el cangrejo de los intestinos que acabaría por matarlo. Los últimos años, a Gligorie no le apetecía hacer nada y había pasado de ser un atractivo galán a un jorobado escuálido; además, se había aficionado al pimple, así que Sofiana cargaba ahora con la peor parte.

Cuando no podían más, te llevaban adonde el pope para que te reprendiera. Pero el pope de la iglesita del pueblo era por aquel entonces su santidad Elpidifor, un hombre bondadoso, con una triple papada, que a duras penas cabía en el hábito y cuya cabeza pelada cubría un bonete siempre torcido sobre una oreja. Puesto que era también el maestro del pueblo, reunía a los hijos de los campesinos y a los gitanillos del campamento para ofrecerles un poco de instrucción; le gustaban mucho los chiquillos y se entristecía cuando se encontraba con alguno más díscolo. A ti te conocía como Todoraki el de Sofiana, su compatriota, pues el pope se había asentado en aquellas tierras mucho tiempo atrás, procedente de su Tesalónica natal. Amaba a tu madre como a una hija. Sin saber cómo reprenderte mejor por tus travesuras (hacías muchas barrabasadas: robabas azúcar y miel de los tarros de la cocina, atrapabas los gallos para arrancarles las plumas de la cola, engañabas a los niños jugando con tabas falsas, toqueteabas ya a las muchachas en flor, que por tu culpa no se atrevían a atravesar el jardín, rompías los cristales de la veranda de la casa con piedras arrojadas con maestría, pegabas notitas con palabras groseras en la espalda de las nodrizas y de las mujeres que llevaban la colada a lavar al río y muchas otras cosas), te acompañaba a la iglesia y te mostraba la pared del ocaso, donde estaba pintada la caída de Lucifer desde los cielos.

En las alturas celestiales estaba representado Jesús en el trono de oro, rodeado de ejércitos de ángeles, sujetando el Evangelio abierto donde pone: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo». Se distinguía también al arcángel san Miguel, con la recta lanza de luz

que señalaba la caída al Hades, adonde se precipitaban desde las alturas los ángeles que siguieron al más deslumbrante de los arcángeles en su rebelión, cuando quiso alzarse por encima de Dios nuestro Señor, el señor de la eternidad. Los ángeles rebeldes que se precipitaban allí, cabeza abajo y agitando aterrados las manos y las piernas, eran, en la parte superior del cuadro, todavía brillantes, blancos como la leche, con dos, cuatro o seis filas de alas; más adelante, hacia la mitad de la pintura, se convertían en criaturas cada vez más oscuras, de miembros arrugados y ojos espantados, hasta que se transformaban en mitad ángeles y mitad diablos, con alas tupidas, pero también cuernos y pezuñas. Y los que caían más abajo eran verdaderos demonios, negros por completo, con colmillos como las fieras y peludos como las arañas. Pero por debajo de todos, en lo más profundo del Hades, se arrastraba Satanás, el maligno, con aterradoras alas de murciélago, con escamas de serpiente venenosa, que aún miraba hacia los cielos con soberbia sin poder creer que no fuera ya Satanael, la primera flor de la Creación, el más bello y el más hermoso del ejército de ángeles santos.

—¡Mira, hijo mío —te decía el pope, esforzándose por mostrarse furioso—, observa y recuerda adonde te lleva desobedecer! ¿Ves a los ángeles rebeldes, que pecaron contra el Creador de los cielos y de la tierra por querer ser idénticos a él? ¡Mira dónde están, pues el Señor no pega con un palo, ni con el cinto, como tu padre! ¡Mira cómo les ha crecido pelo en la espalda y cómo les han salido colmillos como a los jabalíes, y mira qué cuernos tienen! Mira a estos rojos de aquí, y a estos contrahechos de más abajo, con pezuñas y rabo de vaca, ¡que maldiga Dios a estos traidores y satanases! ¿Eso es lo que quieres?, ¿llegar a ser como esos malditos? ¿O quieres parecerte a Arrio el hereje, al que san Nicolás abofeteó hasta que se le saltaron las muelas de la boca? Mira a Arrio aquí, en la pared, ¿ves qué mirada tiene con su vestidura de fuego? ¡En la Gehena acabó también él, con sus discípulos y todo, al igual que Marción, Nestorio y Donato, junto a los papistas y los calvinistas, perros rabiosos que pervierten la fe verdadera! Así empezaron ellos, como tú, hijo mío, su existencia en la faz de la tierra. Fueron unos crios malos que no obedecían a sus padres, pues no respetaban el primer mandamiento acompañado de la promesa que Moisés recibió de la mano de Dios: ¡honra a tu padre y a tu madre para que vivas bien y muchos años en la tierra! Mataban gorriones con el tirachinas y les levantaban las faldas a las chicas, Dios mío, perdóname, y robaban, y se peleaban, y venían a casa con la ropa desgarrada y sus madres lloraban hasta que se les secaban los ojos. Luego empezaron a beber y a pecar. Por eso acabaron crucificando al Señor en su corazón por segunda vez, y por eso se retuercen en el infierno, en medio del fuego y el azufre, como gusanos incansables.

¿Quieres acabar como ellos? ¿Qué tienes en esa cabeza hueca?

Y, tras aclararse la voz, el pope añadía:

—Sigue el ejemplo de los que hacen el bien, pues suyo será el Reino de los Cielos: mira aquí a los santos, ¿ves los círculos de oro que rodean sus cabezas? ¿Ves cómo están vestidos de blanco y cinabrio y azur de Persia, qué barbas rizadas tienen y qué calvas piadosas? ¿Acaso piensas que Juan Crisóstomo, Nicolás de Barí, Gregorio el Teólogo o Germán de Constantinopla se desmadraban como tú cuando eran niños? ¿Crees que rompían cristales y robaban miel y semillas de amapola en la cocina, y que ponían taburetes en el camino de los ciegos para que se tropezaran con ellos? ¿Crees que las santas mártires Tecla, Ciriaca, Bárbara, Agapia o Pelagia vagaban por los bosques, buscando mancebos y adornándose con collares y pendientes en lugar de ayudar a sus madres en las labores de la casa? ¿Es que no sabes que todos los bendecidos por el Señor son sumisos y dóciles y rezan siempre a los Cielos por su madre y por su padre?

El padre se aclaraba de nuevo la voz cada vez más ronca y continuaba, en un intento por resultar atronador como la voz de Jehová que asustó a los judíos en el Monte Sinaí, pero solo conseguía emitir un pitido ridículo:

—Theodoros, criatura de mala ralea, tres veces maldito, te ordeno que te quedes encerrado en la iglesia dos horas enteras, recitando el padrenuestro y rezando con fervor, y tal vez descubras la bondad de Aquel que, con su inmensa piedad, nos perdona a todos. ¡Cuánto nos tolera él, porque los hombres nos hemos maleado mucho este siglo! —Y te daba la espalda para encerrarte en la iglesia, con los diablos y los ángeles.

Sentado en el borde del cofre de plata del arca, mirabas entonces a tu alrededor, abatido por el tedio. Unas líneas de luz, que caían oblicuas desde los ventanucos estrechos de la torre, cortaban el silencio en rodajas. Los diablos del río de sangre que corría por la pared donde estaba dibujado el Hades te hacían reír, despeinados, sonrientes y cornudos como eran, y entre los pecadores que allí hervían te atraían solo las mujeres llamativas, porque las representaban desnudas y con unas tetas grandes y vello entre las piernas, qué pena que se quemaran entre las lenguas de fuego. Por muy piadosos que fueran, a los cristianos que iban los domingos a escuchar la santa misa se les empinaban los asquerosos miembros al mirarlas, pues estaban pintadas en la parte inferior, ante sus ávidas miradas, y a veces el pope pensaba que tal vez no estaría mal llamar a Sisoe, el pintor de iglesias asentado en Ghergani, para que las tapara y no se les vieran las vergüenzas, pero no había nada que hacer, así era el canon. Tampoco el pueblo celestial, que tocaba eternamente las cítaras y las trompas, conseguía subyugarte, porque ¿para qué valía

zangolotear todo el día, en unas nubes pintadas con plata que apenas podían aguantar su peso?

Las paredes con la vida de la Virgen María y los santos padres te estrujaban los hombros como una camisa demasiado estrecha, así que tus miradas volaban hacia arriba, hacia la bóveda en la que estaba pintado el Cristo Pantocrátor con su infinito poder. El hombre de la bóveda era el Hijo de Dios, y eso se observaba en su aspecto de hombre perfecto. Sabía todo, comprendía todo, había vivido todo, sin pecado, y todo lo podía. En Sus ojos de zafiro sereno te perdías durante las dos horas que permanecías encerrado allí. No encontrabas en ellos ninguna duda, ninguna debilidad, tan solo la paz de Aquel que, sin moverse, lo mueve todo, sin decir una palabra, habla a cada corazón y, sin sacar la espada, conquista el mundo.

¡Cuánto amor y cuánta envidia albergaba entonces tu corazón! Te sumergías tan profundamente en Sus ojos, que no parpadeaban jamás, que al final veías desde arriba, con aquellos ojos azules, mientras estabas sentado junto al arca mirando el techo, tus propios ojos celestiales. Eras uno con Él, con el Padre y con el Espíritu Santo. Así se vio acaso también Satanael, al comienzo de los tiempos, y quiso subir a la cima, junto a los Tres, y descubrió que no podía… «¿Pero y si yo…?», comenzó tu insensata cavilación, y tal vez solo porque eras todavía un niño no fuiste fulminado allí mismo, en la iglesia, por la monstruosidad de tu pensamiento. «¿Por qué no? ¿Acaso no puedo ordenar a mi cuerpo, a mis piernas, a mi boca y a mis ojos, como su verdadero dios? ¿Acaso no puedo parpadear cuando quiero?». La voluntad del hombre se detiene en los confines de su piel, pero, dijo Jesús, si tuviera la fe del tamaño de un grano de mostaza, extendería también su dominio sobre lo que queda más allá de la piel, sobre los árboles, las montañas, los ríos, el sol, la luna y las estrellas. Ordenaría a la higuera que se plantara en el mar, y esta sacaría sus raíces, se sumergiría entre las olas y se plantaría. ¿Y qué es la fe sino voluntad, una voluntad infinita? No sabes por qué puedes mover tu dedo, mas no el dedo de otro. Pero el tuyo se mueve según tu voluntad. No sabes hacer que florezca un clavel, pero si lo desearas con suficiente voluntad, su capullo se abriría de repente ante tus ojos. No sabes cómo extiendes la comisura de los labios al sonreír: del mismo modo, tampoco sabrías cómo, al mirar una nube y desearlo de verdad, creyendo que es posible con la fe del tamaño de un grano de mostaza, de la nube empezaría a caer nieve en pleno verano. Con Dios todo es posible, pues el mundo entero es Su propio cuerpo. Y si el hombre que desea creyera, sin atisbo de duda, que ha recibido eso que deseaba, se le concedería de verdad y nada le estaría vedado.

En medio de estas cavilaciones que tu cabecita de niño de siete años no podía llevar hasta su impío final, se oía el crujido de la llave

en la puerta y te abrazabas a la cintura de tu madre, Sofiana, pidiéndole perdón fingidamente. Porque ni hablar de arrepentirte en el fondo de tu corazón. Al comienzo de la semana empezabas de nuevo con tus travesuras, atormentar al oso y toquetear a las muchachas, pero también con la lectura de *Las mil y una noches* y de la *Historia de Troada* en el altillo del establo, caldeado con la respiración de las vacas.

El tártaro Ghiuner, que noche tras noche dormía vestido y con las pistolas al cinto ante la puerta de Tachi Ghica, responsable de cada cabello de su señor y de su señora, se convirtió en tu mejor camarada, tu compañero de secretos y de cuentos. Como no tenía a nadie en este mundo, y como no se parecía a nadie, ni a los rumanos ni a los gitanos ni a los judíos del lugar, pues tenía esos incomparables ojos alargados, oblicuos y sin pestañas, con un borde negro como si estuvieran pintados, pero crueles e implacables como los de los leopardos, y los pómulos altos y brillantes, y el bigote como dos hilillos que se alargaban hasta el pecho, Ghiuner pasaba contigo casi todo el tiempo cuando no estaba de guardia, contándote historias antiguas en un rumano chapurreado y cantándote roncas letanías en su lengua. Te dejaba jugar con las pistolas de culatas adornadas con marfil y cañones con elaboradas filigranas; te dejaba blandir también su enorme alfanje, haciéndolo brillar sangriento al sol de los atardeceres de verano.

Su pueblo, te contaba mientras estabais sentados en los escalones delanteros de la hacienda, había venido de lejos, desde el Levante, en hordas que habían arrasado el mundo. Eran mitad hombres, mitad caballos, y comían carne curada bajo la silla, en el sudor de los caballos, sin los cuales no se sentían enteros y sobre cuyo vientre se les habían torcido tanto las piernas que a duras penas podían, tras descabalgar, caminar por la tierra. Cuando nacían sus hijos, les marcaban las mejillas con el puñal, y cuanto más desfigurados estuvieran, más los amaban las mujeres y los viejos que conducían los rebaños hacia las zonas de pasto y de pillaje. Cuando encontraban alguna ciudadela, le prendían fuego y no dejaban un alma con vida, y luego seguían su camino, pues su pueblo no tenía ciudades y no sabía para qué sirven. Tenían hechiceros que podían volar y que te extirpaban el mal cuando enfermabas sorbiéndote la sangre y sacando luego por la boca una muñeca de trapo sanguinolenta, que era precisamente la enfermedad de la que así, sin más, acababas de sanar. Pero eso fue mucho tiempo atrás, solo los viejos arrugados lo recordaban todavía.

En cuanto a Ghiuner, él había nacido entre los rumanos de Ardeal, en una pequeña ciudad de la frontera llamada Rodna, donde María Teresa había dejado una guarnición para luchar contra los tártaros. No

sabía la emperatriz que precisamente en Rodna se habían asentado muchos tártaros, clanes y familias enteras, nietos y biznietos de los que habían forzado a las lugareñas y habían alumbrado tártaros, o de los que se habían alejado de las hordas y se habían instalado en los valles del Someș para encontrar allí la paz. Los de Ghiuner se consideraban cristianos viejos desde hacía cientos de años, y los rumanos se llevaban bien con ellos porque eran gente íntegra y cumplían su palabra.

Había descendido a Valaquia por culpa de la maldad del conde György Banffy II de Losoncz, el gobernador de Transilvania, a cuya guardia había llegado tras un largo servicio de siete años en el ejército imperial, del que consiguió cumplir solo cinco. Un nublado día de otoño de 1807, cuando los tres batallones del regimiento 14 del Magyar Király Honvédség, con hermosos uniformes azules, llenos de medallas, con quepis negros y botas de charol, estaban alineados en el patio del cuartel de Aiud, el gobernador que pasaba revista se detuvo ante un extraño recluta: un soldado raso tártaro a todas luces, distinto de los húngaros, que desde hacía unos siglos parecían europeos, se vestían y se comportaban a la europea. Le gustó Ghiuner porque inspiraba temor con su porte erguido de soldado y sus ojos gatunos, así que lo eligió para su guardia en la residencia palaciega de Kolozsvár. Fue incorporado inmediatamente a su servicio, y de esa manera el tártaro pudo partir, orgulloso e intrépido, a lomos de un caballo ruano del conde, por las callejuelas empedradas de la hermosa ciudad, entre las grandes mansiones de los nobles y los tenderetes de los comerciantes, ante los ojos de las mujeres que lo examinaban desde los balcones. Pero de entre las que lo llamaban con el dedo cada día, a él le gustaba solo una, Piroska, pelirroja por arriba y pelirroja por abajo como el alambre de cobre, y se entregó al amor con ella o, mejor dicho, cayó en sus brazos sin sospechar siquiera que la bella mujer era la concubina del mismísimo conde y que este le había regalado un pequeño castillo. Allí llevaba Piroska al soldado tártaro para disfrutar de los placeres del lecho. Hubo, por supuesto, una criada que se lo susurró al gobernador como en tantas otras ocasiones, pues la mujer cambiaba de hombres con más frecuencia que de pañuelo. El conde expulsó de su guardia al sinvergüenza de Ghiuner y lo persiguió luego con un odio frío, de tal manera que, cuando este mató a alguien dos años después en una taberna, tan borracho que perdió el sentido, su patrulla estaba allí y se abalanzó sobre él antes de que pudiera sacar la espada por segunda vez. Lo juzgaron y decidieron no matarlo rápido, con una bala o en la horca, sino poco a poco, con toda la crueldad que pudiera él imaginar, en Tordai Sóbánya,[18] de donde se salía tan solo con los pies por delante, con la piel transformada, como la de las doradas, en una costra de sal.

Allí, en Turda, estaban las minas de sal donde los oprimidos de ese mundo conocían el infierno antes de morir. El convoy de prisioneros se adentraba en la tierra a través de una larga serie de galerías, a la luz de las antorchas, que hacían que las paredes brillaran como el cristal, un cristal ceniciento y marcado por los arañazos de unos dragones de las profundidades. Descendían cada vez más, durante horas y horas, hasta que no sabían dónde se encontraban, en medio de un tufo a sal que quemaba los pulmones. Aquí y allá, las galerías se ensanchaban y aparecía un ¡cono de la Virgen María tallado en la pared de sal. O les salía al paso una pilastra con el rostro de san Antón, patrón de la mina. Sin embargo, no había tiempo de contemplar aquellos iconos, pues los guardias tenían las bayonetas colocadas en las escopetas y no dudaban en clavárselas en los hombros y en las costillas a los que estaban ya perdidos para el mundo blanco. Y luego, cuando los desgraciados creían que iban a morir en las interminables galerías, se abría de repente ante sus ojos irritados por el polvo de sal una nave cuya amplitud y enormidad no cabían en sus mentes desesperanzadas.

Fuera de la sagrada bóveda celestial, la inmensa nave de paredes de sal le pareció a Ghiuner, que la veía desde arriba, desde su gigantesco techo, más grande que todo lo que se pudiera ver en el mundo. Un prisionero que había estado en Estambul y había visto Santa Sofía, la iglesia más imponente construida jamás, y había tenido que dejar las babuchas en la entrada, pues el enorme templo de la cristiandad se había transformado mucho tiempo atrás en mezquita, contaba luego que la mina Rudolf, sobre la que se encontraban, era más inabarcable aún. La veían ahora desde arriba, como desde la sala del trono de Satanás, iluminada por hogueras inmensas. En el fondo, como hormigas, se movían los prisioneros, acarreando canastos de sal en sus espaldas dobladas. El convoy descendió luego los trece pisos por una escalera de caracol de madera para llegar hasta lo más profundo de la nave, que solo ahora se mostraba en todo su esplendor y horror incomparables. En el frío y las densas sombras de la gigantesca cueva destacaban en relieve sobre las paredes, bajo el techo que tendría tal vez unos doscientos metros de altura, colosales estatuas de sal, gruesas como pilastras, que se alzaban hasta el techo y que representaban mujeres desnudas, santos y demonios, a la emperatriz María Teresa y al emperador Rodolfo II, a Napoleón y al rey David tocando el arpa, a Adán y Eva debajo del manzano y a la serpiente entre las hojas, a Judit cortándole la cabeza a Holofernes, a Hamlet con la calavera en la mano, y otros aún por rematar que reproducían criaturas sin rostro ni nombre, pero con grandes alas de arcángeles y trompas de elefante. Entre ellas no había un palmo de pared que no estuviera garabateado con las caras más deformes que

surgen en los sueños desagradables, con los acoplamientos más lascivos, con unos rostros desesperados que aullaban como abrasados en remolinos de llamas. Todas las paredes de sal estaban vivas, gritaban, gemían, se retorcían y balbuceaban con unos rostros inmóviles, tallados por los prisioneros en el cristal ceniciento, de tal manera que, si los veías enteros, perdías la cordura en la mina como en lo más profundo del infierno. «¡Nos ha engullido la tierra como a los hijos de Coré! ¡Estamos en las entrañas de la tierra!», se lamentó un pope que había caído de rodillas, provocando las carcajadas de los prisioneros más antiguos de la mina. «Te queda mucho, pope, hasta llegar allí», le soltó uno de ellos, y ciertamente, tras atravesar, encadenados, la sala, el convoy comenzó a descender de nuevo por una escalera estrecha y retorcida hacia la carne de las salinas.

Porque bajo el suelo de la sala Rudolf, a otros trece pisos de profundidad, se encontraba su lugar de trabajo, de escupir sangre y de morir con la piel blanqueada por la sal, que recibía el nombre de sala Terezia. Allí estaba el fondo. Allí veías una nave todavía más grande, en la que habría cabido la basílica de San Pedro de Roma, en cuyo centro había un lago extenso por el cual unas barcas negras como el alquitrán, como la barca de Caronte en la antigüedad, llevaban y traían prisioneros, acarreándolos de un lugar a otro. Cuando las luces penetraban hasta las profundidades, flotando entre las aguas, pues la sal hacía que no se hundieran, se veían en el lago los cadáveres de algunos prisioneros, unos boca arriba, otros boca abajo, con las cabezas arrugadas. De las aguas negras sacaban la cabeza, a la luz de las antorchas que incendiaban las olas, peces que parecían formados tan solo por una boca con miles de agujas largas y afiladas. Arañas transparentes y ciegas, largas como los brazos de una persona, pululaban por las paredes, junto con algunas escolopendras pálidas de mil patas.

Allí extrajo sal el tártaro Ghiuner durante dos interminables años, hasta perder toda la fuerza de sus huesos; allí excavó también él en la pared, junto a los demás, una última cena con Jesús rodeado de los apóstoles, cinco veces más altos que un hombre, representados en el momento en que Él, estremecido en lo más profundo, dijo: «Uno de vosotros me traicionará». De la gran obra, desplegada en la pared oriental, a Ghiuner le correspondió esculpir en sal a san Juan, el más joven y más amado de los apóstoles, situado junto al pecho del Redentor, que el tártaro talló según el rostro de una niña de Rodna a la que había amado en su juventud, cuando también él era un niño. Los visitantes de aquel agujero infernal, condes y mujeres húngaras envueltas en pieles, escoltados por soldados, se asombraban ante la grandiosidad de las esculturas que transformaban la sal en mármol de Pares, y les entregaban a aquellos desgraciados —ninguno de los

cuales confiaba en vivir más de cuatro o cinco años— unos céntimos y vino de Kövérszölö. Un bendito día, una de aquellas mujeres, envuelta en pieles de cibelina, examinó largo rato el rostro tallado por el tártaro, porque aquel rostro angelical, con sus rasgos dulces y transparentes, atravesó su corazón. La mujer, que conservaba aún de sus años de juventud un halo de belleza, preguntó por el prisionero que había esculpido a san Juan Evangelista, y se lo presentaron, con sus harapos y su barba rala de tártaro y unas líneas negras terriblemente hoscas por ojos. Ghiuner descubrió, gracias a la condesa, que un campamento de gitanos de paso por Hajdúszoboszló había secuestrado muchos años atrás a su hija, que tenía a la sazón nueve años, y aquel rostro tallado en sal era su viva imagen. Los dos tramaron un plan en el mayor de los secretos y, una vez hubo untado a quien fue necesario, la condesa sacó a Ghiuner de la mina y él la condujo a Rodna, donde la mujer se reencontró con su hija, casada ahora con un rumano y madre de dos hijos, en una hacienda de gente honrada. Y el tártaro cruzó por los montes a Valaquia para escapar de la furia de György Bánffy y para que se perdiera su rastro; así terminó al cabo de un tiempo al servicio del señor administrador Tachi.

Poco antes de partir a Bucarest, donde Tachi tenía una mansión a la que se mudaba cuando se cansaba de la soledad de Ghergani, en el terrible año de 1827, os disteis un paseo en trineo, tú y Ghiuner, por la lisa extensión de nieve que había cubierto los pueblos y aldeas de Valaquia después de que nevara durante dos meses, noche y día, sin parar una sola hora. Solo las ramas más altas de los árboles y las cruces de las iglesias sobresalían como unas manos negras, descarnadas, de la nevada de catorce metros de altura que había enterrado pueblos, casas y ganado. La nevisca había cesado tres días antes y vosotros parecíais caminar sobre nubes, bajo la bóveda límpida esculpida en el más puro zafiro. El sol brillaba con fuerza en las alturas celestes y extendía vuestras sombras de gnomon ante vosotros, sobre las ondas de nieve rosada. Los caballos echaban vaho por los ollares, aunque caminaban al paso, sin prisa. Os dirigíais a visitar el belén de Sălcuța, famoso en aquellas tierras, que se representaba en Nochebuena y al que asistían gentes de todos los alrededores, pues no era cosa baladí poder admirar a los tres Reyes de Oriente y al rey Herodes con sus cortesanos como si hubieras estado tú mismo en su palacio cuando le comunicaron el nacimiento del Señor. Puesto que el camino era largo, os pusisteis a contar historias, espantados por los lejanos aullidos de los lobos hambrientos. Le habías sacado las pistolas de su cinturón de dos palmos de ancho y fingías disparar a las fieras de los bosques cuando Ghiuner comenzó a relatarte la historia del bajá Arcoș, que te perseguiría durante mucho tiempo.

Ese bajá Arcoș era un anciano tártaro, un famoso general que había vencido en todas las batallas. Y un buen día envió emisarios a todos los territorios del mundo para averiguar si se atrevía alguna potencia o reino a enfrentarse a él. Y los emisarios regresaron solo con buenas nuevas: la voluntad del bajá Arcoș no tenía ningún adversario: todas las autoridades del mundo, famosos reyes y príncipes, habían sido sometidos; les habían cortado los pulgares de manos y pies y ahora recogían la comida debajo de su mesa. Faltaba, sin embargo, el emisario enviado precisamente a los confines de la tierra, a un territorio salvaje, olvidado por todos, llamado Valaquia. Este regresó mucho más tarde y le trajo al general la noticia de que en Valaquia dominaba Helor, un guerrero invicto y valiente, que se había carcajeado con desprecio del mandamiento del bajá para que se sometiera. Al escuchar esa inaudita noticia, la furia del general se desató por completo: ordenó que el emisario fuera desollado vivo en su presencia y luego, tras deleitarse con sus gritos, partió a reunir a sus huestes. Congregó a cuatrocientos mil miles de jinetes y ochocientos mil miles de soldados de infantería, todos pertrechados de armaduras y cascos, y dos mil leopardos y cuatrocientos elefantes y trescientos hechiceros que podían caminar sobre las aguas como sobre la tierra y podían ver a través de la montaña lo que había al otro lado, en el valle contiguo. Viajó con ellos durante cuatro años, recorriendo desiertos jamás hollados y lugares peligrosos, llenos de fieras salvajes, embarcaron en miles de veleros con las velas hinchadas para cruzar los mares, atravesaron el Helesponto en un pontón de barcos y al cabo de otro medio año acamparon ante el majestuoso río Danubio, al norte del cual se encontraban los dominios de Helor. Encontraron el Danubio completamente helado, como un cristal grueso que llenaba todo su cauce. Como el hielo estaba cristalino y limpio, se adivinaban en sus profundidades todos los peces y todos los ahogados y todos los barcos hundidos desde la Creación del mundo hasta ahora, petrificados tal y como los había apresado el hielo.

Hicieron un alto en la orilla para recobrar el aliento tras el largo viaje, y luego el bajá Arcoș envió los primeros regimientos para someter la soberbia inconcebible de aquel que, al atreverse a enfrentarse a él, había cavado su propia tumba. Los soldados cruzaron el río por el vidrio verdoso y se adentraron en la llanura valaca cubierta por la nieve. No habían avanzado más de sesenta kilómetros cuando el viento del norte empezó a soplar, pulverizando la nieve y alborotando los cielos sobre sus cabezas y trayendo consigo un frío y una ventisca como no se habían visto en este mundo. En vano se mostraron valientes las huestes, lanzando flechas contra el corazón de la ventisca, disparando luego sus armas contra los vientos de oriente, haciendo finalmente hogueras en torno a las cuales intentaron entrar

en calor: en unos pocos días, los soldados se congelaron por completo. Dado que no recibía noticias suyas, el bajá Arcoș envió más regimientos, que siguieron los pasos de los primeros. A estos nuevos soldados se les aparecieron en su viaje a través de la nieve unas escenas terribles: sus camaradas congelados por el aterrador soplo del frío, de pie o acurrucados alrededor de las fogatas apagadas, miles y miles de soldados helados e inertes, cientos de leones y decenas de leopardos atrapados por el hielo en sus tiritonas mortales. Un campo entero, un mundo entero de estatuas paralizadas en gestos de terror y desesperanza, como la estatua de sal en que se convirtió la esposa de Lot en la antigüedad. Los atenazó un pánico atroz y se apresuraron a regresar, pero Helor, con sus invisibles huestes, con flechas y con lanzas y cañones, y con sus escopetas de ventiscas y temporales, los atacó de repente, arreciando cruelmente, día y noche, hasta que también estas huestes se convirtieron en hombres de cristal que se hacían añicos al más leve roce. Todo el territorio de Valaquia estaba ahora lleno de ellos, y Helor, el señor del lugar, reía salvajemente en sus cielos, impávido y cruel, mirando desde arriba sus pueblos y aldeas cubiertas de nieve.

El bajá Arcoș se mordía los bigotes de cólera e impotencia, pues tampoco el segundo ejército, más imponente y numeroso que el primero, regresó. Decidió finalmente entrar en el territorio con todas sus tropas, hasta el último hombre y la última fiera. Había dejado para el final los invencibles elefantes, que cruzaron el hielo del Danubio más bien sobre sus barrigas, arrastrados por los soldados, porque sus plantas blandas resbalaban y caían, aplastando a los arqueros que iban en las torres de sus espinazos. Caminaron esta vez unos ciento cuarenta kilómetros hacia el corazón de Valaquia y no sucedió nada, para alivio de Arcoș, aunque podía ver a izquierda y a derecha, por cientos y por miles, las pilastras de hielo que habían sido en otro tiempo sus soldados. Pero luego, cuando en el horizonte se adivinaban las colinas, el cielo desató su furia, y la ventisca más terrible empezó a rasgar los flancos del ejército. Dio a sus legiones la orden de seguir avanzando, de blandir los alfanjes para cortar los nervios y las venas de la tormenta, de hendir el viento con sus espadas y de reducir la nieve con las balas de los mosquetones. Vano resultó, sin embargo, el arrojo de los soldados, que se congelaron en grupos heroicos, blandiendo los estandartes y amenazando al cielo con sus espadas. Entre las nubes de la bóveda celestial, Helor soplaba contra ellos hinchando los carrillos con una fuerza que ningún ejército de la tierra podía resistir. Los elefantes fueron los primeros en morir: se derrumbaron sobre la nieve haciendo temblar la tierra y se congelaron allí mismo, de medio lado, como unos gigantescos promontorios. Los soldados que los rodeaban cavaban zanjas en la nieve y se refugiaban

en ellas para caldearse juntos, y allí los alcanzaba la terrible muerte provocada por los espíritus.

Al cabo de diez días de enfrentamientos con Helor, le quedaban al bajá Arcoș tan solo cien jinetes, los más valientes, que habían decidido la suerte de muchas batallas. Con ellos esperaba el general resistir hasta el final y vencer. Pero Valaquia no era sino una tumba de nieve, y los lobos merodeaban como diablos con colmillos, desgarrando las patas de los caballos Cuando Helor empezó por última vez, con fuerzas multiplicadas, a aullar como un dragón enfurecido, el bajá ordenó que cada jinete rajara su caballo y se refugiara en su cálido vientre, entre los intestinos enroscados. Cien caballos vertieron su sangre roja en la nieve y cien tártaros se desnudaron y se acurrucaron en sus vientres hendidos, como un bebé dentro de su madre. El propio Arcoș hizo lo mismo y guareció su cuerpo viejo y enjuto en el caballo con el que había vencido en incontables batallas. Helor parecía ahora haber perdido fuerza, y ellos, caldeados por primera vez después de meses de frío gélido, se quedaron dormidos con el pulgar en la boca, soñando con el Paraíso, con las huríes y las montañas de arroz que esperaban allí a los justos. El frío los invadió poco a poco, de puntillas, y llegó hasta sus corazones, los últimos en congelarse. Y así, entre sueños y alucinaciones, abandonó este mundo el imprudente bajá Arcoș, ese que había creído que con su locura podía vencer al señor de la salvaje Valaquia, Helor.

La visión de los caballos caídos sobre la extensión nevada, en un charco de sangre salpicado de gotas a su alrededor, helados ya como piedras mientras en sus vientres los soldados desnudos y acurrucados seguían vivos, se te clavó tan profundamente en el alma que la recordaste cuando Joshua te habló de cómo había estado él en el vientre de la ballena, aunque no fuera el profeta Jonás, sino tan solo un grumete en un barco que pescaba cachalotes junto a la costa de Patagonia. El trineo seguía avanzando por la blanca extensión, mientras empezaba a anochecer y una luna transparente como un fantasma se adivinaba en una parte de la bóveda. Tras un rato de silencio, te decidiste a contarle también tú a tu amigo la historia que más te había aterrado hasta entonces, más que las historias de las brujas y de la gente raptada que regresaba siglos más tarde a la tierra. Era la historia de las cabezas cambiadas del libro *Historia del rey Skinderiu*, que te había espantado tanto que ni siquiera llegaste a terminarla jamás.

8

> Glorificando a Dios nuestro Padre, Creador del universo. Glorificando a su Hijo descendido a la tierra, Jesucristo, gracias al que todo existe y sin el que nada existiría. Glorificando al Espíritu Santo, Uno y Trino, el Paráclito que viene del Padre y sigue al Hijo, nosotros adoramos la Trinidad, creemos en ella: en el nombre de un solo Dios, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Así comienza el libro sagrado *Kebra Nagast*, piedra fundacional de la Iglesia ortodoxa etíope tewahedo, testimonio de los trescientos dieciocho padres ortodoxos sobre la grandeza y el esplendor de Dios y de su Creación, donde se transcribe cómo al comienzo, antes de manifestarse, Él construyó la ciudad de Su Grandeza, el Sion celestial, y la pobló luego con sus ángeles. Creó después a Adán, pues Jesús había urdido desde el principio del mundo su plan para la eternidad: «Me haré hombre y estaré en todo lo que he creado, me encarnaré». Y así se hizo: en el Segundo Sion, el terrenal, Cristo se encarnó y se convirtió en el Redentor lleno de gloria y esplendor de los hombres.

Desde la Creación del mundo habían transcurrido 7348 años hasta aquella mañana, ya abrasadora, en la que te apresuraste hacia la sala de los escribas del monasterio junto a Debre Tabor, que te hospedaba con la compasión debida a los extranjeros («puesto que también vosotros fuisteis extranjeros en tierras de Egipto»), para sumergirte, día tras día, en el estudio de los libros sagrados y en las alegrías de la vida monástica. Todos esos años de vida del mundo habían transcurrido única y exclusivamente para que tú fueras redimido y abarcaban seis épocas: desde la creación de Adán hasta el diluvio, 2262 años; desde el diluvio hasta el éxodo de los hijos de Israel, 1632 años; desde el éxodo hasta la construcción del Templo en época de Salomón, 601 años; desde la construcción del Templo hasta la caída de Jerusalén en la esclavitud, 414 años; desde la caída en la esclavitud hasta la llegada de nuestro señor Jesucristo, 589 años; y desde el nacimiento del Salvador hasta el momento en que tú, azotado en el Archipiélago durante siete años por los vientos y las tempestades, entraste en la regla del monasterio como en un puerto de aguas

tranquilas, a la edad de veintidós años que sentías como si fueran cincuenta, pues no tenías un solo hueso que no te doliera, habían trascurrido en el curso del mundo 1840 años de batallas constantes en el alma humana, entre el arcángel san Miguel y Satanás, encarnados en reyes y papas y obispos y caballeros y damas y campesinos y comerciantes y bandidos que eran todos, ahora, solo polvo.

Debre Tabor, adonde te habían llevado durante tres meses tus pies agotados, mientras el rey Otón de la Hélade removía las islas griegas en tu búsqueda y en la de tus gitanos, era una ciudad sagrada, construida en la cima de las montañas, en un paisaje abrupto y salvaje. Cuando Ras Gugsa de Yejju buscó un lugar para una ciudad que no pudiera ser sometida por las fuerzas de la asquerosa doctrina de Qibat, que de manera diabólica y embustera afirmaba que la Divinidad había entrado en Jesús hombre solo después del bautismo del Espíritu Santo, algo que condujo a interminables guerras en Etiopía, apareció en los cielos un gran portento. Era una nube de brillo plateado que se movía por la bóveda desde el mediodía hasta la medianoche y que liberó sobre un lugar montañoso y boscoso una lluvia de sangre mezclada con trozos de carne. Ese milagro, descubrió Ras Gugsa gracias a sus sabios, se parecía a la famosa Mesa del Sol de la antigüedad, junto a la ciudad de Meroë, también en la bendita Etiopía. Allí, en un calvero cercano a la ciudad, la propia tierra exhibía cada mañana incontables delicias, carnes asadas y tortas de queso de cabra y toda clase de hierbas que todo el mundo estaba invitado a disfrutar. Pero aquí, en las montañas, la carne recogida no era de oveja, ni de vaca, ni de cerdo, ni de elefante o hipopótamo, ni de ningún animal conocido, y los esclavos alimentados con ella murieron en medio de grandes sufrimientos. Precisamente en aquel lugar sagrado se elevó la ciudad, y a su lado se excavó en la roca el monasterio, donde, en un cálice de pórfido, se conservaba un riñón azul caído del cielo junto con la lluvia de sangre. El santo Riñón fue durante dos siglos una de las más veneradas reliquias del país, pero desapareció también en el fuego de la batalla que destruiría el monasterio dos años después de tu llegada.

El lugar de oración no seguía el canon de los monasterios etíopes, excavados en el suelo, sino que se alzaba como los bizantinos, erigidos y enlucidos y con el revoque magistralmente pintado. Los monjes tenían la piel negra como el ébano y llevaban túnicas de tela amarilla, azul o verde langosta, y bonetes del mismo color. Eran barbudos, con dentaduras melladas y rostros marchitos, y parecían más viejos que el mundo. Muchos habían superado el siglo y yacían en sus nichos olvidados por Dios. Leían unos misales gigantes, de hojas rugosas y ajadas, ennegrecidas por la huella de los dedos mojados en saliva con los que pasaban las páginas. Te costaba distinguirlos de los santos

idénticos a ellos pintados en las paredes contra las que se recostaban. Al principio los consideraste infinitamente sabios. Tilahun Woldemichael, el abad, que te admitió en el monasterio sin preguntar nada sobre tu vida, solo por deber cristiano, te miró a los ojos con sus ojos negros y ojerosos y te dijo en su lengua, que por aquel entonces, a pesar de tu tesón, apenas comprendías:

—El profeta Isaías dijo, profetizando: «¿No os acordáis de lo pasado ni caéis en la cuenta de lo antiguo? Pues bien: voy a hacer algo nuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis? Sí, abriré en el desierto un camino, alumbraré ríos en el páramo; me honrarán los animales campestres, los chacales y las crías de avestruz; pues llenaré de agua el desierto, alumbraré ríos en el yermo, para abrevar a mi pueblo, mi elegido, ese pueblo que yo me he formado. Él proclamará mis alabanzas».

Te llevó un tiempo captar la belleza florida del amárico y leer el libro sagrado *Kebra Nagast*, y entonces comprendiste que los piadosos monjes del monasterio no tenían libertad para pronunciar ni una palabra propia. Hablaban tan solo con palabras del libro sagrado, en el que, puesto que se lo sabían de memoria, encontraban frases para cualquier ocasión. Todo, todo lo que decían, incluso cuando se preparaban la comida de cada día y cuando charlaban juntos y cuando iban al mercado a comprar huevos o tortas de higos, era tomado palabra por palabra del *Kebra Nagast*, pues toda la sabiduría se encontraba allí, y lo que no estaba allí no era sabiduría. Todo esto presuponía un perfecto conocimiento del Libro y una gran destreza para encontrar de inmediato en él las palabras adecuadas, ya fuera para alabar, ya fuera para maldecir, ya fuera para recordar tan solo algo de tu juventud. Durante un tiempo te esforzaste también tú por hablar con las palabras pronunciadas ya por otros; luego renunciaste, porque no solo para hacerte monje habías llegado a las tierras del mediodía del mundo. Las siete letras de la palabra SAVAOTH, descubiertas por ti en Valaquia y buscadas en el Archipiélago, te habían guiado hasta aquí para que cumplieras tu triple objetivo en esta vida, en esta tierra. Poco después, hablabas tan solo con otros discípulos jóvenes o con unos locos como tú, llegados de todas partes para encontrar en la bendita Etiopía la riqueza más grande que el hombre puede esperar: un corazón sereno.

Cuando llegaste a la sala de los escribas que copiaban continuamente manuscritos con su tinta de corteza de fresno y de agalla, y cinabrio para las letras mayúsculas trazadas en un rojo alegre y brillante, te sentaste, como de costumbre, en tu rincón junto a la ventana, abierta hacia el paisaje de las colinas de sicómoros cargados de frutos rojos, y abriste sobre las rodillas el antiguo libro *Kebra Nagast* en la página en que lo habías dejado el día anterior. Habías

leído ya sobre la gloria de los reyes, sobre el primer rey, que fue Dios, y el segundo, que fue Adán, sobre Enoc, que fue llevado al cielo para que no viera la muerte, así que «llegó a ser rey en el País de los Vivos», sobre Noé, que vivió cuando los hombres vivían en la maldad de su pecado, porque «el hombre practicaba la profanación con el hombre, y la mujer hacía con la mujer cosas feas», sobre Sion, el Arca de la Alianza de Dios y la sombra de los que vendrán. El Arca que ellos llamaban Sion se parecía, según el testimonio unánime de los trescientos dieciocho obispos ortodoxos, a la Madre del Salvador, porque, tal y como en el Sion celestial se esconden los diez mandamientos de la Ley, escritos por la mano de Dios, así también en el vientre de María Inmaculada estuvo Él mismo, el Creador, a través del cual todo cobró vida. Y seguiste leyendo cómo Dios hizo un pacto con Abraham, Isaac y Jacob en reconocimiento a su fe, y cómo después le ordenó a Moisés: «Construirás un arca de madera que no pueda ser comida por los gusanos y la revestirás de oro puro. En su interior pondrás la Palabra de la Ley, que es la Alianza que he escrito con Mis mismos dedos: harás que puedas custodiar Mi Ley, y las dos tablas de la Alianza».

El Arca sagrada era maravillosa, pues había sido concebida por la mente divina. Te demoraste largo rato en la página del *Libro del esplendor de los reyes* en la que, con las palabras más entusiastas que habías oído jamás, estaba descrita el Arca, el objeto sagrado con el que habías soñado toda tu infancia, desde que adivinaste por primera vez su pálida sombra de la sombra de una sombra en la iglesia de Ghergani, en forma de una pequeña iglesia de plata idéntica a la grande y en la que no se encontraban las tablas de la Ley, sino la mandíbula enmohecida de un mártir búlgaro o griego del que nadie había oído hablar. Habías soñado con el Arca a lo largo de los siete años de tu apogeo como pirata, cuando vagabas por las aguas de zafiro y esmeralda de las islas helenas, escribiendo cartas a tu madre, Sofiana, sobre las maravillas de aquellos lugares, sobre la flota cantora y sobre los habitantes de la bala dirigida a tu pecho en el golfo de Potamos, y sobre el-que-ha-escrito-todos-los-bros,bros, y sobre las velas de los veleros maravillosamente pintadas por Sisoe, y sobre tu ascenso en los rangos nobles y militares, y muchas otras invenciones piadosas, mintiéndole para que se alegrara, pues no podías hablarle de tus asesinatos y tus pillajes de cada día.

Y aquí, en el monasterio junto a Debre Tabor, cuyo patrón es el bendito san Gregorio, pintado en la pronaos, encontraste, en el preciosísimo libro sagrado de la Iglesia etíope tewahedo, una representación tan maravillosa del contenido del Arca que Enthousiasmes, el dios de la felicidad, ensanchó tu corazón, que no te cabía ya en la piel de tanto anhelar y languidecer por aquel objeto que

te podía elevar sobre los reyes y los Erotocritos del mundo, y cuya santidad hacía que palidecieran la gloria y el amor. Regresabas cada día, por mucho que hubieras avanzado en las enseñanzas y las historias del *Kebra Nagast*, a aquella página inspirada sin duda alguna por el Espíritu:

> … una obra maravillosa, que parecía hecha de jaspe y piedras brillantes, de topacio y piedra color jacinto, de cristal y de pura luz. Capturaba los ojos con su fuerza y deslumbraba la mente con su resplandor. El Arca fue hecha por designio de Dios más que por las manos de un hombre: Él mismo la creó como morada para Su gloria. Era espiritual y llena de compasión, algo celestial y rebosante de luz. Un símbolo de libertad y una morada de la Divinidad, que reside en los cielos, pero se manifiesta sobre la tierra. El Arca podía permanecer tanto entre los hombres como con los ángeles: ser una ciudad de salvación para los hombres y una casa para el Espíritu Santo. En su interior se encuentran un recipiente Gomor de oro, que contiene una medida del maná que cayó de los cielos, y la vara de Aarón, que brotó después de haberse marchitado aunque nadie la hubiese regado.

Te costaba dejar atrás esta página deslumbrante, pero merecía la pena, pues descubrías, al avanzar en la historia del Arca y en la de la divinidad de los príncipes terrenales basada en ella, que, según testimoniaba Demateyos, arzobispo de Roma —lo cual quería decir Bizancio, porque la Roma espiritual no era la ciudad de los romanos de Italia, sino Constantinopla—, el gobierno del mundo estaba dividido en dos, entre el rey de Roma y el de Etiopía. Así, desde Jerusalén hacia el norte y el levante, el mundo era del rey de Roma, y desde Jerusalén hacia el mediodía y las Indias Occidentales, era del rey de Etiopía. Ambos procedían de la misma estirpe, la de Sem, hijo de Noé, del que habían descendido Abraham, David y Salomón. Ambos eran hijos de Salomón, pero el rey de Etiopía era el primogénito y su hijo de mayor edad. Por ese motivo, el territorio africano de Etiopía resultaba ser el imperio más grande y más antiguo del mundo, nacido directamente de la cadera del que, tentado por Dios, no había pedido una larga vida ni riquezas, sino sabiduría.

Aquella mañana en que la sala de los escribas estaba bañada por una luz fresca y viva, tras releer la página sobre el Arca, te apresuraste a volver a la incomparable historia de amor entre Salomón y Makeda, la reina de Saba, donde te habías quedado días atrás. El relato se encontraba en el centro del *Libro del esplendor de los reyes* como un testimonio del vínculo del rey sabio con la dinastía etíope, pero, además de eso, era una perla maravillosa que la Biblia apenas

recordaba entre sus tesoros. Pues en ninguna parte del Libro de los Libros de los hijos de Israel se hablaba de esos amores ni se mencionaba el nombre de la reina. Allí, la reina de Saba venía de lejos para ver con sus propios ojos lo que habían escuchado sus oídos, es decir, que en Israel reinaba el más sabio de los hombres, capaz de responder a las preguntas más difíciles y enrevesadas, y, además, un rey más rico que todos los demás y más sagaz y más noble. El rey respondió a todas las preguntas y le mostró todos los rincones de su reino, y la reina quedó satisfecha y alabó todo lo que vio, asombrada por la grandeza de Israel y de su señor. Regresó luego a sus dominios cargada de regalos del rey y no volvió a oírse hablar de ella. La historia de lo que en verdad ocurrió entre Salomón y la reina, llamada Makeda, solo se recogía en el sagrado *Kebra Nagast*, y era una historia verdadera.

Mientras leías embelesado, tan absorto en las letras cirílicas como en tu infancia cuando te perdías en los relatos de los libros de tu padre, imaginándote cómo le cortaba *Alixandru* el cuello al rey Por, te viste de repente oscurecido por alguien que se había plantado ante la ventana de los lejanos sicómoros. Elevaste, a la fuerza, la mirada de las hojas del pergamino y viste por primera vez a Kassa Haile Giorgis de Dembia, pero esa visión no te dijo nada. Al igual que tú, parecía un seglar que buscara olvido o perdón, o acaso tan solo silencio, entre los pilares de malaquita del monasterio. Por su raza pertenecía sin duda a aquel país, se veía en sus rasgos, en su piel oscura, aunque no tan negra como la de la gente corriente, sino más bien morena. En cuanto a su rango, parecía, por su indumentaria, un pequeño guerrero noble de los que, por millares, morían de hambre y de orgullo envenenado en las montañas y los valles de los territorios del norte. Su nariz levemente aguileña, poco habitual entre los etíopes, recordaba a la tuya, y sus ojos, negros y hundidos en las cuencas, carecían de brillo, y gracias a ellos reconocerías más adelante, cuando llegaste a ser su rey, a los de la provincia de Beghemider junto al país pagano de Sudán. Llevaba la melena recogida en miles de trencitas, brillantes por la manteca de cerdo con que las untaba.

—Bendito sea el fruto de tu tierra. Amén —dijo el etíope, en voz baja para no perturbar el trabajo de los escribas, mirando por la ventana—. Benditas sean las aguas de tus manantiales. Amén. Bendito sea el fruto de lo que has sembrado. Amén. Benditos sean los rebaños de vacas y de ovejas. Amén. Benditos sean vuestros cobertizos y establos. Amén. Bendito sea tu reino. Amén.

Luego guardó silencio, a la espera tal vez de tu respuesta, pero tenía el aspecto de alguien que esperara señales de lluvia en el cielo. Te devanaste los sesos para hallar una respuesta pronta, pues sabías que esta debía contener tan solo palabras del *Kebra Nagast* y a la vez

darle la bienvenida al joven. En ese momento, con las prisas, solo se te ocurrieron unas palabras que el Señor le dijo a Abraham:

—No temas, porque yo estoy contigo. Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham, mi siervo.

Guardaste silencio también tú, lleno de satisfacción por la forma ingeniosa como habías respondido, pero, para tu asombro y enfado, el extranjero se echó a reír. Primero con disimulo, luego más fuerte, hasta que sus carcajadas incontenibles pusieron en pie a todos los escribas. Se sujetaba la barriga, doblado por la risa, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Irritado, te llevaste la mano al cinturón, donde siempre tenías el puñal, olvidando dónde te encontrabas y que en un santo monasterio no se podía entrar con un hierro asesino, pero el etíope te sujetó la mano, riendo todavía y haciéndote reverencias y pidiendo perdón, y te llevó afuera, al peristilo. Allí, entre lágrimas de risa, te mostró que habías pronunciado mal las palabras de Dios a Abraham, por tu desconocimiento de la lengua ge'ez, y había salido algo cómico y vergonzoso, así que el joven, para su bochorno, no había podido reprimirse. Por lo demás, no se le había pasado por la cabeza reírse de él, al contrario, al ver que tenían una edad parecida entre monjes ancianos, había pensado en hacerse su amigo.

Era asombroso ver a dos hombres altos y corpulentos, sin duda alguna guerreros, paseándose por el jardín del centro del monasterio, decorado con gran variedad de flores perfumadas. Tú llevabas una túnica de lana azul; Kassa, una roja carmesí ceñida al cuerpo, y tenía los pies descalzos. En primer lugar os burlasteis de la estúpida costumbre de los monjes de san Gregorio de hablar tan solo con las palabras del Libro sagrado, luego os animasteis a tomar un almuerzo regado con *tella*, para poder charlar a gusto y conocer cada uno la suerte del otro, puesto que el deshilado de la vida en el telar de los días y las noches os había reunido en el mismo lugar para el reposo de las almas. Durante dos años a partir de entonces haríais frecuentes visitas a la taberna cercana, la Nazianz, donde por un *birr* o un cuarto de *amole tchew* te servían un buen *blid* de *shiro be kibbe* con algo de *injera* y una taza de barro llena de *tella* aromatizada con *gesho*. Comer bajo el sol de Etiopía no era cosa fácil para ti, acostumbrado en casa al cuchillo y el tenedor, pues aquí todos comían con los dedos, untando la *injera* blanda en el guiso de verduras y metiéndola en la boca, poniendo buen cuidado en que no se les escurriera la salsa por la barbilla. No encontrabas aquí las salsas ni la carne en gelatina valacas, ni el *souvlaki* del Archipiélago, pero, si a tu corazón le apetecía carne, podías elegir entre muchos bocados deliciosos: *tibs* de oveja con ajo y romero, bolitas de *kijto* aderezadas con mucho *berbere* y *mitma*, que, para que supieran mejor, había que tomar no con *injera*, sino con *kocho* o, por las mañanas, podías mezclar la *injera* con un guiso de

oveja y resultaba un *fir-fir* de rechupete. Y había que suavizar esta comida, tan picante que echabas fuego por la nariz, con *tella* fría o con un vino de miel que los etíopes llamaban *tej*, y con el que os emborrachabais a menudo sin que al día siguiente os doliera la cabeza. Incontables tazas de *tej* y de *tella* vaciasteis antes de conocer muchas cosas sobre vuestras vidas. Y por las tardes, que tenían un encanto indescriptible bajo los resplandecientes cielos africanos y se tornaban poco a poco rojas como la sangre, salíais los dos al fresco, mareados por el alcohol, sentíais el viento que doblaba los *caboch* y, acurrucados junto al muro del monasterio, fieles a la costumbre del país, fumabais en pipa y seguíais contando historias. Nunca habías soñado tú, un advenedizo que se escondía de la persecución, con descubrir tan fácilmente los asuntos del país en el que te encontrabas para alcanzar el tercer deseo de tu vida, pues Kassa Hailu, como llamaban todos a tu nuevo compañero, era parlanchín a su manera, y cuando el *tej* se le subía a la cabeza hablaba solo él, sin escucharte a ti y sin importarle que tú estuvieras pendiente de sus palabras o no.

Era un guerrero con alma de monje y corazón de parrandista. Se había pasado la vida leyendo las homilías de san Juan Crisóstomo antes que peleando en los campos de batalla, y más tiempo en los lugares con mujeres y *tej* que en escuelas y monasterios. ¿Y cómo podría haber sido de otra manera, si su madre vendía kosso? ¿Qué príncipe habría podido ser si durante toda su infancia lo llamaron Lombriz y luego, cuando empuñó la espada, Vencedor de las Lombrices? Habría podido llevar a cabo hazañas milagrosas, pero habría seguido siendo el hijo de la vendedora de *kosso*. Lo tenía escrito en la frente, vivía con esa maldición «como un gusano en el apio», como decían en tu Valaquia, un dicho que le iba como anillo al dedo. Había venido al mundo en una aldea con casas de adobe, cubiertas con ramas de sicomoro, llamada Dawa, cerca de Gondar, donde olía siempre a sudor y a pies sucios. Sus primeros recuerdos eran las cortinas de colores que cubrían cada entrada. Infinitos enjambres de moscas con caparazones verdes y azules se posaban allá donde se adivinaba una gota de humedad, sobre todo en el bocado que unos dedos grasientos llevaban hasta la boca, y en verano, cuando la canícula parecía llegar al centro de fuego del sol, unos enjambres polvorientos de langostas oscurecían el horizonte y descendían como un velo tembloroso sobre los campos en los que apenas se divisaban unas briznas de hierba. Lo que no devoraba la langosta *arbeh* lo engullía la langosta *ielec*, y lo que quedaba lo remataba la langosta *hasil*. El cielo no enviaba las lluvias a tiempo y la tierra no daba fruto, porque los hombres se habían olvidado de Dios y estaban enfrascados en sus pasiones asesinas. Concluían, en mares de lágrimas y sangre, los terribles tiempos llamados Zemene Mesafint, la Era de los Príncipes,

en los que Etiopía fue un cuerpo sin cabeza, en los que los brazos luchaban entre sí, las rodillas golpeaban el esternón y los pulmones peleaban con los intestinos y con el hígado, de tal manera que el cuerpo entero estaba atacado por una enfermedad peor que la muerte. Su padre había sido un noble menor que había repudiado a su esposa encinta y luego tuvo a bien morir, así que Kassa Hailu no lo recordaba.

Pero sí recordaba a su abuelo por parte de madre, un guerrero poderoso de nombre Dejazmach Wolde Giorgis; nunca supo en qué estancia esconderse cuando oía los rugidos de leopardo acribillado con que anunciaba su llegada a la casa de su hija, pues Wolde solo sabía hablar rugiendo. El viejo no se despojaba jamás de la coraza de cuero de su pecho, como si hubiera nacido con ella, al igual que con los seis aros de hierro que atravesaban su oreja izquierda. Por mucho que se escondiera, su abuelo acababa por encontrarlo, y el pequeño Hailu se veía de repente apresado por la cintura y volteado por los aires, entre unas carcajadas salvajes, prendido de nuevo por los pies y sacudido otra vez, obligado a retorcerse como un molinillo, atenazado por un miedo mortal, hasta que la bestia se cansaba de atormentarlo y lo lanzaba a la esterilla como si fuera un saco de mijo. Sentados luego a la mesa, el viejo le soltaba de vez en cuando tal manotazo en la espalda con su palma negra y fuerte que le hundía la nariz en el cuenco de *kitfo*; seguían luego unas tiernas palabras gruñidas a su madre. Hailu engullía a trompicones y se levantaba de la mesa en cuanto podía, se escondía en la cama y se encomendaba al amparo de los santos guerreros pintados en los iconos de las paredes, desde donde no le quitaba ojo a la bestia. Esperaba aterrado la marcha del abuelo, pues sabía muy bien que esta no tendría lugar sin otra tanda de lanzamientos por los aires y de remolinos enloquecidos antes de ser arrojado en volandas sobre la esterilla.

También en las historias que bramaba sentado a la mesa hacía honor Dejazmach a su terrible aspecto, pues solo hablaba sobre sus enemigos, otros príncipes guerreros como él, y cuando lo hacía no sabía a qué demonios encomendarlos, porque Azazel, Behemot, Rimón, Lilith, Belcebú, Abadón, Belfegor, Asmodeo o el propio Satanás le parecían demasiado poco para su cólera desatada, así que se inventaba él mismo unos diablos más terribles aún, como el Devorador de Ojos o el Desgarrador de Lenguas o el Estrujador de Huevos o las Tenazas de los Querubines o el Destino de las Mártires o el que más asustaba a Hailu, el Sorbedor del Cerebro del Cráneo de Hueso. Acalorado después de haber lanzado las más venenosas blasfemias contra sus enemigos, el abuelo llegaba al meollo de su locura, y una vez allí nada podía detenerlo. Afirmaba que descendía de una estirpe de reyes y, a modo de prueba, empezaba a gruñir una

letanía infinita de nombres, antepasados de su familia, un árbol con cientos y miles de ramas y ramitas, a cuál más dudosa, que llegarían, a través de una sucesión de hijas, hasta el rey Fasiledes de la antigüedad, destronado por un perro que reinó después de él durante diez años. Cuando el abuelo se marchaba como una tempestad de rayos y centellas, dejándolo tirado en la esterilla una vez más, su madre le decía, como siempre, que nada de lo que había contado su padre era verdad y que su familia no tenía derecho a ser nada más que lo que eran en aquellos momentos: una vendedora de *kosso* y su hijo. Pero que también eso era una bendición, puesto que vivían en Cristo, sacrificado en la cruz para la salvación de todos.

Nunca supiste cómo se llamaba la madre de tu camarada, pues él no se refería a ella por su nombre, sino que decía tan solo «madre», pero no fue por eso por lo que no la buscaste más adelante para recompensarla de alguna manera, tal y como, en las noches insoportablemente tórridas del interior de la fortaleza de Magdala, le susurrabas a tu conciencia envuelta en el estiércol de los pecados. La habrías encontrado, de haberlo deseado, incluso en el lugar más recóndito. Pero ¿qué ibas a decirle y cómo ibas a mirarla a sus ojos de Virgen etíope, marcados por el sufrimiento? ¿Vivirá todavía? ¿Se presentará algún día en la sala de tu trono, erguida como una diosa de la venganza, sombreada por las columnas de malaquita y pórfido para reclamarte el fruto de su vientre? ¿Extenderá alguna vez, ante los ojos de tus negros boyardos, envueltos en oro y en telas abigarradas, su largo brazo, señalándote y gritando con su voz de pájaro: «¡Este no es mi hijo! ¡Expulsad del trono a este evidente embustero y asesino!»? Y en tu agonía de cada noche, en un lecho que rezumaba sudor, te veías apresado por tu propia guardia, arrojado en las profundidades de la mazmorra, a cuatrocientos metros bajo tierra, y luego… Espeluznantes, espeluznantes tormentos, suplicios que la mente humana, pese a haberlos concebido, no podía soportar sin hacerse pedazos, todos ellos diferentes cada noche, y después de semanas de uñas arrancadas y desollamientos y de plomo fundido vertido en el ombligo, el piadoso puñal que te rebanaba el cuello. De tanto insomnio, apariciones terribles y desasosiego, a duras penas conseguías conciliar una hora de sueño al alba, cuando te despertabas abotargado en un nuevo día de miedo y odio, maldiciendo los fantasmas que se disipaban en la bruma de los amaneceres.

La madre de Hailu, debes saber ahora gracias a nosotros, que conocemos incluso la leche que mamaste de tu madre, y cada hebra de hierba de la corteza terrestre, y el nombre secreto de cada estrella del cielo, se llamaba Woizero Attitegeb Wondbewossen, y cada tarde, cuando regresaba de recolectar setas negras y escarabajos *wareza*, susurraba su nombre despacio, con pausas entre las palabras, para

sentir que estaba todavía en este mundo, que la vergüenza no la había consumido, como la cal viva, hasta llegar a sus huesos finos. «Woizero», se decía, y se veía de niña jugando con otras de su edad, bailando con una cortina amarilleada por el sol que llamaba «velo de las reinas» y saliendo a la calle en medio de las escasas lluvias para atrapar, riendo, las gotas con la boca abierta. «Attitegeb», y se veía vendida a los once años, con el rostro pintado de colores, con los pezones y la entrepierna untados con una mezcla de miel y nuez que su esposo, un guerrero desconocido, lamió la noche de bodas. Y «Wondbewossen»: una barriga grande y redonda, con el ombligo prominente, y luego el parto sangriento y luego Hailu.

Cuando el guerrero la abandonó por una mujer de Gondar, vendió incluso el tejado que cubría sus cabezas, las vacas del establo y el libro sagrado abierto siempre sobre la mesa. A Attitegeb solo le quedaban dos caminos, si es que el tercero, arrojarse de cabeza a un pozo, le parecía demasiado amargo. Podía vender su cuerpo y ese era el camino correcto a ojos de los del pueblo, que daban limosna a las putas como si fueran mendigas, con comprensión y cariño, pues el propio Cristo había perdonado a la que pillaron en flagrante adulterio, condenada a morir lapidada, y se había apiadado de la mujer que lo acompañaba y le lavaba los pies con sus lágrimas de arrepentimiento y se los secaba con sus negros cabellos, largos y perfumados. Esta no era otra que María Magdalena, una pecadora arrepentida de Magdala, una ciudad a orillas del mar de Galilea cuyo nombre habían dado los etíopes a su ciudad invencible. Y si Jesús había admitido a su alrededor a putas, recaudadores y pecadores, si había comido y bebido con ellos, pues son los enfermos los que necesitan un médico, y no los sanos, con más motivo tenían que tolerarlos a todos ellos los habitantes de Dawa. Pero la testaruda hija de Woizero Tishal, la abuela de Hailu, conocida en el pueblo por sus aires de nobleza, no eligió el camino fácil, porque el cuerpo era el templo de Dios y no debía ser profanado, sino el camino de la vergüenza y la deshonra: la venta del remedio para las lombrices que envenenaría su vida y la de su hijo, ya que las lombrices, las solitarias y otros parásitos de los intestinos salían por el agujero del trasero, que para los etíopes era el mismísimo rostro del infierno. Nadie se limpiaba el trasero con otra mano que la izquierda, la torpe y diabólica, y comían solo con la derecha, la misma con la que se santiguaban. Los vendedores de *kosso* estaban muy solicitados en el mercado, pero no se les dirigía la palabra y nadie los recibía en su casa. Cuando pasaba alguno con su recipiente sobre los hombros, apestando a pis de cabra, todos volvían la cabeza y escupían asqueados. Ese destino, el de detritus del mundo, fue el que eligió la madre de Kassa, y la peste a cabra y a escarabajos triturados y a setas negras te perseguiría también a ti, junto con los

murmullos de todo el mundo, allá donde fueras, hasta el final de tus días: *kosso, kosso, kosso*, lombrices, lombrices, lombrices… Puesto que se había cansado de vivir sola y su cuerpo todavía joven deseaba a un hombre entre las sábanas, Woizero enredó la seda de su vida en las zarzas de un griego manco, asentado en las rojas tierras africanas, llamado Sindili, que a los pocos años falleció ensartado por los cuernos de una vaca brava. Cuando lo enterraron, fue como si no hubiera existido; ni siquiera Woizero lloró su pérdida. Pero Hailu, encariñado con su padrastro, aprendió a chapurrear griego bastante bien, aunque esto no le resultara de gran ayuda más adelante.

Hailu tendría que haber sido guerrero, al igual que su desconocido padre, con el nombre de Haile Giorgis Wolde Giorgis; sin embargo, Lombriz, con las mejillas ruborizadas por la vergüenza de su familia, no tuvo el valor de presentarse en el campo donde peleaban los jóvenes con espadas de madera, ni en los establos donde enseñaban a domar los caballos. Su espíritu no lo arrastraba, de hecho, hacia los actos heroicos. Su madre lo había educado en el temor a Dios, a la sombra de la Iglesia tewahedo, la de la fe verdadera que solo se encontraba allí, en la tierra africana de Etiopía, entre los coptos de Egipto y en Armenia, mientras que los otros supuestos cristianos, dado que aceptaban los heréticos y pecaminosos concilios posteriores al de Calcedonia, es decir, los papistas, los calvinistas e incluso el arzobispo de Constantinopla, vivían en la herejía, cegados por el diablo. San Cirilo de Alejandría se alzó como una montaña contra la falsaria separación entre la naturaleza divina y la humana de Jesucristo, predicada por aquellos herejes, y demostró que, por el contrario, las dos naturalezas de Dios estaban mezcladas, fundidas en una sola, de modo que resultaba imposible diferenciarlas, y eso creyó también la Iglesia tewahedo, que mantenía viva esa fe desde hacía casi un milenio y medio. Cristo existía desde el comienzo de los tiempos, junto con Dios Padre, que lo creó mediante un secreto impenetrable y cuya gloria y poder compartía. De ambos descendió, completando la Santísima Trinidad, el Espíritu.

Puesto que vivía sobre todo en monasterios, el hijo de Attitegeb llegó a defender con firmeza esa fe verdadera enfrentándose a los muchos que venían del desierto o de allende los mares para perturbar los corazones de la gente y desviar su camino en la vida. A veces, cuando almorzabais juntos en la taberna Nazianz, tu compañero te susurraba sobre unas transgresiones de la fe verdadera que te espantaban, aunque habías visto ya muchas cosas en este mundo. Descubriste así que un viejo sin ningún diente en la boca, alojado también en el monasterio junto a Debre Tabor, con un saco de rollos antiguos como única posesión, se había esforzado durante semanas por convencer a Hailu, aturullándolo con lecturas de sus libros, de que

Jehová el de los libros sagrados de los hebreos no era el Dios grande y verdadero, el enigmático Yaldabaoth, sino un espíritu maligno, creador de nuestro maldito mundo. Jesús era una fuerza descendida de Sophia, hija del llamado Yaldabaoth, para liberar la simiente de divinidad del barro humano y devolvérsela de nuevo al magnánimo y desconocido Dios. Una mujer que vendía su cuerpo, llegada desde Sudán, a la que Hailu compró de vez en cuando pecado y desenfreno, guardó en la boca su simiente y la escupió sobre un icono de plata, pues la simiente masculina era el alma del hombre, y era el deber de la mujer salvarla con toda la capacidad de la carne y devolvérsela al Creador de todas las cosas. Un vendedor de embocaduras le reveló que Dios y Satanás eran hermanos gemelos, surgidos a la vez del vientre de la Nada, y que por eso el mundo era tan variopinto y estaba dividido entre el bien y el mal, pues ambos habían esculpido sus maravillas. Por ese motivo, Satanael era tan digno de veneración como Dios. Ante tales insensateces, Haile se santiguaba deprisa, una cruz enrevesada que no podías seguir con los ojos, pero a veces te parecía que, tras el nombre del Padre en la frente y el del Hijo en el vientre, el del Espíritu se posaba en el hombro izquierdo, no en el derecho, como en el resto de la ortodoxia…

Y venían otros, los más ruines, a los que la gente expulsaba con palos y piedras, pues osaban atacar incluso el aspecto del Redentor, inventando sobre Él cosas que hacían que se te helara la sangre en las venas. Había algunos que, después de arrastrarte hasta un rincón escondido, te susurraban al oído que el Señor Jesús no había tenido un cuerpo auténtico, sino tan solo la ilusión de un cuerpo. Nunca, mentían ellos, habría soportado un Dios verdadero vestir la ropa sucia de un cuerpo humano, alojarse entre intestinos, sebo, riñones y pulmones, comer y tener necesidades naturales, en medio de un mundo de polvo y vanidad. La verdad secreta era, según sus palabras, que el Redentor no había tocado este mundo ni un solo instante, ni siquiera cuando se encontraba en el vientre de Su Madre, pues pasó por ella «como el agua por un tubo». Al no tener un cuerpo de carne, el Señor no pudo sufrir de verdad en la cruz y tampoco pudo elevarse de entre los muertos, como decían las Escrituras. De hecho, fue a Simón el Cirineo a quien crucificaron, aquel que le había acarreado la cruz, al que unos ojos humanos tomaron erróneamente por el Cristo verdadero, mientras que este, invisible y de pie junto a la cruz, se reía de su estupidez y su ceguera, como decía el Evangelio según san Pedro, un texto falso que aquellos hombres insensatos llevaban siempre encima.

E incluso había quienes propagaban que Cristo fue tan solo un hombre, un carpintero de Nazaret al igual que su padre, que vivió como todos los hombres hasta la edad de treinta años y que solo en el

bautizo en las aguas del Jordán recibió el Espíritu, y así se convirtió en el hijo adoptivo de Dios, y no en Su hijo verdadero. Y en la cruz murió tan solo el hombre, abandonado por Dios, tal y como gritó Jesús, siguiendo la profecía del salmo de David: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Y otros afirmaban que Jesús fue un cuerpo humano con mente divina, más Dios que hombre, pues ¿acaso habría podido un hombre estar en el mundo antes de la creación de este, tal y como sostiene claramente san Juan Evangelista? ¿Y habría podido decir él «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» si no hubiera sido un Dios absoluto, que vistió durante un instante el cuerpo como si fuera un traje y que se hizo hombre para salvarnos?

Para Arrio, el padre de los embustes y gran hereje, Cristo no podía ser tan grande como Su Padre, pues un padre, decía él con malicia, es siempre mayor que su hijo. Solo Dios no nació, mientras que Jesús, que nació de Él, no habría podido existir antes de la creación del mundo. El Padre, que no podía encarnarse en el mundo, pues el mundo era su criatura, alumbró a Su Hijo, Su primera creación, que a Su vez creó el mundo. Luego fue recibido por Dios como Su Hijo adoptivo, pues Lo obedeció en todo. Así, para el maldito Arrio de Alejandría, que arrastró consigo camino del infierno a una parte de la humanidad, Cristo no es idéntico a Dios, sino que es en cierto modo inferior a Él y es el primero y más importante de entre los ángeles, Sus criaturas.

Y otros seguían el camino de Nestorio de Antioquia, que se había atrevido a decir la falsedad de que Jesús tenía dos naturalezas totalmente distintas, la de Dios y la de hombre, es decir, uno era Jesús y otro era Cristo, y que su Madre la Virgen María no había alumbrado a Cristo, sino tan solo a Jesús. Cristo apareció en el mundo en el bautismo, cuando sobre Jesús descendió el Espíritu en forma de paloma, y se oyó una voz desde el cielo: «¡Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia, a él oíd!».

Estaban también —el colmo desvergonzado de los locos y los herejes que te ponían los pelos de punta y la carne de gallina— los que abrazaban el Evangelio de los Judíos, reencontrado al cabo de los siglos en una de las cuevas de los territorios montañosos, donde se decía que, en la Anunciación, el arcángel san Gabriel se había encarnado en María y había alumbrado al Redentor a través del Espíritu Santo…

Mientras que Hailu, con los ojos desorbitados por la desazón al recordar esas blasfemias, bebía jarra tras jarra de *tella* amarga y espumosa para poder soportar el resquemor de su cerebro y te hablaba sobre aquellos andrajosos que merodeaban cada día en torno al monasterio, abrazando contra el pecho aquel libro que consideraban

sagrado, tú no decías nada, tan solo sonreías a punto de echarte a reír, pues para ti, un ortodoxo de rito griego desde que te bautizaron en la iglesia de Ghergani en la pila helada, el propio Hailu era uno de los descarriados, al igual que toda la Iglesia tewahedo, ya que el mismo nombre *tewahedo* significaba «unión», lo que quería decir que en la existencia de Dios, la naturaleza humana y la divina, al mezclarse, producían otra naturaleza que solo había tenido Cristo, una fe que la santa Iglesia ortodoxa, en el Concilio de Calcedonia, anatemizó. Era asombroso que, después de unos tiempos tan amargos desde Arrio y Nestorio y otros demonios como ellos, las leyendas sobre Jehová y Jesús se oyeran todavía en aquella tierra de Etiopía apartada del mundo y olvidada por Dios. Pero las leyendas, con su rareza y con la ofuscación de las mentes que las producen, no cesan jamás, pues la débil mente de los hijos de Adán busca alivio en lo inaudito y lo desconocido. Siempre oirás, allí donde se reúne la gente, esa letanía de que las enseñanzas del poder, de la Iglesia o de los sabios no son sino embustes que esclavizan a los pueblos y que la verdad es otra, conocida tan solo por una minoría y velada a la multitud. Solo unos pocos alcanzan la iluminación investigando las antiguas escrituras y recibiendo la doctrina de las iglesias secretas, y aquellos que comparten la verdad son a su vez elegidos para la redención. ¿Y quién no querría salvarse, incluso solo, aunque desapareciera el mundo bajo el fuego y el azufre? De hecho, pensabas tú escuchando a Hailu a medias, en el mundo no había sino secretos y herejías, solo que unos se habían extendido sobre miles y miles de almas y se llamaban iglesias, mientras que otros estaban escondidos en cuevas, perseguidos y reprimidos. ¿Acaso no le dijo el bandido Diomedes a *Alixandru Machidon* que él, puesto que tenía pocos hombres, era llamado bandido, mientras que, de haber tenido muchos, lo habrían llamado rey? Lo mismo sucedía con los herejes. En cualquier momento Arrio, Nestorio y otros como ellos habrían podido vencer a la fe verdadera y el mundo los habría seguido sin pensarlo, porque ¿qué es para el pueblo la iota que, en palabras de tu madre Sofiana, que se lo había escuchado al pope del pueblo, diferencia *homoousion* de *homoiousion*, separando así la verdad de la mentira y la vida de la muerte?

Os alejabais luego por varios senderos del bullicio de la taberna y, en la brisita de la tarde que filtraba la arena del desierto, apoyados el uno en el otro, llegabais de nuevo a vuestros catres en las estancias inferiores del monasterio, donde Hailu te seguía explicando el *Kebra Nagast* durante un rato, balbuceando y embrollando las historias de tal modo que era imposible entenderlas. Por la ventana enrejada, la tarde se volvía verde como la piedra de malaquita, con el margen del horizonte amarillo, barrida por los *cabotz* y perturbada por los rebuznos lejanos de los burros. Os quedabais dormidos juntos, en el

estrecho catre que compartíais, con las cabezas unidas sobre la almohada rellena de paja, para soñar al alba el mismo sueño que marcó vuestras vidas mientras vivisteis tranquilamente, hasta que, unos años después de estos acontecimientos y de manera inaudita, vuestro sueño se hizo realidad.

Ocurría en la colina del Gólgota, en Jerusalén, al anochecer. Tres cruces se alzaban hacia los cielos rojos como el fuego, sosteniendo los cuerpos de los dos ladrones, Dimas y el inútil de Gestas, y, entre ellos, el cuerpo de Simón el Cireneo, crucificado en lugar del Redentor. Y vosotros estabais entre la muchedumbre ciega, arrodillada en el polvo, desconocedora de que se humillaba ante una monstruosidad. Sonaban luego los cuernos de plata, y el vacío nublado se llenaba del batir de las alas, y un ejército de ángeles se unía en gritos de alegría, y de la gloria del cielo el verdadero Cristo descendía lentamente, en su mandorla de ámbar, con una amplia túnica de lino ceñida con un cinturón de oro, y sus brazos extendidos abarcaban el mundo entero.

De este sueño que os asaltaba cada mañana os despertabais sudorosos, con las mejillas encendidas de vergüenza o tal vez de alegría.

9

En el hermoso verano del memorable año de 1827, célebre por sus peculiaridades en un siglo ya extraordinariamente peculiar, sucedieron, en diferentes rincones del mundo, hechos variopintos y dignos de ser recordados, pues acontecimientos como aquellos son los que nos impiden imaginar el mundo solo como una máquina infernal de destrozar huesos y destinos, o solo como un arca paradisiaca de los placeres del cuerpo: antes que un paraíso o un infierno, el mundo se nos aparece, pues es apariencia, como un mercado infinito en el que las bocas abiertas y los ojos atónitos contemplan milagros verdaderos y milagros falseados y milagros de tres al cuarto en un trajín infinito de brillos y lentejuelas, fuegos que se encienden y se apagan en el vestido de la amazona del circo, en sus vueltas encantadoras en la arena, ante los ojos llorosos del estudiante de la galería.

Así, a la Argelia invadida aquellos días, desde el desierto, por densos enjambres de moscardones verdes, multiplicados en el estiércol de camello, que se abalanzaban sobre las ciudades y los pueblos como una de las plagas de Egipto, el cónsul de Francia, Pierre Deval, vino a visitar al gobernador local, el bajá Hussein Dey, para resolver un feo asunto relacionado con una deuda bancaria de Francia con Argelia. Tras el intercambio de cortesías entre el aroma del café y de los narguiles, los dos pasaron a aclarar la intrincada historia de unas pólizas no abonadas y unas deudas acumuladas desde hacía una década, de tal manera que solo estas superaban ya ahora la suma inicial. En la estancia el aire temblaba por el calor como entre las dunas del desierto, las moscas llenaban el salón, correteando por todas partes sobre sus patitas delgadas y posándose sobre las delicias turcas, el *baklava* y las rodajas de piña de las bandejas de estaño. El sudor se les escurría a ambos por debajo del turbante y del quepis militar, sobre todo porque de las cortesías iniciales habían llegado en tan solo media hora a una disputa en toda regla. Desde el jardín exterior, con estanques de agua susurrante, las mujeres que trajinaban en silencio oían por la ventana abierta unos rugidos como de fiera herida. Y, sin embargo, aunque Deval y el bajá se habían puesto en pie, rojos como cangrejos y gritándose el uno al otro, Argelia habría seguido siendo otomana para siempre y no habría llegado a ser jamás territorio

francés si no hubiera ocurrido la catástrofe diplomática más extraña de la historia. Más adelante, hasta su muerte, el desgraciado bajá juró que no terció en ningún caso el deseo de ofender al cónsul y a la gran nación francesa, sino que se trató de un accidente, una simple mosca testaruda que puso el siglo patas arriba al aunar la fatalidad y la fatuidad. Sucedió que el bajá Dey sostenía en la mano, mientras gritaba indignado que Deval y Francia querían saquearlo, un magnífico matamoscas de mimbre primorosamente trenzado, entretejido con plumas de pavo real unidas con hilo de plata. Con él había golpeado sin cesar, hasta entonces, las moscas posadas en los hojaldres, que quedaban incrustadas en estos, y en aquel instante fatídico, al ver cómo una se arrastraba por el rostro bien afeitado del cónsul de Francia para sorberle el sudor, su mano se estiró desde el codo y ¡zas!, golpeó con violencia la cara del francés, sin que se le pasara por la cabeza que en aquel momento caía sobre la alfombra persa no solo el descarado insecto, sino también su gobierno y, con él, el dominio otomano de Argelia. El inaudito agravio trajo consigo la invasión del territorio africano con treinta y cuatro mil soldados franceses y el bloqueo de todos los puertos por parte de la flota real. En unas pocas semanas, el bajá Hussein Dey huyó de su palacio y Argelia cayó durante más de un siglo bajo el dominio de Francia.

Más o menos por esa época, Nicéphore Niépce —ese que, junto con Claude, su hermano medio chiflado, había inventado *le pyréolophore*, el primer motor de combustión interna cuyo cilindro funcionaba gracias a la explosión de las esporas de una variedad de líquenes de árbol, y que había dotado a una pequeña nave con este motor y la había puesto en marcha ante los ojos de Napoleón— probó suerte con otro invento que, en lugar de ayudarle tras el fracaso financiero del *pyréolophore*, lo hundió en la ruina total: la fotografía. Empezó por estudiar el arte de la litografía, y enseguida se preguntó si aquellas *camera obscura* utilizadas por los pintores holandeses, que pintaban con el pincel sobre los cuadros de luz que aparecían, invertidos por la lente, en las paredes de las habitaciones oscuras, no podían ser fabricadas de tal manera que no fueran necesarios los pintores, sino que el propio sol fuera el pintor supremo, definitivo, que alcanzara el ideal de similitud perfecta entre el cuadro y la naturaleza. De ahí que llamara a su procedimiento *héliographie*. Había que encontrar, por supuesto, una superficie que conservara el diseño solar, y, tras varios experimentos con betún de Judea diluido con aceite de lavanda, Nicéphore pensó en una placa de estaño impregnada con la sustancia heliófila. Le envió una de ellas, impresa con la imagen borrosa de un vaso sobre una mesa, a Louis Daguerre, y el encuentro de ambos condujo al perfeccionamiento de la heliografía hasta el advenimiento del daguerrotipo y de las primeras fotografías. De esta manera, el alma

de los objetos y de las personas fue por primera vez aprehendida y plasmada en papel gracias a la magia de los tiempos modernos.

Y también en el mes de mayo, con un tiempo espléndido, con unas nubecillas inmóviles sobre la bóveda de un azul unánime, como los marselleses no habían visto jamás a comienzos de la primavera, llegó al puerto Zarafa, una joven jirafa nubia que le regaló a Carlos X el virrey otomano de Egipto, el bajá Mehmet Al i. Europa no había visto una jirafa en los últimos trescientos años, desde la época de Lorenzo de Medici, cuyo retrato pintado por Vasari incluía también el cuello infinito del espléndido animal. Zarafa había sido capturada en Sudán, desde donde la transportaron en faluca por el Nilo Azul hasta Jartum. De allí partió por el Nilo en una larga barca de papiro, acompañada de tres vacas con cuya leche la alimentaron hasta su desembarco en Alejandría, donde la condujeron con un séquito por las calles y las plazoletas de la ciudad, adornada con cordones y multicolores pañuelos de seda. Un artesano del cobre fue sorprendido mientras escribía su nombre, con el dedo mojado en alquitrán, en el muslo trasero de la jirafa, y le cortaron la cabeza al momento ante semejante profanación. En Alejandría, Zarafa embarcó en el hermoso velero *La Passion*, que cruzó el Mediterráneo hasta Marsella. Viajó bajo la cubierta, a través de la cual podía sacar sin embargo el cuello y la cabeza gracias a un agujero cuidadosamente forrado con un anillo tapizado en satén. Desde el puerto francés siguió un viaje heroico de ochocientos kilómetros hasta París a pie; Zarafa iba vestida con un traje amarillo, cerrado por arriba justo debajo de su cabeza suave y majestuosa, y botas en las patas para que no se le enfriaran en los caminos embarrados, seguida por las tres vacas y los cuidadores moros Atir y Hassan, y causaba sensación en cada ciudad y pueblo donde se detenían. En París, la jirafa fue recibida por Carlos X, que le había preparado ya un pabellón especial en el Jardin des Plantes, donde permaneció los siguientes dieciocho años, amada y mimada por los franceses como una primera Torre Eiffel. 1827 fue para ellos el Año de la Jirafa, en el que la ropa, los letreros de los comercios y las pinturas de moda representaban siempre a Zarafa; en el que apareció el peinado *à la giraffe*, los pendientes y colgantes *à la giraffe*, las tartas de boda *à la giraffe*, y en los burdeles se practicaba la postura *à la giraffe*, inventada por una tal Véronique, y sobre la que, por desgracia, no ha quedado información alguna para la posteridad.

También por aquel entonces, en la École Polytechnique, un estudiante rezagado, súbdito valaco, llamado Petrache Poenaru, se afanaba con los aburridos estudios de geodesia en el frescor del sombrío teatro en la parte occidental del edificio. No se divisaba ninguna figura graciosa en los incómodos asientos, como habría querido Petrache, sino tan solo hombres jóvenes que parecían nacidos

todos de la misma madre, franceses vestidos a la última moda, con el sombrero de copa, el Homburg o el bombín sobre el pupitre. Todos escribían deprisa, mojando con frecuencia las plumas de oca en los tinteros colocados junto a los sombreros, pues el profesor de la palestra hablaba como en el teatro, sin una sola pausa, de tal manera que tomar apuntes era un suplicio. Petrache no era en absoluto un «descubridor de novedades», como se llamaba a los pocos inventores asentados en su primitivo país cubierto por la nieve, sino tan solo un antiguo soldado, asistente de un oscuro capitán valaco, Vladimirescu, aliado con la Etería de Ipsilantis, que en 1821 había gobernado durante unos meses Bucarest y había llegado a utilizar un *calpac*[19] señorial. Tras la muerte de Vladimirescu, asesinado a traición por sus propios aliados griegos, Petrache vio que el señor fanariota había puesto precio a su cabeza, quinientos *lei* nuevos, y que lo buscaban por los bosques impenetrables de Valaquia, donde se había refugiado; así, no tuvo más remedio que unirse a la banda del famoso ladrón Jianu. Pasó el invierno de 1822 en la hacienda del recaudador Tachi Ghica de Ghergani, por entonces también joven, que mantenía una relación de amistad con Jianu, y donde un par de inviernos, entre el aullido de los lobos que se acercaban hasta las ventanas de la mansión, fornicaron por los alrededores, celebraron fiestas y recitaron en voz alta a los poetas griegos y latinos, sujetándose la barriga por la risa con algunos de los versos más atrevidos de Catulo: *Pedicabo ego vos et irrumabo*… Gracias a la benevolencia de su amigo, consiguió dinero suficiente para marcharse a París e intentar hacerse ingeniero, un oficio muy necesario en su patria.

No fue la inquietud por descubrir cosas nuevas lo que lo llevó, en consecuencia, al invento con que asombró una mañana a sus colegas, sino la pereza de mojar la pluma en el tintero y el miedo a no poder, con su escritura lenta, seguir el ritmo del profesor enfermo de verborrea. Su pluma nueva y milagrosa, que sacó orgulloso de un bello *étui* de piel, no era en absoluto distinta a las demás, con la punta afilada y hendida con una navaja y con unas plumas tiesas, ahuecadas en manojos irregulares, excepto por el hecho de que el tubo transparente, bien limpio por dentro, estaba lleno de tinta hasta arriba, hasta el último mechón de plumas. Así que, ante los ojos atónitos de los otros estudiantes, que se olvidaron de seguir tomando apuntes, Petrache transcribió tranquilamente la clase entera de dos horas en sus hojas, sin mojar el cálamo en el tintero siquiera una vez. Después de la clase, aconsejado por un camarada, puesto que a él jamás se le habría ocurrido algo semejante, fue corriendo al Departamento de Manufacturas del Ministerio del Interior, donde registró su inventó como Patente 3208, *plume portable sans fin, qui s’alimente elle même de l’encre*. Pues 1827 sería también el año marcado

por la furia de los descubrimientos y los inventos (al cabo de unos meses, John Walker fabricaría, mezclando sulfito de antimonio, clorato potásico y goma arábiga, los primeros fósforos que se encendían por fricción y que bautizó de manera previsible «Lucifer»), y sería también el final de una era: en octubre tendría lugar la batalla naval del golfo de Navarino, situado en el mar Jónico, donde, en un grandioso paisaje marino salpicado de islas verdecidas, se enfrentaron cientos de veleros, la armada otomana fue derrotada por los franceses y los ingleses en la última batalla en la que lucharon solo barcos de vela, las maravillosas naves efímeras de alta mar y de la costa. A partir del año siguiente, barcos pesados y calafateados llenarían poco a poco, con su denso humo, los mares y los océanos del mundo, viudos para siempre de gracia y de aventura.

Petrache —que había inventado la pluma por pereza, madre de todos los inventos— desconocía que nada se inventa una sola vez y por un solo individuo, y que la idea de una pluma que escribiera sin detenerse se le había ocurrido a buen número de mentes cansadas del eterno mojar la punta hendida en el tintero. Tampoco sabía nada sobre el califa del Magreb, Ma'ad al-Mui'zz, que en el 973 después de Cristo (351 después de la égida), harto de pringarse las amplias mangas de sus ropajes de seda con la tinta que salpicaba por todas partes de su cálamo de junco, inventó un objeto para escribir que se llenaba de tinta y no la desperdiciaba; ni sobre Daniel Schwenter, que en 1636 ideó el cálamo elaborado con siete variedades de pluma de oca perfectamente encajadas unas en otras, ni sobre el famoso Samuel Pepys, que había inventado un cálamo de metal con una cápsula de tinta en su interior. Y la lista no acababa tampoco con Petrache, que perdió la ocasión de hacerse rico gracias a su invento, pues no llegó a fabricar plumas con un depósito de tinta ni a ponerlas en venta. Después de él vendrían otros, que añadirían sucesivas mejoras al accesorio para escribir, hasta que este llegaría a pensar en lugar del autor y a exponer sobre el papel sus propias elucubraciones, lo que demuestra que la pereza del hombre que sostenía la pluma entre los dedos permanecía intacta. Pero el futuro, que nosotros, desde la cumbre de nuestra bóveda azur, vemos con la claridad con que se ven las líneas en la palma de la mano, le está vedado al débil conocimiento humano, que a duras penas se explica el pasado y es ciego como un topo respecto al porvenir.

En invierno, Petrache se dejó de tonterías y de geodesia y de plumas cargadas de tinta, regresó a la Valaquia enterrada bajo la nieve por la que había suspirado en el extranjero y, tras una breve estancia en Bucarest, recibió una carta de Ghergani para que se dirigiera allí de inmediato, pues Tachi languidecía de aburrimiento en medio de la nada. En el viaje, que realizó a caballo, descubrió que

Ghergani solo podía ser localizado, en la extensión redonda de nieve brillante que llegaba hasta donde se perdía la vista, gracias a las humaredas que salían de las chimeneas enterradas bajo metros y metros de nieve y gracias a la torre de la mansión, con una habitación arriba, en el segundo piso, que parecía ahora una choza bajita en medio de los cúmulos nevados. Por allí descendió al mundo oscuro y frío enterrado en la nieve, que olía a leña quemada, de la hacienda de Tachi y de su mujer, Marița, y encontró en sus estancias, caldeadas con enormes troncos que ardían en las chimeneas, y en los abrumadores olores a canela, tomillo y albahaca de la cocina, la calma y la amistad que tanto necesitaba. Hibernando como los osos, los tejones y los erizos en sus madrigueras, que chupan de sus garras la grasa necesaria para vivir, pasó el tiempo jugando a las cartas, leyendo a Erasmo y Montaigne y en el dulce conversar junto a la estufa, esperando con filosófica paciencia la llegada de la primavera. Uno de los dos túneles excavados por los campesinos bajo la nieve dura como la piedra llevaba de la mansión a la iglesita donde celebraba religiosamente las misas del domingo el pope Elpifidor, forrado con un enorme sayo montañés sobre sus ropajes brillantes, mientras los feligreses nobles temblaban en el coro envueltos en sus caras pieles; el otro, por el contrario, conducía al campamento de los gitanos en los márgenes del pueblo, de donde iba de vez en cuando un domador de osos a entretenerlos con la deplorable danza de su osezno débil y esmirriado, con un aro en la nariz y una cadena del grosor de un puño, así como algún calderero que estañaba sus calderas y, sobre todo, hacia el atardecer, dos o tres gitanas de faldas plisadas que se colaban en las alcobas de los señores y, con sus cuerpos cimbreantes y sus cabellos que olían a fuego y a humo, les llevaban la alegría a las sábanas. De vez en cuando, los cazadores que se aventuraban a la superficie regresaban con diez o quince lobos, colocados unos junto a otros, con las barrigas pegadas al espinazo por el hambre y los colmillos a la vista. Pero se oían relatos terroríficos de campesinos rodeados de jaurías hambrientas y devorados junto a sus caballos hasta que no quedaba de ellos otra cosa que los huesos.

Con la visita de aquellas gitanas, que los dejaban exhaustos y se marchaban con alguna monedilla bien guardada en la palma de la mano, Petrache no echaba de menos a las mujeres, pero ¿es acaso descargar las pelotas la única necesidad de un hombre? ¿Acaso nadie piensa en los secretos del corazón? Marița se acercaba ahora a los veinticinco años, no era joven para la mentalidad de ese siglo, pero sobre su cuerpo, exuberante ya en junio, se posó el velo tentador de una nueva capa de morbidez: las tetas antaño redondas y duras se habían caído un poco, doblando el ramo con el peso de dos membrillos maduros, atravesadas por unas venillas azules y con unos

pezones que se endurecían como las moras con las caricias, unas tetas ideales para apretar con la mano. Y sus caderas y su trasero de señora remolona y enamoradiza se adivinaban mejor que antes entre los pliegues y las aguas de los miriñaques de hilo. La desvestía y la vestía todavía Sofiana, al romper el alba, ante el gran espejo ovalado, pero a ti no te estaba permitido ya asombrarte ante la piel blanca y el vello negro, rizado, entre sus muslos macizos, pues ya habías cumplido nueve años y resultaba algo vergonzoso desde hacía mucho tiempo. Buscabas sin embargo aquel parche almizcleño, perdido en algún rincón de tu mente, entre los muslos de cada chiquilla cuyas faldas, acercándote a hurtadillas, levantabas, pero no lo encontrabas, porque aquel matojo de amor crecería más tarde. Sacabas en limpio unos coscorrones en la cabeza y unos gritos como de ratón con alas, sin conseguir ver otra cosa que sus bollitos lampiños, y eso tan solo por un instante.

Además de a su criada, la señora mostraba también su cuerpo desnudo a la mirada del pintor Sisoe, el que había dibujado a los santos y las vicisitudes de las Escrituras y a los filósofos griegos de las paredes de la iglesia y el que semana tras semana le pintaba a Marița, con el más delicado pincel de pelo de cola de ardilla, las veinte uñas de las manos y de los pies. No había una forma mejor, razonaba Marița, de mostrar su devoción y celo por la fe cristiana que llevar siempre pintados en las uñas los iconos de santas y santos, martirizados y sacrificados en la antigüedad por su fe verdadera. En las uñas de las manos cargadas de anillos, Sisoe le había dibujado unas santas mártires: santa Anastasia, santa Epistimia, santa Eugenia, santa Fevronia, santa Eudoxia y santa Parasqueva, también a santa Eufrasia, santa Teodora, santa Eufrosina y santa Pelagia, todas según el canon, tal y como estaban pintadas en la iglesia en un horizonte dorado. En las uñas de los pies estaban representados los mártires, Agatón, Eulampio, Nicéforo, Uar, Mocio, Zenobio, Polieucto, Gaudelia y Lup, sobre un cielo rojo como la sangre. Unas letras cirílicas se arqueaban, azules, sobre las coronillas de todos. Cuando se cansaba de alguno de los rostros sagrados, lo sustituía por otro, porque, gracias a Dios, había suficientes en el calendario. En cada rostro trabajaba Sisoe un par de horas, ayudándose de un vidrio de aumento, pesado y transparente, de tal manera que la señora tenía tiempo de charlar sobre cualquier cosa, de hacer melindres y de coquetear, confiando en que aquel pintor bien parecido, aunque escuálido, que ahora sujetaba su piececito en la mano, levantara sus ojos verdes del icono del dedo pulgar y los clavara en los suyos, maquillados y fogosos. Y tal vez, soñaba ella cuando se acostaba en su lecho frío, pues Tachi trabajaba, como de costumbre, toda la noche en su gabinete, tal vez la mano diestra de ese hombre empezara a deslizarse hacia arriba por la pierna,

tanteando bajo sus bombachos de algodón, provocando escalofríos en su muslo ardiente. Al pensar en esto perdía la cabeza por completo; jadeando entre las sábanas, se tocaba con el dedo de santa Eufrasia y se quedaba con los ojos en blanco antes de caer dormida húmeda y feliz.

Pero Sisoe, como lo conocían todos en la hacienda y en el pueblo, aunque el pintor se llamaba Mitrofan —el apodo hacía referencia al santo más flaco de la iglesia, Sisoe el Grande, cuyas costillas afloraban por la piel como las de los perros muertos y atemorizaban a los feligreses—, era un hombre extraño y solitario, que andaba siempre con su maletín de pinturas y pinceles bajo el brazo, dibujando los insectos que encontraba por la hierba y las florecillas del campo, y que hacía su trabajo en la alcoba sin parar mientes en las gracias de la señora. Al ver que el pintor no levantaba los ojos de las uñas sino para mirarla como a una perra o una gata, ella, poco acostumbrada a que no se cumplieran sus deseos, recordó los cuadros de las mujeres desnudas que había visto en las casas de los boyardos de Bucarest cuando vivió en la Ulița Beilicului, donde Tachi se alojaba algunas veces; todos aquellos pintores —en la ciudad los llamaban *pictori*, porque casi todos eran italianos— debían de haberlas visto desnudas, como habían venido al mundo, pues al fin y al cabo no las retrataban de memoria en sus telas. Esta idea la alegró indeciblemente, ¡cuánto tiempo llevaba soñando con mostrarse desnuda ante un ojo masculino que supiera apreciarla! Esa sería su venganza por todas las humillaciones sufridas hasta entonces: ¡excitarlo hasta el final con sus encantos y no dejarle después que le besara siquiera la mano!

Dicho y hecho. Un viernes en el que había terminado ya su tarea en la cocina —porque si no hubiera estado ella, las necias de las cocineras habrían holgazaneado todo el día y luego les habrían llevado todo el azúcar y la miel y las nueces a sus churumbeles del campamento— mandó decir a Sisoe que se le habían borrado tanto los santos de las uñas, que no se distinguían ya, que viniera a retocarlos. El pintor se presentó religiosamente, sin sospechar por lo más remoto la trampa que le tendía su señora, y abrió el maletín de sus instrumentos, salpicado por dentro de manchas anaranjadas, azafranadas y verdes, y de una mugre azulada. Entonces Marița, tras comportarse un rato como una sabihonda mientras él la pintaba, le dijo con indiferencia, mirando hacia otra parte:

—Oye, *kir* Mitrofan. Por lo que yo veo, debes de ser un hombre de treinta años y, por tu maestría, se me ocurre que debes de haber viajado por el mundo en tu juventud.

—He viajado —respondió él con la cabeza en otra parte, porque en ese momento estaba tratando de recordar cómo era la barba de san Lup en el canon religioso.

—Bueno, ¿y adonde has viajado?

—He estado en Bécs, y he estado en París, y he estado en Florencia. Llegué también hasta los Países Bajos, donde los pueblos son como de muñecas y puedes pasar la lengua por las calles de lo limpias que están. Allí estuve en Amsterdam y en Delft.

La señora guardó silencio un rato, muy sorprendida por lo que acababa de oír, pues ninguno de sus antepasados había puesto un pie fuera de Valaquia, y los nombres de aquellas ciudades eran como de cuento.

—¿Y aprendiste tu oficio con los pintores famosos de aquellos lugares?

—Trabajé una temporada con *ser* Carlotto en Empoli, con él aprendí cómo dar la imprimación y extender los colores en la piedra, qué pinceles son buenos y cómo pintar frescos y el arte de la pintura con óleo de semillas de lino. Pero lo dejé al cabo de un año porque tanto él como sus aprendices eran unos bujarrones que me miraban como miran los mozos a las mujeres, y no me gustó. Luego recorrí los jardines y los museos de Florencia y vi sus maravillas, y cada cuadro de sus paredes me pareció una ventana a los campos del Paraíso, y toda Italia, un regalo divino. Hay cuadros de más de ocho o diez metros de alto y más aún de largo que representan batallas de veleros en mares espumosos y luchas de dioses griegos, con tantos cuerpos enroscados de tantas formas que te duele la cabeza y los ojos se quedan ciegos y las piernas no te sirven para caminar. Me alimentaba cada día de un trocito de queso, tres aceitunas y una corteza de pan, pero se me olvidaba el hambre vagando de iglesia en iglesia y de museo en museo y de ¡cono en ¡cono, y eso fue lo que hice durante cinco años, acompañado siempre de mis enseres y mis lienzos, para aprender a hacer una mano extendida o un hombro con los músculos marcados como hacían Miguel Ángel y Rafael. Dormía bajo los pinos romanos, entre ruinas de mármol, y soñaba con pintar también yo algún día siquiera uno de los cuadros más famosos que colmaban las paredes de aquellas *pinacoteche* por las que me paseaba durante el día. Nobilísima señora, pienso a veces que es mejor ser esclavo bajo el sol de Italia que señor en nuestra maldita Valaquia, enterrada bajo estas nieves que no terminan jamás. Aquí vivimos miserablemente, como los gusanos que agujerean eternamente la tierra. Allí viven entre pinos y cipreses siempre verdes, pues Italia es *il Paradiso*.

La barba de san Lup ya estaba lista en la uña de Marița, pero ella se sentía apesadumbrada. No recordaba ya el mal pensamiento por el que había hecho llamar al pintor, pues sus ojos se habían llenado de lágrimas. Pasear por el mundo verdadero, impregnarse de sus maravillas, caminar por las baldosas de pórfido de las pinacotecas de Bées y de París y de Florencia, entre el frío de sus paredes, y ver con

tus propios ojos los inmensos cuadros que llenaban las paredes con su luz, y hacer eso día tras día y hora tras hora, ¡qué vida tan dichosa! ¡Qué vida imposible la suya por pertenecer a una familia noble! Se maldijo por ser mujer, por ser valaca, por no tener el valor de abandonar a sus hijos y a su lánguido marido para probar la libertad. Le ordenó al pintor que se marchara y se tiró en el lecho repleto de almohadones de seda, clavando los ojos llorosos en el techo.

La melancolía se le pasó, sin embargo, al día siguiente, y Marița retomó su plan con más astucia aún: ya que Sisoe le había hablado de los cuadros de Bécs, donde había reinado su antepasada, María Teresa, la mujer quiso saber si en el gran museo dedicado a los cuadros y las estatuas, decorado con columnas y escaleras insólitas, cargadas de filigranas de oro y medallones púrpuras, había visto Sisoe cuerpos de mujeres desnudas, permitidos, eso lo sabía ella, por los desvergonzados papistas, pues no los consideraban desenfreno, sino arte. Oh, por supuesto, respondió él. Sí, en Bécs había, bajo cielos de ceniza, dos palacios gemelos, mucho más grandes que las grandes mansiones bucarestinas del señor Dimitrie Ghica; uno, lleno de piedras preciosas, insectos y frascos con peces y serpientes pálidas, y fieras rellenas de paja, y unos fetos extraídos del vientre de su madre antes de tiempo, cuyos ojos turbios te miraban desde el interior de unos tarros de cristal grueso y te causaban espanto; y el otro, con cuadros pintados por los principales maestros de todos los tiempos. Y allí, de una altura tres o cuatro veces superior a la de un hombre, podías ver mujeres blancas como la leche, gordas y rubicundas y hermosas, que mostraban sus pesadas tetas y su vello rizado y sus nalgas opulentas a quien quisiera contemplarlas, y nada quedaba oculto, y no había vergüenza alguna en observarlas, pues no en ellas había que fijarse, sino en el arte con que estaban representadas.

«Ya, el arte», se burló Marița en su fuero interno.

—*Kir* Mitrofan, tú pintaste nuestra iglesia de Ghergani y eres diestro representando iconos sagrados. Pero ¿y si se te presentara la ocasión de pintar batallas de veleros en el mar o las hazañas de los dioses griegos?

—El evangelista san Lucas, nuestro patrón del gremio de los pintores, pues fue él quien pintó el rostro de Mana Inmaculada, no nos prohíbe pintar aquello que viva en la profundidad de las aguas, en la tierra y en los cielos, pues todo es obra de Dios, y por eso es bello y sagrado.

—Sabias palabras —replicó sin apremio Marița—, Pero… ¿qué opinas del cuerpo femenino? Algunos dicen que por culpa de nuestros encantos traemos el pecado a este mundo, tal y como hizo nuestra antepasada Eva. Asi que nosotras, unos recipientes más frágiles, pues Dios nos entregó esta dulce carga de la belleza, ¿somos acaso dignas

de ser pintadas en cuadros, como viste en tus viajes por el ancho mundo? Tú, por ejemplo, ¿pintarías, si te pagaran bien, el cuerpo de una mujer que, por capricho, quisiera verse en un cuadro como en un espejo, desnuda e inocente como vino al mundo?

Sisoe no era tonto, y ante esa pregunta transparente se le despertó de repente el miembro y lo envolvió esa dichosa pasión que te abraza cuando una mujer te abre las puertas del paraíso y con un gesto te invita a entrar. Ya había sentido antes ese ardor, cuando las italianas y las francesas de las ventanas, en las ciudades iluminadas del Poniente, lo invitaban con una sonrisa a que subiera a verlas y lo hacían dichoso luego con su abrumadora pasión, a cambio de muchos reales, por desgracia.

—Noble señora, no necesito para eso recompensa alguna, pues *il nudo* es la flor de nuestro arte. Adonde *ser* Carlotto venían mujeres que se desnudaban para que pudiéramos dibujarlas en papel, con tiza roja, o en lienzo, al óleo, como si fueran Venus o Leda, la que se amaba con un cisne, o Dánae bajo la lluvia de oro. Pero aquí no se podría encontrar una ni a cañonazos, no porque les dé vergüenza desnudarse como vinieron al mundo, sino porque quedar plasmadas en un cuadro para los ojos de cualquiera les parece una indecencia.

Aquí Sisoe calló y dejó que transcurrieran varios minutos. Luego, haciendo de tripas corazón, probó fortuna:

—Si tan solo…

Y miró por primera vez a la señora de verdad, atravesándola con sus ojos verdes, que no podían reprimir la pasión.

—Si encontrara a alguna dispuesta…, una dama noble…, de nuestras tierras…

Y apretó un poco más con la mano el piececito con las uñas pintadas.

Con este último apretón la señora no pudo más. Tras devorarse con la mirada durante varios minutos, sin decir una palabra, solo jadeando entrecortadamente, la mujer murmuró con voz ronca:

—A mí, *kir* Mitrofan, píntame a mí… —Y buscó su boca.

Aquel día no hubo pintura, porque el artista, sin añadir nada más, la arrojó entre los cojines, desabrochó con destreza sus bombachos y cubrió con la mano el pelo de marmota de entre sus muslos, que ocultaba la entrada viscosa del agujero, luego se colocó sobre ella, y la mujer madura, moviendo sedienta las caderas y arañando su espalda esquelética con las uñas en las que brillaban los iconitos, se entregó gimiendo y suspirando, con una alegría que no había sentido jamás.

Pero los días siguientes, entre apasionados abrazos, la señora posó también para que la retratara, desnuda y dichosamente pecadora, porque esa había sido siempre su fantasía favorita: mostrarse desnuda

y sin protección ante las ávidas miradas masculinas. Y Sisoe ponía con el pincel las sombras y las luces sobre el lienzo, serio y respetuoso como si estuviera pintando un icono sagrado. No se apresuraba, pues el invierno, aunque estaban ya en febrero, podía durar hasta el mes de abril, cuando caía la nevada de las cigüeñas. Entre el arte de la pintura y el del amor, pensaba él, había una evidente similitud: repasaba ahora con el pincel lugares que, solo una hora antes, había recorrido con los labios y los dedos, y sentía el mismo gozo. Ese arte era así, como si no pintaras sobre la tela, sino sobre el propio cuerpo de la mujer, acariciando con los pelos de ardilla del pincel el borde de los labios, de niña caprichosa y de hurí desenfrenada a la vez; los ojos como piedras preciosas; la curvatura suave, de alabastro, de un pecho; el hueco oscuro del ombligo. Y los que vieran el cuadro querrían que el retrato fuera idéntico y no un fantasma de colores. El arte de la pintura y el de la caricia eran para Sisoe lo mismo, y los llevaba a cabo con la misma concentración de sus cejas masculinas sobre sus ojos, verdes como los marjales profundos del fondo de los bosques.

Todo esto sucedió en el terrible invierno de 1827 y se prolongó hasta marzo del año siguiente, casi cada día, a puerta cerrada y sin que nadie sospechara nada. Petrache, alojado en la mansión, veía a Marița en los opulentos banquetes, en los que los comensales troceaban con la mano el lechón asado, una carne que se fundía en la boca, y se servían con una cuchara de estaño el áspic con sabor a ajo, lleno también de carne, que temblaba en las bandejas, y engullían *sarmale* envueltos en col pálida y rociados con espesa crema agria, de tal manera que, atiborrados, no tenían dónde meter también los hojaldres empapados en miel y los pasteles de setas y ruibarbo, ni el sorbete rosado o anaranjado que se tomaba con cucharita en un vaso de agua; y la veía por las noches, en la mesa de juego, en el Faraón, cuando la señora, aspirando el narguile, desplegaba con los dedos las sotas y los reyes, y entonces le parecía superior a todas las francesas que había conocido en París, con sus modales encantadores, y más atractiva que cualquier otra mujer. Se enamoró perdidamente de ella y no sabía cómo sanar, pues la esposa de un amigo y benefactor era para él sacrosanta. Al principio se ausentaba todos los días, se iba de caza con los campesinos y regresaba de noche con un manojo de faisanes o un zorro rojizo lleno de perdigones, pero eso no sofocó el fuego de su corazón. No podía soportar a las gitanas y las espantaba cuando se las encontraba acurrucadas, un par de mozuelas sin tetas, en su cama. A Tachi procuraba evitarlo a toda costa. Se planteaba regresar a Bucarest, pero la idea de separarse de Marița le causaba dolor. Solo había un camino, peligroso y que conducía a la perdición, pero ¿qué espantaba más al pobre Petrache que la pérdida de los ojos de la señora? Decidió unirse de nuevo a la banda de Jianu,

abandonada cinco años antes, aunque entre tanto hubiera engordado, hubiera perdido pelo y la vida en el corazón del bosque no fuera ya para él.

La última vez se había encontrado con Jianu en Sălcuța, en el belén de Nochebuena. Todas las almas sabían que Jianu no perdonaba un belén, así se hundiera el mundo, y las gentes venían de todas partes no tanto por la historia de los Reyes Magos que, guiados por una estrella, llegaban al lugar del nacimiento del niño Jesús en un pesebre de Belén —una historia que representaban en la era del pueblo unos campesinos que ni siquiera sabían qué era el teatro—, cuanto por ver al bandolero más famoso de Valaquia y admirar su orgulloso porte, pues, como el rey Saúl, sacaba a todos los hombres más de una cabeza, así como por comprobar que conseguía escapar una vez más de las tropas enviadas por el Vodă para detenerlo o matarlo. Para los campesinos, al igual que para muchos boyardos y vecinos, Jianu no era uno de esos salteadores que se refugiaban en los bosques y que robaban y torturaban y mataban y violaban, como Tunsu y sus chiflados o Popa Andrii, el curilla, sino un héroe como de leyenda que repartía entre los pobres todo lo que les robaba a los necios y a los ricachones, a los que no mataba para no cometer pecados mortales. Habían dedicado canciones a sus hazañas y su banda era muy famosa.

Sălcuța estaba también enterrada bajo la nieve, al igual que Ghergani, del que la separaban varios kilómetros. Pero, entre las copas de los árboles y las cruces de las iglesias y la humareda de las chimeneas que apenas sobresalían un palmo de los montones de nieve, se adivinaba todavía la rica aldea en la meseta rodeada de colinas, todos los campesinos habían salido de sus agujeros, vestidos de domingo, como correspondía a un día soleado y a una festividad tan importante, en la que no podía faltar el mercado. Paseándose entre ellos, los comerciantes rumanos y judíos vendían *țuica* por cuartillos, y algunos gugulanos habían bajado de la montaña con sus carros cargados de manzanas y peras, conservadas en invierno en sus frescos sótanos para que no se estropearan. Alguna que otra viejuca sentada en un saco de carbón vendía varitas adornadas con flores de papel pintadas de colores chillones. Habían instalado un par de tiovivos en la nieve y las mozas y los mozos se subían en los cuatro bancos y se dejaban dar vueltas por los forzudos que los ponían en movimiento, subiendo hasta el cielo y descendiendo entre gritos de alegría hasta la nieve en polvo. En la feria se vendía también ganado, cuyo estiércol humeaba sobre la nieve, y los niños se paseaban con la cabra[20] y la estrella, llenas de lazos de colores, entre la multitud.

Nosotros observábamos desde arriba, desde el techo del mundo, la reunión de aquellas criaturas menudas que pululaban como hormigas por la extensión cegadora, y nuestros corazones de hielo y fuego se

enternecían con la alegría de los mortales. «Desentendeos del hombre, en cuya nariz solo hay aliento», dijimos en otro tiempo a través de Isaías, «porque ¿qué vale él?». El destino de este mundo estaba decidido desde hacía mucho tiempo, solo que nadie sabía su hora, ni nosotros ni el Hijo, solo el Padre. Todo iba a desaparecer, excepto unos pocos elegidos inscritos en el Libro de la Vida incluso antes de la Creación, porque la salvación llegaba tan solo para los ya salvados. Pero, al observar la alegría de aquellos que dejarían de existir en un instante, su infinito deseo por vivir, el encanto de su necedad, de sus ojos como platos y de sus bocas abiertas y desdentadas, de las ordinarieces que se lanzaban mientras se sujetaban la barriga de tanto reír, el burdo tejido de sus ropas y los labios cuarteados por el frío y los ojos lagrimosos de tanta luz, y sus amadas mujeres, nos invadía la melancolía en nuestra bóveda de azur. ¡Cuántas veces suplicamos que nos quitaran de los hombros el peso de la eternidad, cuántas veces quisimos ser solo de carne y sangre para poder sentir también nosotros, como la gente necia y corriente, el sabor salvaje de la felicidad!

Petrache se paseó de acá para allá por el mercado, calentándose con algunos tragos de *ţuica* de una botella tapada con un troncho de mazorca, hasta que dio con gente conocida: en un rincón bien elegido junto a un tablado de madera por el que subirían los Magos y Herodes y todos los demás del antiguo relato, esperaban el tártaro Ghiuner, que dormía cada noche en el umbral de Tachi el de Ghergani, y el hereje de Tudorică el bonetero, famoso por sus hazañas y su desvergüenza, pero que ahora tenía ojos solo para la gente que se iba arremolinando, cómicamente vestida, al pie del tablado, dispuesta a asistir al tan esperado belén. Pateaban la nieve en un aparte, para calentarse, el propio Herodes el Grande, con su corona de cartón dorado y una gran sábana púrpura adornada con estrellas de plata que imitaba una capa, y con largas barbas de lana y un palo al cinto pintado a modo de espada, y los Reyes Magos, con bonetes puntiagudos de hechiceros y capas blancas; uno de ellos llevaba el rostro pintarrajeado como un árabe y portaba en sus manos los cofres con oro, incienso y mirra. Y había también un soldado romano con su armadura de hierro y un casco de piel con plumas rojas en la cabeza, y dos más vestidos de albaneses, y un chavalillo algo más pequeño que Tudorică, envuelto asimismo en un manto de color azafrán, que representaba al Niño. Pero la gente miraba atónita sobre todo a los otros dos, que ni siquiera parecían hombres, sino payasos: uno de ellos vestía un traje con remiendos de todos los colores, cosidos con un grueso hilo dorado, una caja de hierro en la cabeza a modo de casco y una cola de zorro colgando; el otro era un viejo jorobado que se cubría el rostro con una máscara espantosa de lana roja, con unos

dientes de granos de judías. Por el momento llevaba la máscara en la coronilla y una barba de lana idéntica a la de Herodes tapaba su rostro. La pelliza y la gorra estaban del revés, y en sus abarcas rotas asomaban los dedos de los pies. Tres músicos gitanos con un címbalo, un violín negro como si se hubiera salvado de un incendio y un tambor grande se pasaban una cantimplora que venía de parte de Herodes y de su banda.

Petrache se colocó junto al tártaro y el muchacho moreno, para esperar a su lado, con una sonrisa infantil, la representación anual del belén, que era la ópera, la opereta y el teatro del pueblo, aunque solo supieran representar una obra. Sin embargo, la recreación de lo acontecido casi dos mil años atrás en la insignificante y olvidada Judea, unos hechos que los historiadores no se habían dignado a escribir en sus registros, pero que sin embargo habían estremecido a la humanidad, no podía comenzar porque no se encontraba Jianu presente. Así que el mercado siguió con su alegría teñida de todos los colores abigarrados y extravagantes, apestando a aguardiente y a lana de oveja y a estiércol y a aire helado, hasta que por fin aparecieron los bandidos. De repente todos abandonaron lo que estaban haciendo, los mozos y las mozas saltaron de los tiovivos arriesgándose a romperse las piernas, las mercancías por vender quedaron abandonadas a su suerte y la gente se arremolinó para ver a los bandidos.

Eran unos veinte, iban de dos en dos, vestidos de gala, con plumas de urogallo en los sombreros y armados con mosquetones, y saludaron a los que se habían apiñado para intentar tocarlos siquiera con los dedos. Los aldeanos eran siervos de la gleba, una desgracia, pero la labor cotidiana les resultaba más ligera al saber que en el bosque también los señores sufrían. Pues estos no podían atravesar el camino principal sin la terrible amenaza de la banda de Jianu, que se presentaba de improviso y los dejaba en camisa y les quitaba todo lo que tenían, y hasta se encomendaban al santo para que les salieran con facilidad los anillos de los dedos porque, de lo contrario, los bandidos se los arrancaban con dedo y todo. Y las señoras eran desvestidas y humilladas, una a una, por toda la banda, y luego las soltaban desnudas por los bosques impenetrables.

Jianu iba a la cabeza, mucho más alto que todos los demás, más fornido y más hombre, estirado, con las puntas del bigote enroscadas a la húngara. Sonreía con sus pómulos colorados y prominentes y saludaba a todos con la mano llena de anillos. En la oreja lucía un aro de jaspe. Llevaba sobre los hombros una túnica con ribetes de marta, y en el cinturón de dos palmos guardaba el puñal con adornos de marfil y dos pistolas. A su lado se encontraba su eterno criado, un compadre de unos cincuenta años, calvo y con una barriga prominente, con ropa barata de algodón y no unas botas bien lustradas, como los bandidos,

en los pies, sino abarcas como las de los campesinos. Los ladrones se dirigieron hacia el tablado de madera y ocuparon la primera fila sin apartar la vista de las mujeres jóvenes, que les respondían con miradas apasionadas, mientras el resto de la banda se esforzaba por distinguir algo más allá de sus anchas espaldas y de las plumas de faisán de sus sombreros. «¡Podéis empezar, amigos, que Dios os acompañe!», dijo Jianu en tono cantarín y el enorme tambor comenzó a retumbar, el violín a crujir y el címbalo a marcar el ritmo de una *sârba* endiablada. El pequeño grupo de vecinos disfrazados de señores, magos y soldados subió al tablado y, cuando se hizo un silencio tan perfecto que solo se oían los cuervos graznando en los árboles y los lobos aullando en la lejanía, comenzó el belén.

[19.].

20.

10

De ahí, del terrible relato de las cabezas cambiadas de la *Historia del rey Skinderiu cuyas hazañas se tradujeron de la lengua turca a la lengua rumana*, como rezaba en la primera página del libro, vendrían tanto tu grandeza como tu caída, porque sin el recuerdo, en tiempos difíciles, de aquella estratagema ideada por un filósofo insensato habrías muerto ahorcado, en el Archipiélago, tal vez, o en los miles de caminos del país de las arenas, como morían todos los que eran como tú, los pendencieros y vagabundos de este mundo traidor, y no habrías alcanzado en ningún caso el trono real de la santa Etiopía. Descubriste, sin embargo, en aquellas páginas terribles, que lo que es imposible con Dios se puede conseguir con su Adversario, solo te hace falta la voluntad del tamaño de un grano de mostaza. La higuera se plantó en el mar siguiendo tu mandamiento y dio frutos dulces como pechos tiernos, pero ¿durante cuánto tiempo, Theodoros? Cuando el tártaro Ghiuner calló y la historia del bajá Arcoș, el que se atrevió a enfrentarse a Helor, florecía aún bajo tu cráneo en sangrientas flores de hielo, empezaste también tú, titubeante y con las narices pegadas por el frío, a devanar tu historia en el trineo que avanzaba despacio por el campo cubierto de nieve, en medio del trote y los resoplidos de los caballos de cuyo espinazo salía vaho.

Pues leíste en esa historia que el joven y bello príncipe Skinderiu fue enviado en una ocasión a Alepo, un gran reino, y allí se enamoró de la hija del rey, Melixima. Y en otro reino, en Trebisonda, el rey de aquellos territorios tenía un hijo horrible y sin luces, de rostro feo, al que pensó en enviar también a Alepo para que fuera él quien sirviera a su rey en lugar del favorito, Skinderiu. Un filósofo insensato, que era consejero del rey, le sugirió que enviara a Alepo a un pintor para que pintara el rostro de Skinderiu, pues iba a necesitarlo. El pintor viajó hasta allí y le pidió a Skinderiu que le dejara retratarlo, y Skinderiu instaló al pintor tras la cortina del harén porque, afirmaba él, solo cuando se amaba con Melixima era puro su rostro. Y el pintor vio a ambos amándose entre las sábanas, pintó a Skinderiu y le llevó el icono al rey de Trebisonda. Y el rey hizo llamar a sus doce filósofos para preguntarles cómo podría poner el rostro de Skinderiu en el espantoso rostro de su hijo Firusah, y once de ellos le respondieron

que era imposible. Pero uno, el consejero particular, dijo que era posible. Solo había que encontrar a un joven que se pareciera a Skinderiu. Revolvieron todo el reino de Trebisonda hasta dar con el hijo de un tendero que era idéntico a aquel. Y el filósofo le entregó una bolsa de monedas y llevó al joven ante el rey. Construyeron una cuba de cristal en la que cabían tres personas, la instalaron sobre la hierba del jardín real y el filósofo metió dentro a Firusah y al hijo del tendero, los ató de espaldas y los aturdió con unas hierbas. A continuación les cortó la cabeza con una espada. Recogió las cabezas y las intercambió, de tal manera que colocó la cabeza de Firusah sobre los hombros del hijo del tendero, y la de este la plantó sobre los hombros del príncipe, y luego las ungió con una crema para que las heridas de la espada cicatrizaran. Les ofreció a continuación otras hierbas y los jóvenes despertaron, y he aquí que el hijo del tendero era ahora Firusah, y este era idéntico a Skinderiu, de tal manera que era imposible distinguir el engaño.

Con estas palabras tu voz de niño de solo nueve años se quebró, porque siempre que contabas esta historia te veías en aquella cuba de cristal y veías al filósofo acercándose a ti con la espada y te parecía sentir el tajo frío en el cuello, y la sangre brotando a borbotones contra el cristal, chorreando por el borde, y veías, temblando de espanto, cómo ajustaba tu cabeza a otro cuerpo, cómo prendía en él y te convertías en otra persona. Incluso ahora, en el trineo, temblabas ante esa imagen, te parecía que no la habías leído sobre otra persona, sino que te había sucedido a ti, en la realidad o tal vez en un sueño. Después de la historia de las cabezas cortadas no habías seguido leyendo el libro; de hecho, lo habías arrojado al fogón de la cocina. Ghiuner sujetó entonces las riendas con la mano izquierda y te pasó la derecha por los hombros para reconfortarte.

Una vez en Sălcuța, paseasteis un rato por la feria. Ghiuner te compró *salep* y *sugiuc* de nueces con mosto, te plantó un gorro de papel de color azafrán en la cabeza, luego tomó también él una botellita de aguardiente, como todos los hombres, y ahora, satisfechos ambos, esperabais que diera comienzo el belén. El señor Petrache, amigo del señor Tachi Ghica, al que conocías de la mansión, se unió a vosotros tras guiñarle un ojo al tártaro en señal de reconocimiento, pero a ti no te hizo ni caso, pues eras un mocoso. La llegada de los bandidos poco después te llenó de asombro y espanto. En la mansión, los criados no hablaban de otra cosa, los llamaban águilas del bosque, los bendecían y felicitaban por ser unos salteadores piadosos con el pueblo, porque todo lo que les robaban a los ricos se lo entregaban a los pobres. Hablaban sobre todo de Jianu, con el que el boyardo joven parecía haber tenido una relación personal.

Cuántas cosas decía la gente sobre él: que las balas no podían

herirlo porque estaba embrujado por Baba Hârca, que poseía vencetósigo y podía romper cualquier candado con los dientes como si de una hostia se tratara. Que si se dejaba apresar por la tropa de soldados era para burlarse de ellos, puesto que ni las cuerdas de seda ni las cadenas podían sujetarlo, y se desprendían de su cuerpo como si fueran hilos. Le dedicaron baladas antiguas sobre sus viajes a Tsargrad, donde atacaba a los turcos con el alfanje, girando en medio de ellos aunque se le echaran encima por centenares. Sobre cómo una vez, cuando estuvo prisionero en la mazmorra de Yedikule, lo alimentaron los cuervos. Sobre cómo secuestró con un caique, por el Danubio, a la mismísima Kyra Kyralina, flor del jardín, concubina de un árabe bezudo, negro y extraño de Ghiulbasan, y la convirtió en su fiel esposa. Sobre cómo se alimentaba de mantas y esturiones, unos peces de ojos humanos que hablaban como los hombres, y bebía el *slivovice* serbio, envejecido durante dos siglos.

Y ciertamente Jianu, al que veías ahora en carne y hueso, rodeado por sus bandidos, era grandioso como los héroes griegos de los que te hablaba tu madre, Sofiana, el veloz Aquiles y el taimado Odiseo; incluso te decías que los habría vencido en una pelea justa, porque era más alto y más fornido que ellos, y los antiguos griegos, en cualquier caso, no podían disparar una escopeta, un arma que no existía en su época. Durante la hora siguiente repartiste tus miradas entre el belén del tablado y los bandidos que devoraban también con los ojos, riendo de buena gana y maldiciendo con admiración, la historia que se desarrollaba ante ellos.

Y la historia del belén de la antigüedad comenzó con un bullicio impresionante: los músicos se esforzaban por vapulear sus instrumentos musicales con toda su alma, el tambor enorme y el violín que te taladraba el oído y el címbalo que les marcaba el ritmo, y con esa música endiablada subieron al tablado Herodes el Grande y un centinela. La música cesó tan bruscamente como había arrancado y aquellos dos comenzaron a hablar para deleite de la multitud. Herodes se enteró gracias a su centinela del prendimiento de tres extranjeros, filósofos y magos de Oriente, que habían seguido una estrella hasta llegar a Belén, para adorar a Cristo, llamado Mesías. Pidió que le trajeran a los extranjeros y el centinela descendió y regresó con los Magos. Estos aparecieron cantando al unísono, y luego Gaspar el árabe, el más importante de los tres, le explicó al rey que habían partido de Persia en busca de un niño que acababa de nacer. Luego tomaron la palabra Melchor y Baltasar y, mientras hablaban ellos, Herodes planeaba en su fuero interno cortarles la cabeza con su terrible alfanje. Los Magos le contaron al rey que los había enviado el profeta Jeremías, el cual había anunciado que un israelita vencería a los poderosos betanios. Herodes revelaba entonces que él mismo era

betanio, y además un poderoso rey cuyo nombre hacía que los pájaros cayeran del cielo y se escondieran las estrellas. Cuando entraba él en Belén a lomos de su caballo negro y empuñando el alfanje, temblaba la tierra. Con estas últimas palabras, los gitanos se arrancaron con la música de nuevo, con más algarabía aún. Todos los del tablado empezaron a patear y a abuchear tanto que parecía que la feria se balanceaba.

Herodes, enderezándose la corona de cartón, siguió contándoles a los Magos que él, cuando entró en Belén, había despedazado a catorce mil niños menores de dos años, y entre ellos al propio Cristo. Eso no pudieron soportarlo los Magos y el astrónomo Baltasar, como lo apodaban en el belén, amenazó a Herodes con fuego y azufre si no se bautizaba en la fe de Cristo, puesto que, al ser un gran hechicero, él podía ordenar a los planetas y a los cometas que cayeran del cielo y quemaran su reino. Herodes se enfureció y los envió a la mazmorra, pero Gaspar cayó de rodillas y rogó al Rey celestial que derramara sobre el reino de Herodes alquitrán, brea y azufre, para que ardiera su palacio y creyera también él en Cristo, y si ni aun así creía, que lo azotaran la peste y la sarna.

Y entonces, ante los ojos de la muchedumbre que sorbía las palabras de los del tablado, ocurrió el milagro que sucedía siempre en el belén de Sălcuța: el despejado cielo invernal, de una pureza de zafiro, se volvió de repente ambarino, luego de fuego, luego una noche azul. En toda la bóveda aparecieron unas estrellas grandes como membrillos que hacían que la cúpula se combara por su peso, y cometas con colas de fuego, y planetas que seguían suavemente su órbita por el resplandor de las vías celestes. Y todo el ejército celestial, las Pléyades, el Águila, Pegaso y Andrómeda, girando alrededor de la Osa Mayor según los insondables caminos de la Divinidad, apuntó sus lanzas y flechas de fuego hacia el insensato Herodes, que se había mostrado arrogante ante el Creador de todas las cosas. Lo atacaron rayos y truenos, se puso rojo como uno de los demonios pintados en la pared de la iglesia donde estaba representado el Juicio Final. Se dejó caer finalmente sobre la tarima, abrumado por la maldición celestial. Entre los cañonazos y los estruendos aterradores, gritaba con toda su alma, retorciéndose como una culebra, lamentándose y pidiendo perdón. Solo cuando Gaspar el árabe lo perdonó, alzándolo del suelo, la bóveda celestial recuperó la calma poco a poco; únicamente el fantasma pálido de la luna llena se adivinaba por el sur. Herodes se levantó entonces, se sacudió el manto y les pidió a los Magos que lo guiaran también a él hasta Cristo para que pudiera adorarlo. Solo que estos sospecharon el engaño y, tras elevarse unos tres palmos en el aire, echaron a volar de repente sobre la feria y se perdieron en el horizonte por el Levante, camino de Belén. Nadie volvería a verlos

hasta el belén del año siguiente.

Herodes no cejó, sin embargo, en sus maldades, sino que le pidió a su centinela que le trajera a un niño menor de siete años, para encontrar a Cristo a través de él y matarlo como a los demás niños. Entonces los músicos empiezan a cantar sobre el nacimiento del Niño en un pesebre, hijo de la Virgen María, de la familia de Abraham, de la simiente de David, concebido por el Espíritu Santo. Y sobre cómo los ángeles celestiales entonan cantos de gloria. Acompañado de este canto de voces dulces, en tono meloso, sube también al tablado el niño de siete años, que le responde a Herodes como si respondiera el catecismo. Puesto que él conoce todo lo que va a suceder, anuncia que Cristo, nacido de una Virgen, vivirá treinta y tres años entre los hombres, que lo bautizará Juan Bautista y que limpiará los pecados del mundo. Sobre él escribirán los cuatro evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Será sacrificado en la cruz y luego, envuelto en el sudario, será enterrado y resucitará al tercer día, para ocupar su lugar en el cielo, a la derecha del Padre. Entonces Herodes se arrodilló y se dio por derrotado, pues él había confiado en que la estrella de Oriente se colocara sobre su cabeza, pero se había colocado sobre la cabeza de Jesús Nazareno. Le rogó así al dios de madera y cobre al que adoraba que recibiera la ofrenda de los catorce mil niños asesinados para que no naciera el Mesías. Entonces una mujer de la muchedumbre gritó con toda su alma: «¡Palabra de Dios, no de hombre!». Y todos los presentes se unieron a su grito: «¡Palabra de Dios, no de hombre!».

Aquí la música arrancaba otra vez, el tambor retumbaba a punto de reventar y las cuerdas de los violines se rompían, saltando por los aires y silbando; las mujeres se aferraban asustadas a los brazos de los hombres, que sabían lo que venía a continuación. El cielo se ensombrecía de nuevo, y una voz grave, vengativa, brotaba de las entrañas de la tierra. Y Herodes agitaba los brazos como si también él quisiera salir volando tras los Magos, pero se desplomaba en el suelo sangrando por la nariz. De su espalda surgían unos gusanos grandes y gordos que volvían sus cabezas ciegas, blancas y negras, hacia el cielo. El viejo jorobado y el bufón, subidos ambos al tablado, se agitaban como locos, echando espuma por la boca, bailando *geamparele* alrededor del cadáver hasta romperse las abarcas. La muchedumbre, atenazada por el pánico, echaba a correr trastabillando, se metía en los agujeros excavados en la nieve por los que había salido, y en la extensión desierta, nevada, no quedaban poco después sino unos tiovivos abandonados, las vacas que mugían, atadas a un poste, y los adornos desperdigados por la nieve. El cielo era ahora tan transparente que reflejaba las vacas y las copas de los árboles y los caballetes de madera llenos de lacitos y las zambombas abandonadas por los niños, y se extendía infinito por la bóveda que se inclinaba

poco a poco hacia poniente.

También vosotros tres huisteis ante la furia de las visiones sobrenaturales, pero no hacia los agujeros por los que salían las humaredas de los hornos de las casas hundidas bajo la nevada, sino hacia los bosques que llenaban las colinas, poblados de hayas y carpes tan altos que seguían formando un bosque, aunque estuvieran cubiertos por la nieve hasta la mitad. Un bosque entristecido, desnudo, sin el canto de los pájaros, con las ramitas negras dibujándose frágiles como una telaraña contra el cielo y tan ralas que distinguías de un vistazo todas las fieras que habitaban aquellos lugares recónditos, jabalíes, zorros y tejones, entre los troncos negros con un lado cubierto de nieve. Pájaros carpinteros con la frente de un rojo bermellón golpeaban los árboles desnudos, haciéndolos resonar como si fueran laúdes. Además de los animales, y tan apiñados como ellos, se veía entre los árboles, en pleno corazón del bosque, a los bandidos de Jianu, sentados alrededor de una alegre hoguera de color naranja, encendida directamente sobre la nieve. Hacia allí os apresurasteis, caminando por la nieve crujiente, con escarcha en las pestañas y en las cejas, y cuando llegasteis junto al fuego y todos los bandidos os aceptaron con la mirada, haciéndoos sitio para que os calentarais las manos, comprendisteis por fin por qué los hombres estaban sentados así, tan apretados, como en la *hora*.[21] Petrache sonreía a punto de echarse a reír, pues él, que ya había estado antes con los bandidos, conocía muy bien la historia. Pero tú y Ghiuner abristeis los ojos como platos, como si se tratara de otro milagro, al ver algo que no os habíais imaginado jamás. Seguramente era aquel el día de las alucinaciones, parecía que todos hubieran tomado belladona.

Y es que los bandidos, vestidos como las gentes de la montaña, con pistolas al cinto y puñales en ristre, con el propio Jianu a la cabeza, tendían ahora la mano, y el criado tonto de este, el viejo, un mequetrefe con el que todos parecían tropezarse hasta entonces, estaba sentado en el centro sosteniendo una bolsa grande con los cordones abiertos, e iba depositando en sus manos un tálero y en la del mismísimo Jianu, siete táleros. Todos mordían la moneda y decían que Dios se lo pague, besando la mano del viejo con gran ceremonia. Luego insertaban el tocino en las ramitas y lo asaban al fuego, mojándolo a menudo con el aguardiente de las cantimploras, que olía a gloria. Después de alabar el belén, que, al parecer, había sido mejor que el de hacía dos años y que el del año anterior, los bandidos unieron sus voces para entonar una antigua canción sobre las hazañas de Jianu, un cántico elaborado, con muchas subidas y bajadas de voces entrecruzadas, como no habías oído ni en la Pascua, en la misa de media noche. Entre todas aquellas voces de artistas cantores se

elevaba, límpida como el agua de manantial y dulce como el vino rosado, la voz del propio capitán de los bandidos, rubicundo y alegre, que representaba tiernamente sus propias hazañas. Resonaba en el bosque una urdimbre insólita de voces. Más tarde, tras muchos cánticos que asustaron a los faisanes en las ramas, se despidieron y todos partieron, de dos en dos, al trote, hacia poniente. Os quedasteis con el viejo, que callaba sonriendo maliciosamente, con los ojos clavados en las llamas de oro extendidas en la nieve. Cayó la noche sobre el mundo.

El tártaro se pellizcaba para comprobar que no se trataba de un sueño: ¿cómo iba a besar Jianu la mano de aquel miserable criado? Se acercó a Petrache y lo escrutó lentamente, mientras tú eras todo oídos:

—Petrache, tú los conoces porque fuiste bandido con ellos tras la muerte de Vladimirescu. ¿Adonde se ha ido toda esa gente? ¿Qué es esta comedia de feria que se ha representado aquí?

Y Petrache, un tanto indispuesto después de tanto aguardiente, le respondió que se lo preguntara él mismo al viejo. Y todos tomasteis asientos junto a la hoguera pequeña, al lado de aquel.

—Compadre —empezó suavemente Petrache, inclinándose hacia el criado—, este tártaro al que llaman Ghiuner y este muchacho son criados de confianza del señor Tachi de Ghergani. Si les cuentas el secreto de los bandoleros, no se lo dirán a nadie, lo juro por la cruz. Pongo la mano en el fuego por ellos.

El viejo elevó su cabeza grande y calva, y los ojos, que veíais por primera vez, os parecieron tan inteligentes y agudos que iluminaban todo su rostro. Enderezó también la espalda.

—Querido Petrache, no debes poner la mano en el fuego por nadie, pues podrías quemarte por quien no lo merece. Besemos una vez más esa cantimplora y os contaré una historia que, aunque no es milagrosa, es al menos verdadera. Pues rara vez son las cosas en este mundo como las ven nuestros ojos de carne, que se dejan engañar con mucha facilidad. Tal vez siquiera este mozalbete, que parece espabilado, aprenda algo con esta historia.

Y la historia del criado de Jianu, devanada por él mismo mientras caía la noche y en la bóveda morada aparecían las primeras estrellas, relatada con primor, con vueltas al pasado y saltos al futuro y giros hacia el día de hoy, como hilos de seda que sujetan un manojo de zinnias, era la del aprendiz de un vendedor de *braga*[22] en las intransitables callejuelas de Bucarest, de cuando se pasaba la pesada página del siglo y surgieron nuevos hombres y nuevas costumbres en la faz de la tierra. Todas las tardes, Iancu, el hijo de un campesino, arrastrado por la pobreza hasta el fango del mercado y acogido como criado por el turco Suleyman, el de la *braga*, un hombre bueno y caritativo, molía finamente la harina de mijo con la que se elaboraba

la *braga*, o la *boza*, como decía su amo en su lengua, y vertía luego sobre ella agua fresca de la fuente del barrio. Por las mañanas la acarreaban ambos por las callejuelas tortuosas, entre casas ruinosas con una adelfa delante, entre los ladridos de los perros y acosados por los mendigos, Suleyman con un cubo de chapa rebosante de la bebida turbia en la que flotaba un bloque de hielo transparente, y el pequeño Iancu con una taza de la que, uno tras otro, bebían todos los clientes, y con el talego en el que guardaba los céntimos. Pero, ante todo, el muchacho llevaba en el cinturón un garrote, indispensable para las peleas con los vendedores de *salep*, en eterna disputa con los del gremio de vendedores de *braga*: en cuanto se encontraban en el polvo del mercado se enzarzaban, entre las burlas de los necios y los ladridos de los perros callejeros. ¡Cuántas veces volvieron a casa con la ropa desgarrada, el talego abandonado en el polvo del mercado y las cabezas rotas, e incluso a veces, víctimas de un atraco, habiendo perdido toda la ganancia!

Y así, poco a poco, el niño creció en edad si no lo hizo en altura y, cuando el bueno del turco se fue al otro mundo a disfrutar de las huríes y del *pilaf*, todo bien merecido, pues en este mundo no había disfrutado de ello, abandonó el poco rentable negocio, se hizo soldado de la Agía y llegó enseguida a capitán. Aquí, su misión era organizar destacamentos que recorrieran los bosques en busca de los bandidos salteadores del camino principal. En poco tiempo consiguió conocerlos a todos, saber de qué eran capaces: tres o cuatro andrajosos detenían los carruajes de los boyardos, les ponían las escopetas en el pecho y los dejaban en camisola, y estos realizaban incluso ofrendas en la iglesia porque les habían perdonado la vida. Ninguna banda de criminales actuaba más de un año o dos: todos eran capturados por el destacamento, torturados sin piedad y ahorcados en el centro del pueblo o enviados a la mina para que extrajeran sal.

A Iancu aquello no le gustaba nada. No para cazar ladrones y salteadores había entrado en la Agía. Recordaba sus altercados con los vendedores de *salep* cuando era un crío, cómo peleaban como cuervos en el polvo, a veces durante una hora entera, y qué inmensa victoria era derramar el *salep* de orquídeas, endulzado con miel, de su rival. Recordaba a algún ciego que cantaba en un cruce de caminos sobre el Pavo Real de los Bosques o sobre Gruia Novac o Pintea el Bandido, grandes ladrones de otros tiempos, a los que temían incluso los soldados y de los que se enamoraban las damiselas. ¿Dónde estaban las hazañas de los valientes de otra época? ¿Dónde estaban los famosos ladrones a los que los músicos dedicaban canciones, los bandidos que bebían una barrica de vino de un tirón y que asaban un cabrito entero y ponían al destacamento patas arriba como si fueran los juguetes de un niño de teta? ¿Dónde estaban los grupos de treinta

o cuarenta valientes que asaltaban incluso al Vaivoda si cruzaba por su reino de fresnos y olmos? ¿Dónde estaban los aldeanos que, cuando entraban los valientes en el pueblo a lomos de sus caballos, se inclinaban y se quitaban la gorra, mientras ellos les lanzaban monedas de oro, llenos de compasión por los humillados y los oprimidos? En estos tiempos, cazar a unos piojosos con el lazo no era motivo de alabanza ni de alegría. ¿Qué placer había en pescar ladrones como en una cazuela, sin que tuvieran siquiera tiempo de agarrar el cañón de la escopeta? Ninguno. ¿Qué satisfacción en colocarlos en la escalera y golpearles las plantas de los pies hasta lisiarlos? Ninguna. ¿Qué alegría en verlos colgados en la colina de los Cuervos? Ninguna. Cuando llegó a capitán, lancu ideó un plan para que el desafío fuera más admirable y más insigne: dado que no había surgido por los bosques de Valaquia en aquellos tiempos convulsos ningún bandido como Dios manda, de la antigua estirpe de los valientes, lancu decidió inventarlo.

En la primavera de 1821, cuando la revuelta de Vladimirescu, lancu convocó en la Agia, con gran secreto, a diez de los músicos más famosos, a Filimon el Junco y Pollito el Platero y Canache Maravilla del Mundo y Tachi Castañuela y Vanea Cecina y Todoraki Luzdemivida y Lența la Putilla y Jilguera Isopeasca y Barbu el Bufón e Iván el Mandadero, los agasajó con un banquete inolvidable y, previa orden terrible de cerrar el pico, les soltó su plan: que concibieran todos las canciones más elaboradas sobre lancu el Bandido, al que también llamaban, pues había venido al mundo en un pueblo del río Jiu, lancu Jianu. Cuando todos, gritando a coro, le dijeron que no sabían de la existencia de ese bandido, él respondió con una sonrisa:

—No existe todavía, pero, si cantáis sus hazañas, no tardará en aparecer.

—¿Y qué podemos decir sobre él? —Vrabia lo miró perpleja.

—Eso os lo diré yo con todo detalle, que para eso os he reunido aquí, no para llenaros la barriga gratis —le respondió, sopesando una bolsa en su mano negra con anillos de cobre.

Todos recibieron su bolsa y, al cabo de tres meses de cantar por los pueblos y las ferias las valientes hazañas de Jianu, recibirían otra idéntica.

—Es cierto, yo soy lancu Jianu —les dijo aquel al que juzgaban criado de los bandidos, sonriendo con humildad, pero también con un brillo burlón en los ojos, y tú y Ghiuner os quedasteis de piedra, olvidándoos incluso de respirar.

—¡Él es Jianu, bravo, hermanos! —añadió Petrache, dándole una palmada cariñosa en la espalda.

—Pero ¿y los bandidos que han venido al belén? ¿Y ese alto, de mejillas coloradas?

—Ah, esos… Son gentes del otro lado de las montañas. Los hemos traído precisamente de Kolozsvár, donde hay una ópera, como en los países de Occidente: el alto es Hanț Himmeldorfer, un famoso cantante con una voz tan delicada que le llaman tenor, y todos los demás cantan en *Tancredo*, la obra maestra del maestro Rossini. Cuando los hago venir, aunque les pago bien, no les apetece demasiado ponerse en camino, porque los veinte, con Hanț a la cabeza, están enamoriscados de la Amenaide de la ópera, Ildiko es su nombre verdadero, así que vienen todos en manada, no vaya a ser que se quede uno en Kolozsvár a solas con ella. En ocasiones como esta, como la de Sălcuța, pero también cuando andamos con las escopetas por el bosque, tienen que mostrarse como salteadores que parezcan salteadores, que de lo contrario la gente empieza a sospechar algo, y no me gustaría que se descubriera que el bandido más famoso es el propio jefe de las patrullas, que pelea consigo mismo…

En poco tiempo, el país estaba salpicado de baladas sobre las insólitas hazañas de Jianu, sobre su banda de ladrones, cada uno con su nombre, su carácter y sus versos —Zdrelea, Buricea, Gogu y muchos más—; sobre Roda, su hermana del alma, que les lavaba la ropa y les hacía la manduca, y a la que no ponían un dedo encima pese a que era bella como un hada; sobre sus caballos zainos y pintos, sobre sus armas fabricadas en Málaga y los espadones forjados por los herreros de Damasco. Todo eran cuentos para niños, pero los vecinos bebían los vientos por ellos. En los mercados aparecieron libritos sobre Jianu, tapices con el rostro de Jianu, y en los zocos se vendían Jianus de bizcocho. De vez en cuando los bandidos de Kolozsvár se presentaban en un pueblo y obsequiaban a las viudas y a los huérfanos y les entregaban la dote a las mozas casaderas. Algún que otro anciano canoso, olvidado por Dios en esta tierra, recibía como limosna un *icosar* de oro de manos del propio Jianu, y todo el pueblo lo veía y lloraba. El viejo besaba luego, con la gorra apretada contra el pecho, la mano de Himmeldorfer, el maestro cantante, bendiciéndolo. Pocos conocían a Dimitrie Ghica Vodă, el señor de Valaquia, encerrado en sus palacios, pero todos conocían ya a Iancu Jianu.

A fuerza de luchar contra aquel bandido astuto y jamás visto, que asaltaba los carruajes señoriales en el camino principal, Iancu había ascendido en la jerarquía de la Agía —también llamada Policía en época más reciente—, de tal manera que en dos o tres años vio cumplido su sueño de convertirse en *agá* de Bucarest. Las patrullas que enviaba a los bosques impenetrables en busca de los salteadores que él mismo había inventado asaltaban a su vez el camino principal y le entregaban todo lo robado: herramientas y pendientes y pulseras, jarrones y perlas de aquellos mares llamadas Ormuz, así como las monedas, táleros de oro de Bécs, florines de los Países Bajos y nuestros

mahmudes, que se repartían por todo el Levante e incluso por Persia. «Dios no me ha dado hijos —les dijo pesaroso el viejo—, pero de todas formas he creado una persona, a Jianu, y creo que es lo más valioso que he hecho en el mundo. Pues en este mundo malo que ha olvidado a Cristo, el hombre debe creer en la existencia de algo bueno y justo que lo protege de los lobos y los leopardos de rostro humano que se han multiplicado por todas partes durante este siglo». Cuando acabó su historia, el verdadero Jianu tomó un largo trago de aguardiente y lo escupió al fuego; luego guardó silencio un buen rato. Solo un pájaro carpintero que no tenía sueño se oía repiquetear en la distancia, pero enseguida también él calló.

Desde el día de aquel belén inolvidable de Nochebuena, año de 1827, en tu mente quedaron grabados Jianu y los bandidos. El viejo había sido bueno contigo: no te había tratado como a un mocoso, como hacían todos, sino que te había hablado de frente y con claridad, mirándote a los ojos como a un hombre; parecía haber adivinado en ti al bandido que llegarías a ser, como ese tratante de caballos que reconoce el garañón de raza, por algunas señales ocultas, desde que es un potro. Te encontrarías de nuevo con él unos años más tarde, en la ciudad de Bucarest, cuando vivía en la casa del señor Tachi en la Ulița Beilicului, en tiempos de peste y de gran discordia entre cristianos. Por el momento, el jefe de los salteadores, jefe también de la Agía, se había llevado los dedos a la boca y había silbado, y tras esta señal se acercaron cuatro jinetes albaneses de confianza, que habían permanecido hasta entonces agazapados tras unos troncos gruesos. Partieron juntos, y tú y Ghiuner, abrumados por las visiones de ese día, os dirigisteis también a casa. En el trineo no pronunciasteis ni una palabra, tan solo os deslizasteis bajo los cielos abovedados, cargados de polvo de estrellas. Sentías en la nariz su perfume amargo, como si la bóveda fuera un campo florido, lleno de nicociana.

Os costó encontrar la mansión por el brillo de la luna en las ventanas del torreón superior, el único que no estaba enterrado bajo la nieve; allí amarrasteis el trineo y bajasteis luego a una especie de sótano de dos pisos, tanteando por las escaleras y los corredores, para llegar finalmente al puerto de vuestros camastros. Dormías todavía en el mismo lecho que tu madre, Sofiana, junto a cuyo cuerpo caliente te metiste como un bloque de hielo, y ella, en sueños, te abrazó para darte calor. Poco después vuestro lecho se balanceaba como un caique hechizado sobre las olas apacibles de la noche invernal.

11

En los últimos coletazos de la terrible era de Zemene Mesafint —la de los príncipes guerreros, por culpa de los cuales la grandiosa Etiopía, recordada por el profeta Isaías como un país tan poderoso y orgulloso como Egipto, se convirtió en la tierra del crimen, dominada por los gavilanes y las hienas carroñeras—, se sublevó en los territorios del norte un poderoso señor, llamado Dejazmach Wube Haile Mariam, que de forma impertinente e insensata se hacía llamar Ye *Abesha Nigus*, es decir, Rey de Etiopía. Al igual que otros hombres belicosos de aquellas tierras africanas, él quería olvidar que el país tenía un emperador de la estirpe de Salomón, aunque fuera uno endeble, llamado Yohannis III, una marioneta de madera en manos del chambelán Ras Ali, el verdadero señor del reino. Yohannis podía pertenecer a la estirpe salomónica, decían todos estos guerreros, pero ¿creía él en el Señor Jesucristo? ¿Se sometía a la sagrada Iglesia etíope tewahedo? Circulaban los siniestros rumores de que el emperador, al igual que su protector Ras Ali, profesaba en secreto la sucia fe mahometana de los clanes de los que ambos procedían, multiplicando así el número de perros infieles en el cristiano país de Etiopía. Y aquí los insurrectos encontraban un motivo para derrocar su gobierno.

Para ello necesitaban, sin embargo, un hombre santo e intachable, un obispo venido de la ortodoxa Alejandría, y de eso se ocupó Dejazmach Wube en primer lugar. Abrumó con obsequios a los turcos que gobernaban Egipto, y también al santo patriarca de la Iglesia copta, hasta que estos tuvieron a bien enviarles a Abune Sellama II, anciano y lampiño, envuelto en una clámide verde como el pistacho y con una sempiterna cruz de madera de olivo en la mano derecha a modo de báculo episcopal, un hombre más del odio que del amor cristiano, para que fuera la cabeza de la cristiandad en Etiopía. En cuanto llegó a Simien, la ciudad del trono de Wube, decretó el anatema contra Yohannis y contra Ras Ali, y los tachó de *catohlepas*, las fieras de ojos venenosos de las tierras etíopes. Espantado por los suplicios del infierno, el endeble emperador huyó adonde Wube, traicionando así a su protector. Se vengaba de esta manera de todas las humillaciones de Ras Ali, que lo había obligado incluso a casarse con la madre del chambelán y a coronarla con el nombre de

emperatriz Menen. El poderoso gobernador se quedó solo en la ciudad de Debre Tabor y se preparó para la batalla que tendría lugar. Sabía lo poderoso que era el general Wube. Conocía sus extensas alianzas por el mundo. Había oído hablar del francés Lefebvre, que instruía su ejército y que lo había dotado de mosquetes bávaros, los más modernos en aquella época. Pero él confiaba en sus treinta mil soldados, tantos como los del enemigo y, sobre todo, en su invicta caballería. Hizo subir a todos ellos a una de las dos colinas situadas frente a frente, separadas por una llanura de barro rojo, pegajoso, y clareó los bosques de sicómoros donde se encontraba el monasterio. A la otra colina encaminó su ejército el general Wube. Brillaba un sol abrasador y no había una gota de humedad. En los cielos se desplegó un gigantesco pañuelo, con borlas de oro en los extremos, que llevaba la inscripción de «Batalla de Debre Tabor», bajo la cual estaba anotado el año del Señor de 1842.

Dos años llevabas tú allí, Theodoros, a la sombra de los muros del monasterio, desde donde los rostros morenos de los ángeles te contemplaban con sus ojos enormes, dementes y demasiado perfilados en negro, que tu antiguo camarada de bandidaje y vagabundeo por todo el Archipiélago, Sisoe, habría comparado con los que había visto en otra época en Grezzano, en el altar de la iglesia de Santo Stefano: los ojos salvajes de los santos y del Niño, perfilados por el extraño, saturnino, Rosso Fiorentino. Los dos años transcurridos con el incomparable libro *Kebra Nagast*, que brillaba como las piedras preciosas y cuyas páginas olían a muguete, y con tu compañero de *tella* y sabiduría cristiana, el bondadoso Kassa Haile Giorgis, que se había encariñado contigo como esos gemelos que vienen al mundo unidos por el vientre y presagian terremotos y caídas de imperios, fueron suficientes para convertirte en un auténtico etíope. El sol de Etiopía había tostado y atezado tu rostro, hablabas a la perfección la lengua ge'ez, además del rumano y del griego mamado de la teta de tu madre, y averiguaste gracias a Hailu, y sonsacando también a otros, todo lo que se podía saber sobre el país que te había acogido entre sus fronteras como a un vagabundo y un extranjero deseoso de descubrir al Cristo verdadero. Conocías la historia de los etíopes desde Salomón y la reina de Saba hasta los días terribles que habías vivido tú, con todos los reinos y todos los entresijos y todos los secretos, todas las hazañas y todas las muertes violentas de las historias escritas por sus sabios. Vestías ahora su atuendo, practicabas sus curiosas costumbres, y las maquinaciones de tu mente se desarrollaban tal y como habías decidido muchos años atrás, de tal manera que, aunque no eras sino el último etíope sobre la faz de la tierra, todas tus esperanzas permanecían intactas.

La batalla que siguió abarcó también los lugares donde se elevaba

el monasterio, así que fuiste su testigo y escapaste de las llamas por los pelos. A lo largo de tu vida habías presenciado peleas y saqueos en el corazón de los bosques, hundimientos de barcos y asaltos a los serrallos, secuestros de las huríes de los harenes y cañonazos lanzados desde la bodega de los veleros contra los puertos. Pero tus ojos nunca habían visto una batalla como la que se estaba preparando y que pasaría a la historia como el más curioso enfrentamiento entre ejércitos ocurrido jamás en Etiopía y, tal vez, en el mundo entero.

Subiste con Hailu a la torre del monasterio, desde donde se abría una infinita perspectiva, a través del aire azulado, sobre el campo de batalla. Esa insensatez estuvo a punto de costaros la vida ese día en que, por hallarse a ras de suelo, ardieron muchos monjes y todo su tesoro de textos sagrados. Pero no permitimos que murieras entonces, pues tú tenías otro destino ya desde el comienzo del mundo, cuando nosotros decidimos simultáneamente, en un solo momento deslumbrante y por la voluntad de Quien no tiene principio ni fin, el vaivén en la brisa de cada ramita y de cada hebra de cabello de la cabeza de cualquier hombre, y de cada ala de pájaro que desgarra el satén celestial, en todos los instantes de los 7350 años transcurridos desde la Creación del mundo hasta que subiste a la torre del monasterio de Debre Tabor, para contemplar a las huestes que iban a enfrentarse. Nosotros hemos sabido siempre qué va a suceder, tal y como sabemos también lo que sucedió, pues para nuestros ojos grises, separados y serenos, el mundo es tan solo un bloque inmóvil en la eternidad, solo un libro que escribimos íntegramente en el principio, mientras que el hombre lo lee página a página, sin saber qué vendrá en la hoja siguiente.

La batalla comenzó con el sonido de los cuernos y el lanzamiento de cañonazos, y los miles de gritos guerreros como rugidos de león bajo los deslumbrantes cielos de África. Los soldados lucían en la piel unas marcas dibujadas con yeso, las de los clanes de los que procedían, y tensaban en el viento los arcos con cuerdas fabricadas con la piel del miembro masculino de los camellos. Sus cascos eran cráneos de vaca, que conservaban todavía los cuernos, sujetos bajo la barbilla con lazos de colores. Sus caballos estaban cubiertos por completo con plumas de pavo real y de avestruz, y en la frente llevaban unas placas de oro pulido, cuyo brillo te cegaba. Incluso las pezuñas estaban pintadas en oro, turquesa, bronce y cochinilla, de tal manera que en cada pata veías un color distinto. Las huestes llevaban por delante sus antiguos ídolos de madera y yeso, curtidos por los vientos y las lluvias de sus aldeas, sobre los que revoloteaban las banderas con la cruz del Redentor. Obispos vestidos de verde y violeta, con muletas torcidas de madera dorada, les hablaban a las huestes y las bendecían, y los chamanes les ofrecían para insuflarles

valor unas bebidas más apestosas aún que el *kosso*.

Cuando los arúspices encontraron las señales propicias, pues la liebre rajada tenía el hígado firme al tacto, del color de la hoja de *gesho*, Dejazmach Wube dio la orden de comenzar. El voceador, un hombre barrigudo, de barba hasta el ombligo, que no hablaba jamás en aras de conservar la voz para los momentos difíciles de las batallas, lanzó un largo grito de viuda que llora el cadáver de su esposo e hizo que los caballos se estremecieran y se pusieran firmes, y que a los soldados se les erizara el vello de los brazos. Todo el ejército, con la caballería al frente, se lanzó hacia el valle, haciendo temblar la tierra y alborotando el azul del cielo, a lomos de los caballos que ondeaban sus crines trenzándolas con mechones de aire. Era como si la colina entera se precipitara sobre el valle en un terrible deslizamiento de tierras que engullía casas, vacas y sembrados. Los estandartes de seda restallaban y se desgarraban en el vacío, el viento silbaba a través de los cráneos de vaca, y los aullidos de bestia herida parecían el rugido de las aguas turbulentas.

En la otra colina, los hombres de Ras Ali, vestidos con pieles de hiena y pintados los rostros con tierra ocre, bajo banderas en las que Cristo, con la corona de espinas en la cabeza, colgaba de una cruz inmensa, para que no dijeran los maledicentes que el chambelán tiraba hacia el islam, se insuflaban ánimo fumando unas pipas llenas de *khat* o de una mezcla de hierbas y hongos alucinógenos. Sobre ellos no volaban los pájaros, pues todos caían en picado por aquel aroma venenoso que se elevaba muchos metros sobre las cabezas del ejército. Los caballos tenían dibujados en sus pieles negras y brillantes, con líneas de yeso, los huesos del cráneo, de la espina dorsal y de las costillas, de tal manera que los jinetes parecían cabalgar unos esqueletos enormes que provocaban el espanto de los enemigos.

Ras Ali no poseía nada de la majestad del general Wube. Perdido en sus abultados ropajes de gala, era pequeño como un pollo de gallina, pero tan cruel y diabólico que lo temían no solo los etíopes, sino también los egipcios y los nubios, y rajaba con su propia mano, por cobardes, a los soldados heridos por la espalda en las batallas. Cuando vio que las huestes del general se abalanzaban hacia el valle rojo, Ras Ali no se amilanó. Dio también él la orden de comenzar la lucha, y su voceador la reprodujo lanzando con toda su alma un grito tan prolongado que parecía brotar de los pulmones de cuatro hombres a la vez. Su ejército salió a la carrera en filas apretadas, cantando un himno heroico y agitando bajo los cielos sus carabinas con bocas en forma de lirio y sus lanzas embadurnadas con sangre de sapo venenoso.

Desde la torre, los dos jóvenes vieron cómo se acercaban las huestes, cómo llegaban al mismo tiempo al pie de las colinas, cómo

cruzaban la llanura en diagonal, corriendo y gritando, listos para despedazarse unos a otros. Decenas de miles de soldados colorearon el campo con sus plumajes y sus brillos, miles de relinchos llenaron el aire azul, a punto de bullir, en tanto que solo doscientos o trescientos pasos separaban ya a las tropas. Y de repente las hordas se vieron cara a cara, gesticulando y mostrándose las insignias tribales. Se distinguía ahora perfectamente cada rostro salvaje: ojos desorbitados, dientes brillantes, las armas a punto de clavarse en los cuerpos, caballos echando espuma por los bocados, listos para morder el cuello de los enemigos. Las banderas ondeaban en todo el cielo. Los ídolos aterradores, pintados en colores chillones, se enseñaban los dientes. A todas luces, la carnicería era inevitable y mares de sangre llenarían el campo aquel día de febrero de 1842. Cuando las huestes se encontraban a tan solo cien pasos, corriendo y galopando sin parar, Hailu se cubrió los ojos con las manos.

Sin embargo, tú seguiste mirando, ¿cómo ibas a perderte un enfrentamiento semejante? Así que observaste sorprendido lo que no podía ser, lo que nadie habría podido imaginar, ni siquiera un profeta. Porque, situadas una frente a otra, al ver el odio y el arrojo en los rostros de los adversarios, a las huestes las invadió de repente un terror infinito. Se detuvieron sujetando las riendas con tanta fuerza que estrangularon a los caballos y las filas entrechocaron amontonándose. Solo veinte pasos separaban a los soldados y estos se habían detenido, temblando e imaginando de mil maneras la muerte terrible que los esperaba al cabo de unos instantes. La franja de tierra roja, africana, del centro, les parecía ahora un río de sangre. Un gemido unánime, desesperado, subió por su garganta y sesenta mil guerreros, temblando como chiquillos, se dieron la vuelta y echaron a correr de nuevo hacia las dos colinas, más rápido de como habían bajado, arrojando los escudos, las banderas y los ídolos, pisándose por llegar cuanto antes a sus campamentos en la cima. Al verlos subir desesperados, en grupos de miles de soldados, ni Dejazmach Wube ni Ras Ali podían creérselo. Se frotaban los ojos y se clavaban el puñal en el muslo, pues creían estar soñando. En media hora, los ejércitos volvían a estar junto a sus tiendas, de donde habían partido a la batalla, como si el tiempo hubiera dado marcha atrás. Los soldados, de nuevo en formación de combate, resollaban sin aliento y soportaban, rojos de vergüenza y cabizbajos, la reprimenda de sus señores, que vociferaban fuera de sí. En el campamento de Wube, tres oficiales fueron castrados al momento delante de las huestes. En el de Ras Ali, este estranguló con su propia mano a los dos capitanes que le parecieron más cobardes. Durante un rato, en una y otra colina, no se oía sino el jadeo de los miles y miles de pechos de los soldados, ahogados por el ascenso de la colina a toda velocidad. Transcurrió

media hora de abatimiento y desesperación, tras la cual los voceadores, rugiendo con toda su alma, volvieron a lanzar la señal de dar comienzo a la batalla. En columnas, los ejércitos partieron otra vez, a la carrera, hacia el lugar de la batalla, decididos a limpiar esta vez la vergüenza de la primera estampida.

Siguieron más gritos y galopes, más estandartes restallando en el viento, hasta que las tropas armadas volvieron a encontrarse cara a cara, confiando más que nunca en sus obispos y en sus ídolos, en sus sortilegios y en sus pipas con aromas mágicos, en sus lanzas y sus escopetas jamás utilizadas hasta entonces. Pero cuando volvieron a verse cara a cara, se espantaron de nuevo ante el ardor en los rostros de sus enemigos y, atenazados por un espanto sagrado, sin perder un instante, salieron corriendo otra vez, castañeteando los dientes, hacia las colinas protectoras, y el campo central quedó más sembrado aún de las impedimentas perdidas en el espanto ante una batalla que tampoco esta vez había sucedido. Reíais ya como locos en la torre de la iglesia al ver aquellos acontecimientos insólitos que pasarían a los anales, pero los generales de las dos colinas boscosas no reían en absoluto; a los soldados les parecía incluso que a los señores les había dado un soponcio. Con el rostro más colorado aún que los ídolos, con los ojos desorbitados y las lenguas balbuceantes, Ali y Wube volvieron a hendir barrigas y a sacar intestinos y a empalar, se arrancaron los cabellos de la cabeza y se arañaron las mejillas, dispuestos casi a sacarse los ojos por la rabia, hasta que, aceptando su destino, dejaron que los soldados descansaran y comieran algo durante un par de horas. Tras lo cual, a patadas, juramentos y empujones, los despacharon de nuevo a la batalla.

Por tercera vez descendieron los ejércitos las colinas gemelas de Debre Tabor, bajo unos cielos que declinaban ya hacia el anochecer. El rosado que cubría el paisaje se tornó rojo como la sangre en el ocaso. Los cañones de las armas y las placas entre las orejas de los caballos no lucían ya como el oro, sino que brillaban apagados como el ámbar. Los ruidos se acrecentaban en el valle, perturbando el silencio bajo la bóveda celestial. Cuando los ejércitos se vieron de nuevo frente a frente, las primeras filas recordaron por fin que estaban armadas hasta los dientes y lanzaron unos disparos de escopeta. Cayeron tres o cuatro muertos en cada lado, mientras el resto de los soldados dudaba si tomar parte en la contienda. Ras Ali, observando la batalla con el catalejo, vio cómo algunos de los suyos caían al polvo y pensó que había llegado el fin del mundo. «¡Estamos perdidos!», suspiró espantado y, sin esperar el desenlace del combate, montó en su caballo y, en compañía de algunos consejeros y soldados, salió huyendo hacia donde se perdía la vista. En la otra colina, el general Wube vio a cuatro jinetes suyos desplomarse de los caballos, abatidos

por el enemigo, y lanzó un gemido desgarrador: «¡Jesús, ten piedad de nosotros! ¡Estamos acabados!». Dicho lo cual se apresuró también a salir huyendo, con su séquito, por el otro lado de la colina, lo más lejos posible del ejército enemigo. A falta de los todopoderosos príncipes guerreros, las huestes regresaron, esta vez al paso, a sus tiendas en la cima de las colinas, felicitándose cada una por su aplastante victoria. Poco después, en los dos campamentos se encendieron fogatas y se escucharon cantos de celebración.

Pero los mensajeros, en sus veloces caballos, alcanzaron enseguida a Dejazmach Wube para comunicarle la gran notica de que su enemigo, Ras Ali, había huido del campo de batalla. «¿Así que he vencido?», preguntó incrédulo el general, deteniendo al instante al caballo lleno de espumarajos. «¡Habéis vencido, Alteza!», exclamaron aquellos, inclinándose, y Wube regresó de nuevo corriendo hacia el campamento, con tanto ímpetu como antes había huido hacia los bosques. Cuando la luna salió, pálida en el cielo todavía luminoso, donde el pañuelo con el nombre de la batalla ondeaba sobre las nubes, el general condujo sus tropas hacia el valle y entró triunfante en Debre Tabor, una ciudad de adobe que arrojaba sombras sucias a la luz de las antorchas. Desfilaron en primer lugar los músicos con sus curiosos instrumentos, la *begena* con sus diez cuerdas, el *klar* de madera de seis cuerdas, el *wasinth* de bambú y el *holduwa* de cuerno de carnero, entonando simultáneamente el *Majangir* de Simen al ritmo de los tambores *kehero*. Seguían los cien mosqueteros con los cañones de las escopetas apoyados en el hombro del de delante y los quinientos jinetes de caballería, tras los cuales venía el mismísimo general, a lomos de su caballo con plumas de avestruz y una máscara del demonio llamado Yezekiel. El grueso del ejército cruzó asimismo por la puerta de madera hasta abarrotar el interior de la ruinosa muralla de piedra que rodeaba Debre Tabor. Wube desmontó del caballo y entró en el palacio, también de adobe, pero decorado con estatuas de antiguos reyes y obispos, de Ras Ali. En el salón principal ocupó su trono de madera, que parecía más bien un arcón sobre el cual alguien hubiera arrojado con descuido un trapo viejo y raído, y, empuñando el cetro, recibió benevolente el homenaje de los habitantes, que se apresuraron a presentarle sus respetos ofreciéndole como dádiva sandías, higos y peces recién pescados en el río cenagoso que atravesaba la ciudad.

Mientras Dejazmach Wube, satisfecho de su victoria, contemplaba los peces que agitaban todavía la cola en el mosaico del suelo, oyó de repente un jaleo en las puertas del salón. Era sin duda el ruido de una pelea, gritos de agonía y de ánimo, entrechocar de espadas y disparos de carabina. El general se puso en pie de un brinco empuñando el sable, pero toda resistencia resultó inútil, pues las puertas saltaron

hechas añicos y en la sala irrumpió el terrible Aligaz, la mano derecha del chambelán Ras Ali, el cual, disfrazado de mulero con unos diez soldados más, había entrado tranquilamente en Debre Tabor, pasando en medio del ejército de Wube, que festejaba con *tella, borde* y *shamita*; cuando por fin llegaron ante el general, lo hicieron prisionero en nombre de su poderoso señor. Con el alfanje en el cuello, Dejazmach Wube ordenó a su ejército abandonar la ciudad. La victoria, como un gallo de hojalata que gira según el viento sobre un tejado, era ahora de Ras Ali.

¿Pero dónde estaba Ras Ali, el gran vencedor, el *Reese Mekwanit* de Etiopía? Pasó la noche y llegó el alba del día siguiente, y sobre Ras Ali, el vencedor de Debre Tabor, nadie sabía nada. Lo habían visto tan solo huir hacia el sur, hacia los bosques, con varias decenas de fieles tras él. Durante una semana, sus soldados lo buscaron por todas partes, en las colinas y los valles de alrededor, pero no consiguieron dar con su rastro. ¿Habría perecido en la batalla? No se encontraba, sin embargo, entre las ocho víctimas apiladas en un pequeño túmulo al que iban a dar fuego como muestra de veneración por sus hazañas. ¿Lo habrían llevado a los cielos, como al antiguo Rómulo, como a Amílcar y como a otros guerreros desaparecidos después de la batalla? Nadie sabía qué había decidido hacer Dios con su chambelán. Aligaz se disponía ya a convertirse en el nuevo protector del emperador Yohannis III cuando sucedieron otros hechos extraños.

Durante la batalla, amparadas por el fragor de la contienda, las tribus musulmanas de Raya y Azebo, de las que descendían los lejanos antepasados de Ras Ali, se alzaron en armas y, al abrigo de la oscuridad, se escabulleron hacia los muros del monasterio. Los divisasteis desde la torre, tú y Hailu, porque no os habíais molestado en bajar en todo el día ni para comer ni para hacer vuestras necesidades; al fin y al cabo, ¿cuántas veces asiste el hombre en la vida a una batalla tan feroz? Teníais agujetas de tanto reíros, como se reirían durante décadas los etíopes de la más penosa batalla de su historia, de Africa y del ancho mundo bajo el sol, pero cuando distinguisteis a los cientos de hombres silenciosos, con turbantes y dagas entre los dientes, que se acercaban al monasterio, se os congeló la risa en los labios. Los recién llegados rodearon el santo recinto empuñando antorchas empapadas en azufre. De repente el fuego estalló por todos los rincones del monasterio y los bondadosos monjes salieron al patio interior con sus túnicas de colores con las que dormían también por la noche, con los libros de oraciones bajo el brazo, corriendo despavoridos antes de acabar apuñalados y abrasados por las antorchas de los guerreros tribales. Las lenguas de fuego ascendían a los cielos con una furia inconcebible, con un rugido apocalíptico.

Kassa permaneció inmóvil, contemplando las llamas con ojos atónitos en los que el fuego brillaba con más intensidad que en el cielo. Temblaba como un junco, carente de voluntad y de valor para enfrentarse al mundo. Aquella noche, al ver cómo el sagrado recinto que lo había acogido durante tantos años era presa del fuego y de los demonios de rostro humano, algo se quebró en él para siempre. Tuviste que arrastrarlo, con gran esfuerzo, hasta la bóveda desde la cual Cristo Redentor, con sus ojos castaños, severos y piadosos a la vez, se combaba sobre vosotros como un pájaro que protegiera a sus polluelos bajo las alas extendidas. Solo el arco de la bóveda pintada de azur y añil, apoyado en unas gruesas columnas de piedra talladas con imágenes de santos, devoradas por el paso de los siglos, resistió las llamas arrasadoras, y seguiría en pie muchas más décadas todavía, una ruina abandonada y triste en medio de la llanura. Cuando llegaste a ser emperador, te demoraste allí en un ocaso, bajo el arco que desafiaba aún al vacío.

Ardieron aquella noche ochenta monjes y otros tantos servidores o seglares, al igual que unos ornamentos sagrados de valor incalculable, iconos y libros antiguos, encuadernados en piel de hipopótamo, con incrustaciones de ópalos y jaspes. Solo vosotros dos, resguardados en el corredor que rodeaba la bóveda, con la escalera de madera quemada, de tal manera que tuvisteis que descender, más adelante, sujetándoos a los lirios y tallos y a las barbas de los santos esculpidos en las gruesas columnas de piedra, salvasteis la vida en medio del incendio. Visteis desde arriba cómo, satisfechas con su hazaña, las tribus se retiraban en la noche de la que habían surgido, y al cabo de unas horas, cuando el fuego se hubo apaciguado, escuchasteis de nuevo ruidos unos veinte metros más abajo.

Eran Ras Ali y sus leales, muertos de espanto, pues se creían perseguidos por el general Wube, al que esperaban en cualquier momento dispuesto a atraparlos y someterlos a unos suplicios terribles antes de arrojar sus cadáveres a las hienas. Habían entrado sigilosamente y se habían escondido bajo la tierra devorada por las llamas, en una de las celdillas que todo monasterio tenía, donde almacenaban el trigo y el sorgo, la carne de camello seca y los cántaros de agua necesarios para épocas de sinsabores como esa, y allí permanecieron ocho días, sin que nadie lo supiera, hasta que escucharon los sonidos familiares de la *fannta*, la flauta de veintitrés tallos de junco de las tierras del chambelán imperial. Desde las profundidades de la tierra, Ras Ali aguzó el oído ante el sonido de la más que conocida flauta, pues era la de su infancia, y comprendió que se trataba de sus mesnadas. Solo entonces salió, junto con sus camaradas, del agujero, para ser abrazados y levantados en volandas por los oficiales que los habían buscado durante todo ese tiempo.

«Esto quiere decir… ¿que hemos vencido?», preguntó aturdido Ras Ali, estornudando por reacción a la luz, a la que se había desacostumbrado. «¡Habéis vencido, Alteza!», respondieron ellos y se inclinaron hasta tocar el suelo.

Así resultó que, tan solo diez días después de Dejazmach Wube, Ras Ali entró también triunfante en Debre Tabor, también él llenó a rebosar la ciudad de soldados ahítos de *tella* y con ganas de pelea, se dirigió también él al inmenso salón de ceremonias y se sentó también en el trono de madera, cubierto con el histórico harapo, una antigua bandera en cuya urdimbre se distinguían aún unos hilillos de oro. Los vecinos le ofrecieron también a él, como dádiva, las mismas sandías y los mismos higos, así como unos peces rojizos que se agitaban en los charquitos del mosaico del suelo. Allí hizo llamar el chambelán al general Wube, deteriorado tras permanecer una semana encadenado, al que, para sorpresa de todos, besó en ambas mejillas, poniéndose de puntillas sobre sus babuchas, y devolvió el gobierno de sus tierras, Simien, Tsegede, Wolkait, Tigray y muchas más, hasta el lejano Wollo. Pues en ausencia de Wube, le habían susurrado al oído sus consejeros, aquellos territorios se sublevarían al instante y dejarían de pagar el tributo anual obligatorio. El señor de Etiopía, en los legajos de las cancillerías, seguía siendo el endeble Yohannis III, mientras que Ras Ali manejaba en realidad el timón y Wube volvía a ser su fiel vasallo. Nada había cambiado, la santa Etiopía seguía igual que antes del gran enfrentamiento. La batalla completa, la más estúpida de la historia, quedó así al margen del tiempo, como un islote solitario en el trascurrir de los siglos.

Mientras los señores estaban todavía inclinados sobre los mapas en los que África se mostraba majestuosa como un cráneo de elefante, la sala del trono se llenó de un humo penetrante: las llamas del monasterio habían prendido fuego al gigantesco pañuelo extendido en los cielos, en el que ponía en letras mayúsculas «Batalla de Debre Tabor», y por debajo, entre dos tachuelas de oro, estaba dibujado también el año, 1842. Unos enormes jirones de la seda del pañuelo, con los bordes quemados, habían caído sobre los campos, las casas y las vacas, cubriendo aldeas enteras, y los campesinos los recogieron para hacer faldas *shamma* a sus mujeres; las dos borlas de hilo de oro, más grandes que la bóveda de la iglesia quemada, aparecieron en el fango rojo del campo de batalla y fueron extraídas del barro con búfalos y transportadas después, en elefantes, hasta Gondar, la capital. Las bailarinas que contoneaban los hombros ante el emperador adornaron sus cuerpos negros y desnudos con la purpurina dorada que se había desprendido de ellas, y los monjes la pegaron con bol arménico en los nimbos de los iconos sagrados. El humo acre se extendió, en remolinos azulados, por todo el territorio, y flotó en el

vacío más de un mes. Durante todo este tiempo no se vieron las estrellas.

Entonces le hablaste a Kassa del intercambio de cabezas. Y lo que sucedió a continuación no fue, cierto es, tan sangriento como la historia de Skinderiu, pues no hubo ninguna cuba de cristal sobre la hierba, o sobre la ceniza todavía caliente bajo la bóveda del monasterio, y no hubo nadie que os atara de espaldas y os cortara la cabeza con un alfanje, y no rebotó la sangre del cuello contra el cristal, y nadie supo intercambiároslas, colocando una en los hombros del otro y embadurnándolas con hierbas medicinales para que se fijaran, y nadie os reanimó con brebajes de esas mismas hierbas maravillosas. Pero, al igual que en la antigua historia del príncipe y del hijo del tendero, abandonasteis al Cristo Pantocrátor pintado sobre vosotros, en la cúpula de la iglesia —como si en la bóveda del cielo estuviera pintado él mismo con los brazos abiertos sobre el mundo—, transformados el uno en el otro para siempre.

Durante días enteros, Kassa Haile Giorgis yació inmóvil en la ceniza, sin comer ni beber, balbuceando solo las Escrituras donde estaban recogidos los terribles gritos de dolor del profeta jeremías: «¡Maldito el día en que nací! ¡El día en que me dio a luz mi madre no sea bendito! ¡Por qué no me mataría en el vientre! Mi madre hubiese sido mi sepultura, con seno preñado eternamente. ¿Para qué habré salido del seno? ¿Para experimentar pena y aflicción y consumir mi vida en la vergüenza?». Lloraba la suerte del monasterio que había sido hasta entonces una especie de madre, la suerte de los monjes que yacían calcinados en el patio, pues no había nadie que los enterrara, de los que había recibido bondad y sabiduría, lloraba la pérdida de los libros sagrados y de los iconos milagrosos. Lloraba sobre todo la suerte de su desdichada patria, Etiopía, descuartizada por leopardos y chacales bajo los deslumbrantes cielos africanos.

Le hablaste entonces de los galeotes y de los prisioneros que extraían sal, de los vagabundos que recorrían los bosques como animales salvajes, de los desheredados de aquella tierra cruel y bendita. Cuando se encontraban, renegados y sin fe en el ser humano, intercambiaban a veces sus destinos, confiando en que su mala sombra acabara en otra vida, bajo otro nombre, en otras tierras donde no se conociera su pasado pecador. Se abrazaban, en el corazón de los bosques o en el brillo de las olas del mar, se miraban profundamente a los ojos, reflejándose en el manantial del alma, y a partir de aquel instante uno se transformaba en el otro confiando en que ni Dios ni su Adversario se dieran cuenta.

Le hablaste del Archipiélago griego bañado en luz por el que habías vagado hasta entonces, de las islas donde nadie prendía fuego a los monasterios y donde los ángeles descendían a menudo de los

cielos, como enormes cormoranes, para llevarles hisopo y bendiciones a los que confiaban en ellos. Habría sido una historia más, como las de *Las mil y una noches*, si Hailu no hubiera aceptado cambiar su destino con el tuyo: que partiera él de la tierra bañada en lágrimas de Etiopía hacia regiones más prósperas, las más maravillosas concedidas por los Cielos a este mundo pecador, y que te quedaras tú aquí, adoptando su nombre, su historia y sus documentos con sellos legales, e incluso su manera de hablar y de trenzarse el pelo, de tal modo que ni la madre de la que el etíope había mamado alguna vez pudiera desenmascararlo. Tú le susurraste a cambio unas palabras secretas que, pronunciadas en un aparte a algunos comerciantes de la costa de Anatolia, lo colmarían de riquezas, y otra palabra para que conquistara el corazón de las soberbias muchachas de Eubea. O, si su piedad lo arrastraba, como parecía, hacia lo sagrado, recibiría un documento para el abad de Panaghia Kokkini, el monasterio de la isla de Thera, construido en tiempos de sequía con cemento mezclado con vino tinto en lugar de agua. Allí podría pasarse la vida como un obediente hombre de Dios, anacoreta en algún peñasco, conservando eternamente el secreto de su verdadera fe, la predicada por la Iglesia tewahedo. Y tal vez, mientras el tiempo oscurecía su coronilla cada vez más pelada, su rostro cada vez más seco y sus ropas cada vez más andrajosas, podría convertirse en la semilla entre los herejes de la recta enseñanza de la naturaleza de Cristo, una y deslumbrante por los siglos de los siglos, y morir martirizado por ella, pues, si la semilla no muere, se queda sola, pero si muere, produce muchos frutos. O entregar, ya anciano, su último aliento en brazos de los ángeles, que lo prenderían de un mechón gris y lo elevarían sobre este mundo tramposo hasta los cielos, donde contemplaría eternamente el rostro de Aquel que no tiene principio ni fin.

Cuando escuchó aquellos susurros destilados en su oído con lengua bífida, de basilisco, Haile se animó, pues había deseado poner fin a sus días, y recuperó una pizca de esperanza. Se incorporó por primera vez, con los huesos entumecidos, de la ceniza y te besó ambas mejillas, como a un amigo y consejero en tiempos de desventura. Luego comisteis algo en silencio y bebisteis un poco de *tella* turbia y espumosa. Aturdido y empachado tras tantos días de ayuno, Kassa cayó enseguida en un sueño pesado allí mismo, en el taburete de tres patas, con la cara apoyada en la madera de la mesa, y tuviste que acarrearlo hasta el lecho de ramas donde habíais dormido desde la devastación del fuego. Al día siguiente se despertó animado y te zarandeó, pues estaba impaciente por decirte qué había decidido.

Pero tú lo sabías ya perfectamente, Theodoros. Sin que nadie la cortara en la cuba de cristal, sin sangre y sin plantas medicinales, tu cabeza reposaba ya en sus hombros, y su cabeza sobre tus hombros, y

eras ya Kassa Haile Giorgis de Qwara, un guerreo etíope pobre y de mala fama, porque tu madre vendía *kosso* para las lombrices. Y tu amigo era ya Theodoros, un *palicar* del Archipiélago griego, con una fama todavía peor de bandido de los mares, con una recompensa por su cabeza, ni más ni menos que mil *¡cosan* de oro, ofrecida a todos los comerciantes. Os incorporasteis del lecho de ramas, os lavasteis los ojos con agua fría y sacasteis de la celda el único, grandioso, texto sagrado del *Kebra Nagast* que las llamas apenas habían tocado, aunque las aldabillas de plata estaban ennegrecidas por el incendio. Lo abristeis por la página en que hablaba de nosotros:

> Yo estoy sobre la tierra, yo estoy al final del mundo y soy el Dueño de cada cosa. Yo estoy en el aire, Mi lugar de morada, y estoy sobre el carruaje del Querubín. Yo soy alabado eternamente por todos los ángeles y todos los hombres sagrados. Yo estoy sobre las alturas del cielo, yo inundo cada cosa. Yo estoy sobre los Siete Cielos. Yo veo todo y Examino cada cosa, y no hay nada que me sea escondido. Yo estoy en cada lugar, y no hay otro Dios aparte de Mí, ni sobre el cielo ni bajo la tierra. No hay nadie como yo; Mi mano izquierda ha puesto la fundación de la tierra, mientras Mi mano derecha ha hecho potentes los cielos. Yo y Mi Hijo y el Espíritu Santo.

Y nosotros, desde nuestros cielos, inclinamos la cabeza en señal de aprobación, pues así debía ser. Besasteis ambos el libro sagrado, jurasteis sobre su portada con ópalos en las cuatro esquinas y un gran jaspe en el centro que permaneceríais eternamente en la órbita de vuestro nuevo destino y que no volveríais a recuperar vuestro antiguo nombre. En unos pocos días, con vuestros fardos a la espalda, os encaminasteis el uno hacia Gondar, el otro hacia el mar Rojo, para no volver a veros, en esta vida, jamás.

Hailu, con la ropa cambiada y con los documentos oficiales que aseguraban que él era Theodoros, súbdito valaco, en el cinturón, y con las cartas secretas para los comerciantes y las doncellas en el pecho, llegó tras caminar tres meses por el polvo rojo de los desiertos y por los páramos abarrotados de flores y de pájaros verdes en las crestas rocosas, y tras cruzar precipicios abrumadores llenos del vaho de las cascadas azules, acosado por leopardos y por nativos con lanzas y escudos de cuero, cruzando ríos por puentes de cuerda, hasta el puerto de Massawa, en Eritrea, donde le sorprendió ver que el mar Rojo, que había imaginado de sangre, era azul y negro y verde y amarillo y marrón y violeta, solo rojo no era. Tomó un barco viejísimo hasta Egipto, donde se dirigió, a lomos de un camello con todo el cuerpo garabateado con caligrafía árabe, hasta Port Said. Desde allí, tras una espera de dos meses en los que a punto estuvo de morir por la mala

comida, por las moscas del tamaño de un puño que te chupaban la sangre y por las mujeres espantosamente enfermas de las casas de placer, embarcó en la goleta *Farsalla*, de setenta y cinco toneladas, que hacía cabotaje entre Rodos, Kos, Naxos, Quíos y Lesbos. Quería llegar a Quíos, donde vivía uno de los comerciantes a los que lo habías enviado tú, con las cartas engañosas y arteras, portadoras de muerte. El mareo lo adelgazó y debilitó, vomitó hasta las tripas al pasar a la velocidad del viento junto a Creta. Luego el Mediterráneo se volvió más manso, con el vidrio de las olas alisado. Arribado a Quíos se recuperó durante dos o tres días en Vrontados, en la posada Kaaba, que contaba también con habitaciones de alquiler, bien alimentado con *kordelia* y *neradzopita* regadas con *souma*, y luego se dirigió a la residencia del comerciante, en Lagada, una aldea de pescadores en un golfo tranquilo.

El comerciante le abrió la puerta, leyó tu carta, lo recibió con grandes honores y le obsequió en la cena con los bocados más selectos, pescado fresco y queso de cabra, a los que añadió el famoso vino de Quíos, dulce y embriagador, de una botella de rafia. Hailu se acostó ahíto y satisfecho, sobre todo porque el comerciante iba a confiarle al día siguiente un cofre lleno de *mahmudes* de oro y piedras preciosas del que le habías hablado en Debre Tabor. No llegó a sentir, sumido en un sueño profundo, las manos vigorosas que lo estrangulaban, y nadie fue testigo de cómo arrojaron su cuerpo decapitado al mar, alimento para los peces y los pulpos de las profundidades, mientras su cabeza ensangrentada fue arrojada a los pies del bajá de Ikona, que pagó al instante y sin rechistar la recompensa de mil *icosari*.

SEGUNDA PARTE

THEODOROS

12

El Archipiélago brillaba en todo su esplendor aquella tarde infinita. Nuestros ojos, los de los de arriba, ven eternamente el rostro irreproducible de la Divinidad, pero para los ojos de carne no hay paisaje más encantador que el del mar bañado en la luz. Cada cresta de ola de las miríadas que rodean los islotes, las rocas y los barcos con las velas hinchadas, menudos como insectos sobre la superficie infinita de las aguas, refleja la gloria celestial de miles de formas, en brillos juguetones y en brasas afiladas como agujas y en el vaivén de los destellos, de tal manera que la carne traslúcida de las olas, ultramarina y verde turquesa y cristalina como la esmeralda, en continuo temblor y agitación y pasión por el acoplamiento y el gemido de agonía, las capas superpuestas de agua pesada y límpida como la piedra de los anillos, son el fantasma que todos los mortales portan tanto en el alma como en el cuerpo, pues la sangre es la reminiscencia del mar en los cuerpos. El mar es un único animal vivo, una medusa transparente cuyos brazos abrazan islas, promontorios y continentes, otorgándoles un brillo sin par.

Siempre has amado la luz y el mar, Theodoros, soñaste con ellos, alborotados y arrebatadores, antes de haberlos visto, mientras tu madre, Sofiana, te hablaba sobre los hechos de los aqueos que rodeaban la Tróade y sobre el regreso de los mares del pérfido Odiseo. De sus historias de los viajes a los monasterios del Monte Sagrado y a los lugares de culto desperdigados por las islas, en tu mente se grabaron tan solo el mar y los cormoranes. Soñabas con veleros antes de saber qué es un velero y te asombraba ver cómo se deslizaban las esbeltas naves entre las olas por los espumosos caminos de los gobios y de las focas. Tus antepasados por parte de padre fueron valacos, lombrices de la tierra, labriegos con la mirada siempre clavada en el surco que les daba el pan de cada día, sin pensar en las alturas, pero los de tu madre habían recorrido los mares, orgullosos y con el cuerpo entero pintado de azul, nadadores más diestros que los juguetones delfines. «Thalassa! Thalassa!» Gritaste estas palabras a coro con los antiguos guerreros griegos, sentiste cómo pasaban por tu garganta y les diste forma con los dientes y los labios, mientras tu alma se despertaba en el lejano murmullo del mar. Te habría gustado navegar

en velero, si hubieras podido vivir siguiendo los deseos de tu corazón, como un pacífico comerciante de grano, madera y vinos, pero tu corazón tenía solo tres cámaras y todas se oponían a una vida tranquila: la cámara de Dios con el Arca sagrada, la cámara del amor con el rostro de la doncella del pequeño icono que llevabas colgado del pecho y la cámara del poder: el trono de Salomón, a cualquier precio y por encima de todo. Tu destino te permitió elegir solo uno, y elegiste hasta que recolectaste, Theodoros.

El éxtasis y la felicidad y la luz deslumbrante del mediodía en el Archipiélago griego, eso bañaba también ahora tu corazón mientras, en la popa de la goleta *Patricia*, en la que habías embarcado hacía más de un año en Sulina, después de huir de casa atenazado por el miedo a la muerte, y que fue el primer velero del que, con malas artes y crímenes, te apropiaste, estabas sentado en un rulo de maromas contemplando el lugar en el que las aguas de abajo se mezclaban casi sin línea divisoria con las de arriba, formando el ojo azul del mundo. El velero estaba ahora anclado en un pequeño golfo oculto en la isla de Amorgos, donde esperabas una señal que te confirmara que ibas por buen camino. También así habías recibido la señal en Skyros, gracias a la pequeña goleta de la botella de ron que trajo Joshua Norton, firmada con la letra S, la primera del sagrado nombre SAVAOTH. A lo lejos, el perfil pálido, como agazapado, de la isla de Astypalea y la cumbre boscosa de la pequeña Keros se dibujaban sobre el turquesa intenso, deslumbrante, de las olas. Un poco más al fondo del paisaje se adivinaban los y Anafi, como de aire azul, que se difuminaban en el color del cielo. A tu lado, sentados también en montones de velas del barco, estaban tus compañeros de rapiña por los bosques de Valaquia, que te acompañaron también en ese viaje: el pintor Mitrofan, más conocido como Sisoe, que arrojaba su sombra, más delgada aún que él, sobre la trampilla que llevaba a la parte inferior del puente, y el tártaro Ghiuner, que llevaba colgados de su cinturón de diez metros pistolas y terribles puñales y decía a quien le preguntara que estaban a la venta. Jugaban a tres en raya con granos de judías blancas y negras sobre el tablón de la escotilla. Los demás piratas, con sus mujeres, descansaban en la cubierta, disfrutando también ellos del buen tiempo y del sol que iluminaba las olas de alrededor. Arriba planeaban, reflejando la luz del mar en sus plumas, las gaviotas.

Estabas escribiendo una misiva a tu madre, la primera de las que, durante siete años, a veces con más frecuencia, pero generalmente una al año, le escribirías, pues, si había habido alguna vez algo bueno en ti, era solo ese vínculo, como una bobina de seda, que te unía al corazón de Sofiana. En otra época fuiste cuerpo de su cuerpo, creciste como un helécho de carne en su vientre abultado, y solo cuando

saliste a la luz y la partera cortó con la navaja de podar las vides el cordón que os unía pudiste ser tú mismo. Pero vuestros corazones seguían incluso entonces unidos, y tu espíritu pasaba con facilidad por el suyo y el suyo por el tuyo, y erais, gracias a las epístolas que se dirigían a ella cruzando los mares, una sola alma. Es cierto que Sofiana no había respondido jamás a tus cartas, te enviaba tan solo unas hojas en blanco, pero tampoco era necesario, porque tú oías claramente su voz en sueños. De vez en cuando, tu sueño se veía perturbado por unos susurros, y el primero de ellos te llamaba por tu nombre: «¡Todoraki! *Coriţakimu*!». Y luego los susurros de tu madre seguían en griego, y su rostro envuelto en el pañuelo de cendal añil, como el de la Hodeghitria de la iglesia de Ghergani, se te aparecía de noche, y ella te hablaba sobre los veranos, los otoños, los inviernos y las primaveras que giraban imperturbables en las lejanas tierras de tu primera infancia, sobre flores e insectos, sobre las nubes arremolinadas como veleros de luz en los cielos de una Valaquia paradisiaca, sobre los aromas de los cajones de la cocina, sobre el cabello de la señora a la que todavía peinaba por las mañanas y que había empezado a ralear, sobre la vida y sobre la muerte.

Tú escribías en valaco, pues en griego, aunque lo hablabas a la perfección, no te atrevías a escribir. Y, por otra parte, todos tus pensamientos serían pronunciados, hasta que llegaras a ser, cumpliendo así tu sueño, emperador, también en valaco, la lengua en la que, hasta el final, arrodillado a los pies de la cama, rezarías con ardor, en la que maldecías a voz en grito la hostia y todos los sacramentos haciendo temblar la sala del trono de Gondar, de tal manera que a tus criados se les erizaba el vello de los brazos, pero en la que arrullabas también a tu primera emperatriz, Tewabech Ali, dirigiéndote siempre a ella, en tu lengua bárbara, con la graciosa palabra «Paloma».

Tus epístolas no trataban sobre lo que te había sucedido desde que habías cruzado el Danubio helado, con dos compañeros de pillaje, abandonando sin dejar rastro Valaquia, donde todavía te buscaban las patrullas para clavar tu pellejo en un palo, sino que hilvanaban la tela de araña, llena de gotas centelleantes de rocío, de un mundo, una vida y unas aspiraciones distintas de las que mancillaban en verdad tu existencia. Como no podías escribirle a Sofiana sobre crímenes y saqueos, sobre violaciones de monjas en monasterios llenos de flores y sobre torturas de almas ¡nocentes, se te aparecían, en algunos momentos de paz, en la popa de los barcos y a la sombra de los faros y en las rocas que despuntaban del mar, historias dignas de *Las mil y una noches* e igualmente engañosas. ¿Acaso no te hacía siempre la misma pregunta tu padre, Gligorie el Bonetero, cuando entrabas en la estancia de la mansión de Ghergani donde, con los intestinos

devorados por el cangrejo, se consumía entre las sábanas bañado en sudor? «¿Qué historias me traes?» Cualquier noticia era una historia, una patraña bien confeccionada, pues la gente atendía las invenciones antes que la verdad, ya que esta era de costumbre hiel, mientras que la mentira te pringaba los dedos como el *baclava*. ¡Pero de vez en cuando la verdad te golpeaba como una bala en medio de la frente! No olvidarás ese día cuando, el décimo año de tu reinado en el trono de Etiopía, después de enviar al desierto a trescientas doncellas desnudas, portadora cada una de una jaula con un canario cuyos ojos habían atravesado con una aguja para que cantara mejor, tomaste de tu mesa la antigua Biblia en griego y, como en broma, la abriste al azar para leer tu destino. Y leíste, y arrojaste, espantado, el enorme libro lejos de ti, pues se había abierto en las palabras del profeta Ezequiel: «Y para colmo de maldad; ¡ay, ay de ti!». Yaciste luego dos días atacado por la fiebre y no volviste a abrir aquel libro negro, con tapas de piel de búfalo, jamás.

Veneradísima madre Sofiana:

Debes saber en primer lugar que, gracias a Dios, me encuentro bien de salud, y espero que tú también. Mis esfuerzos se ven recompensados y los hombres me honran con su confianza, pues jamás los abandono en los momentos difíciles, y tengo buena fama y me va bien. Aunque extranjero y solitario al principio, ahora he comenzado a ser conocido en los mares del Levante, y te asombraría el respeto que me muestran los poderosos y la timidez de los vasallos en mi presencia.

Como sabes, hui de Valaquia en cuanto cayó Iancu, el agá de Bucarest, que me quería como a un hijo. También él cayó por artimañas y *chanchullos, sin sentirse culpable en absoluto. Es cierto que durante esos años hubo crímenes en el camino principal, hubo saqueos de propiedades* y *mujeres deshonradas,* y *algún que otro pueblo incendiado, donde murió gente* y *ganado a mansalva, pero sin el agá Iancu sospecho que habría habido calamidades todavía peores, pues luchó con la fiera de los bosques, el maldito ladrón Iancu Jianu, origen de todos los males, como san Jorge con el dragón. Y si hubiera dispuesto tan solo de un poco más de tiempo, habría atravesado el gusano con la punta de su lanza. Pero el vaivoda Ghica prestó oídos al consejo de los enemigos e hizo llamar al agá y le expuso las opiniones de los boyardos, ante lo cual, demasiado disgustado como para responder, Iancu se abalanzó sobre el más cercano y le clavó los dedos en los ojos, dejándole las cuencas vacías* y *ensangrentadas* y *los globos oculares colgando de un hilillo, tras lo cual fue despedazado por los esbirros del señor. Y así terminó sus días un valiente.*

En nuestra huida, pues también aquí me acompañaron mis por

ti bien conocidos compadres de Ghergani, los que estuvieron conmigo asimismo en Bucarest, nos Jugamos la vida, porque hasta llegar a Giurgiu nos persiguieron unas patrullas furiosas y, una vez en el Danubio, nadamos solo bajo el puente que une la isla de Slobozia, con su castillo, a la orilla, y desde la isla de Slobozia se extendía ante nosotros el turbio Danubio en el que unos terribles peces gato asomaban sus cabezas bigotudas. Pero precisamente entonces el sol se escondió entre las nubes y la extensión de agua se volvió plomiza, así que pudimos cruzar a nado, con nuestras camisolas grisáceas por la saciedad, entre las balas de las patrullas que rebotaban en el agua junto a nosotros, hasta una isla situada justamente en el centro. Solo cuando alcanzamos la orilla advertí que una bala me había impactado en una costilla y se había incrustado en el hueso. Cuando subimos a la cima del islote divisamos la otra orilla, pero cuando estábamos observándola mejor, con sus habitantes como hormigas correteando de aquí para allá, la isla empezó a moverse, pues no era un islote, sino el espinazo de un pez gato de los que he mencionado más arriba, más en concreto su rey, pues era grande y aterrador como no te puedes imaginar. Pero no solo no nos atacó, sino que nos trasladó a la otra orilla y, tras depositarnos allí, dejados de la mano de Dios, no se marchaba y nos contemplaba desde el agua de color barro mientras yacíamos en la arena, y parecía sonreír, y *de repente se le unieron otros miles de cabezas de peces que también nos miraban y, en cuanto vimos que se sumergían todas a la vez, el Danubio empezó a borbotear. De esta espuma surgió una mujer de una rara belleza, una ninfa de aquellas aguas. Tendió un dedo hacia mi herida en el costado, que se cerró al instante, luego nos sonrió, señal de que iban a ocurrimos cosas buenas a partir de entonces y se despidió saludándonos con la mano.*

Recorrimos después, hambrientos y temerosos de los enemigos, valles llenos de rosas cuyo aroma te abrumaba, y solo te apetecía olvidarte de todo y tumbarte entre ellas, y más valles con fieras desconocidas, con escamas de vidrio azul y *amarillo* y *terribles dientes de marfil. A medida que avanzábamos hacia el mediodía, las fieras se multiplicaban, abarrotaban los bosques. Escorpiones con aguijones en la cola, grandes como caballos y con cabezas de hombre, nos atrapaban con sus pinzas, las lombrices se nos enroscaban mientras dormíamos, y los monasterios de monjas*[23] *por los que era famosa la tierra búlgara no albergaban mujeres piadosas entregadas a la oración, sino unos bichos de tamaño humano, con cabezas de tres puntas* y *ojos saltones y brazos largos, con las manos juntas, que te atrapaban cuando menos te lo esperabas entre las espinas que las rodeaban. En aquellas tierras*

habríamos dejado los huesos si no hubiéramos tenido con nosotros a Ghiuner el tártaro, que conocía muy bien sus hábitos y les cortaba con el puñal las tenazas y las manos largas en un abrir y cerrar de ojos.

Descendimos más adelante a la famosa Macedonia, de donde partió en algún momento la chispa que prendió fuego al mundo entero, el imbatible e inigualable emperador Alixandru Machidon, a lomos de Bucéfalo con un cuerno en la frente. Te confieso, querida madre, que desde que tengo conciencia la imagen de Machidon ha sido como un Dios ante el que me he postrado siempre, y todo mi empeño es incluso ahora parecerme a él tanto como pueda, aunque él era el hijo de un rey, no de Filipo, sino en realidad de Netinav, el hechicero de Egipto, y de la reina Olimpia, mientras que yo soy el humilde hijo de un bonetero. Pero puedes confiar en que hasta que muera seguiré los pasos de Alixandru, porque de lo contrario no creo que merezca la pena vivir la vida, tal y como decían los antiguos: o rey o nada.

Y al cruzar los Ródope, desde sus cumbres se nos mostró un paisaje increíble que abarcaba la esfera terrestre llena de montañas azules y lagos centelleantes, con e\ sol brillando en la bóveda celestial a un lado y la luna palideciendo al otro, y luego el más inmenso de los mares hasta la isla de Chipre, con su cresta de bosques, y todo el territorio, hasta el mar, lleno de huestes, miles y miles de jinetes y de soldados enfrentándose con bravura, y entre las huestes macedonias se encontraba Alixandru con su coraza de oro, con su casco de oro en la cabeza, y al otro lado, bajo la luna, estaba el carro del rey Darío. Y rugía el aire por el estruendo de las armas y el trote de los caballos. Nos frotamos los ojos, asombrados por esa visión, y cuando volvimos a mirar solo vimos el desierto.

Estábamos muertos de cansancio y de hambre porque nuestra comida durante todo aquel tiempo habían sido las bolitas rojas de los arbustos y las frambuesas de las faldas de los bosques; cuando adivinamos entre dos peñascos de roca el mar turquesa, resplandeciente bajo la luz del sol, se me paró el corazón, pues era precisamente el mar de las historias de Odiseo que tú me contabas cuando era un niño de teta, y en cuanto lo vi, como cuando ves a una joven doncella y en ese mismo instante te enamoras, eso me sucedió también a mí: sentí por primera vez que el mar era mi mujer. Nos hicimos a la mar en velero en la ciudad de Salónica, donde vio por vez primera la luz del día el padre Elpidifor, tu amigo, y el viento hinchó las velas y nos llevó con la velocidad de una golondrina sobre los montones de agua llenos de peces y pulpos. En el frescor de la mañana, las velas parecían de nácar, como si estuvieran hechas de conchas marinas, más blancas que el

pecho de los cormoranes que volaban en torno a ellas. Y en el ocaso las velas se tornaban rosadas y no hay nada más soberbio en este mundo que verlas hinchadas sobre el cielo por los céfiros primaverales. Llegamos a Skyros en un abrir y cerrar de ojos, y en esa isla nos detuvimos una temporada para recuperarnos.

Conocimos allí una banda de hombres valientes y de mujeres hacendosas, todos ellos temerosos de Dios, que se ocupaban del faro de la isla, una mole de no menos de cien metros hasta la fogata de la parte superior, que, gracias a elaborados espejos, se lanza hacia alta mar para que los grandes veleros sepan dónde están las rocas cubiertas por el agua y no se aventuren en esas zonas. Y en la mole del faro hay una escalera construida con pericia, que gira y gira hasta que llegas con mucho esfuerzo a los espejos que he mencionado. Es algo asombroso entre muchas otras maravillas que hemos descubierto aquí, pero más asombroso aún es lo que nosotros mismos nos propusimos hacer.

Pues después de un tiempo guiando veleros por el mar, sacando gran provecho de ello y enriqueciéndonos y labrándonos buen nombre entre los habitantes de esas islas, a nuestro compañero Sisoe lo invadió la melancolía: ya no le sentaba bien la comida y no conseguía dormir por las noches, sino que deambulaba de acá para allá como un fantasma y, aunque siempre había sido f acó, ahora se le veían las costillas a través de la camisa como a un burro sarnoso y le brillaban los ojos en las cuencas del cráneo. Solo miraba los veleros en el ancho mar, murmuraba sin cesar «Velas malgastadas, toesas de velas malgastadas en vano…» y enfermaba de nuevo. Hasta que una buena mañana se le pasó por la cabeza hacer algo que jamás se le había ocurrido a nadie en este mundo, a pesar de que resulta algo natural y muy útil si te paras a pensarlo después de haberlo visto la primera vez, como solía repetir mi padre tantas veces: «¡Espabila de una vez, Dios mío, también al rumano!». Cogió el pincel y los colores, se los ató al cinturón, se subió al mástil y empezó a pintar rostros y vestidos y casas y fieras de los bosques en las velas hinchadas de nuestro barco, de nombre Aletheia, de tal manera que en tres días llenó la primera y más grande, donde pintó la Anunciación del arcángel san Cabriel con la Virgen María postrada ante él diciendo: «Hágase en mí según tu palabra». Un bello retrato que habría podido estar en el retablo de cualquier iglesia. Y en la segunda vela del mástil pintó el bautismo de nuestro Señor Jesucristo en el río Jordán, con la palomita del Espíritu Santo descendiendo de los cielos sobre su cabeza. Y en la tercera vela estaban representadas las tres cruces de la colina del Calvario, y en la del centro, el Redentor crucificado entre los ladrones, tan maravillosamente pintado que no podías contemplarlo

sin que se te llenaran los ojos de lágrimas. En el trinquete, en la proa, Sisoe realizó otra pintura que según él era la Jerusalén Celestial, redonda y resplandeciente como el diamante, extendida sobre las nubes como el arcoíris cuando llueve con sol. Cuando nos hicimos a la mar por primera vez con el barco así decorado, que recordaba más bien a un huevo de Pascua, todas las almas de los pueblos se congregaban para vernos llegar, y *la gente caía de rodillas y se postraba como ante un milagro. Y los otros veleros que recorrían las Cicladas se acercaban al nuestro todo lo que podían* y *contemplaban boquiabiertos con los catalejos nuestras velas tan bellamente pintadas e hinchadas por el viento. Empezaron a llamarnos la Iglesia Flotante y juraban que un aroma a incienso* y *santidad se extendía por la superficie de las aguas que rodeaban el barco* y *llegaba hasta los cascos de aquellos veleros.*

En cualquier puerto donde atracáramos, la capitanía invitaba a Sisoe a reunirse con otros armadores de veleros, que le ofrecían verdaderas fortunas para que pintara también los cascos de sus barcos, de tal manera que Sisoe nos abandonó durante varios meses y *empezaron a salir a alta mar barcos con velas que representaban piadosos acontecimientos sagrados, pero también demoníacos dibujos de mujeres desnudas* y *batallas navales* y *terrestres,* y *los rostros de los propios armadores, según el deseo de quien había pagado. Era asombroso ver ahora cómo la tela de los mástiles no se desperdiciaba ya, sino que cada uno de los remiendos había adquirido vida y color, y los veleros avanzaban orgullosos empujados por los cuadrados hinchados por el viento, recorriendo los caminos espumosos de los peces de cabezas color añil.*

Con el paso del tiempo, Sisoe se hizo con algunos aprendices, pues no alcanzaba a pintar todas las velas de los barcos, y sus aprendices eran doce, grandes maestros pintores. Tenían ahora encargos de los capitanes de todos los rincones del mundo; venían con estampados y grabados y *cuadros que imitaban los de los grandes palacios e iglesias y anos lugares llamados pinacotecas para que los maestros pintores los copiaran idénticos en las velas grandes. Se veía en una de ellas a Judith cortando la cabeza de Holofernes el del libro sagrado, en otra a Leda amándose con el cisne, en la tercera a unos campesinos de Holanda patinando sobre hielo, con un molino de viento a sus espaldas, y todo así; el Archipiélago se volvió un lugar maravilloso, de tal manera que incluso los más incrédulos venían y, en lugar de escupir asqueados, se quedaban embobados. En tan solo un año después de nuestra llegada a aquellas tierras, Sisoe se hizo grande y famoso, con la bolsa llena de libras inglesas y de florines y de* icosari *y de* mahmudes *de oro.*

A partir de un determinado momento, sin embargo, lo dominó de nuevo la apatía, y empezó a despreciar las velas pintadas y dejó que las pintaran sus aprendices, mientras él se limitaba a mostrarles cómo hacerlo. Durante días y días, tumbado en la hierba de la isla, miraba el cielo, olvidándose incluso de comer y beber, y sus aprendices lo oían murmurar: «Qué superficie desperdiciada...». Un buen día se levantó decidido y escribió cartas a todos los arcontes del Levante, desde los de la Hélade a los egipcios, los africanos, los judíos y los sirios, en las que decía así:

Excelencias, muchos lugares sagrados, cristianos, hebreos y musulmanes tienen una bóveda idéntica al cielo, sobre la que los maestros pintores de la antigüedad reprodujeron los poderes invisibles e incomparables de nuestro Creador, solo uno, ya lo llamemos Dios, o Alá, o El Que Es. Y está bien y es hermoso que así sea, pues todo creyente, una lombriz de la tierra, alberga la esperanza, como la mariposa, de abandonar el capullo del ataúd convertida en una criatura alada y elevarse hacia los cielos. De tal manera que cualquier bóveda o torre de un lugar de oración es el icono del cielo del que esperamos todos la salvación.

¿Es justo, sin embargo, que las imitaciones de la bóveda celestial estén llenas de figuras y magistrales trenzados, pintados en los más inusitados colores, y que su arquetipo, el propio cielo, esté vacío y desnudo como un huevo recién puesto, sin adornos y sin gloria? Nosotros pensamos que no es justo y he aquí lo que hemos determinado tras ser aconsejados por hombres ancianos y sabios. Con reverencias y más reverencias y dirigiéndonos a sus señorías como a los ángeles del cielo, les suplicamos que nos faciliten, cada uno según sus posibilidades, dinero, comida y andamios para el millar de pintores que nos comprometemos a encontrar y a traer para realizar el trabajo más importante desde la Creación del mundo, por el cual vuestro servidor, Mitrofan, llamado también Sisoe, el más humilde de entre los pintores, se atreve a jugarse la vida para llevarlo a cabo. Queremos decir que, junto a los mencionados aprendices, levantaremos andamios por toda la bóveda celestial y, al igual que Miguel Ángel el de la antigüedad, pero en una extensión diez mil veces mayor que la que él tuvo en el Vaticano, pintaremos todo el cielo, la santa campana sobre sus territorios, con el incomparable icono de la Divinidad celestial, en el que se fundirá todo lo visto y lo no visto, desde las lejanas estrellas neutrónicas hasta los bucles con los que, en la escala de Plank, está tejido el espacio-tiempo, desde todas las clases de virus que provocan enfermedades terribles hasta las ramificaciones de todas las especies de plantas, hongos y animales que encabeza el hombre,

desde el hidrógeno hasta el oganesón, el elemento 118, desde el Big Bang hasta el Big Crunch, desde Alfa hasta Omega. Y todo ello, magistralmente entrelazado, conformará, contemplado desde la tierra, el rostro del Hijo del Hombre en todo su portentoso esplendor. De tal manera que toda esa criatura se convertirá en una iglesia de adoración, fundida en la gloria y rodeada, en los márgenes, por los santos querubines.

Los poderosos de este mundo accedieron y los aprendices se pusieron manos a la obra. La bóveda redonda del cielo fue primeramente cubierta con una capa de estuco, bien humedecida con agua del mar, y sobre ella los pintores, encaramados a andamios cada vez más altos a medida que el trabajo avanzaba, pintaron al fresco la maravilla del mundo extendida a lo largo y ancho de la colosal bóveda celeste, iluminada por el sol, la luna y las estrellas, y sombreada aquí y allá por las nubes. El trabajo se prolongó un año entero; al final del mismo, gentes de todas partes, mujeres, hombres, bebés y ancianos jorobados, elevaron la mirada hacia el paisaje más inaudito ofrecido a unos ojos humanos. Cada uno de ellos divisó su rostro entre las incontables caras que conformaban al Hijo del Hombre, con sus ojos grises que todo lo ven; cada uno leyó allí su pasado, pero también los caminos, por lo demás ocultos, de su destino futuro.

Tras culminar el trabajo, Sisoe regresó de nuevo con nuestra banda, asqueado de la fama vacua, repartiendo entre los pobres todos los cofres de oro y alhajas conseguidos como famoso oficial de maestros pintores (solo un tal Ingannamorte, fuera quien fuera este, dicen, debía de tener tanta fama como él). Ahora Mitrofan es de nuevo un marino como todos nosotros, y nadie sabe ya quién pintó unos cielos tan bellos como la cola de un pavo real desplegada sobre el mundo. Pues toda la gloria y la bendición corresponden tan solo al Creador de los cielos y de la tierra, por los siglos de los siglos, amén.

Entre tanto, nosotros abandonamos Skyros y encontramos refugio en otra isla, llamada Amorgos, junto a la ciudadela de Chora, donde se encuentra también el famoso monasterio de Panagia Hozoviotissa, blanco como la leche e impoluto, incrustado en la roca como el nido de los albatros. Aquí permaneceremos bastante tiempo, pues nuestro casco, cubierto de ramajes, debe ser llevado a tierra firme y sujetado con vigas de cedro para calafatearlo y embrearlo como se hace después de tantos viajes por el agua. A la sombra de la benefactora mancha de cal del monasterio te escribo esta carta, que confío que te lleve alegría y consuelo. Envíale, te ruego, un saludo de mi parte a Ionică, el hijo

del señor Tachi y de la señora Marița, inolvidable amigo de trastadas y travesuras infantiles de unos tiempos mejores.

Beso ahora desde la distancia tus amados ojos y rezo para que los ángeles cuiden de ti,

Tu amantísimo hijo,
Theodoros

Escribiste toda la carta a tu madre sin mojar más que una sola vez la pluma de ganso en el tintero, pues Petrache, afligido por la melancolía en Ghergani, donde los encantos de la señora lo excitaban cada día sin que pudiera disfrutar de ellos, había huido también, en cuanto comenzó la primavera, a Bucarest, a la vez que tú, y allí, bandoleros ambos en la tropa de lancu que robaba en tiempos de peste, te había regalado una de sus plumas mágicas. Bastaba con llenarla una vez con tinta de sepia para escribir varias hojas, devanando del hilo azul y fino todas las historias del mundo, como si allí, en el tubo transparente de la pluma cargada de tinta, en un estado de caos y confusión total, se encontrara ya todo aquello que podía ser escrito. Si se pudiera retroceder en el tiempo, se habría visto cómo todas las historias, las cartas, los cálculos de los registros, los decretos señoriales, las odas y las epodas, los libros antiguos, así como todos los textos sabios del mundo se escurren, hilo a hilo, al igual que los ríos, de cada hoja de cada texto, y se vierten en el mar azul del tubo de la pluma milagrosa.

Desde que descubriste en Skyros la primera letra sagrada, ordenaste, tras hablar con geógrafos y con viejos soldados que habían encanecido en el mar, una larga lista de islas cuyo nombre empezaba con A, y eran muchas, una multitud desesperante: Andros, Angistri, Amorgos, Agios Giorgios Salaminos, Agios Thomas Diaporion, Agios loannis Diaporion, Alonissos, Adelfi, Argos Skiathou, Antikithera, Arkoudi, Atokos, Anafi, Antipaxi, Anitparos, Agios Nikolaos Donoussas, Anaes, Ano Antikeros, Andyros Amorgou, Askania, Antipsara, Agios Minas, Agathonissi, Agioi Theodoroi Halkis, Agathonissi, Alimia, Agreloussa, Antitilos, Arefoussa, Arhanghelos, Arkoi, Armathia, Astakida, Astypalea y más y más, así que te quedaste muy confundido: no te bastaba con una vida para atracar en la orilla de cada una en busca de la señal mágica. Pero ¿acaso no se habían sometido también a esfuerzos semejantes los rabinos que se rompían la cabeza vinculando cada letra de la Torá, de los Nevi'im y los Ketuvim a un número y realizando luego los cálculos, a lo largo de toda su vida, hasta que perdían la luz de los ojos y morían sin haber penetrado en la impenetrable sabiduría del libro sagrado? ¿Y acaso no se devanaban los sesos los que, combinando el mercurio con el azufre,

hervían y volvían a hervir en su olla de cristal aquella mezcla misteriosa, incluso plumas de cuervo y plumas de pichón, para rascar al cabo de largos años, de las paredes de la olla, unos gramos de la quintaesencia capaz de transformar el plomo en oro? La mayoría de ellos moría sin que su esfuerzo les hubiera reportado otra cosa que hollín. Depositaste tu esperanza en nosotros, Theodoros, y nosotros no te abandonamos, pues tu destino estaba decidido antes de la creación del mundo, y así debía ser. Al cuarto intento encontraste la isla y lo mismo ocurriría con las demás, como si el sagrado nombre de SAVAOTH, el Señor de los Ejércitos, estuviera formado por islas boscosas, en forma de letra, desperdigadas por el mar Egeo y el mar Jónico y el mar de Creta, y tú contaras con un sentido especial para ello, como el fino olfato de un perro, las orejas grandes y transparentes del ratón volador o el hocico de la cerda que distingue las trufas.

Así, mientras vosotros descansabais en la cubierta bajo el sol del mediodía, esperando la llegada de los calafateadores con sus bloques de alquitrán, una de las mujeres de la banda, llamada Kassandra, se envolvió en un piadoso velo y se dirigió, enviada por ti, al monasterio de Hozoviotissa, con la intención de buscar la señal. Kassandra era la que se había escrito en las tetas, con aguja y hollín, cuando era todavía una niña, los nombres de los dos ladrones, Dimas y Gestas, crucificados a la izquierda y la derecha de Jesús, y entre los dos garabatos llevaba siempre el crucifijo de madera de olivo, del que no se desprendía ni cuando se bañaba, ni cuando dormía, ni cuando gemía, despatarrada, bajo uno de los soldados que compartían fraternalmente a las mujeres en las noches de amor.

Era el día de la fiesta grande de la Virgen María, patrona también del monasterio, un día en que las dos docenas de monjes descendían en fila desde su nido de gaviotas en la roca y subían a las barcas en las faldas del peñasco, pues aquel día el icono se paseaba por las aguas, entre las islas, salpicado por las gotas saladas, brillando bajo el sol cegador del mar Egeo. Los marineros que lo seguían en decenas y cientos de barcas, barcos y goletas recordaban así otro día de la Virgen, varios siglos atrás, cuando el icono que no había sido realizado por unas manos humanas apareció por primera vez en aquellos lugares en una barca sin remos y sin gente, procedente de no se sabe dónde. Precisamente en el lugar donde la barca cargada de la gloria de la Virgen tocó tierra, se excavó el primer escalón que llevaría al futuro monasterio, erigido luego por los monjes durante largos años de trabajo. Las islas de alrededor lo recibían de rodillas, arremolinándose para besar su rostro serio, enmarcado en plata.

Llegar al monasterio no era ninguna broma. Tenías que subir, en primer lugar, por la roca recta como una pared que salía del mar, los

trescientos escalones excavados en la piedra, de la anchura de la planta del pie, húmedos y resbaladizos, así que muchos pecadores de este mundo se habían precipitado a las aguas verdes como esmeraldas que reflejaban, negro, el peñasco. A medida que ascendías, más grandioso e increíble te parecía el monasterio encalado, de un blanco deslumbrante, blanco como la túnica de Jesús cuando, en la Transfiguración del Monte Tabor, su ropa se volvió nívea como ningún blanqueador de este mundo puede alcanzar. No existía en la faz de la tierra un edificio semejante encaramado a la roca, a más de doscientos metros de altura sobre las aguas, con ocho pisos pegados al basalto gris y tallados en su piedra como un laberinto en altura. Arremangándose las faldas y sujetándose a la cuerda con la mano curtida por el manejo del puñal y quemada por el sol de los mares, Kassandra subió con tenacidad los trescientos escalones y encontró el monasterio vacío, con las puertas abiertas de par en par, pues los monjes no se habían planteado dejar a alguien de guardia: la pendiente era demasiado abrupta como para que los ladrones se atrevieran a plantarse en la entrada. El edificio era tan oscuro por dentro como blanco por fuera, con estancias estrechas como armarios. Las celdas de los monjes tenían unos bancos de madera sin sábanas, y para llegar a los pisos superiores había que subir unas escalerillas de madera sin pulir, muy delgadas, con algunos peldaños rotos. La mujer trepó de piso en piso y encontró, como únicos objetos de valor, unos antiguos cantorales y libros de salmos apilados en las estanterías. El altar estaba arriba y a su alrededor había un coro de solo diez sillas. El retablo estaba repujado con flores grabadas en madera de palo de rosa y salpicado de abigarrados iconos. La luz que caía de las ventanas casi los blanqueaba, y no alcanzabas a distinguir si se trataba de san Jorge o del arcángel san Miguel. Por una ventana de cristal coloreado, con fragmentos violetas y rosados rodeados por marcos de plomo, estaba pintada en tinta azul la letra Aleph y, al verla, la mujer supo que había encontrado la señal. Pero permaneció en aquella estancia unos minutos más, atemorizada, sintiendo como una garra en el estómago la magia y la nada.

De pie ante el brillante altar, con su cabello negro ala de cuervo piadosamente cubierto con un pañuelo de lana, Kassandra no se sentía a gusto. Ella, que no recordaba ya a cuántos hombres había matado, y tampoco con cuántos se había acostado a lo largo de su vida, temblaba ahora de miedo como una niña. Era como una niña que hubiera llegado a un lugar desconocido, donde todo era sagrado, es decir, desconocido y peligroso. Los espíritus abarrotaban el aire, Kassandra los inhalaba y luego los expulsaba, y algo, como un susurro de voces, permanecía en su corazón. Se acercó despacio al hueco de donde habían descolgado el ¡cono y que brillaba ahora intensamente a la luz

del mediodía. Detrás del icono de la Virgen María no había un espacio vacío, cubierto de telarañas grisáceas, como esperaba ella, sino un espejo deslumbrante, del tamaño del cuadro que faltaba. Se le cortó la respiración cuando contempló el fondo, lanzó un grito breve y se derrumbó a los pies del iconostasio, y allí permaneció quizá unos instantes, quizá varias horas.

Anochecía cuando la mujer volvió en sí y se apresuró, con el corazón desgarrado, a descender los interminables escalones, tras lo cual montó en la barca con la que había venido, remó hasta el lugar donde la esperaba la banda, junto al barco, que estaba ya escorado y sujeto con unos tablones. Los artesanos provistos de sierras y lijas desprendían de los tablones, en la proa, tiras de crustáceos y de ramajes que se acumulaban en el suelo formando un montón. Cerca de allí, el alquitrán hervía formando perezosas burbujas en la marmita. Kassandra te dio la buena nueva, que había encontrado la segunda letra del nombre del señor Savaoth, y se tumbó en la hierba, agotada, sacudida de vez en cuando por un largo temblor que le recorría todo el cuerpo.

Pues en el espejo se había visto a sí misma, desnuda, con el cabello suelto y unos dieciséis años, sentada en una silla púrpura, con los ladrones dibujados en las tetas y la cruz con Jesucristo crucificado entre ambos. En el regazo tenía un luminoso bebé rollizo, que bendecía con los dedos de la manita derecha.

13

El sabio emperador Salomón de la antigüedad, el cual, preguntado por Dios en Gabaon qué dones esperaba de él, no pidió ni una vida larga, ni riquezas, ni la muerte de sus adversarios, sino solo un corazón juicioso para diferenciar el bien del mal, y que levantó, siguiendo los planos que David, su padre, había recibido del propio Dios, escritos con su dedo, el primer templo en que Dios vivo habitaría en una oscuridad total, tenía conocimiento del lejano País de Cus del Sur no solo porque conocía, con su sabiduría, el rostro de la tierra con todos sus reinos e imperios, sino porque de allí llegaba, una vez cada tres años, en veleros, el oro de Ofir. Era el oro más fino que se pudiera imaginar, más fino que la arena más tamizada por los cedazos, y ese fue el que utilizó el rey para cubrir el Sanctasanctórum, el cubo de veinte metros de longitud, anchura y profundidad de las profundidades del Templo, en el que instalaría el Arca, custodiada por las alas de dos grandes querubines. Con ese mismo oro se acuñaban también los talantes y los siclos más buscados en la época, que ningún comerciante despreciaba. Unas historias más viejas que el mundo contaban ya entonces que en Ofir, una región del mar Rojo situada entre Adulis y Djibuti y habitada por el pueblo afar, incluso las rocas eran de oro, y las ciudades tenían también murallas de oro puro, con almenas de oricalco. Si descendías desde Jerusalén hasta Egipto, tenías que realizar todavía un viaje semejante, por el gran Nilo, hasta llegar, finalmente, al salvaje País de Cus, conocido también con el nombre de Etiopía. Allí —contaban— ponían los dioses cada mañana, junto a la ciudad de Meroé, la Mesa del Sol, una mesa abarrotada de todas las exquisiteces del mundo, carne y fruta y vinos en ánforas, que podían saciar a miles de personas. También allí, los que morían, si eran de linaje noble, eran instalados en postes de zafiro traslúcido, en las casas de los que vivían todavía, y se quedaban así eternamente, sin pudrirse y con los rasgos inalterados. A los egipcios del país de Sheol los conocían muy bien los israelitas, eran sus vecinos, un traicionero apoyo en las batallas, como los juncos afilados que te cortan la mano, y el propio Salomón estaba casado con la hija de Faraón, pero el País de Cus de más allá de Egipto les parecía salvaje y misterioso.

Así que, cuando una reina de ese lejano país le envió una carta

diciéndole que, habiendo oído hablar de la sabiduría incomparable del gran señor de Judea, al igual que del esplendor y riqueza de su corte, le rogaba humildemente que permitiera a su esclava visitarlo para ver todo ello con sus ojos y escuchar con sus oídos, de la boca del rey, palabras aladas, Salomón se sintió azuzado por una antigua pasión. Aunque era sabio, vivía en un incesante desenfreno, algo conocido por todas las almas de Judea, e incluso por los extranjeros, que agachaban la cabeza con aire reprobador, farfullando el antiguo proverbio: donde hay mucha inteligencia, hay también mucha locura… Cuantos más años sumaba —y cuando comenzó la más bella historia de amor de este mundo, el rey acababa de cumplir los cuarenta—, con más afán deseaba el conocimiento en todos los asuntos, y más esposas y amantes llevaba a sus palacios, de tal manera que llegó a contar al final con setecientas esposas y trescientas concubinas, que inundaban los aposentos con la algarabía de las interminables peleas y los eternos lloriqueos de los bebés, y Salomón se preguntaba, en su inmensa sabiduría, si los placeres del lecho merecían semejantes molestias.

Las había elegido entre las judías, pero también entre los clanes que Dios había abandonado para que Su pueblo no siguiera su ejemplo, no adorara a los ídolos y no cometiera los pecados que ellas cometían: mujeres moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas que inclinaron su corazón hacia los Baales y las Astartés, ante los cuales se postraban. Había asimismo entre ellas algunas etíopes negras como el ébano, con una piel sin brillo y unos rasgos nobles, de narices rectas y narinas orgullosamente abultadas, como si cada una perteneciera a una estirpe real, si es que no habían nacido directamente de los dioses celestiales. Su cabello crespo y ahuecado era sin embargo tan suave bajo las caricias de los dedos cargados de anillos del rey, y sus gemidos amorosos, en sus oídos, eran tan dulces en su salvajismo —más dulces que los falsos de las refinadas hetairas— que, al escuchar las lisonjeras palabras del emisario, el miembro del rey se sobresaltó bajo los ropajes tejidos con hilo de oro. Pues la mujer cusita que le había enviado la carta de allende los mares no solo parecía ser reina, sino que lo era, y además una reina virgen, joven y hermosa, tal y como le había comunicado Benaía, el jefe de su ejército, que tenía a sus hombres en todas partes. Su nombre era Makeda y ese era el único motivo de preocupación, pensó sonriendo el rey, porque Benaía le había confiado también que en la lengua de los cusitas del sur significa «¡Así no!», señal de la tozudez de la joven, que jamás estaba satisfecha con sus súbditos. Se decía que sus primeras palabras, de las que había recibido el nombre, habían sido «¡Así no!», dirigidas a su propia madre cuando esta, al prenderle un mechón de pelo con un lazo de lino, le arrancó algunas hebras. «¡Así no!», le decía ahora la reina al dignatario que, encargado de los cereales, le había

sustraído una parte. «¡Así no!», les escribía a los generales que, tras meses de asedio, no habían conseguido tomar una ciudad. «¡Así no!», gritaba a los que habían forzado a una mujer e iban a ser quemados en azufre.

En la sala del trono de su casa de cedro y ciprés, construida antes del mismísimo Templo de Dios, el rey, aspirando el intenso aroma de los sacos de sándalo, canela y mirra abiertos por los emisarios de Saba ante él, les habló con benevolencia y consintió la visita de la reina extranjera. Ordenó a continuación que los emisarios fueran paseados a lo largo y ancho de su palacio, que se les abrieran todas las tesorerías y les mostraran todo lo que merecía ser visto. Al partir, les entregó el oro, la plata y los caros tapices que podían acarrear sus camellos. A la reina le envió una soberbia mesita de marfil que el famoso artesano Ohalia, de la estirpe de Bezalel, hijo de Uri, hijo de Hur, había tallado, elaborando durante siete años aquella maravilla digna de cualquier rey.

La delegación regresó, a través del Sinaí, hacia Egipto, que cruzó a través del Nilo en veleros de papiro, y descendió luego por el Nilo Azul, entre ibis e hipopótamos, hasta los territorios etíopes. Solo a partir de aquí se volvía peligroso el viaje, puesto que los incontables pueblos que integraban Etiopía estaban siempre en guerra y cazaban sobre todo esclavos, que vendían luego a los traficantes fenicios y árabes. Si Egipto fue recorrido en menos de veinte días, hicieron falta más de cien días para que los emisarios llegaran desde las fronteras del País de Cus hasta Saba.

Cuando le leyeron la misiva con el sello del rey Salomón, en la que con palabras solemnes y magnánimas se le permitía a la reina viajar a Jerusalén, Makeda se levantó del trono de un salto y dio palmas como una niña. Luego analizó detenidamente las alfombras y las alhajas de oro y plata, repujadas con un esmero que nunca había visto en su reino, y pasó largamente las manos por el marfil suave, amarillento, de la mesita, traslúcido y cargado de incontables filigranas talladas con asombrosa minuciosidad y maestría. Todo le pareció maravilloso, un adelanto de lo que le quedaba por ver, y ahora ardía de impaciencia por llegar ella misma a la santa Jerusalén y al palacio del rey.

La reina tendría por aquel entonces unos diecinueve años. Antes de ella, un perro había ocupado el trono de Saba, y antes del perro, un cocodrilo. Se trataba de una antigua artimaña que permitía a una larga dinastía de siervos castrados gobernar sin tener sangre real en nombre de los animales que representaban a los dioses. Cuando Makeda, la verdadera heredera, fue sustituida a los doce años por un mono, ella susurró lentamente, apoyando la barbilla en el pecho, uno de sus famosos «¡Así no!», y al día siguiente encontraron al mono

desplomado en el mosaico de la sala del trono, con el cráneo destrozado y sin sesos, junto al último eunuco, atravesado con tanta fuerza por una lanza que estaba clavado a la pesada puerta de palisandro. Los sesos del mono, preparados con menta fresca, le fueron servidos aquel mismo día a la joven reina, que llevaba en aquella ocasión, por primera vez, la corona de oro con perlas de Sidón. Durante siete años a partir de entonces, nadie se atrevió a importunar a Makeda, y la reina gobernó con decisión y gracia, famosa tanto por sus terribles castigos a los asesinos y ladrones como por sus buenas acciones, pero sobre todo porque había rechazado todas las peticiones de matrimonio de los príncipes guerreros que aspiraban a su corazón y a su reino.

La piel de Makeda era negra como el ébano y su cabello era de hebras gruesas, embadurnadas con aceites y caro nardo, prendido en miles de trencitas. Sus ropajes de lino retorcido, fino como las telarañas, dejaban sus pechos al aire, como correspondía a las reinas, madres de los pueblos que regían. Su cuerpo era atractivo, pues era alta y tenía unas caderas redondeadas, y para enfatizar su belleza lucía delicados adornos de oro que le atravesaban los lóbulos de las orejas, la nariz y los pezones. Tenía también uno de esos aros en la parte oculta entre los muslos, perdido en el triángulo de vello rizado, un ornamento destinado a ser tocado con los dedos, en el primer abrazo amoroso, por el primer príncipe guerrero que se mostrara digno de ella. Inolvidable resultaba el rostro de la reina, sus ojos vivos y atentos, su mirada acostumbrada a las letras, pues pocos de los que veían el mismo sol aquellos días habían leído tantos libros como ella. El resto de los rasgos de su rostro, la nariz recta y los labios graciosamente africanos, el fino tatuaje de las mejillas y los pómulos redondos eran en sí mismos encantadores, pero lo que conquistaba verdaderamente tu corazón era el velo de decencia e inteligencia, como el de la mangosta que baila delante de la serpiente, que envolvía todo su ser.

La reina apreciaba los afeites, los ropajes teñidos con púrpura de Tiro de las conchas de las profundidades, las perlas grandes, el jaspe y la esmeralda, los sables deslumbrantes con empuñaduras de cuero, las esclavas desnudas que danzaban sacudiendo los hombros ante ella y ante sus huéspedes, la fruta en la que hundía sus dientes blancos, bellamente redondeados; pero, por encima de todo, apreciaba la inteligencia. No existía mayor deleite para ella que escuchar sabios relatos, leer historias antiguas que le explicaban mejor los ancianos consejeros que lo habían leído todo. Con infinita curiosidad había estudiado el Libro de Enoc, el que subió al cielo en la época en que doscientos hijos del cielo, engañados por su jefe Semyaza, vieron desde las nubes los cabellos de las hijas de la tierra ondeando al viento

y, considerándolas bellas, descendieron, las tomaron por esposas y les revelaron los misterios del reino secreto que ningún mortal habría debido conocer. Y Enoc se presentó ante el Venerable Anciano, que lo envió adonde los ángeles rebeldes con el anuncio de que jamás serían perdonados. En este libro descubrió también Makeda el movimiento de los astros en el cielo, los caminos de la luna, del sol y de las estrellas, las puertas de las que salen los vientos, las lluvias y las tormentas, las clases de árboles y de animales. Había estudiado asimismo el Libro de los Muertos, que los sacerdotes egipcios recitaban a los que yacían en la mesa de momificación mientras extraían su cerebro por la nariz con unas pinzas de bronce, y en él había descubierto el viaje lleno de peligros del muerto que se convertiría, pasando por peligros terribles, en el mismísimo dios Osiris. Habría tenido que esperar todavía tres siglos más para poder leer también los libros de Isaías y Jeremías, con sus terribles profecías sobre la destrucción, las plagas y la muerte que no perdonaban tampoco a los territorios etíopes:

> ¡Ay de ti, país en el que retumba el tintineo de las armas y que estás más allá de los ríos de Etiopía! ¡Tú, que envías emisarios por el mar, en veleros de junco que flotan sobre el brillo de las aguas! Dirigíos, rápidos emisarios, a ese pueblo fuerte y poderoso, a ese pueblo terrible desde su nacimiento, una estirpe poderosa que destruye todo y cuyo país está atravesado por ríos. ¡Vosotros, habitantes del mundo, habitantes de la tierra, vigilad cuándo se iza la vela en los montes y levantaos cuando suene la trompeta!

De esa manera, estudiando la sabiduría del mundo, llegó a los textos del rey Salomón, el que reinaba por aquel entonces en el norte, en el país de los judíos, hijo del difunto rey David. Le habían encantado las historias sobre él, la había cautivado su inaudita agudeza en las arduas situaciones que juzgaba cada día. Todos alababan, glorificando al Señor, su primer litigio, el de las dos madres que se habían presentado llorosas ante su trono para que el rey hiciera justicia. Pues las dos habían dado a luz la misma noche, una a un niño vivo y la otra a un niño muerto. Pero la que parió al niño muerto cambió a los recién nacidos y gritaba a los cuatro vientos que el niño vivo era el fruto de su vientre. Las mujeres se encontraban ahora ante el rey, maldiciéndose la una a la otra, y el bebé, firmemente envuelto en paños de lienzo para que tuviera más adelante las piernas rectas, estaba en brazos de una criada. Todos los ojos estaban clavados en el rey, pues se trataba de su primer juicio, y el buen día, como diría él mismo después, se conoce desde la mañana.

Siempre que la historia llegaba a este punto, Makeda aplaudía

encantada, porque Salomón hizo entonces algo que no se le habría ocurrido a nadie más, ni siquiera a un sabio anciano de cabellos plateados. Pues no fueron las leyes sin alma, que mataban o perdonaban la vida según decía el libro, sino el profundo conocimiento del alma humana lo que inspiró el extraordinario veredicto del rey. Salomón llamó a un soldado de los que, arma en ristre, custodiaban siempre el trono real y le ordenó que cortara al niño en dos para entregar a cada mujer una de las mitades. Según la antigua ley de Moisés, que no tomaba en consideración el rostro de la persona y que mataba a ciegas a los que se confundían con los ritos incomprensibles que Adonai pedía a Su pueblo, la decisión parecía justa y ninguno de los jueces de la sala se sintió turbado. Nadie se rasgó las vestiduras llorando por el sacrificio de un niño inocente. En el silencio más sepulcral, el soldado tomó al niño y elevó la espada sobre él. Un instante más y habría culminado su terrible misión. Entonces se escuchó el grito de una de las mujeres: «¡No lo matéis! ¡Entregádselo a ella solo para que viva!». Y entonces se produjo el milagro. Salomón levantó la mano y le dijo al soldado: «¡Envaina tu espada! La que ha hablado es la madre del niño. ¡Que se lo entreguen inmediatamente!». Nunca se había escuchado en el mundo semejante parábola viva. Era como si una nueva humanidad se hubiera configurado en aquel mismo instante. Cuando oyó esta historia por primera vez, la reina de Saba sintió en su corazón el impulso de inclinarse ante aquel rey lejano como ante un dios, y esa adoración no estaba lejos del ardiente sentimiento del amor.

Mientras esperaba a que los emisarios fueran y regresaran de Jerusalén, la reina tuvo tiempo de leer también los *Proverbios de Salomón*, y muchos de los libros en los que él había indagado en todo lo que se podía saber sobre las cosas del mundo: sobre todas las flores y todos los animales, y los montes y las aguas y los desiertos, y todos los pueblos que habitan la tierra, y sobre cómo se colocan las mesas en las fiestas y cómo se gobiernan los reinos, y sobre las enfermedades que asolan al género humano, sobre la regla de las mujeres, y sobre cómo se forman los huesos del bebé en el vientre, y sobre el inmenso Leviatán de los mares, sobre cómo se pulen las estatuas, cómo se tiñen los vestidos, cómo se limpian los dientes, cómo se quitan las callosidades y muchos otros asuntos, de tal manera que nada escapó a su discernimiento. Makeda ardía en deseos de ver y oír al más grande de los reyes, el hombre más apuesto, como decían, y, pese a su temprana edad, el más erudito de su tiempo. Y no conoceríamos la naturaleza humana, la misma para los hombres y las mujeres, si pensáramos que la doncella no soñó siquiera por un instante con la posibilidad, cuando se disponía a visitarlo, de unos abrazos y susurros secretos, ¡ay, y cómo! No un instante, sino noche tras noche, en los

ocho meses en los que no tuvo noticias de los emisarios enviados a Jerusalén, la reina se sentía desasosegada, sin poder dormir, en su alcoba, y cuando llegaba el sueño traía consigo pesadillas irreverentes, de las que se despertaba húmeda y con las mejillas encendidas.

En los preparativos para el viaje, la reina del Mediodía reunió, durante tres meses enteros, todo lo más precioso y deslumbrante del reino de Saba: pimienta, en primer lugar, luego ajos, jengibre, cúrcuma, fenogreco, cardamomo, canela, clavo, guindillas y, a continuación, la sal más pura del mundo, cortada en forma de elefantes y tortugas. Treinta camaleones que se alimentaban solo de aire, cada uno en una jaula con un espejito de latón pulido en el que se miraban sin cesar, girando los ojos y cambiando los colores de la piel según estuvieran colocados sobre alfombras, sobre rosas o sobre una piedra grisácea. Veinticuatro arpistas con el cuerpo tatuado por completo, que eran expertas asimismo en el arte de la danza, de la composición de poemas y del acoplamiento, el más difícil de todos. Una peineta antiquísima, de hueso humano, que permitía a quien se la pusiera ver a los muertos invisibles que caminan entre los vivos e incluso a Bobo, que por las noches roba y devora a los bebés de los hombres. Cinco cofres de piedras preciosas, encontradas en las cuevas bajo la meseta de Gheralta, y veinte talentos de oro extraído de las minas de Nahiso Terara, acarreado cada uno en un camello con el cuerpo entero tatuado con versículos en lengua sabea y con un arnés de lana de colores. No faltaban tampoco el barro del Nilo, que curaba el dolor de huesos, ni los pájaros con plumas de cielo azul, cielo del ocaso y cielo estrellado, que podían ser arrancadas cada mes, pues les crecían otras, ni la miel de flores embriagadoras que, ingerida en ayunas, te hacía hablar en una lengua desconocida. Makeda le habría donado al magno rey incluso sus ídolos de madera, agasajados con frutas frescas y collares de flores cada mañana, y con incienso y nardo por las tardes, si no hubiera oído que el hijo de David solo creía en un gran dios invisible, el creador de los cielos y la tierra. Más adelante se arrepintió de haber dejado los ídolos en casa, pues en la corte del rey Salomón encontró multitud de ellos, tallados según el rostro de todos los reptiles, de los peces del mar y de las aves del cielo y de los animales cornudos que pacen en el campo, cada uno con sus sacerdotes, con sus sacrificios y sus ofrendas, traídos por sus cientos de esposas y concubinas.

Finalmente cargó todo en noventa y tres camellos y ochenta muías, en medio de los cuales se alzaba el dócil e imponente K'onijo, el elefante con los colmillos bañados en oro que acarreaba en el espinazo el baldaquino con cortinajes de Damasco en el que viajaría la propia reina. Dejó el reino al cuidado de su gobernador más fiel, el que había matado años atrás al mono y al eunuco de nombre maldito, y

emprendió el viaje, mecida por el elefante, amodorrada por el tintineo de las armas y el trote de los animales, hacia el centro de su vida y de su destino sobre la tierra. Tamrin, el más diestro guía de camellos, conducía el convoy. La ruta de los viajes entre Saba y Jerusalén, iniciada por los emisarios de Makeda y retomada por ella, sería continuada por otros viajes, cada vez más llenos de peripecias, realizados por aquel cuyo nacimiento y vida la reina no sospechaba por aquel entonces. Entre ellos, dos décadas después, el más milagroso viaje con caravanas realizado jamás, pues el poder del Arca acompañó al séquito en aquella ocasión, sacándolo del ámbito terrenal y dirigiéndolo hacia Saba a través de la visión, la premonición y el sueño.

Durante su viaje, la reina vio Egipto, el país de Sheol, que se le apareció como un sueño de magnificencia e inimaginable esplendor. El rey de Jerusalén había tomado ya por esposa a la hija de Faraón y la había llevado con él para instalarla en la ciudad de David, donde le construyó un palacio idéntico al suyo. Y Faraón le ofreció como dote el Gezer, arrebatado por él a los filisteos, a los que exterminó sin piedad, hombres, mujeres y niños, e incluso animales de carga. Cosas sobremanera extrañas se escuchaban sobre aquella mujer egipcia que había subyugado el corazón del rey. Ella sería la culpable del coqueteo de Salomón con los ídolos de los pueblos extranjeros, pues le había regalado a este, decían, mil instrumentos musicales, cada uno con el sonido adecuado para cantar las alabanzas a un solo ídolo. También ella habría colgado del baldaquino real un tapiz bordado y recamado de piedras preciosas, de tal manera que el rey, cuando se despertaba, al ver las piedras raras, creía que eran estrellas y que era todavía de noche, y se quedaba dormido de nuevo. De esa manera, los sacrificios debidos al Santísimo no podían realizarse por la mañana, pues Salomón dormía con la llave del Templo bajo la almohada.

La reina pensaba en todo esto, enfadada ya con aquella mujerzuela, mientras su caravana cruzaba el valle del Nilo, el país donde el pueblo del rey de Jerusalén había sido esclavo en otra época y había fabricado ladrillos de barro en el fértil Gosén. A través de las aberturas de los pesados cortinajes de damasco que la protegían del calor y los insectos, veía los feraces campos a orillas del río de un verde turbio, a los fedayines negros trabajando doblados; los veleros de papiro, algunos tan grandes como casas flotantes, deslizándose por las aguas que reflejaban muros y jardines; los oasis del desierto con unas pocas palmeras; las asombrosas ciudades, como visiones de un moribundo sediento, llenas de templos y obeliscos; los ¡bis, siempre apostados en los márgenes junto a los flamencos rosados. El sol salía por el levante, llegaba al cénit y descendía hacia el ocaso, luego la caravana acampaba bajo las estrellas, en el inimaginable frío de las

noches del desierto. Los soldados vigilaban, las muías y los camellos rebuznaban de vez en cuando, cuando sentían algún chacal, y Makeda, tumbada en su lecho de ramas trenzadas, veía de repente todo el cielo, lleno de constelaciones que brillaban sobre ella, y la luna perfectamente redonda, con su borde afilado, más grande de como la había visto jamás, pues la luna era la señora de los mares y el desierto. Se sobresaltaba con el largo silbido de las estrellas fugaces, le alegraba reconocer los dibujos del encaje celeste: Casiopea y el Carro y Sagitario, que giraban con la bóveda de cristal en la que estaban incrustadas, se acurrucaba por el frío y se quedaba dormida solo al amanecer, cuando la caravana reanudaba el camino.

Vio las pirámides y el laberinto, más asombroso y más alabado aún que aquellas, rodeados de jardines grandiosos y estanques de granito llenos de cocodrilos sagrados. Vio postes de piedra con los rostros de Faraón y su esposa. Vio la Esfinge, a la que preguntó, custodiada por dos sacerdotes, acerca de su destino, y la Esfinge de rostro humano le dio una respuesta clara a través de los sacerdotes: «El cántaro de agua lo decidirá todo». Fue guiada a un lugar sagrado llamado Saqqara, donde vio nueve gigantescos sarcófagos de granito, con tapas de un peso abrumador, y en cada uno, le dijeron, se encontraba el cuerpo de un dios llegado de los cielos. Vio asimismo a Apis Osiris, el ternero sagrado nacido de una vaca sobre la que cayó un rayo celestial. Se encontraba en medio de su harén de vacas y llevaba los signos por los cuales lo reconocieron los sacerdotes: piel negra, un triángulo blanco en la frente, un águila blanca en el espinazo, un escarabajo debajo de la lengua, una media luna blanca en la cadera derecha, los pelos deshilachados de la cola. Y muchas maravillas más pudo ver la reina al recorrer atónita y boquiabierta ese país lleno de obeliscos y de dioses.

Tras dejar atrás las pirámides, se encaminaron hacia el oriente y luego, a través del desierto del Sinaí, hacia el norte. Pasaron por Edom y entraron en Judea al cabo de cuatro meses de un viaje pesado, agotador, en el que murieron once vigías al proteger la caravana de las gentes del desierto y muchos animales dejaron sus huesos en la arena, vencidos por la carga, por los leones y el agotamiento. Cuando divisaron en la lejanía Beerseba, donde Abraham cavó un pozo en otro tiempo, pero que era ahora una ciudad fronteriza de casitas blancas, supieron que el peligro había pasado. En la frontera del sur les esperaban doscientos soldados del rey que los guiaron luego por todo el reino de Judea, caminando por la orilla izquierda del mar Muerto, cruzando Hebrón hasta llegar a la capital del norte del país, Jerusalén. Avanzaron así un par de días en los que contemplaron con asombro cómo los deslumbrantes cielos africanos, rojos como la tierra bajo sus pies, se transformaban en cielos de oro.

No había palabras en el mundo para definir Jerusalén. No las habían encontrado los sabios que se quedaban ciegos con sus rollos de papiro, no las encontraban los viajeros que hacían la ruta de las caravanas, y más adelante ni siquiera la reina de Saba encontró las palabras para explicar a su corte el esplendor infinito de la soberbia ciudad. Sus murallas se elevaban hasta los sesenta metros y los vigías que la custodiaban apenas se distinguían en las empalizadas de madera que las coronaban. Gruesas torres, redondas, de la misma piedra pulida que reflejaba la luz del sol por las mañanas, se alzaban en cada estadio de muralla, y más allá de las murallas se divisaban árboles majestuosos y edificios imponentes. Las puertas que interrumpían aquí y allá el brillo de la muralla eran enormes tablones de cedro del Líbano, con cerrojos y tachuelas, que ni el fuego ni los arietes podían doblegar. Por una de ellas, la del sur, pasó el cortejo de la reina, recibido por la muchedumbre con flores y gritos de júbilo. El colosal elefante, que mecía su baldaquino anaranjado en el espinazo y tenía los colmillos adornados con encajes de oro puro, era lo que más provocaba el asombro de las mujeres, los niños y los mendigos de la ciudad, pero también el perfil de ébano de la reina, pues los pesados cortinones bordados habían sido retirados para que la multitud pudiera verla e inclinarse hasta tocar el suelo. «¡Es negra! ¡Negra, pero muy hermosa!», gritaba el gentío, arrojando ante la comitiva manojos de hisopo. Otros extendían sus coloridas ropas en el camino, para que las pisaran los caballos de los soldados, las muías y los camellos del séquito. Un aroma a nardo, jengibre y canela se elevaba de los incontables sacos acarreados por las bestias de carga.

Makeda era feliz. Permanecía erguida entre los cojines, con el cabello magistralmente prendido y los pechos desnudos, no redondos como los de las judías, sino afilados como los de los ídolos, acabados en unos pezones gruesos, marrones, atravesados por aros de oro. Sus párpados estaban cargados de kohl, y los labios, maquillados con polvo azulado de turquesa. En la cabeza portaba su corona bárbara, una parte de marfil, otra parte de oro, con enormes perlas engarzadas. De la cintura para abajo llevaba un velo ceñido, de púrpura fenicia, que mostraba la redondez de sus caderas. Por mucho que se esforzara por mostrarse orgullosa y llena de dignidad, no podía abstenerse de mirar a su alrededor e incluso de reír contenta de vez en cuando, escondiendo sus dientes blancos como la leche tras un pañuelito que sujetaba en la mano. La muchedumbre tocaba las muías y los camellos, admirando los cencerros de latón que llevaban colgados del cuello, palpando la aspereza de las mantas de lana colorida de su espinazo; tocaba a los siervos y también a los soldados, como si no fuera suficiente con los ojos. Nunca habían visto tanto fasto y tanto esplendor. Aquí y allá, los sacerdotes del Señor, pertenecientes a la

tribu de Levi, con sus ropajes amplios y blancos, con los cráneos rasurados, formaban una isla de contención y dignidad, pero incluso ellos inclinaban la frente al paso del apabullante séquito, bendiciendo a la reina del Mediodía, como si supieran ya entonces que al cabo de los siglos el largamente esperado Mesías la mencionaría con unas palabras rebosantes de admiración: «¡La reina del Mediodía se levantará en el juicio con esta generación y la condenará, porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón!».

En su casa de cedro, el rey la esperaba agitado en su trono señorial, jugueteando nervioso con los flecos de hilo azul, un recordatorio, del faldón de su manto. De vez en cuando, un criado venía corriendo para comunicarle por dónde iba la comitiva: «¡Ahora está en la puerta de la Ollería!»; «¡Ha pasado por el Valle de Tiropeón, junto a la ciudadela de David!»; «¡Están en Ofel, se dirigen hacia la Puerta de los Caballos!». Por fin alguien gritó, a las cuatro de la tarde: «¡Se acercan a tu casa, señor! ¡Están cerca, llegarán en un abrir y cerrar de ojos!». Y, ciertamente, Salomón podía oír ya los pesados pasos del elefante haciendo temblar la tierra, el tintineo de los cencerros, el golpear de las armas y los gritos de alegría del gentío cuando el séquito, calculaba él, pasaba precisamente ante la puerta de la hija de Faraón, camino de su palacio. A cada uno de los soldados postrados ante el trono, jadeantes todavía por la carrera, el rey le preguntó, una y otra vez, una sola cosa: «¿Cómo es la reina? ¿La has visto?». Ante lo cual los grandes dignatarios, Azarías, hijo de Sadoc, Elihoref y Ahías, hijos de Sisa, Ahisar y Josafat el escritor, murmuraban mirándose los unos a los otros, pues conocían el punto débil del rey y sabían perfectamente lo que iba a pasar. Más grosero, como todos los soldados, Benaía, hijo de Joyada, se besó la punta de los dedos y luego los extendió, lanzándole una sonrisa cómplice al rey.

Los cuernos de plata retumbaron al otro lado de las puertas y el rey se incorporó en su grandioso trono de marfil recubierto de fino oro y custodiado por dos leones enormes, también de oro repujado. El trono tenía seis escalones tallados en pórfido que reflejaban la luz del salón del Juicio. Se atusó los ropajes y se acarició la barba, salpicada ya de hebras blancas. Temblaba de impaciencia, como no recordaba haberlo hecho a la espera de ninguna otra legación. Qué ricas y misteriosas le sonaban estas palabras: ¡la reina de Saba, junto al país de Ofir, rico en oro! Makeda, es decir, «¡Así no!». Negra, pero hermosa. Soñaba con aquella doncella testaruda e inteligente y dulce, esperaba que también a él le dijera «¡Así no!», como les decía a todos, se preguntaba si habría leído ciertamente todo lo que se había escrito, como se afirmaba solo sobre él, y se asombraba de que existiera en el mundo una mujer tan perfecta, tan alabada por todos, como solo él, de

entre todos los reyes del mundo, era alabado. Soñaba especialmente con los recovecos de su cuerpo, que se había imaginado decenas de noches, cuando acariciaba inconsciente los pechos, los vientres y las caderas de las mujeres moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas a las que les correspondía, cada dos años, disfrutar del abrazo del rey. Desde que sabía que la reina del sur se encontraba en camino hacia él, bastaba únicamente con imaginarla, esculpida en suave ébano, para que su vigor brotara en el interior del estuche de carne de otras mujeres con un ímpetu y una alegría que no había conocido desde su juventud.

En primer lugar accedieron al salón del trono los criados de la reina, acarreando en la espalda sacos y cofres de regalos. Los depositaron en el suelo cubierto de alfombras que representaban dátiles y querubines, los abrieron y liberaron el aroma de las especias, sobre todo el de la incomparable pimienta, que solo podía encontrarse por aquel entonces en las mesas de los reyes, para que se elevara hacia los techos apoyados en gruesas columnas. Derramaron por el suelo incontables alhajas de oro y miles de piedras preciosas de todos los colores, transparentes como gotas de rocío, que emitían un sonido delicado sobre las frías baldosas. Colocaron formando un semicírculo las jaulas de camaleones y tras ellos trajeron, casi desnudas y perfumadas, portando cada una cítaras y timbales, a las doce cantantes y bailarinas, mujeres sin tacha alguna, dignas de cualquier señor de la tierra. La sal, que se intercambiaba entonces entre los comerciantes como talantes de oro y siclos de plata, fue presentada asimismo ante el rey con su brillo cristalino.

Salomón aceptó, con gestos comedidos, cada regalo que le ofrecieron, pero la lista se estaba alargando demasiado. Por fin se hizo el silencio. Las puertas permanecieron cerradas un tiempo que pareció infinito. Se extinguieron todos los rumores y cada ojo y cada oído quedó clavado en la entrada. Se escucharon de repente otros cuernos en el patio exterior, las puertas de palisandro se abrieron de par en par y algunos consejeros de la reina, venerables ancianos vestidos con el curioso traje de su país, penetraron en el salón y avanzaron hacia el trono, ante el cual se postraron hasta tocar el suelo. Siguieron los sacerdotes castrados —jóvenes y con los cráneos rasurados— de los antiguos dioses, que se arrojaron también al suelo, golpeando con la frente las baldosas. Tras ellos venía, alta y delgada, con una corona en la cabeza y los pechos desnudos, la reina.

Y la reina era más bella de como la había imaginado Salomón incluso en sus sueños más ardientes. Los consejeros y los sacerdotes se hicieron a un lado y Makeda dio unos pasos más, sola, hacia el trono. El maestro de ceremonias le había explicado pacientemente, en el patio exterior, cómo tenía que presentarse ante el rey. Tenía que caer

de bruces a sus pies y tocar el suelo con la frente, como sus predecesores, y no levantarse hasta que no se lo permitiera el gran señor.

La reina se detuvo ante el primer escalón y de repente, levantando la cabeza, miró al rey directamente a los ojos. Entre ellos brilló un rayo negro que atravesó a Salomón hasta lo más profundo de su corazón. Un «¡ay!» brotó de todos los pechos, los consejeros se prepararon para desgarrarse las vestiduras y los guardias blandieron las lanzas, dispuestos a atravesar a la blasfema. Pues le estaba terminantemente prohibido a cualquiera, aunque tuviera incluso sangre real, contemplar el rostro del rey sin que este lo hubiera consentido, y quien lo hacía era expulsado de la ciudad al momento y lapidado. Todo duró tan solo un instante, tras lo cual la reina hizo lo que había que hacer, se dejó caer de rodillas y tocó el suelo con la frente. El murmullo y la agitación se calmaron con una breve señal de la mano de Salomón, que, tras pensárselo un instante, se incorporó del trono y descendió despacio y digno los seis escalones. Sujetó delicadamente a la reina por los hombros y la hizo ponerse en pie. Mientras la contemplaba plantada ante él, de su misma altura y con los párpados cerrados, brillantes por el kohl, le dijo las habituales palabras de bienvenida debidas a la soberana de un pueblo y le sonrió con bondad. La reina le respondió en hebreo con la melodía de la lengua de Saba y cometiendo ligeros errores deliciosos. Los grandes consejeros, que la habrían despedazado un momento antes, se relajaron como un arco que hubiera estado a punto de liberar la flecha: aquella joven, negra pero hermosa, les gustaba, y a medida que la escuchaban hablar, les gustaba todavía más. Incluso el gigante Benaía, siempre a la derecha del trono de su señor, se encontró con que no miraba ya a la joven reina como a una mujerzuela que llevarse al lecho, sino con ternura, como a la hija que no había tenido nunca, pues sus dos esposas lo habían bendecido solo con hijos. El jefe de los queratitas y el primero de los treinta soldados personales de Salomón, que había servido con confianza también al rey David, acababa de cumplir los cincuenta años y se consideraba ya un anciano.

14

Cuando te arrancaron de Ghergani y te llevaron con ellos a Bucarest, en tiempos de peste y de revueltas, fue como si hubieras salido por segunda vez del vientre de tu madre, pues un segundo mundo, completamente distinto del primero, se presentó ante tus ojos. Ibas a cumplir doce años y eras huérfano de padre cuando el señor Tachi se apiadó de ti y te ofreció tu primer trabajo, encendedor de narguiles en su mansión de la Ulița Beilicului, donde, hastiado de la soledad y del aullido de los lobos de Ghergani, se retiraba a veces durante semanas. Tras un día de viaje en un carro cubierto, apretujado entre mantenidos de criadas y gitanos esclavos, zarandeado y muerto de hambre, viendo a derecha e izquierda solo campo, un campo desierto, un campo sin un solo árbol o un pozo, el cielo se había vuelto de repente verde y baboso como la flema de los fumadores, y bajo él se distinguieron, en una colina, las torres de la Metrópoli y otras torres más pequeñas de las iglesias de alrededor, como gallinazos de aves de corral en un patio abandonado. El niño que todavía habitaba en ti sintió entonces una tristeza mortal. Se había acabado Ghergani con sus cuentos. Se había acabado tu madre, Sofiana, con sus abrazos. Se había acabado la feliz época de la infancia, cuando eras libre como los pájaros en la bóveda celeste. Bucarest te pareció en un primer momento el lugar más triste sobre la faz de la tierra.

Entrasteis por la barrera de Ghencea y os dirigisteis a la barriada de los curtidores. El camino era de lodo, salpicado a cada paso de estiércol de vaca y cadáveres con los intestinos fuera. Eran los primeros días del verano, las moreras estaban cargadas de frutos y las moras aplastadas en el suelo dejaban manchas purpúreas, como escupitajos de sangre. Desde las curtidurías de la orilla del Dâmbovița llegaba un tufo tan espantoso que muchos en el carro habían vomitado, asomados sobre los adrales. Caía la tarde y por todas partes aparecían perros sarnosos, ladrando y echando espumarajos como rabiosos, que intentaban morder los espolones de los caballos. ¡Cuántos transeúntes serían atacados por esas manadas hambrientas! Delante de las casas pequeñas y carentes de belleza, con pieles de vejiga de cerdo en las ventanas, se pasaban la vida unas viejitas sin dientes y unos viejitos de cabellos blancos.

Girasteis, justo con la caída de la noche, por la Ulița Beilicului, cubierta con tablones. De repente los cascos de los caballos y las ruedas de los carros emitieron otro sonido. Ante una tasca yacían, obstaculizando el camino, los borrachos. A través de la ventana abierta se oían músicos populares, gritos de otros borrachos y los golpes de las tazas de barro contra las paredes. Junto a una cerca había un tipo en cuclillas que gemía haciendo esfuerzos, mientras miraba con descaro a los que lo maldecían al pasar a su lado. Hacia el centro de la callejuela comenzó a divisarse, entre las casas encaladas o parcheadas con adobe, el río Dâmbovița, donde se vertían todas las lavazas de la ciudad, además de los desagües de las curtidurías. También de allí, entre los cadáveres de los perros y los gatos que flotaban en el río, se sacaba el agua de cada día, aunque muchos, por miedo a las pestes, solo bebían vino. Pues no era de extrañar que enfermedades de toda clase, peste y cólera en primer lugar, camparan a sus anchas por la hedionda Bucarest.

Y luego, a menos de una posta de distancia, las casas se volvían más señoriales, casas de comerciantes y cambistas, llenas de angelotes, guirnaldas, molduras y otras fantasías de escayola sobre las ventanas y los tejados. «Mira, el Beilic», te dijo un gitano viejo, un herrero que había estado ya por allí en la época de Ipsilantis, señalándote unas casas grandes y una mezquita. «¡Aquí viven los bey, los recaudadores y los mandatarios que se relacionan con el vaivoda, todos mariquitas! ¡Fui mozo en los baños turcos, mira, allá junto a la mezquita pequeña! Lo que pudieron ver mis ojos allí… Madre mía, no puedo olvidar cómo se montaban, hombres maduros, barbudos y bigotudos, unos a otros, como hacemos nosotros con las mujeres, ¡que Alá nos ampare!» Y el gitano viejo giraba los ojos de córnea amarilla, santiguándose deprisa tres veces. De los establos del Beilic recibía también el nombre la callejuela.

Pasaste la noche en la mansión de Tachi Ghica, una de las más grandes del Puente del Beilic, Hamada unos huertos más allá calle Șerban-Vodă; allí ibas a servir, entre penurias, durante seis años, encendiendo y reparando las pipas de los señores, robando lo que podías, como todos los demás, y sorteando los trabajos más duros. Todos teníais las uñas largas de verdad, pues rara vez las cortabais con tijeras, y se volvían tan negras que no podías ni mirarlas, pero sobre todo porque, como dice el refrán, robabais todo lo que veíais, como hace el gato con las garras. A menudo, sobre todo el primer año, vagarías al azar, boquiabierto, por Moși y por los mercados, bebiendo *braga* y comiendo *halva* y sésamo, montándote en los tiovivos y mirando atónito al hombre con cabeza de buey o al que rompía cadenas con los dientes, recorriendo las carnicerías donde los matarifes, en medio de un insólito tufo a carne podrida,

descuartizaban cerdos y corderos en grandes tocones pringados de sangre coagulada, o abucheando y escupiendo a los vendedores a los que habían pillado con un peso manipulado, clavados por la oreja a un poste y abandonados al furor de la muchedumbre.

Por el momento, sin embargo, agotado por el cansancio del viaje, te apeaste del carro con otros veinte sirvientes, cocineras, herreros, cocheros o criadas domésticas, gitanos en su mayoría, y recibiste una cena frugal en el patio de la mansión: un mendrugo de pan, una cebolleta y un trozo de queso de oveja. Para beber, agua. Luego os mostraron en la parte trasera de los edificios un hangar con heno esparcido por el suelo, en el que caísteis muertos y os quedasteis dormidos como troncos hasta que cantó, al amanecer, el gallo.

Y al día siguiente, puesto que los señores llegarían hacia la tarde, vagabundeaste por la ciudad, recorriendo las callejuelas al tuntún a lo largo del Dâmbovița, asombrado no por lo que veían tus ojos y lo que oían tus oídos, sino por el aire que inhalabas, más rico y más mezclado y variado que en cualquier otro lugar de la tierra. Bucarest se te mostró como una población construida no con muros, madera y tejas, sino con tufos, pestes, miasmas y aromas, olores y hedores, rosa y menta y turrón y albahaca y lejía y aguardiente y patatas podridas y cadáveres y boñiga y excrementos humanos por todas partes, y el olor dulzón del café, de las pasas y de los dátiles de las tienditas, y el aroma agrio a *borș*, y los parterres de zinnias y dalias delante de las casas, y los geranios de las ventanas y la nicociana abriéndose amarga al atardecer, y el incienso retorciéndose sobre las decenas de iglesias, y el olor ardiente a panes recién sacados del horno, grandes como ruedas de carro, y el jengibre de las cocinas, y la carne de cerdo chisporroteando sobre las brasas encendidas, junto a las longanizas de oveja abiertas a lo largo y peladas en los extremos, y el dulzor del vino tinto, espumoso, de las jarras de barro, y el tufillo penetrante de las gallinazas de las ocas, los patos y las gallinas que deambulaban por todos los caminos como por su casa, y el apestoso olor a vómito y pis alrededor de las tascas, y los jardines perfumados, llenos de toda clase de hierbas y hierbajos, y los mirabeles y los ciruelos y los membrillos y los rosales silvestres desperdigados junto a las paredes blancas de las casas, y los dondiegos de día abiertos en las cercas, con cuya semilla se hacía un polvo para tener sueños bonitos, y el aroma aceitoso de la adelfa que se elevaba de todos los patios…

Las damas que pasaban a tu lado, ensuciándose los botines de París y los faldones de los vestidos de Bécs en el lodo de los caminos, dejaban a su paso, como la cola de un vestido, metros y metros de perfume, tan denso que podías palparlo con los dedos, y los mendigos, que se lavaban solo cuando los sorprendía la lluvia, arrastraban otros tantos metros de tufo. Las moscas oscurecían el paisaje en enjambres

que no acababan nunca y zumbaban a menudo en la boca de los que bostezaban o vagabundeaban. Pasabas junto a interminables cercados de acacias, asombrándote ante los torreones y los tejados, ante los niños que jugaban en el polvo a unos juegos extraños, desconocidos en Ghergani, y ante el cielo polvoriento, lleno de cometas de colores. Entre las casas, a medida que el calor del verano se acentuaba, el Dâmbovița se llenaba de gente que iba a bañarse, carreteros que lavaban sus caballos en el río y niños esqueléticos, negros como diablillos, que nadaban con energía, y sobre todo mujeres completamente desnudas, con una desfachatez que aquí no sorprendía ni enojaba a nadie. En un solo día (y cada día a partir de entonces, escondido tras los abrevaderos y frotándote el pajarito que ya entonces se endurecía como el de los mozos mayores que tú) viste tantas tetas y tantos muslos gruesos de mozas y a tantas mujeres chapoteando en las aguas ponzoñosas que se esfumaron de tu mente los encantos de la señora Marița, revelados años antes a tus ojos infantiles.

Por lo demás, Bucarest, que debía de contar por aquel entonces con unas treinta mil almas hacinadas en tres mil o cuatro mil casas, era una aglomeración de barrios, cada uno en torno a una iglesia ruinosa. Entre las casas se extendían huertos y solares sin orden ni concierto, bajo los cielos pálidos de la llanura. Solo el centro de la urbe era más noble: allí vivían el vaivoda y los boyardos. Puente de Mogoșoaia era la calle principal de la ciudad, cubierta con tablones, a lo largo de la cual se alineaban las tiendas y los negocios, al igual que los palacios de los más pudientes. Carruajes inesperadamente opulentos, con caballos bien enjaezados, circulaban arriba y abajo por el Puente, y en ellos veías boyardos y boyardas con una curiosa vestimenta medio turca, medio europea, así que no te sentías en París y tampoco en Estambul, sino a medio camino entre ambas, en una ciudad mestiza situada entre Levante y Poniente, olvidada tanto por uno como por el otro. En una de las colinas se encontraba la Metrópoli, con sus torres doradas, y en otra, la de Spirea, estaban las tiendas del pequeño ejército improvisado, formado sobre todo por albaneses, pero también por serbios y búlgaros que habían protegido al vaivoda y su clan, pero que, ahora que el vaivoda había sido expulsado y los rusos eran dueños del país, se habían quedado sin trabajo y se dedicaban principalmente a robar por allí. El jardín de Cișmigiu y el teatro de la señorita Ralu de la Cișmeaua Roșie se contaban entre los pocos lugares que merecían ser recordados en la triste capital valaca. Contemplada desde los viñedos de las afueras, la ciudad parecía emborronada en ocre, azul y cinabrio, al tuntún, sobre el lienzo polvoriento e interminable de la llanura valaca. En cada cruz de la punta de las torres de chapa descansaban cuervos graznadores.

Por la tarde se presentaron también en Bucarest los rostros más honorables de Ghergani, a los que, agotado por tus vagabundeos, recibiste con alegría. Pues distinguiste de nuevo, en la penumbra del ocaso, a Ghiuner el tártaro, al que ya echabas de menos, a Petrache, más triste que nunca debido a la ausencia de la mujer que le había robado el corazón, y a tu amigo Ionică, el hijo del recaudador Tachi, incómodo con una ropa europea demasiado rígida para él. Al final, y con una cierta pompa, como correspondía al señor de la casa, se apeó de la carroza también el boyardo, contemplando el círculo de criados que, gorra en mano, se inclinaban respetuosamente ante él. Aunque se había formado en Bécs, en las academias de occidente, el señor Tachi no renunciaría jamás a los atuendos orientales, que le resultaban, por su amplitud, más cómodos y más imponentes que el ajustado frac con su cola abierta o el chaleco bordado que los jóvenes vestían ya sobre los pantalones a rayas. Además, por coquetería, acentuaba más de lo necesario su estatus de boyardo ya anciano y, aunque no había cumplido aún los cuarenta, se había rapado la coronilla y lucía siempre una *tombatera*[24] redonda como un tarro grande, para deleite de los que se paseaban en carruaje por la avenida. ¿Qué le importaban a él sus carcajadas? Tenía en su mansión, pero también en la Ulița Beilicului, todos los libros y breviarios que necesitaba, encuadernados en piel de novillo: a los autores de la Antigüedad, Homero, Catulo y Ovidio y Plinio el Viejo, pero también a los más jóvenes, *Bairon, La Martin, Șatobrian*, así como muchos libros alemanes, alineados unos junto a otros con sus lomos dorados y anaranjados, de *Ghete* y *Haine*[25]. En secreto y con grandes precauciones, por miedo a la señora, había hecho traer asimismo con él, en un carro que llegaría al día siguiente a medianoche, a la gitana Andrada, la hija del herrero, cuyo vello entre los muslos, con olor a campamento, le resultaba imprescindible al boyardo y no podía pasar sin él. Al señor Tachi no le hacía falta nada más en este mundo, ya fuera en Ghergani o en Bucarest. «¡Reíd, listillos —les soltaba a los jóvenes con pantalones a rayas y chalecos ajustados que se reían en el Puente de Mogoșoaia al ver los amplios faldones de su caftán—, pero quien ríe el último, ríe mejor!»

El primer año lo pasaste con las pipas y los narguiles, esforzándote por aprender cuánta agua de rosas tenía que burbujear en los recipientes por los que pasaba el humo y cómo apretar bien el tabaco en las cazoletas para que se quemara siempre despacio y no se apagara —Dios no lo quisiera— cuando el boyardo fumaba. Luego aprendiste el arte de las pipas embriagadoras, en las que se añadía un poco de afion exprimido de las cabezas de las amapolas y secado al sol, en el porche. Al rellenar las pipas con afion, te preparabas también tú una, que no eras tonto, y llevarías contigo esta costumbre hasta la lejana Etiopía, cuya existencia en este mundo desconocías,

pero donde te entregaste, siendo emperador, a todos los excesos que la mente humana cabalgada por el Diablo pueda imaginar, e incluso más, pues ni siquiera a Satán se le hubieran pasado por la cabeza.

Le llevabas el narguile, al apuntar el alba, al señor Tachi, tan embriagado también tú que apenas podías tenerte en pie, apestabas a amapola y a cáñamo desde lejos. El señor Tachi lo veía y se reía. No le importaba que tuvieras trece años. También reía cuando les arrojaba las guindas del licor a las ocas para verlas caer de culo, borrachas perdidas. Pasabais luego la mañana en una dulce ensoñación. Cuando los vapores de la embriaguez se esfumaban, hacia la tarde, y el boyardo echaba una cabezada, te librabas de tu señor y te apresurabas a juntarte con el caballerete Ion, para jugar a las tabas o salir por el barrio a volar cometas. Lo encontrabas triste, sumido en sus clases con el profesor, *kir* Agafton, que daba cabezadas a su lado. Le colocabais al anciano mentor una pipa en la mano a modo propina y escapabais a la calle, al sol.

Los cielos de Bucarest estaban llenos de cometas, miles y miles, pintadas de todos los colores, que agitaban las colas y representaban dragones, fieras del bosque, mujeres desnudas, así como a los héroes del pueblo valaco: a Mircea el Viejo con su barba hasta las rodillas, a Vlad el Empalador con el símbolo en la frente y a Brâncovan desollado como un ternero y colgado en el matadero. Ion y tú manejabais una en forma de velero y vuestro velero flotaba entre las nubes como sobre las olas, chocando de vez en cuando con alguna odalisca de papel o una serpiente amarilla, de escamas verdes y lengua venenosa. Miles de cuerdas se elevaban hacia los cielos, parecían sostener la ciudad para que no se precipitara en quién sabe qué barranco.

La cometa más orgullosa se elevaba precisamente en el patio del vaivoda Ghica, ahora abandonado, pues el vaivoda había sido desterrado a Campiña, y en el país campaban a sus anchas los rusos de Kiselev. Era la imagen de la hija pequeña del vaivoda, Stamatina, izada por alguien que se derretía de nostalgia por ella. La doncella de quince años estaba pintada de cuerpo entero, entre velos y encajes, con los cabellos cayendo hasta los pies y una corona repujada de esmeraldas en la frente. Esa cometa se alzaba sobre las demás como una gran ave rapaz sobre una bandada de escribanos, y ay de aquel que pretendiera, según era costumbre entre los crios traviesos, bajarla al suelo: lo encontraban al día siguiente vapuleado…

Ion y tú llevabais mucho tiempo pensando en cómo dar con el infeliz enamorado que volaba aquella cometa cada día, pero, ocupados ambos —uno con las pipas y el afion, el otro con las desgracias de Telémaco—, había pasado un año y no lo habíais conseguido. El verano de 1830 fue, sin embargo, bello, polvoriento y agradable, con tilos aromáticos y madreselvas que caían en cascada por las cercas, y

la glicina por las ruinas de las casas abandonadas, con el repique de las grandes campanas de la Metrópoli que lo bañaba todo en un aire dorado. Y vosotros habíais crecido y a ti te rondaba ya el olor a mujer y no te alejabas de las orillas del Dâmbovița, donde se bañaban las ropavejeras y las encaladoras, y te tocabas por las noches entre las sábanas, hasta que la simiente fría y grasienta como la manteca humedecía tu vientre. Os habíais vuelto más temerarios y paseabais todos los días por callejuelas cada vez más alejadas, hasta llegar incluso a Sărindar y al puente de Mogoșoaia y a Sf. Gheorghe, donde al cabo de un siglo y medio girarían los tranvías 5, 16 y 21, hasta que una fresca mañana, a las seis, escapasteis de la casa señorial decididos a dar con el desconocido que volaba la cometa con la figura de Stamatina sobre las otras cometas, tan alta que sus varillas de junco arañaban la superficie del cielo.

Pasasteis junto a Hanul lui Manuc, un espantajo tan grande como un cuartel que podía albergar incluso a cuatrocientos viajeros a la vez en sus ciento siete habitaciones de huéspedes, y os encontrasteis de repente ante la Curtea Veche,[26] una amalgama de ruinas habitadas por ladrones y mendigos, por putas y monjes con túnicas marrones que buscaban tentaciones diabólicas durmiendo junto a las pelanduscas desnudas sin llegar a tocarlas. Alguna torre todavía en pie y alguna que otra bóveda de ladrillo construida por duchos albañiles testimoniaban la antigua grandeza del lugar, ya desaparecida. Sobre los muros desplomados clavaban sus raíces los árboles crecidos allí de semillas arrastradas por el viento.

La orgullosa cometa estaba amarrada a una viejísima barra oxidada que apuntalaba una pared ciega para evitar su desplome, y el cordel subía recto como la cuerda de un arco y zumbaba sin cesar, murmurando como uno de esos avispones grandes y verdes. Los chicos se ensuciaron las camisas al colarse en los profundos sótanos, donde los ratones roían antiguos esqueletos, y se desgarraron los bombachos por el culo al encaramarse a lo alto de los muros, pero consiguieron llegar finalmente a la barra de la pared y al cordel tenso que se hundía en el cielo. Luz dorada y soledad, el sol flotaba en la bóveda celeste. Las cometas parecían corear un cántico abigarrado con sus cientos de cuerdas, de tal manera que todo Bucarest recordaba aquellos días de junio a una cítara gigantesca reflejada en los campos y las charcas de la llanura valaca.

Contemplabais el cielo abarrotado de cometas como si estuvierais tumbados en un campo de hierba alta, salpicada de flores, y vierais por encima, transparentadas por el sol, las llamaradas rojas y blancas y amarillas y violetas, visitadas por hormigas y abejas, de los narcisos y las margaritas y las dalias y los tagetes y las más humildes flores sin nombre de la campiña. Esperasteis más o menos una hora a que se

presentara alguien, pero no apareció nadie, así que al final, jugueteando, empezaste a tirar de la cuerda como hacen los que manejan cometas en el cielo, pero aquel cordel grueso como el cabo de un velero no se movía. Así que, antes de pensar qué querías hacer, lo sujetaste decidido y empezaste a trepar por la jarcia, tirando al principio con los brazos y aferrándote luego con los pies descalzos al cable y subiendo cada vez más arriba. Avanzabas sujetándote con las manos y luego otra vez con los pies, pues al fin y al cabo no había árbol en Ghergani al que no hubieras trepado de niño, y poco a poco, mirando hacia abajo, donde el joven señor te gritaba cada vez más aterrado «¡Baja, Tudor! ¡Te ordeno que bajes! ¡Se lo contaré a mi padre si no lo haces!», viste que te encontrabas ahora sobre la Curtea Veche, a unos veinte metros de altura, y que la ciudad había empezado a extenderse a tu alrededor, con sus muros amarillentos y ennegrecidos como dientes estropeados y sus huertos con albaricoques en flor. Te invadió una especie de embriaguez por la altura y, jadeando y murmurando «¡Más arriba! ¡Más arriba!», seguiste subiendo hacia el sol para plantarte enseguida sobre las torres de la Metrópoli, que se mostraba cada vez más pequeña en su colina, brillando como el fuego, e incluso superaste la torre de Coltea, la más alta de Bucarest, sobre cuya terraza almorzaba a menudo el vaivoda Ghica con su señora y los boyardos cuando se encontraba en Bucarest, pero que estaba ahora desierta. Era mediodía y las casas no daban sombra; en las callejuelas la gente pululaba como hormigas entre carruajes que parecían grandes escarabajos con cuernos. «¡Bájate! ¡Se lo voy a contar a tu madre!», oías cada vez más apagada la voz de tu camarada. Subías jadeando y tirando con los brazos, las manos te quemaban, rojas como amapolas, pero sabías ya que no te detendrías sino donde se detenía también la cuerda.

Poco después eras vecino de los gavilanes que giraban con las alas rectas, inmóviles, en busca de liebres o ratoncitos, y de los aviones comunes que, con el cuello rosado, atravesaban el cielo cazando insectos. La mayoría de las cometas, cientos y cientos, alzadas en todos los patios, estaban también ahora a la altura de tus hombros. Siguiendo las cuerdas hacia abajo adivinabas a través del aire azul, entre casitas del tamaño de un dedo y árboles como briznas de hierba, a los niños pequeñitos que colgaban de sus cometas como arañas invisibles en el extremo de la telaraña. ¡Qué paisaje de ensueño formaban las cometas! ¡Con cuánta minuciosidad estaban pintadas como huevos de Pascua! ¡Cuánto se esforzaban por arrancar Bucarest de sus raíces y trasladarlo a otras tierras donde todo era posible! Había cometas que representaban grandes azucenas, blancas como perlas, abiertas por completo para mostrar, entre sus firmes pétalos, la arena dorada, la más fina del mundo; había cometas con los rostros de

los poetas de la antigüedad, que apoyaban un dedo en la sien cargada de pensamientos, había también cometas con los rostros de los poderosos de la época, el rey Guillermo de Inglaterra, el zar Alejandro I, Mahmud II de la Sublime Puerta y Luis Felipe, el rey de Francia, que eran para ti simples caras sin nombre. Napoleón flotaba también, con una mano entre los botones de la chaqueta, sobre Bărăția.[27] Había asimismo cometas en forma de ave fénix, de locomotoras, de estaciones espaciales y de botellas de Coca-Cola, incluso una cometa que representaba la cosa en sí del famoso filósofo alemán, imposible por lo demás de ver, oír, degustar, oler y tocar por el común de los mortales.

Ascendías ahora entre ellas, pies y manos, pies y manos, trepando por el cable grueso, y de repente te viste bajo el cielo vacío, como bajo una campana de cristal en medio de la cual había una sola cometa, muy por encima de todas las demás. Oteabas ahora no solo Bucarest, sino toda Valaquia, que se combaba junto con el globo de arcilla que nos sostenía a todos, bordeada hacia el sur por el grandioso Danubio y al norte por la orgullosa cadena de los Cárpatos, y si mirabas un poco más abajo divisabas también los territorios turcos hasta los Dardanelos. Ahora nos divisabas incluso a nosotros, lejos, lejos, en las nubes, y te parecía ver unos pájaros nunca antes imaginados. Te acercabas cada vez más a aquella cometa gigante en la que estaba pintado el rostro de la señorita Stamatina. Poco después su sombra te cubrió por completo.

Stamatina medía de la cabeza a los pies unos cien metros, la longitud de una carabela grande. Flotaba balanceándose y crujiendo en el azul cristalino del vacío. Estaba vestida a la oriental, con unos bombachos transparentes de seda que cubrían sus piernas y, por arriba, una chaquetilla que apretaba sus pequeños senos. Por encima, un velo rugoso y bordado como la espuma entre las rocas a la orilla del mar. Sus cabellos demasiado largos ondeaban, negros, en torno a su cuerpo, y llegaban más abajo de las rodillas, un adorno deslumbrante de su tierna virginidad. Y el rostro, gracioso e inocente, de damisela de quince años, con ojos castaños y cejas negras, estaba iluminado por las esmeraldas de su coronița. La jarcia, el ancla de la maravillosa carabela con cuerpo de doncella, se dividía debajo de la gigantesca cometa en tres alambres demasiado duros y demasiado finos como para poder trepar por ellos, enganchados por tres sitios a las varillas de madera que sujetaban el cartón grueso de la cometa. Te detuviste en la juntura, donde había un trenzado de juncos que formaba un nido y que parecía especialmente fabricado para sentarse en él, entre el cielo y la tierra. Allí te repantigaste, en el techo del mundo, dispuesto a esperar. Bucarest brillaba ahora a tus pies como un gran remiendo, con sus casas y sus caminos y sus huertos. Puesto

que había pasado ya el mediodía, unas sombras negras empezaron a extenderse desde los muros y los árboles más altos. Aquí y allá brillaban con más intensidad los cientos de iglesias y ermitas con tejados de chapa. Esperaste aquella tarde dorada hasta que asomó el espectro apenas adivinado de la luna, redonda en el margen del cielo como una mancha de vapor blanco, señal de que la bóveda celestial se inclinaba hacia el anochecer. Las llamas del ocaso abarcaron luego la mitad de la cúpula y aparecieron las primeras estrellas. Entonces, en la línea rosada del ocaso que teñía la mitad de las nubes de color púrpura, comenzó a moverse algo a lo lejos.

Parecía al principio un pájaro apenas dibujado en el cielo infinito, pero, a medida que se acercaba a ti, pudiste adivinar mejor su cuerpo humano. Cuando estuvo aún más cerca, viste asombrado que era un hombre, un hombre desnudo, azul verdoso como la turquesa. Venía del borde del horizonte, nadando, como en sueños, con movimientos amplios y lentos de brazos y piernas, a través del aire que parecía sostenerlo milagrosamente. Avanzaba en línea recta hacia ti y enseguida estuvo lo bastante cerca como para que pudieras distinguir sus rasgos, que no eran humanos. Era indeciblemente hermoso; los óvalos grandes y ciegos de los ojos parecían esculpidos en su cara en la misma piedra blanda de turquesa con la que estaba hecho el resto de su cuerpo, y los músculos del pecho y del vientre se le marcaban con líneas profundamente esculpidas. Tenía la espalda ancha de un nadador, con los nudos de la columna más luminosos, y en conjunto parecía un demonio del aire, inmortal y extraño en sus tierras de viento transparente. De sus narinas estrechas brotaban collares de perlas suaves y brillantes que quedaban atrás y se perdían en el ocaso.

«Es un Silfo»,[28] te dijiste, pues tu madre, Sofiana, te había hablado en incontables ocasiones de las mozas que tenían *silfo*, es decir, que recibían cada noche la visita de unas criaturas que no eran de este mundo y sentían su abrazo helado. Enfermaban entonces de apatía y se derretían como una antorcha de cera, llorando y suspirando por su prometido invisible. Y los mozos eran raptados a veces al cielo, cuando se encontraban en senderos apartados, y no regresaban jamás al pueblo, o regresaban siglos después, cuando todos sus conocidos habían muerto, y el pueblo era distinto al que recordaban. Pero lo peor les sucedía a los que, por la noche, en los calveros al fondo de los bosques, se topaban con el remolino de luz de las lamias: esos se quedaban encorvados, ciegos, mudos, el resto de sus días. Para protegerse de las lamias había que llevar en el pecho, fueras adonde fueras, pan seco, ajo o hierro, pues nada de esto gustaba a aquellas criaturas, y de este modo te dejaban en paz. Tu madre, cuando te contaba esas leyendas que hacían que te acurrucaras espantado junto a su cuerpo ardiente, te había dado a entender siempre que eran

verdaderas.

Nadando con movimientos indeciblemente graciosos y enérgicos, el Silfo se acercó a ti y te miró un instante con sus ojos enormes, pero solo de pasada, como cuando miras un árbol o una cabaña al borde del camino; luego se giró y echó a volar hacia arriba, en dirección a la cometa. El collar de bolitas brillantes te golpeó en el rostro, desprendiendo un olor a azufre. La criatura turquesa se acurrucó entre las cejas de las señorita pintada y permaneció un rato allí, como un tercer ojo y, cuando recuperó las fuerzas, empezó a brillar tenuemente. Luego dio un salto y se dirigió, nadando con más ímpetu, hacia el norte, donde se adivinaba Campiña como una aldea insignificante en las faldas de las montañas. Allí se había retirado el vaivoda con toda su corte cuando los rusos invadieron el país y lo tomaron por la fuerza, cometiendo toda clase de abusos. Allí dormía también, en su aposento, Stamatina, hacia la que el Silfo se apresuraba ahora, pues caía la noche, y la noche era su reino. Lo seguiste con la mirada mientras menguaba en la distancia hasta que lo perdiste de vista, y lo seguimos también nosotros entre nuestras nubes, con asco y rabia, pues él no era ni la verdad ni la luz: era un demonio del aire de los muchos enviados por el Príncipe de este mundo para atormentar a los mortales. «Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en el aire», dijo el apóstol san Pablo sobre estos ángeles malos.

Quien fuma afion sufre a menudo visiones y la mente lo engaña; también tú las habías tenido desde tu llegada a la Ulița Beilicului, pero siempre habías podido distinguir la realidad de la ilusión. Las semillas de cáñamo y de dondiego, machadas en el mortero y mezcladas con miel, hacían que te vieras incluso como un emperador de los siglos pasados y futuros, pero a pesar de ello sabías muy bien, en tu fuero interno, que eras un simple mortal que soñaba con ser Dios. Aquella tarde, sin embargo, mientras se extendía la oscuridad violeta y, a tus pies, Bucarest se había acostado con las gallinas, no podías afirmar ya si estabas en un sueño o en el mundo, o si no era tal vez el mundo el sueño lánguido de un beodo. Te pellizcabas para ver si estabas despierto y el pellizco te dolía, tocabas la cuerda de la cometa y la notabas áspera y dura, con los hilos retorcidos. Aspirabas el aroma de la noche y te sentías despierto, más despierto que nunca.

Al cabo de los años te preguntarías en incontables ocasiones si aquella noche, con tu ascensión por la cuerda y la aparición del Silfo aleteando en el vacío, había sido verdad o solo una ilusión. Pero recordarías siempre con cuánto esfuerzo bajaste, durante toda una hora, por la cuerda que se escurría entre tus manos ensangrentadas y

tus pies despellejados que te quemaban como el fuego. Te entraban ganas de dejarte caer, pasara lo que pasara, con tal de que terminase el suplicio del descenso. La ciudad se acercaba de nuevo a ti, como si subiera lentamente, las sombras oscuras de los muros se distinguían mejor, aunque solo como unos monstruos oscuros: en primer lugar la torre de Coltea, luego la Metrópoli, finalmente venía el pequeño terreno con las callejuelas rectas y las casas grandes, rodeado de solares e incontables barriadas. Llegaste por fin a las ruinas de la Curtea Veche, junto al Hanul luí Manuc, que apestaban a caca, y no regresaste a casa aquella noche. ¿Cómo habrías podido hacerlo? Antes de recorrer cien pasos te habrían destrozado los perros que asomaban en manadas salvajes por todas partes. Tu compañero se había marchado hacía mucho y el silbido de la soledad reinaba bajo los cielos estrellados. En los sótanos y las bóvedas subterráneas se oían gemidos y ronquidos, pues las ruinas estaban vivas y llenas de cuerpos que buscaban descanso. Te quedaste también tú dormido envuelto por la sábana luminosa de las estrellas, y en tu sueño del alba te amaste largamente con Stamatina.

Cuando abriste de nuevo los ojos al mundo era domingo, los mendigos se habían apresurado a ir a las iglesias para esperar a los cristianos de la misa, las putas dormían aún, agotadas por las cabalgadas de la noche, y los cacos se habían desperdigado por todos los barrios para robar, pues estaban perdidos si no le llevaban por la tarde a su jefe siquiera cinco *lei* de plata, lo que les había ordenado robar como poco. Solo dos o tres monjes, desnudos y ojerosos, permanecían aturdidos entre las ruinas de los muros, bajo las arcadas rotas de las antiguas estancias, agotados también ellos tras una larga noche de lucha contra las tentaciones. Esa tarde se habían acercado a las paredes de la Ulița Lipscanilor, donde se alineaban las pelanduscas, y habían elegido a las más tetonas y apetecibles; les pagaron como unos clientes corrientes y se las llevaron luego a su refugio entre las ruinas, se desnudaron con ellas en la cama, haciéndoles cosquillas con las barbas que les llegaban hasta la cintura, pero en lugar de montarlas, como cualquier hombre, se quedaron tumbados, temblando junto a sus cuerpos rollizos y perfumados. Las putas intentaban por todos los medios espabilar sus cipotes, frotaban contra ellos sus pezones como moras, suspirando y gimiendo como enamoradas, abriéndose de piernas para mostrarles la grieta húmeda, cubierta de vello, entre los muslos, pero todo en vano: colocándose la coraza de la verdad y del conocimiento de Dios, los serios monjes se enfrentaban al Diablo con más perseverancia que san Antonio el Grande en el desierto, dejando a las putas intactas y anhelantes. Al alba, tras una noche de martirios insólitos, sumaban, con alegría, una victoria más contra el Maligno, que no había conseguido humillarlos. El espíritu

había vencido de nuevo a aquella carne que traía la tentación al mundo.

Desentumeciste un poco los huesos y saliste de entre los montones de ladrillos deshechos. Se te había arrugado la ropa y se había ensuciado con la gallinaza de las cornejas. En las manos tenías heridas y ampollas, que no se curarían antes de una semana. Miraste al cielo y, entre los cientos de cometas como iconos en un iconostasio de zafiro, volviste de nuevo los ojos hacia Stamatina. Supiste que tenías que encontrar a la real, por muy difícil que fuera, pues la joven, que era dos años mayor que tú, se encontraba en el campamento del vaivoda custodiado por albaneses, a un día de viaje de Bucarest. De camino, al pasar los infinitos cercados de varas de avellano que bordeaban los huertos entre las pocas casas, todas encaladas y con geranios en las ventanas, pensaste de nuevo en tu ascensión. «¡Más arriba! ¡Más arriba!», te vino a la cabeza, y esas palabras te acompañarían hasta la muerte, pues ¿qué iba a ser tu vida sino una eterna e interminable ascensión, sin que nada de lo que consiguieras resultara suficiente? Y tuviste que perderlo todo e introducirte en la boca el cañón frío de la pistola que te había regalado la mismísima reina Victoria para comprender, en el último instante de tu vida, que todo había sido mentira y vanidad, de tal manera que también tú podrías haber afirmado como el emperador Septimio Severo: «Lo he sido todo y nada ha merecido la pena».

Entraste por Șerban-Vodă a la Ulița Beilicului, que recorriste deprisa hasta la casa del señor Tachi. En el patio se ajetreaban los criados, que se dirigían a sus asuntos: unos a cepillar los caballos, otros a la cocina, otros a preparar las pipas alineadas en el pórtico, con sus tubos de dos metros y los narguiles con el recipiente de cristal lleno de agua de rosas. El café estaba ya listo en los *ibric* y su aroma embriagador se derramaba por todas las estancias. Una criada joven frotaba todos los muebles con menta fresca y celinda. Pero tú buscabas a Ghiuner y lo encontraste en el molino, hablando con el gitano panadero que amasaba el pan sobre la harina.

El tártaro se iluminó en cuanto te vio. Te había buscado la víspera y no te había encontrado, se había acostado preocupado por tu suerte. Te había visto crecer desde que jugabas con las pistolas de su cinto y te consideraba su propio hijo. Ghiuner no se había casado jamás en este mundo, pues no había encontrado a su tártara. Se conformaba, como todos los de la corte de Tachi, con alguna gitana de vez en cuando. Otras veces visitaba a las putas en la callejuela de Lipscani. Pero asi no era posible tener hijos, y a él siempre le habían gustado los niños. Aunque eras malo de nacimiento y estabas lleno de vicios, él te había acogido bajo su ala y no te abandonaría jamás, ni siquiera en las profundidades de pórfido de la iglesia de Petra. Incluso entonces, en

un momento difícil en el que te jugabas la vida, te salvó del peligro una vez más.

Le revelaste al tártaro tu intención y él se ensombreció: era muy difícil lo que le pedías. El vaivoda Dimitrie Ghica protegía a su hija como a la niña de sus ojos. No habían pasado dos meses desde que apareció un enamorado que intentaba espiarla bajo las ventanas y el pobre mozo fue golpeado en las plantas de los pies ante la damisela y quedó lisiado para el resto de la vida que le quedaba, como mendigo delante de Sărindar. Todos los suspiros y las súplicas de la joven resultaron en vano. Pero el fiel guardián del señor Tachi no se lo pensó demasiado. Sacó el caballo del establo y montasteis ambos a pelo; a ti te colocó a su espalda sobre el lomo del alazán. Recorristeis varias callejuelas y os adentrasteis luego por los huertos. Ermitas con tejados de chapa y cruceros con el Salvador crucificado, bajo las lluvias y los vientos que habían devorado sus colores, aliviaban aquí y allá el tedioso camino. Salisteis por la barrera de Mândritu y recorristeis Valaquia, una llanura desierta salpicada de unas pocas aldeas. Os detuvisteis a almorzar con otros viajeros bajo un árbol enorme, y por la tarde, después de cruzar Ploiești, un pueblo grande con feria y mercado de ganado, aparecieron en el horizonte unas montañas como de vidrio empañado. Campiña se encontraba en sus mismas faldas, un pueblo pobretón, donde las únicas casas de dos cuerpos eran las casonas del vaivoda, construidas varios años antes pensando en tiempos de persecuciones como esos, para no tener que huir del país ni permanecer tampoco demasiado cerca de Bucarest, de donde podía llegar en cualquier momento la orden de destitución o incluso la muerte, ¡Dios no lo quiera! ¿Acaso no le había ocurrido tiempo atrás a Hangerliu? ¡De un día para otro los verdugos enviados por la Sublime Puerta le colocaron la capucha negra y le cortaron la cabeza!

Se detuvieron en la parte trasera del patio, donde un oso amarrado se pasaba la vida con el hocico sobre las patas, y descabalgaron en un silencio sepulcral. Pero el animal los percibió y se puso en pie con el pelaje del lomo erizado. Empezó a gruñir enseñando los colmillos llenos de babas y tiró tanto de la cadena que parecía a punto de romperla. Ghiuner te hizo una señal para que te mantuvieras alejado, se acercó al animal levantado sobre las patas traseras, como un hombre, y se plantó ante él. Clavó sus ojos, también de fiera, en los ojos del oso, y con el pulgar trazó una línea en el aire sobre su frente aplastada. Murmuró al mismo tiempo algo en su lengua, sin dejar de mirar al oso. Trazó luego de repente, también con el pulgar, una línea que cortaba en cruz la primera, y el oso cayó al suelo como fulminado y allí quedó con la lengua fuera. Pasasteis sobre su cuerpo y os dirigisteis hacia la mansión.

Había caído la noche. El cielo estaba encapotado; el aire, húmedo. Los viejos árboles rodeaban, crujiendo con el viento, la mansión negra como la pez. Esperasteis un rato entre las malas hierbas hasta que en una de las ventanas del primer piso visteis movimiento. Se corrió una cortinilla y en la ventana apareció, con una palmatoria en la mano y el cabello suelto, la señorita Stamatina, que miró un momento al cielo. Luego la cortina se cerró. «¡Perfecta!», te susurró el tártaro, besándose la punta de los dedos y guiñándote el ojo. «¡Una palomita preciosa!». Tú lo empujaste entre las ortigas, enfurruñado, y empezasteis a forcejear en broma, él compadeciéndose de ti y peleando contigo, como de costumbre, con un brazo a la espalda.

15

Veneradísima madre Sofiana:

Debes saber que, gradas a Dios, me encuentro bien de salud, algo que te deseo también a ti. Desde hace más de año y medio, desde que me instalé en tierras helenas, me va bien, y *los griegos me miran ahora como a uno de los suyos, pues solo gracias a haber nacido de tu vientre y a la leche mamada de tu bendita teta soy también yo un* palicar *del famoso pueblo de Aquiles y Odiseo, por mucho que mi padre, al que Dios tenga en su gloria, estropeara mis raíces. Pero pienso que no las estropeó, sino que las fortaleció, como el injerto silvestre fortalece el árbol para que no lo devoren las lombrices ni las orugas. Eso espero al menos, y así lo parece, pues me he creado un buen nombre en las islas* y *la gente me alaba y me honra y me recibe con alegría en sus pueblitos desperdigados por todo el Archipiélago.*

Con Ghiuner el tártaro y con tío Mitrofan, al que la gente llama Sisoe, y con otros palicari y *sus mujeres honradas* y *piadosas he formado, bajo mi mando, una banda que se ha hecho famosa desde Thassos hasta Rodas, a lo largo y a lo ancho de los mares, pues no hay aguas que no hayan cruzado los dos veleros que tenemos ahora, el antiguo barco* Aletheia, *del que te hablé en la carta anterior, y la goleta que conseguimos junto a la isla de Naxos, frente al famoso bosque de cedros de Alyko. Y la historia de la adquisición de este imponente velero, llamado* Pséma, *es maravillosa.*

Pero antes de hablarte de ellos, tal vez quieras, querida madre, saber quiénes son mis otros compañeros, a los que tú no conoces de Ghergani, pues ahora somos más de veinticinco, si incluimos también a las mujeres, que saben todas cocinar unos souvlaki, unos sarmalaki y un fasolaki de chuparse los dedos, pero que pueden también arriar las velas más grandes cuando hay tormenta y volver a izarlas cuando sale el sol, como los marineros más veteranos. Y en el mar nadan como las mujeres-pez que tentaron en otra época a Odiseo. No te hablaré de todos, solo de los más importantes, a los que no me cuesta presentar aquí, pues los estoy viendo precisamente

ante mis ojos mientras se atarean en la cubierta.

Nos encontramos, querida madre, junto a la isla de Serifos, joya de las Cicladas, donde hemos anclado los veleros para vengarnos de los piratas del lugar. Ocho meses atrás, en febrero, pasamos por aquí para arrodillarnos ante el famoso icono de santa Parasqueva en el monasterio de Taxiarques, junto a la aldea de Galani. No habíamos llegado siquiera a poner el pie en la orilla cuando los piratas, la peste de estos lugares, nos rodearon con sus barcos y tuvimos que alcanzar un acuerdo con ellos porque el jefe de los bandidos era el famoso Pamphiles Turcitul, ese que, tal vez lo hayas oído también tú, se enfrentó hace dos años al bey de Rodas, hundió sus caiques, invadió luego el palacio con sus palicari *y deshonró a su esposa y a sus tres hijas, una tras otra, en el mismo lecho, ¡un infame y un maldito, eso es lo que es!*

Para salir indemnes nos pidieron dos mil mahmudes, *los cincuenta sacos de café que transportábamos a Paros y a nuestras diez mujeres por una noche. Y las mujeres regresaron, al alba del día siguiente, llorosas y preñadas por los malditos piratas, así que ahora, ocho meses después de esa calamidad, todas tienen una barriga enorme y se pasean por el puente balanceándose como ocas. Se ha traído cada una unas tijeras bien afiladas para castrar al que la deshonró y dejarlo mutilado de por vida, y yo creo que está bien que lo hagan. Por el momento no se ha producido el enfrentamiento, pero al menos hemos descubierto a los piratas agazapados en la isla inhabitada de al lado, llamada Vous, y mañana, en cuanto amanezca, nos abalanzaremos sobre ellos con nuestro nuevo velero, el* Pséma, *procurando atraparlos con vida para que aprendan lo que significa «el que la hace, la paga».*

En resumidas cuentas, mis compañeros más fieles son, aparte de Sisoe y Ghiuner, en primer lugar, Barrabás el Durmiente, buen marino y mejor aún con las pistolas. Tiene dos, con bocas en forma de embudo, de la época de Dionisio el filósofo, el que dirigió a los griegos en la batalla de Morea contra los turcos hace ya más de dos siglos. De esa misma época es también él, y te va a asombrar lo que voy a contarte, pero debes saber, querida madre, que no he tomado licor ni he fumado afion; es la pura verdad, tal y como me la ha contado a menudo Barrabás. Nació en Pellana en el 1582 después de Cristo, su padre tenía viñas y hacía el mejor vino del lugar. Pero él no siguió sus pasos, sino que se hizo molinero y en plena juventud tomó a una bella joven de Aydonat, que se hizo molinera. Gracias a ella conoció a Dionisio, llamado también el Filósofo o el Perro, nacido asimismo en Aydonat, un sabio metropolita *que, sin embargo, invocaba demonios y practicaba la adivinación, como había aprendido en Padua, y por esos actos impuros fue apartado*

de su trono metropolitano de Trikke. Barrabás se unió a él en el monasterio de san Demetrio de Dichouni, donde lo encontró al frente de un ejército de setecientos palicari *decididos a sacudirse el yugo otomano. Siguió la batalla contra las huestes del pachá Aslan, que venció, apresó a Dionisio y lo desolló vivo para rellenar su piel con heno; después persiguió también a su ejército por las cuevas y las simas de las montañas hasta que atrapó a casi todos e ideó un suplicio nuevo, nunca visto, para cada uno. Luego plantó en unos postes, por todos los pueblos, sus muñones quemados y desollados, para sembrar el pánico entre los infieles cristianos. Barrabás, herido en la batalla en el costado izquierdo, se escondió en una cueva junto a otros cinco sublevados para escapar así de la violencia de los perros otomanos. Penetraron en las profundidades de la montaña hasta que dejaron de ver la luz. Cuando llegaron a una sala completamente redonda, mientras yacían agotados y hambrientos en el suelo, brotó de repente en el centro de la estancia una luz suave y embriagadora que cerró sus pestañas.*

Tras un sueño largo y pesado, Barrabás despertó, se estiró cuan largo era y observó sorprendido que sus compañeros ya no estaban. Más aún lo sorprendió que la herida de su costado se hubiera cerrado, como si jamás hubiese pasado por ella una espada turca. Recorrió los tortuosos meandros de la montaña y salió al sol, con gran precaución, pero no había ni rastro de los turcos, y el pueblo a los pies de la montaña, que había sido devorado por las llamas, era ahora pacífico y hermoso como si ninguna batalla hubiera tenido lugar por aquellas tierras. Bajó al pueblo y encontró a gentes vestidas de forma extraña que hablaban un griego distinto e intercambiaban una moneda diferente a la que él conocía. Tras deambular y preguntar como un chiflado, entre las burlas de los niños y los ladridos de los perros, fue conducido ante el alcalde del pueblo y descubrió gracias a él que el mundo estaba ahora en el año t826, es decir, que había dormido en la cueva doscientos quince años… El pope de la aldea, que luego lo interrogó, no se sorprendió demasiado ante semejante milagro, pues ya había ocurrido antes, en Éfeso, donde los jóvenes cristianos Maximiliano, Maleo, Martín, Dionisio, Juan, Serapión y Constantino se habían quedado igualmente dormidos, perseguidos por el emperador Dedo, y se despertaron también al cabo de dos siglos. Como no conseguía acostumbrarse a ese mundo nuevo, Barrabás el Durmiente se hizo pirata en los mares, hasta que encontró la paz con nosotros y ahora es nuestro hombre de confianza. En sueños farfulla en su antigua lengua y nadie puede comprender lo que dice.

Se encuentra también en el velero, ante mis ojos, Suleyman el Chino, un verdadero chino de China, con ojos más rasgados que los

de Chiuner, amarillo como un limón y traicionero como el viento de abril, quien, capturado en una faluca allá en sus mares, fue vendido en Bergama, donde se hizo turco. Es asombroso ver cómo reza sus oraciones en la popa del velero, sobre la alfombrilla de la que nunca se separa. El chino es buen consejero, discreto, y conoce mis pensamientos como ningún otro. Su mujer es una de las preñadas por los piratas, una kirguiza de Batumi, así que Suleyman se ha jurado cazar a uno de los hombres de Pamphiles y someterlo a los terribles suplicios que solo se les podrían haber ocurrido a los chinos, como meterle la cabeza en una caja llena de ratas hambrientas o hacer que brote de su ombligo un hilo de sangre o cortarlo en rodajas como si fuera una morcilla. Por lo demás, Suleyman es un buen hombre que no mataría a una mosca.

Está también el judío Joshua Abraham, el de los veleritos embotellados del que creo haberte hablado ya, que huele tanto a clavo que dirías que ha trabajado medio siglo como cocinero en Ghergani y que las especias se le han metido bajo la piel y no puede librarse de su aroma. Él es mi hermano de cruz, pues vinimos al mundo el mismo día, y en la isla de Skyros nos hicimos un corte en la muñeca y nos sorbimos una gota de sangre, jurándonos lealtad eterna. Si me has dado también a mí algo de tu don de ver, a través de la gruesa cortina de los años, qué destino nos espera, yo creo haber adivinado para Joshua solo magnificencia y nobleza, como las adivino asimismo para mí. Pues nuestros destinos gemelos no son corrientes y ya verás, madre, adonde puede llegar el hombre que quiere medrar y que se juega incluso la vida por ello.

Y hay también otros de los que te hablaré en futuras cartas, como Sorii Mikolai, el bey Parménides, Leandros Coriţaki, Ioan de Patmos o el Bisabuelo de John, todos buenos hombres, temerosos de Dios, en los que confío. Por el momento seguiré con la historia verdadera de nuestro velero, la goleta *Pséma*, para que no pienses que la conseguimos con malas artes.

Y fue así: seguíamos nuestros caminos por los mares, comerciando entre islas, cuando de repente sobre el Archipiélago se cernió un gran crepúsculo. El cielo se volvió de fuego y las llamas brillaban sanguinolentas. Nos acercábamos al sur de la isla de Naxos, con sus negros bosques de cedros a lo largo de la costa. Entonces lo divisamos: fundido en el ámbar del ocaso, con las velas rosadas en los mástiles negros como la pez. Permanecía inmóvil en las aguas de sangre, esperándonos. Nos aproximamos incrédulos al velero: ¿por qué estaba tan quieto? ¿Y por qué no se veía a nadie en la cubierta? Envié una barca y los hombres treparon por los cabos de las anclas, llamados gatos, y descendieron a la bodega y a los camarotes de los marineros. No encontraron ni rastro de la

tripulación. En la cocina las cazuelas hervían al fuego y la comida estaba servida en los cuencos, y el vino en los vasos. En la cabina del capitán había sobre la mesa un cuaderno de bitácora en el que este acababa de anotar algo, pues la tinta no estaba seca y el texto se detenía en medio de una palabra. Y una aguja grande, de coser velas, colgaba del hilo después de haber remendado media vela desgarrada por el viento. Era como si todas las almas hubieran desaparecido de repente y todos los cuerpos hubieran sido elevados al cielo o se hubieran arrojado al agua, o bien otra cosa, solo Dios sabrá.

Al día siguiente atracamos en Naxos y trajimos del monasterio de Alyko a un grupo de sacerdotes con sus ropajes de ceremonia que celebraron una misa en la cubierta y lanzaron incienso por los rincones, paseando por todas partes el icono de san Jorge matando al dragón, y solo después pudimos apropiarnos de la goleta y dormimos tranquilos por la noche.

Todo esto te lo escribí anteayer, el martes, de un tirón, y solo al caer la tarde dejé de escribir, pues al día siguiente teníamos que enfrentarnos a los piratas de la isla de Vous. Y ahora es jueves y me apresuro a continuar con la historia que te estoy contando, verdadera y maravillosa, pues ¿cómo iba a mentirte yo, querida madre? Despertamos cuando la noche y el día se confundían y las aguas estaban todavía negras. Y nos llevamos un disgusto al ver que no soplaba el viento; las velas colgaban lánguidas en los mástiles como trapos inservibles. Permanecimos en esa situación penosa hasta el mediodía, preguntándonos qué hacer ante la ausencia del viento que mueve todos los veleros del mundo. Estábamos dispuestos a olvidarnos de la batalla y de la venganza, pero no podíamos, por un motivo del que te hablaré en otra ocasión. Así que nos reunimos y nos devanamos los sesos para encontrar una salida a esa falta de movimiento, pues a fin de cuentas no podíamos soplar en las velas para que se hincharan y salir de esa parálisis desesperante.

Y, de repente, cuando la primera barrigona de nuestras diez mujeres deshonradas por los piratas salió al puente, balanceando su vientre de acá para allá, vi la solución como un relámpago. ¿Acaso no estaban sus barrigas hinchadas por el furioso soplo de la vida? ¿No parecían precisamente unas velas hinchadas por el viento? ¿No albergaban, acurrucados en su interior, a unos niños deseosos de empujar para salir cuanto antes a la luz? «Si no sabes cómo entra el espíritu en los miembros en el vientre de la mujer encinta, tampoco sabrás la obra de Dios, que todo lo hace», decía el Eclesiastés en su sabiduría. Tras un consejo con Joshua y Suleyman el Chino, imaginamos qué soberbio sería un velero con mujeres barrigudas en

lugar de velas, ¡subidas a los mástiles y oteando con decisión el horizonte!

Así que, dicho y hecho, despertamos a todas las mujeres preñadas, las subimos a los mástiles justo en el lugar donde estaban las velas recogidas, de cara al bauprés que sujetaba los foques, y de repente la nave comenzó a moverse y *a deslizarse sobre la superficie de las aguas, al principio despacio, con insólita prestancia, y luego más deprisa, para satisfacción nuestra. Así ingeniamos, querida madre, un maravilloso sistema para deslizamos por el agua que nos condujo sin paradas hacia la isla de Vous. Nuestras mujeres, cada una en la botadura correspondiente de los tres mástiles, gritaban de contento, con las melenas al viento, sintiendo cómo sus vientres empujaban el velero con la imparable fuerza de la vida. Los campesinos y los viticultores de la orilla abandonaban sus tareas para otearnos en el horizonte, y los albatros indecisos daban vueltas como si estuvieran ante un milagro, contemplando a las mujeres con sus ojos rojos y redondos sin atreverse a dejar de volar sobre nuestra goleta.*

Los piratas, esos perros, se habían escondido en una ermita arruinada por el paso de los siglos, pues tal vez fuera construida en la juventud de Barrabás, y desde allí se disponían a dispararnos con sus mosquetes. Oíamos desde lejos sus gritos feros y las terribles maldiciones, pues juraban tan salvajemente en nombre de la cruz, de la comunión y de la hostia, y por todo lo más sagrado, que se te ponían los pelos de punta. Pero en vano se habían agazapado los piratas tras aquellas paredes en las que se adivinaba todavía una cabeza rodeada por un nimbo de oro y *un par de alas angelicales, porque el* Pséma *tiene seis cañones a cada lado, y en cuanto giramos a babor hacia ellos y lanzamos seis cañonazos, derrumbamos las paredes y destrozamos a muchos, y los demás salieron como gusanos, pidiendo compasión. Desembarcamos, los apresamos y los amarramos bien, y nos apenó comprobar que Pamphiles, el jefe de la banda convertido al islam, no se encontraba allí.*

Queridísima madre, lo que vino a continuación no es adecuado para tus delicados oídos, pues pude ver los actos salvajes de las mujeres, que, con unas tijeras ajiladas como navajas, llevaron a cabo sus propósitos y *se vengaron así de la deshonra sufrida. Y nosotros escaldamos las heridas de los piratas, entre los muslos, con aceite de oliva hirviendo, para que se curaran y no murieran, y así, vivan lo que vivan, no serán en este mundo más que sombras de hombres apenados por la impotencia. Y a los niños que llegarían al mundo al cabo de un mes, fruto de la violación, los entregaron las mujeres en los hospitales construidos hace poco por los dirigentes*

más iluminados de las islas para que se criaran allí con nuestro dinero y siguieran luego el camino de los monasterios del monte Athos y se convirtieran en piadosos monjes y dulces monjitas.

Y todos en el Archipiélago hablan sin cesar de un tal Ingannamorte que, dicen, no va a saborear la muerte jamás, pues está en el mismísimo ombligo del mundo, en el buje de la rueda del carro que permanece siempre en su sitio, mientras los radios giran sin cesar. Se muestra en pocas ocasiones ese eremita, pero quiero verlo siquiera una vez en mis viajes por el mar, pues es muy reputado: cuenta con una fama que no deja de extenderse por el mundo.

¡Dicho todo esto, beso con devoción tus amados ojos y ruego a Jesucristo y a su purísima Madre que te conserven la salud!

Tu amantísimo hijo,
Theodoros

La isla de Vous estaba deshabitada y tu historia de los piratas que habían preñado a las diez mujeres había sido tan solo una fantasía para que tu madre se alegrara al leerla a la luz de la vela y viera que su hijo se estaba convirtiendo en un hombre importante en la Hélade y que actuaba como corresponde a un cristiano. Y Sofiana se alegraba porque eras su único hijo, y leía llorando, varias veces, cada una de las epístolas llegadas de lejos, primero en los veleros de la compañía Österreichischer Lloyd hasta la desembocadura del Danubio, luego con la goleta *Sweet Laure* del famoso capitán Robert «Lucky» Hutchinson desde Sulina hasta Giurgiu. De este lobo de mar que todos los vientos habían curtido por fuera y los chorros de whiskey por dentro, se decía que habían tomado los valacos la palabra con la que brindan en las tascas o cierran los tratos en la feria de ganado, porque en esas felices circunstancias ellos dicen «¡Noroc!».[29] Resulta que el inglés, cuando se saludaba en Sulina o en Giurgiu o en Calafat con otros marinos alemanes o griegos o valacos, solía desear a sus compañeros de fatigas por el Danubio *No rock*!, es decir, que los librara el Señor de las rocas escondidas bajo las aguas que podrían romperles la quilla, el estrave o la roda, como sucedía a menudo.

Las cartas seguían luego su viaje a Bucarest con los caballos de posta, por surcos llenos de baches y barro que separaban los páramos desiertos, repletos de cardos y hierbas más altas que una persona, y los campos donde campesinos descamisados labraban con bueyes esqueléticos y arados de madera. Las aldeas eran aquí tan solo unos tejados plantados directamente en la tierra, con estancias excavadas debajo como las tumbas, unos refugios de esclavos de la tierra que las llamaban chozas. Desde Bucarest, el capataz de la casa del señor Tachi

las enviaba con un albanés a Ghergani, adonde llegaban al día siguiente, humedecidas por el vientre del caballo. Sofiana, que las esperaba cada día, aunque sabía que las recibiría solo una vez cada varios meses, o una al año, las leía así, húmedas, a la luz del sol si era de día, o a la de una vela, si había anochecido. Desde que su hijo las depositaba en manos del *postier* de la compañía austríaca en alguna ciudad de casitas blancas del mar de las Cicladas, pagando los cruceros correspondientes, hasta que acababan en sus manos, podían pasar incluso tres meses, pues los veleros se ocupaban también de otros asuntos y mercadeaban por los mares añiles.

Sofiana reía y lloraba, y reía entre lágrimas leyendo y releyendo las hojas de escritura menuda, de letras picudas arrojadas sobre los renglones. Su mente se transformaba entonces en un teatro en el que se representaban las comedias imaginadas por ti, que ella se creía como si fueran los santos evangelios. Pues la añoranza que sentía la quemaba por dentro y mezclaba en su corazón la verdad y la fantasía. Tú eras por aquel entonces para ella verdad pura, y cuando descubrió, al cabo de mucho tiempo, la podredumbre de tu interior, era ya demasiado vieja como para enfadarse; todos sus pensamientos en esa época se dirigían hacia Jesús, llamado Cristo, señor de lo visible y lo invisible.

Luego, cuando finalizaba el acicalado de la pecadora Marița, que, desde la marcha del pintor, acostumbrada a los placeres del lecho, satisfacía ahora sus caprichos incluso con los criados más vulgares, con carreteros y cocineros, Sofiana se encerraba en su recámara e intentaba escribir una respuesta. Había recibido de su señora un taco de papel bueno y una pluma de ganso delicadamente cortada para escribir y tintero con tinta de sepia, ¿qué más necesitaba? Así, clavando los ojos en el papel y sacando la lengua como una niña, empezaba a dibujar las letras una tras otra: *Queridísimo hijo Theodoros, debes saber que me encuentro bien de salud, lo cual te deseo también a ti…* Pero, tras este comienzo, una especie de bruma invadía su mente y no había manera de seguir escribiendo. ¿Qué debía escribirte primero? ¿Con qué elaboradas palabras? ¿Cómo podía darte prueba de su amor de madre, un fuego que nunca se apaga, ya sea cuando el niño cuelga aún de la teta, ya sea cuando, convertido en un buen mozo, recorre los mares lejanos, más allá de la capacidad de la mente para seguirlo? ¿Cómo trasladar el amor y la pena a unas palabras secas que cualquier boca puede pronunciar, sin sentir insatisfacción y amargura? En lugar de las cartas, ella querría haber estado junto a ti y tomarte en brazos, así, un hombre hecho y derecho como eras ya, para acariciarte como a un niño… De tal manera que veinte veces empezó a escribirte y veinte veces soltó la pluma después de las dos primeras líneas, antes de arrojar al fuego la epístola recién comenzada. Pero continuaba la carta

en su cabeza, juntando las manos como para rezar y diciéndote las palabras más consoladoras y más derretidas de amor que conocía, en rumano y en griego, «luz de mis ojos», «tesoro mío», *fos-mu, corițaki-mu, hara-mu…* Te las habría enviado con una paloma blanca, como en los cuentos, si hubiera podido, pero incluso así podías escucharlas tú, pues el amor vence las distancias, los caminos, los mares y los países… y los tiempos, las semanas, los meses, los años… Muchas veces, en la soledad de su cuarto, Sofiana abría el Evangelio en las maravillosas palabras del apóstol san Pablo a los Corintios, que la hacían olvidar durante un rato incluso sus cabellos salpicados de hebras blancas, y la soledad de la vida en Valaquia, es decir, en los confines del mundo, y la separación de su único sentido: ser tu madre, Theodoros.

> Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tenga el don de la profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia, aunque tenga plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque reparta todos mis bienes, y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha. El amor es paciente, es amable, el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.

Finalmente, Sofiana decidió enviarle a su hijo como respuesta unas hojas blancas, sin otro signo en ellas que «Amado hijo Theodoros», como empezaba cada una, y «Que Dios te guarde y te proteja de todo mal» al final y, entre ellas, varias páginas en blanco, como testimonio de que estaba viva y de que lo amaba más allá del poder de las palabras para declararlo. Tú lo entendiste desde el principio, como si fueran tiras de su propia piel lo que te enviaba tu madre a falta de palabras huecas. Conservaste todas en tu seno y no te separaste de ellas jamás, las sacabas a menudo para leerlas, e incluso las leías, como si tu mirada fuera el fuego que hacía aflorar un texto secreto, escrito con limón en lugar de tinta de sepia. Junto a la cruz de cristal que cayó del cielo en la provincia de Gojjam y al rostro de Stamatina pintado en el cuadro ovalado, las cartas de tu madre eran tu verdadera posesión, y no las arrancaste de tu pecho sino en el turbio momento de la muerte.

Habíais echado así pues el ancla en una pequeña ensenada de aguas brillantes de la inhabitada isla de Vous, un peñón desértico con tres riscos, rodeado del mar multicolor en torno a la isla de Serifos, unas aguas que se mostraban a veces del color pálido de la turquesa,

otras del azul profundo del lapislázuli, unas veces como esmeralda fundida, otras, pálidas como el azul del cielo. Al atardecer podías entender por qué el famoso Homero, el ciego de la Antigüedad, había dicho que el mar es de color vino, pues en el ocaso se tornaba rojizo y sombrío, pero también con reflejos púrpuras escondidos en el cristal de las olas. Y por la noche el mar era de brea. Los griegos no diferenciaban el verde del azul, algo que te asombraba profundamente, pues para ti esos dos colores no solo eran tan distintos como el mar y el cielo, sino que cada uno se dividía a su vez en muchos más, de tal manera que la lengua no alcanzaba a nombrarlos. Contaste un buen día, tendido por el bochorno junto al carel, bajo el sol, en la brisa salobre de las aguas infinitas, cuarenta colores del mar alrededor del velero, que se confundían unos con otros, se deshacían y se volvían a mezclar, según se deslizaran las corrientes bajo el agua y según se reflejara en las olas siempre ondulantes la luz del astro celestial en lo alto de la bóveda.

El *Pséma* se balanceaba en la orilla de la isla; levemente su cuerpo esbelto, como de delfín rollizo, y de manera mucho más evidente la parte superior de los mástiles, donde varias banderas de colores bailaban como llamas en lo alto del cielo. La nave tenía tres mástiles: el trinquete, el palo mayor y el artimon, y sus velas estaban ahora arriadas. Las gaviotas ocupaban todas las botavaras, chillando y peleando, extendiendo de vez en cuando sus inmensas alas para desgarrar con ellas la seda azur de los cielos. En el cielo y el mar reinaba ahora un verano deslumbrante, maduro como la carne dulce de un higo morado oscuro: los infinitos días de agosto.

Tras la S y la A, seguía la letra V de SAVAOTH, el nombre que, como una flecha voladora, llevaba directamente a tu ansiada Arca, según lo que te anunció entonces, en Bucarest, Moshe el Trapero. Encontrar la isla no había sido tan complicado esta vez, pues pocos nombres comenzaban con esa letra. Vidos, Vromona y Velopoula pronto demostraron ser una pérdida de tiempo, así que quedaba la desconocida Vous, encerrada en sí misma como una doncella del mar e igualmente rodeada de misterio. Dejasteis así pues el barco *Aletheia* bajo la protección de la capilla de Agios Sostis, en la parte oriental de Serifos, cuyos tejados azules se divisaban desde lejos como un ramillete de gencianas, y, con tan solo siete *palicari*, os dirigisteis a Vous, desconsolados por la roca pelada, sin una brizna de hierba ni la sombra de un árbol, que se mostraba ante vosotros. Pero, a pesar de ser yerma, Vous tenía que ser la isla buscada.

De entre los siete elegiste a Andros y a loan, unos griegos fornidos, con toda la piel tatuada con encajes azules, loan había venido a este mundo en la mística isla de Patmos, donde san Juan, que no era ni el Evangelista ni el Viejo, sino otro, lo bastante artero como para que los

discípulos no pudieran dar con él jamás, escribió el Apocalipsis, que un ángel le susurró al oído en las profundidades de la cueva de una montaña. Y el loan de tu banda conocía ese texto de memoria y lo recitaba en voz alta en la cubierta, espantando a los piratas con las visiones del fin del mundo de ese libro terrible y provocando, como decía el propio san Juan en su texto, que se mordieran la lengua por el dolor. Entonces cada miembro de la banda sentía que el cráneo que llevaba sobre los hombros era la torre de una iglesia pintada por dentro con ¡conos aterradores: langostas del tamaño de caballos con rostro humano, mujeres de rojo jugando en el cielo con dragones cubiertos de escamas, cálices que vertían desgracias —fuego, granizo, ceguera y diluvios— sobre los infames mortales, unas simples lombrices. Ante el rugido de sus palabras, sobre todo en plena tormenta, todos se arrodillaban amedrantados y estremecidos.

Pues los piratas y sus mujeres eran muy temerosos de Dios y no había ninguno que no se viera, en la vejez, como monje o monja, expiando sus pecados gracias al ayuno y la oración en alguna ermita situada en un peñasco aflorado de las aguas. Y grande era su esperanza, aunque cometían adulterio, robaban y destripaban, porque el pope les leía en misa que había más gozo en los cielos para un pecador arrepentido que para los justos que iban a heredar el reino de los cielos. Y sabían también que el recaudador que rezaba en el templo, arrodillado y humillado, sin alcanzar a decir otra cosa que «¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí, que soy un pecador!», volvía a su casa más absuelto que el fariseo que había rezado en pie, soberbio, sin que se le ablandaran las rodillas ante la inabarcable grandeza de la Divinidad. Los borrachos, los pobres de espíritu, las putas, los ladrones y los asesinos, los que engañan y violan, los que calumnian y los que cometen adulterio, la inmundicia de este mundo, serían —pensaban esperanzados los piratas— los primeros redimidos para que se mostrara en ellos la infinita compasión del Cielo. ¡Pues si solo los justos fueran redimidos, a nadie se le llenarían los ojos de lágrimas alabando a Cristo! El infierno sería superior al cielo en alegría, sus habitantes vivirían siempre alrededor del que almorzaba con recaudadores y pecadores, no con los justos, pues son los enfermos los que necesitan un médico, no los sanos. Jesús, que había descendido ya a los infiernos para sacar a Adán y a los patriarcas, descendería una vez más para dejar la Gehena completamente vacía, con las puertas abiertas de par en par para que se alegraran todos los hijos de Dios, perdonados por sus pecados. Porque aman más aquellos a los que más se perdona.

Subisteis despacio hasta la cima de la roca erosionada, desde donde se veía todo el mar de alrededor, con sus olas azules. No había nada en la isla, solo piedra seca, y te reconcomía ya la idea de que

tenías que buscar en otra parte. Pero el otro compañero, Leandros, llamado Corițaki[30] no solo porque era cariñoso y piropeaba así a las mujeres, sino porque también se había tatuado en su pecho peludo, entre los pezones, un gran corazón de buey, pintado por Sisoe, con sus venas y sus membranas, según un modelo verdadero que le había regalado un carnicero el año anterior en Sfakiotes, os propuso pasar la noche allí, pues era imposible que no se mostrara la señal en algún momento. Así que extendisteis vuestros mantos y os acostasteis los tres, apretados unos contra otros para no tener frío, en medio de la isla y del mar, bajo un cielo abarrotado de estrellas.

Y nosotros, alargando un dedo hacia la insignificante isla, os enviamos a los tres el mismo sueño, como enviamos todo el tiempo el sueño más extraño e increíble, el de la existencia verdadera, a todos los mortales a la vez. Así que tras un sueño prolongado despertasteis en una cueva profunda, con los ojos clavados en el centro, donde brillaba una luz dorada. Os levantasteis y os acercasteis a ese lugar llevándoos la mano al mango del puñal y visteis enseguida que la luz cenital iluminaba el Arca de la Alianza, entre los dos querubines tallados en oro puro enfrentados entre sí. Pues os encontrabais en el secreto escondite de la más sagrada de las reliquias. Y en medio de la luz, como una flecha que apuntara hacia la tapa, estaba la letra V, transparente como el cristal, señal de que os encontrabais en el camino correcto. Con los rostros bañados en oro os inclinasteis sobre el cofre de cedro y vuestras manos aferraron el borde de la tapa y la levantaron, sin que te acordaras tú de la suerte de Uza, fulminado en la era de Nahon. Al mirar en el interior del cofre, visteis asombrados la isla de Vous, abarrotada de estrellas, y a vosotros tres durmiendo en el centro, y el mar negro chapoteando alrededor. Entonces un rayo os fulminó de repente y volvisteis a encontraros sobre el peñasco, que os había molido los huesos durante el sueño. Al romper el día, comentasteis vuestras visiones y comprobasteis que era la misma. No fue necesario otro testimonio para saber que la señal se había manifestado. «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá», murmuró Ioan mirándote y tú asentiste en silencio. Sí, bastaba con tener una pizca de voluntad y la higuera se plantaría en el mar.

Regresasteis a la cubierta del *Pséma* y, a falta de las mujeres barrigudas que había imaginado tu melancolía, izasteis el velamen polvoriento, salpicado del gallinazo de los albatros, poniendo buen cuidado en que el foque pequeño, el foque grande y el foque de la flecha estuvieran tensos y esbeltos, fijados al bauprés, y en que las velas de los mástiles, las cuadradas y las latinas, hinchadas por el viento, estuvieran bien sujetas. El ajetreo en los cabos y en las escalas de cuerda fue durante un rato asombroso, los marineros corrían como monos de un mástil a otro. Navegasteis hacia poniente, hasta la

pequeña ensenada de Serifos, donde habíais dejado el *Aletheia* y donde os reunisteis con el resto de los piratas, que os recibieron con gritos de alegría.

16

Makeda se despertó en el lecho de sus aposentos, preparados en la casa de cedro del rey y separados tan solo por la anchura de un pasillo de la alcoba del mismísimo rey. Los huéspedes que llegaban desde tierras remotas, como los hijos de Hiram, el rey de Tiro, o el rey de Edom, que le había regalado unos delicados veleros en Etion-Gheber, o los pequeños reyes de Siria, eran alojados en la vivienda de protocolo, a bastante distancia del palacio, como exigían las buenas costumbres que el maestro de ceremonias respetaba como las tablas de la Ley, si no con más celo aún. La hija de Faraón tenía su palacio y en raras ocasiones se dejaba ver en la casa de Salomón, era él más bien el que la visitaba a ella cuando le llegaba el turno, con más frecuencia que a otras esposas, de las atenciones del rey. En cuanto a las demás mujeres, de todos los pueblos de la tierra y todas las apariencias y todas las lenguas, vestidas como flamencos y pájaros del paraíso, bañadas en oro con incrustaciones de piedras preciosas y perfumadas con los aceitosos aromas de treinta árboles de Arabia, ellas eran conducidas de una en una por los eunucos del harén, las dejaban dos horas en la habitación del rey y las llevaban de vuelta a la casa de las mujeres aquella misma noche, pues al rey le gustaba dormir solo.

No se recordaba, desde que Salomón era rey de Judea, que permitiera a alguien dormir noches enteras a menos de veinte metros de él, que había sido ungido y santificado por Adonai y había visto la Gloria celestial cubriendo la Tienda del Encuentro. Era una insólita trasgresión de las costumbres para asombro de todo el pueblo a excepción de la propia trasgresora, la joven reina africana, que ni conocía las leyes de la hospitalidad en la corte judía ni quería conocerlas. La única ley era para ella la palabra del rey, al que, tan solo una semana después de su llegada a Jerusalén, contemplaba con una adoración de la que ni sus más ancianos dioses habían disfrutado. Cuando se despertó en su alcoba, especialmente dispuesta para ella, en un lecho con sábanas tan ligeras como telarañas y rosadas como los buches de las fragatas marinas, la reina de Saba de desperezó voluptuosa, luego se incorporó abriendo los párpados. Había dormido con una larga prenda de seda, del hilo más fino extraído de gusanos criados en Sidon y en Cos, y a través del tejido transparente se

adivinaba perfectamente el cuerpo de la reina: las tetas con unos pezones grandes como moras, el vientre redondeado y blando, el triángulo de brea entre las caderas. Al igual que los ojos del niño Noé en el libro de Enoc, los ojos de la reina llenaban la estancia de luz.

Se levantó de la cama y se dirigió a las ventanas, que tenían los postigos cerrados. Los abrió de par en par y, de repente, el viento soleado de la mañana alborotó sus cabellos y en las pupilas de la joven se reflejó, como pintado, todo el jardín, hasta el fondo, abarrotado de muros, torres y cipreses: granados e higueras rebosantes de frutos, pájaros desconocidos que piaban en las ramas, nubes luminosas que los rayos del sol recién aparecido arrastraban por el cielo. Voces femeninas llamándose y riendo, luego el ruido del agua vertida en grandes recipientes de cerámica. Todo fundido en luz pura y fría, en la brisa salobre que colmaba el aire de la ciudad situada entre dos mares: el mar Muerto que había engullido Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboím y Zoar, destruidas por el Señor con fuego y azufre, y el gran mar de poniente, en cuyas orillas vivían, incontables como langostas, los filisteos. Makeda rio feliz al contemplar el paisaje, como habría reído al encontrarse con una amiga cercana, luego dio un par de palmas y ante esa señal se presentaron, como si llevaran horas esperando tras las puertas, las criadas, acarreando los cántaros y todo lo necesario para el baño matinal de la reina.

Las sirvientas judías, blancas como la leche y vestidas con largas túnicas de lino de colores, se movían silenciosas en torno al cuerpo de ébano de Makeda —plantada ahora, de pie, en un recipiente con agua templada hasta los tobillos—, vertían lentos chorros de los cántaros de plata por la coronilla de la joven, sobre sus hombros anchos y rectos de etíope, sobre sus nalgas y sus muslos finos, de piel mate. Admiraban en su fuero interno aquel cuerpo que, a diferencia del suyo, mostraba una especie de inocencia de animal del desierto, como si Makeda no fuera ni mujer ni terrenal, sino una creación del polvo rojo y de los deslumbrantes cielos africanos, pues para ellas, en el Mediodía, más allá de Egipto —que pertenecía aún a este mundo—, empezaba el territorio de las ninfas y de los escorpiones y de los hombres peludos encaramados a los árboles, que no hablaban para no verse obligados a trabajar. Puesto que venían de un gineceo infinito, donde, lecho junto a lecho junto a lecho, separadas tan solo por las cortinas de los baldaquinos, holgazaneaban las esposas y concubinas, sin otra cosa que hacer que maquillarse y gritar a los crios en un centenar de lenguas, discutir entre ellas y, en más de una ocasión, enzarzarse, de tal manera que a veces los eunucos tenían que retirarles las manos, dedo a dedo, de la cabellera de otra mujer, las sirvientas conocían el veneno y las habladurías con que las demás mujeres habían recibido a la joven reina. Aunque idólatras y desconocedoras

del único Dios, el de Abraham, Isaac y Jacob, las mujeres moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas tildaban a Makeda de salvaje, deforme, mezquina, negra, puta, maléfica, bruja, *catoblepa*, desastrada, soberbia y muchas cosas más, atormentadas por la desgracia de que el rey solo tuviera ojos para ella y por el hecho de que, desde hacía una semana entera, desde la llegada de la negra a Jerusalén, no hubiera llamado a ninguna mujer a su lecho, quebrantando así el orden y los cálculos. A las que llevaban dos años esperando la llamada real se les pasó el turno y tenían que esperar, agotadas y humilladas, otros dos. Así que un día tras otro, en los siete que llevaba Makeda en la corte del rey Salomón, un zumbido frenético, como de enjambre de avispas, se oía en la casa de las mujeres. No quedaba ni un trocito del cuerpo de la reina, ningún vestido lucido por ella, ni palabra alguna que no hubieran destripado largo y tendido aquellas mujeres furiosas, que, de haber podido, la habrían desgarrado con sus propias uñas y dientes y le habrían sacado los ojos con las horquillas del pelo. ¿Por qué había venido desde los confines de la tierra para enloquecer al rey y perturbar la armonía del reino? ¿Por qué no se había quedado en la pobreza y la barbarie de su casa, al sur del país de Sheol, con sus monos y sus papagayos? ¿Qué tenía la reina que no tuvieran ellas, para arrebatarles así al rey de Judea? Dos tetas y una raja entre las piernas, como todas, y encima negra como las profundidades del infierno. Impotentes, fermentando en su propio veneno, a las esposas y concubinas solo les quedaba ya esperar la marcha de la advenediza, con su rebaño de criadas negras, tetonas y barrigudas, y con su elefante que cagaba tanto que apestaba a cien estadios y no podías aguantar en la ciudad por culpa del aire nocivo, transmisor de pestes.

Lejos del gineceo y oculta de las miradas de todos, la hija de Faraón también sufría, ahora, más que de costumbre. Su cráneo alargado y la forma indeciblemente extraña, enfermiza y torpe de su cuerpo mostraban que era distinta, diferente a las demás reinas y concubinas que entraban noche tras noche en el lecho del rey. Pues la hija de Faraón, así como su glorioso padre, descendía de los dioses y ella misma era una diosa. No era el hijo de David, al que despreciaba como a un simple mortal, por muy rico y famoso que fuera, quien debía ser su esposo, sino su hermano mayor, para que la sangre de los dioses, de un azul pálido y ligera como un fluido de ensueño, no se corrompiera. Había pasado la infancia junto a su hermano en palacios y templos, los habían llevado a los laberintos subterráneos de las pirámides donde, en sarcófagos de ónice, dormían los cuerpos de unos seres descendidos de los cielos, les habían revelado los misterios de la antigüedad. Había sido desvirgada por su hermano cuando tenía doce años, en una ceremonia sagrada, ante la mirada de los sacerdotes y de las estatuas gigantescas, y esa fue la única ocasión en que la reina

había copulado. Pues lo que nadie conocía en el reino de Judea era que Salomón no la había tocado jamás, la hacía llamar a sus aposentos solo para averiguar los secretos de las palabras mágicas, de las invocaciones y los sonidos que hacían que las piedras flotaran y los templos se iluminaran, o para afrontar cuestiones políticas. Porque un hombre mortal no podía emparejarse con la hija de los dioses, cuya flor íntima era diferente a la que escondían las mujeres mortales entre los muslos.

La hija de Faraón se sentía extranjera y desdichada en el mundo judío, adonde había sido desterrada solo porque Egipto necesitaba la paz en el norte. No conocía a nadie allí y no hablaba con nadie aparte del rey, y no salía jamás de su palacio. A falta de la luz del sol, su piel era vidriosa y se adivinaban las venitas azules. Desde la llegada de Makeda, sentía sin embargo amenazada incluso su soledad, incluso su desdicha. Temía que el rey hiciera a la etíope reina suprema, junto a ella o incluso por encima de ella. Retirando un poco los gruesos cortinones de brocado de Sidón, vio de vez en cuando al rey y a Makeda paseando juntos por el patio interior y sonriéndose con sus dientes blancos, perfectos. Con una vestimenta deslumbrante, más opulenta que de costumbre, Salomón hacía unos gestos amplios, mostrándole a la reina algún árbol gigante y antiquísimo, alguna fuente de mármol o un soto lleno de ciclámenes o anémonas. Entonces su corazón, que ponía en movimiento su sangre azul, se estremecía dolorosamente, y unos negros pensamientos oscurecían la vida de la reina. Ella no calumniaba a Makeda, pues no tenía con quién, pero esperaba también el día de su partida como una festividad feliz. Pues cada día y cada hora que pasaba parecía el rey más hechizado.

Tras el aseo matinal y el atavío con el maravilloso *hahesha kemis* de color azafrán, que le gustaba vestir con un collar de turquesas incrustadas en oro de Ofir y unos tintineantes brazaletes de cobre y marfil, Makeda llamaba a su criada, Migibi, que había dormido en una alfombra a los pies de su cama, para que le arreglara el cabello prendido en incontables trencitas sujetas con lazos teñidos de púrpura veneciano. No habría permitido por nada de este mundo a las criadas judías, ni a nadie más que a la delicada Migibi, tocar su cabello porque, entreverada en una de las trenzas que le llegaban más abajo de las caderas, se escondía la tira de piel humana, bien raspada y frotada con piedra pómez, en la que estaba escrito su nombre secreto, que ni siquiera ella misma conocía, y que su primer hombre, soltando la trenza, debía leer después de culminar el acto amoroso. Cada noche, antes de quedarse dormida, palpaba la banda de piel para cerciorarse de que seguía allí, y soñaba con el desconocido mensaje. ¿Cómo se llamaría de verdad? Al nacer había recibido el nombre de Bilqis, y de pequeña la llamaban Negest Makeda, así se llamaba a sí

misma y así la llamaban todos los súbditos. Pero los dioses de su pueblo, la vieja pareja T'enikara y Fireyama, tallados en madera ennegrecida tras siglos de podredumbre, la conocían solo por su nombre secreto, escrito en marrón en la banda de piel entrelazada con sus cabellos, y cuando llegara al otro mundo, la reina tenía que gritarlo con toda su alma para que las escolopendras gigantes no la arrastraran a sus escondrijos.

Le habían traído una bandeja con queso, miel e higos y, al probar un poco de miel densa como el cristal, sus ojos se iluminaron. Rio una vez más, a carcajadas, sin saber por qué. ¡Qué días luminosos, qué días felices! Durante una semana la habían paseado por todos los rincones del palacio y le habían mostrado todos los tesoros de las dependencias reales y había hablado con los sacerdotes y los sabios judíos. Había caminado por los jardines de árboles trasplantados con dificultad desde Asiria y desde las islas del más grande de los mares, que producían melocotones, limones llamados manzanas de oro y granadas, desconocidos aún en Saba. Le habían mostrado los pájaros y los animales de la tierra, *sirus* con un cuerno en la frente y serpientes voladoras, jirafas y lagartos de tamaño humano, con una papada púrpura, leones reales y un tigre traído de la India, y un hombre de un futuro lejano que se llevaba continuamente al oído una plaquita de ónice pulido que se encendía a veces como por arte de magia. La habían llevado a los mercados de verdura, de carne y pescado en una Jerusalén rebosante de gentes variopintas y, por las tardes, cuando el cielo del reino de Judea se llenaba de estrellas y la luna salía más grande de como recordaba la reina haberla visto nunca, bajo sus ventanas rondaban famosos cantantes y bailarinas y lanzadores de llamas y encantadores de serpientes que conferían a las noches un brillo inaudito, pues cada uno de ellos era extraordinario y había sido traído, a cambio de muchos talentos de oro, desde todos los rincones del mundo. Pero Makeda, asombrada como una niña por el fasto y la grandeza de todos los paisajes de Jerusalén, era más dichosa aún dos veces al día, cuando el rey Salomón, abandonando durante una hora o dos los fatigosos asuntos de su reino, se presentaba ante la reina para ser él mismo su guía entre las joyas de su país.

Ese encuentro tuvo lugar también el séptimo día, cuando a Makeda, radiante de belleza, embadurnada y maquillada y vestida y llena de adornos, le anunciaron que debía presentarse ante el rey en el patio del sur, situado frente a la Ciudadela de David, para que él le enseñara el lugar más soberbio, el famoso Templo donde el nombre de Dios viviría eternamente, en la oscuridad más profunda. El Templo, comenzado siete años antes, se estaba construyendo con piedras valiosas, cedro y revestimiento de oro, y, cuando la reina de Saba llegó desde su país de más allá del horizonte para conocer la sabiduría

de Salomón, la construcción estaba casi lista. Mientras se dirigía, acompañada de los dignatarios y los soldados de su país, hacia el lugar de encuentro, con el corazón latiéndole como a un pajarito en la palma de la mano, Makeda repetía en su fuero interno la historia del Templo, que conocía gracias a los sabios.

Tiempo atrás, al rey David se le había ocurrido levantar ese edificio sagrado porque no estaba bien —consideraba él— que el rey viviera en una casa de piedra y cedro, y Dios en una tienda. Pero Adonai se le apareció en sueños y lo reprendió por ese pensamiento, pues David era un hombre sanguinario que había asesinado y oprimido, y había tomado por la fuerza a la esposa de Urías el Hitita, Betsabé, que alumbró más adelante a Salomón. No podía un pecador erigir una casa para el Señor. Solo su hijo, se le reveló en un sueño, levantaría el edificio. Sin embargo, el lugar de la construcción fue elegido ya en época de David, cuando este, de forma irreflexiva, decidió realizar el censo de su pueblo, algo que no gustó al Señor. Y el Señor le dio a elegir su castigo: o bien siete años de hambruna en el país, o bien tres meses huyendo de sus enemigos, o bien tres días de peste. David pensó que era mejor caer en manos del Señor, pues era misericordioso, que en manos de los hombres, y eligió los tres días de peste. Y la peste se abatió de lleno. El que la esparcía por Jerusalén era el ángel del Señor, que flotaba entre el cielo y la tierra junto a la era de Aravna el jebuseo, espada en ristre, apuntando a la ciudad. La peste divina no cedió hasta que, tras matar a setenta mil personas desde Dan hasta Beer-Saba, el rey David compró la era de Aravna el jebuseo por cincuenta siclos de plata y construyó allí un altar. En ese lugar se levantó, bajo el reinado de Salomón, el Templo de Dios.

El plano lo recibió su padre, David, de manos del propio Dios, dibujado con Su dedo. Las líneas y el texto no estaban grabados en piedra ni escritos en papiro, sino que flotaban, azules, a una pulgada de una placa como de cristal gris, tal y como flotaban también las palabras de la Ley en las tablas de Moisés. El plano se lo entregó David, en el lecho de muerte, a su hijo, haciéndole jurar que construiría el Templo tal y como estaba dibujado allí. Y Salomón puso los cimientos al cuarto año, en el mes de *ziv*,[31] cuatrocientos ochenta años después de la salida de Egipto de los hijos de Israel. Ahora se encontraban en el undécimo año del reinado de Salomón y los trabajos estaban casi listos. Quedaba tan solo que Hiram de Tiro, el artesano tan dotado de gracia como Bezalel el de la antigüedad, moldeara las dos columnas de bronce, Jaquín y Boaz, así como el mar de bronce apoyado en doce bueyes también de bronce en el tejado, los pedestales y las vasijas y todas las demás herramientas que serían ungidas y bendecidas para las futuras ceremonias. El Templo entero parecía construido —pensaba Makeda mientras pasaba junto a la

Puerta de los Caballos disfrutando del panorama verde ceniciento del Monte de los Olivos— con un solo propósito: albergar el cofre mágico, el Arca de la Alianza que custodiaba las tablas de la Ley, un omer de maná y el cayado de Aarón, que había florecido y producido almendras maduras en la época de la revuelta en el desierto del pueblo de Israel. Sobre su tapa, entre los querubines tallados en oro puro, se oía la voz de Dios pronunciando sus mandamientos. Los poderes del cofre sagrado eran infinitos. El Arca, que custodiaba el Nombre, permanecería por los siglos de los siglos en la caja de cedro bañado en oro en el Sanctasanctórum del Templo, en la más absoluta oscuridad.

Y he ahí al rey esperándola, entre sus soldados, en el patio adornado con palmeras y querubines; su figura superaba la de cualquiera, pues era un hombre increíblemente hermoso en cuyos ojos brillaban tanto el deseo como la capacidad de dominarlo. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y sujeto en la espalda gracias a una horquilla de diente de narval. Unos tirabuzones retorcidos como los zarcillos de la vid enmarcaban su rostro desde las orejas, y lucía una barba corta que no escondía bajo el tinte las hebras blancas que le habían aparecido años atrás. Sus ojos se parecían en cierto modo a los de Makeda, unos ojos femeninos de lector, unos ojos iluminados por la comprensión de los textos de la antigüedad. Pero eran también los ojos de un hombre que sabe que sus deseos son cumplidos al instante y sin titubeos. Y eran además los ojos de un niño, que miraban curiosos todo lo que sucedía a su alrededor, pues nada le parecía desmerecedor de su atención. ¡Cuántas veces lo habían visto los criados pasarse horas mirando un gusano suspendido de un hilo de seda, un polluelo con baba en el pico caído de un nido, la forma de la hoja de un almendro o los remolinos del agua junto al canal de un molino! ¡Cuántas veces había interrumpido un consejo de guerra para recoger de las losas de pórfido una pelusa de diente de león y examinar detenidamente sus graciosas sombrillas con la semilla en la punta! Las cosas y las criaturas y los espíritus del mundo visto y no visto lo llamaban a gritos, cada uno con su voz, para ser explicados, clasificados, comprendidos en profundidad y finalmente descritos en alguno de sus incontables libros.

Hoy llevaba una fina camisa de lino teñida en color turquesa y ceñida con un cordón salpicado de topacios, pantalones anchos y unas botas de piel de ternero, y por encima, delicadamente colocado, un mantón ligero de los colores del Tabernáculo: azul, morado y granate, sujeto en el hombro izquierdo con un pequeño broche de plata que representaba a un querubín. Salió al encuentro de la reina con los brazos abiertos y una amplia sonrisa, pues no podía evitar sonreír, dichoso, siempre que la veía, como les sucede a los enamorados. La

reina se inclinó profundamente ante él, haciendo brillar el azafrán de sus ropajes bajo el sol que ya había subido en el cielo, y luego, devorándose con las miradas y riendo, se dedicaron unas secas palabras de cortesía, en desacuerdo con sus sentimientos. Seguidos por los soldados y los sirvientes, se dirigieron hacia el norte, pues el gran Templo no estaba lejos de la casa de Salomón. El rey habría querido tomar la mano de Makeda entre las suyas, habría querido, de hecho, tomarla entre sus brazos, pero para espantar la tentación dirigió su pensamiento hacia un millar de asuntos terrenales, le hablaba de cualquier cosa que atrajera su mirada por el camino: de Jerusalén y de la fila de palmeras, de las colinas yermas de alrededor y de sus soldados, algunos de los cuales lo seguían adondequiera que fuese. Makeda lo escuchaba con atención, pero al cabo de una hora, si le hubieras preguntado, no habría podido decir de qué había hablado el hombre junto al cual tenía el honor de caminar, tan absorta como estaba por sus labios finos, por sus dientes brillantes, por las bellas guirnaldas de palabras que parecía dibujar en el aire que los separaba. A ella le habría dado lo mismo oírle hablar sobre una mota de polvo o sobre Jehová, el dios sin rostro al que consideraba el único de toda la Creación.

«¡Qué hermoso eres, señor—susurraba algo en el pecho de la reina —, qué fuertes son tus brazos, qué anchos tus hombros! ¡La granada roja es más pálida que tus labios, el macho de la gacela no es tan gracioso como tú! ¡Qué noble, qué viril es el contorno de tu rostro, qué fino y ondulado tu cabello! Todas tus palabras están llenas de sentido y los gestos de tus manos dicen mucho más que ellas, porque tú hablas con los ojos, con los labios, con las manos y con todo el cuerpo, y todo aquel que tiene la suerte de escucharte te entiende. Sabía que eras fuente de sabiduría, pero has superado mis expectativas, como supera el aroma de la azucena a cualquier otro aroma, pues todo lo que aprendo de ti me colma de gozo. ¿Por qué se le ha concedido a tu esclava de un país desconocido, de unos ignotos y lejanos lugares, estar a tu lado hoy, disfrutar de tu sabiduría y tu magnanimidad? Me gustaría que este camino fuera infinito, caminar siempre juntos, hombro con hombro. ¡Eres mi manantial de luz y alegría, estás en mi corazón, su meollo ardiente, que es el meollo de la vida!»

«Abrazaba cada noche a una mujer diferente —le respondía el emperador en su fuero interno, mientras seguía hablándole a la reina de Saba, distraído, sobre las clases de avena y sobre cómo se colocaban las tejas en las casas, y sobre cuántas patas tienen las langostas—, mujeres dignas de los reyes del mundo, absolutamente perfectas, de todos los clanes, de todas las estaturas, aromas y lenguas de la tierra. Mujeres de pechos grandes y mujeres sin pechos, mujeres

de voz dulce y otras de voz ronca, mujeres expertas y mujeres tímidas, de piel limpia y piel tatuada de la cabeza a los pies. Mujeres con el cabello rojo como el fuego y otras con el cabello negro como la cola de las yeguas. Pero no he encontrado en su amor sino un refugio en los placeres de la carne. Tú me colmas de alegría, Makeda, ríe mi alma cuando te veo. Me gustas, me gusta todo, cómo hablas y cómo te mueves. Escucho las palabras que brotan de tus labios perfectos y me parecen sabias, más sabias que las mías, pues sabes tanto como yo y has leído a tu tierna edad tanto como yo, y me asombran la gracia y la dulzura de cada palabra que me dices. ¡No he conocido jamás a una mujer sabia, Makeda! Tu cuerpo es más atractivo que el de cualquier mujer, pero no quiero tu cuerpo sin ti, ¡te quiero a ti en tu cuerpo, reina negra y hermosa! ¡Quiero tus afilados pechos de africana, pero contigo en ellos, quiero tu vientre y la flor de tu virginidad, pero contigo en su interior, y sin ti no los quiero para nada!»

Cuando llegaron ante la puerta del Templo, el rey hizo una señal al cortejo para que se detuviera allí y solo él cruzó el umbral, acompañado de la reina y de varios soldados enormes, con uniformes de gala. Era un día glorioso, con nubes de verano estáticas como veleros fenicios en los cielos infinitos. El Templo se mostró en su grandeza de monolito transparente bajo el intenso sol de la hora cuarta. Parecía esculpido en la luz inmóvil de la tarde. No era el edificio gigantesco que había imaginado la reina, pero, con sus cuarenta metros de longitud, doce de anchura y veinte de altura, era una casa imponente y solitaria, no parecía de esta tierra. Se habían utilizado en su construcción piedras talladas en otros lugares para que las sierras y los escoplos no perturbaran el sueño del rey. Se utilizó asimismo madera de cedro y ciprés, traída del Líbano por el rey Hiram de Tiro, madera talada en los bosques por los sidonios, los más expertos taladores de leña. Setenta mil personas habían trabajado en el Templo durante siete años y ahora estaba ya casi culminado. Sin embargo, alrededor del espectral edificio se veían montañas de madera y pilas de piedras, grandes calderos de bronce, poleas y obreros con el torso desnudo, atareados como hormigas, y, en la cornisa, un capataz con traje de lino teñido de azul gritaba órdenes y consignas, salpicadas de terribles juramentos. Cuando vio al rey, cuya llegada le había sido anunciada, el capataz lampiño, con el cráneo rasurado, vociferó algo y, de repente, todos los trabajadores abandonaron sus herramientas y aquello que estuvieran haciendo y se postraron en el suelo. El capataz, en lo alto del Templo, posó también la frente en la cornisa, luego se incorporó y pronunció unas solemnes palabras de bienvenida. Salomón levantó la mano derecha, dijo también algunas palabras en voz alta, y el hormigueo de los obreros se reanudó al instante, con mucho más brío que antes.

—Hoy les han hecho lavarse —le explicó, sonriente, a la reina—, les han dicho que no coman ajo y que se pongan taparrabos bien limpios.

Makeda rio discretamente, mostrando que lo entendía.

Pasaron junto a carpinteros y canteros y orfebres y pasamaneros y contables con el tintero en el cinturón y plumas de junco, y el rey se detenía un momento con cada uno y le hablaba a Makeda con tantos conocimientos sobre cómo se hacían todas las cosas como si hubiera sido también él, durante toda la vida, carpintero, cantero u orfebre. Tomó la azuela de manos de un trabajador muerto de miedo y sacó unas largas y ensortijadas tiras de madera del tronco que estaba desbastando. Sus movimientos eran perfectos y la madera parecía ahora más lisa y mejor cepillada que la del trabajador. Al pasar junto al caldero de brea fundida, le mostró a la reina cómo se vertía el chorro negro entre las grietas de las piedras talladas para que no se separaran jamás. Sacó él mismo, con un recipiente fabricado a tal efecto, dotado de un largo pico de cobre, la brea hirviente y la dejó caer de manera tan impecable entre las piedras que la línea de brea era recta como trazada por una flecha, sin gotas ni interrupciones. Le habló sobre cada oficio con palabras doctas, mostrándole lo difícil que era aprenderlos y lo valiosos que eran los artesanos industriosos. De vez en cuando, llamaba por su nombre a algún obrero quemado por el sol para preguntarle por su esposa e hijos, y este, encantado, balbuceaba inclinando profundamente la cabeza.

Makeda estaba tan asombrada como si estuviera viviendo un sueño. Se atrevió finalmente a preguntar a su señor cómo era posible que supiera de todo, no solo lo que se aprende en los libros, sino también todas las enseñanzas de la vida, y las clases de oficios, y las costumbres de los países lejanos, y las variedades de árboles y la órbita de las estrellas en el cielo nocturno. Y Salomón sonrió bondadosamente y le dijo, con sencillez, como a un niño:

—No sé nada y no soy nada, reina. Soy polvo como todos los mortales y mi conocimiento es vanidad a los ojos de Dios. Todo el conocimiento es Suyo, pues Él creó los cielos y la tierra y moldeó a Adán con barro a Su imagen y semejanza, e insufló Su Espíritu en él, mientras que nosotros no podemos crear ni una hebra de los cabellos de un hombre. Aunque soy rey, nada me diferencia del mendigo de la Puerta de los Peces ni del leproso de las Aguas de Siloé, que se baña para sanar y ofrece luego lo que corresponde a los sacerdotes. Tanto ellos como yo gustaremos de la muerte después de haber vivido como ciegos, sin conocer la voluntad de Quien vuela sobre nubes, cuyos caminos son insondables. Cuando era joven, no sabía entrar ni salir, y por eso le rogué al Creador del universo y de los ángeles, que se me apareció en sueños, que me regalara sabiduría. Ahora voy a la

derecha, a la izquierda, hacia adelante y hacia atrás con facilidad, y sé cómo se gobiernan los reinos. Pero sé también que para un hombre la sabiduría significa sentir temor y estremecerse ante Adonai, el único Dios, y adorarlo con toda su alma, con todas sus fuerzas y todo su amor. El resto es fealdad y ciencia vana, que no merece el nombre de ciencia.

Se detuvieron ante el pórtico, donde se instalarían las columnas Jaquín y Boaz. ¡Cuánto habría dado el rey por mostrarle a la reina el Templo por dentro, con el recinto sagrado, donde las puertas y las vigas de ciprés estaban ya instaladas, y la sala entera revestida de madera de cedro en la que habían tallado palmeras y querubines! Si por él hubiera sido, la habría llevado incluso al Sanctasanctórum, el cubo de cuarenta metros bañado en oro puro en cuyo interior, bajo los dos inmensos querubines de oro cuyas alas se rozaban, se colocaría el Arca. Pero se ve que en este mundo ni siquiera el rey podía hacer todo lo que deseara, sino tan solo cumplir el deseo del de Arriba, e introducir a una mujer en el Templo, aunque fuese extranjera, era una blasfemia. Así que, plantados ante las pesadas puertas, Salomón, como un guía aplicado, le contó a Makeda algo de la historia del único pueblo de esta tierra que adoraba lo que conocía, mientras que todos los demás adoraban lo que no conocían.

El Dios de Israel se le apareció en otros tiempos a Moisés en forma de zarza ardiente, para ordenarle que guiara al pueblo judío, hasta entonces esclavo en Egipto, al desierto, donde permaneció cuarenta años, testigo de los milagros y el poder del Infinito. El pueblo elegido cruzó el mar pisando tierra firme y caminó de día bajo la nube y de noche bajo la columna de fuego, rebelándose y renegando, demostrando ser un pueblo orgulloso, que desobedecía al Señor. Por ese motivo, los cuerpos muertos de los hijos de Israel yacieron en el desierto y el propio Moisés alcanzó tan solo a ver, desde el Monte Nebo, la Tierra Prometida, donde fluyen la leche y la miel, pero no se le concedió entrar en ella. Allí, en el desierto, recibieron los Mandamientos, escritos con el dedo de Dios en las tablas de piedra, se alimentaron con maná y fabricaron con tapices bellamente tejidos el Tabernáculo en el que se encontraba el Arca construida por Betzabel, hijo de Uri, hijo de Hur, y por Oholiab, un arcón de acacia donde fue colocado el Testimonio.

A continuación los jueces y los profetas condujeron a las doce tribus a conquistar la tierra en manos de los pueblos destinados a desaparecer, y entre los hijos de Israel surgieron guerreros como Josué, Gedeón o Sansón, que lucharon contra los siete pueblos malditos y contra los filisteos, tan numerosos como la arena de las orillas. Finalmente, el pueblo indómito quiso tener reyes, al igual que los demás pueblos, sin tener en cuenta —detestando incluso— al Rey

de los Cielos, su verdadero señor. Y el primer rey fue Saúl, que sobrepasaba a todos en altura, pero que resultó no ser digno de su consagración. Dios se arrepintió de haber elegido a Saúl y consagró en su lugar a David, padre de Salomón, el que había matado al gigante filisteo Goliat solo con un canto rodado, que, lanzado con la honda, se le clavó en la frente. Y David satisfizo al Señor, que luchó él mismo junto a Su pueblo, tal y como había hecho en tiempos de Josué. Pero, durante su reinado, la Tierra Prometida se dividió en dos reinos, el de Israel y el de Judea, no por motivos humanos, sino por la mano de Dios. David reinó cuarenta años en Judea; siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén, luego se reunió con sus antepasados y en su lugar reinó Salomón, el que ahora le contaba todo esto a la reina.

Situados frente a frente, sus ropajes casi se rozaban. El aire entre ellos era como el que precede a la tormenta, como si se acumulara en él la fuerza de un rayo devastador. Estaban, aquella tarde perfecta, sin sombras, solo ellos dos y el Templo, en un mundo por lo demás desierto. Callaron largo rato, contemplándose. Luego Makeda se atrevió a preguntar a su señor si la santa Alianza era el mismísimo Dios de Israel. Pues los dioses que ella y todos los sabeos adoraban eran los dos antiguos ídolos de madera, no unas simples representaciones de los dioses, sino dioses en sí mismos, con sus cuerpos verdaderos, a los que podías tocar y cuyas hendiduras y grietas en la leña podrida podías sentir. Estaban ennegrecidos, devorados por las lluvias y los vientos, sus rostros estaban arrugados como los de unas viejísimas tortugas, T'enikara tenía un miembro que le llegaba a las rodillas y Fireyana, tres tetas que le llegaban más allá del ombligo y el pubis femenino embadurnado de barro rojizo. Pero ellos habían creado los cielos y la tierra, engendraban y mataban a los humanos y solo podían ser apaciguados con frutas y flores por la mañana, carne de cabrito asada por las noches y, una vez al año, con danzas, canciones y sangre humana.

—No —le respondió sonriendo dulcemente el rey, embriagado por el aroma del cuerpo que emanaban los ropajes de color azafrán de Makeda y que envolvía a ambos en el capullo aceitoso de la tentación. Tenía que aferrarse a los ojos de la joven para permanecer lúcido, porque esos ojos serios y brillantes, que le revelaban su inteligencia y perspicacia, eran ella misma, ella, Makeda, y su cuerpo deseante y deseado hasta perder el sentido—. El Arca no es Adonai, reina, pero es el objeto más sagrado del mundo, porque en ella se encuentra el Nombre de Quien vuela sobre querubines. Desde su tapa, entre los querubines esculpidos en oro, habla Dios con su propia voz, como le hablaba a Moisés en el Tabernáculo. Pero el Señor no habita en casas levantadas por manos humanas. El cielo es su Residencia, y la tierra, un tapiz a Sus pies. Él es invisible y está por encima de la capacidad

humana de desentrañar su naturaleza y sus designios. Es eterno, siempre el mismo, y nada hay que le resulte imposible. No existe en los cielos ni en la tierra ni bajo las aguas del mar otro Dios excepto Él. Todos los pueblos tienen sus dioses de madera y de piedra, Baales y Astartés, pero esos no son dioses verdaderos, pues son rígidos y no pueden realizar nada. El carpintero elige el tronco de un árbol y lo corta en tres trozos: con una parte hace astillas para el fuego, con otra parte hace recipientes y tinajas para acarrear agua del río, y con lo que queda talla un ídolo y lo adora. Sé, puesto que desde niña tienes la inclinación a adorar a esos ídolos, que los amas y veneras por encima de todo, y no quiero arrebatarte eso, querida Makeda. Pero esta es la verdad recibida por los antepasados de mi pueblo, al que se le presentó Dios y realizó milagros que los ojos humanos no han vuelto a ver y los oídos humanos no han vuelto a oír. Toda otra devoción por otro dios, de rostro humano o animal, ya sea de ave o de pez, o por los ejércitos celestiales, el sol, la luna y las estrellas, es una monstruosidad a ojos de Dios, y los que han actuado así han sido eliminados de Su pueblo.

Y de repente Salomón pareció volcarse sobre ella como una ola marina, elevándose sobre lo humano que había en ellos:

—¡Si quieres creer con toda tu alma en Adonai, el único Dios de los cielos y de la tierra, te conduciré hasta Él y serás bendecida, y en tu trono real no faltará nunca un rey de tu estirpe y de tu sangre, reina Makeda!

El aire entre ellos quemaba, pero su llama había pasado del rojo puro del amor y el deseo al azul más fulminante aún de un vínculo más elevado. El turquesa fundido brillaba entre ambos como un sello doble, como una matriz de dos almas y dos cuerpos que se unían tanto en los cielos como en la tierra.

—Querría ver una señal —susurró tras un largo silencio la sabea, con el corazón enloquecido por su osadía, pero lo dijo tan bajo y con una música etíope tan graciosa en la voz, que Salomón tuvo que inclinarse hacia ella y rogarle que repitiera lo que había dicho—. Quiero ver una señal —repitió más alto, pero con la voz quebrada, pues sabía muy bien que aquellas podían ser las últimas palabras dirigidas al rey, a las que seguiría su expulsión para siempre. Porque aquí no se trataba de mirar el rostro del rey en su primera aparición, en la sala del Juicio, sino de examinar al propio Dios.

Salomón retrocedió un paso y la sonrisa se borró de sus labios. «Makeda, eres digna de tu nombre», se dijo y se sumió en el silencio. Qué mujer tan sabia y maravillosa, no pudo evitar pensar, sin embargo, pues sabía muy bien por qué le había hecho la etíope aquella inaudita petición. Ella se debatía en el suplicio de la separación de los antiguos ídolos, de la antigua fe, de todo su amor

por T'enikara y Fireyama, que la habían protegido desde que era niña al igual que sus verdaderos padres. Era duro ver de pronto a tus dioses como simples trozos de madera impotentes y saber que has malgastado tu alianza con el cielo, desde que tienes uso de razón, en una especie de desierto sin sentido. Makeda tenía que descubrir, con pleno convencimiento, la verdad, y con las palabras de Salomón, por mucho que apreciara al rey de Judea, no era suficiente.

El dios Savaoth la escuchaba en aquel instante desde los cielos, porque se encontraban ante el Templo, Sus ojos y Sus oídos, y porque había elegido a la reina de Saba, ya antes de la creación del mundo, para la trama deslumbrante e incomprensible de Sus planes. Ella debía ser la madre de una larga estirpe de reyes, señores de la santa Etiopía, en la que encontraría refugio, durante varios siglos, el Arca. Así que decidió ofrecerle la señal solicitada, precisamente entonces, para que pudiera regresar a su país no solo encinta de un niño, sino con la fe verdadera, que puede ordenar a la higuera que se arranque de raíz y se plante en el mar. En un abrir y cerrar de ojos, el templo que tenían delante se volvió transparente, una piedra de diamante con filos resplandecientes que brillaba intensamente bajo el sol de la tarde y los deslumbraba. A través de sus muros de vidrio cegador se adivinaban las estancias interiores y, en el Sanctasanctórum, los dos querubines gigantes de oro tallado a martillo que rozaban las paredes con la punta de un ala y se rozaban las otras dos alas en el centro de la sala. Y allí donde las alas se tocaban se mostró de repente, en toda su belleza y maravilla, una flor púrpura con pétalos de fuego, que brillaba más aún que el Templo.

Ante esta visión celestial, Makeda se desplomó en el suelo, a la espera de ser convertida en ceniza por su osadía. Cuando volvió en sí, el rey Salomón estaba a su lado y la abrazaba de nuevo por los hombros con delicadeza, como el día en que lo conoció. Ahora se encontraban otra vez de frente, altos los dos, con el Templo de piedra y cedro a sus espaldas, con las nubes flotando en el cielo como veleros fenicios, y entre ellos temblaba ahora una flor de fuego, una azucena de pétalos granates abiertos y separados, que dejaban ver las gotas de oro de su interior. El rey sostenía la azucena real en su mano cargada de anillos, y el perfume de la flor flotaba en el aire entre ellos, uniéndolos en un abrazo místico. Se la entregó a aquella muchacha negra y hermosa, que tomó delicadamente el tallo entre sus dedos, sabiendo que de las manos de Jehová y de Salomón, a los que veía ahora fundidos en un solo ser, no tenía ya escapatoria.

—A partir de ahora no volveré a adorar al sol —pronunció ella las palabras que quedarían escritas para siempre en el libro santo *Kebra Nagast*—, sino al Creador del Sol, el Dios de Israel. Y el Tabernáculo de la Alianza de Dios con Israel será mi Señor y el de mis

descendientes.

Regresaron, cargados de temor y felicidad, con el cortejo que había permanecido al otro lado de las puertas del muro. Los esperaban todavía tres meses de alegrías, de paseos por los jardines de la ciudad, de largos momentos con los rollos de los textos de la antigüedad y de almuerzos en los que contemplarían hombro con hombro, envueltos en la música de arpas y timbales, el giro de las bailarinas de senos desnudos y los saltos de los atletas, entre las risas de los dignatarios, pero los esperaba sobre todo mirarse a los ojos, devorarse con la mirada hasta el infinito, el suplicio de no poder tocarse, el deseo mutuo que ardía insaciable, como un sufrimiento dulce, entre ellos, aumentando día a día y convirtiéndose en algo cada vez más insoportable.

Al cabo de los tres meses que recordaría durante el resto de su vida, la reina regresaría a casa, bajo los deslumbrantes cielos africanos.

—Deseo fervientemente quedarme a tu lado —le diría a Salomón después de que nada de su reino, de los enigmas de la fe de los judíos y de las maravillosas cualidades de timonel y sabio de su rey, le quedara por conocer—, pero ahora, por amor a mi pueblo, deseo retornar a mi país. Y respecto a todo aquello que he escuchado, espero que Dios haga que arraigue en mi corazón y en los corazones de los que lo han escuchado conmigo y que los ojos se alegren ante esa visión.

Y el libro sagrado *Kebra Nagast* conservó para siempre el testimonio de esas palabras.

17

Eran tiempos de peste y de gran discordia entre cristianos, tiempos de llanto y desesperanza. Ángeles negros custodiaban el horizonte, y si los mirabas distinguías las plumas de sus alas, como espadas, tintineando y temblando.

Llegó en primer lugar un anciano tapicero en una flota de barcos grandes que transportaban avena por el cauce del Danubio, desde Tutrakan a Oltenița; se llamaba Abuelo Gânju, el Peregrino, pues en su juventud había llegado hasta el Santo Sepulcro de Jerusalén. Había intentado también ese mismo año, el sangriento 1832, ya avanzado el otoño, partir de nuevo en peregrinación, dejando en casa sus tijeras y agujas de tapicero, enormes como tubos, pero lo hicieron regresar las revueltas en tierras turcas, pues aquel verano la Hélade había escapado de las garras de los infieles, y la frontera de Arta-Volos había sido legitimada por las fuerzas europeas. Soliviantados por lo que ellos veían como un abuso, los turcos se dedicaban a atrapar y acuchillar a todos los viajeros cristianos en la inmensidad del país, sobre todo a los peregrinos, que viajaban como hormigas camino de Tierra Santa, de donde retornaban con cantimploras de agua bendita, cruces e ¡conos que vendían en casa a buen precio.

Gânju el Tapicero no pasó, aquel año terrible, más allá de Estambul, donde hizo un alto de dos noches a la espera del velero de Lesbos. Dormían unos diez peregrinos en la habitación de un caravasar, junto a varios comerciantes turcos, cuando entre ellos se manifestó la enfermedad. En medio de la noche, uno de los turcos empezó a gemir y a lamentarse; cuando los demás le dieron agua y le quitaron la camisa, vieron que tenía innumerables bubas en los sobacos, del tamaño de ciruelas. Los que no estaban borrachos ni sumidos en un sueño profundo se desperdigaron entonces como perdices, no solo por miedo a la enfermedad, sino sobre todo a las autoridades, pues en cuanto descubrían los turcos que había llegado la peste a Estambul, cerraban las puertas con clavos y nadie salía vivo de allí. Los viajeros se devoraban unos a otros entre apestados, atenazados por la desesperación y los escalofríos de la muerte, hasta que entregaban su alma y no se volvía a saber de su suerte.

El Peregrino se arrastró después por la Bulgaria en manos de los turcos, con la esperanza de no haber contraído la peste, hasta que alcanzó el Danubio y desde Oltenița lo llevó un carro de bueyes a la barrera de Cărămidari, al sur de Bucarest, adonde llegó a medianoche. Al día siguiente, mientras se encontraba en el amplio patio de la iglesia de Sărindar, rodeado por monjes y seglares venidos a escuchar sus historias sobre el extranjero, en medio de uno de los relatos lo fulminó la peste, dejándolo sin voz y con el rostro deforme y arrugado. En dos horas se volvió negro como el tizón, las bubas le latían en los sobacos y vomitaba hiel y sangre. A partir de esta primera semilla, la peste se propagó como las llamas en un día ventoso y arrasó Bucarest como si nada. Y lo azotaría durante todo el invierno, y luego durante la primavera de 1833, más aún que la famosa plaga de tiempos del príncipe Caragea, que había matado a trescientas personas al día menos de dos décadas atrás.

Las bubas eran la señal infalible y aquel al que le brotaban estaba condenado a una muerte entre suplicios. Cuando la peste brotaba en una casa, todos huían, la mujer dejaba a su esposo y la madre a sus hijos y el hombre a sus padres, se alejaban camino de las aldeas y los bosques, pero incluso allí los alcanzaba la enfermedad. Solo las monjas peregrinaban de puerta en puerta, buscando procurar alivio a los que sufrían. Ellas desnudaban al enfermo, lo examinaban y contemplaban espantadas, santiguándose, las bubas de las axilas y de las zonas pudendas, que se hinchaban como capullos pegajosos hasta que se volvían duras como huevos, reventaban y de ellas salían una especie de avispas negras, grandes como gorriones, que echaban a volar por todas partes. Aquellas avispas abarrotaban enseguida el cielo de la ciudad y aquel al que picaran con sus aguijones venenosos enfermaba.

Tras las monjas venían los enterradores, con sus coches fúnebres de madera negra como la pez, llenos de filigranas, con los caballos enmascarados, cuyas cabezas adornaban unas plumas de avestruz pintadas de azul y púrpura. Los sepultureros eran antiguos apestados de la época de Caragea a los que no afectaba la enfermedad, así que se dedicaban a toda clase de fechorías; eran peores que demonios, pues asaltaban las casas e incluso violaban a las apestadas, llenas de bubas, sin sentir asco, ante los ojos de sus impotentes esposos. No pasaban junto a ningún patio sin lanzar en su interior unos harapos de las casas de los apestados para diseminar la peste. Arrojaban en los pozos a bebés muertos por la epidemia. Se divertían con desenfreno en las tascas, junto a las rameras que, desnudas, se mezclaban con los comensales. Saqueaban todo lo que encontraban en las casas abandonadas y, si algún desgraciado enfermo intentaba detenerlos, le sajaban el cuello con el puñal. Y a los muertos, que cargaban de veinte

en veinte en un coche, se los llevaban para arrojarlos en los solares helados. Entre los transportados en los carros había también gente que no había muerto aún, a la que vencería el frío si la enfermedad no lo había conseguido. En Navidad, cuando todo cristiano se alegra por el nacimiento en el pesebre, solo gemidos y llantos se elevaban esta vez de cada casa; las iglesias estaban cerradas a cal y canto y la gran festividad pasó, sumida en el olvido. Todos se habían escondido en lugares desiertos, y en la miserable ciudad real de Bucarest solo quedaban los apestados y los sepultureros, enzarzados en una lucha a vida o muerte.

Al frente de los enterradores se colocó el chiflado de Nae Pasvantoglu, viejo conocido de los arrabaleros, pues no había fechoría en la que no estuviera implicado: era un usurero, amañador de sotas y reyes en el juego del faraón, falso testigo en los juicios, matón de los señores, y, en muchas ocasiones, había irrumpido en bodas para fugarse con la novia. Él convocó un buen día a los sepultureros en escuadrones, pues en Bucarest había más de doscientos coches fúnebres, y entregó una barriada a cada diez yuntas bajo el juramento de que no sobrepasaran sus límites. Naturalmente, entre ellos surgieron disputas y peleas, azuzadas por Pasvantoglu, que acabó por someterlos a todos y nombrarse Rey de los Sepultureros, tal y como los gitanos de los campamentos de Valaquia tenían también un rey que contaba con su propia copa de oro heredada de sus antepasados. Su mano derecha era Veliko el Desdentado, antiguo presidiario, y la izquierda, si es que se puede decir así, era su amante, una mujer hermosa como un icono llamada Gherghina, que se decía de linaje señorial, pero era solo una ilusión. Según contaba, el príncipe Caragea, al pasar un buen día por la barriada del agá Niță, vio a su madre y se encaprichó con ella, la preñó y así llegó ella a este mundo. En realidad, era hija de Radu el Gitano, mayordomo en la corte, y de una encaladora, como se veía claramente en sus rasgos: diabólicos ojos negros, nariz ancha y boca apasionada.

Un día de domingo, Nae quiso ver a todo su ejército desde el piso superior de una mansión abandonada, así que reunió a los sepultureros, con sus coches fúnebres, en el campo cubierto de rocío en los márgenes orientales de Bucarest. Los doscientos carros mortuorios estaban perfectamente alineados, listos para la guerra, y, caminando a su lado, agitaban las azadas los sepultureros, unos monstruos deformes, llenos de taras, que apestaban a cadáver y parecían salidos de las fosas que cavaban en la tierra helada; entre todos sumaban unos trescientos hombres a la mesnada. Satisfecho con lo que veía, Pasvantoglu I, Rey de los Sepultureros, pensó que la ciudad estaba en sus manos. Más allá de la mansión y de aquel ejército depravado, la campiña se extendía infinita bajo los cielos

neblinosos.

En el otro lado, en el campamento de los apestados que no soportaban más las fechorías y prevaricaciones de los enterradores y los sepultureros, se había alzado un hombre valiente, también apestado, pero que se sostenía todavía en pie, *kir* Mărgărit, que había sido soldado en Austria. Él había insuflado ánimos a los enfermos de la ciudad con tanto ardor, encaramado a una mesa de abeto colocada en la encrucijada entre Beilic y Șerban-Vodă, que todos unieron sus voces para gritar, con las fuerzas que todavía les quedaban, que solo unidos podrían vencer. Animándose unos a otros y siguiendo el ejemplo del gran Mărgărit, al que hicieron incluso rey entre los vítores de la muchedumbre, echaron mano a las guadañas, las horcas, los pesados martillos de los herreros y las mazas, formaron filas para la lucha y desfilaron así, aterradores, por las callejuelas vacías. Muchos cayeron al borde de los caminos, vencidos por la enfermedad, pero otros avanzaban decididos hacia poniente, deseosos de encontrarse con la muerte o con la libertad. No había camino intermedio. A medida que avanzaban por el puente de Mogoșoaia, por Lipscani y Sărindar, se les unieron otros compañeros en la desgracia que no aguantaban más las humillaciones de Pasvantoglu: los leprosos, los mendigos, los jorobados, los cojos y los mancos, los pobres de espíritu, los criminales, los borrachos de las cunetas y las furcias del callejón de Lipscani, armados todos, ya fuera con un hueso de vaca o un palo arrancado de una valla, llenos todos de harapos y piojos, pero con almas nobles, sedientas de libertad. Una furiosa nube de avispas negras zumbaba sobre las cabezas del terrible ejército. En los cuatro puntos cardinales, los ángeles de la destrucción vigilaban implacables, con las alas extendidas.

Poco después, los dos grupos se plantaron frente a frente, pues los apestados habían identificado el lugar donde se encontraban sus adversarios por los cuervos que revoloteaban sobre los coches que apestaban a vómito, aguardiente y sangre. La batalla del Campo del Tiovivo, como sería bautizada, ocurrida un miércoles del año de 1833, en el noveno día del mes de enero, pasaría a los anales y seria archivada entre las guerras, pues en aquel combate los miserables habitantes de la ciudad de Bucarest, esclavizados y avasallados por los enterradores, encontraron su salvación. Entre las dos bandas se extendía ahora tan solo el campo helado bajo un cielo de acero, cubierto por círculos de cuervos, un solar salpicado de los cadáveres, congelados y amoratados, de los enfermos abandonados durante las últimas semanas para que agonizaran en aquel frío apocalíptico. Desde la torre del segundo piso de la mansión, el Rey de los Sepultureros, que portaba en la cabeza una corona de dientes de perro, observó asombrado que las hordas de desgraciados, la escoria de las

enfermerías y de los monasterios de Balamuci y Mărcuța, donde los locos estaban atados a los cercados, las putas y los mendigos habían engrosado la banda de los apestados, y su soberbia empezó a desinflarse, pero confiaba todavía en su división de coches fúnebres, a la que consideraba invencible. A través de sus lugartenientes, dio la orden de que su ejército permaneciera inmóvil, a la espera del asalto de los enemigos.

Los apestados, en cambio, haciendo ondear sus pendones negros salpicados de sangre y sabiéndose condenados a muerte en cualquier caso, se esforzaban por dejar en el mundo la fama de su valor. Al divisar los bultos de los coches negros a través del aire cristalino, no aguardaron orden alguna, sino que, con sus últimas fuerzas y encomendándose a san Caralampio, acreditado vencedor de pestes, se lanzaron al ataque, agitando los palos y las quijadas de asno, las guadañas y las horcas, que rugían en el viento helado. Los grandes doctores y los popes de alto rango permanecían al margen, esperando a ver quién vencía para ponerse de su parte.

Los ejércitos se enfrentaron con un rugido de Armagedón y dio comienzo la matanza, sin piedad y sin prisioneros. Subidos a los pescantes de los coches, los carreteros que habían recibido de su rey escopetas y pistolas las descargaban a ciegas sobre la multitud, y los caballos enmascarados sacudían sus penachos de la coronilla y clavaban los dientes en la muchedumbre desenfrenada. Los enterradores y los mendigos, gremios largamente enfrentados, se molían ahora los huesos unos a otros, clavando el filo de las azadas en los cráneos y sacándose los ojos con los dedos extendidos. Entre los enterradores destacaba Sparanghel[32] el Loco, de más de dos metros de altura y con gruesos antebrazos surcados por venillas, que hacía girar la pala como un molinillo y, cada vez que enviaba a un apestado al fondo del infierno, buscaba con la mirada, orgulloso, a Pasvantoglu. También por aquella parte avanzaba Gherghina con las faldas arremangadas, mostrando a todo el mundo sus vergüenzas enrojecidas por el frío, ante cuya visión los apestados quedaban paralizados y caían impotentes bajo los golpes que llovían sobre ellos. Un tal Iepure,[33] carretero, a lomos del caballo más impetuoso, entorpecido por la gualdrapa, lo espoleaba hacia los gitanos y los destrozaba. A algunos los agarraba del pelo y les rebanaba el cuello con el cuchillo, como a las gallinas, a otros los aplastaba con un garrote enorme, lo que tuviera más a mano. El bullicio, los gritos y los gemidos llenaban ahora el terreno, donde nuevos cadáveres se sumaban a los que llevaban largo tiempo bajo la nieve y las heladas. Las avispas negras les picaban a todos los del campo sin distinción.

Por parte de los apestados, el rey Mărgărit, que había servido a los Habsburgo más de catorce años, un viejo zorro con conocimientos de

estrategia, se había adentrado en persona en el torbellino, donde la batalla era más despiadada, pero sus hombres lo reconocían por la gran cruz, con incrustaciones de piedras preciosas, que había tomado prestada del monasterio de Plumbuita y que manejaba con destreza, golpeando la crisma de los sepultureros y haciéndolos caer de los pescantes de los coches. Un golpe en el nombre del Padre con la terrible arma religiosa significaba la muerte instantánea, sin rechistar. Lo acompañaban Vasile, fabricante de sillas, y Caraion de Macedonia, y los tres hombres, a pesar de las bubas como huevos de pavo de las axilas, mostraban un arrojo del que pocos sanos podrían alardear. Al mismo tiempo, el Rey de los Apestados bramaba órdenes hacia sus filas, que se alineaban en los flancos y en el centro como las huestes de Napoleón el francés. Así, durante un tiempo parecía que la suerte de la batalla se inclinaba hacia el lado de los apestados, más heroicos y más impetuosos.

Los coches fúnebres, sin embargo, idénticos a los carros de combate de la antigüedad, o a los grandes veleros de otra época, con cinco filas de remos, eran ciudades movedizas que a duras penas podían ser destruidas. A una señal de Pasvantoglu I, formaron un círculo para proteger tras ellos a la muchedumbre de enterradores, que se adivinaba a través de las ventanas de cristal, entre las coronas de flores de papel mustias. Desde allí descargaban las escopetas contra la masa indefensa de enfermos, provocando en muchos de ellos un profundo desaliento. Al igual que el gentío de infieles mahometanos en la Meca, los apestados daban vueltas y más vueltas alrededor de los coches, buscando una brecha entre ellos que les permitiera asaltar el interior.

Entre los apestados te encontrabas también tú, al que nuestro relato dejó en Câmpina, mirando con deseo las ventanas de la señorita Stamatina. Habían pasado semanas y meses desde entonces, y te habías convertido en un mozo de quince años, ancho de espaldas, que conocía ya la dulzura de los labios y la dureza de los senos y la humedad pegajosa entre los muslos de las mujeres cuyo olor recordaba siempre a peces de laguna. Los habías descubierto no en los brazos virginales de Stamatina, pues en ella pensabas con devoción como en un hada de los bosques, perdida para siempre, sino aquí y allá, con las criadas de la casa señorial, en la callejuela de Beilic, con las cocineras y las floristas que se habían encariñado contigo, porque a tu lado se sentían mujeres, pero también una especie de madres que, en su lecho sudoroso, atravesadas por el vigor de tu hombría, te acariciaban enternecidas los rizos todavía dorados, de niño, y tus hombros de piel rosada.

A Stamatina la encontraste tres días después de que tuvieras la osadía de merodear, con Ghiuner el tártaro, por la mansión donde se

había refugiado el vaivoda de la amenaza de los rusos. Ghiuner se había marchado aquella misma noche para dormir en el felpudo de la puerta de Tachi Ghica, pues estaba a su servicio, y tú, casi sin comer ni beber, te habías quedado entre los saúcos de la parte trasera de la casa, espiando las ventanas que brillaban bajo la luna. Y la tercera noche, hacia el alba, después de que la doncella te mirara, levantando la cortina de vez en cuando mientras tú permanecías oculto en tu escondrijo de sombras que pugnaban con las luces, viste de repente una aparición de cuento: con tan solo una camisola hasta los pies, con el cabello suelto rodeando sus brazos delgados, Stamatina venía hacia ti por la hierba húmeda. La luna llena la envolvía como un suave capullo de hilos de plata. Te habías puesto en pie, sin poder creerlo, y poco después os encontrabais frente a frente. La joven tenía las mejillas chupadas y grandes ojeras, pero los rasgos de su rostro, sobre todo sus delicadas cejas y los labios graciosamente perfilados, anunciaban la belleza sobrenatural, dolorosa y profunda de aquella que, en unos pocos años, rellenaría su talle y su estatura. Después de varias preguntas a las que, cautivado por su aparición, apenas conseguiste responder sí y no, echasteis a andar juntos, sendero abajo, por el jardín de la mansión, hombro con hombro. Tras varias horas de paseo, hasta el alba, parecía que os conocierais de toda la vida: tú le hablaste del Ghergani de tu infancia, un lugar incomparable sobre la faz de la tierra, donde había comenzado tu historia, sobre tu madre Sofiana, que te relataba cuentos con ángeles que volaban como albatros sobre el Archipiélago heleno, y sobre el tártaro Ghiuner, tu fiel amigo; ella te habló de su padre, el vaivoda Dimitrie Ghica, príncipe de Valaquia, al que amaba indeciblemente y que le permitía de vez en cuando que le arreglara la barba con unas tijeras y le prendiera el cabello en la nuca con hilos de oro y lazos de seda. Al amanecer, Stamatina encontraba siempre en su aposento manzanas doradas, recogidas por el vaivoda en persona, con rocío aún, en el huerto trasero de la casa. La joven tenía también un gato llamado san Gerásimo de Cefalonia, que estaba castrado y era incapaz de pecar. Y muchas más historias y recuerdos, de tal manera que los niños sonreían encantados tanto cuando hablaban como cuando callaban, mirando al suelo, enternecidos por aquellas historias. Pero más allá de las narraciones estaba la magia de las voces, de la noche y de la luna redonda como una bandeja que Stamatina y tú visteis menguar en las noches que siguieron, hasta convertirse en un pedrusco de luz que viajaba por el polvo de estrellas diseminado sobre los jardines señoriales. Diez noches consecutivas salió la damita, con gran sigilo, a pasear contigo por el rocío, y tú, que durante el día comías a salto de mata lo que encontrabas en el mercado, y que dormías en el heno de los establos, caías cada vez más en la red de la inocencia y la gracia de

esa criatura.

Todo siguió así hasta que la décima noche, bajo una media luna como una rodaja de limón que orlaba su rostro dolorido, Stamatina te reveló su secreto penar, la vergüenza que bullía en su pecho desde hacía años y que no había revelado a nadie, pues a duras penas conseguía confesárselo a sí misma. Pero pensaba que ese muchacho extranjero desaparecería enseguida llevándose el secreto que ella no soportaba seguir guardando en su pecho. Desde que había cumplido los siete años, tenía de vez en cuando el mismo sueño, que parecía perfectamente real. Abría los ojos en la oscuridad de su aposento y entonces lo veía: un hombre con enormes ojos ovalados, que brillaba como una esmeralda y, de pie en el rincón más oscuro, la observaba con una mirada de otro mundo. Su rostro no era humano, parecía de una raza lejana, como los pueblos de Escitia o de la India que aparecían en la *Historia de Alixandru Machidon* que le leía de vez en cuando su maestro, el honrado Hrisante Condeieru. Stamatina estaba poseída, eso quedaba fuera de toda duda, y esa ¡dea la hacía temblar con un temor incontrolable. El desconocido se acercaba a su cama y ella no podía escapar, pues su cuerpo no la obedecía ya, estaba flácido e indefenso como el de los enclenques a las puertas de las iglesias. El hombre de esmeralda extendía la mano hacia su cuerpo y ella se incorporaba lentamente de las mantas, flotando entre el suelo y el techo de la estancia, con las sábanas colgando hacia el diván; salía luego suavemente por las ventanas, acompañada del Silfo, y se elevaba al cielo, surcando los vientos y el frescor de la noche. Allí arriba, en la ciudad flotante de las nubes, sucedían acontecimientos que nunca recordaba, pero por las mañanas se despertaba agotada y ojerosa, y se sentía carente de energía hasta la noche; esa languidez entristecía sus días y esto ocurría, además, cada semana. Su padre había hecho llamar a la cabecera de su cama a doctores y a viejas conocedoras de hierbas, pero nada había funcionado. Una vez contraído el Silfo, él te seguiría noche tras noche, durante meses y años, adondequiera que fueras. De su maldición no podías esconderte ni en los agujeros de las culebras ni en el fondo de las aguas, pues él no venía del mundo, sino de la secreta puerta del sueño que todos los mortales tienen abierta en el cráneo. La muchacha conocía su destino y lo asumía resignada: sería toda la vida una lisiada espiritual, como otras jóvenes son lisiadas de una pierna o de una mano.

—¡Te protegeré, me enfrentaré a ese dragón con mis propias manos! —le gritaste ahogado, tomando su mano, pero ella la retiró de tus dedos.

Todo era en vano, te dijo, pues al día siguiente su padre huiría con toda su corte al otro lado de las montañas, a Brașov, y naturalmente la llevaría con él, y desde allí a Bécs, para esconderse de los nuevos

señores de Valaquia, los rusos, que se habían enterado de que Dimitrie conspiraba con los turcos en su contra. Así que sus vagabundeos nocturnos tocaban a su fin, pues todo llega a su fin en este mundo. Stamatina te miró luego de frente y la mirada de sus ojos castaños no la olvidarías jamás, porque la buscarías después en el rostro de todas las mujeres amadas, sin llegar a encontrarla hasta que fuera ya demasiado tarde. Sacó luego de su pecho un cuadrito ovalado con su rostro y te lo ofreció, «para que no me olvides», y tú quisiste morir allí mismo, ante ella, arrebatado de amor. Al final del sendero hacia su ventana, Stamatina tomó tu mano y acercó su rostro con los labios entreabiertos hacia tu cara con unos pocos pelillos en la barbilla, pero enseguida se contuvo.

—¡Búscame! —te dijo en cambio, contemplándote con tristeza—. ¡No cejes hasta encontrarme! Ve hasta los confines del mundo, rompe noventa y nueve zapatos de hierro y un cayado de hierro en tu viaje por los mares y los continentes.

Sus ojos brillaban febriles, sus dedos se clavaban en tu palma. Antes de que reunieras el valor de abrazarla, la joven desapareció por la puerta y te quedaste solo bajo la hoz de la luna, que descendía por la loma de las lejanas colinas.

Hacia el amanecer te sorprendieron los albaneses, pues no te habías escondido entre los saúcos: todo te daba igual. Sin la hija del vaivoda no tenías motivos para vivir. Te molieron a palos y te arrojaron al corral que hacía las veces de cárcel. El vaivoda y su corte estaban a punto de partir, en la mansión y en el patio había un ajetreo enloquecido de capataces y criados que acarreaban el ajuar del señor, apretaban las cinchas de las sillas, rugían órdenes a los sucios gañanes que preparaban la calesa, se apresuraban hacia la cocina con tres o cuatro gallinas en cada mano, sujetas por las patas, cabeza abajo, miraban atónitos a los albaneses del señor, unos mastuerzos corpulentos, tocados con un fez rojo, con cinturones de dos palmos llenos de pistolas y puñales y con fustanelas hasta las rodillas, que custodiaban día y noche la puerta de la mansión. Ellos te sacaron magullado, con la cara y la camisa llenas de sangre, y te llevaron ante el vaivoda, que descansaba recostado, fumando en pipa, en el diván cubierto de cojines bordados con flores y pavos reales. En cuanto te vio, y aprovechando la ocasión —esto es, que te habían atrapado en la corte señorial, bajo las ventanas de su única hija—, el vaivoda, un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno, con una barba pelirroja sin canas todavía y el *calpac* como un globo grande en la cabeza, se puso en pie de un salto y empezó a azotarte con la pipa por donde atinaba, gritando como un loco y maldiciéndote por todos los santos, unas veces en rumano, otras en griego, hasta que al final se quitó la babucha y te golpeó en la boca. Más adelante, resollando y

acalorado con su gruesa túnica de cachemir, se dejó caer agotado en el diván, llevándose la mano llena de anillos al corazón. Solo entonces te preguntó quién eras, a quién servías y cómo habías osado merodear por su corte, pretendiendo a su hija. Y te habría lisiado para siempre, golpeándote las plantas de los pies con el palo de ocho aristas, y tal vez te habría cortado incluso la nariz y las orejas, como había sucedido ya en otras ocasiones, si no hubiera velado junto al príncipe el agá de Bucarest, *kir* Iancu, que te reconoció incluso en tal estado, con sangre manando de la nariz, pues ¿quién habría podido olvidar el belén de Sălcuța, cuando Petrache, Ghiuner y tú os juntasteis en el claro del bosque con los bandoleros?

El agá cumplió la orden del vaivoda de darles una lección a todos los fisgones y muertos de hambre a través de tu ejemplo: te golpeó en los pies y te soltó luego en el pueblo, a lomos de un burro, con la cabeza mirando a la cola. Él mismo te agarró de una oreja y te arrastró consigo, abofeteándote para no levantar sospechas, hasta que te sacó del campo de visión de los señores y te dejó escapar. Te confió luego a los albaneses, que te condujeron al bosque por caminos desconocidos para que te reunieras con Jianu y siguieras la vida del pillaje. Solo que los bandoleros no te aceptaron entonces, pues eras un mocoso, sino que te dejaron zascandilear un par de años más por las callejuelas tortuosas de Bucarest, para espanto de las doncellas casaderas, de los ciudadanos decentes a los que bautizabas con pintorescos motes e insultos, y sobre todo de los judíos, que no podían escapar de tus trastadas, pues los acosabas con toda clase de bromas insensatas y te reías de sus caftanes y sus tirabuzones. Aprendiste de otros golfos a arruinar sus reuniones con las obscenidades y las travesuras del descerebrado que eras, pasando a la carrera bajo el ataúd cuando celebraban algún entierro o levantándoles la kipá de la coronilla con una caña, de tal manera que los judíos te habían denunciado varias veces ante los señores. Pero ¿quién iba a hacerles caso cuando eras amigo del alma del mismísimo agá?

Con esas vilezas te pasabas los días, suspirando por Stamatina, pero cabalgando al mismo tiempo a incontables mujeres, sin diferenciar si eran guapas o feas, rumanas o gitanas, mozas sin apenas tetas o rameras hechas y derechas, hasta que la peste se derramó en la ciudad y te arruinó la diversión, pues tus camaradas caían como moscas y solo había gemidos y gritos de desesperación allá donde fueras. Hasta que la enfermedad te golpeó también a ti con unas bubas en las axilas y creíste que tu suerte estaba echada. Y ciertamente estuviste a punto de morir joven y mancebo, no tanto por la peste cuanto por culpa de los enterradores, que provocaban más muertes que la enfermedad, pues cuando irrumpían en las casas no quedaba enfermo que no fuera arrebatado a los suyos y arrojado a los campos

helados, mujeres que no fueran violadas, cofres que no fueran robados o iconos sobre los que no escupieran.

Cuando repararon en ti, yacías en el suelo con los ojos en blanco, hinchado y negro, y los enterradores pensaron que habías entregado tu alma y te sacaron fuera, al frío del invierno, en camisa, para cargarte en el carro de los muertos, sobre una pila de cuerpos morados y apestosos. Te despertaste en el campo bajo el cielo de enero, de cristal gris, del que caían unos copos dispersos y perezosos. Apartaste a la muerta que estaba sobre ti y que te había dado un poco de calor y te viste rodeado de cuervos y cornejas que codiciaban tus ojos. El viento del norte te mordía con más fuerza que la peste. Habrías perecido allí, en el descampado de los muertos, si no te hubieran avistado, agitándote todavía, las monjas que hacían el bien en el hospital de Santa Venera en el arrabal de la Noria; ellas te arrancaron de entre los cadáveres, te envolvieron en mantas y te acarrearon, entre cuatro, hasta el monasterio, te cuidaron las bubas y la fiebre poniéndote *mămăliga* ardiente en el pecho, dándote con cucharilla sopa de pollo en la que habían batido unos jirones de huevo hasta que la enfermedad remitió. Al cabo de una semana eras capaz de tenerte en pie y solo querías vengarte de los crueles enterradores que a punto estuvieron de matarte. De esa manera, la mañana del 9 de enero, consignado desde entonces en los anales como día de la victoria, te encontrabas en el bando de los apestados en el fragor de la batalla.

Los coches fúnebres dispuestos en círculo, tras los cuales unos sepultureros escondidos vaciaban sus escopetas contra la muchedumbre de apestados, parecían invencibles, y el relincho de los caballos enmascarados, con penachos en la frente y gualdrapas negras de brocado en el espinazo, ponía los pelos de punta a cualquier cristiano como si fuera la voz de un basilisco. De vez en cuando, un coche fúnebre se echaba a un lado para permitir que un grupo de enterradores saliera en tromba, causando bajas entre los enfermos con sus azadas afiladas como navajas. Los sesos formaban charcos pegajosos en el suelo duro como el hierro, y la sangre hasta los tobillos emanaba vapor como en el matadero. Hacia el mediodía, la balanza de la batalla se inclinaba de nuevo hacia el bando de los enterradores, sobre todo porque, después de quedarse al margen durante varias horas para ver quién era más fuerte, los curas con sus barbas por la cintura y los grandes doctores se unieron a ellos y se colocaron detrás de los coches de ébano magistralmente tallado. Los popes luchaban con unos enormes Libros de Horas, encuadernados en piel dura como el hierro y repujada con piedras de ópalo: ¡ay del que recibiera en el nombre del Padre un golpe con semejante breviario o misal! Llevaban también en las manos los grandes candelabros que iluminaban las iglesias y los incensarios repletos de incienso, que

agitaban como si fueran mazas. Y los doctores tenían jeringuillas para caballos y vacas, con agujas de medio metro llenas de salsa de ajo, y tenazas con las que sacaban muelas en los tenderetes de los barberos, armas de guerra muy temidas porque los inyectados con el ajo morían de dolor al instante, y los atacados con tenazas perdían dedos y labios y quedaban desfigurados de por vida.

A una señal de Pasvantoglu I, los coches fúnebres rompieron el círculo y formaron de nuevo una sola fila, avanzando despacio por el campo brumoso, sobre el que había empezado a nevar, y arrinconando cada vez más hacia los márgenes a los desgraciados bubosos, que caían segados por decenas para engrosar los montones de cadáveres desperdigados por todas partes. En vano realizaban los soldados de *kir* Mărgărit hazañas asombrosas, en vano golpeaban con palos los mendigos las cabezas de los caballos y las ruedas de los coches fúnebres: los apestados parecían perdidos y de la muchedumbre se elevaban gritos lastimosos. Con las faldas levantadas, mostrando sus vergüenzas cubiertas de vello rizado, Gherghina los paralizaba como una gorgona, y los demás, los hombres de Veliko, la seguían con grandes horcas, muy útiles para destripar al enemigo. Por la parte izquierda, los jorobados, los leprosos y los locos resistían aún, pero a duras penas, la embestida impetuosa de los sepultureros. La derecha, sin embargo, estaba perdida, pues allí el propio Nae Pasvantoglu había derribado a Caraion, le había mordido salvajemente el cuello y se reía con la barba y los bigotes ensangrentados.

El ocaso, que caía temprano en el mes de enero, empezó a envolver la batalla, haciendo que su estruendo se amortiguara. Coronado con dientes de perro, el Rey de los Sepultureros dominaba ahora todo el campo; solo una cuarta parte de la banda de apestados quedaba todavía en pie, acorralados por los carruajes, a la espera de la muerte. Tú seguías luchando entre sus filas, con uñas y dientes, insuflándote valor de vez en cuando con el retrato de Stamatina, que sacabas del pecho para mirarlo con cariño. Pero habías perdido la esperanza y ya te estabas despidiendo de aquel mundo vil y traicionero que acababa contigo antes de tiempo, pues no tenías más que quince años. Y verdaderamente ese habría sido tu final de no ser porque, de repente, gracias a nuestra voluntad, se produjo un milagro del cielo.

Pues desde la ermita situada en las cercanías apareció entre la niebla rosada del crepúsculo un grupo de monjas que llevaban consigo algo que derramaba sobre la batalla una luz intensa y sobrenatural. Era el icono milagroso de santa Venera de Ohrid, la de los pechos amputados y paseados por ella misma en una bandeja de plata, un icono alabado por las mujeres, que, cuando le rezaban, se quedaban preñadas, y por los ciegos, muchos de los cuales recuperaban la vista. La santa reliquia era la última esperanza de los desesperados, y he

aquí que ahora venía en su auxilio con unos poderes que no eran de este mundo. Pues en cuanto lo rozaba esa luz celestial, cada cadáver del campo resucitaba, se ponía en pie y se colocaba tras los pendones negros de los apestados. Se levantaban por centenares y por millares del campo helado, un nuevo ejército, descansado, invicto, jurando su fidelidad al rey Mărgărit y a sus camorristas y sumándose de inmediato a la batalla. Al verlos, se animaron todos los del bando de los apestados, las putas y los tullidos, los borrachos y los leprosos, los malvados y los piadosos, y se abalanzaron con renovado ímpetu y gritos atronadores contra los opresores.

Vasile el guarnicionero, un hombre que, en la revuelta del arrabal de los Peines, había quedado marcado con un terrible corte que le recorría el rostro desde los ojos hasta los labios, se puso al frente de los cadáveres y, avanzando hasta los primeros coches fúnebres, prendió con la mecha las pesadas gualdrapas que cubrían los caballos enmascarados, de tal manera que estos se encabritaron, relinchando salvajemente con las crines en llamas, y echaron a correr volcando los carros, que se hacían añicos en el campo. Nada quedaba de ellos, ni de los caballos, ni de los cocheros del pescante, y poco después, en la luz roja del ocaso atravesado por disparos desatinados y con una niebla que no dejaba ver nada, los cadáveres verdes y morados, con los ojos picoteados por los cuervos y escurridos por las mejillas, se adueñaron de la parte central del campo nevado, la más anhelada por el general Mărgărit. Allí donde volcaba un carruaje, se arremolinaban los camorristas para atrapar al cochero y hacerlo pedazos. Uno tras otro, los enterradores y sepultureros eran cazados como los osos sacados en invierno de su madriguera y masacrados entre indescriptibles tormentos. Más codiciados eran los dirigentes, cuyas cabezas tenían precio, pero algunos se habían escondido bajo las pilas de muertos y otros en el refugio de los últimos combatientes, en un intento de salir con vida. Fue en vano, sin embargo, pues incluso los doctores, pinchados en las nalgas con sus propias agujas y destrozados con las terribles tenazas, y los popes, con las barbas arrancadas pelo a pelo, así como el vello del pecho y de los sobacos, y los oficiales más importantes, todos caían muertos uno tras otro y, si se arrodillaban para pedir piedad, no la obtenían, porque venía alguna mujer apestada y les mencionaba a sus hijos asesinados y humillados en casa, y sus cabezas rodaban al momento, manchando de sangre la fina capa de nieve.

Veliko el Desdentado, así llamado porque tenía solo dos colmillos amarillentos bajo el labio superior, como los jabalíes —los otros se le habían caído por la vejez—, había buscado refugio, al ver el desastre, en el cementerio que rodeaba la ermita, pero fue un error, porque precisamente allí tenía lugar una boda de perros, unas fieras con las

tripas pegadas al espinazo por el hambre, muertos de frío, unos veinte o treinta, que en cuanto lo vieron lo atacaron rabiosos, con el pecho chorreante de babas, lo destrozaron en un abrir y cerrar de ojos y lo royeron con sus dientes hasta que de él no quedó más que el cráneo y los extremos de los huesos. Los apestados, que lo buscaban por otros lugares, lo reconocieron más adelante solo gracias a sus ropas oscuras, con sangre púrpura coagulada en ellas, rígidas por el frío. Mejor suerte tuvo Gherghina: al ser mujer, no se fijaron en ella los apestados y la dejaron en manos de los cadáveres, los cuales, aunque muertos, tenían ciertas zonas del bajo vientre terriblemente vivas. Cuando los despojos le echaron mano, la llevaron a un corral, de donde salió al día siguiente, desgreñada y enloquecida, tal y como viviría luego años y años, hasta que la vejez y las enfermedades acabaron con ella.

La presa más deseada del campo de batalla, ahora por completo en manos de los apestados y de sus camaradas, era el Rey de los Sepultureros, el culpable de la pérdida de tantas vidas, el famoso Pasvantoglu, que en la huida había perdido su corona. Mientras los mendigos y los tullidos lo buscaban entre los jirones de niebla, la nieve arreció tanto que a duras penas podías atravesarla. Los apestados —muchos habían espabilado en el fragor de la batalla que había puesto su sangre en movimiento— lo buscaban por los márgenes del arrabal, entre las rameras, mientras tú y Caraion de Macedonia, resucitado de entre los muertos y sediento de venganza, inspeccionabais la mansión abandonada desde donde Nae había contemplado su ejército al alba, convencidos de que solo podía encontrarse allí.

La mansión se alzaba esbelta en la oscuridad. Oleadas y oleadas de avispas negras y bandadas de cuervos revoloteaban a su alrededor. Os adentrasteis en sus entrañas, siguiendo los pasillos oscuros, putrefactos y llenos de setas que crecían, escuálidas, en las paredes; penetrasteis en estancias con las ventanas cubiertas por tablones claveteados, subisteis escaleras en las que faltaban escalones y a punto estuvisteis de caer desde los pisos superiores. Te dolía la mano derecha, la que blandía la espada, por todos los cuerpos masacrados ese día. Encontrasteis estancias llenas de vejestorios que rezaban de rodillas y estancias con señoritas que os miraban tímidamente tras sus abanicos, estancias ocupadas hasta el techo por un gran racimo de uvas con granos transparentes del tamaño de melones y estancias que conducían al reino de las hadas. No os detuvisteis en ninguna, ya que teníais que arrancar el mal de raíz.

Al subir al desván, que era tan grande como una iglesia principesca, lo encontrasteis lleno de telarañas, unos ovillos terribles a través de los cuales no se podía pasar, más densos que cualquier tejido. Y en sus agujeros acechaban miles y miles de arañas de patas

negras, por cuyos colmillos curvos como puñales se escurría el veneno. Os abristeis camino, intrépidos, con las espadas, hasta el centro del desván, donde disteis con un gran capullo como de seda en el que se debatía algo vivo. Al abrirlo, sacasteis a Pasvantoglu, que se había meado encima y tiritaba, pues había estado a punto de convertirse en festín de las arañas; lo arrastrasteis del pelo hasta el torreón y se lo mostrasteis al ejército de abajo, que estalló en gritos de victoria. Caraion, cuyo cuello había mordido solo tres horas antes y al que le había arrebatado la vida, lo agarró de los pies y lo lanzó desde lo alto; cayó cabeza abajo sobre la tierra dura como el hierro y sus sesos se desparramaron. Y así acabó el infame, como muestra de la justicia divina que vela por todo. Por la noche se encendieron incontables hogueras y arrancó un baile de victoria en cuyo círculo participaron todos los héroes, enteros o tullidos, vivos o muertos, hombres o mujeres, que desde entonces fueron libres y felices cada uno en su casa.

Tras año y medio de peste, Bucarest se encontraba como tras un gran terremoto. En los arrabales, enormes fosas se habían llenado de cadáveres, y las trescientas iglesias no daban abasto con las misas por el alma de los difuntos. Las casas señoriales, inhabitadas —los boyardos se habían refugiado en las aldeas—, se habían deteriorado y se veían torcidas. Las callejuelas estaban desiertas. Las cometas, que en otra época fueron el orgullo y la fama de la ciudad, habían caído del cielo y cubrían ahora los huertos y las chabolas de los arrabales con sus telas teñidas, los aldeanos las habían recortado para hacerles faldas a sus mujeres. Poco después, sin embargo, la peste fue cediendo y desapareció hacia la primavera; los carniceros, los tapizadores, los ropavejeros, los pasamaneros, los guarnicioneros, los cordeleros, los tejedores, los vendedores de *braga*, de *salep*, de yogur, los aguadores, las rameras, las floristas y las costureras retomaron de nuevo los utensilios de la vida cotidiana que les ponían el pan sobre la mesa; los albañiles empezaron a construir y los carpinteros a cepillar; los enchapadores colocaron chapa nueva en las torres de las iglesias, y así las huellas de la catástrofe fueron borrándose poco a poco, y el verano de 1834 trajo paz y abundancia a los salones de los nobles boyardos y a las casas de los comerciantes, como si la enfermedad hubiera sido tan solo un mal sueño. Y se celebraron más bodas y bautizos que antes.

De vuelta en la mansión del señor Tachi, retomaste tu labor de responsable de los narguiles y pasaste el año siguiente zanganeando y holgando, entre tretas y travesuras, hasta que, cumplidos los dieciséis, te aceptaron los bandidos de Jianu entre sus filas.

18

«Me ha despertado mi madre a las seis de la mañana —escribió aquel día Victoria en su diario, sentada ante su escritorio con incrustaciones de madera de palo de rosa— para decirme que el arzobispo de Canterbury y lord Conyngham estaban aquí y que querían verme. Me he levantado y me he dirigido a mi gabinete (en camisón) *sola*, y me he reunido con ellos. Lord Conyngham me ha hecho saber entonces que mi pobre tío, el Rey, se había ido, que había entregado su alma a las dos horas y doce minutos de la madrugada, y que, en consecuencia, yo soy la *Reina.*» Acababa de cumplir dieciocho años y no sabía, seguramente, que el primer ministro, lord Melbourne, que la amaba como a la hija que no había tenido, pues era un viudo sin hijos, había planeado mucho tiempo atrás su coronación tras la muerte de Guillermo IV. Afortunadamente, no se aplicaba la ley sálica en el Reino Unido de la Gran Bretaña, como era el caso en el reino de Hannover, a cuya corona Alexandrina Victoria, aunque pertenecía a la casa de Hannover, no podía aspirar por ser mujer. Victoria nunca se había hecho ilusiones: las perspectivas de convertirse en reina eran en el mejor de los casos muy remotas y, a decir verdad, tampoco le interesaba demasiado. Su carácter era anodino, sin chispa, y, sin ser fea, su cuerpo carecía de encanto. Había tenido una infancia triste y una adolescencia enfermiza, al igual que la mayoría de las señoritas de su época, avergonzadas de la vida del cuerpo, y se sentía inclinada a la lectura de novelas satíricas, a la pintura y la escritura. Le gustaba pintar su retrato, sin el menor esfuerzo por idealizarlo, pues tampoco aquí se hacía ilusiones. Unos bucles castaños enmarcaban unas sienes bien dibujadas y unas mandíbulas demasiado redondeadas. Ojos fríos, separados, que te miraban directamente a los ojos sin verte, una nariz un poco grande, una boca pequeña pero con un cierto rictus decidido, una barbilla prominente… Una joven con los pies en la tierra, directa, sin rastro de dulzura ni languidez, le devolvía la mirada en cada autorretrato. En pleno furor romántico, Victoria veía las cosas tal y como eran. Estaba hecha para gobernar el mundo, como una jugadora de ajedrez inclinada sobre su tablero, con una ecuanimidad que incluso Marco Aurelio y Epicteto habrían envidiado.

La ceremonia de coronación tuvo lugar un jueves, el 28 de junio

del año de gracia de 1838, en la abadía de Westminster, ante un Londres entusiasta, abarrotado por los cuatrocientos mil visitantes llegados de todo el imperio en los nuevos trenes, en las líneas ferroviarias que habían comenzado a extenderse por los campos y los pastos de la todavía rústica Inglaterra. Estuvieron las calles atestadas de gente, hubo procesiones infinitas, quermeses en los jardines públicos, elegantes carruajes bloqueados entre la muchedumbre que se divertía, bailes improvisados alrededor de las fanfarrias, fuegos artificiales al anochecer y bullicio desenfrenado en las tabernas, pues hizo un tiempo excepcionalmente espléndido, un buen presagio de las décadas que estaban por venir. En Hyde Park se elevó un globo enorme lleno de aire caliente, desde cuya barquilla el capitán de artillería John Farewell, que registraría más adelante todo en sus memorias, pudo ver Londres entero de fiesta, con el gigantesco parque de atracciones de Hyde Park dominado por la noria grande. Vio el cortejo de la reina procedente del palacio de Buckingham camino de la catedral, el Támesis lleno de puentes brillando bajo el sol e incluso, mirando en dirección a Bloomsbury, anotó en su diario que le pareció reconocer a Charles Dickens caminando con su paso rápido por Doughty Street hacia su casa, meditando sobre las hazañas de Nicholas Nickleby, acerca del cual estaba precisamente escribiendo (aunque el hecho de que pudiera haber distinguido al famoso escritor entre el gentío fue siempre puesto en tela de juicio por los críticos del capitán). En la enorme curvatura del globo estaba pintado, naturalmente, el rostro de la joven reina, que portaba ya en la cabeza la corona del Estado, dibujada con primor, con sus enormes perlas y deslumbrantes piedras preciosas. Los ropajes de la ceremonia, sin embargo, puesto que no eran conocidos de antemano por el pintor, aunque suntuosos, eran ficticios: una blusa de cuello alto de encaje de los Países Bajos, un vestido nacarado-rosado y una cola ultramar que hacía aguas moradas. La fiesta en las calles duró cuatro días y le costó al Estado un cuarto de millón de libras, la mitad, sin embargo, de lo que había costado la coronación anterior, porque por más que lord Melbourne albergara sentimientos paternales hacia la joven reina, como hombre de Estado era austero y muy celoso en su espíritu de ahorro, así que le negó a Victoria el banquete del que habían disfrutado hasta entonces todas las coronaciones y le ofreció tan solo una «coronación de calderilla», como se quejaría más adelante la propia reina.

La ceremonia en sí emocionó a la joven de ojos grises, pero no hasta lo más profundo de su alma. Durante cinco horas interminables, en las que se cambió dos veces de atuendo y se vio implicada en toda clase de menudos y estúpidos incidentes —el anciano lord Rolle rodó por la escaleras y la reina tuvo que dejarlo todo para levantarlo,

consolarlo y enviarlo a casa; los músicos interpretaron antiguas piezas de Haendel en lugar de un himno expresamente creado para el gran acontecimiento; dos veces tuvo que hacer sus necesidades y encaramarse, levantándose con mucha dificultad el miriñaque, al barreñito especial para semejantes circunstancias instalado tras unos cortinajes en la catedral, y hubo finalmente algunos momentos en los que nadie sabía, por falta de ensayo, qué venía a continuación —.Victoria representó su papel con paciencia, abrumada por la colosal capa púrpura que tuvo que llevar a la abadía de Westminster sobre el vestido de satén blanco con bordados de oro y por la corona también pesada, aunque especialmente elaborada para su cabeza, además del vestido que vistió después de la coronación, cuando la capa púrpura fue sustituida por una blanca, orlada de encajes.

La corona del Estado era obra de los plateros y joyeros de la casa Rundell, Bridge & Co. y había sido especialmente fabricada para la coronación de Victoria, pues la antigua, la del rey recién fallecido, resultó demasiado pesada para su delicado cuello. Era de terciopelo azul y láminas de plata, con 3093 piedras preciosas incrustadas, entre las que se distinguía desde lejos, acariciado por los rayos diáfanos de luz que caían por los vitrales en la nave oscura, el rubí del tamaño de un huevo de paloma del Príncipe Negro, colocado sobre la banda de armiño que lo separaba del inmenso diamante Cullinan. El zafiro octogonal de san Eduardo, del color de los ojos de la joven, brillaba también en un lugar de honor en la punta de la corona. A pesar de su aspecto venerable, la corona le recordaba a la joven, criada en un ambiente moderno, una curiosa mezcla de instrumento médico y aparato de tortura. Deseaba tan fervientemente librarse de aquellos dos kilos de plata, terciopelo y piedras preciosas que, a la vuelta, cuando se la retiraron de la cabeza y le colocaron la modesta Diadema del Estado de Jorge IV, con sus 1333 diamantes y la hilera de perlas pescadas en el mar de Ceilán, le pareció como llevar una coronița de papel.

En el retrato pintado por Sir George Hayter en una lámina de cobre esmaltada, poco después de la ceremonia, la reina luce la pesada corona con dudosa gracia, sonriendo a la fuerza y mirando confiada hacia el horizonte, una imagen impuesta por el artista, poco adaptada a su carácter y que la joven debió de despreciar. Su cintura está tan ceñida por el corsé, y atada además despiadadamente con un cordón de oro, que es imposible no sentir pena por la joven criatura sometida a semejante tortura absurda. Debido a ese talle exageradamente estrecho, el pecho y el cuello de la reina, desnudos y blancos, parecen desagradablemente hinchados. Sus hombros están envueltos en una tela de oro orlada de flecos, y su delicada mano, con anillos en los dedos, sujeta el cetro como una lanza. Todo el retrato parece uno de

esos paneles pintados que se podían encontrar entonces en las ferias y los festejos, con un óvalo cortado justo en el rostro de un personaje histórico, Juana de Arco o María Antonieta, donde alguna paseante introducía la cabeza para divertir a su novio.

Desde ese día solemne, Victoria conquistó la esfera terrestre, casi en su totalidad, con sus continentes boscosos atravesados por ferrocarriles, con las Indias de Oriente y de Occidente, con mares de esmeralda llenos de veleros y de los primeros barcos de vapor de las compañías británicas, y con ciudades cargadas del esplendor de grandes edificios ricamente adornados, sujetándola con firmeza durante sesenta y tres años, tal y como había sujetado, durante la ceremonia de coronación, la esfera de cristal en su mano izquierda, que le aplastaba las líneas de la vida, del destino, de la cabeza y del corazón, al igual que los montes de Mercurio, Apolo y Saturno y Júpiter en la base de sus dedos nacarados. Pero a lo largo de toda su vida, en la que su rostro poco agraciado adquirió enseguida los rasgos de la esposa de un comerciante y, más adelante, los de una abuela con un bonete que la protegía de las corrientes y la humedad de los inviernos londinenses, la reina albergó en su interior a la joven que a los dieciséis años se pintaba un retrato fiel y sin ilusiones, con una nariz un poco más grande de la cuenta y una barbilla testarudamente inclinada hacia el pecho; la joven que no recordaba jamás un sueño, si es que en algún momento soñaba, y para la que el mundo era lo que se ve aquí y ahora.

Entre los hombres del Imperio que, desperdigados con sus tareas por los cinco continentes, no habían podido asistir a la coronación, aunque habrían dado su pellejo por estar en Londres aquellos días fastuosos, se encontraba también el barón sir Howard Douglas, por aquel entonces general mayor de la marina británica, abrumado, a la edad de jubilarse, con la pomposa pero dudosa dignidad de ser el gobernador general del protectorado británico de los Estados Unidos de las Islas Jónicas, una tarea que amargaba sus días. Exiliado desde hacía tres años en el Mediterráneo, intentaba alcanzar unos equilibrios desesperados entre las facciones políticas y religiosas de las siete islas grandes que tenía a su mando, además de una infinidad de islas más pequeñas, apenas habitadas o totalmente yermas; se debatía con las sutilezas de las alianzas y las discordias entre jefes locales que lo exasperaban, con unos dignatarios brutales y sucios, con unos popes arrogantes con barbas hasta la cintura y cruces torcidas en el pecho. ¡Qué regalo envenenado había recibido el reino de Gran Bretaña en 1815, tras la Paz de París, cuando se hizo con esas islas bárbaras que ni bajo los venecianos, ni bajo los franceses, ni bajo los turcos, ni bajo los rusos habían mostrado en el pasado deseo alguno de vivir juntas,

ni obediencia o anhelo alguno de civilización! Islas rocosas con olivos y vides, mujeres con rostro de hombre y hombres que parecían bandidos, iglesias y ermitas encaladas en blanco y azul encaramadas en riscos de piedra, higueras cuyos frutos se doblaban sobre el mar y, además, el asalto continuo, imparable, día tras día, oleada tras oleada, de los piratas: eso era para lord Douglas el territorio de este le había escupido directamente a los ojos, y él, ciego y asqueado, había tenido que limpiarse con un pañuelo. Y si los *palicari* que lo sujetaban no hubieran estado atentos, aquella bestia melenuda le habría mordido la nariz o las mejillas y habría escupido al suelo los trozos de carne sanguinolenta, como se había visto ya en circunstancias semejantes. Asistió aquella misma tarde a su ahorcamiento en la plaza central, delante de la catedral de san Espiridión, impresionado, al igual que los demás observadores, por el monstruoso cipote que, en los estertores de la muerte, se le había empinado en los pantalones andrajosos, provocando que muchas mujeres del público se desmayaran en brazos de los de alrededor.

Sin embargo, al gobernador no le interesaban ahora los recuerdos ni el velero de la botella, en el que reconoció el clíper *Water Witch*, que traía opio de China. Dos horas antes había recibido una noticia que lo había paralizado. Tres años atrás, recién llegado a su nueva residencia en Corfú, una ciudad que le pareció excavada en un trozo compacto de luz mediterránea, tan brillante que solo podías soportarla con los ojos entornados, el gobernador fue informado del sistema de comunicación rápido entre las islas, un método pintoresco y exótico (y un poco ridículo para la imaginación ingenieril del oficial) que consistía en un gran palomar lleno de giros de colas ásperas, de arrullos suaves, de ojos rojos y de gallinazas de olor acre, situado justamente en el patio interior, cuadrado, de la residencia. Las palomas mensajeras, con el cuerpo cubierto por pequeñas capas de tela de colores diferentes según la isla de donde traían noticias, eran enviadas en velero, en cajas cerradas, hasta la isla en cuestión, desde donde hacían una vez por semana el vuelo de regreso con un mensaje colgado de las patas. Era el medio más rápido para transmitir noticias a la administración central de los Estados Unidos de las Siete Islas. El sistema, puesto a punto por el gobernador precedente, un gran colombófilo escocés que albergaba en el palomar, además de las mensajeras, toda clase de razas —tórtolas, malteses, palomas king, canarios roller, palomas strasser de dos colores, ratoneros con colas como de encaje o aves de Taganrog de cuerpo blanco y alas de un bello marrón rojizo—, funcionaba satisfactoriamente y sir Douglas recibía regularmente noticias desde todos los confines de su territorio marino.

Solo que la zona sur quedaba sin cubrir, porque en la pequeña isla

de Anticitera tenían sus nidos los famosos halcones de Eleonora, una raza rara y muy solicitada para la caza con halcón en Inglaterra, de modo que las palomas no podían sobrevolar la isla y tampoco la más cercana y extensa de Citera, atacada a menudo por las diferentes bandas de piratas del mar Jónico. Los halcones —unos treinta o cuarenta nidos que albergaban casi cien aves de presa— habían matado hasta entonces todas las palomas mensajeras enviadas con notas colgadas de las patas a la capital de la confederación peninsular. Citera y Anticitera seguían siendo, así pues, una mancha ciega en el mapa del gobernador, uno de los principales fastidios de ese cargo del que solo aspiraba a librarse.

Una mente inquieta y ávida de novedades, sir Douglas había probado varias soluciones para remediar aquel inconveniente. Durante una temporada había mantenido correspondencia con el pintor americano Samuel Morse, famoso no solo por su sombrío *Hércules moribundo*, un manifiesto artístico y político que se encontraba entonces en la pinacoteca de Yale, sino también, y mucho más, en calidad de inventor en el novísimo ámbito del electromagnetismo. Había patentado el telégrafo eléctrico cuatro años antes, y la perspectiva de obtener información instantánea desde lugares lejanos, gracias a un solo cable de cobre, prometía cambiar en los años venideros el rostro del siglo, al igual que las líneas de ferrocarril, los barcos de vapor y otros inventos que el vapor y la electricidad habían hecho posibles, portentos burgueses que poco después dejarían de asombrar a la gente. Por desgracia —le había escrito el americano—, su telégrafo, el más perfeccionado del mundo en aquel momento, no había conseguido enviar señales más allá de dos millas, la distancia a la que, en la primera demostración pública desde Morristown, Nueva Jersey, Morse había transmitido el mensaje «Con paciencia cruzas incluso el mar» utilizando el código de puntos y rayas inventado por él mismo. Pero un hilo de cobre de doscientas ochenta y siete millas de longitud, aislado con resina especial y extendido en el fondo del mar para unir las islas de Corfú y Citera, solo podría haberlo soñado entonces Julio Verne, el profeta del progreso sin límites, de no ser porque aún era, aquel año de la coronación de Victoria, un simple chiquillo de diez años que miraba soñador los veleros que cruzaban el río Loira delante del pueblo de Chantenay, donde pasaba las vacaciones de verano.

Eso explica que lord Douglas descubriera los incidentes de Anticitera una semana después de que la pequeña isla de la federación fuera atacada, saqueada y reivindicada como territorio independiente por los piratas de Theodoros, uno de los cabecillas más buscados por las naves inglesas, tanto en el Archipiélago como en el mar Jónico. Los piratas contaban con munición pesada, pues poseían dos goletas con

cañones capturadas los últimos años, pero utilizaban asimismo una multitud de barcos más pequeños y barcas de una sola vela, sorprendentemente manejables, con las que abordaban y saqueaban incluso barcos comerciales de dimensiones respetables. Las últimas estimaciones en manos del gobernador calculaban más de cincuenta piratas, hombres y mujeres, igualmente los vecinos, tomando *retsina* y charlando, sin que algún viejo músico, descendiente de los rapsodas de la Antigüedad, entonara, entre suspiros y con voz temblorosa, una antigua canción sobre las hazañas de Limberakis Gerakaris, Petros Lanzas o Leo de Trípoli, que se habían atrevido en otra época a enfrentarse incluso a los venecianos y robarles a las mujeres que, enamoradas de los gallardos bandidos, no querían regresar a sus palacios después del rescate.

Pero lo que venía a continuación era mucho más grave. Aquel Theodoros, antiguo súbdito valaco, por lo que se sabía de él, pero de madre griega, un *palicar* sobre cuya cabeza pesaba una recompensa de setecientos cincuenta dracmas de plata del rey Otto, no se había retirado con el botín en quién sabe qué escondrijo, como solían hacer los piratas para que se borraran sus huellas en la extensión espumosa de los mares, sino que había izado en la isla, en el punto más elevado de la misma, su propia bandera, en la que había ordenado dibujar el mismísimo halcón de Eleonora, con las alas extendidas, para proclamarse, ni más ni menos (aquí al lugarteniente le dio la risa), «Estratego Eterno de los Principados Unidos de Anticitera y Citera de Levante». Una pequeña flota improvisada en Cerigo, la capital de la vecina Citera, enviada para acabar con los abusos del tal Theodoros, fue medio destruida por las naves de los piratas y se vio obligada a alejarse rápidamente del puerto de Potamos. El lugarteniente había luchado en aquella penosa batalla e, inmediatamente después de la retirada, se había apresurado a dirigir la nave hacia el norte, recorriendo el mar Jónico hacia Corfú para informar al cónsul del desastre. Pues Anticitera, aunque fuera solo un islote desierto, formaba parte de los Estados Unidos de las Islas Jónicas, protectorado británico. La infame osadía de los piratas de Theodoros podía considerarse un insulto a la reina que acababa de ser coronada por la gracia de Dios aquel bendito día y a todo el Reino Unido de la Gran Bretaña, la mayor potencia marina de la época. Ese insulto merecía ser castigado, por supuesto, con toda dureza.

Además de esa noticia tan desagradable, el Joven lugarteniente tenía algo más que comunicar al gobernador general. Se desabotonó el pecho del uniforme y extrajo un saquito alargado, cuyos hilos soltó lentamente con los dedos. Sacó de él un rollo de papel que desplegó ante los ojos de lord Douglas. Era seguramente una carta, pues tenía una clara fórmula de introducción y otra de cierre, separadas por el

cuerpo del texto, pero la lengua en que estaba compuesta no se parecía a ninguna de las que ambos conocían. Las letras, escritas en líneas apretadas y torcidas, recordaban a las rusas, algo que causó alarma en el gobernador, pues podría tratarse de una peligrosa operación de espionaje. Según las palabras del lugarteniente, la misiva había sido enviada con un barco que partió como una flecha de Anticitera con el objetivo evidente de llegar a la línea marítima austríaca, cuyos barcos continuaban hacia el Bosforo y el mar Negro, para remontar luego el Danubio. Fue una afortunada casualidad que la nave del lugarteniente, la bricbarca *Royal George*, hubiera capturado el barco y a los tres marineros que esperaban ahora ser ahorcados, aunque habían jurado que los piratas los habían obligado a llevar la carta hasta los barcos de la compañía Österreichischer Lloyd.

Lord Douglas mandó llamar al comerciante Lopatin, conocido como el Ruso, instalado desde hacía décadas en Corfú, que se presentó atemorizado, sin saber qué le esperaba. Le bastó un solo vistazo a la misiva para confiar a los oficiales, con muchas reverencias, que la epístola no estaba en ruso y tampoco en búlgaro, la otra lengua que conocía y que utilizaba las mismas letras inventadas por los venerables santos Cirilo y Metodio. Ninguno de los marineros y emisarios extranjeros a los que preguntó el gobernador las dos semanas siguientes pudo interpretar las enmarañadas frases del papel con el sello que representaba al halcón de Eleonora, de manera que el rollo quedó abandonado en la cómoda, junto a la botella del velerito, en el gabinete de sir Douglas.

Con un esfuerzo de voluntad con el que se podría haber ganado una guerra, el lord se incorporó bruscamente de la silla en la que había estado repantigado hasta entonces y, unas horas después, cuando el bochorno cedió, con los planos extendidos en la mesa y un pequeño Estado Mayor reunido en torno a él, empezó a hacer planes para la respuesta, que tenía que ser definitiva. Durante las horas siguientes discutieron sobre la logística, el equipo y la capacidad de abrir fuego de los seis barcos de guerra (antiguos y mal conservados, por desgracia) con que contaban los Estados Unidos de las Islas Jónicas, es decir, las fragatas *Boscawen* y *Cumberland*, la bricbarca *Meeanee* y las tres goletas *Sans Pareil, Tiger Tooth* y *Doom*. Con los cuarenta y dos cañones que tenían en total y una tripulación de más de cien marineros, artilleros y soldados, debería ser más que suficiente para bloquear el puerto de Potamos, acabar con los piratas y llevar a Corfú al «Estratego Eterno» para que fuera ahorcado, siguiendo la costumbre, en la plaza central, delante de la catedral de san Espiridión.

Algo más tranquilo tras aquel consejo de guerra, en el que los oficiales le aseguraron que ese pequeño incidente se resolvería

rápidamente, el lord les permitió que se retiraran y salió por fin a la terraza, al ocaso perfumado por las adelfas. Con un vaso de whisky de malta en la mano, sumergió su mirada cansada en la inmensidad del mar que ahora, bajo el cielo del crepúsculo, era del mismo color del vino, como lo había descrito hacía tres mil años el inmortal Homero.

Meticulosa como había sido siempre, Victoria no tardó, pese a ser reina, en describir la ceremonia en su diario íntimo, ignorando los momentos tediosos del día, la senilidad del lord caído por las escaleras y la música anticuada, aunque sí mencionó de paso, enfadada, la historia del arzobispo, porque tenía aún el dedo corazón hinchado y rojo después de que cuatro camareras, embadurnándolo con aceite de oliva y de pescado, lo hubieran masajeado para tirar del anillo de oro imperial, atascado en el dedo equivocado, incapaces de sacarlo: «Ha seguido a continuación todo lo demás y, en último lugar, la colocación de la corona sobre mi cabeza, algo que ha sido, debo admitirlo, un momento muy hermoso e impresionante; todos los pares han procedido a colocarse la corona en el mismo instante. Mi excelente lord Melbourne, que ha permanecido a mi lado durante toda la ceremonia, se ha visto *completamente* abrumado en ese momento, muy emocionado; me miraba con tanto cariño, podría decir, como un padre. Los aplausos, los tambores, las trompetas, las salvas de escopeta, todo al mismo tiempo, han contribuido más aún a la grandiosidad del espectáculo. El arzobispo, muy torpe, me ha puesto el anillo en el dedo que no correspondía, así que he podido sacarlo solo con mucha dificultad y dolor. Sobre las cuatro y media he subido al mismo carruaje, con la corona en la cabeza, el cetro y el globo en las manos, y hemos vuelto por el mismo camino por el que habíamos ido, atravesando un gentío más denso todavía. ¡El entusiasmo, el afecto y la lealtad han sido verdaderamente conmovedores, y recordaré este día como el más Gozoso de mi vida! He llegado a casa pasadas las seis, sin sentirme cansada *en absoluto*. He cenado a las ocho».

19

Yo, Thedoros, por la gracia de Dios Estratego Eterno de los Principados Unidos de Anticitera y Citera de Levante, así como Taxiarca de las islas de Skyros, Amorgos y Vous.

Amadísima madre de mi corazón, Sofiana:

Debes saber que me encuentro bien, sano, y espero que tú también, y beso como corresponde tus preciosas manos.

No voy a ocultarte, querida madre, desde el comienzo de esta epístola, que entre los helenos, turcos y extranjeros de estas tierras tengo buena fama, conseguida gracias a la honradez y el trabajo incansable, pues mis negocios van bien, y el dinero viene a mí porque soy el cabecilla, y en cien islas mis clientes están plenamente satisfechos. Y no existe boyardo en las islas, padre de alguna moza, que no me quiera como yerno, y tampoco ninguno que, teniendo solo mancebos, no me los envíe como fieles servidores, pues mi fama en el Archipiélago no para de crecer, como el fuego que nadie puede frenar. Y los bravos y bravas palicari, *que me rodean como la falange de Alixandru Machidon, sobre el que me leías cuando era un niño pegado a tu teta, han crecido en número y fuerza, pues ahora cuento con ochenta y seis, de todas las religiones y pueblos. Pelean cada noche por ver quién duerme en la esterilla ante mi puerta, para que ni una mosca pueda entrar en mi dormitorio.*

Muchas cosas han sucedido desde que te envié mi última epístola, pero antes de exponértelas todas aquí —cómo he luchado contra los ingleses, dueños de los mares y los océanos, y cómo he escapado de la bala mortal protegido por los ángeles del cielo, y cómo he visto al mismísimo Rey de los Peces, que con sus huevas preña a todas las hembras—, quiero hablarte de nuestras mujeres. En mi carta pasada te hablé de mis bravos compañeros, para que los veas dibujados ante tus ojos y nadie de mi vida lejos de ti te resulte desconocido. Y así, junto al tártaro Ghiuner y el pintor Sisoe, que conoces de Ghergani y que son mi brazo derecho e izquierdo, te describí también a Joshua el Judío, a Suleyman el Chino y a Barrabás el Durmiente, al igual que a otros que, si Dios

quiere que viva, tendré ocasión de alabar más adelante, pues son valientes todos ellos.

Pero sobre las mujeres no te he hablado ni largo ni tendido, y eso es algo injusto y feo. Porque nuestras mujeres, que dejaron esposos e hijos para unirse a nosotros, son idénticas a las mártires de la antigüedad, que ni destripadas renunciaron a la fe cristiana ni a la de los que dicen los Evangelios que seguían a nuestro Redentor y a Sus santos apóstoles, sirviéndoles con su fortuna y con su timidez y su pureza. No puedo hablarte de todas, pues son tantas como los palicari*, pero he aquí a las más nobles.*

Zephyra está totalmente pintada de azul, ya que debes saber, querida madre, que por aquí no hay gente sin dibujos, aunque sea en un hombro, o en una teta, o en un tobillo, o incluso en la frente, pues esa es la costumbre, y todo el pueblo heleno de pescadores y comerciantes se dibuja marcas en el cuerpo, a cuál más ingeniosa. Es evidente que sus popes no les han hablado de la ley judía, donde Adonai dice con claridad: «No os haréis incisiones por un muerto; no os haréis tatuajes. Yo, Yahvé». Entre nosotros, en la noble Valaquia, no se ve gente pintada y, si se ve, es la señal de que ese hombre ha estado preso en la mina de sal, o que esa mujer es puta, o que los ha marcado el vaivoda con un hierro candente para que no vuelvan a robar. Pero aquí, en las islas, todos tienen los brazos bordados.

Y esta Zephyra, una mujer de Lesbos, tuvo un marido cruel en su juventud, un turco infiel que la golpeaba y le hacía cosas vergonzosas en la cama, y abusaba de ella de todas las maneras posibles, y le daba de comer lo justo para sobrevivir. Y un buen día, cuando se dirigía al mercado de fruta con una criada, distinguió en un tenderete a un jovencito que apenas tenía bigote y que con gran maestría estaba precisamente pintando en la espalda de un grueso arconte serpientes y otras fieras bellamente tatuadas en azul, destinadas a permanecer toda la vida en su piel. Pues debes saber que esos dibujos no pueden borrarse jamás, con gran suplicio y sufrimiento se tatúan en la piel con agujas y tinta de sepia, y la sangre se enjuaga una y otra vez con un trapo húmedo. Ella sintió un flechazo por el joven, entró en la caseta y lo contrató para que le tatuara algunos dibujos; a partir de entonces iba cada día al mercado para pasar siquiera una hora con él. Durante esa hora, el mozo ejecutaba su mágico trabajo en el cuerpo de la mujer, empezando por las plantas y subiendo cada vez más, poco a poco, como sube despacio el agua en una garrafa, llenando sus pantorrillas y sus rodillas con toda clase de flores y pájaros y mariposas, como no había hecho jamás, pues los clientes le pedían sobre todo serpientes, escorpiones, así como a los emperadores Otto

y Amalia, y ya estaba cansado de tantos animales.

Y gracias al poder del amor, embelesado por el cuerpo blanco y desnudo de Zephyra, el joven descubrió de nuevo, después de tanto tiempo triste, el arte de escribir en el aire, como el texto que flotaba sobre las tablas de la Ley de Moisés a una pulgada de la piedra, porque no lo había escrito un hombre, sino el mismísimo dedo de Dios. Así que la multitud de tallos graciosos, flores incomparables y hojas con gotas de rocío y un enjambre de insectos que abarrotaban el cuerpo de la mujer no solo se incrustaron en su piel, sino también en el aire a su alrededor, brillando azules como una camisa de hilo sobre las caderas y las tetas, sin que ella sintiera dolor alguno. Finalmente, las mejillas y los labios y la frente y las sienes de Zephyra se llenaron asimismo de temblorosas alas de la mariposa llamada cola de golondrina, que flotaban a una pulgada de la piel de su cara. Y cuando el caparazón transparente estuvo listo, Zephyra se libró de las palizas y de los bofetones, porque el turco no podía ya tocarla. El verano siguiente huyó con el joven griego a su Lesbos natal, y cuando el Aletheia arribó a su orilla, los dos se unieron a nosotros para nuestro beneficio, pues a partir de entonces contamos, además de Sisoe, con otro pintor de piel humana, y a los enfrentamientos con los miserables piratas se sumó una cruel e implacable luchadora, porque las espadas y los puñales se deslizaban sobre la malla de bordados azules sin alcanzar a tocarla. Adondequiera que nos arrastren los céfiros, los veleros distinguen a Zephyra titilando azul en la cubierta desde la distancia y saben que estamos bajo su protección.

Y junto a Zephyra tenemos a Myrne, también griega, la vela mayor del Pséma en la batalla de la isla de Volos, pues albergaba en su vientre a tres bebés y empujaba el velero, por tanto, con tres veces más fuerza que las otras mujeres, preñadas con un solo bebé cada una. Y justo después de la lucha trajo a los niños al mundo, de género masculino los tres, Aris, Helios y Apollon, a los que no entregó para que se hicieran anacoretas, sino que los conservó pegados a sus faldas y los lleva todavía consigo por los veleros y las islas. Ahora ya se ponen en pie y son el terror de los gatos que se han reproducido en los barcos y en las naves de guerra y que comen más que nosotros. Myrne duerme siempre en el ataúd donde quiere también ser enterrada, para recordar que ante el Señor su cuerpo lleno de encantos es solo polvo y pecado.

Entre nosotros se encuentra asimismo Kassandra, que nos fue de gran ayuda en Amorgos cuando trepó por el risco de piedra donde se encontraba el monasterio de Hozoviotissa y descubrió allí lo que estábamos buscando. Esta mujer valerosa, que maneja el puñal en la lucha como un guerrero, es estéril y no se queda preñada. No

hay en el Archipiélago bruja ni doctor que no haya visitado, ¡cono ante el que no se haya postrado llorando a lágrima viva, ni hierbas ni brebajes que no haya tomado para tener un hijo, pero todo en vano. Y hace dos años, cuando había perdido la esperanza, mientras estaba preparando la comida tragó un grano de pimienta y de repente se produjo el milagro. Su vientre se hinchó y Kassandra cantaba y reía bajo el sol, sin saber a qué santo darle las gracias, y cuando llegó el momento hizo venir a la cubierta a las matronas más sabias de estas tierras. Todos nosotros, los palicari, estábamos emocionados, hacia el alba, por escuchar la voz del bebé. Solo nos fue concedido, sin embargo, escuchar los gritos y lamentos de las mujeres, que salieron en tromba de la habitación bajo la escotilla y llenaron el puente de cabellos arrancados de la cabeza, llorando espantadas. Pues mientras Kassandra estaba desnuda, entre los dolores del parto, de su agujero femenino brotó una luz, y en primer lugar salió un cráneo de luz, luego una manita luminosa, y el bebé irrumpió a continuación en el mundo con un nimbo aceitoso en torno a su cuerpecito, haciendo que en la estancia se pudiera ver como si fuera de día. Se elevó, flotando en medio de la habitación, unido todavía al cordón, mirando alrededor con sus ojos azules. Tenía unas mejillas blancas y rojas, y el cabello como la lana más blanca. Una matrona se apresuró a cortarle el cordón con las tijeras y, mientras las mujeres salían por la escotilla y abarrotaban la cubierta, el bebé se elevó a los cielos, brillando como un cometa, cada vez más alto, hasta que dejó de verse entre las estrellas. Desde entonces, Kassandra no conoce varón y no quiere ser madre, sino que se mete siempre en el fragor de la batalla, como si estuviera llamando a la muerte. Y todo lo que gana se lo entrega a las mujeres de los pescadores que ve en el puerto, con dos o tres crios colgados de sus faldas.

Está también la turca Aişé, bautizada y convertida en diácono de la Santa Iglesia de la joven Desnuda, fundada por ella misma y con tan solo diez feligresas, que han sido excomulgadas de toda la Hélade, pues difundían por las islas la mentira de que el joven que había escapado desnudo, según san Marcos, del jardín de Getsemaní, abandonando sus vestiduras en manos de los perseguidores de Cristo, era una mujer, la amante del Redentor, que la había acogido en su seno durante la Última Cena y le había confiado a ella, y no a san Pedro, las llaves de la Iglesia y del Reino Eterno. Porque para Cristo las mujeres eran igualmente herederas de la Vida, y los Evangelios se llenaban de amor celestial y de gracia cuando Él les hablaba, como a la mujer pillada en delito carnal, o a la mujer samaritana, o a la hija de Talita, o cuando Él, recién resucitado de entre los muertos, se presentó en primer lugar

ante María. Aişé y el resto de sus diáconos aceptaban a todos los hombres que las deseaban, pero no por deseo carnal, sino porque Cristo y san Pedro, mentían ellas, habían llevado consigo a unas hermanas que les servían como esposas. Cuando se acoplaban, y no había día que no lo hicieran, le susurraban al oído a su amante las homilías de san Juan Crisóstomo, y cuando no aguantaban más y tenían que gritar bajo el peso de los hombres, gritaban «Amén, amén», para que su sacrificio fuera aceptado. Aunque la perseguían por todo el Archipiélago, nosotros le dimos cobijo, pues también para nuestra banda la mujer es un ángel del Señor en esta tierra maldita empapada en sudor y sangre.

Están además Daurita, Ftatateeta la egipcia, Leia Organa, Begonia, Icosaedro, Turcoaza, Berilio, Isaura (una esclava que había llegado en una galera desde la tierra salvaje de Brasil), Neptina (la de las escamas de pescado en muslos y piernas), Mufdé, Validé, Chiulsun y Laleli —estas últimas esposas del turco Ismail—, Neona, Argona, Xenona, la extraña Moscovia o la dulce Zenaida, una de nuestras valacas, que felizmente se habría convertido en tu nuera si mi corazón no estuviera ya entregado. Todas más valiosas que las piedras preciosas y que los tesoros de oro del fondo de los mares, y buenas hermanas para nosotros, y camaradas en nuestros negocios.

Y ahora que ya te he hablado de ellas, voy a seguir con mi historia, pues queda mucho por contar. Tras descansar una temporada en Vous o, como diríamos nosotros, en la isla del Buey, junto a Serifos, dirigimos nuestros veleros, el Aletheia y el Pséma, hacia Samos, donde los instalamos en dique seco y los calafateamos de maravilla, quitándoles las ramas y los crustáceos que se les habían incrustado en la carena. Les instalamos bajo el puente cañones de cobre, para protegernos de los piratas que han invadido todos los mares de la Hélade, y nosotros nos compramos unas buenas escopetas alemanas, que tumban a un hombre a doscientos metros de distancia. Nos hicimos también con cinco barcos grandes, con mástiles y velas en las que Sisoe dibujó las Vidas de hombres famosos, y los armamos también hasta los dientes. Pues debes saber, madre Sofiana, que el comercio honrado es difícil en las islas, donde lo acechan todos los males.

Luego recorrimos los caminos de agua salada, llenos de peces grandes y pulpos como casas, que atrapan a los hombres por la pierna con sus gruesos brazos y los arrastran de la cubierta hasta los mares sin fondo, y no se vuelve a saber de ellos. Y en el puerto, dondequiera que atracáramos, nos recibían bien, pues nuestra fama ha crecido y yo, tu amante hijo, me he convertido en un hombre importante, de renombre. Tanto me apreciaban los habitantes de las

islas, en las Cicladas y en el mar de Creta y en el Dodecaneso, que muchos me tiraban de la ropa, al punto de rasgármela, en cuanto me veían, para nombrarme arconte a perpetuidad. Pero yo no quise, pues arconte es poca cosa, y Alixandru Machidon no se habría conformado con ese cargo en una isla minúscula. Tras recorrer esas islas comerciando con diamantes, la rosa de los vientos nos empujó hacia poniente, donde nos topamos con un feo territorio de su Satánica Majestad, es decir, de los ingleses, malas gentes de espíritu antipático que no quisieron ofrecernos refugio en ningún puerto de las siete islas en las que han extendido su dominio. En cuanto nos reconocían, adivinábamos al instante las nubecillas de los cañones que se elevaban al cielo y oíamos su retumbar ensordecedor. En vano vagué con mi puñado de veleros por Cefalonia, ¡taca y Zante, porque nadie nos ofrecía agua ni alimentos a cambio de dinero contante y sonante, así que llegamos a comernos las ratas y los insectos del velero. Como vimos que no íbamos a sacar nada en limpio en las islas grandes, intentamos hacernos amigos en las más pequeñas. Y cuando nos dirigíamos de Citera hacia Anticitera, vi la aparición.

Estaba anocheciendo, querida madre, y yo manejaba contrariado el timón del Aletheia *porque llevaba tres días sin comer nada. Entonces vi, como te veo y tú me ves ahora, al Rey de los Peces, fuera del agua hasta la cintura ante el bauprés bajo el cual se encuentra la figura de la Verdad, con las tetas al aire y el rostro devorado por el salitre. Era un pez muy grande, con el lomo gris y el vientre cubierto por una tupida barba blanca. Todo un mar espumeante lo rodeaba, rojizo en el ocaso y lleno de las cabezas de las caballas, los delfines y los gobios que formaban su cortejo. En la cabeza portaba una corona de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Yo me frotaba los ojos, incapaz de creérmelo, pero era real. Y el rey, con sus labios duros como de platija, me dijo claramente: «Alégrate, Theodoros, pues serás nombrado excelso entre los hombres, y muchos te servirán y serás considerado uno de los reyes de este mundo. Te espera un país grande e incomparable en el Mediodía, ese de donde la reina de Saba en la antigüedad partió hacia Jerusalén para disfrutar de la sabiduría del rey Salomón. Allí establecerás tu dominio y gobernarás muchos años, pero desconfía del Inglés, pues de él vendrá tu caída. Puesto que nada hay eterno en este mundo pecador sino El que lo sostiene en Sus manos». Y me bendijo allí mismo antes de sumergirse con toda la multitud de peces que lo siguieron a las profundidades, hasta que quedó tan solo el mar, extendido hasta los márgenes curvos de la vista. No sé si será verdad o mentira esa profecía. Pero guardo todo ello en mi corazón, porque a menudo, amada madre Sofiana, llego*

a creer que vivo en un cuento y que mi destino está escrito desde hace tiempo, y lo que está escrito me fue puesto en la frente.

Tras esta visión llegamos al puerto de Potamos en Anticitera, donde las gentes del puerto enviaron barcas cargadas de flores a nuestro encuentro y nos agasajaron con halcones de la raza Eleonora, que solo en esa isla se reproducen. Y una vez en la orilla, nos hablaron de la opresión de los ingleses, que se habían adueñado de aquellas siete islas, y nos confesaron la sed de libertad de los griegos. La agrupación es cada vez más numerosa, algunos la llaman ya, poniendo en peligro su cabeza, Rizospaton, es decir, grupo de los valientes. Pasé con ellos toda la noche revelándoles un plan contra el Inglés, y al alba, con gran entusiasmo, me ofrecieron la isla y me nombraron «Estratego (es decir, general) Eterno de los Principados Unidos de Anticitera y Citera de Levante». Y aquí me tienes, amada madre, un hombre importante en la Hélade, con pleno derecho, pues tú eres griega y la sangre tira.

Pero los ingleses, un pueblo maldito que se ha extendido por todos los mares como un pulpo, enviaron grandes veleros de guerra contra mí y tuvo lugar una batalla terrible en el mar, ante el puerto de Potamos, donde el Aletheia *y el* Pséma *se cubrieron de fama, pues con sus cañones americanos hundieron en el fondo de las aguas a más de la mitad de su enjambre de naves y barcos, y los gritos de los desgraciados que se ahogaban llenaron el vacío al mismo tiempo que las nubecitas blancas de los cañonazos. A los que sobrevivieron los perseguimos varias millas y nos acercamos tanto a ellos que podíamos distinguir las caras de los soldados. Y vi de repente, cuando me encontraba en mangas de camisa en la proa del* Aletheia, *cómo un oficial me apuntaba con el mosquete y disparaba. Estaría muerto ahora, pues no nos separaban más de cincuenta pasos y sus mosquetes estaban estriados —es decir, la bala salía girando—, si no hubiera sucedido un milagro, prueba de que cada uno de los cabellos de mi cabeza está contado. Como sientes en la lengua el sabor acre del rayo que cae cerca de ti, así sentí yo el sabor de la muerte, mirando fijamente a los ojos al que disparaba. Pero la bala que venía vertiginosa hacia mi pecho no me tocó, sino que enfiló de lado, como si el inglés estuviera borracho como una cuba. Doy gracias al Cielo por estar vivo ahora y poder escribirte esta carta.*

[¡Tienes motivos para darnos las gracias, Theodoros, pues estás en el meollo de este relato y no podías morir ahora, aunque merecerías no haber llegado siquiera a nacer, hombre de todas las victorias inútiles que te guían hacia el fuego inextinguible de la Gehena! Vimos el miedo que apestaba como una mofeta en tu espíritu y tendimos nuestras manos blancas,

con uñas de luz, hacia lo que estaba sucediendo abajo, en la gran esfera de aguas brillantes. Distinguimos la bala cuando se encontraba todavía en la cazoleta del mosquete y decidimos que no tocara jamás tu pecho. Inventamos un mundo entero para ello, pues, empujada por la fuerza de la llama trasera, la bala de bronce pulido comenzó a girar por la doble hélice de las estrías del cañón largo, crujiendo en los huecos del cañón mientras su superficie se fundía como un planeta recién nacido de la oscuridad y el caos, en un mundo carente todavía de vida, de espíritu y de pensamiento. Y la bala giró varias veces en las estrías, como la carne martirizada de un bebé que se retuerce dentro de la parturienta para salir con la cabeza por delante, hasta que de repente emergió a la luz, rotando como una peonza miles de veces en cada instante, centelleando y ensombreciéndose bajo el sol de las islas y el brillo del mar. Se dirigía directa hacia tu corazón, que veíamos latir en tu pecho, sujeto por las arterias, porque todas las cosas de este mundo son para nosotros transparentes como el cristal, cuando liberamos la vida para que surgiera también en ese planeta que produce muerte.

En el aire, la bala empezó a enfriarse, y unos pequeños puntos de su superficie fueron propicios para nuestro soplo vital. En los añicos de instantes que serían miles de milenios en nuestro mundo, surgió la vida, al principio en forma de criaturas increíblemente pequeñas, alimentadas por el calor de la bala, que se unieron después para formar otras más grandes y complejas. Tuvieron lugar cambios y surgieron figuras que en este mundo no se conocen y que se capturaron y se devoraron unas a otras durante millones y millones de vueltas. Especies que caminaban bajo el bronce y especies que se arrastraban sobre la película de bronce, y especies voladoras a un cabello de distancia sobre el bronce se sucedieron, muriendo y naciendo, viviendo sus vidas puntiformes a la luz del sol y en la sombra de debajo de la bala. Especies amantes del sol comenzaron a transformar sus rayos en alimento y energía, formando bosques y bosquetes llenos de seres sin nombre, de rostros infernales y monstruosos, con apéndices abarrotados de otras criaturas que se arrastraban tras ellas y caparazones de color cobalto, añil y turquesa.

Sucedieron desastres y destrucciones, el latón fundido mató con su tufo, de vez en cuando, a casi todos los seres vivos, pero otros surgieron en su lugar, más hambrientos cada vez del dulce espíritu de la vida, más elevados cada vez hacia el espíritu y la luz, pues una vez brotado, el río de la vida no

puede ser interrumpido jamás. Y nosotros velamos por que, en vuestra esfera, del Espíritu que nos forma llegara también hasta allí siquiera una chispa y, en verdad, algunas de las criaturas de cadmio e iridio, con sus velos púrpuras y sus fosas nasales como labios, captaron con sus cientos de ojos el brillo del Intelecto divino, el amor que mueve el sol y las demás estrellas. Innumerables civilizaciones de esas maravillosas criaturas se sucedieron, miles de giros ocurrieron hasta que, a medio camino entre el arma y tu pecho —paralizado como estabas, al igual que todo lo que te rodeaba (el mar, los veleros, las balas que volaban por el aire cristalino), en un daguerrotipo de la fatalidad—, las criaturas pensantes empezaron a analizar el mundo, preguntándose, al igual que vosotros, con vuestra vanidad, quiénes eran, de dónde venían y adonde iban. Tuvieron lugar incontables disputas, se levantaron escuelas y academias, se descubrieron las leyes del universo, se inventaron medios para transformar el cobre en energía pura y se escribió la historia tal y como no fue, al igual que vuestras falaces historias. Al aprender a interpretar el rostro del mundo oscuro y luminoso, en continua rotación, en el que vivían, comprendieron que este era parte a su vez de un mundo mucho más grande. Poco a poco se les reveló el rostro de aquel mundo gigante: el puerto de Potamos, los veleros luchando, la nubecillas blancas, los gritos de los ahogados. El sol situado en la bóveda celeste y el mar deslumbrante debajo. Nosotros, en nuestras nubes, con nuestras vestimentas blancas como la leche, tendiendo las manos hacia las profundidades. El descubrimiento del enorme mundo a su alrededor fue un hecho asombroso para las criaturas de la bala viva.

Más adelante, una de las sabias criaturas, en un tratado descrito con pictogramas en la seda secretada por sus propios conductos, adelantó, titubeante, la hipótesis de que, por extraño que pareciera, su planeta podría haber surgido de un instrumento de exterminio. Durante decenas de rotaciones se burlaron de esa idea, pero finalmente, tras calcular las direcciones y las trayectorias, no pudo ser recusada. Su mundo había nacido de un arma mortífera y se dirigía hacia un ser gigantesco e inconcebible, al que encontraría al final de la historia para atornillarse en su carne. Eso les pareció insoportable: eran seres profundamente morales, y las injusticias y la violencia habían quedado olvidadas en su mundo hacía mucho. Durante largo tiempo sopesaron la idea del suicidio colectivo, para no ser ellos los asesinos implantados en la criatura del otro mundo, pero, aunque hubieran muerto

todos, el destino de aquella estaría de todas formas decidido.

Tras otras decenas de rotaciones, cuando se espabilaron de la melancolía, buscaron formas de cambiar el curso del planeta-bala para que este pasara junto a su objetivo. Toda la energía de los pueblos del cobre se encauzó a esa tarea. Tras varios cientos de generaciones, los acorazados en estroncio, cuarzo y molibdeno aprendieron a construir un gran motor que funcionara con la energía infinita del vacío. Hasta tu pecho no quedaban más que un par de metros cuando culminaron el trabajo. Los habitantes de la bala distinguían ahora, con una claridad asombrosa, cada fibra de tu camisa y los enormes árboles de las hebras de vello en tu pecho desnudo.

El motor arrancó y en los primeros instantes consumió la energía del vacío de alrededor en un radio de casi una palma con los dedos extendidos. La órbita de la bala se curvó como una rama retenida con la mano y doblada hacia el suelo. Decenas de veces se corrigió la curva y se aumentó la presión. La alegría y la desesperanza de los habitantes de la bala se sucedieron como se sucedían la luz y la sombra en la cara externa de esta. Finalmente estalló la alegría: alejándose de la línea recta, la bala pasó entre tu pecho y tu brazo izquierdo y se perdió en el horizonte para abandonar nuestra historia. Y tú, sano y salvo, parpadeaste asombrado y olvidaste, en el fragor de la batalla, mostrar el agradecimiento que solo aquí, en la carta dirigida a tu madre, ha venido a tus labios.]

Te *escribiría muchas cosas más, querida madre, pero mi nuevo país bajo la bandera del halcón requiere empeño, los asuntos me reclaman, y no puedo alargarme más. Cuando el territorio de Anticitera consiga la libertad plena y se refuerce con pesados cañones en las orillas del mar, te enviaré más cartas. Las valiosísimas cartas de tu señoría están siempre junto a mi corazón. Escribiendo todo esto para tus amados ojos, los beso con amor y añoranza, deseándoles todo el bien de este mundo.*

Tu amantísimo hijo, déspota de muchos territorios por la voluntad de Dios,

Theodoros

La segunda A de SAVAOTH debía de encontrarse en algún lugar de Anticitera, pues de todas las islas de la Hélade cuyo nombre empezaba con la bendita Alpha, madre de todas las letras, solo ella había tenido también un nombre en tiempos antiguos que empezaba con la A, Aigilia; además, en las cercanías del salvaje islote se encontraba Citera, llamada Afrodita en otra época. Tú sabías, Theodoros, que solo

siguiendo ese camino sagrado que te arrastraba a lo largo y ancho del Archipiélago, empujado por los alisios, tanteando con el dedo romo del destino las letras brillantes, podías aspirar a avanzar en la vida y en el libro, como si el libro de tu vida, al igual que los demás libros en los que aparecías, fuera un laberinto semejante al de la isla de Creta, donde el hombre con cabeza de toro descuartizaba a sus desgraciados huéspedes. Una vez conquistado el fuerte de Potamos y consumada la carnicería, empezasteis a buscar la letra sagrada, pero a pesar de la escasez de lugares y alturas, pues la isla era un continuo pedregal, no la encontrasteis, si bien poco faltó para que voltearais todas las piedras en su búsqueda.

Permanecisteis en aquel lugar una semana más, cazando con los halcones cualquier pájaro que se acercara a la isla y alimentando a los gatos que os acompañaban con la leche de las cabras y la carne de las ratas de los veleros, y cuando habías perdido casi toda esperanza de encontrar la letra, maldiciendo a Moshe el Trapero, que tal vez se había burlado de ti cuando estabas atado como un fardo en su sótano en Bucarest, he aquí que Barrabás el Durmiente, que había venido a este mundo tres siglos antes, regresó de la búsqueda de un apartado nido de halcones con una noticia esperanzadora.

En la isla había unos muros grandes y gruesos devorados por el tiempo, como construidos por gigantes en la antigüedad, y que, junto con el miserable puerto de Potamos, eran lo único que se podía visitar en la isla sin arrepentirse de haber ido hasta allí, ya que el resto eran todo rocas. Los pobres pescadores que vivían en Anticitera, nunca más de cien a lo largo de los milenios, y a veces solo tres o cuatro, se referían a ellos con el inmerecido nombre de Castillo. Su Castillo, ruinoso e insignificante como ellos mismos. Corriste al instante hacia las ruinas en compañía de Barrabás y otros dos *palicari*, y pasasteis el atardecer, bajo un cielo de fuego y apariciones reflejado en el mar morado, revolviendo cada rincón de aquel recinto sin tejado, donde solo encontraban abrigo las ratas y los insectos de mil patas, cuya picadura era venenosa. En vano. No encontrasteis allí otra cosa que polvo y el pesado tufo del tiempo; el último halcón del día sombreaba, desde las alturas, un trozo del mar, y el vacío mordía con amargura vuestro pecho.

Menos mal que Barrabás el Durmiente, hijo y vencedor del tiempo antiguo, podía ver en las profundidades del tiempo, adivinando al niño en el hombre canoso y los orgullosos edificios de siglos lejanos en las ruinas de ahora, que serían también ellas polvo del futuro. Solo tenía que pasar su mano callosa, con las uñas ennegrecidas por la pólvora, sobre los muros abandonados, y podía leer en ellos, como si fuera un libro de hojas profundas, su situación un siglo atrás, o incluso dos. Mientras oscurecía en la fortaleza y ya hacía mucho que el halcón

de Eleonora había regresado a su nido, él hizo retroceder el tiempo, año a año, escrutando los muros y las estancias habitadas por aquel entonces por hombres que, bajo el mismo sol que se ponía ahora, disfrutaban y se mataban en medio de un mar extendido hasta el horizonte. Y en el año 7132 desde la Creación del mundo dejó de contar, pues en un cofre de una de las habitaciones, esa a la que una mujer hermosa, de figura delicada, traía en aquella época, a escondidas, a algún pescador que le diera lo que su viejo marido no era capaz de darle ya, brilló de repente un collar de perlas grandes, de las que reciben su nombre de la ciudad de Ormuz. Y ese collar era idéntico a la letra A, señal de que Anticitera era ciertamente la isla de la ruta sagrada. El *palicar* hundió el brazo hasta el hombro en la gruesa pared (pues ¿qué es nuestro mundo sino ilusión y vacío?), tanteó un rato entre las horas y los instantes podridos, y lo extrajo sosteniendo el collar extendido en la mano con los dedos separados. Extraído del tiempo como el pez del agua, el precioso collar de perlas duró unos instantes, lo suficiente para que lo vieran todos, y a continuación se fundió, dejando tan solo unas gotas de agua turbia en el cuenco de la mano que había soportado su peso.

Era el momento, pues al cabo de tan solo una semana, el ejército de sir Douglas, tras una batalla desesperada, ocupó el puerto de Potamos y expulsó a los piratas hacia oriente, tras hundir el *Aletheia* y los barcos más pequeños de una sola vela. Solo el *Pséma* pudo escapar, con unos treinta de tus hombres a bordo, algunos de ellos gravemente heridos. A duras penas llegasteis a Gramvousa, donde atracasteis para hacer acopio de agua, sanaros las heridas y lamentaros por el principado perdido.

20

Cada mañana, después de despertar cegado por el sol, en medio del canto alegre de los chorlitos de los árboles warka que extendían sus ramas por el patio interior del palacio, Menelik salía de su habitación y, todavía aturdido, con el sueño del alba colgando de sus pestañas, iba en busca de su madre. No se fijaba siquiera en los soldados que habían velado toda la noche delante de su aposento, ni en las criadas envueltas en grandes retazos de tela polvorienta, mujeres sin rostro que se hacían aún más pequeñas a su paso, pegándose a las paredes y metiéndose, si era posible, en huecos y rincones oscuros, ni en el llamado Consejero Personal y Diácono en la Órbita de las Constelaciones, que ya antes de que amaneciera ocupaba su lugar en una pequeña terraza redonda por si el joven deseara alguna explicación del Pentateuco (pues este consejero no era sino un israelita traído por su madre de Jerusalén con gran cautela y escondido de las miradas de los habitantes del palacio), sino que se dirigía, tambaleándose y frotándose de vez en cuando los ojos, hacia el jardín de las begonias en flor donde su madre tomaba pensativa, cada mañana, en la mesita de marfil tallada por el famoso artesano Ohalia que le regaló en otra época el gran rey, su té de semillas de comino, el alivio para las punzadas del pecho, cada vez más dolorosas aquellos últimos meses.

Aunque Makeda era alta y había conservado, cerca del cuarto decenio de vida, el cuerpo esbelto y el porte regio, parecía siempre una niña cuando su hijo la abrazaba. Porque Menelik se había transformado en un joven robusto de hombros anchos, de negros cabellos rizados que le caían hasta las cejas, de ojos luminosos en un rostro que tenía dibujados los demasiado conocidos rasgos de Makeda, y con unas hebras rizadas de vello a lo largo de las fuertes mandíbulas y de la barbilla. La madre y el hijo se amaban y se mostraban con mucha gratitud su amor, porque la misma soledad los había envuelto y los había unido durante diecinueve años. Todas las mañanas, bajo los deslumbrantes cielos africanos, comenzaban con su abrazo, que se repetía luego cada vez que se veían a lo largo del día. Desde que había regresado del viaje de su vida, a la reina no le habían faltado ni hombres ni mujeres en su lecho solitario, pues su cuerpo vigoroso lo

reclamaba, pero le faltaba el hombro sobre el que apoyar la cabeza, porque ninguno de los súbditos de su territorio y, a decir verdad, del mundo entero, habría podido sustituir lo que le había ofrecido en otra época su único amor y ahora su único hijo, todo lo que tenía.

Cada mañana, esperando a que llegara su hijo y la abrazara, Negest Makeda, la todopoderosa reina del territorio de Saba, le daba vueltas y más vueltas a la misma historia, con la mirada perdida y dando sorbitos de la taza de madera de sándalo, amarillenta y pesada. Era la historia por la cual había venido al mundo, aquellos tres meses de su lejana juventud en los que el destino la había elevado de repente muy por encima de su trono oscuro y de cualquier poder y reino terrenal para trenzar el hilo de su vida en el más rico, más extenso y más incomparable tapiz de todos los que la mente de la Divinidad ha urdido bajo la azul bóveda celestial, un tapiz en el que estaban tejidos el mismísimo Jehová en toda su Gloria, el Arca de la Alianza y muchas otras maravillas del desierto: Melquisedec, el eterno sacerdote del Altísimo, al que Abraham entregó un diezmo del botín; Sodoma y Gomorra destruidas por el fuego y el azufre; Abraham, Jacob e Isaac con sus rebaños y sus historias; José llamando a sus hermanos y a su padre a Egipto y llorando allí todos juntos; Moisés rompiendo contra la roca las tablas de la Ley escritas con el dedo de Dios; Jericó con las murallas destruidas tras la llamada a la lucha de los soldados de Josué; David pecando contra Urías el Hitita y matándolo por Betsabé, a la que había visto desnuda en la azotea, y el propio Salomón, hijo de Betsabé y amante por una noche de la reina que ahora devanaba en su mente el tapiz infinito. Había sido elegida antes del comienzo del mundo, tal y como el tejedor dibuja antes en un pergamino todos los rostros, los objetos y los adornos que quiere plasmar luego en un gran tapiz.

Aquella mañana del mes de Gembo, el más perfumado del año, pues entonces se abrían con un aroma embriagador las flores púrpuras de la hagenia, la llegada de su hijo no la alegró como otras veces. Al contrario, se le encogió el corazón y, a pesar de que se incorporó, como siempre, para recibirlo, su rostro se mostraba esta vez receloso y tenía los labios apretados. Menelik sintió el cuerpo de su madre más torpe y más rígido que de costumbre, pero, con la indiferencia de la juventud y atormentado por otros pensamientos, no prestó demasiada atención a la turbación de la reina. En lugar de marchar a ocuparse de sus asuntos, tras intercambiar unas bromas con su madre, Menelik acercó un taburete forrado con piel de búfalo, tomó asiento y se sumió en un silencio tenaz, pues finalmente, como se temía su madre, que había reconocido algunas señales, el joven se había decidido.

Últimamente le había preguntado en repetidas ocasiones quién era su padre, pues ninguno de los consejeros, de los capitanes de soldados,

de los sacerdotes o de los cientos de hombres corrientes que veía por allí le parecía ni de lejos tan cercano a la reina como para poder considerarlo el padre de su único hijo. Cada una de las veces, Makeda le había respondido con acritud y lo había enviado con sus maestros y con quienes lo embadurnaban de aceite para la lucha. Que se conformara con que la reina era su madre y su padre, y que no volviera a hacer preguntas estúpidas y necias. Pero, a medida que crecía, el muchacho retomaba cada vez más a menudo esa cuestión, atravesando, sin saberlo, el corazón de su madre con una espada implacable.

Aquella mañana Menelik guardaba un silencio feroz y su hermosa madre supo que había llegado el momento y que era imposible seguir ocultándole a su hijo su origen regio. La atenazaba un dolor terrible porque el resuelto joven, en cuanto descubriera la verdad, la abandonaría para ir corriendo, cruzando mares y desiertos, en busca de su padre, el hombre más famoso de aquellos tiempos. Eso que no podía hacer ella, aunque se habría dejado desollar viva por verlo una vez más, lo haría él enseguida, y a ella le quedarían tan solo el vacío y las punzadas del pecho, y el polvo rojo bajo las plantas de los pies, y un país que desde hacía veinte años tenía para ella un único nombre: soledad. La reina acercó su rostro al rostro de su hijo y tomó su mano. Justo antes de despegar los labios, relampaguearon en su mente los miles de momentos oscuros y luminosos del apogeo de su juventud, que había durado tan solo tres meses y había concluido con la más apasionada noche de amor no solo de su vida, sino, pensaba ella, de todas las noches posibles en esta tierra. La consecuencia de aquella felicidad, dolorosa y difícil de soportar, era él, Bayna-Lehkem, Hijo del Sabio y único fruto de su vientre.

Diecinueve años atrás, a los nueve meses y cinco días de su partida de Jerusalén con la caravana cuyo centro ocupaba K'onijo, el elefante de colmillos dorados que llevaba un baldaquino con cortinas de Damasco en el lomo, y con trescientos camellos cargados de especias, piedras preciosas, armas y jarrones valiosos, y carne de gacela para el camino, regalos del magnánimo rey, a Makeda le empezaron los dolores del parto. El fruto de su amor de una noche había crecido en su vientre entre los suaves movimientos del elefante que la alejaba cada vez más del hombre al que amaba y con el que no volvería a encontrarse jamás. Los ojos llenos de lágrimas de la reina no volvieron a ver, como en el viaje a Jerusalén, la grandeza de los templos y de las gigantescas estatuas del país de Faraón, ni las infinitas dunas que nacían unas de otras, ni los oasis con el alegre tintineo de sus aguas ligeras y azules. No la asombraban ya las gentes salvajes del desierto, ni las barcas de papiro que descendían por el Nilo, no la asustaban ya los escorpiones del tamaño de un brazo cuyo aguijón contenía siempre

una gota verde, aceitosa, de veneno. El país de Faraón, a pesar de todas sus maravillas y su embrujo, no volvió a decirle nada.

La criatura vino al mundo tras el largo viaje de regreso hacia el sur, en el país de Bala Zadisareya del Nilo Azul, y era un varón, tal y como la reina había sabido desde el principio, sin comprender cómo lo sabía. Era bello y de piel oscura como la de su madre, una pequeña criatura pesada como un fruto bajo cuya piel hubiera solo azúcar. Cuando se lo llevaron a Makeda, agotada por el sufrimiento en la silla de partos, amasó por vez primera su cráneo blando con los dedos, como haría después cada día, para que el niño tuviera la cabeza redonda, y le puso el nombre de Bayna-Lehkem, Hijo del Sabio. Solo que al cabo de tres años nadie lo llamaba así, ni siquiera Makeda, porque, en cuanto empezó a hablar, su hijo chapurreó su nombre y convirtió Bayna-Lehkem en Menelik, y así se llamaría en adelante él mismo y así lo llamarían sus súbditos, incluso cuando fue coronado como primer rey del País de Cus, la bendita y gloriosa Etiopía. A medida que crecía, el muchacho recordaba cada vez más, por la línea de las cejas, la forma de la boca y la anchura de los hombros, a su padre del lejano reino de Judea. Alimentándolo con su pecho hasta que el niño cumplió cuatro años y llevándolo siempre a la espalda en un pañuelo florido, como todas las mujeres bajo los deslumbrantes cielos africanos, Makeda pasaba los días gobernando su reino, con dureza y justicia, y criando ella sola a su hijo, que jamás tuvo nodriza, y por la noche lloraba en silencio, recordando una y otra vez, como en un círculo ardiente de pensamientos, su última noche en Jerusalén, la única de su vida en que conoció la magia martirizante del amor.

Habían pasado tres meses completos desde la llegada a Jerusalén de la reina de los territorios del Mediodía, y los judíos, un pueblo andrajoso y pendenciero, de cogote rígido, habían empezado a murmurar contra ella, no porque la mujer tallada en ébano hubiera cometido pecados o blasfemias, sino porque se habían cansado de ella y querían otras novedades de las que poder cotillear a gusto. Incluso los mendigos y los vagabundos de la ciudad sagrada, sabiéndose anotados en el Libro del pueblo elegido, se consideraban por encima de los extranjeros de otra estirpe, hombres sin circuncidar que se postraban ante los Baales y las Astartés, invocaban a los muertos y sacrificaban a niños en el fuego. Sus antepasados habían cruzado el mar Rojo por tierra firme, algo que colmaba de orgullo incluso al último chalado de Jerusalén y lo enfrentaba a los extranjeros. ¿Quién era la reina esa que paseaba en litera, por la avenida principal, su rostro negro, las miles de trencitas de su cabello aceitoso y aquellas tetas siempre al aire, solo para volver locos a todos los hombres, incluido su mujeriego monarca, por muy sabio que fuera? ¿Qué veía en ella Salomón, hijo del rey David, que no podía despegarse de su

cuerpo envuelto cada día en unos ropajes diferentes, teñidos en colores púrpura o azafrán? Con tanto entusiasmo como habían recibido las muchedumbres la llegada del séquito de la reina de Saba a Jerusalén anhelaban ahora su partida, y se percibía en el aire caliente que soplaba entre las casas alineadas en las callejuelas que no faltaba mucho para que la reina, por muy custodiada que estuviera, pudiera recibir insultos y escupitajos, e incluso para que la multitud la hiciera pedazos, sin tener muy claro por qué y sin rastro de culpa ni remordimientos.

El propio rey, acostumbrado a recolectar mujeres sin la más mínima resistencia, como frutos maduros y jugosos que se desprenden de la rama, estaba agotado por los meses de espera y contención. Le había mostrado ya a Makeda todo lo que era digno de ver en su reino. Las incomparables riquezas de las vastas tesorerías, la maestría de los músicos con el arpa y los timbales, los incontables papiros que abarcaban toda la sabiduría del mundo, entre los cuales se encontraban los cinco valiosos libros de Moisés, los sembrados cuidadosamente cultivados y las vides con enormes racimos de uvas. Las ciudades fortificadas de judea, los infinitos rebaños de ovejas y de cabras. Acompañado de Benaía, le había mostrado todo su ejército, ochenta mil guerreros formados en líneas rectas solo para los ojos de la reina, y diez mil carros de bronce que brillaban bajo el sol. Habían recorrido el país a lo largo y a lo ancho, habían visto el sombrío rostro del mar Muerto y habían subido al monte Hebrón. La había agasajado con anillos de oro, lunitas de plata y collares en los que los ónices y las calcedonias se ensartaban en tiras de piel de hipopótamo. El rey había llegado incluso a robar en la alcoba de la hija de Faraón un cofrecito con tarros de afeites para entregárselo a aquella mujer negra, pues no sabía qué más hacer y qué más obsequiarle, solo por ver florecer de nuevo en el rostro de Makeda la sonrisa por la que suspiraba cada día.

Cautivado por la reina, no había vuelto a llamar a ninguna mujer, esposa o concubina, a su lecho. A solas entre las sábanas, hacía sin parar el amor, en sueños o jugando consigo mismo, con un cuerpo negro y esbelto, de hombros más rectos, pezones más alargados y muslos más firmes que los de las mil mujeres que lo rodeaban, como un millar de puertas del Paraíso, abandonadas y despreciadas desde hacía tiempo. Imaginaba una y otra vez los labios negros, arrugados y pegajosos entre sus muslos, como los de las yeguas de raza, tan embriagadores como sus miradas, en las que se sumergía, derretido por la languidez, en las horas del ocaso. Muchas veces, después de las tardes pasadas en compañía de la reina en los jardines del palacio, acercando sus pechos, acercando sus bocas, respirando su aliento que olía a canela y hablándole con la cabeza en otra parte sobre los

dibujos de las alas de las mariposas y sobre cómo atrapan las ranas los insectos con la lengua, y sobre cómo aparecen las manchas en las uñas, el rey sentía en los testículos un dolor terrible. Mucho antes de que llegara el último día de estancia de la virgen en su reino, Salomón sabía que tenía que calmar su sed, se estrujaba la cabeza por encontrar la manera de que, siquiera la última noche, aquel pájaro adornado con las plumas más deslumbrantes, talladas en zafiros, topacios, minio y cinabrio, acabara por fin bajo sus caderas.

«¡Así no, así no!», le respondía Makeda en su pensamiento, sintiendo, junto a la oleada de amor que fundía todo en un solo instante feliz, la fuerza de tigre del hombre, la violencia y el ardor de su necesidad de desgarrar y profanar. «Sé tierno conmigo, rey, sé paciente con mi cuerpo todavía sellado. Con ternura y paciencia recogerás frutos más dulces y más maduros que con la furia divina de la carne. Arderemos algún día y las llamas siempre duelen, y nos dolerá más aún porque nuestros caminos se separarán. Disfrutemos ahora de las últimas horas de gracia, de las últimas palabras pronunciadas por unos labios amados, de la última caricia de unas manos cargadas de anillos. En sueños apoyaba mi cabeza en tu pecho y temblaba por un deseo inconfesado, y mi mano se deslizaba por tu vientre de guerrero, duro como la piedra, hasta el centro de tu poder. Y entonces te volvías y me envolvías en tu deseo. Pero incluso en sueños te he dicho "¡así no!", pues la unión no debe ser robada, sino que debe ser entregada por el cuerpo perfumado de la mujer. ¡Oh, señor, sé magnánimo, poderoso y sabio también en el dulce juego del amor, para que pueda ser también yo señora y no esclava!»

Y Salomón ordenó que la víspera de la partida de Makeda a su lejano país se celebrara una fiesta como no había conocido jamás Jerusalén y que reinara la alegría como en la Fiesta de los Tabernáculos y que todos pasaran a mostrar sus respetos al Señor, al rey y a la reina extranjera. Y que todas las calles fueran adornadas con valiosos estandartes colgados en ventanas y terrazas, con flores de todas las clases y colores, con hogueras en todas las encrucijadas y con música, baile y bebida. Veinte mil efas de trigo y diez mil cántaros de vino y la carne de siete mil ovejas y cabras sacrificadas al Señor se repartieron entre la muchedumbre en nombre del rey, se arrojaron puñados de siclos de plata por las plazas, y las putas, pagadas por los hombres del señor, recibieron gratis aquella noche a todo el mundo. El palacio estaba también iluminado por cientos de antorchas de la mejor cera, y en el banquete imperial se sirvieron raciones dobles. Bailarinas desnudas bajo los velos, con tatuajes azules en brazos y muslos, con plumas de avestruz trenzadas en sus cabellos espolvoreados con oro, se contoneaban ante los comensales, mostrándoles todos sus ángulos ocultos, desde las axilas almizcleñas hasta los nidos del placer

perdidos en el delta de vello rizado. Hombres desnudos hasta la cintura, con las mejillas, las narices chatas e incluso los labios decorados con tinta azul, tragaron llamas y lucharon con sables curvos en una danza en la que cada movimiento estaba cuidadosamente calculado para que todos siguieran el ritmo y no fallara ninguno. Trajeron loros que hablaban con voz de eunuco y monos de colas retorcidas que gritaban mostrando sus fieros colmillos.

Los manjares servidos ante los comensales no tenían siquiera nombre, pues se había recurrido a las más extrañas maneras de freír, asar, cocer y, sobre todo, decorar la comida encontradas en los pueblos lejanos. La mantequilla brillaba sobre las carnes marrones y rosadas, y habían esparcido en abundancia pimienta, azafrán, jengibre, cúrcuma, coriandro y nuez moscada, que valían al peso tanto como las piedras preciosas. Frutas abiertas y peladas, higos violetas de sicomoro, largas tiras de dátiles, granadas de un tamaño extraordinario con semillas como rubíes y uvas de granos amarillos que estallaban dulces entre la lengua y el paladar se mostraban jugosos y maduros a los comensales, en grandes cestos repartidos por todos los rincones. El vino dulce y embriagador se bebía en copas de plata que no estaban nunca vacías; solo el rey y la reina extranjera tenían copas de oro.

No hablaron demasiado durante las horas que pasaron juntos a la mesa, pues la música y los gritos de los bailarines tapaban las voces, pero se miraban a los ojos y se devoraban el rostro, les costaba mantener el decoro, y con eso era más que suficiente. Ella estaba vestida aquella última cena con un vestido que no se había puesto nunca en Jerusalén, reservado precisamente para la velada de despedida: lo formaban miles y miles de delgados eslabones de oro, y bajo aquella camisa de oro blando, escurridizo, brillante, que formaba lunas broncíneas en cada curva de su cuerpo de niña, solo tenía un velo de seda teñido en púrpura de Kittim, ceñido en torno a las caderas. Brillaba como una llama viva a la luz de las enormes antorchas. Destelleaba en su frente negra una cadena de perlas, y un gran aro de oro, con un zafiro como la bóveda celestial en toda su pureza, le atravesaba el orificio izquierdo de la nariz. Los labios prominentes, africanos, los había pintado del raro color de la piedra de azur, y prendidos al lóbulo de sus orejas colgaban unos tintineantes pendientes de ámbar, regalados la víspera por el rey. En las bolas de ámbar se podían ver insectos inmóviles y arañas con las patas extendidas, como a punto de salir corriendo.

Makeda recibió en aquella cena regia, más fastuosa que todas las demás, carnes especialmente sazonadas y pasteles de miel y nuez de esos que había que atemperar luego con mucha agua, pues de lo contrario el ardor en la garganta se volvía insoportable. Derretida de

amor y sufrimiento —todo había terminado y al alba emprendería el viaje hacia un país que ya no significaba nada para ella—, no reparó en ello y siguió comiendo, tomando de vez en cuando un sorbito de vino tinto espumoso. Era la artimaña de Salomón, que había encontrado, por fin, tras mucha zozobra, una vía hacia el ansiado cuerpo de la doncella, obedeciendo el consejo de su hombre de confianza.

Al final de la cena, a medianoche, cuando los músicos, postrándose e inclinando la cabeza hasta el suelo, terminaron la función, los comensales se levantaron pesadamente de las mesas y se marcharon tambaleantes y riéndose más de lo permitido, el rey se volvió hacia Negest Makeda. La miró a los ojos con todo el amor del que se sentía capaz, tomando su mano entre las suyas, y le pidió, con voz temblorosa, que pasara esa última noche en sus aposentos. No en el mismo lecho, se apresuró a añadir, porque la joven lo había mirado con el ceño fruncido, sino en lechos situados a uno y otro lado del amplio dormitorio, de tal manera que nada indecoroso podría suceder. Quería tan solo, de este modo, ofrecerle a la reina una señal de su aprecio y amistad, como de señor a señor, que consideraba apropiado mostrarle, aunque (se apresuró a añadir) no era su costumbre y no lo había hecho con nadie más en este mundo.

La joven dejó su mano entre las suyas, pero no respondió a su apretón. Las palabras del rey le habían atravesado el corazón. Sabía, sabía ya desde entonces lo que iba a suceder, y sabía que así no. Pensó largo rato antes de responder y, cuando lo hizo, su voz era firme y sus ojos miraban fijamente, inocentes y transparentes, los de Salomón.

—Insigne majestad —comenzó ella—, soy tu humilde esclava, estoy completamente a tu merced. Mi honra y mi vida penden de una señal tuya. Solo tu inmensa benevolencia ha hecho que me acojas en tus dominios, adonde vine no por conocer tu reino, por muy prodigioso que sea, sino para sorber tu sabiduría, de la que había oído decir maravillas. Has superado mil veces lo que se dice de ti, y me has asombrado, y me has hecho venerar cada palabra pronunciada por tu boca, y tu regia manera de adornar de verdad y razón cada instante de la vida, y tus buenas acciones para con los perseguidos, pues jamás has atormentado a las viudas ni a los huérfanos. No sé qué apreciar más en la ordenación de tu país, en la organización de tu piadoso pueblo, en el poder supraterrenal de tu Dios que descansa sobre querubines, y que a partir de ahora es también mi Dios.

»Precisamente en el nombre de Dios, cuyos ojos y oídos están en el Templo, quiere tu esclava hacerte una petición. Quiero que me jures, magnánimo rey, que no me tomarás por la fuerza si duermo en el mismo aposento que tú. Yo no conozco varón, y es mi deseo consentir yo misma mi primera dulce entrega entre esas que el Dios de Israel

nos ordenó cuando dijo: “Creced y multiplicaos”. Pues es la obligación y el orgullo de cada mujer tener hijos, y no hay nada más vergonzoso que una mujer estéril como un árbol seco, aunque el Señor puede hacer milagros y retirar incluso el desprecio que pesa sobre las mujeres yermas, como hizo con Sara, porque para Dios todo es posible. Así pues, rey magnánimo, jura por tu vida que no me forzarás esta noche, que no regresaré infeliz y humillada a mi reino.

—Alabada reina Bilqis Negest Makeda—le respondió Salomón, acercando aún más su rostro al de ella y apretándole la mano, sin pensar en los anillos que la lastimaban—, eres la más bella, la más atractiva y la más sabia mujer que mis ojos han visto nunca. Solo te puedo comparar con mi madre Betsabé, famosa por su cuerpo esbelto por el que mi padre, David, cometió un pecado grave, pues mató a su esposo en la guerra para poder llevarla a su lecho. Ese pecado no le gustó a Dios, que lo amonestó a través del profeta Natan, de tal manera que mi padre no obtuvo el derecho en vida de erigirle un templo al Señor. En cambio, su dolor ante Adonai arrancó de su corazón el salmo de arrepentimiento más fervoroso del libro sagrado: «Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad, por tu inmensa bondad borra mi delito, lávame a fondo de mi culpa, purifícame de mi pecado. Pues yo conozco mi delito, mi pecado está siempre ante mí; contra ti, contra ti solo pequé, lo malo a tus ojos cometí». Mi padre, David, se comportó verdaderamente mal y se arrepintió de todo corazón, aunque yo pienso que así estaba escrito, pues de Betsabé debía tener un heredero en el reino de Judea y yo, que estoy ahora ante ti, soy el fruto de su amor por esa mujer deseada, que solo a través del pecado y la vileza pudo conseguir. Nada más lejos de mí que seguir sus pasos, sobre todo porque conozco su error y el salmo que cantó en la desgracia.

»Mira, teniendo en cuenta el pecado de mi padre, que no quiero repetir yo, te juro por mi vida que no te tomaré por la fuerza y que ni un dedo mío te rozará en contra de tu voluntad si aceptas pasar la última noche en Jerusalén en mis aposentos. Sin embargo —añadió Salomón siguiendo el plan puesto en marcha con su consejero—, tendrás que jurarme también tú que no intentarás llevarte de mi habitación algo que me pertenezca.

La reina creyó al principio que la engañaban sus oídos, pero al instante se ruborizó, tan asombrada y herida en su orgullo que olvidó la sumisión debida al señor de Judea.

—¿Qué disparate es ese, ilustre rey? —gritó la reina—. ¿Crees que después de todas las bendiciones, la gloria y los regalos que he recibido de tu generosidad cometeré la necedad de robar algo tuyo? ¿Así conoces a tu esclava? Recuerda, oh, señor, con quién estás hablando, pues soy reina como tú y en absoluto menos honrada ni

menos decente. Te suplico que tengas la magnanimidad de dejar a un lado esos prejuicios que no vienen del Señor, sino de los demonios, y yo los olvidaré, pues soy indulgente con quienes me faltan al respeto si se arrepienten de sus palabras.

—Así es, y no quiero de ninguna manera incomodarte ni rebajar ninguno de tus numerosos dones, que aprecio mucho más que los de cualquier otra mujer, sobre todo tu sabiduría y el conocimiento exhaustivo de los textos antiguos que me has demostrado con creces, pero está entre las costumbres de este país que cada huésped, al final de su estancia, jure que no va a llevarse ninguna de las pertenencias del rey en su viaje de regreso. Esta costumbre fue implantada por nuestros antepasados para que nadie pudiera ser sospechoso de robo, sea con motivo o no, como está escrito que fue sospechosa Raquel, justificadamente, del robo de los ídolos de su padre, y más adelante Benjamín, que fue injustificadamente acusado del robo de la copa de su hermano José cuando se encontraba con su padre Jacob, y con todos sus hermanos, en Egipto.

Makeda sentía en su fuero interno que el rey le estaba mintiendo y que perseguía un objetivo turbio con todo ello, pero, puesto que estaba aturdida por el amor, por el vino tinto del banquete y, sobre todo, por los ojos de aquel al que consideraba por encima de todos los hombres, cayó en la trampa con una facilidad por la que más adelante, en las largas noches de insomnio en la ardiente Etiopía, se abofeteó a menudo llamándose estúpida y puta, pues sabía muy bien que ella misma, no solo el rey, ardía aquella noche en deseos de acoplarse y, en lo más profundo de su ser, sabía que la noche de amor no podía ser evitada. Así que, tras pensárselo un momento, le juró al rey lo que le había pedido.

Cuando entraron juntos a la habitación, el lecho de la reina estaba ya preparado, algo que desagradó a la joven. «¡Así no!», dijo para sí, pero entró, de todas formas, acompañada de Migibi y dos sirvientas judías, tras la mampara que representaba, magistralmente pegados al delgado papiro de color azul, pulpos y barcos de una sola vela, recortados en marfil de brillos rosados. Antes de acceder a aquel rincón para dejarse despojar de la ropa, para que la lavaran y la ungieran con perfumes y la vistieran de nuevo con un vaporoso camisón de algodón, Makeda alcanzó a ver por el rabillo del ojo cómo el criado colocaba en la mesita del centro de la estancia, entre las dos camas con baldaquino de ébano, una jarra de cobre lleno de la más pura agua de manantial, junto a la que un hombre de cabeza rapada colocó una copa de oro. Detrás de otra mampara, apenas visible en la habitación iluminada por una única vela de cera, el rey vistió también su ropa de dormir: una larga casaca de lino delgado que le llegaba hasta los tobillos. La abertura del cuello y los puños de las mangas

estaban rematados con fino hilo de oro. Un solo vistazo consiguió echarle la reina y su majestuoso porte atravesó de nuevo su corazón, pues Salomón, descalzo, con su larga y ligera vestimenta, era un hombre grácil y fuerte, con una mirada ardiente y una barba todavía negra como el ébano, maravillosamente recortada con tijeras. Se acostó cada uno entre sus sábanas, a veinte metros de distancia. Un sacerdote apareció de la nada y pronunció una breve oración para que el Dios de Israel velara el sueño de los dos alabados señores. Salió luego de la luz y desapareció en la nada de la que había surgido. Las criadas y los criados abandonaron la estancia, y el último, con la cabeza rapada, cubriendo la llama de la vela de cera con un pebetero de bronce, salió también, con un breve relámpago luminoso, de la habitación. El rey y la reina extranjera quedaron sumidos en la más absoluta oscuridad.

—Que tenga mi señor buenos sueños —susurró la joven, y el rey respondió algo indistinguible. Luego se hizo el silencio.

Salomón acechó en la oscuridad absoluta un par de horas que se le hicieron interminables. Dio vueltas y más vueltas entre las sábanas como si tuviera calentura, acariciándose su hombría dura y ardiente a través del camisón húmedo. Se esforzaba sin embargo por alejar de su pensamiento el cuerpo de Makeda para no liberar la simiente entre las sábanas y quedar impotente y ridículo cuando llegara el momento. De vez en cuando se detenía y escuchaba: la joven respiraba pausadamente, se había quedado dormida casi de inmediato, vencida por la pesadez de la comida y por el vino tinto. Del lugar que ocupaba llegaba un aroma a menta fresca y al almizcle de sus axilas y de su vientre.

Transcurrieron unos minutos largos, angustiosos. Desde hacía un rato, el rey había empezado a perder la paciencia y pensó si no sería mejor dejar también que su cuerpo y su mente cayeran en brazos del sueño, caldeado y desmadejado como estaba entre las sábanas, en una oscuridad total. Luchaba con las pestañas pesadas, con los miles de rostros que aparecían debajo de los párpados ante la llamada del desconocido dios de los sueños y de la profecía, y con el plomo del cuerpo agotado, cuando su oído captó de repente un levísimo movimiento en el otro lecho. La dulzura del sueño se esfumó al instante y el hombre volvió al acecho como un leopardo agazapado en la hierba, a unos pocos pasos tan solo de la gacela que ha venido a hundir su gracioso hocico en las aguas azules de la sabana.

Makeda se despertó, ciertamente, en mitad de la noche, con una sed que no había sentido jamás. Creía que moriría si no la saciaba en aquel instante. Sin espabilarse del todo, no podía pensar en otra cosa que en la jarra de bronce en la que había visto, antes de acostarse, cómo vertía el criado agua pura, agua fría, agua ligera y cristalina del

manantial. Su tintineo al caer en la jarra le parecía en el recuerdo un canto angelical. La superficie blanca y ondulante del agua, a punto de ser perturbada por los labios que beberían de ella, era para la reina la imagen misma del paraíso. Retiró suavemente la sábana y se levantó de la cama. La oscuridad era total, pero la reina sabía dónde debía de estar la mesita, porque se encontraba precisamente entre los dos lechos. Se puso en pie descalza y se dirigió, pisando tan delicadamente como pudo, flotando casi sobre las losas de piedra tibia, hacia la ansiada agua. Impaciente, tanteando el aire con los dedos extendidos, dio un paso más, y sus pantorrillas tocaron de repente, con un ruido casi imperceptible pero que, en el silencio absoluto, le sonó a la reina como un tintineo de armas, el borde de la mesita de madera. Se detuvo y esperó un instante, atenta a la cama del rey, pero de allí no llegaba sonido alguno. Palpó luego el borde de la jarra y mojó los dedos en el agua. Se los llevó a los labios secos, lamiéndolos con ansiedad. Con la garganta abrasada por los condimentos de la cena, se olvidó de todo lo demás: agarró la copa de oro por el pie. La hundió en la jarra y la sacó rebosante de agua fría y se la llevó rápidamente a los labios, como si le fuera la vida en los sorbos largos, ininterrumpidos, que siguieron. La reina hundió tres veces la copa en la jarra y la sacó cada vez llena hasta los bordes, y tres veces seguidas la apuró, calmando la sed. Pero, cuando quiso depositarla en la mesita de madera para regresar de puntillas a su cama, una mano fuerte atenazó, en la oscuridad, su muñeca, dándole un susto de muerte.

Muerta de sed, presa de la mezquina trama del rey, Makeda se había olvidado por completo de su compañero de estancia. El hombre la abrazó firmemente por la cintura en la oscuridad, y en el rostro sintió su barba y en la sien su respiración. Se agitó para zafarse y el rey la soltó de buena gana, pero seguía sujetándola por la muñeca de la mano en la que sostenía todavía la copa.

—Has quebrantado tu juramento y te has escabullido como un ladrón para robar lo que es mío, la copa de oro que guardo de mis antepasados —le susurró el hombre con la voz grave y decidida que tanto amaba la reina—. Por ese motivo me has excusado también a mí de mi juramento. ¡Entre nosotros pasará lo que tenga que pasar, pues jamás una doncella me ha perturbado como me perturbas tú, Makeda, a la que quiero más que a mi propia alma! ¡Oh, Makeda, ven a mi lecho para que pueda conocerte! ¡Ven de buena gana a mi pecho que arde por ti!

La voz del rey se volvió apasionada, profunda, áspera y ronca como el rugido lejano de los leones en el desierto. La joven sintió su hombría contra su vientre y se sintió de repente desgarrada por el deseo. Desbordante de pasión, sintió cómo se escurría por su cuerpo un aceite dulce que mojaba sus labios ocultos y se deslizaba por los

muslos. Salomón le soltó la muñeca y la dejó elegir. Había jurado además ante Dios que habría dejado a la joven regresar intacta a su cama si así lo hubiera querido ella, pero ni él mismo se creía ese juramento. Pues su corazón no pertenecía enteramente a Jehová, sino también a los oscuros demonios de los deseos carnales.

—Oh, rey —mascullό ella con voz ahogada—, no tenía que ser así. Así no… tenía que…

Pero su voz calló, y su cuerpo se dirigió él solo en busca de aquel al que deseaba, en ese instante, mucho más de lo que deseaba vivir. Tendió las manos y sintió su pecho a un paso de ella. Abrazó de repente al rey, se pegó a él y empezó a acariciar los fuertes músculos, de guerrero, de sus hombros, a besar su poderoso cuello, no como una mujer que se abandona en brazos de su amado, sino como un hombre que toca y aprieta apasionado las curvas de su mujer. Sus manos parecían tener voluntad propia, distinta de la de la doncella, que las hacía moverse hambrientas de amor por el cuerpo del hombre, por sus pequeños pezones y por su firme vientre y sobre el miembro entre sus caderas, apretándole los testículos y sujetando, no como una virgen, sino como una concubina que domina a la perfección el arte del acoplamiento, la barra dura y húmeda que se erguía bajo su vestimenta de lino. Desde que había llegado a Jerusalén, había soñado decenas de noches, levantándose la camisa hasta los muslos y acariciándose hasta lanzar un grito ahogado en el lecho solitario, con lo que, precisamente, estaba ocurriendo ahora. Lo tomó de la mano y lo llevó hacia su lecho con una fuerza que asombró al rey.

Aquella noche Makeda poseyó al rey, en su lecho, incansable e implacable, durante horas. A Salomón le pareció una diosa pagana, tal vez la propia y maldita Astarté, con miles de brazos y miles de tetas y miles de labios y una lengua que se paseaba por todo el cuerpo del rey, y con apasionados gemidos y arrullos que despertaban de nuevo su hombría después de cada desmayo, pues cinco veces se vació hasta el alba en su hendedura femenina, y ella acompañó sus gemidos con unos gritos que se escucharon seguramente en todo el palacio, ya que no era necesaria precaución alguna desde el momento en que en el mundo solo estaban ellos dos, en el corazón de su rosa de pasión, muslos, tetas, miembros empinados y testículos y bocas que se buscaban sin cesar en la oscuridad densa, absoluta.

Se quedaron dormidos quién sabe a qué hora de la noche, completamente extenuados, y abrieron los ojos solo cuando el mismo sirviente secreto entreabrió con timidez la puerta, por la que se derramó sobre sus cuerpos la tierna luz del mediodía, para sorprender, abrazados, a un hombre blanco como la regalado en otra época el rey y un llanto incontenible sacudió su cuerpo.

21

En el mes de agosto del año 1834, en una canícula tan insoportable que todos los vecinos, desnudos como vinieron al mundo, se bañaban juntos al mediodía —mujeres, niños y hombres hechos y derechos— en el Dâmbovița, entre bandadas de ocas y cadáveres de perros y porquería de toda clase, de tal manera que las enfermedades no abandonaban sus cuerpos pringados de lavazas, te aburriste de hacer cafés con nata y de preparar las pipas del señor Tachi en su mansión de Ulița Beilicului, pues eras ya un mocetón que no solo suspiraba ahora por las faldas de las rameras y las faldas plisadas de las gitanas, sino también por cumplir su destino en este mundo, que no era un destino cualquiera.

Anhelabas las grandes hazañas, pero no sabías dónde podías encontrarlas. A menudo, embriagado de afion y lleno de sueños de nobleza, te tumbabas en algún soportal con la cara apoyada en las manos, preguntándote con amargura: ¿habría soportado el grandioso Alixandru Machidon pasear el *ibric* de su señor por la arena caliente, poniendo buen cuidado en que no hirviera el café en el fuego? ¿Se habrían conformado los caballeros de aquella época de bravura, vestidos con cota de malla, con las pelanduscas sin lavar y piojosas del Puente de los Menesterosos? ¿Habría llenado *Napollón Buenaparte* el narguile de algún boyardo con tabaco y con afion del fuerte, venido de China? Los hombres ¡lustres de este mundo habían sido guiados siempre por la arrogancia y los sueños de grandeza, y solo gracias a ello habían conseguido las coronas y el nombre de emperadores, para permanecer siempre vivos en las historias de los viejos. Y tú, un mozo de casi diecisiete años, te sentías tan inútil y avergonzado como Heracles el de los cuentos de tu madre, Sofiana, cuando la reina Omfala lo vistió como a un bobalicón con ropas de mujer y le puso la rueca y el huso en las manos. Tenías que escapar, a cualquier sitio, o quitarte la vida por tanta amargura, pues te habías cansado de ser criado y no podías soportar la mansión del señor Tachi.

«Señor Jesucristo —habías llegado a rezar, arrodillado, cada amanecer, sin saber qué espíritu lo animaba—, hazme, gracias a Tu compasión, un gran hombre famoso: ¡así como eres Tú Rey en los

cielos, sea yo también rey en la tierra! Si quieres hacerme rey, Te glorificaré, y Te construiré monasterios, y traeré músicos para que Te canten y poetas para que alaben Tus hazañas, como no ha habido en ningún otro reino, por muy grandioso y afamado que fuera. Y los pintores pintarán Tu rostro mil veces más grande y más deslumbrante que en la iglesia de Ghergani, donde por primera vez, cuando era niño, vi Tus ojos azules clavados en los míos. Y danzaré con toda mi alma, como David, ante Ti, sin avergonzarme ni dar explicaciones a nadie.»

Embriagado por el veneno de las cápsulas de amapola, olvidabas guardar la compostura y aullabas como el insensato que eras:

—Conviérteme, Señor, en el Rey Azul que no aparece en los cuentos, pon tus manos sobre mí y bendíceme, y yo te entregaré el diezmo de todo lo que gane, como compensó Abraham al rey de Salem, Sacerdote Eterno del Altísimo, cuando regresó de la batalla de los Cinco Reyes. ¡Tú, que fuiste ungido como gran sacerdote a la manera de Melquisedec, úngeme a mí también con la mirra de Tu cuenco esmaltado y rodeado de estrellas!

»Y si no cumples mis deseos, pediré ayuda a otras potestades que se encuentran, según las palabras del apóstol san Pablo, también en los cielos: “Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en el aire”. Y estos espíritus voladores, que viven en los cielos al igual que Tú, la atenderán sin duda, incluso aunque pidan mi alma para ello.

Pues ¿qué era el alma? Absolutamente nada: «Desentendeos del hombre, en cuya nariz solo hay aliento», dijo, inspirado por el Espíritu, Isaías.

Soñabas luego con *Napollón*, que había muerto en la isla de Santa Elena cuando tú tenías solo tres años y te agarrabas todavía a las faldas de tu madre. Petrache tenía un libro grueso lleno de mapas de guerra y fotos de cabezas coronadas en el que te leía de vez en cuando sobre el famoso emperador de los franceses. Junto con *Alixandru* a lomos de Bucéfalo, también *Buenaparte* era ahora tu dios, pues empezó desde abajo, como tú, y llegó hasta lo más alto, como un halcón intrépido, hasta que tomó con sus manos la corona de oro, piedras preciosas y terciopelo rojo y se la colocó orgulloso en la cabeza. Venció a los austríacos y a los alemanes a lo largo y ancho de Europa y se adentró en la infinita Rusia, donde el General Invierno, como le había sucedido al pacha Arcoș de la antigüedad, vino a meter en cintura a sus soldados, de tal manera que a duras penas escapó con vida. Y luego los ingleses lo derrotaron tanto en el mar como en tierra firme, para acabar enviándolo a la isla donde conoció su final.

Al oír hablar sobre ejércitos y regimientos, y escopetas con

pedernal, y el humo y la confusión de las batallas, y veleros que se enfrentaban en la superficie de las aguas, pero, en especial, sobre el hombre del bicornio que convertía sus deseos en ley, te hervía la sangre en las venas y perdías la paciencia: creías sin atisbo de duda que también tú, llegado el momento, te coronarías a ti mismo, tomando la corona de las manos de algún pope, y que tus actos quedarían recogidos en un libro idéntico al de *Napollón*, para que vivieran por los siglos de los siglos. Para eso era suficiente desearlo, desearlo con toda tu alma, con todo tu corazón, con todo tu pensamiento y con todas tus fuerzas.

En época del vaivoda Ipsilantis, te contaba también el señor Tachi cuando lo pillabas de buen talante, los valacos patriotas decidieron enviarle una delegación a *Napollón Buenaparte*, el nuevo emperador de Europa, coronado en el año de 1804, para que fuera consciente en primer lugar de que había en el mundo un lugar llamado Valaquia, del que nadie parecía saber nada, como si ni siquiera existiera, y en segundo lugar de que ese país gemía bajo el talón de los griegos de Ipsilantis, que deslomaban a los pobres valacos, así que aquellas desgraciadas lombrices de la tierra depositaban sus esperanzas en el gran *Napollón* para escapar del terrible dragón.

Fue elegido mensajero, entre los boyardos sublevados, el atildado vórnic Dudescu, un hombre conocedor de idiomas y erudito, gran patriota, conocido enemigo de los griegos, pero también putero y un tanto chiflado; sin embargo, ¿qué otra cosa podían hacer? Los demás no sabían ponerse un frac ni decir siquiera buenos días en francés. Así que los boyardos le entregaron a Dudescu un saco grande de dinero y piedras preciosas, a duras penas reunidas entre los prestamistas, y lo embarcaron en un velero en Giurgiu. «¡Ojalá tenga éxito la delegación esta vez —bromeó en la despedida el viejo gobernador Pană Filipescu, que había visto muchas cosas a lo largo de la vida—, porque con menudo pie empezamos el oficio diplomático hace tres siglos, con el secretario Tăutu, el de alegre recuerdo! A este, cuando viajó a Constantinopla y fue recibido por el visir, le sirvieron un café ardiente, pero él no sabía lo que era el café. Así que brindó con la porcelana como si fuera vino, diciendo "¡larga vida al visir!" y, al tragar, se quemó tanto la lengua que no pudo decir una palabra más.»

Sin embargo, tampoco con el vórnic Dudescu se libraron de la vergüenza los valacos, porque él también hizo una bien gorda. Al llegar a París, justo cuando estaban poniendo los cimientos del Arco del Triunfo, se enteró de que el emperador se encontraba ausente, pues estaba en aquellos momentos con su ejército en los territorios polacos. Esperó y esperó el vórnic, paseándose por la Ciudad de la Luz, hasta que se le agotó la paciencia. Se dedicó entonces a jugar y a desmadrarse, gastando a manos llenas, en lupanares y salas de juego,

tanto dinero —dinero reunido por los valacos con su esfuerzo— que se asustaron incluso los franceses, los cuales no se asustan fácilmente, pues, al fin y al cabo, es conocido que las modistas de París no se ganan el pan solo con la punta de la aguja, sino también con el agujero. Dos años transcurrieron sin que el boyardo viera a *Napollón*; trajinó, en cambio, por los salones, colocando esmeraldas y zafiros en las servilletas de cada comensal importante, generales y marqueses, y sacando por arte de magia doblones de oro del pecho de madame de Récamier o de la oreja del conde de Besensac.

Como ni así logró transmitir su mensaje, el boyardo decidió organizar algo apoteósico y trasladar a Versalles un trocito de Valaquia tal y como la imaginaba su añoranza de las nieves infinitas de su patria. Para ello, con los últimos doblones que quedaban en el saco compró diez carros cargados de azúcar puro, de grano grande y brillante como el diamante, y cubrió con un palmo de azúcar grueso el sendero que rodeaba toda la longitud del palacio. Se deslizó así, en pleno verano, en un trineo pintado en colores alegres, tirado por cuatro ciervos de cuernos enormes que se reflejaban en los grandes ventanales bajo el sol del mediodía. La nieve de azúcar brillaba, los ciervos resollaban, las campanillas tintineaban, y el boyardo, con su pelliza, un gorro ruso en la cabeza y las riendas en la mano, ofreció la cantimplora a todos los franceses y francesas que contemplaban boquiabiertos el inaudito espectáculo, al tiempo que gritaba en rumano unas palabras incomprensibles. Al oír semejante disparate, dicen que *Napollón*, que estaba cenando en Malmaison, rio a mandíbula batiente y a punto estuvo de ahogarse con la perdiz al coñac que estaba engullendo, con huesos y todo, en aquel preciso instante. Pero, lo que es recibir, nunca recibió al boyardo de la salvaje Valaquia.

Después de malgastar todo el dinero, hasta el último doblón de oro que le quedaba, el vórnic Dudescu regresó al cabo de tres años, con el rabo entre las piernas, a su casa de Bucarest, por Dealul Spirii. Los valacos no se enfadaron con él, pues, aunque no había podido presentarle sus quejas al emperador, el alcaide no regresó de la Ciudad de la Luz con las manos vacías: trajo de París la receta de la lengua de buey con pasas al ron, mucho más apreciada que cualquier buena nueva por los glotones valacos, que desde entonces tuvieron al desafortunado diplomático en la más elevada consideración. Trajo asimismo consigo, en calidad de embajador de Francia en Valaquia, al general Claude Carra de Saint-Cyr, un hombre corpulento y atractivo, con el orgulloso uniforme imperial cosido en hilo de oro, que permaneció en Bucarest un par de meses, volviendo locas a las señoras de la miserable urbe, ya fueran mujeres corrientes o grandes damas, pues, al igual que las francesas, también ellas tenían corazón. Tenían

también una sola ceja, de una oreja a otra, lo cual las hacía más atractivas todavía; este era el signo de la famosa belleza valaca. Cuentan que el general no podía soportar ese detalle del rostro de las mujeres de la capital, ni los lunares de terciopelo negro que se pegaban sobre el labio superior o en la barbilla, por lo que las obligaba a darle la espalda.

Un cuarto de siglo más tarde, muchos hijos de las damas se parecían como gotas de agua al general de SaintCyr, y la lengua de buey, pelada y cortada en gruesas rodajas, cocida en vino blanco y aderezada con pimienta, granos de mostaza, cilantro y hojas de romero, cubierta luego de pasas, no faltaba los domingos en la mesa del señor Tachi, que se moría por ese plato. Marița vigilaba la cocina con tal rigor y orgullo que las lenguas le salían perfectas y los invitados se chupaban los dedos y pedían más. El pesado aroma de la comida que invadía entonces toda la casa te resultaba insoportable, pues en Ghergani, cuando tenías tres o cuatro añitos, un buey te dio un lametazo en la cara mientras jugabas en el establo y te llevaste un susto de muerte.

Así que el 14 del mes de agosto, el domingo del santo profeta Miheia, hiciste acopio de valor y escapaste de la mansión para siempre. Te dirigiste directamente a la Agía, donde tu benefactor, el señor lancu, te reconoció y te aceptó gustoso esta vez, pues vio que te habías convertido en un mocetón dos veces más alto que él. Poco quedaba del chiquillo que se había enamoriscado de la hija del vaivoda Dimitrie Ghica, aunque no te separabas del ¡cono que llevabas en el pecho, como lo llevarías toda tu vida, antes de arrojarlo al fuego con todo lo demás en Magdala, y de introducirte el cañón de la pistola en la boca para acabar con todo lo de este mundo, que es tan solo un sueño.

La Agía se encontraba por aquel entonces en una casa grande de dos pisos en el Puente de Mogoșoaia, frente a la posada de Filaret, y podías encontrar allí tantos agentes como bandidos de los que asaltaban por los bosques infinitos del país, pues eran los mismos. En el piso inferior, si franqueabas al guardia de la puerta, se abría un corredor largo y tortuoso con dos habitaciones grandes. En una de ellas colgaban de un clavo, en la pared, las ropas andrajosas de los bandidos, unos treinta capotes peludos para cuando lloviznaba en el monte, y, en las baldas inferiores, abarcas de hombres simples y unas vendas para envolver los pies. También había allí dentro escopetas en forma de embudo y pistolas de la época de los pachas de Vidin, con empuñaduras de marfil. A menos de diez pasos por el corredor estaba la otra estancia, esta vez con los orgullosos uniformes de la Santa Hermandad, sombreros con plumas de gallo y botas reforzadas, rusas, en el espejo de cuya puntera negra como el ébano podías rizarte el

bigote. Los mozos de la Agía, unos rufianes que se las sabían todas, se dividían cada mes en dos grupos. Algunos, disfrazados de bandoleros, asaltaban el camino principal y todas las mansiones alejadas que encontraran a su paso, donde atormentaban a los pobres cristianos poniéndoles huevos ardientes en los sobacos y guindillas en el trasero para que les confesaran dónde habían escondido los *krajcar*,[34] y a las mujeres, ya fueran mozas enteras, casadas o ancianas, las deshonraban todos a la vez, cubriéndoles la cabeza con un trapo. Tras ellos venían los demás, de uniforme, con botas y armas estriadas, y comenzaba entre ellos tal gresca que parecía que los montes se estuvieran peleando, pero sin munición en las escopetas y pistolas, solo fogueo, que hacía mucho ruido; después algunos bandidos fingían caer muertos gritando «¡Me has matado, perro!» o «¡Ay de mí, me has dado, mal rayo te parta!», otros se dejaban apresar y eran arrojados en carros, atados como fardos, y también en carros era conducido a la Agía el botín arrebatado a los ladrones, un cofre lleno de táleros, ducados, *krajcar*, héller, francos, escudos, soles, *mahmudes, icosari*, rublos y otras monedas de oro y plata, e incluso monedas de esas agujereadas, ensartadas en un cordel como las rosquillas. Cuando llegaban en carros a Bucarest, los muertos vivos eran enterrados ante los ojos de la gente, en ataúdes vacíos, y los hechos prisioneros eran o bien enviados a la mina, a cortar sal —adonde tampoco llegaban jamás—, o bien a la horca en el mercado de ganado de Obor, donde una multitud de mirones se reunía para ver a los ladrones en el cadalso, pero no eran colgados por el pescuezo, sino con la cuerda pasada por debajo de las axilas y sacada por el cuello de la camisa, para que no se viera. Estos caían al polvo, con el lazo al cuello y los ojos en blanco, sacando una lengua del tamaño de un codo, pero luego eran retirados de la vista de la gente y puestos de nuevo en pie por sus camaradas de la Agia. Y así iba todo sobre ruedas, los cofrades se intercambiaban con los bandidos cada mes, a lo largo del año, para la satisfacción general. El gran agá de Valaquia, el señor Iancu —que no era otro que Jianu, el temido bandolero del bosque—, se llenó de condecoraciones que no le cabían ya en el uniforme, así que la última se la prendió bajo el cinturón de los pantalones y se le clavó donde no debía. Y el propio vaivoda le entregó a la Agia de Bucarest un estandarte en el que aparecía la imagen de la Anunciación, en señal de reconocimiento por la heroica lucha que los agentes mantenían en los bosques, poniendo en peligro su propia vida, en contra de los odiosos salteadores.

Precisamente el primer día en que te integraste en aquel sistema tan bien engrasado, coincidiste también con el embustero de Jian, que esperaba obediente en un banco frente a la estancia del agá. En cuanto te vio, Hanț Himmeldorfer, el famoso cantante de Koloszvár, te

reconoció, pues para retener la escritura de la música fina hacía falta mucha memoria y se levantó, alto y ruborizado como una doncella, para recibirte. Como había viajado mucho por los valles de Valaquia abarrotados de aldeas, había aprendido bien el rumano; parloteasteis sobre Sălcuța y el belén, sobre los bandoleros y el agá lancu, y el músico alemán te reveló que, de vez en cuando, a cambio de bastante dinero, bajaba todavía por las tierras transilvanas con sus compañeros del coro para mantener viva la historia de Jianu gracias a las bellas baladas y las buenas acciones, con regalos para las mozas casaderas y entierros con rama de abeto para los mozos fallecidos célibes.

Y así tomaste el camino del bandolerismo mientras eras también soldado, de tal manera que por la mañana, cuando abrías los ojos, no sabías si ibas a ver la copa de un abeto, con el alfanje colgado de una rama, en un paisaje mirífico, o el escritorio con sellos de lacre y enseres de escritura que se encontraba junto a tu cama en la Agía. Estabas seguro de que verías, sin embargo, a tus tres camaradas de Ghergani, a los que encontraste con sumo gusto al servicio de *kir* lancu, los capitanes de mercenarios Ghiuner el tártaro, Sisoe, que también había abrazado la vida de bandolero por culpa de la señora Marița, cada vez más infatigable y más apasionada los últimos años, de tal manera que el pobre pintor escuálido llegó a merecer su nombre con mayor motivo, y el infeliz Petrache, que también por culpa de Marița se había refugiado en los bosques impenetrables para evitar el sufrimiento de su corazón. Pues ¿qué tormento y pesar mayor tiene el hombre que el amor no correspondido?

A decir verdad, la instrucción militar te desesperaba, y tampoco te gustaba vestir el uniforme, aunque se ajustara tan bien a tus hombros anchos, con la camisa blanca debajo, por la que asomaban los rizos negros de tu pecho de guerrero. Las mujeres de las callejuelas, incluso las que paseaban orgullosas en su faetón, maquilladas con colorete y con las cejas perfiladas con agalla, volvían la cabeza a tu paso como si hubieran visto un pavo real con la cola desplegada. Mejor todavía estabas, sin embargo, vestido con harapos, con la escopeta a la espalda, agazapado tras los árboles del camino principal, por el que pasaban los boyardos con sus cofres de dinero en los carruajes y las señoras llenas de anillos y pendientes, escondidos en el arcón del carricoche, de donde los sacabas como sacas la lengua del mejillón de su caparazón negro y los extendías sobre la hierba sin una palabra. Y luego las hogueras nocturnas, bajo las estrellas, en las que se asaba un ternero entero y se pasaban la cantimplora de uno a otro bajo las ramas negras de los abetos, ¡ojalá vivir así y no morir por los siglos de los siglos!

Aquel mismo verano te encariñaste con el bosque, con los cantos de los pájaros y las telarañas que brillaban al sol, y las gigantescas

ramas por encima de tu cabeza como los cabríos de una enorme iglesia, y los rayos de luz que caían en diagonal entre el follaje, salpicando los senderos con parches de oro tembloroso. Y en lo más profundo de los bosques te gustaban las lagunas, inmóviles como piedras de jade partidas por la mitad y pulidas como espejos, que los ciervos agitaban con el hocico. La vida de bandolero te enseñó las tácticas de enfrentamiento entre ejércitos, la estrategia de los grupos de soldados, las vilezas y el ceremonial de la guerra, de gran utilidad más adelante, en el Archipiélago heleno y en la lejana tierra de leyenda e ilusión de Etiopía, que se extendía viva y abigarrada, y siempre glorificada por Dios, bajo los deslumbrantes cielos africanos. Pues muchas veces no fingías luchar contra tus mismos camaradas, sino que te encontrabas con bandoleros de verdad, crueles como fieras, y con lobos, y a menudo con osos, de manera que en más de una ocasión sacaste el puñal y rebanaste cuellos, o disparaste a enemigos que no eran un montaje.

Y en tus tardes melancólicas, a la sombra de algún árbol solitario que extendía sus ramas bajo un sol rojo como el fuego, sacabas del pecho el icono borroso de Stamatina y lo humedecías, pese a que ya eras todo un hombre, con tus lágrimas. ¿Volverías a verla alguna vez? ¿Volverías a sentir la magia del amor, que significa olvidar por completo el cuerpo femenino, ardiente y húmedo, y quedarse tan solo con el abrazo de dos almas gemelas? No te cansabas de contemplar su rostro delicado, lánguido sin saber por qué languidece, la inocencia de sus ojos castaños, sus labios de niña. Oías idéntica su voz en tus oídos, como si estuviera bajo aquel árbol, a tu lado, apoyada en tu pecho: «¡Búscame, búscame! ¡Ve al fin del mundo para encontrarme! Desgasta noventa y nueve abarcas de hierro y un cayado, también de hierro, por los caminos que conducen a mi escondite secreto, donde se encuentra mi corazón…».

«¡Te buscaré!», gritabas entonces, devorando el retrato con los ojos. «¡Me enfrentaré al dragón, reventaré su corazón y arrojaré su cabeza cortada en tu regazo! Y luego, Stamatina, trenzaremos nuestras vidas como los hilos de algodón blanco y rojo que cuelgan del abeto de Armindeni, para que nadie los pueda separar.»

No desempeñabas con el mismo tesón tu labor como policía o como miembro de la tropa, y muchas veces, en lugar de recorrer los bosques en busca de los falsos salteadores, hacías novillos y remoloneabas por las callejuelas polvorientas de la ciudad. Te habías mezclado por aquel entonces con algunos menesterosos que se podían ver apoyados siempre en los muros que rodeaban la casa del comandante Răducanu Rosetti, matarifes con las mangas manchadas de sangre, vagabundos, pasamaneros, carniceros y choriceros, entre los que deambulaba también algún pope con la cruz de madera

torcida sobre una barba que le llegaba hasta la cintura, gritando todos desde el alba hasta el ocaso que los pobres valacos no podían vivir por culpa de los forasteros: griegos, judíos, armenios, gitanos, macedonios (a los que llamaban también mosquitos), búlgaros, turcos, polacos, gugulanos, patanes, letones, rutenos, alemanes con coleta y rusos, que invadían sin cesar su Valaquia de nieve y melancolía a la cual comparaban con el jardín de la Virgen, donde fluían solo la leche y la miel. ¡Pues en ningún sitio, decían ellos dándose golpes en el pecho, había puesto la Divinidad celestial bosques más soberbios, aguas más puras y frescas, ciervos más bonitos, sembrados más fértiles, maizales desde los que no se ve un hombre a caballo, mujeres más bellas y amorosas y hombres como abetos, con el pico del bigote ufano como un gorrión! En el seno del paraíso valaco, bendecido por los ángeles del cielo, irrumpían cada año extranjeros con sus botas embarradas, con sus fechorías, con su fe pagana —porque muchos eran papistas y calvinistas, o incluso perros mahometanos—, con sus ojos que miraban de soslayo y sus rostros oscuros y sus papadas desbordantes y sus narices ganchudas y sus cogotes abultados como pancetas de cerdo, y con la marca de Satanás entre las cejas. Deformes, avaros, chismosos, hipócritas, usureros y comerciantes de tres al cuarto, los forasteros atacaban el pobre país como langostas, mientras que el obediente valaco, gorra en mano, tímido como una doncella y con el óleo de la santidad en la coronilla, era siempre arrinconado, y toda su ganancia era engullida por los gusanos de los infieles paganos.

—Mirad a vuestro alrededor —decía alguno con la mirada turbia por el alcohol—, ¿quién es el tabernero de La Pata de Oca? ¡El boyardo Leibovich! ¿Quién es el prestamista del callejón de los Guarnicioneros? ¡El señor Ștrul, judío! ¿De quién es la posada junto al mercado de ganado llamada El Ternero de Oro? ¡De Moise Himovich! ¿Y quién el putón ese que regenta el lupanar del Puente de los Menesterosos? ¡Raquelita Nachmanson! ¡Y así muchos más!

—¡Y mirad los arrabales! —añadía leña al fuego otro matón—. ¿Dónde se han cobijado? Por citar solo los de Radu Vodă, por no hablar de Dudești: santa Venera, Ceauș Radu, Lucaciu, Tabacii, Oltenii, Bradu, Apostolu, Protopopu, Santa Trinidad, Dobroteasa: lleno, lleno, lleno de judíos como langostas que devoran las hojas de los frutales, ¡que Dios nos ampare, que un cristiano no puede ni revolverse de tantos como son!

Y si aquellos miserables solo hablaran… Pero de las palabras nacen siempre lágrimas, amargura y sangre, pues la lengua nunca es ¡nocente, sino que es semilla de la muerte y de la maldad en este mundo. El legislador y el verdugo son hermanos de sangre y trabajan juntos, destrozan en la rueda, desuellan o sierran a las criaturas de Dios en este valle de lágrimas. En el Juicio Final las ovejas serán

separadas de las cabras y aparecerá algún cabrón apestoso que le dirá al Salvador: «Señor, ¿por qué me condenas? Yo no he hecho nada, no he matado, no he torturado a nadie, solo escribí libros sobre los pecadores, los paganos, los forasteros, los herejes, los árabes, los gitanos, los bujarrones y otros desgraciados que en vano arrojan su sombra en esta tierra, y luego vinieron otros con espadas en ristre y mis palabras en su boca, y los liquidaron pensando que eso era lo que había que hacer, pues así lo había escrito yo en mis obras. Arrójalos a ellos a la Gehena, pero no a mí, que me he dedicado tan solo a pensar cómo mejorar el gobierno del mundo. Cuando de mis palabras empezaba a gotear la sangre, yo llevaba ya mucho tiempo lejos de allí, pensando en otras cosas…». Pero ese cabrón miserable sería el primero arrojado al fuego eterno, pues él encendió, con un solo chispazo, el fuego inextinguible de la cizaña entre los hombres.

Los rufianes pasaban a menudo a la acción y atacaban con palos los tenderetes de los judíos en los mercados; los sacaban, tirándoles de las patillas, de sus casas, y los hacían desfilar por las callejuelas polvorientas; arruinaban sus bodas y funerales, de tal manera que la Agía no sabía dónde almacenar las denuncias de los humillados y los damnificados, de las mujeres violadas ante sus propios maridos, de los niños judíos molidos a bastonazos por sus compañeros más pequeños en las escuelas griegas surgidas poco antes. Y tú, Tudor, te habías sumado a ellos y te involucraste en la persecución a los judíos y cometiste toda clase de delitos, hasta llegar al asesinato, del que sin embargo nosotros, velando desde las alturas, te protegimos, como en tantas otras ocasiones, para que no murieras y pudiéramos seguir con tu historia.

Porque le habías tomado ojeriza a un hombre bueno y humilde llamado Moshe el Trapero, del mercado de ganado, que se ganaba la vida revolviendo los montones de basura en busca de harapos medio devorados por las polillas, botas con las suelas destrozadas, libros enmohecidos, gafas rotas, platos mellados, plumeros con las plumas arrancadas, navajas romas y oxidadas y muchas otras cosas que no le servían ya a nadie. Acarreaba todo ello a su chabola, donde se hacinaba con unos veinte judíos más, a cuyos hijos iniciaba en el estudio de la Tora, y allí lo lavaba, lo secaba, lo cosía, lo planchaba todo y daba lustre a las botas y las reforzaba hasta que empezaban a parecer nuevas. Cada día, al amanecer, cargaba su carretilla y se echaba a los arrabales, perseguido por los perros, que ladraban furiosos como si el judío se hubiera comido a su madre, y más de una vez lo mordían, indiferentes al palo que blandía. Su grito resonaba por las callejuelas, los descampados y los huertos, siempre el mismo, como si no fuera una voz humana, sino el canto de un pájaro: «¡Ropa vieja, ropa vieja! ¡Vendo ropa vieeeeejaaaa!», y así, minuto tras minuto, el

día entero. Los mocosos de las callejuelas, que se dedicaban a ahorcar a los gatos con un alambre y atar latas a las colas de los perros, no tenían mejor distracción que el paso del judío con su carretilla, con su ridículo bonete y sus tirabuzones y el caftán abotonado en el pecho, por el que podías meter el dedo de lo raído que estaba, así que una lluvia de piedras caía siempre sobre su cabeza. Pero Moshe seguía su camino, acostumbrado ya, recordando siempre las palabras consoladoras de Isaías y Jeremías, y dando gracias al Señor por Su inmensa piedad.

Te acostumbraste a atormentar, molestar y humillar a este pobre anciano cada vez que tenía la desgracia de encontrarse contigo, porque a ti su cabello y su barba te parecían más pelirrojos, su nariz más ganchuda y su rostro más ceniciento de lo que era habitual en los judíos, y sobre todo porque, humillado entre los cristianos, Moshe el Trapero te parecía más venerado por sus judíos que cualquier otro, pues, en cuanto aparecía por Negru-Voda, cerca de su sinagoga de Cahal Grande, un estremecimiento parecía recorrer toda la muchedumbre y todos los rostros se volvían hacia él. Eso te enfurecía tanto que se te nublaba la vista, porque te confirmaba que Moshe era su tirano, el diablo superior que se escondía, taimado, bajo una máscara de piedad y pobreza. Así que, cansado de acosarlo tirándole de las orejas y dándole patadas o arrojando la ropa de su carretilla al barro, como hacías a menudo, decidiste prenderle fuego, convertirlo en una antorcha viva para vengar, al cabo de mucho tiempo, la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo.

El sábado veintitrés de agosto, cuando se celebra el santo mártir Lup, te armaste de valor y, sin que nadie lo supiera, partiste, con un pedernal y una botella de petróleo en el morral, hacia el mercado de ganado donde en otoño se celebraban los Moși, con tiovivos y espectáculos y mosterías y *pastrama*[35] chisporroteando en las brasas, y cántaros de vino joven reventando contra las paredes, pero hasta entonces faltaba un poco, porque el verano no había terminado aún. Había un solar extenso que se confundía con el cielo deslumbrante y ondulado del verano, lleno de corrales donde mugían bueyes y vacas con las patas embarradas, ovejas de lana sucia, mulos de ojos lacrimosos y cerdos con un alambre en torno al cuello. Alguna que otra acacia arrojaba un poco de sombra. En el horizonte brillaba la línea torcida de unas casas amarillas, con el revoque desgastado, paredes ciegas sin ventanas y tejados de chapa oxidada. En los bordes había carniceros con sus tocones y sus cuchillos, y tascas donde se brindaba por los acuerdos sellados. Una muchedumbre de campesinos con trenzas de ajos al hombro, con ocas en los brazos o guiando sus carros entre el gentío te aturdía con su flujo incesante. Sobre un retal plantado en el barro del camino se sentaban los gitanos que hacían

cucharas de madera y anillos de plata ante los ojos de un corro de mirones. Apestaba por todas partes a estiércol y a carne estropeada. También se veían judíos en un extremo del solar: un montón de bonetes redondos y manos desnudas asomando por las mangas, que se movían deprisa por todas partes.

Distinguiste a Moshe junto a su carretilla, que aquel día estaba cargada de librillos pringosos —quién sabe qué conjuros y maldiciones judías— que vendía a sus correligionarios. Pensabas escurrirte por atrás, pasando entre unas adelfas en flor delante de la taberna de un tal Barba Nichifor, para derramar rápidamente el petróleo sobre su caftán carmesí. Luego frotarías el pedernal para que las chispas prendieran el fuego y escaparías finalmente entre las mismas adelfas para borrar tus huellas. Detrás de la taberna podrías contemplar cómo se retorcía aullando entre las llamas hasta caer en el lodo, donde seguiría gritando y agitándose antes de detenerse, por fin, convertido en ceniza. Así conocería Cristo en los cielos que un hombre decente había vengado, por fin, la cruel crucifixión. Su rostro moreno, como el del iconostasio, pero con ojos como turquesas, se extendería por toda la bóveda, tan grande como Bucarest, y le sonreiría desde allí como en sus sueños de afion, anunciando su reinado en la tierra, tal y como Él reinaba en sus cielos.

Con ese icono en el alma procediste a cumplir tu plan, y todo fue sobre ruedas hasta que arrojaste, sin ser visto, el petróleo sobre el caftán de Moshe y sacaste el pedernal para frotar las piedras. Con el choque de la piedra contra el hierro, el judío se volvió hacia ti. Pero no era ya el humilde trapero de «compro ropa vieja», sino el mismísimo Moisés enajenado por la ira, como aquel día en que, al oír cómo su pueblo de Israel bailaba en torno al becerro de oro, lanzó furioso las tablas de la Ley contra las faldas de la montaña. Había crecido incluso en altura y ahora te miraba desde arriba, con sus ojos brillantes y dementes de profeta del desierto, con las cejas fruncidas y las líneas del sufrimiento secular de su pueblo marcadas, rectas, entre ellas. Era como una estatua de piedra inmemorial, como una canción antigua transmitida de labios del abuelo al nieto a lo largo de tiempos infinitos, como el grito profundo del rey David, el de los salmos. Levantó una mano hacia ti, con los dedos extendidos, y en el pulgar viste sangre. Sangre había también en la punta de su oreja derecha, y en el dedo gordo del pie derecho, que afloraba de su sandalia de mimbre.

Y entonces el tiempo se detuvo. Te sentiste atrapado, con el pedernal en la mano, en un caparazón de ámbar. Querías moverte y no podías, querías gritar y eras mudo. Ninguna hoja se movía ya en las acacias de alrededor. Ningún tallo de vid se doblaba. El silencio era absoluto, era el corazón tierno del silencio, más callado que el

propio silencio. Y en el fuego manso de la tarde de agosto los cielos se abrieron, y del cielo descendió un enorme rubí. Era suave y transparente, con líneas rojizas, pulido como un canto rodado. Descendía sin prisa, recto y lento, por el vacío azul, y cuando llegó sobre las cabezas de la muchedumbre se vio que era del tamaño de una rueda grande de carro, pero redonda y alargada y ondulada como una gigantesca semilla de granada. Se posó suavemente en el polvo, a la derecha de Moshe, tocando el suelo con delicadeza y asentándose allí como si hubiera crecido en aquel sitio allanado. Una segunda piedra, un topacio esta vez, lo siguió, vertical en el vacío como si estuviera descendiendo por un invisible hilo de araña, para instalarse, con un leve tintineo, sobre la primera, del mismo tamaño. Siguió una tercera, una esmeralda como un caramelo de menta, que encontró su lugar sobre las otras dos, tintineando asimismo al posarse como una campanilla, pero con un sonido diferente para el oído. Y una tras otra, de minuto en minuto, siguieron, en colores rotatorios y brillantes, el resto de las piedras de turquesa, zafiro, diamante, ópalo, ágata, amatista, crisópalo, ónice y jaspe, que emitían otros sonidos delicados y suaves, hasta que un poste de piedras preciosas, de unos diez metros de altura, se elevó allí, en medio del mercado de ganado, entre los vecinos paralizados, como la columna vertebral de una fiera divina. Brillaba en todo su esplendor, bajo los rayos oblicuos de la tarde, puro y alegre, de una manera completamente distinta al brillo absoluto que tu vileza había tramado.

Ante esa aparición celestial caíste en un sueño profundo, del que despertaste atado como un fardo y rodeado de judíos de barbas ralas en un sótano de la parte trasera de Beilic, donde descubriste por fin, también tú, con asombro verdadero, que Cristo era tan judío como los judíos que habían pedido su crucifixión, que la Virgen era judía y que José, su esposo, era judío: catorce generaciones desde Abraham hasta David, catorce generaciones desde David hasta la esclavitud babilonia y otras catorce desde Babilonia hasta Cristo. Y todos los discípulos de Jesús eran judíos, al igual que san Pablo, el decimotercer apóstol. Aprendiste también tú, enemigo de los judíos, que la Biblia era el libro sagrado del pueblo de Israel, escrito a lo largo de los siglos por cientos de judíos inclinados sobre sus líneas, y que no lo habían escrito solos, sino que el Espíritu había guiado su pluma por las hojas. Ese conocimiento que Moshe el Trapero, levantando sobre tu rostro un libro grueso, de retorcidas letras judías, te ofreció con muchas palabras profundamente sabias, cambió tu corazón para siempre y te hizo desear el conocimiento del bien y del mal que, al igual que a la abuela y al abuelo de todos los mortales, Eva y Adán, te resultaba desconocido hasta ese momento. Desde ese día tuviste en la más alta consideración al pueblo judío, al que tanto habías humillado y vejado

en tu juventud atolondrada. Pero el pecado de la soberbia no te abandonó tampoco entonces, pues solo cedería en tus últimos instantes sobre la faz de la tierra, cuando te introdujiste, en Magdala, el frío cañón de la pistola, regalo de la propia reina Victoria, en la boca y te volaste los sesos, diciendo adiós al amor, a la gloria y a la redención al mismo tiempo.

Descubriste además que Moshe el Trapero, el que hurgaba en la basura en busca de algo que pudiera ser de utilidad, hurgaba también en las almas de las criaturas de Dios que venían a él, desde el alba hasta la noche, en busca de respuestas y alivio en todas las circunstancias de la vida. Pues él era, en aquellos tiempos de turbación de los corazones, el rabino secreto de Valaquia, al que el vaivoda en persona hacía llamar de vez en cuando a su corte para impregnarse de su sabiduría. Se decía que, en una ocasión, al enterarse de que unos judíos en una aldea remota no tenían dinero para levantar una sinagoga, preguntó cuánto costaría construirla y los judíos le respondieron que doscientos táleros de plata. Moshe se dirigió a la sinagoga principal de Bucarest, reunió a los comerciantes y los prestamistas y gritó con toda su alma: «¡Vendo mi lugar en el cielo por doscientos táleros!». Un comerciante de madera judío pagó al contado y el dinero se destinó a aquellos hombres perdidos en su pueblito, que pudieron levantar, para tan solo once almas, una sinagoga.

Descubriste, finalmente, en el *Sefer Ha-Bahir*, tu verdadero destino en este mundo, el de ser el Opuesto, el maldito en la bendición y bendito en la maldición, el que sacia la sed en el fuego y se quema en el agua, elevado gracias al Espíritu para leer la firma del Señor a lo ancho del Archipiélago heleno, siete letras en siete islas. Y cuando distinguieras la última letra, en la última de las siete islas, descubrirías dónde estaba escondido, desde que Menelik, el hijo de Makeda y del rey Salomón, se lo incautó en Jerusalén, el más celestial, el más ungido de gracia, el más brillante, el más extraño y más original objeto de la tierra: la sagrada Arca de la Alianza, que se encontraba desde tiempos inmemoriales en el País de Cus, el país de tu gloria y tu vergüenza. Gracias a ella llegarías tú, el hijo del bonetero, al poder de Dios, que se dice grande. Nada te estaría a partir de entonces vedado. Las delicias de la tierra, los milagros del cielo y la corona de los reyes te cargarían de riqueza, fortuna y suerte.

No se te pasó ni un solo instante por la cabeza que podrías correr la suerte de Uza, el hijo de Abinadab, que, aunque no pertenecía a la estirpe de Cahat, el autorizado para ello, tuvo la osadía de tocar el Arca, trasladada en un carro de bueyes de camino a Jerusalén, cuando al tropezar los bueyes estuvo el carro a punto de volcar. Con todo su poder, retumbando y lanzando rayos, el Arca partió en dos al necio en

el lugar que desde entonces se llama Pérez-Uza, es decir, el aniquilamiento de Uza.

22

Cuatro años después de que, una vez cruzado el Danubio helado frente a la provincia turca de Nicopole, te hicieras *afantos*, desapareciendo sin dejar rastro para todos aquellos que te conocían como miembro de la Agia, antes de hacer feliz a tu madre, gracias a una serie de cartas garabateadas por ti, con la buena nueva de que seguías vivo en la luz reflejada en las olas del Archipiélago, el destino y el amor te arrastraron hacia la lejana isla de Quíos, donde unos indicios secretos te confirmaban que se había asentado la inolvidable Stamatina, la delicada mariposa que sombreaba con sus alas de ámbar tu corazón. Porque desde hacía varios años, desde que vagabas por el esmeralda fundido de los mares helenos, habías invadido las islas con tus hombres, que obedecían una sola orden: descubrir el destino de la hijita pequeña del vaivoda Dimitrie Ghica, el príncipe que, por culpa de los rusos, había enviado en secreto a su esposa y a sus tres hijas a una de las islas del enjambre del mar Egeo, pero desconocías cuál sería esa isla. Algo, sin embargo, sí que sabías: que el vaivoda había comprado para su hija pequeña, pagando una buena suma, uno de aquellos veleritos encerrados en gruesas botellas de ron que unos años antes, cuando se unió a tu banda en Skyros, había distribuido Joshua Abraham Norton por todos los palacios de la Hélade; muchos de ellos habían llegado incluso a Anatolia y a Siria. Tu hermano de sangre había tenido la agudeza de apuntar en un registro a cada comerciante, bey, estratego o armador de veleros a cuyas manos habían llegado esas maravillas brillantes para decorar su estancia principal. Y una vez al año, el 4 de febrero, el día de su nacimiento y del tuyo, había acordado con cada uno de los más de doscientos propietarios que sacaran las botellas con los veleritos al tejado de sus palacios y las dejaran brillar en la luz de crepúsculo. Se llenaba entonces el Archipiélago de luces que formaban el mapa de las islas, para alegría nuestra, que las veíamos desde las nubes a través del aire de ámbar perfumado con aroma a espermaceti y a nardo del mar. Nuestras alas se ahuecaban entonces todavía más y nuestros nimbos brillaban más pálidos, y la nostalgia por la vida terrestre nos invadía como un gran amor que no podíamos ya comprender.

Tus hombres habían investigado cada isla donde hubiera, según el

registro, algún velero en una botella, pero de todas regresaron con las manos vacías: a Stamatina, que debía de tener ahora unos veinticuatro años, parecía habérsela tragado la tierra. Tenías por aquel entonces los veleros y los barcos guarecidos en el ojo azul del golfo custodiado por las torres de la iglesia de Agios Nikolaos de Astypalea, la isla en forma de mariposa que esperabas que echara a volar de un momento a otro de la superficie de las aguas, para aletear en el vacío y posarse luego suavemente en otro lugar de la bendita esfera del mundo, en Siberia, por ejemplo, o en el Caribe… Cada emisario que regresaba sin noticias de Stamatina te quemaba el corazón y tanta languidez invadía tu cuerpo que apenas eras capaz de gobernar la banda que, sin embargo, debía abarcar todas las tierras y todo el mar posible.

Eras ya el más famoso en las islas, el pirata más buscado por los griegos y por los turcos y por los ingleses y por los forasteros, tu cabeza valía diez mil *icosari* de oro y trescientos la cabeza de cada uno de tus compañeros de fechorías, fuera hombre, mujer, estuviera vivo o muerto. Astypalea era conocida ahora como el Nido del Horror, y pocas veces se aventuraba alguna nave, aunque fuera de guerra, por sus alrededores. Y si era arrastrada por las tormentas o por el faro embustero que engañaba a los lobos de mar, tenía lugar la desgracia conocida: el velero era saqueado, los marineros eran atados a los mástiles y, finalmente, el barco era hundido en el fondo de las aguas. Las islas del Dodecanese eran ahora tuyas, como si fueras su rey, e incluso los peces de las aguas de Anatolia te temían, desde Kassos a la gloriosa Patmos donde san Juan había escrito, en el Espíritu, el Apocalipsis.

Pero te pasabas horas muertas tumbado entre los gatos que amabas como a la niña de tus ojos y que abarrotaban los barcos y las orillas adonde llegabas, alimentados con leche de cabra vertida en las cuencas de las calaveras que se encontraban por las islas a cada paso. La añoranza por la hija del vaivoda te reconcomía el alma. No conseguías dormir, aunque te esforzabas por agotarte noche tras noche sobre alguna mujer desnuda, latiendo en su interior durante largas horas hasta que te quedabas sin resuello. Todo en vano. El céfiro del sueño no soplaba en tus pestañas hasta el alba. Y cuando por fin te quedabas dormido, soñabas con ella, soñabas con la llamada abrasadora de sus ojos, con el alma a la que habías unido una de tus alas, mientras batías aturdido la otra.

Después de todos los emisarios llegó finalmente desde Kos, tras un año de búsqueda infructuosa, *kir* Palavras, con la gran noticia: al parecer la esposa y las hijas del vaivoda vivían desde hacía varios años en Quíos, en un gran palacio construido por maestros venecianos un siglo antes en Katarraktis, una de las ciudades fortificadas de Masticochoria, la tierra de la almáciga por la que era famosa la isla en

el mundo. Aunque las murallas de la ciudad, que debían proteger las lágrimas de Quíos, no tenían puertas por ningún sitio, sino que había que subir con una escala, el espía las había cruzado y había vigilado, con un catalejo, las ventanas y el jardín del palacio, y te pudo jurar que había visto a Stamatina caminando pensativa entre las miles de flores perfumadas, de toda clase, que invadían los alrededores de la casa señorial. Pudo describirte cómo era ahora, una mujer alta y delgada, de melena castaña rizada que le llegaba casi a los pies, de una belleza arrebatadora, pero ensombrecida por la melancolía. Su rostro blanco como el papel estaba dibujado con el pincel más fino, cada rasgo era de una delicadeza inalcanzable para las palabras. Tenía unos ojos alargados, lánguidos, y mientras *kir* Palavras te la describía como buenamente sabía, no podías seguir escuchándole, pues en tu oído sonaba con voz de sirena su llamada: «¡Búscame! ¡Búscame! Ven a buscarme hasta los confines del mundo…». Toda la magia del amor te invadió de repente, y te echaste a llorar como una mujer, para el asombro preocupado de Palavras, un *palicar* recio que, al igual que tú, había visto de todo.

No perdiste ni un instante. Embarcaste en el *Pséma*, con todas las velas extendidas, maravillosamente pintadas por Sisoe, volaste ayudado por los céfiros sobre la superficie verde de las aguas, directo hacia el norte, donde percibiste Quíos en la nariz mucho antes de que el marino en la punta del mástil principal la divisara con el catalejo. Pues no en vano aquella enorme y ondulada isla, comparada por los poetas con una mujer llena de encantos que se baña en el mar, tenía también el nombre de Isla de los Aromas. Los más dulces, los más amargos, los más delicados y los más excitantes olores florales: lirios y rosas y miosotis y rododendros y adelfas, que abarrotaban la isla, se extendían en torno a ella como un mantón de aromas en varias leguas marinas, de tal manera que los pobres marinos caminaban por el puente como borrachos y a menudo se precipitaban al mar desde las escalas de cuerda. Al igual que Odiseo el de la Antigüedad cuando pasaba junto a la isla de las sirenas, te habría gustado que los marinos se taponaran las narices con cera y embriagarte tú solo, atado al mástil, con los perfumes de las flores, de los aceites, del sándalo y del almizcle que esparcían las axilas de la isla.

Desembarcaste en Katarraktis, justo frente a la ciudad fortificada con altas murallas, en cuyo interior se encontraban las casas de los vecinos en medio de trescientos árboles de almáciga, la principal riqueza de Quíos, pues solo allí, en una docena de pueblos del sur, crecía aquel árbol mágico, menudo y retorcido, de cuya corteza afloraban de vez en cuando lágrimas de resina, claras y brillantes como el agua. Estas caían bajo los árboles, sobre la hierba, y se endurecían con el paso del tiempo hasta convertirse en piedritas

blancas de un olor celestial. Los vecinos del pueblo las recogían, las lavaban en agua fría y las diluían en el alcohol más puro para extraer de ellas el licor dulce que se llamaba almáciga de Quíos, del que vivía toda la isla y que la había colmado de riqueza.

Descendiste del barco llevando contigo tan solo a dos camaradas, al tártaro Ghiuner, que te había acompañado también la otra vez en tu camino hacia Stamatina (pero ¿no habrían sido un sueño aquellos tiempos cuando suspirabas bajo sus ventanas en Câmpina y cuando te paseaste con ella por la hierba, con los pies descalzos, bajo la luna llena?), y a Suleyman, un hombre sabio y versado en estratagemas. A la espera de la caída de la noche, degustasteis en la taberna frente a la muralla ese licor, cuyo aroma embriagador se entremezclaba con el de las adelfas y el ocaso. Cuando los puñales de los cinturones de dos palmos de ancho empezaron a brillar como el ámbar, y la empuñadura de las pistolas se volvió como la miel en la luz oblicua del atardecer, os levantasteis de la mesa y buscasteis un lugar para atravesar la muralla de piedra, de unos tres metros de altura, que protegía la aldea. Apoyando el pie en las manos cruzadas de otro y ayudándoos a pasar por encima del muro, rodasteis por fin al huerto, por el que avanzasteis luego sorprendidos por las miles de gotas de cristal que colgaban de cada rama de los árboles de almáciga, como luciérnagas que brillaran al caer la noche. El perfume os había embriagado como un aguardiente fuerte, como el humo del opio al que estabas tan acostumbrado, pero con otro olor, más dulce y más adormecedor, que no provocaba visiones, sino una nostalgia insoportable, una nostalgia insaciable. De vez en cuando, un pájaro caía muerto entre las ramas, mareado por el tufo celestial de las gotas de almáciga. Bajo los árboles, los cristales blancos crujían machacados por las pisadas de los *palicari*.

La luna estaba en cuarto creciente. De repente el huerto terminó en la misma pared del palacio; solo un senderito llevaba hasta él. Caminasteis largo rato por la parte trasera de la mansión, tanteando las rugosidades del revoque, hasta que entrasteis por la delantera al jardín de las flores. Las diurnas estaban cerradas, con las corolitas inclinadas hacia el suelo, pero las nocturnas lanzaban un perfume más doloroso aún que el de los arbustos de almáciga para un corazón afligido por el amor. Podías cerrar los ojos y, olisqueando tan solo el aire, se dibujaba en tu cerebro la imagen de los lugares formada por olores, no por colores: un laberinto de aromas por el que podías caminar con un paso tan decidido como en la bendita luz del día. Suleyman se encaramó a un sicomoro con la ligereza de un monito. Desde la punta divisó las ventanas del piso superior del palacio. Miró largo rato, como si no pudiera apartar la mirada de los rostros que distinguía en la estancia. Como si hubiera olvidado a los que

esperaban bajo el árbol gigantesco.

Cuando descendió, os describió la más perturbadora imagen de la estancia que había avistado. En el gineceo había una opulencia digna de *Las mil y una noches*: divanes cargados de cojines con fundas de seda, alfombras persas en el suelo, mesitas de madera de cerezo sobre las que había grandes cuencos de fruta y dulces, y cimitarras, con mangos de marfil, colgadas de las paredes. Los narguiles de cristal de colores variopintos, envueltos en adornos de cobre, de los que salían tubos de bambú, se alineaban en el velador del rincón, y de la viga descendía la flor de fuego de un candelabro de ocho brazos, con velas de la cera más pura en cada uno de ellos.

Repantigadas en los almohadones bordados se encontraban cuatro mujeres de una belleza arrebatadora, la madre y sus tres hijas. Diamanda —recordaste las historias de otra época de tu amada— era el nombre de la madre, la fiel esposa del vaivoda Ghica, que solo se diferenciaba de las damiselas por sus curvas más maduras, como las de una pera jugosa, y por unos ojos más inteligentes, con una gran omega melancólica entre las cejas. Y sus hijas tenían, como en los cuentos, nombres de piedras preciosas, Zafira, Esmeralda y Stamatina, a cuál más encantadora, dulces y delicadas con sus bombachos de seda y sus blusas transparentes de algodón, reforzadas con hilo de oro en los pezones virginales. Las melenas rizadas, negras como la pez o castañas con aguas de madera de nogal, les llegaban hasta la cintura, donde se hundían dos hoyuelos sobre las nalgas anchas y voluptuosas y, cuando se inclinaban las unas hacia las otras, los rizos de las sienes se enredaban y sus mejillas se juntaban, y los brazos desnudos se rozaban siempre con amor de hermana, de tal manera que las tres formaban una sola criatura perfumada, con tres rostros dibujados en el paraíso.

Entre ellas destacaba Stamatina por la tristeza de su rostro blanco como el papel. Era asimismo más alta y más delgada que sus hermanas, pero toda la belleza con la cual la había obsequiado Dios desaparecía fundida en la languidez. ¿Qué enfermedad oscura devoraba su corazón? ¿Qué cáncer del alma le impedía disfrutar de su juventud y contemplar la belleza del jardín que era Quíos, la isla de las flores y los perfumes? Las otras hermanas reían felices con su madre, comiendo granos de uva y de granada, aspirando el perfume de los narguiles y relatando antiguas historias de amor. Los hombres de Katarraktis, ya fueran los humildes pastores o los jóvenes comerciantes de almáciga, eran también objeto de risas y cotilleo, pues a menudo las damiselas espiaban a escondidas sus anchas espaldas y sus hombros redondos a través de las cortinas transparentes y, si no hubieran temido a Diamanda, tal vez habrían saboreado con alegría su enérgica virilidad en el esplendor de la vida. Pero Stamatina

no miraba a nadie. Se despertaba con los ojos hinchados por el llanto y así permanecían el resto del día. Parecía una mujer desafortunada en el amor que tenía que esconder su secreto. «¡Búscame, búscame! ¡Ven a buscarme a los confines del mundo!», su canción te hechizaba como una premonición. En aquellos instantes te olvidabas de tu sueño de ser rey y del deseo de redención como si fueran fantasmas incorpóreos. Te habría gustado morir con la cabeza apoyada en sus rodillas de nieve.

Enviaste a tus camaradas de vuelta al velero y te quedaste solo bajo sus ventanas. La noche era silenciosa y perfumada. Hacia el alba habías abandonado toda esperanza de verla, pero al romper el día se movió la cortina de la habitación del piso superior. Y, como un milagro celestial, apareció detrás del cristal el rostro de la damisela, que miró un instante al cielo y luego lo apoyó entre las manos. Permaneció así, con los codos en el alféizar y las mejillas en la palma de las manos, durante largo rato. ¿Qué estaba pensando? ¿Pensaba en ti, Tudor, en vuestro amor de niños inocentes? Saliste a la luz del día, como entonces, con el corazón a punto de estallar en el pecho, y ella, levantando el rostro, te vio desde la ventana y no te reconoció. Desapareció asustada y siguió un largo tormento, un desgarro de lo más profundo de tu corazón, hasta que, pasado un rato, la cortina de cristal se abrió de nuevo. Stamatina te miraba ahora sorprendida, creyéndolo y sin poder creérselo, hasta que, convencida sin duda alguna de que eras tú, te hizo una señal para que esperaras. Poco después la puerta se abrió y la joven apareció caminando descalza por la hierba, como entonces. Corriste hacia ella dispuesto a abrazarla y a fundir en su amado cuerpo toda la añoranza acumulada durante tantos años, pero la joven se detuvo y se quedó como una estatua pensativa bajo la luna. También tú te detuviste ante ella.

—¡Stamatina! —gritaste casi, e intentaste besar sus labios, pero ella volvió la cabeza.

Caminasteis juntos bajo la delgada hoz de luz por la hierba cubierta de rocío. Hablasteis como entonces, oíste como entonces su amada voz, en la que se mezclaba ahora su experiencia de vida de mujer, de mujer madura. Se alegraba de haberte encontrado de nuevo, le resultaba increíble después de tanto tiempo, habías sido para ella un amigo querido del alba de su juventud. Le hablaste también tú, dominando tu deseo de caer rendido a sus pies, sobre tus hazañas en el Archipiélago, endulzándolas con mucha fantasía. Era como entonces, pero entre vosotros había una pared de cristal. E hicieras lo que hicieras, chocarías como un pájaro al vuelo contra esa pared que protegía quién sabe qué secreto. Caerías a sus pies con el cuello roto y el pico ensangrentado. Tomaste su mano, pronunciando de nuevo su nombre en un arrebato de pasión ahogada. ¡Stamatina! ¡Stamatina! Apretó tus dedos entre los suyos, pero luego los soltó.

—¿Ha vuelto a visitarte el Silfo? —le preguntaste como de pasada, sonriente, pues era algo ligado a la infancia, cuando las niñas creían todavía en los cuentos.

Pero, para tu sorpresa, la joven se detuvo como fulminada por un rayo. Quiso decirte algo, pero guardó silencio y, con gran esfuerzo, encontraste unas tonterías con las que volver a salvar el abismo entre vosotros. Qué más cocina tu madre, qué bordan tus hermanas, cuánto ha envejecido san Gerásimo de Cefalonia, se le han caído los dientes y el pelo… Al cabo de un largo silencio, te miró con ojos tristes:

—Tudor, estás hecho todo un hombre. Te va bien y la gente te conoce por tu bravura. También yo te deseo buena suerte y una larga vida. Tal vez volvamos a vernos en la órbita de este mundo efímero. O en el otro mundo, del que me siento cada vez más cerca. ¡Ahora regresaré a mi habitación y tú ve con Dios!

Cientos, miles de mujeres habían aceptado tu abrazo, dichosas por marcar tu espalda con las uñas y por recibirte en su interior con las piernas abiertas. A muchas las habías tomado por la fuerza, quebrantando su resistencia, aun a sabiendas de que algunas se arrojarían de cabeza al pozo, incapaces de soportar la vergüenza de haber sido vejadas. Ahora todas se regocijaban en la tierra y en los cielos, pues ante Stamatina eras un trapo de fregar los suelos, incapaz de hacer que se quedara, incapaz de guardarla tan solo en tu corazón. Viste cómo se daba la vuelta y se marchaba, sin una caricia, sin una palabra cariñosa, como si fueras un desconocido que le resultara indiferente. Descubriste a través de ella el suplicio de amar sin ser amado.

No sabrías nunca cómo transcurrió aquel día que acababa de nacer, qué hiciste, en qué taberna bebiste hasta que el alcohol te salió por los ojos. A quién apuñalaste, en el camino, solo porque el pobre hombre te salió al paso. Cómo te arrojaste vestido al mar, confiando en que te engullera algún pez gigante. Lo cierto es que con la caída de la noche te escabulliste de nuevo, para tu desgracia, en el palacio de las damiselas y te encaramaste tú mismo al gran sicomoro, desde donde pudiste observar, a través de una ventana abierta, quién sabe por qué, el dormitorio de Stamatina. Estaba iluminado por una sola vela de cera que arrojaba una luz completamente inmóvil. Viste en primer lugar el lecho, lleno de almohadones y con sábanas de seda, que no estaba todavía preparado para el sueño. Viste, en los rincones sombríos, algunos muebles de madera de ébano. Viste un laúd cuyas cuerdas brillaban bajo la luz de la luna. Y en un retrato en la pared, el rostro más amado que la luz de tus ojos.

Luego la puerta junto a la cama se abrió y Stamatina, desnuda y con los cabellos sueltos, entró en la estancia. Se acercó a la ventana y te retiraste a la sombra, a punto de caer de entre las ramas. No podías

creer lo que veías: su piel transparente, los dulces senos, con los pezones erizados por el frío, el rostro lánguido, la boca entreabierta como la de las mujeres que esperan a su amado. El cabello que le caía más allá de la cintura, la sombra negra y tupida en el bajo vientre. Una mujer, no una muchacha, una mujer lista para el juego agridulce de los amores. Una araña de tu tamaño clavó entonces sus colmillos rebosantes de veneno en tu alma. La joven miraba al cielo desde su ventana, la joven llamaba, pero no a ti, gritaba pidiendo amor, pero no el tuyo.

Pues de los cielos descendió, poco después, hacia la tierra, con amplios movimientos de nadador, una aparición de turquesa blanda y esmeralda que, al acercarse, adquiría rasgos humanos y, sin embargo, no humanos, un hombre distinto al resto de los mortales, de músculos más fuertes y ojos más grandes y rasgos de un ser desconocido en este mundo. Se acercaba sin prisa, como vuelan los pájaros grandes, y sentiste enseguida también tú el viento de sus brazos mientras cortaba las delicadas aguas del vacío. El desconocido se posó en su ventana y penetró en la estancia, que llenó con su naturaleza más masculina que la de cualquier mancebo de la tierra.

Y, para tu desgracia, viste entonces el fuego negro de la verdad que quemaría tu alma para siempre. Pues Stamatina se lanzó dichosa en brazos del hombre turquesa, que la levantó como si fuera una pluma y la arrojó sin abrir la boca sobre la cama. Y por la ventana abierta viste cómo la montaba y penetraba y la oíste gorjear dulces palabras que habrías querido para ti, luego suspirar y gemir por un placer infinito, para acabar en un grito ahogado, tapándose la boca con la mano, mientras la criatura de encima se movía cada vez más rápida y más violentamente. Con el corazón petrificado, te quedaste allí, entre las ramas del sicomoro, hasta que, tras una hora de pasión desenfrenada, de acoplamientos voluptuosos en el lecho de sábanas arrugadas bajo su peso, los dos se separaron. Entonces, sin decir tampoco una palabra, el demonio se levantó, tomó entre sus manos el rostro de Stamatina agotado por el amor y acercó a él sus enormes ojos de esmeralda. La miró largamente, como si quisiera sorber su alma, como si le estuviera diciendo sin palabras, pero de manera mil veces más convincente: «Sigue siendo mía, solo mía, hasta que regrese». Luego la soltó y la cabeza de la joven se posó en la almohada, con la mirada vacía clavada en el techo. El Silfo se elevó desde la ventana y flotó enseguida sobre las nubes mientras Stamatina, espabilándose, se incorporaba de la cama llena de energía y corría a la ventana, con los brazos tendidos hacia el que desaparecía poco a poco en el cielo. En su rostro se dibujaba un amor infinito.

Al día siguiente, hacia el atardecer, tus camaradas te hicieron compañía en el velero y las mujeres de la banda te cuidaron como si

estuvieras enfermo de muerte. Yaciste tembloroso y bañado en sudor helado tres días seguidos, pues no hay en el mundo tormento mayor que el del maldito amor no correspondido. Abandonaste por fin el lecho aturdido por la languidez, con una profunda arruga entre las cejas que no se borraría jamás, y con un ala de tu alma convertida en carbón y ceniza. Pero del rostro de Stamatina en el medallón ovalado no te separarías jamás hasta la hora de tu muerte, pues el amor puro no desaparece cuando descubre el desprecio y la traición, sino que se fortalece, así como más amargo y desesperado es el perfume de las flores de nicociana cuanto más cerrada sea la noche.

La isla de Oinuses se encuentra al norte de Quíos, entre la mágica isla de las flores y la extensa Anatolia, llena de mezquitas, acunada en los lomos de los burros en su sueño mahometano. Después de una noche tormentosa fuisteis arrojados a la orilla de Kakopetria y encallasteis en una lengua de arena, pues solo arena se veía en la isla hasta donde alcanzaba la vista. Aquí os había traído el dedo invisible que te había guiado entre las islas en busca de las letras que formaban el nombre sagrado de SAVAOTH, Dios de los Ejércitos, pues Este se había inscrito en el Archipiélago para que cada criatura supiera que la esfera en la que vive fue creada por Él y que era su obra maestra, tal y como el reloj es montado, ruedita a ruedita y muelle a muelle por un hábil relojero, con la lente de aumento en un ojo, que le coloca zafiros y rubíes y le instala la tapa de cristal semejante a la pureza del cielo. Tras muchos cálculos y deliberaciones y consejos con Suleyman el sabio, decidiste que la quinta letra del Nombre no podía estar en otra parte que en aquella isla sin fama ni riquezas, medio desierta, pero que en algún lugar albergaba la letra ómicron. Al poner el pie en la isla, os desperdigasteis por la orilla en busca de cualquier cosa que pudiera contener la Letra. Solo tú, Theodoros, te quedaste donde rompían las olas en la arena, sin decidir si vivir o morir, si seguir buscando o renunciar a la búsqueda, y al afán de gloria y al insensato poder divino. Encerrado en una campana de cristal que te cortaba el aliento, no veías ya los colores del mundo, no sentías nada y no sabías qué pasaba contigo. Permanecerías varias semanas en ese estado de muerte en vida y de impotencia del alma herida, que solo poco a poco iría diluyéndose.

La búsqueda duró hasta el atardecer, cuando la isla se envolvió en una lana púrpura. A aquella hora de misterio y desencanto, el Bisabuelo de John, un celta hirsuto que se daba a las fiestas y las borracheras hasta perder el conocimiento, encontró la fuente. Era un ojo de agua como sangre en el desierto insoportable de la isla. Sobre él se alzaba el cigoñal como una horca, negro sobre las nubes rosadas, de tal manera que, al contemplarlo, era imposible que no se te humedecieran los ojos. A lo lejos, en el ocaso, brillaban las torres

azules del santo monasterio de la Anunciación, que apenas se adivinaba sobre la superficie del mar. El Bisabuelo de John se agachó sobre el brocal de piedra antigua, con caracoles y líquenes incrustados, y miró en las profundidades del ojo de agua que se mecía en el fondo. Era sangre que brotaba de la herida de la tierra. Descendió por los escalones excavados en la pared del pozo y se sumergió por completo en aquella agua púrpura, pues sentía que ómicron se encontraba muy cerca, allí mismo, bajo sus dedos. Pero no encontró nada, por mucho que se sumergiera, por mucho que tanteara con los dedos, aguantando la respiración, el fondo arenoso del abismo. Subió de nuevo, empapado, y descansó largo rato sentado en el brocal.

Había perdido la esperanza cuando de repente en el cielo surgió la luna. Redonda como la boca del pozo e igualmente grande, la misma que todos los ojos mortales habían visto deslizarse por la bóveda en su órbita mágica desde el comienzo del mundo, asombrados por su belleza imperecedera. Miles y miles y miles de pueblos habían alzado sus ojos hacia ella, desde los cuatro vientos y desde todas las aldeas y desde todas las islas y desde todos los palacios, confiándole sus pensamientos vanos, amores y esperanzas humanos condenados a desaparecer. Y la luna se reflejó enseguida en el hueco del pozo, llenándolo con el brillo de su disco, de tal manera que su sangre se volvió de repente oro fundido, luminoso o sombrío según el lento movimiento de las ondas. En aquel ámbar de oro se sumergió de nuevo el *palicar*, hundiéndose en el agua de repente más fría de la noche. Y entonces distinguió claramente el anillo, clavado en un hueco de la arena, cuya piedra de amatista lanzaba brillos violetas engarzada en unas garras de oro. Lo tomó y se lo colocó en el anular; luego ascendió hacia la superficie del agua, pues no tenía casi resuello.

Orgulloso de su hallazgo, el Bisabuelo de John regresó al velero y reunió a la banda a su alrededor. Te entregó el anillo, que ocupó su lugar legítimo en tu dedo, y de esta manera la quinta letra sagrada, omicron, se reveló sin lugar a dudas. El anillo tenía grandes poderes (te explicaron las mujeres más maduras, que conocían las historias antiguas), pues era el que había encontrado en su juventud el anciano rey Giges dentro de un caballo de hierro, en el dedo de un hombre muerto, desnudo, más corpulento que los hombres corrientes. Aquel anillo, recordaban los piratas, te hacía invisible si colocabas la amatista hacia la parte interna de la mano y aparecías de nuevo si la volvías hacia arriba. Probaste ese truco y resultó ser cierto. Podías a partir de ahora cruzar invisible, ignorado, por los pueblos y los puertos, por las alcobas y por las casas de los bey, según te apeteciera. Y también ahora, libre ya de la obligación de encontrar la Letra, encontraste el reposo para abrir tu corazón al único corazón en el que

confiabas plenamente en este mundo vil y traidor: el de tu madre, lejos por caminos de agua y de tierra y en el tiempo, pero siempre junto a tu rostro bañado en lágrimas. Solo al cabo de unos años, cuando murió Paloma, tu fiera interior abrió unos ojos crueles y tu boca se llenó de sangre inocente, solo entonces, cuando te hiciste bárbaro, escupiste también en ese icono, como escupiste en tu propia vida, tal y como dice el Evangelio según san Mateo: «Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?». Pero hasta entonces quedaba mucha historia por contar, así que, sentado en tu habitación en la popa del *Pséma*, mojaste la pluma en el tintero para escribirle a tu madre una carta afligida:

Veneradísima madre Sofiana:

Espero que esta carta que te escribo desde la isla de Oinuses junto a Quíos te encuentre tranquila, en paz espiritual y *con los pensamientos elevados hacia nuestro Salvador, pues nada hay mejor en este mundo, llamado valle de lágrimas.*

Querida madre, no he recibido tus hojas de respuesta a mi última carta, algo que me ha asustado, ya sea porque no recibiste mi carta, perdida quién sabe cómo por los senderos de agua, pues los barcos se hunden y la gente es mala, ya sea porque estás enferma, que El de Arriba nos ampare, y no has tenido fuerzas para escribir siquiera «Amado hijo Theodoros», como hacía siempre tu pluma. No sé a qué puede deberse, pero el silencio que me llega de ti me provoca una tristeza mortal y añade todavía más sufrimiento a mi corazón, muy apesadumbrado ya estos últimos días.

Pues debes saber, bondadosísima madre, de cuya teta mamé la verdad y *la sabiduría, que a pesar del incremento de mi fama aquí, en el Archipiélago, al punto de haberme convertido en bey* y *juez en este enjambre de islas, de que me conozca ahora todo el mundo y sea una especie de rey a sus ojos, y de que el comercio me vaya bien, y de que el dinero que acompaña siempre las epístolas que te envío sea solo la milésima parte de mi fortuna, a pesar de todo ello estoy gravemente enfermo, con el corazón roto, y no puedo tenerme en pie, pues si no me han matado las lanzas y las cimitarras de mis enemigos, me ha matado la infidelidad de la mujer que he guardado años y años en mi corazón y que, como el desgraciado que soy, guardo todavía. Aunque he tenido la desgracia de verla con mis propios ojos en el lecho del pecado, la perdonaría en este mismo instante, tal y como Dios perdonó a la mujer adúltera diciendo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». Pero otras veces creo que no la perdonaré, y que si vuelvo a encontrármela la estrangularé con mis propias manos, o le clavaré el puñal entre las tetas. Y luego me avergüenzo por ese pensamiento salvaje. Ya no sé qué hacer ni qué pensar, pues su infidelidad ha*

puesto a prueba las promesas de cuando éramos niños. Pienso incluso a veces que también estos son un invento de mi mente febril, pues ya no sé qué existe y qué no existe.

Perdón, amada madre, por revelarte todo esto, pero el hombre revienta si aguanta su secreto, y fuera de ti no tengo a quién contárselo, pues en tiempos de desgracia compruebas que no tienes ningún amigo de confianza.

¡Qué no habré probado para curar mi corazón de los suplicios del amor, peores que el fuego eterno de la Gehena! Busqué otra mujer a la que poder amar, pero no la encontré. Bebí como un insensato hasta perder la conciencia. He tomado también afion del fuerte, traído de China, que te provoca sueños de miles de colores y te convierte en emperador dueño de toda la Esfera, y te transforma en ángel o diablo o pájaro cantor o fiera del bosque, pues todo eso está en el cerebro, tal y como el Paraíso y el Infierno están en nuestra alma, y lo único que hace el afion es sacarlo a la luz.

No encontré la paz con nada de esto, así que he probado algo más fuerte, incluso aunque me lleve a la tumba en un par de años, y he descubierto, investigando, que hay remedios más dulces y más aturdidores y más embriagadores del espíritu que el afion, el opiato o la mermelada de ciruelas, que solo unos pocos conocen, pero los gobernantes los prohíben, porque quien los prueba se acostumbra a ellos y no puede renunciar, y el hombre se convierte en mujer, incapaz de ocuparse de los asuntos del Estado. Es el motivo por el cual esa clase de remedio está perseguido por todos los Gobiernos desde que el mundo es mundo, pero esa costumbre está también profundamente asentada en nuestra naturaleza pecadora, y no se deja arrancar de cuajo. Como muy bien decía el apóstol san Pablo, «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero».

De ahí que haya pasado del afion al opiato dulce llamado poesía. Desde épocas remotas ha habido hombres que se llaman poetas, dibujantes de versos que se desperdigaban por el mundo en libritos o eran copiados y vueltos a copiar por otros, o bien eran aprendidos de memoria. Los poetas tienen fama de depravados y pendencieros y son perseguidos por la Agía en todas partes con la esperanza de erradicar su estirpe, pues, como decía en la Antigüedad Platón, del que kir Tachi Ghica me hablaba a menudo, el poeta es el enemigo más acérrimo de la ciudad perfecta, y no tiene nada que buscar entre sus murallas. Ay del pobre pueblo indómito de los poetas, desterrados en orillas heladas, pasando hambre y miseria, vejados por los comerciantes, por los vecinos de las ciudades y de los pueblos, tal y como caen presa del cazador los pájaros con el canto más bello, porque cada pájaro muere por su lengua.

El comercio con libros de poesía está prohibido en todas las islas, y cuando un barco los trae a puerto bajo cuerda, la Agia los requisa y les prende fuego (aunque muchos los roban para venderlos ellos mismos, ya que este remedio vale en el mercado más que el oro y las perlas), y castiga al capitán del barco con la amputación de la mano derecha. Por ese motivo puedes imaginar, madre querida, con cuántos peligros y dispendio puede un hombre hacerse con una hoja de buena poesía, que ha habido años en que un Anacreonte, que se te sube a la cabeza en un minuto, llegó a costar trescientos dracmas de plata, o un rubí grande. Pero merece la pena, porque no hay vino, mujer, zumo de amapola o almáciga de Quíos que te alivie el sufrimiento del amor, o cualquier otra cuita y tristeza, como un himno del viejo poeta de la ciudad de Teos.

En nuestros días el contrabando de poesía (como se llama el traslado de poesía por barreras y fronteras, en barricas de arenques, en tacones de zapatos huecos, en maletas de doble fondo o engullida por gente a sueldo que la sacará luego por la parte de abajo) se ha extendido por todo el mundo, y *los que se embriagan con su humo amargo son ahora multitud, están en palacios y cabañas con los ojos en blanco, recitando versos alados. Los poetas son raptados en todos los países e introducidos de veinte en veinte en un sótano para que canten sin parar, como los canarios con los ojos taladrados para que su canto sea más dulce, y los hombres de los bandidos copian en un papel lo que ellos recitan y lo venden a precio de guayabita* y *de pimienta de Jamaica. Ay del poeta que se haga famoso: es azotado día y noche para que su lamento sea más lastimero y el remedio de su alma sea más perfecto. Pocos de ellos pasan de la edad juvenil, pero es asombroso que nunca se quejen de sus suplicios, pues afirman que solo a través del tormento se riegan los lirios pe fumados de la poesía. Así que mueren felices después de que les hayan extirpado las huevas rebosantes de las elegías, las églogas, las sátiras, las fábulas y los ditirambos que les reportan una fama inmortal.*

¡Qué no habré probado de estas medicinas maravillosas! Homero, Safo y *Anacreonte, de los que ya te he hablado, son buenos, pero un pelín ásperos, pues resultan anticuados y rancios. Cuando aprecias demasiado a Safo empieza a sangrarte la nariz. Sus himnos, loas y fábulas les gustarán a los demás, pero yo los encuentro a veces mezclados con un hollín llamado prosa que rebaja mucho su excelencia. Me parecieron remedios insípidos Alceo, Ibico, Píndaro (demasiado caros para lo que pueden hacer), Bachilides, Simónides o Alemán; este último tiene tres cuartas partes de simple harina. Harto de ellos, pasé a remedios de una*

época más reciente, y busqué alivio en Calimaco, Teócrito o Apolonio, el de la isla de Rodas, que se pueden encontrar donde un boticario de Zakynthos, nuestro camarada más cercano. Sí, Calimaco me alivió profundamente en una hora de desconsuelo: La cabellera de Berenice *te anestesia durante unas cuatro horas y no sientes ya los pinchazos del corazón, pero luego pierde fuerza.*

En este oscuro negocio con sueños y visiones, lo más novedoso es también mejor, y *más fuerte y más aniquilador del amor, así que enseguida llegué a los remedios más duros, que muchos no se atreven a probar, pues generan dependencia y luego es imposible renunciar a ellos. A Rigas Feraios* y *a loannis Vitares se les da mucha pompa y se venden muy caros*, y, *ciertamente, el* Romeiki glosa *de este último no provoca ceguera ni temblor de manos como otros de ese mismo origen,* y *resulta bastante eficaz, pero no elimina del todo la añoranza ni la languidez de tu corazón. Más rápido actúa Athanasios Christopoulos, que, cuando lo escuchas, se te mete directamente en vena* y *sus versos te provocan un entusiasmo que, por desgracia, dura tan solo unos minutos. ¡Pero qué minutos de puro e impagable éxtasis!*

Más peligrosos todavía son los que proceden de países lejanos, que valen diamantes y *mirra de la más exclusiva, pero estos ni siquiera yo me atrevo a probarlos; los he comprado, aunque cuestan un ojo de la cara, y descansan ahora en mi cajón. Temo, sin embargo, por mi pobre cerebro, porque demasiada poesía puede lastimarlo sin remedio. Bairon, Miuset y Șatobrian, dicen, son el último grito entre los poetas más famosos, aunque solo se venden con la cédula del médico, y cuesta conseguirla. Pero, si los demás no logran librarme del amor, estoy pensando en probar con estos; al parecer te hacen viajar a territorios celestiales y diabólicos, piden tu alma a cambio de la salvación Ubre de todo suplicio*. Childe Harold, *dicen, te colma de una alegría celestial, y ves todas las cosas de este mundo torcidas y coloreadas, y oyes las voces de los ángeles del cielo,* y *cualquier mujer que desees (perdóname, madre bondadosa) se te aparece arrodillada piadosamente ante ti. A Bairon sin embargo lo probé antes de comprarlo a cambio de* mahmudes *de oro verde, para saber por qué estoy pagando. El vendedor me ofreció una poesía suya a cambio de nada, esa en la que el rey Saúl le habla a David el salmista, pidiéndole que alivie su alma con la lira, y estos versos en la lengua del inglés te los traduzco aquí, pues me brindaron un gran alivio en la adversidad del amor*:

Mi alma está sombría. ¡Oh!, pulsa
el arpa que aún puedo escuchar,

y deja que tus gentiles dedos ofrenden
su murmullo a mis oídos.
Si en mi corazón se acuna una esperanza,
aquel sonido volverá a encenderla;
si en mis ojos acecha una lágrima,
fluirá y dejará de lacerar mi cerebro…

Pues a partir de ahora yo considero, con mi estúpida mente, que no es la felicidad el don más precioso entregado por el Cielo a los mortales, sino un pensamiento sereno y un corazón sosegado.

Así pues, he reunido en mi camarote de la popa del Pséma, *con gran sigilo, ya que es un acto imperdonable y se castiga con la horca en todas las partes del Archipiélago, una biblioteca de poesía, como la que tiene* kir *Tachi Ghica en la mansión de Ghergani con textos filosóficos de la antigüedad. Me encierro en ella cada vez más a menudo para murmurar versos antiguos y nuevos, para mi alivio o mi perdición, quién sabe. Pero de este camino no encuentro fuerzas para regresar. Mañana mismo me lanzaré a los textos de Miuset, concretamente en* Noche de octubre, *y solo la misericordia de Dios sabe qué será de mí.*

Tras confiarte estos secretos como a una madre más querida que la luz de mis ojos, ante la que me confieso abrasándome de amor como los criminales quemados vivos en el toro de Perilo, acabo aquí mi epístola, deseándote salud, protección y *conocimiento de Cristo.*

Tu amantísimo hijo, sometido a duras pruebas últimamente, pero todavía vivo, pues no mueren los caballos cuando quieren los perros,

Theodoros

TERCERA PARTE

TEWODROS

23

No eras aún un hombre perdido cuando, vestido con una camisa de cota de malla, tejida en acero fino con los eslabones ensamblados uno a uno, de una clase nunca antes vista en Etiopía, pues acababa de llegar de Toledo, y que, embadurnada con aceite de oliva, brillaba tenue bajo el sol pálido; con la corona de Ras Werk con incrustaciones de perlas en tu cabeza llena de trencitas castañas, una noble cabeza masculina en pleno apogeo vital, te presentaste al frente de tu ejército, dotado con cuarenta y cinco mil guerreros, en la llanura vecina a Dirasge, en medio de la provincia de Simien, listo para enfrentarte a las fuerzas de Wube, de sesenta y cinco mil soldados. Era una fría mañana de febrero y el oro de la corona que lucías despóticamente desde la batalla de Gur Amba, pues solo tu poder brutal te concedía ese derecho, te helaba las sienes; sin embargo, la llevabas con porfía, como te habías coronado de niño con coronas de mimbre, de cartón, de madera pintada, en todos tus juegos infantiles en los que hacías siempre de rey, y como habías soñado ponerte la de verdad, la consagrada por la santa Iglesia tewahedo de la bendita Etiopía, que te colocarías tú mismo en la cabeza como *Napollón,* y que llevarías hasta la muerte bajo los deslumbrantes cielos africanos.

Podías salvarte todavía y pasar por un hombre justo, cristiano y héroe legendario, porque nosotros te hemos ofrecido siempre la posibilidad de elegir ante el otro camino, el malo, tortuoso, lleno de sangre y oscuro de los principiantes, de los soberanos, de los señores de este siglo, de los espíritus del mal, que habitan en el espacio, y de los cuales habla claramente el apóstol Pablo. Tres años más a partir de entonces tu corazón titubeó entre la luz y la oscuridad hasta que, cuando murió Paloma, se llevó consigo al polvo la semilla del bien que estaba plantada en tu corazón, como en el de cualquier otro mortal, sea asesino, blasfemo, licencioso, chismoso, borracho, traidor o puta, pues el salmo de David lo dice claramente: «Yo había dicho: “Vosotros sois dioses, todos vosotros, hijos del Altísimo”.».

Con tu aparición en el campo de batalla vecino a Dirasge, cuando las huestes respaldadas por cañones ligeros se encontraban a menos de doscientos pasos la una de la otra, tus hombres, que asomaban las

cabezas por los hocicos abiertos de leones y panteras —a través de cuyas mandíbulas se distinguían unos colmillos como dedos y cuyas pieles brillantes colgaban a sus espaldas, arrastrando por la tierra roja las colas anilladas— mientras ondeaban banderas que representaban arañas, escolopendras y escorpiones imperiales, lanzaron un grito de alegría, pues solo contigo, su principal estandarte, estaban seguros de que no se les iba a escapar la victoria, como no se les había escapado en tus incontables escaramuzas desde la época en que, al igual que Sansón, habías sido poco más que un asaltador de caminos, un tal *shifia* Kassa Hailu, apodado Lombriz porque su madre vendía *kosso* y del que se reían todos hasta que la risa se les congeló en los labios, puesto que —al principio con unos pocos hombres y luego con muchos — les rompiste los dientes, desgarraste sus carnes, les arrancaste las tripas y los convertiste con el puñal en el cuello a la fe tewahedo, en la que tú mismo no has creído jamás, pues has sido siempre un griego ortodoxo en tu corazón; y tampoco se les escapó la victoria más adelante, cuando el forajido Diomedes empezaba a parecerse poco a poco, acrecentando su poder, al mismísimo *Alixandru Machidon*, pues aprendisteis de la derrota de Dabarqi mucho más que de una victoria y vencisteis luego en Gur Amba, en Gondor y en Ayshal, batallas gloriosas en las que los príncipes guerreros de Etiopía, sumida aún en la penosa Zemene Mesafint, fueron humillados uno tras otro por el hijo de la vendedora de *kosso*, conocido hasta entonces como perezoso, santurrón y juerguista, pero transformado de repente en un hombre osado y valiente, un verdadero león del desierto, capaz de enfrentarse y de derrocar a los todopoderosos señores de un pedazo de Etiopía, la madre procreadora cuyo icono llora sin cesar desde hace más de un siglo.

Tus enemigos ya no te llamaban Kassa, y en ningún caso Lombriz, sino príncipe de Qwara, pues te habías arrogado ese título sin derecho y por la fuerza, del mismo modo que llevabas la corona, después de que tus bandidos, que ascendían a varios miles de hombres, hubieran invadido Kassa, la tierra natal de Hailu, y la hubieran convertido en el primer territorio etíope bajo tu dominio. Pues inmediatamente después del intercambio de destinos con Hailu, en las ruinas del monasterio de Debre Tabor, tras arrebatarle conscientemente a este último la patria, la lengua y la vida y hacerte pasar desde entonces por hijo de la tierra de Kassa, te hiciste *shifta*, un bandido que vivía de los saqueos y los crímenes. Fuiste distinto, sin embargo, desde el principio, a todos los otros que conformaban la chusma de los caminos y de las aldeas del salvaje país africano, ya que, tal y como te había enseñado el bandolerismo en los bosques de Valaquia, tus hombres no tocaban a las viudas ni a los huérfanos, a los pobres ni a los extranjeros, sino que compartían a menudo las monedas de cobre o de

cuero duro y ennegrecido del país con los nativos de los pueblos oprimidos del norte. Más aún, tu camarilla los protegía de los bandidos verdaderos, que mataban y torturaban solo por placer inhumano, y les construía a los pobladores de piel negra iglesias únicas en el mundo, talladas en piedra, con el techo a la misma altura que el suelo que pisabas, con los muros hundidos en una gran fosa de veinte metros de profundidad, excavado todo ello en una única roca.

Con tus hombres no te mostrabas altivo, sino que comías, dormías y luchabas con ellos, vivías incluso con más sacrificio y martirizabas tu cuerpo más que los demás, pues a menudo les decías que el hombre no vive para comer, sino para la fama y el renombre. Este comportamiento inédito entre las fieras con rostro humano que se hacían *shifia* te reportó tal cantidad de hombres que, en un año, tu nido de bandidos se convirtió en un verdadero ejército que solo esperaba una señal tuya para enfrentarse a cualquier príncipe del territorio africano, ya se tratara de un pequeño guerrero de un país insignificante, ya fueran los grandes señores, los temidos Ras Ali y Dejazmach Wube en persona, o las poderosas reinas de Oromo, casadas con perros gigantes venerados como dioses, las huellas de cuyos colmillos lucían en su espalda a raíz de los acoplamientos depravados con los mastines reales. Cuando Qwara cayó en tus manos, la senda hacia el corazón de Etiopía se abrió ante ti, aunque hasta allí quedara un largo camino por recorrer.

Tus hombres te siguieron en la victoria y en la derrota, no renegaron de ti cuando caíste, cuando estuviste a punto de morir por tu soberbia e insensatez, pues, siete años antes, se te había ocurrido atacar el bastión de los señores egipcios de Dabarqi, cerca de Sudán, hombres de paja de los musulmanes otomanos, que se habían extendido por la costa africana. Al ver que eran pocos, y obsesionado por el ansia de conducirlos a la fe verdadera, los invadiste de improviso con tu atajo de bandidos, mucho más numeroso que el ejército egipcio, pero aprendiste entonces en tu propia piel la diferencia entre un ejército y una banda de andrajosos. Los egipcios tenían instructores ingleses, armas y cañones ingleses y se movían como no habías visto jamás en un cuerpo de guerreros, pues tú estabas acostumbrado a las carnicerías salvajes, desordenadas, con traiciones y vilezas, peleas y componendas del Archipiélago y de la largamente hostigada Etiopía. Fue la primera vez que te enfrentaste a un ejército, y aquellos pocos hombres de uniforme, alineados en filas para la lucha, que obedecían fielmente las órdenes de los oficiales, que disparaban todos a la vez, atacaban y se retiraban según se lo ordenaban, sin gritos, sin venas hinchadas en las sienes ni espumarajos en la boca, sin odio ni desprecio por el adversario, que descargaban sobre tus hombres balas lanzadas a un tiempo por todos

los cañones, capaces de apuntar según cálculos matemáticos, te causaron una impresión indescriptible.

Los egipcios utilizaron en Dabarqi mosquetes nuevos fabricados en Manchester, de esos que en lugar de las antiguas mechas tenían cazoletas, así que podían disparar cuatro tiros por minuto. Los soldados avanzaban en tres filas, con sus uniformes azules y plumas de avestruz en la gorra, y, cada vez que una de las filas había cargado las armas, los de delante echaban una rodilla a tierra para que la fila de detrás pudiera disparar por encima de ellos. Mientras tus bandidos caían por centenares bajo los cañonazos y las balas de mosquete, destrozados por el modesto pero bien instruido ejército egipcio, a ti no te importaba ya su suerte, tampoco la victoria o el desastre: contemplabas tan solo, absorto, incrédulo y casi feliz, la maquinaria de guerra perfectamente engrasada, como habían estado en otra época las falanges de Alejandro, las legiones de César o las tropas de Napoleón, basadas todas ellas en la ciencia de la guerra, la táctica y la estrategia, en las armas adecuadas y una disciplina perfecta, para avergonzar a las hordas bárbaras que se abalanzaban sobre ellos gritando con toda su alma, heroicas y desordenadas.

Huiste entonces, con unos pocos supervivientes, del campo de batalla, herido tú mismo en el hombro izquierdo, pero nunca te arrepentiste ni te avergonzaste al relatar, al cabo de los años, la amarga derrota de Dabarqi. Al contrario, la sacabas a menudo a colación, ya fuera en la alcoba, en las noches de amor e insomnio, con tu negra Paloma, sabia y amada, ya fuera en las reuniones con tus soldados, y afirmabas que aquella humillación había sido tu estrella y la raíz de tu futuro poder.

Dejazmach Wube Haile Mariam salió también de la tienda, rodeado por sus chambelanes, sus generales y sus eunucos, a los que —veías ahora a través del catalejo de latón, con una lente abombada de grueso cristal en el extremo— amonestaba furioso, sombrío por el insomnio y las cuitas. Habían pasado trece años desde la batalla de Debre Tabor, en la que se había enfrentado a Ras Ali en la lucha más ridicula de la historia, y esos años, como una pesada carga en el espinazo de un mozo de cuerda, lo habían doblado, empequeñeciendo su cuerpo envuelto en ropajes de tafetán rojo perla sobre los bombachos verdes de hilo. La barba, que le caía entonces majestuosa, cubriendo el pecho entero, en ensortijados rizos castaños, era ahora rala y canosa, como las de los ancianos chinos de las carísimas estampas que llegaban, traídas por los holandeses, desde Cantón, junto con las porcelanas finas, el opio y el té. Y ciertamente el general —al que seguían llamando *Ye Abesha Nigus* sin que se lo creyera ni él mismo, no solo porque el verdadero rey de Etiopía, de la estirpe de Salomón y de Menelik, el enfermizo Yohanis III, viviera aún,

mendigando comida y bebida en la mesa de Ras Ali, sino porque en los últimos años tú, príncipe de Qwara, habías fulminado, con cada victoria en la batalla, tanto sus ínfulas de dominio como las de Ras Ali y las de muchos otros—, ciertamente el anciano señor no había pegado ojo en toda la noche previa a la batalla, y ahora, acalorado de miedo y de cólera, golpeaba al azar con la verga de piel de hipopótamo a todo al que pillara. Si perdía la batalla de aquel maldito 8 de febrero de 1885, lo perdía todo, tal vez incluso la vida que todavía albergaba su cuerpo envejecido.

Escondió su cólera cuando vio aparecer entre las tiendas, vestido con ropajes amplios, más coloridos incluso que los suyos, y con la sombrilla de piel de lagarto sobre la cabeza, a Abune Sellama, el santísimo arzobispo de la Iglesia copta, gemela en desgracias y alegrías de la Iglesia tewahedo, al que había hecho traer desde Egipto, a cambio de mucho dinero, con la esperanza de que el prelado lo coronara en algún momento como emperador de toda Etiopía. Los dos se abrazaron en el círculo luminoso de tu catalejo, besándose en la boca como viejos camaradas, y a continuación Abune Sellama, gritando algo que no oíste, blandió el báculo arzobispal hacia el ejército reunido ante las tiendas, y de repente todos los soldados —los jinetes descabalgaron con prontitud— se arrodillaron en las hierbas de la sabana, trazando el signo de la cruz con las empuñaduras de los sables. Con las mismas empuñaduras forradas en piel golpearon sus armaduras, a la altura del pecho, para lanzar un largo aullido que oíste incluso tú y que te atemorizó.

Por tu parte, a lomos de Defari, el alazán negro, frisón, de pelaje reluciente, regalo de Ras Ali cuando te entregó a su hija Tewabech Ali por esposa, pasaste por delante de sus huestes, que te seguían con los ojos y los corazones como a un dios. Ninguno tenía voluntad propia: te la habían confiado por completo a ti. Nadie se movía si no era por orden tuya, desde los generales con plumas anaranjadas y condecoraciones de oro en el uniforme hasta los lanceros y los arcabuceros de infantería y la caballería con ropas ligeras, púrpuras, y cimitarras al cinto. Las brigadas y los batallones estaban bien formados, en filas rectas; los soldados negros, de cabello crespo, parecían mucho más jóvenes de lo que eran, pues los uniformes de procedencia inglesa no podían ocultar la gracia de los cuerpos africanos que cubrían. Los cañones estaban al cuidado de ocho militares, uno con la antorcha encendida en la mano, los otros listos para cargar, por la boca del cañón, la pólvora, bien mezclada con nitrato de Chile, carbón y azufre, y a continuación las balas de metal marrón, rugoso. Seguido de tus ayudantes, entre los que estaban el tártaro Ghiuner y Sisoe, tus antiguos camaradas de bandolerismo en tu Valaquia bañada en nieve y luz de fábula, más adelante piratas en los

mares de la Hélade y vestidos ahora con uniformes de general, pasaste revista a tu poderoso ejército, que en tan solo una década se había transformado por completo. Habías aprendido mucho, ciertamente, del desastre de Dabarqi.

Te detuviste hacia la mitad de las filas del cuerpo central e, inclinándote desde lo alto de la silla, le susurraste unas palabras al voceador, un coloso con la cabeza rasurada, pero con una barba pelirroja dividida en tres mechones prendidos con hilo de oro, y este le lanzó a la armada unos gritos ensordecedores, atronadores, amenazadores y finalmente, sin recibir orden alguna, aterradores: «¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Jesucristo! ¡Gloria al Espíritu Santo! ¡Amén! ¡No olvidéis Gur Amba, no olvidéis Gondor, no olvidéis Ayshal! ¡Fuisteis leopardos, sed ahora los leones del desierto! ¡El león de los leones está con vosotros, el príncipe Kassa, el elegido del Eterno! ¡Con él sois invencibles, sois inmortales! ¡Gloria al rey Kassa, gloria al jardín del Señor, la grandiosa y santa Etiopía! ¡Amén, améeeeeen!». La última palabra se derramó sobre los ejércitos como una lluvia torrencial, como un rayo vivificante que puso a los soldados en acción.

Por el otro lado, los guerreros de Wube, con sus máscaras grotescas y sus ídolos agujereados y las cruces de madera tosca en las que estaban crucificados corderos vivos que se agitaban todavía, no habían cambiado demasiado desde los tiempos del enfrentamiento con Ras Ali. Algunos eran incluso los mismos, guerreros viejos, llenos de cicatrices, que habían visto de todo. Después de inclinarse ante el santo arzobispo, volvieron a montar, tomaron las lanzas y los arcabuces y partieron también ellos hacia la victoria o la muerte. Tan vivo era el entusiasmo en los corazones de tus hombres como terrible el espanto que inspirabas a tus enemigos, pues en verdad, a raíz de las victorias previas, parecías invencible. Si también aquí vencías, no habría ningún poder capaz de detenerte en todo el gigantesco país africano.

En la serie de victorias precedentes, pisaste el cuello de todos tus enemigos. Los humillaste y los destrozaste como separa la cosechadora el grano de la paja. Los viste inclinados ante tu mesa, mendigando la comida. Les lisiaste una mano o un ojo, te burlaste de sus reinas y princesas. Después de Dabarqi trajiste a tu campamento oficiales ingleses que te conocían por tu valentía y tu capacidad, que habían escrito cartas al Parlamento para sugerir que merecía la pena invertir en ti, ayudarte a medrar para que un buen día, retando a la dinastía salomónica y al mismísimo destino, pudieras convertirte, con permiso del de Arriba y del Imperio británico, en un gran señor de Etiopía, tal vez incluso en el rey de ese país lleno de maravillas y, en primer lugar, en aliado del Imperio. Te llegaron refuerzos, armas, uniformes, artilugios diabólicos cuya existencia en la tierra desconocías, que

funcionaban con la fuerza del vapor, ingenieros que volaban rocas por los aires para poder construir caminos, puentes y viaductos. De repente pasaste de ser un príncipe salvaje al frente de una partida de bandidos y criminales, en eterna lucha con todas los demás, a ser un hombre de tu siglo, tomado en consideración por los poderosos del mundo.

Menos de un año después de la transformación de tu ejército, los señores de Etiopía comprendieron que no podían mirarte ya como a un *shifta* insignificante, con la panza llena de *tej*, sino como a un hijo de la fortuna que había salido de la nada y que los amenazaba ahora como un cachorro de león, con la melena todavía rala, pero curtido ya por los años de victoria precedentes. Más acostumbrado a trenzar hilos, el chambelán Ras Ali fue el primero en tenderte la mano y llamarte a su lado, junto a su todopoderosa madre, la reina Menen, y a Yohannis III, que, pese a ser el rey legítimo, pues era de estirpe salomónica, mendigaba en su mesa y solo reinaba en sus sueños, en los que, embriagado de opio y hachís, se veía con la corona puesta, dando órdenes. Recibiste entonces de sus manos el título de *dejazmach*, pero te iluminó sobre todo la vida con tu primera esposa legítima, la hija de Ras Ali, la menuda y dulce Tewabech Ali, llamada desde la infancia Mentewab, la Reina Hermosa, a la que conociste virgen la noche de bodas y a la que amaste con profundo afecto.

Mentewab tenía la piel negra y los ojos más grandes y más serios que otras mujeres, sobre todo cuando estaban llenos de lágrimas, y los rasgos de su rostro ovalado estaban perfilados con el más fino pincel, como ni siquiera Sisoe pudo pintarla jamás, pues la verdadera belleza, la que humilla la lira, el pincel y la pluma, es la del alma, imposible de pintar. Ante ella, los poetas callan y el bailarín enmudece con la mano las sonajas del pandero. El enamorado se vuelve loco, el loco se hace profeta y el profeta se diviniza. Una belleza así poseía Mentewab en todas sus delicadas articulaciones, en las luces y las sombras de su cuerpo que enseguida llegó a ser más valioso para ti que tu propia vida. Las antiguas heridas y cicatrices que atravesaban tu corazón a raíz de tu amor por Stamatina, como tras un enfrentamiento con una pantera de la sabana, palidecieron por un tiempo en los abrazos sanadores de tu joven esposa, y te volviste durante unos años un hombre mejor de lo que estabas destinado a ser, manteniéndote fiel y apreciándola profundamente a lo largo de su breve vida.

El amor con ella, en la tórridas noches de Qwara, era distinto al de los miles de mujeres que habías tenido antes, porque tu diminuta esposa dirigió con gracia tu boca, tus manos y tus miradas, enseñándote que el gozo inmenso no estaba en la pasión furiosa del hombre desenfrenado que hunde la cama bajo su peso, sino en la demora del milagro y en las caricias infinitas, en un dulce suplicio al

que te sometías de buena gana junto a la mujer que te enseñaba, como una sacerdotisa del acoplamiento, guiándote por los sinuosos caminos del placer total. De las noches con ella, en las que había siempre luna llena, quedarían para siempre en tu mente sus labios, que se paseaban por todo tu cuerpo, su lengua pequeña y dulce que te lamía con delicadeza, titubeante, demorando el final, su cuello, sus pezones perdidos entre el poblado vello de tu pecho, los vientres, la barra endurecida sobre ella y la bolsa de piel ardiente donde está el vigor del hombre, todo tu cuerpo transformado en una hoguera que iluminaba el aposento.

En cada noche que pasaste junto a ella brilló la luna llena. Desde el primer momento la llamaste, en rumano, «Paloma», y con ese nombre se quedó. Tras horas de amor apasionado y dulce, cuando el último gemido de placer se apagaba en los labios húmedos, con el olor y el sabor soso de ambos sexos, y las últimas gotas de vigor brotaban, centelleando bajo la luna, humedeciendo como el rocío sus labios gruesos, los dientes blancos y la delicada barbilla, os incorporabais y comenzabais a contaros vuestras vidas, y vuestros recuerdos eran tan pausados y tortuosos y retorcidos como vuestros abrazos previos, y la luna llena brillaba en la ventana, y el olor amargo de las flores nocturnas, y el cuerpo dulce de la pequeña reina negra, que esparcía su cabello de brea sobre tu pecho, y sus ojos que centelleaban en la oscuridad eran de repente mucho más de lo que podías soportar, y te inundaban la desdicha y la melancolía.

Ella te hablaba sobre las mañanas en Yejju, su tierra natal, cuando despertaba en su lecho con baldaquino en el palacio que parecía construido con losas de luz, pues había tanto sol y tal algarabía de pájaros que cuando salía corriendo, descalza, al gigantesco jardín en torno al edificio, tenía que cubrirse los ojos con las manos y, sin embargo, veía a través de su carne roja el estallido de flores y de hojas cubiertas de rocío que la rodeaban. Y los cielos derramados sobre el mundo, con sus nubes como barcos de velas azules y rosadas, y el ajetreo de los esclavos colmaban el aire fresco de la mañana con una belleza inaudita.

Y recordaba a su madre, Hirut, una mujer en otra época hermosa, pero vejada y humillada por Ras Ali por ser hija de Dejazmach Wube Haile Mariam, su enemigo mortal; a su abuela, la orgullosa reina Menen, que se había casado con el débil Yohannis III para convertirse en una ilusoria reina de Etiopía; a su menudo y cruel padre, que la amaba sin embargo como a la luz de sus ojos. ¡Cómo la atemorizaba cuando, de regreso de alguna batalla, la tomaba en brazos con las manos llenas de sangre hasta los codos y la lanzaba al aire como si su hija fuera la propia victoria! Recordaba también el lamento de los muecines en la mezquita contigua al palacio, puesto que Ali, en

apariencia devoto de la Iglesia cristiana tewahedo, no pudo desprenderse jamás de las raíces mahometanas de su tribu, y en secreto propagaba el culto de Ahmad ibn Ibrahim al-Ghaz¡, el imán que había conquistado en otra época Etiopía para los musulmanes.

Paloma se había educado en las suras del Corán, que se sabía casi de memoria, pero a la edad de catorce años se bautizó como cristiana, en secreto y por propia voluntad, en el estanque delante de la iglesia de Madhere Mariam, donde se bañó en compañía de otras muchachas y muchachos, todos desnudos, negros y enjutos, observados desde el borde por una multitud de monjes desdentados, con ropajes rojos, verdes, anaranjados e índigo, que se protegían del sol con unas sombrillitas con perlas cosidas en una telaraña de hilo de oro. El arzobispo negro, cuyos ropajes eclesiásticos recordaban la fantástica indumentaria de los guerreros, pero en colores estridentes, protegido por cuatro monjes que sostenían un baldaquino estampado con querubines y granadas, hizo venir a cada uno de ellos hasta el borde del estanque y colocó su pie húmedo sobre su cabeza, bautizándolo así en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al final, tanto él como el resto de su comitiva se arrojaron al agua vestidos, con cruces torcidas de madera en las manos, gritando de alegría y salpicándose como niños, para regocijo nuestro, de los que estamos en los cielos. Los amplios ropajes del arzobispo se habían llenado de aire y se extendían sobre el agua como un loto gigante, cada pétalo de un color distinto. Entre los pétalos, su triple corona, con un fondo de raso azul, brillaba como el centro oscuro del girasol.

Tú, por tu parte, le contabas que recordabas tus vidas anteriores a la de entonces, que en una de esas vidas habías vivido en el territorio mágico de Ghergani, en la lejana Valaquia sepultada bajo nieves eternas, que comparabas, para Paloma, que no sabía qué era la nieve, con plumas de ganso que cayeran del cielo, tan densas que no veías a una distancia de cinco pasos. Le hablabas de la iglesia del pueblo abarrotada de iconos sagrados, de los ojos azules del Pantocrator que clavaba su mirada en tus ojos castaños, de tu fuga por el Danubio helado y tu deambular por el Archipiélago heleno, donde encontraste también la muerte… No le dijiste, sin embargo, una sola palabra sobre Stamatina, porque conservabas aún las heridas abiertas, y confiabas todavía en volver a verla, aunque fuera tan solo para hundirle el puñal en el pecho, ni sobre la inolvidable Nura de las tierras libanesas, ni sobre el intercambio de destinos con el infeliz Hailu, al que enviaste a la muerte a sabiendas, un pecado imperdonable que jamás abandonaría tu alma.

Y hablabais de algo más en vuestras noches de luna llena, mientras tú cubrías con una mano sus vergüenzas negras como las de las yeguas, como si estuvieras celoso de la luna, y ella reposaba su cabeza

de ojos brillantes sobre tu hombro, pero ese algo era un secreto lleno de peligros. Porque Paloma, emparentada con los grandes guerreros de la terrible era de Zemene Mesafint que desgarró Etiopía, hija de Ras Ali, nieta de la reina Menen y también de Dejazmach Wube, había heredado de ellos la mente de adalid de ejércitos y un corazón impávido que desde las primeras noches de amor puso al servicio de tu poder y del suyo, y que os conduciría hasta el trono de la gran ciudad del cristianismo, la Jerusalén Celestial descendida sobre la tierra roja de África, la santa y eternamente bendita Etiopía.

Sin los planes de tu esposa, desplegados ante ti no como una secuencia de palabras, sino como si hubieran sido escritos en brillantes hojas de pergamino, claras y detalladas, quizá no habrías tenido el valor suficiente como para apuntar tan lejos. Ella fue la que te azuzó contra su propio padre y sus propios abuelos, pues estos no dejaban de despreciarte e insultarte porque no pertenecías a un linaje real, como Wube, descendiente del rey salomónico Susneyos, sino que eras un guerrero corriente, de una provincia insignificante y, además, hijo de una vendedora de *kosso*, una desgraciada lombriz al que el destino había colocado por encima de su nacimiento. Lombriz, lombriz, lombriz, solo eso oías de la mañana a la noche, solo así te llamaba la reina Menen; Mentewab lo había oído antes de casarse contigo, cuando se encontraba con los de su misma sangre o en las reuniones con sus consejeros, y ahora era peor todavía.

—Hailu, mi amado señor —te decía Paloma en aquellos momentos en mitad de la noche—, no podría soportar ni un solo instante el suplicio de vivir junto a un esposo débil, por mucho amor que le profesara. Mi dueño y señor debe vencer y convertirse en soberano de los pueblos. Tal y como el hombre muestra su fuerza al atravesar el vientre de su mujer, así también debe atravesar a sus enemigos. ¡No debes tolerar sus palabras blasfemas, no debes soportar sus palabras de desprecio! ¡No debes olvidar ni perdonar, señor! Cuando regresaste herido en el hombro de la última batalla contra los egipcios, mi abuela Menen, a la que habías jurado lealtad, te envió como consuelo y deseo de pronta recuperación tan solo una pata de vaca, para vejarte y ridiculizarte, ¡no lo olvides, querido esposo! ¡Por tu nombre y tu grandeza debía enviarte al menos un toro entero! Mi abuela se burló de ti, y cuando se lo dije me respondió que una lombriz y un *shifta* no merece más, ¡escuché esas palabras con mis propios oídos! ¡Recuérdalo y no perdones esa humillación, señor, pues de lo contrario, pese a todo el amor que te profeso, dejarás de ser mi esposo!

Al oír esas palabras, destiladas noche tras noche en tus oídos, te incorporabas de un salto y, con las venas de las sienes hinchadas por la furia, lanzabas terribles juramentos en rumano, maldiciendo a todos

los santos, todos los sacramentos y la raja de las mujeres, golpeando los objetos en la estancia a oscuras, rompiendo el reloj y haciendo añicos el espejo de la mesita de madera de sándalo. El verano del año 1852 te decidiste: a partir de ese momento no volverías a tolerar ni una burla más, de ninguno de los gobernantes de la época. Te rebelaste contra la reina con tus bandidos convertidos en soldados, instruidos por los sargentos Douglas y Pott, unos borrachos como no se había conocido en Africa hasta entonces, pero también diestros militares, y le escribiste la carta en la que le comunicabas que el territorio de Qwara era soberano a partir de ese momento y no volvería a pagarle tributo.

Cegada por la ira y por un desprecio terrible, que acentuaban las horribles arrugas de su rostro como si fueran garabatos, Menen envió en tu contra al famoso Wondyerad, el general ciego y leproso que, sin embargo, no había perdido una batalla en toda su vida y que, transportado en litera ante los soldados, había jurado acabar con Lombriz, el hijo de la pelandusca que vendía *kosso* en la región de Qwara. Pero, con la primera batalla perdida, pues su horda de campesinos armados con más palos que mosquetes no pudo plantar cara a tus armas inglesas, el general perdió también su miserable vida de una manera terrible, de la que se hablaría largo y tendido a partir de entonces. «¡No paras de hablar del *kosso* —le dijiste cuando fue traído, atado con cuerdas, a tu presencia—, *así* que *kosso* vas a probar, en abundancia además! Pues se ve que las lombrices de tu culo no te dejan en paz y te han animado a venir a verme sin ser invitado. ¡No te preocupes, que te voy a librar de ellas, y sin pedirte dinero a cambio!» Y luego, durante diez largos días, contemplarías, en el profundo calabozo donde torturabas a tus enemigos, cómo al general, desnudo, tirado en el suelo y amarrado con las rodillas pegadas al pecho, le vertían *kosso* por la garganta a través de un embudo, tres veces al día, cómo lo vomitaba en chorros de babas verdes y volvían a vertérselo una y otra vez, cómo por su fofo trasero salían unas lombrices largas como los tallos delgados de las patatas almacenadas en la oscuridad, que se movían a tientas por todas partes, y cómo, finalmente, hinchado y con la barriga reventada de tanto pis de cabra y setas venenosas y escarabajos wareza majados en el mortero, entregó su alma entre convulsiones y suplicios que la mente no puede soportar sin enloquecer ni la boca puede relatar sin quedar torcida para siempre. Crucificaste luego al desgraciado Wondyerad, desnudo como vino al mundo, de cara a la cruz, con las lombrices colgando entre las nalgas, en una colina de barro rojo, y allí quedó plantado, al principio un cuerpo cada vez más apestoso y putrefacto, luego solo un esqueleto sucio, finalmente un montón de huesos a los pies de la cruz, mientras duró tu dominio en Qwara.

Cuando le contaron todo esto, la terrible reina se puso ella misma la armadura, cortando dos círculos del metal en el pecho para que pudieran asomar sus tetas, no porque la coraza las estrujara, sino porque los pechos desnudos eran el símbolo de madre del pueblo que todas las reinas debían mostrar, y se colocó ella misma al frente de una de las tropas más numerosas que se había visto nunca en la Era de los Príncipes, Zemene Mesafint. Para enfrentarte a ella trajiste hasta las laderas abarrotadas de acacias los cincuenta cañones ligeros, en cureñas arrastradas fácilmente por mulos, de los que el Parlamento británico, que buscaba vasallos en todas partes, te acababa de dotar. A una señal de tus oficiales, los antiguos ladrones andrajosos que habían sido salteadores, al igual que tú, en el camino principal, pero que ahora eran soldados curtidos en duras batallas, cincuenta nubecillas se elevaron en el mediodía despejado y miles de trozos de metralla llovieron, entre atronadores cañonazos, sobre el gigantesco pero desorganizado ejército de la reina, matando sus caballos y a sus hombres y destrozando las banderas en las que aparecía el león coronado, símbolo de la dinastía salomónica. Los dos ejércitos no llegaron a enfrentarse porque, ensordecidos y cegados por las explosiones, con heridas nunca vistas que habían dejado a muchos sin cabeza, sin brazos ni piernas, los soldados de Menen soltaron las lanzas y huyeron por los campos, como hormigas que, arrastradas por el pánico, dejaran atrás a su reina.

Menen fue apresada mientras, impedida por la coraza y con las faldas desgarradas, intentaba escapar con vida arrastrándose con los codos y las rodillas por los socavones de los obuses, y sin duda también ella habría sido sometida a terribles suplicios si Paloma no se hubiera arrojado a tus pies para implorarte por la vida de su abuela. No habrías hecho caso a nadie más, pues odiabas a la vieja bruja como no habías odiado a nadie en este mundo, pero no podías afligir a Paloma. Recordaste las palabras de Jeremías a Baruc, cuya vida salvó el Señor, librándolo de la espada del invasor, y respondiste a la reina arrastrada por el pelo a tu presencia con aquellas palabras: «Aunque voy a traer la desgracia sobre todo ser viviente, oráculo de Yahvé, a ti te dejaré la vida como botín, vayas donde vayas». Le dejaste la vida como botín de guerra. La condenaste a tirar, atada con un arnés, de una piedra de molino que trituraba granos de sorgo, desde el alba hasta el anochecer, sin descanso y casi sin comida, de tal manera que, cada vez que bajabas a la celda subterránea para disfrutar con su suplicio, ella te miraba a los ojos bajo sus greñas llenas de piojos que le llegaban hasta las cejas, y te decía siempre solo una frase: «¡Apiádate de mí y mátame!».

Ras Ali, el que con insensatez se hacía llamar *Reese Mekwanint* de Etiopía, enfureciendo con ello a todos los demás príncipes de la época,

decidió vengar el tormento de su madre enviándole a Lombriz a otro gran general, Dejazmach Goshu, famoso porque vestía tan solo ropas de color azafrán, de tal manera que en la batalla parecía un narciso recién abierto, prendido en una maraña de eslabones y corazas, barbas y penachos, cabezas de caballos y gallardetes ondeantes. Esta vez, en Gur Amba, avanzado noviembre, el narciso murió cercenado por el sable, y fuiste de nuevo vencedor en el campo de batalla, para espanto infinito de tus enemigos. A partir de entonces, te pusiste la corona de Ras Werk, formada por dos aros de oro con una banda de perlas en medio, a la espera de la corona verdadera, la de Menelik, el primer rey del país.

No podían más. Tras la muerte de Goshu, los dos grandes señores se decidieron a terminar con el príncipe de Qwara de una vez por todas. Enemigos mortales —pues ambos aspiraban al trono y no podían conseguirlo por culpa de la tenacidad del otro—, unidos por lazos de parentesco y separados por codicias y ambiciones, el chambelán imperial Ras Ali y el todopoderoso general Dejazmach Wube se encontraron al sur de Gondar, se abrazaron en medio de sus dos formidables ejércitos e hicieron de ambos uno solo, invencible, pues Africa no había visto antes cien mil hombres conducidos a la guerra por la voluntad de los más importantes príncipes de la época. Cinco *dejazmach* guiaban el ejército, al igual que los cinco reyes que lucharon en otros tiempos con Abraham en la llanura de Sinar, esperando confiados a que el insignificante pero afortunado príncipe de Qwara apareciera al frente de su ejército. A su espalda se elevaban las murallas y las torres defensivas de Gondar, la capital de aquel país desgarrado, una ciudad considerada imposible de conquistar. Los soldados observaban atónitos a los dos señores cabalgando juntos, pues sabían de su acérrima enemistad. Pero miraban sobre todo más allá de las colinas rojizas del horizonte, llenas de acacias silvestres, tras las cuales debían aparecer tus estandartes; sin embargo, tú no llegabas. Los soldados caían como moscas de tanto esperar de pie en el calor terrible del mediodía, su corazón reventaba y se les recalentaba el cerebro.

Cayó la tarde y la vasta cúpula del cielo se cubrió de llamas, y en la luz ambarina brilló algo en la lejanía, por las colinas que parecían ahora de sangre. No era una persona ni uno de los zorros del desierto con enormes orejas. No era un ave rapaz ni una lanza arrojada con fuerza. Todo el ejército señalaba ahora con el dedo la chispa que se acercaba a ellos sin prisa, adquiriendo lentamente una forma asombrosa.

Dejazmach Wube pidió un catalejo de latón, lo desplegó y miró. Hizo girar un poco el cilindro graduado y la imagen, antes borrosa, se volvió clara y brillante. Ya no cabía duda, aunque el general no daba

crédito a sus ojos. El rostro anciano empezó a temblar. Lanzó un rugido gutural y arrojó el catalejo al polvo. Ras Ali descabalgó y se dirigió a ver qué había asustado tanto a su rival y aliado. Un mastuerzo con aros en la nariz lo alzó sobre sus hombros para que el enano pudiera ver más allá de las cabezas con cascos. Al mirar por la lente, el chambelán lanzó también un grito de agonía, luego arrojó a su vez el catalejo al polvo, como si estuviera maldito. «¡Brujería!», consiguió balbucear y se habría precipitado de cabeza desde los hombros del mastuerzo si este no lo hubiera sujetado de una pierna. Poco después, sin embargo, no era necesario el catalejo, pues todos los presentes vieron de pronto con claridad algo del todo imposible de creer, una visión de *Las mil y una noches.*

Directo hacia el formidable ejército avanzaba despacio un rifle Brunswick de los más modernos, con culata de madera, mecanismo de latón y cañón negro, estriado. No lo empuñaba nadie: se movía solo, con el cañón apuntando al suelo, a través del desierto de arena roja, sin prisa, saltando levemente, esquivando los arbustos de piracanta y de jazmín silvestre, brillando cada vez más bajo el sol que declinaba, como una vejiga llena de sangre, hacia el ocaso. Cuando llegó a veinte pasos del ejército paralizado, que no era ya capaz de huir ni de respirar siquiera, el rifle se detuvo, y al cabo de varios minutos largos el cañón se levantó poco a poco. Ante los ojos de los soldados boquiabiertos, el cañón se colocó en posición horizontal y, elevándose un poco más aún, su titubeo cesó. El martillo y el gatillo tintinearon y, con una detonación estruendosa, una bala redonda de cobre se clavó en la frente del jinete más cercano. Agitando los brazos, el soldado cayó del caballo en un charco de sangre.

La batalla de Gondar, del año del Señor de 1853, culminó así antes de comenzar, y quedó en la memoria de todos los etíopes como «la Batalla en la que se Disparó una Sola Bala», ya que, después de que el primer jinete se desplomara en el polvo, el inmenso ejército de Ras Ali y de Dejazmach Wube, atenazado por un pánico sagrado, salió corriendo como un solo hombre, desperdigándose por las colinas de Gondar, hundiéndose en las ciénagas, intentando desesperadamente entrar en las ciudades y muriendo bajo sus murallas, metiéndose en cuevas y en bosques salvajes llenos de leopardos. Cuando tu disciplinado ejército, con sus uniformes ingleses decolorados ya por el sol de África, apareció por fin en las colinas, entre las acacias silvestres, solo tuvo que cazar fugitivos desesperados, matarlos con bayonetas o con la culata de las armas, sin que se oyera una segunda bala. La majestuosa ciudad de Gondar, con sus torres que sostenían la bóveda celeste, abrió sus puertas al vencedor, y hacia el atardecer las cruzaste triunfal, con tus elefantes, tus cañones y los cuerpos de tu ejército. Ahora podían verte todos los que estaban dentro del recinto

de la ciudad, pues habías girado de nuevo el anillo de Gyges, con la amatista hacia fuera, para que brillara violeta en el ocaso.

Tus hombres, tras registrar el palacio imperial —pues Gondar era el nido de la dinastía salomónica que desde hacía casi dos mil años gobernaba, o parecía gobernar, Etiopía—, sacaron al pobre rey Yohannis III de la estancia donde se había escondido, abandonado por todos, con su vestimenta anaranjada y, como de costumbre, aturdido por el hachís. No le lanzaste siquiera una mirada cuando te lo arrojaron a los pies del trono del que te habías apropiado, custodiado por leones de oro; te limitaste a empujarlo con la babucha para ponerlo boca arriba. El rey tenía una sonrisa estúpida que deformaba su rostro lampiño. Por orden tuya fue levantado y encerrado en una jaula de barrotes de cobre, como las de los loros, donde viviría largos años, anaranjado y aturdido, hasta que un buen día lo encontraron sin aliento.

«Quien gobierna Gondar —afirmaba el dicho— ya es rey.» Pero tú sabías que no era así, puesto que la rueda de la suerte es caprichosa como el timón de los veleros en medio de la tormenta, y los dos guerreros de la época, fueran amigos o enemigos, eran todavía capaces de ponerlo todo patas arriba. Así que te incorporaste del trono y te lanzaste de nuevo a la batalla, y esto tuvo lugar en Ayshal en el mes de Sane, cuando destruiste por completo, con tus cañones ligeros, el último ejército reunido por Ras Ali, capturaste en persona al enano mezquino y le colocaste los grilletes, tras lo cual entraste, más triunfante aún, entre los sonidos de las trompetas y los bailes de las mujeres de la ciudad, en Debre Tabor.

Descansaste allí apenas dos horas, pues te invadió la nostalgia por ver las ruinas del monasterio donde habías sido en otra época discípulo en el estudio del divino *Kebra Nagast*, el libro sagrado de la Iglesia tewahedo y del pueblo etíope. Acompañado solo por tus generales de confianza, entre los que, quemados como estaban por el sol, con el cabello prendido en trencitas según la costumbre del lugar y vestidos con túnicas de color pistacho, te habría costado reconocer a Ghiuner y Sisoe, descendiste al valle nublado donde en otra época se habían enfrentado los ejércitos de los dos príncipes en la batalla más estúpida de la historia, y allí, increíblemente melancólico, como un monumento a la soledad, contemplaste las columnas y los pórticos ennegrecidos por el fuego, pero todavía en pie, del monasterio de leche y turquesa destruido por los mahometanos la noche de la batalla. Acordándote de Hailu, te agachaste a los pies de la muralla, contemplando las ramas de los sicómoros agitadas por el viento, como entonces, como en aquellos tiempos lejanos cuando la juventud te arropaba con su capullo de luz. Te quedaste allí, con la mirada en el vacío, arañándote la espalda con la áspera pared, hasta que en la


bóveda celeste aparecieron las primeras estrellas.

24

Hasta los diecinueve años que tenía cuando Makeda le reveló el secreto de su nacimiento, Menelik no había salido del palacio construido en medio del desierto de Saba sino para aprender el arte de la caza entre los pocos boscajes de las arenas, que los sabeos llamaban «bosques» y que estaban llenos, es cierto, de las fieras más peligrosas: panteras negras que parecían por la noche retales de cielo estrellado caídos al suelo, puercoespines cuyas espinas de la cola tenían el tamaño de lanzas, babirusas de piel gruesa y colmillos prominentes en el labio superior, facóqueros abyectos, escorpiones como perros y, sobre todo, *catoblepas* de ojos como rubíes sangrientos, que te envenenaban con solo mirarte. Pero no había viajado más allá de las fronteras de Saba, aunque su sueño más preciado era conocer el mundo. Así que, más por el dulce aliciente de la distancia que por el deseo de reunirse con su padre, el joven no encontraba ya reposo: su huida de la presencia de la reina, ese día en que descubrió que era hijo del más poderoso y más sabio hombre de cuantos existían en aquella época en la faz de la tierra, el gran rey Salomón de Judea que reinaba en Jerusalén, lo llevó en media hora ante Tamrin, el guía de caravanas, un hombre discreto, del color de la arena, envuelto siempre en una túnica de un tejido milagroso que lo mantenía fresco durante el día, en el más insoportable bochorno, pero lo calentaba por las noches heladas entre las dunas del desierto.

—Prepárate para partir—le dijo en tono perentorio Menelik al que se había postrado ante él—, pues nos espera un largo camino. Quiero ver Jerusalén, en el lejano norte, es mi ardiente deseo, y nadie podrá hacerme renunciar a esa idea. Así que prepárame un alazán digno de un príncipe sabeo, camellos abrevados y descansados, elefantes fuertes y mulos de confianza, para abrirnos camino por los territorios de Saba, luego por Wollo, por Tigray y Eritrea, por el desierto de Sudán y por Egipto, lleno de prodigios, hasta llegar a Gaza y, a continuación, a la ciudad sagrada de Jerusalén. En tres días la caravana debe estar lista, de lo contrario…

Pero aquí calló, apurado. De lo contrario, ¿qué? Menelik no sabía dar órdenes, puesto que su madre, la reina, se ocupaba de todo en la

corte, parecía estar en todas partes a la vez, arreglando los diversos problemas del reino, desde las guerras hasta la adoración de los ídolos (pues las gentes del territorio seguían venerando a T'enikara y Fireyama, unos trozos de madera ennegrecidos, podridos y agujereados), desde la quema en la hoguera de los violadores hasta el trenzado de los cabellos de la cabeza de su hijo, de tal manera que el joven príncipe lo recibía todo sin tener que pedirlo jamás. El viejo sirviente se levantó, sonriendo a medias al ruborizado joven, y respondió con fingida sumisión:

—Ilustrísimo señor, alabado hijo de la reina, haré sin dilación todo lo que me habéis ordenado. Vuestra insigne madre, Negest Makeda, tuvo a bien realizar ese viaje en otra época, invitada por el mismísimo rey Salomón de los judíos, que la recibió en su casa, le dio con creces todo lo que le pidió y compartió con ella su gran sabiduría y conocimiento, pero como desde entonces han pasado ya veinte años en los que los dos gloriosos gobernantes no han vuelto a saber el uno del otro, vuestro humilde servidor os pregunta si no desearía la loada Negest Makeda confiaros al partir algún mensaje o misiva para el rey de Jerusalén. ¿No sería sabio que vuestra honorabilísima madre os ofreciera sus buenos consejos para este viaje largo y lleno de peligros?

—¡Tú prepara a los criados, los camellos y los elefantes y, por lo demás, cierra el pico! —gritó el joven, furioso no con el guía, sino con su madre, que le había ocultado durante tanto tiempo el secreto de su nacimiento.

Mientras corría por el palacio con las orejas enrojecidas y la cabeza trastornada por el descubrimiento de la paternidad del rey Salomón, el monarca del norte, se había planteado huir de Saba inmediatamente, sin que su madre se enterara, y adentrarse en los desiertos septentrionales hasta que su rastro desapareciera. Ahora veía con claridad que sin el consejo de la reina era inexperto como un niño. También ella, que se ocupaba de alimentarlo, de lavarlo y vestirlo cada día, aunque se había convertido en todo un hombre, tenía que preparar su partida como correspondía, pues de lo contrario lo engulliría el desierto antes de cruzar los confines de Etiopía. El dulce vínculo entre la madre y su hijo, que unía sus corazones y sus pensamientos, no se había roto aún; era como si el cordón nacarado que los había vinculado en el nacimiento se hubiera vuelto invisible con el paso del tiempo. Menelik vivía en un capullo de amor de madre fuera del cual se sentía perdido, patoso y llorón como un niño de tres años.

Precisamente aquella tarde, cuando cedió el bochorno y se levantó un viento que hizo que se mecieran y murmuraran las copas de los árboles warka bajo los altos y deslumbrantes cielos de África, el joven príncipe se presentó de nuevo, arrepentido, ante su madre, que, tras

pasar el día en agonía, rodeada de médicos, había encontrado un poco de sosiego en la cucharita de pasta de opio que había tomado con agua de manantial, y ahora, con la mirada perdida, descansaba en el jardín interior, donde se abrían ya las flores nocturnas con su pesado perfume, casi visible en el aire que había adquirido ya una pátina de plata envejecida. Makeda se incorporó para recibir a su gracioso hijo y los dos se abrazaron de manera distinta a otras veces, pues aquel era, ambos lo sabían, un abrazo triste, un abrazo de despedida. Luego se sentaron ante la mesita de marfil de Ohalia, cuyo hueso pulido, esculpido con miles de figuras, estaba amarilleado por el paso del tiempo. Makeda no tenía un instante que perder. Lo había pensado todo, pues sabía desde hacía tiempo, sin atisbo de duda, lo que tenía que pasar: ahora, en el silencio de la tarde, aunque estaba adormecida por el opio, pudo concentrarse y trazar un plan para su hijo. Lo miró a los ojos con las pupilas dilatadas y le habló con mucha ternura:

—Querido hijo, sé lo que sucede en tu corazón. Has descubierto hoy quién es tu padre y que tu padre es el hombre más importante que gobierna estos días en el mundo. No hay, bajo los cielos que son el reino de Dios, ni en Egipto, ni en Asiría, ni en el Líbano rebosante de cedros, ni en el territorio de las islas del Mar más Grande, nadie que le llegue siquiera al tobillo en poder, fama y sabiduría. Adonai, Él mismo, El que es siempre el Mismo, El que no cambia jamás, eligió desde la antigüedad la estirpe de los judíos para que fuera Su pueblo santo, y eligió al rey para que Le edificara una casa en el suelo, pues el rey no podía vivir en una casa de ladrillo y el Señor en una tienda. A mí se me concedió, en mi juventud, ver con mis propios ojos el Templo, cuando no estaba todavía terminado y el Arca de la Alianza no estaba depositada aún en el Sanctasanctórum, pero las columnas Jaquín y Boaz, con sus capiteles de bronce, se me presentaron, rectas, en la entrada del Templo, y vi con mis propios ojos el mar de bronce en forma de cáliz de lirio, apoyado en doce bueyes también de bronce, y el altar con cuatro cuernos de bronce en las cuatro esquinas, y las palanganas, y los ceniceros y los demás utensilios de bronce utilizados por los levitas en su sagrada misa. ¡Cuántas maravillas pude ver durante aquellos tres meses que fueron la cumbre de oro y piedras preciosas de mi vida! Nada, sin embargo, de todo lo que pude ver en Jerusalén pudo competir con él, con tu padre, maravilloso y perfecto en todo. Cuando te miro, veo su rostro estampado, rasgo a rasgo, en tu cara fresca y dulce, de joven inmaculado: mira sus ojos, sus cejas, su boca carnosa y sus mandíbulas cuadradas, mira la forma de sus orejas, mira los bucles de su cabello… —Y la reina pasó delicadamente los dedos, como una ciega, por sus rasgos, pues en aquellos momentos se le presentó ante los ojos de la mente el otro hombre, amado y perdido para siempre—. Ahora ha llegado el momento de tu partida, pero no

te voy a dejar hasta que me jures que, en cuanto veas al que te dio la vida por amor verdadero, regresarás a tu país, junto a tu madre, para que Saba no se quede sin señor y para que yo no muera sola. Esa es la primera y más importante de mis peticiones.

—Te aseguro que así lo haré, porque no podría vivir en otro lugar que aquí, con nuestras montañas azules en el horizonte y nuestra tierra roja y nuestros campos de sorgo. Y del mismo modo, querida madre, no podría dejarte sola, porque en tus brazos he crecido y no me siento completo, día tras día, sin tu abrazo. Te juro, así pues, que regresaré cuanto antes, por mucho que me tiente permanecer en ese país desconocido, junto al hombre extranjero que es mi padre. Tal vez él me instale a su lado en el trono y corte mi carne en la mesa con su mano, sirviéndome tres veces más que lo que corresponde a los demás comensales, y me muestre sus tesoros y sus caballos y sus ejércitos. Nada perturbará, sin embargo, mi juramento, pues moriré, a pesar de todas las riquezas, de añoranza por ti y por el país donde vi la luz.

—Sé que así procederás, Menelik. Y ahora tengo otras peticiones en las que he pensado largamente. Verás, a mí me fue concedido, gracias al rey Salomón, desprenderme de la fe en los ídolos y en el ejército de los cielos y descubrir que no existe otro dios en el mundo que el Dios de Israel, que condujo a su pueblo santo al desierto del Sinaí, donde lo alimentó durante cuarenta años con maná caído del cielo. Cuando estaba con el magnánimo rey ante el Templo se me revelaron señales y milagros, y desde entonces no me ha quedado duda alguna. Tú conoces al detalle la fe en el Dios Savaoth, la única verdadera, pues te traje en secreto a un preceptor levita para que te confiara la Ley de Moisés, y sé que tu corazón le pertenece por completo al Señor.

»Pero nuestro pueblo hace todavía sacrificios a los ídolos y nuestras gentes morirán en pecado sin haber conocido a Quien reposa sobre querubines. Quiero cambiar esta penosa situación mientras viva y traeré a Saba, gracias a ti, la fe verdadera. Cuando el rey te pregunte, en tu partida de Jerusalén, qué querrías llevarte contigo de entre todas las riquezas y maravillas del reino de Judea, y te puedo asegurar que te entregará todo lo que le pidas, aunque sea la mitad de su reino, tú solo le pedirás las borlas del cobertor de la Alianza que se encuentra en la estancia de oro del Templo, donde vive el Nombre en la más profunda oscuridad. Estas borlas, cortadas del borde del cobertor extendido sobre las pieles de foca que cubren el Arca, le serán presentadas a nuestro pueblo, a tu regreso, en una bandeja de cristal de roca, y les diremos a los hombres, a las mujeres y a los niños: «¡Mirad, sabeos, este es vuestro Dios! ¡A él adoraréis!». Pues, dado que viven desde hace siglos en el pecado, humillándose ante sus ídolos, no podemos alimentarlos desde el principio con carne y pan,

sino con leche y gachas, para que puedan digerir la nueva comida. Y luego, poco a poco, les revelaremos también los otros secretos, así como la Ley. Esto te ordeno, y no dejes de cumplir mis palabras.

»Y todavía quiero pedirte algo más: que, en cuanto regreses a Etiopía, modifiques, con permiso de tu glorioso padre, nuestras leyes respecto al gobierno. Como sabes, nuestros antiguos códigos dicen que, para que el país sea próspero, solo puede guiarlo alguien con tetas, pues los pechos de mujer son la señal de que la abundancia se derramará sobre el país como fluye la leche a la boca de los niños recién nacidos. Desde hace siglos han sido colocadas en el trono de Etiopía solo doncellas que han gobernado con los pechos al aire, y hay que poner fin a esta costumbre insensata. Tú serás el que rompa esta cadena, pues reinarás en mi lugar y también tu hijo reinará, y el hijo de tu hijo, porque escribiremos en la ley que solo los hombres de tu estirpe podrán gobernar de ahora en adelante, no solo en Saba, sino en toda Etiopía, madre de todos nosotros. Escribiremos todo esto en hojas de latón y conservaremos los rollos en la Casa del Señor, para su recuerdo eterno.

»Esto es lo que quería confiarte. Y yo, querido hijo, me ocuparé de que en diez días tengas ropa, víveres y armas para el viaje, siervos con experiencia, soldados valientes y animales de carga, una caravana igual a aquella con la que hice también yo mi viaje por el mismo camino. Serán sin embargo otros sirvientes, otros soldados y otros camellos que los de entonces, pues los primeros, prácticamente todos, llevan mucho tiempo muertos, como murió el pobre K'onijo, a lomos del cual recorrí los caminos del desierto hacia Israel. Solo sus colmillos forrados en oro custodian ahora la entrada al palacio por la puerta oriental.

Y la caravana estuvo lista para partir el vigésimo segundo día del mes de Gembo, cuando las Hamas del desierto no habían llegado aún al oro fundido que los bofes no podían soportar sin secarse como la mala hierba, y las noches no te cubrían aún con el aterrador paisaje de las estrellas heladas. Tras el grito de Tamrin, agudo como el del pavo real, los trescientos camellos, seguidos de ochenta mulos y rodeados por un muro de doscientos jinetes, con escudos y hachas de guerra, se pusieron en movimiento y fueron balanceándose, minuto tras minuto, hora tras hora y día tras día por lugares cada vez más desconocidos, más salvajes, que al joven príncipe, desacostumbrado a ellos, le desgarraban el corazón. Había pasado toda su vida en el regazo de su madre y, a pesar de que en otro momento habría dado su pellejo por viajar, ahora se sentía arrastrado a volver por una nostalgia turbia e inesperada. A lomos de un elefante más soberbio incluso que K'onijo, bajo un baldaquino teñido en púrpura de las aguas del país de Chitim, vio como a través de un velo de lágrimas las manadas de leones

reunidas bajo algún árbol seco, tan saciados que las gacelas y las cebras del desierto pastaban a su aire a tan solo quinientos metros de sus hocicos ensangrentados. Vio sicómoros y palmeras en el horizonte, más allá del cual, en el deslumbrante cielo africano, se extendían ciudades volcadas, con las torres y las bóvedas dirigidas hacia las dunas infinitas. De vez en cuando, en el cielo tenían lugar batallas, reflejadas desde quién sabe qué territorios lejanos, y podía ver caballos derrumbándose y jinetes aplastados bajo ellos y carros de lucha cuyo bronce brillaba al sol, y guerreros aullando sus gritos de batalla sin que se oyera ningún sonido. Los ríos vastos, de aguas verdes, arrastraban en las profundidades hipopótamos y cocodrilos, y en las orillas, sobre una pata, hundían sus picos en el agua los flamencos de plumas rosadas.

Cuanto más se alejaba de Makeda, más se llenaban de lágrimas sus ojos, de tal manera que Egipto, tras dos meses tambaleándose por el desierto, se le presentó turbio y sin verdadero interés. El país de Faraón, abarrotado de templos, estatuas de dioses y hombres de cabezas rasuradas, entre los que apenas se diferenciaban las mujeres de los hombres, tanto los unos como los otros ocres y delgados como juncos, lo habría asombrado en otra época con sus barcas de papiro navegando por el majestuoso Nilo, con los sacerdotes vestidos de azul y con los gatos de ojos femeninos que se asoleaban por los tejados. Pero cuando te encuentras dentro de la campana de cristal de la aflicción profunda estás como ciego, y la belleza se convierte en ceniza. Todo el viaje, que para la reina, dos décadas atrás, había sido motivo de incesantes gritos de alegría, no fue para Menelik sino un arrastrar de pasos por la espesa ceniza de la separación.

En Gaza, al cabo de tres meses de viaje, hicieron un alto en las afueras de la ciudad fortificada, pues los filisteos, un pueblo numeroso como las langostas y como el enjambre de granos de arena del desierto, habían retirado los puentes y habían cerrado las puertas al divisar la gran caravana. Solo los comerciantes, ávidos siempre de ganancias, se atrevieron a acercarse los días siguientes al convoy, llevando consigo trozos de plata, terneros y verdura fresca, con la intención de cambiarlos por cualquier cosa que llevaran los extranjeros en sus alforjas. Y se encontraron, ciertamente, con pimienta y comino, con mirra y ámbar, muy demandados en sus tierras, de manera que sus ojos brillaron de alegría, pues los sabeos estaban hartos de la cecina que llevaban bajo las sillas de los camellos y habrían dado cualquier cosa a cambio de alimentos frescos.

Pero no solo con esas preciosas especias regresaron a la ciudad, sino sobre todo con una noticia que se extendió inmediatamente por todos los rincones de la urbe, entre los artesanos y los campesinos, entre los sacerdotes de Dagon y las prostitutas sagradas, entre los

niños de los descampados y los guerreros con armaduras de cuero de búfalo salvaje y las mujeres con cántaros en la cabeza, con el cabello embadurnado con grasa y sus graciosos cuerpos envueltos en tela de colores: el príncipe del centro de la caravana, aunque tenía la piel negra y apenas llamaba a la puerta de la virilidad plena, era idéntico, rasgo a rasgo, al enemigo mortal de su pueblo, el rey Salomón de Judea. Y no solo su rostro, sino también su estatura, sus manos finas y sus piernas ágiles, sus hombros rectos y orgullosos, su caminar cimbreante, su mirada franca bajo las cejas, todo recordaba tanto al soberano vecino que al principio, relataban los comerciantes, creyeron que había llegado a las puertas de Gaza el propio Salomón con su ejército, quemado por el sol del desierto, para destruirlos, tal y como había hecho en otra época su padre, David.

La noticia de tan increíble parecido se expandió también por los pueblos de alrededor, desde donde siguieron propagándola los espías de los judíos hasta Jerusalén. No habían transcurrido tres días desde el asentamiento de la caravana en Gaza cuando Ahia, el hijo de Ṣiṣa, el capitán de los espías, le susurró al rey, en la sala de los juicios, la noticia de la llegada desde la lejana Saba de un príncipe «que es idéntico a ti por su aspecto, su rostro y su porte, y que resplandece de belleza y sabiduría a pesar de ser negro como el ébano». El rey, que portaba la corona con la cabeza alta, canoso ahora y mermado en cierto modo por el peso de los años, pero imponente aún, se levantó del trono, descendió los siete escalones de pórfido, custodiados por siete leones de oro, y se desplomó boca abajo de tal manera que los guardias se apresuraron a levantarlo. Pero él se zafó de sus manos y, tras permanecer un rato tumbado, postrado, volvió a ponerse en pie. Una felicidad infinita, como jamás habían visto sus consejeros, ni tras la culminación del Templo ni por las grandes victorias contra sus enemigos, se reflejaba ahora en su rostro: «¡Tengo un hijo, tengo un hijo!», gritaba sin cesar, dando gracias a Adonai por lo que ahora consideraba un milagro. Pues hasta aquel momento había recibido del Señor más de mil hijos de otras tantas esposas y concubinas para que su simiente se extendiera por todos los reinos del mundo. Pero el primogénito de todos ellos, llamado Jeroboam, era feo y malo, criminal y avaricioso, y su padre no lo amaba y no lo quería como sucesor al trono. Cualquiera podía comprender su inmensa alegría ahora al descubrir que, por el amor de una noche con la inolvidable reina del sur, había venido a este mundo su verdadero primogénito y el único digno de gobernar en judea cuando desapareciera él. Hizo llamar a su presencia sin demora a loas, el hijo de Yohade, el que guiaba el ejército, para ordenarle que trajera inmediatamente al joven que, no le cabía duda, había brotado de su vientre aquella noche apasionada de la unión con Makeda. Luego se quedó pensativo, pues

los detalles de aquella única noche en la que su mente, su corazón y su hombría se habían visto hechizados por igual y habían vivido en el licor dorado del amor junto a un cuerpo negro y ardiente despertaron en él una nostalgia sin límites por la mujer que en otra época lo había asombrado por su sabiduría, su encanto y su capacidad para analizar los secretos del mundo, la única a la que sentaba a su lado, no en un trono terrenal que se convertiría en polvo, como todo lo de este mundo, sino en el horizonte de lo espiritual y lo inmortal. «¡Ay, Makeda, reina de mi corazón!», murmuró para sí y, sin avergonzarse ante sus consejeros, escribas y soldados, rompió a llorar como un niño.

Y la mañana siguiente, el decimocuarto día del mes de Pagume, el joven que se hacía llamar Bayna-Lehkem fue llevado ante el rey, que pudo verse en su rostro como en un espejo. Colocados de frente, el hombre blanco y el negro parecían la misma estatua de un dios pagano, tallada una en mármol y otra en obsidiana. Tenían la misma estatura, el mismo porte, incluso la misma voz, así que ni el más incrédulo o el peor pensado de los judíos podía dudar de que los hombres que ahora se miraban sonrientes a los ojos eran padre e hijo. En las semanas que siguieron, a pesar de que el tiempo se había tornado ventoso, el rey paseó con Menelik a lo largo y ancho de su país, mostrándole las ciudades fortificadas, los extensos sembrados y los viñedos con inmensos racimos que a duras penas podían cargar dos hombres corpulentos. Le mostró su ejército, los trece mil carros que brillaban al sol y los cincuenta mil jinetes, y los cien mil soldados de infantería, y los ocho mil honderos, guerreros todos ellos, gracias a los cuales ningún adversario osaba acercarse a Judea. Lo llevó a las catacumbas de su tesoro, infinitas estancias abarrotadas de sacos de monedas de plata y de oro, bolsas con piedras preciosas, perlas extraídas en los mares de oriente, cadenitas enredadas, lunitas y aros para la nariz y pendientes y anillos para las incontables mujeres del rey, colmillos de elefante enteros y cuernos de rinoceronte y madera perfumada, y copas de oro puro adornadas con jaspes, y platos de oro y curiosos mecanismos encontrados en el vientre de los peces y retorcidos cuernos de narval.

Durante todo este tiempo, el rey no calló un solo segundo; aturdía al muchacho con incontables nimiedades, pues para Salomón todas las cosas de este mundo, grandes y pequeñas, eran dignas de estudio y en todas partes veía prodigios: le habló como quien lee de un libro sobre el ala transparente de la mosca, atravesada por multitud de venillas, sobre el emparejamiento espalda sobre espalda de los camellos, sobre la manera como se aplastaban las cochinillas para extraer el carmín con que se pintaban los labios sus concubinas, sobre cómo se pegaban las patas de las mesas con pegamento fabricado con sebo de hiena, sobre las manchas en las uñas de los muertos, sobre los cuerpos sin

entrañas de los ángeles, sobre la forma de los granos de sal y sobre muchas otras cosas, de tal manera que el joven príncipe no sabía cómo escapar del parloteo de su glorioso padre, al que procuraba no prestar atención.

Sin saber ya de qué más alardear, Salomón lo llevó incluso, con gran sigilo, al gigantesco palacio de sus esposas y concubinas, las mujeres más bellas de la tierra, de todas las razas y todos los colores de piel suave, embadurnada de aceite, un palacio aromático y tentador del que Menelik, sin embargo, no guardó recuerdo alguno porque, a pesar de las provocaciones de su imprudente padre, pasó entre los cientos de alcobas con la mirada clavada en el suelo, pues era todavía virgen a aquella edad. Finalmente, Salomón le mostró el Templo, indicándole, cuando llegaron a la fachada principal del edificio, que se descalzara, pues se encontraban en tierra santa.

El Templo absorbía toda la luz del ocaso, toda la sangre espesa que orlaba el horizonte y se posaba en el fondo de la copa celestial. No había ningún otro edificio en una amplia extensión, de manera que los muros no parecían construidos en piedra, sino en pura y cristalina soledad. Sus planos no habían nacido en la mente de los artesanos de la tierra, por muy habilidosos que fueran, sino en la imaginación grandiosa y desconocida de Adonai, dibujados por Él mismo, con Su dedo, y confiados al rey David. En el centro, en el cubo de oro del Sanctasanctórum, bajo los dos inmensos querubines con las alas desplegadas que se rozaban en el centro, de una pared de oro a otra, residía, en la profunda oscuridad, el mismísimo Nombre, cerrado en el Arca de la Alianza, el Tabernáculo del Señor, el Sion del que hablarían, al cabo de los siglos, los trescientos dieciocho patriarcas en el libro sagrado de *Kebra Nagast*. No había bajo el cielo nada más sagrado ni más aterrador. En el Arca se conservaba desde la antigüedad el Testimonio: las tablas de la Ley de Moisés, la vara de Aarón que había echado hojas, había florecido y había dado almendras en una sola noche y un omer de maná, eternamente fresco gracias a los poderes del Arca. La voz del Dios de Israel se oía entre los dos querubines de oro de la tapa.

—Aquí empieza y acaba todo —le dijo el rey a su hijo—. El Arca es ajena a este mundo, es el testimonio de que el Reino de los Cielos ha llegado hasta nosotros. Es un fragmento de la Jerusalén Celestial que puede derramar infinitas bendiciones, gloria sobre gloria en el territorio en cuyo seno habita, pero también peste, bubas, rayos, granizo y la invasión de los ejércitos sobre aquellos a los que Adonai maldice. Sus poderes son infinitos. Con ella en el centro de tu campamento eres invencible, diez soldados tuyos siegan la vida de mil enemigos, y cien soldados, la de diez mil. Con ella en tu fila de carros y de guerreros no necesitas puentes para cruzar las aguas: estas se

abren como dos paredes transparentes a derecha e izquierda del convoy y puedes ver los peces y los pulpos nadando en montañas de agua inmóvil. El rey de la ciudad que la acoge es rey del mundo entero, pues el Arca es la puerta a la Divinidad, la única abierta al mundo, a través de la cual Jehová le envía al rey sueños y visiones, mostrándole los tiempos que están por llegar.

Menelik recordó, escuchando a su padre, las peticiones de su madre dirigidas a este y, finalmente, se atrevió también él a tomar la palabra:

—Ya que hablamos de todo esto, bondadosísimo padre, mi madre, la reina Makeda, te ruega que le envíes, cuando yo regrese a mi país, las borlas de la cobertura del Arca, para que el pueblo de Saba las adore como adoraría al propio Adonai Savaoth, Dios de los Ejércitos. Y te pide asimismo que ratifiques gracias a tu palabra la nueva ley de los señores de Etiopía, para que ninguna mujer pueda gobernar y todos los reyes que vengan sean de tu estirpe, empezando conmigo mismo y por los siglos de los siglos. Con estas peticiones, la reina se inclina hasta el suelo ante tu esplendor.

—Bayna-Lehkem, gozosamente le entregaría a la reina de Saba cualquier cosa que me pidiera, aunque fuera mi reino, pues nadie en este mundo ha encandilado mi alma como ella. Pero no va a ser necesario recortar las borlas del Arca, ni que ratifique yo la ley de los sucesores al trono en su país, porque no voy a dejarte partir del reino de Judea: tengo la intención de cambiar tu nombre por el de David y de sentarte en el trono, al principio a mi lado, luego tú solo, cuando me una yo a mis antepasados, pues, aunque soy rey, no soy sino un pobre hombre en deuda con la muerte. Eres mi primogénito y mi alma te ama con tanta fuerza como odia a Jeroboam. ¡Quédate en Jerusalén y serás más grande y más alabado que yo, pues yo nací de un rey y de una mujer corriente, pero tú eres hijo de un rey y de una reina!

Las últimas luces del día tornaban sus ropajes rosados, como las velas de los barcos en el crepúsculo. Menelik guardó silencio mucho más tiempo del que habría sido conveniente en la conversación con el magnánimo rey, pero este esperó paciente la respuesta de su hijo. Desde el Templo llegaba un ruido sordo, como si rebosara hasta la cornisa de agitada agua de mar. Todo el edificio parecía ahora de cobre brillante. Alrededor, silencio y soledad.

—No me considero digno de tus planes, rey de reyes. Y, a pesar de que Judea es el país donde fluyen la leche y la miel, yo no deseo reinar aquí, sino en mi país, en Saba, que está siempre en mi corazón, tal y como está también mi amada madre. No estoy acostumbrado a los bocados selectos y sabrosos de tu mesa, ni a la lengua de las gentes de Jerusalén, ni a los pájaros ni los animales de aquí. Antes que rey de Judea, querría ser pastor de cabras o molinero de sorgo en Etiopía,

bajo los cielos de África, pues las cumbres de mis montañas están nevadas y las aguas son allí azules como la turquesa, y allí estará siempre mi alma.

El rey se enfureció en su fuero interno, pero calló y dejó que transcurriera una noche tras la decisión de su hijo, con la esperanza de que el tiempo la cambiara; sin embargo, pasaron muchas noches y Menelik porfiaba en su determinación de regresar cuanto antes a casa. Salomón no se lo habría permitido por nada del mundo, de no ser porque una noche brilló en su dormitorio una luz que hizo que se incorporara espantado de sus almohadones. Ante él, rodeada de rayos, había una aparición indefinible, de una rara belleza, de cabello cobrizo prendido en miles de trencitas y con los pechos desnudos, pero con un miembro viril entre las piernas, pues la criatura estaba desnuda. Por su rostro, era imposible afirmar si era una mujer o un hombre el que escrutaba al rey en medio de la noche, pues parecía, antes bien, un ángel del Señor. El rey se postró a sus pies. La aparición habló y le dijo que permitiera a Menelik regresar a casa, obsequiado con caros regalos, pues esa era la voluntad de Dios. El ángel se fundió luego lentamente en las sombras de la estancia. Salomón no pudo volver a conciliar el sueño aquella noche, sino que la pasó tumbado en las losas de pórfido, gritándole desde lo más profundo a Adonai, como hizo su padre en otra época, cuando Saúl lo perseguía por el desierto.

Al amanecer del día siguiente se decidió la partida del príncipe, al que acompañarían cuarenta jóvenes hebreos, hijos de sacerdotes y de importantes generales. Ellos permanecerían en Saba el resto de su vida, sirviendo al rey y transformando el país idólatra en uno gobernado por la Ley de Moisés. El guía de este grupo era Benaía, hijo del sumo sacerdote Zadok, un joven apto para los consejos y versado en la Ley, con el que Menelik se había encariñado desde que lo vio por primera vez. Al mediodía, Salomón se sentó en el trono de su palacio, rodeado por toda asamblea que gobernaba el país. Menelik, vestido con ropajes púrpuras y la cabeza descubierta, fue llevado a su presencia y el sumo sacerdote le ungió la coronilla, elevándolo así por encima de todos los demás, a excepción de su glorioso padre. Salieron luego todos y se dirigieron, con los levitas al frente, hacia el Templo, donde Menelik se aferró a los cuernos del altar, y Salomón le colocó en la cabeza la corona de oro, gritando con voz penetrante: «¡Alabad a David, rey de Etiopía!». Y todos alabaron al nuevo rey entre el sonido de las arpas y los timbales. Después Salomón lo hizo sentarse a su lado, en un segundo trono.

Por la noche, antes de acostarse, en la alcoba de Menelik se presentó el joven Benaía, el hijo del sumo sacerdote. Bajo la luz misteriosa de una sola vela, le habló sobre la congoja de los cuarenta hijos de sacerdotes y de generales que se veían expulsados de la

presencia de Dios y del rey Salomón, enviados sin culpa alguna a un país lejano y salvaje, lleno de fieras y de hombres de rostro negro y de mujeres de las que se afirmaba que tenían la hendedura envenenada. Junto con sus criados y sus soldados, estaban tramando una revuelta para matar a Salomón, el hijo de David, y nombrarlo a él, a Benaía, señor de Judea, una idea vil de la que el joven se desentendió espantado, sobre todo porque la estratagema era que él tomara por esposa a la hija de Faraón, primera esposa del rey, la bruja de rostro salvaje que podía ser su abuela. Por ese motivo destapaba él todo y descargaba así su alma de un pecado que no debía suceder.

Para que el perdón fuera total, el joven llevaba consigo Urim y Tumim, las Luces y las Perfecciones,[36] que había tomado del efod de su padre, Zadok, para que iluminaran su camino. Eran dos piedras preciosas, un rubí y una esmeralda, incrustadas en una plaquita de piedra que parecía pizarra pulida. Empezaron a interrogar a las dos piedras preciosas, alabando a Adonai, y estas les respondían. Cuando Adonai asentía, brillaba la esmeralda. Cuando no estaba de acuerdo con ellos, el rubí comenzaba a emitir una luz roja. Haciéndoles preguntas y más preguntas, los jóvenes llegaron finalmente a la cuestión principal: cómo sofocar la revuelta y animar a los jóvenes a emprender el viaje hacia Etiopía, de manera voluntaria e incluso gozosa, si es que fuera posible. Jehová les mostró ahora el camino claramente: los jóvenes no organizarían la caravana ni viajarían hacia el sur si con ellos no se encontraba el Arca, el santo Sion, la garantía de su bienestar y pervivencia en su nueva patria bajo los deslumbrantes cielos africanos. Sin el Arca no se moverían de Jerusalén, sino que lo destruirían como se destruye un enjambre, matando a la abeja reina y desperdigando las abejas por todas partes. Así que, a cualquier precio, incluso el de sus vidas, tenían que robar el Arca del Templo y llevarla con ellos hacia el País de Cus, donde descansaría por los siglos de los siglos.

Ante esta idea de una temeridad insensata y desatinada, Menelik se quedó de piedra. ¿Robar el Arca del Sanctasanctórum? ¿Penetrar en el recinto cúbico de oro, donde un solo día al año le estaba permitido penetrar al sumo sacerdote, y eso solo con su vestimenta salpicada de campanillas de latón y arrojando incienso para no morir? Un judío ni siquiera podía concebir blasfemia semejante, pues desde lo de Uza todo el pueblo le tenía un miedo infinito al todopoderoso Tabernáculo.

—Será con el consentimiento del Señor, que desea bendecir el País de Cus con la más elevada santidad. Tras abandonar Jerusalén, el Arca elegirá por sí misma su próximo asiento en uno de los santuarios de Etiopía y permanecerá allí para siempre, velando por la dinastía que tú, glorioso rey David, vas a fundar, para tus nietos y tataranietos por

los siglos de los siglos. Te voy a confiar ahora un secreto más: mi padre, el sumo sacerdote Zadok, conoce este plan, pues a él también se le reveló anoche a través de una visión, tal y como el Señor les habló en otra época a Aarón y Miriam: «Si hay entre vosotros un profeta del Señor, en visión me revelo a él y hablo con él en sueños». Para no ser sorprendido luchando contra Su voluntad, mi padre vendrá con nosotros y nos ayudará a robar el Arca sin que nadie se entere. Además, el sumo sacerdote está aquí, esperando en la estancia contigua. Da una orden y se unirá a nosotros para ofrecernos un consejo mejor.

En ese mismo instante se le permitió entrar a Zadok, vestido como un hombre corriente, con una capucha que le cubría el rostro y buena parte de la barba canosa y rala. Cuando se descubrió, tenía el rostro de un muerto que hubiera yacido una noche en la mesa, llorado por sus parientes y amigos. Pues el destino de los profetas en el mundo era terrible y ser el elegido de Dios es a menudo caer en las fauces de un león y entre las zarpas de un oso que te rompe los huesos al abrazarte. Y Moisés, y Jeremías, y Jonás, y muchos otros de los llamados por el Señor para cumplir Sus planes se desentendieron y rehusaron tan terrible carga. No era poca cosa ser empujado por Dios a realizar actos que asolaban la mente y desgarraban el corazón y que, sin embargo, había que realizar, pues de Su mano no había escapatoria. Zadok, perteneciente a un linaje levítico cuyos antepasados se remontaban a la salida de Egipto, varios siglos atrás, del pueblo de Israel, que velaba por la sumisión de cada judío a los mandamientos de la Ley, que desde hacía muchas generaciones comía de las ofrendas traídas al Templo y de los panes de la mesa del recinto sagrado, se veía ahora obligado a mancillarse con el peor de los pecados: el robo del Arca del Templo y su partida hacia lo desconocido, por desiertos y oasis y ciudades en ruinas, hacia un país tan lejano que podría perfectamente ser tan solo un cuento sin un ápice de veracidad. «¡Mejor mátame en este mismo instante!», le había gritado a Quien se le había aparecido en sueños, pero este le había respondido: «Incluso aunque te quites la vida cien veces, Yo te resucitaré al instante, siempre que sea necesario, para que cumplas tu cometido hasta el final, y llevarás a cabo lo que se te ordene. Pues la rebeldía es como el pecado de hechicería, y crimen de terafín la contumacia».

Así que, al día siguiente, los cuarenta jóvenes se reunieron en secreto y juraron robar en el Templo el Nombre sagrado y trasladarlo al País de Cus. Para llevarlo a cabo, el maestro Ohalia, hijo de Uri, hijo de Hur, construyó en madera la forma de un arca, del mismo tamaño que la verdadera, y la primera noche sin luna los cuarenta abrieron las puertas del Templo con las llaves entregadas por Zadok y penetraron en el recinto sagrado. En la penumbra de la gran estancia,

forrada con madera de cedro tallada con querubines, brillaban tenuemente los platos de la mesa en la que estaban los panes sagrados, y al final de la misma se adivinaba, con sus siete brazos, la Menorá, el candelabro de oro cuyas siete velas de cera ardían sin cesar. Era la única luz hasta el techo en el interior de aquella alta nave. Cruzaron la sala estremecidos, pues en otra época, en los días del rey David, la Gloria de Dios había llenado el recinto y lo había santificado para siempre. Luego, bañados en sudor frío, con manos temblorosas, abrieron las enormes puertas forradas en oro que escondían tras ellas el Sanctasanctórum, el lugar más pavoroso de la tierra. La oscuridad allí era total. El aire entre las paredes de oro de diez codos de alto, diez codos de ancho y diez codos de profundidad estaba helado. Cuando acercaron las antorchas, las paredes brillaron como si su oro se hubiera fundido y se hubiera escurrido formando figuras fantásticas. Enormes querubines extendían sus alas de plumas esculpidas en oro a lo largo de toda la estancia. Y en el centro, bajo un cobertor de brocado tejido con hilos rojos, añiles y púrpuras, estaba el Arca. Desde esta llegaba un zumbido apagado, que heló a los judíos hasta la médula.

Pero los jóvenes no perdieron la calma. Dejando sus vidas en manos de Dios, retiraron rápidamente la cobertura orlada de borlas y a continuación la de piel de foca, y todos se retiraron asombrados al ver el Arca, un cofre de madera antiquísimo, restañado por todas partes con oro grueso, cegador, con aros en los lados por los que se pasaban las cuerdas doradas con que se transportaba el cofre. En la tapa de oro, tallados en la misma pieza de metal, había dos querubines de oro idénticos a los enormes querubines del recinto, pero mucho más pequeños, con las alas desplegadas sobre el cofre sagrado. Cuatro jóvenes alzaron el Arca y la sacaron del Lugar Sagrado, otros cuatro llevaron un cofre de madera con dos listones encima, que representaban a los dos querubines, lo depositaron en el mismo lugar y lo taparon con las dos coberturas, de tal manera que nadie, ni siquiera el sumo sacerdote, habría podido afirmar que hubiera sucedido allí algo excepcional. Salieron después, abrumados por el espanto y la culpa, y la caravana, preparada de antemano, con sus cien camellos y cincuenta mulos elegidos por ser los más veloces, partió aquella misma noche, con el Arca en el centro y Menelik al frente, hacia las tierras del sur. Alrededor de los animales cargados de riquezas viajaban ochenta soldados, los más curtidos en batallas que habían podido reunir; junto con los jóvenes, los guías de los camellos y los muleros, los hombres de la caravana sumaban más de trescientos. Caminaron toda la noche en silencio, con las pezuñas de los animales forradas en fieltro, salieron de Jerusalén por la Puerta del Manantial y se encaminaron hacia Edom, adonde llegaron hacia el

amanecer.

En cuanto la rozaron los rayos del sol, cegador aquel amanecer, el Arca cobró vida. Al principio, su leve zumbido se acentuó poco a poco, hasta que todo el convoy pudo oírlo. Era como el zumbido creciente de las abejas. Luego, de repente, una luz atravesó la cobertura de piel que la escondía y esta se volvió transparente. Debajo, el cofre sagrado empezó a brillar como un inmenso diamante. Todos podían ver ahora la madera tallada, así como los querubines. Y junto con estos milagros, sucedió el mayor de todos ellos, ese por el que cada hombre, piadoso y abrumado por el espanto, dio gracias a Dios: de repente, cada camello y cada mula y cada hombre que los llevaba del ronzal, caminando junto a ellos, se elevó suavemente en el aire, a unos palmos sobre el desierto, de tal manera que, enseguida, toda la caravana, con la propia Arca, estaba flotando sobre el suelo, lanzando afiladas sombras sobre las dunas y los matorrales. Más aún, cada jinete empezó a levitar a un palmo de la silla, y las alforjas se desprendieron de las jorobas de los camellos y flotaban ahora sobre ellas y las ropas de los trescientos hombres se volvieron ligeras como el aire y no rozaban ya sus cuerpos en ningún punto, y los turbantes y los gorros de la cabeza se elevaron también sobre las melenas de quienes los llevaban. Si soltaban los cayados de las manos, estos flotaban en el aire, y si un camello cagaba, el estiércol avanzaba despacio, por el aire, tras el convoy. Lentamente, se elevaban en el desierto los escorpiones y las arañas y las escolopendras, la langosta *arbeh*, la langosta *ielec* y la langosta *hasil*, que agitaban impotentes las colas, las patas y los aguijones mientras flotaban por el aire ardiente alrededor de la caravana. Y las incontables piedritas, alzadas de repente por el poder del Arca sagrada, rodeaban como un capullo inquieto y luminoso la caravana.

A continuación, la fila de camellos y jinetes echó a volar por el aire con una ligereza insólita, flotando sobre las largas y monótonas extensiones de arena, de tal manera que el viaje por Egipto y Sudán, que a Menelik le había llevado tres meses y medio a la ida, no les llevó esta vez más de cinco días y cuatro noches. Las pirámides y los templos, el espinazo fangoso del Nilo lleno de ibis e hipopótamos, los fedayines con los cráneos rasurados, los grupos de leones arremolinados en torno a la carroña de una gacela, las infinitas sabanas en las que las jirafas se elevaban como torres estampadas quedaban atrás demasiado deprisa como para fijarse en el recuerdo. Solo al entrar en Egipto, descendiendo por Adwa, Adigat y Mek'ele, el zumbido del Arca se apagó poco a poco, y las patas de los animales de carga se posaron de nuevo, con suavidad, en el suelo. Llegaron a Gondar después de tres semanas, cruzando paisajes de cuento y de ensueño, con montañas abruptas y cascadas cristalinas, y flores

abiertas, grandes como las ruedas de los carros, que olían a clavo y a jengibre, y pueblos que tenían unos ídolos inmensos plantados en el barro apelmazado entre las chozas, pintados de azul, verde y amarillo; avanzaron después por la izquierda del lago Tana, un verdadero mar en el centro del país, que reflejaba en sus aguas heladas las nubes orladas con el ámbar de África, y descendieron hacia Saba, que apareció ante los viajeros como un extraño y desasosegante paraíso, como las visiones de un fumador de opio. El ejército de la reina, enviado mucho tiempo atrás a la frontera del norte para esperar a su amadísimo hijo, los rodeó y los condujo a la ciudad real. En la puerta de piedra de las murallas de adobe estaba la reina, que, al divisar el convoy en el horizonte, entre las dunas, se despojó del calzado, se rasgó el vestido, demasiado ceñido, y echó a correr por la arena roja y ardiente con las pantorrillas desnudas, negras y brillantes, y Menelik espoleó su caballo al galope hacia ella. Cuando se encontraron, la subió a su silla con un solo movimiento, abrazándola con una apasionada nostalgia, y así entraron en el patio del palacio real, donde también el Arca descansó por fin, después de un viaje tan largo, bajo la cúpula de un templo que albergaba asimismo a los antiguos ídolos T'enikara y Fireyama.

Al alba, encontraron a los dos dioses del país, deformes y putrefactos, derribados en el umbral, con los brazos y las cabezas cercenados, y los lugareños supieron que un nuevo señor de los cielos, de un poder infinito, había llegado para habitar entre ellos.

25

Tuvieron que pasar varias semanas para que tus cabellos se libraran del olor a almáciga de la isla de Quíos, y meses para curarte del abatimiento del amor no correspondido lo justo para poder vivir, ni pensar en sonreír o en alegrarte. Poco a poco, encontraste una escapatoria en el brillo y el olor a salitre de los mares y en las lejanas voces de las islas, y en el destello tenue de los faros construidos sobre rocas, en cuya piedra hacían sus nidos las fragatas marinas, y en los hundimientos de los barcos después de saquearlos y de matar a los que se encontraran en su bodega. Las gaviotas de pechos rosados al atardecer, que desgarraban el aire con sus alas inmóviles, te trajeron lentamente el olvido, como si, al igual que en las historias de tu madre abandonadas en Valaquia, llevaran en el pico agua fresca y la vertieran en tus heridas, para limpiarlas y aliviar tu nostalgia.

Hacia el invierno, cuando los mares se cerraron y el Archipiélago quedó desierto, barrido por los vientos del norte, te refugiaste con tu banda en Klides, junto a Chipre, lejos de la flota turca que seguía tu rastro, pues durante el último año tu dominio se había extendido a lo largo y ancho del Archipiélago, de tal manera que los ingleses, los griegos y los turcos te acosaban como a una fiera. Contabas ahora con más de cincuenta veleros y barcos, grandes naves de tres mástiles e incluso barcos de vapor arrebatados a los austríacos, y el panorama de tantas naves, con las velas arriadas y envueltas en el humo de las chimeneas de los barcos, esperando juntas en el pequeño golfo de la isla, rodeadas por el fuego frío de las olas, era grandioso y encantador. Y ese encanto lo sentíamos nosotros de pleno, nosotros, santos y alados, que desde nuestros cielos, mirando hacia las profundidades de allá abajo, contemplamos el rostro redondo del mundo, con tierras de ámbar y aguas de esmeralda y una pelusa de luz que orla la curvatura de la esfera en la que vosotros, los de abajo, soñáis, trabajáis, amáis y morís en masa, sin saber por qué ni para qué.

Desde nuestras nubes iluminadas por el sol, arrastradas por los vientos, desperdigadas y reunidas por el incesante temblor de la materia, te miramos a ti como los pollos de buitre desde su nido en las rocas, Theodoros. Escribimos tu historia en los cielos a medida que

esta se desarrolla en la tierra, para su lectura en el Juicio Final, y sería mejor, ante acontecimientos tan aterradores, tener un corazón de piedra, pero nuestros corazones no son de piedra ni de hielo, y nos hemos visto a veces llorando, otras veces riendo y muchas veces estremecidos de espanto al observar desde arriba el hilo de tu vida, pues tu pensamiento es tan enrevesado, Theodoros… Lo cierto es que el hombre no sabrá ver jamás nuestros caminos ocultos, así como una vaca no entenderá jamás una página de pensamiento profundo, pero tampoco nosotros, los poderosos y serenos e inmortales, penetraremos hasta el fondo en el alma humana, tan tortuosa e inquieta. Pues a veces eres una bestia de rostro humano, Theodoros, y otras un lirio de fragancia celestial; aunque has infringido con creces todos los mandamientos de Moisés, queda todavía algo de inocencia y de asombro en tus ojos, y el centro de tu corazón es todavía tierno dentro de su áspera corteza de madera. Pensamiento a pensamiento y obra a obra, nostalgia y recuerdo y furia y sueño tuyo con los ojos abiertos, lo escribimos todo con palabras indelebles en el registro de hojas de piel de tu cuerpo, ya que únicamente en la piel humana se escriben los libros verdaderos. Amor, gloria y redención se entrecruzan siempre en estas hojas empapadas en lágrimas, pues no has aprendido hasta el día de hoy que es imposible alcanzar los tres, ya que viven en eterna discordia. Por la noche, cuando duermes con la cabeza sobre el brazo, descendemos a veces hasta ti, penetramos en la estancia atravesando la pared y nos colocamos junto a tu cabeza una hora e incluso más, para contemplarte de cerca. Rozamos a veces tus párpados con nuestro largo dedo de luz. Queda tiempo, pensamos, queda tiempo, nos decimos, engañándonos a nosotros mismos, pues nosotros vemos qué va a pasar con tanta claridad como recordamos lo que ha pasado.

Los vientos sorokos y orinthae, al igual que el terrible burán procedente de las estepas del norte, soplaban ahora con fuerza, trayendo lluvias torrenciales mezcladas con nieve, y los cielos estaban sombríos. Las manadas de gatos que acompañaban siempre a tu banda se reunían, con su pelo de cien colores erizado, y lamían los pedazos de leche congelada de los huecos de los cráneos. Los *palicari* caminaban ebrios de *retsina* contra el viento impetuoso que alborotaba sus rizos pelirrojos, discutían por naderías y muchas veces peleaban como insensatos, pues es duro el invierno para los navegantes, y la peor enfermedad del hombre es el hastío. Las mujeres mataban el rato zurciendo las velas de los barcos, quemadas por tanto salitre y tanta gallinaza de las aves marinas, y también las calzas, las chaquetas, las camisas y las sábanas, lavadas en el río y secadas en cuerdas tendidas entre los mástiles. Pero, sobre todo, hervían, cocían y asaban gusanos de barco, pues la fortuna había sonreído a la banda y disponían de esos gusanos en abundancia.

Unos seis o siete veleros fueron arrastrados a tierra firme, sujetados con vigas gruesas y calafateados con gran tesón por los marineros más experimentados. Todas las conchas y las ramas fijadas al cascarón eran raspadas con un cincel y cepilladas con garlopa, en las grietas embutían manojos de esparto sobre los que vertían alquitrán fundido en grandes calderos humeantes, y toda la madera podrida se cambiaba por tablones nuevos y sanos, de roble o de cedro. Entre los barcos se encontraba también el viejo *Zulnia*, una corveta de dieciocho cañones, al servicio de la flota real griega en otra época, tan baqueteada por las batallas y por el paso del tiempo que al principio los piratas se plantearon hundirla bajo la superficie de las aguas. Venció, sin embargo, la propuesta de arrastrarla también hasta la orilla para comprobar el estado del casco, y de esa manera, aunque el velero resultó ser completamente inutilizare, pues toda la madera estaba podrida y las grapas, devoradas por el óxido, se descubrió el tesoro que sus tablones escondían: los valiosísimos gusanos de barco de los que se alimentó la banda todo el invierno.

Pues decenas y centenares de bromas de esas largas y gruesas habían anidado en la madera de la popa y la proa, de babor y estribor, e incluso en las escotillas, en los cabrestantes y en el timón, de donde las sacaban los marineros rompiendo los tablones curvos, podridos, y transportándolas en brazados, protegiéndose el rostro de sus contorsiones, para volcarlas en amplios cestos de mimbre. Eran gusanos gigantes, de más de dos brazos de longitud, trozos largos de carne blanda, rosada, sin piel, que colgaban de una cabeza de nácar con dientes fuertes, capaces de agujerear la madera mejor que cualquier taladro de acero. Unos estremecimientos de muerte atravesaban de vez en cuando aquella carne al quedar expuesta por primera vez a la luz del día. Las mujeres no paraban de extender gusanos del tamaño de una persona en mesas cubiertas con un mantel turco, donde los cortaban, vivos todavía, en gruesas tajadas, los sazonaban, los mezclaban con jengibre y perifollo y los asaban a fuego lento, tras amputarles tan solo la cabeza de nácar retorcido, como una flor de porcelana. Pero tampoco estas cabezas se desperdiciaban, pues, ensartadas en un cordel y llamadas rosas de velero, se vendían como abalorios y collares para las orondas mujeres de los harenes turcos.

Sobre una roca junto a la orilla, salpicados por las olas que rompían alrededor y sombreados de vez en cuando por el vuelo rígido de los albatros, contemplabais también vosotros, Ghiuner, Sisoe y tú, señores de aquellas más de doscientas almas de la banda, mujeres y hombres, el rostro siempre tornadizo del mar. El mismo malestar que el de los demás piratas pesaba también en vuestros corazones. Era un gran alivio hablar entre vosotros en rumano, recordar Ghergani hundido en la nieve y en el tiempo, pues durante aquellos siete años

de vagar por el Archipiélago parecíais haber vivido siete vidas. Estabais cambiados, el salitre del mar había endurecido vuestros rostros, los vientos habían atezado vuestros rasgos, el sol cegador reflejado en las olas había resecado vuestra mirada. Habíais ganado fama e incontables riquezas, pero os venían a la cabeza continuamente las palabras del Salvador: «Pues ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?». No había ya velero a lo largo y ancho de los mares griegos que no izara unas velas con las magistrales pinturas de Sisoe. La Virgen y el Niño, Leda y el cisne, Susana y los viejos, cabezas formadas por verduras o los cuerpos desnudos de las esposas de los capitanes y armadores, de tal manera que todo el Archipiélago se había transformado en una pinacoteca, pero el pintor, que seguía pensando en su Marița, no encontraba la paz en este mundo y se aferraba tan solo a la idea de regresar a casa. Ghiuner el tártaro, que había hundido más bricbarcas y más corvetas de las que podía recordar y se había llenado así los bolsillos de perlas e *icosari*, pensaba, sin embargo, que había sido más dichoso en sus tiempos al fondo de la mina de Turda, donde había esculpido en sal la Última Cena, cuando estaba en la flor de su juventud. Tú mismo no encontrabas sosiego, pues con casi veintiséis años, cuantos contabas entonces, la edad a la que Alixandru disfrutaba ya del dominio del mundo desde su Macedonia natal hasta las hormigas del tamaño de un hombre de la India, no habías encontrado ni el amor ni un reino, por no hablar de la salvación del alma. Parecía que todo ello se alejaba de ti a la vez que tú mismo, porque si mirabas en lo más profundo de tu ser no veías ya otra cosa que voluntad ciega, soberbia ciega, la confianza ciega en que algún día lo tendrías todo…, pero ni rastro de lo que habías sido en otra época. Pues la voluntad no es sino el espectro del diablo, mientras que la fe viene de Dios. Eras ahora tan solo el dedo de un ciego que tanteaba las islas picudas brotadas de la superficie del mar, interpretando en ellas una historia, un relato contado por un extranjero de quién sabe qué otro mundo, tu propia historia, Theodoros.

De las letras que configuraban el nombre de SAVAOTH, traducido como Dios de los Ejércitos, habías tocado con el dedo las cinco primeras y habías descubierto sus secretos ocultos. Con las dos últimas piedras de coral finalizaba la historia de tus viajes por el Archipiélago, pero no querías que finalizara. El mar siempre cambiante, como la luna y las mujeres, corría ahora por tus venas, derramando su veneno en tu mente, en tu corazón y en tu sangre. Griego por parte de madre, eras hijo del mar Egeo, del mar Jónico, del mar Líbico y del mar de Creta, y de otros muchos mares que juntaban y separaban el verde y el azul, colores que para tus antepasados eran solo uno. Las últimas dos letras te indicarían claramente el camino hacia el Arca, pero era como

si no quisieras llegar hasta allí. Tampoco Ghiuner y Sisoe querían. Habríais seguido siendo marinos y piratas toda la vida, navegando de isla en isla por la geométrica y luminosa Hélade. Pero el dedo ciego no era el tuyo, eras tú mismo, guiado no por tu voluntad, sino por una frente más excelsa, inclinada, taciturna, sobre el mundo.

Para no morir de hastío y amargura, aquel invierno hicisteis acopio de valor y viajasteis, como el apóstol san Pablo cuando el velero que lo llevaba prisionero a Roma se hizo añicos contra las rocas de la isla de Malta. Porque para navegar con tiempo invernal, aunque fuera tan solo un brazo de mar, desde Klides hasta Selaata, por la costa del antiguo país del Líbano, no debía importarte demasiado tu vida. Queríais ver Beirut y Petra y, con permiso del de Arriba, llegar hasta Jerusalén para rezar ante el Santo Sepulcro y para que el invierno pasara más rápido y olvidaros de la melancolía. Partisteis en un barco bajo y compacto, el barco más feo que se pueda imaginar, alquitranado, que lanzaba un humo sofocante, una verdadera chinche en comparación con los graciosos barcos de vela, pero mucho más seguro, pues los vientos que volcaban las naves empujando sus velas no tenían fuerza suficiente frente a los barcos de vapor. El barquito se llamaba *Clona Mundi* y el viaje hasta Selaata duró tres días, que pasasteis bajo la cubierta, al abrigo de las lluvias incesantes. Solo diez camaradas os acompañaban, entre los cuales se encontraban la turca Aișe, Barrabás el Durmiente y el Bisabuelo de John, gente de absoluta confianza, dispuestos a defenderos, a falta de puñales y pistolas, con uñas y dientes.

Este Bisabuelo de John tenía una historia que no se desarrollaba tras él, como la de todo el mundo, sino hacia adelante, hacia lo que está por pasar, para lo cual vosotros, los de la tierra, estáis ciegos y sordos, pero que nosotros vemos tan claro como la palma de la mano. Tenía una melena pelirroja y una nariz aguileña llena de granos, y pendientes de oro en las orejas. Se había dejado crecer desmesuradamente las uñas de los dedos meñiques de las manos, pintadas en color naranja como las pinzas de los moluscos. Mientras descansabais bajo la cubierta, en tanto que el pobre timonel se empapaba bajo las trombas de agua helada, él había bebido sin parar, solo grog del más fuerte; había pecado una y otra vez con la dulce y sumisa Aiș6, con la que por lo demás habíais pecado todos, de uno en uno o a la vez, pues todas las mujeres de la banda eran de todos; y, más que cualquier otra cosa, había cantado sin parar, con una voz incomparable que te recordó a la de Hanț Himmeldorfer, una voz que el grog no había conseguido estropear. Eran antiguas canciones de Poniente en una lengua que nadie comprendía. Se trataba de la lengua de los antiguos clanes galeses de la brumosa tierra de Cúige Uladh, situada en la lejana isla de Éire, de la que el pelirrojo solo hablaba con

los ojos llenos de lágrimas. De allí, del pueblo de Lisburn, descendía el Bisabuelo de John por parte de padre y, por parte de madre, de Newry. La canción que siempre entonaba hablaba de una mujer, Nellie Ray, ramera y ladrona, que había sido encadenada, junto a otras doscientas mujeres que vivían de la venta de su cuerpo en Down, en el velero *Kains*, que las había llevado hacia el país de Van Diemen, también llamado Tasmania, situado en el fin del mundo, para morir allí. Pues veleros y más veleros de mujeres pecadoras, piojosas, mugrientas y bellas, separadas de sus hijos y de sus amores, eran enviadas a Tasmania para que los asesinos, los bandidos y los amotinados allí encarcelados tuvieran mujeres. La mitad de ellas, las más jóvenes y sanas, llegaban al cabo de un año de travesía, y la otra mitad, más afortunada, moría de camino.

Oh, graciosa Nellie Ray
Te pillaron en la calle
Hacia la terrible Van Diemen te llevaron
Llenaste de bubas a carpinteros
Y mataste a muchos marineros
Pero ahora tu vida ha terminado.

Eso decía la canción que acabasteis por aprender todos y que tarareabais, con las palabras traducidas al griego, bajo la amarga lluvia invernal. El Bisabuelo de John, James de nombre verdadero, había huido por el mar tras la terrible hambruna de Éire y pertenecía ahora a vuestra banda, a menudo lo veías trepando como una araña por los cabos hasta la punta de los mástiles, pero no permanecería demasiado tiempo con vosotros. En cuanto empezara la primavera, os abandonaría, pues la terrible nostalgia por su clan lo atormentaba día y noche. Llegaría a Irlanda en verano; sin embargo, puesto que la hambruna y la miseria perduraban aún en su Down natal, donde muchos, llevados por la desesperación, habían devorado a sus propios hijos, se dirigió a la patria de su enemigo y, con la intención de quedarse solo una temporada, se asentó en la ciudad de Liverpool, donde una mujer, Jane Whitcliff, le echó el guante y no le dejó partir. Trabajó como estibador en el puerto y le hizo a Jane ocho hijos, entre ellos a Jack, antes de perecer en un mar de lágrimas y whiskey.

Jack tenía, al igual que su padre, una voz maravillosa, y a menudo cantaba en las tabernas a cambio de una jarra de *stout* o de *porter*. Había heredado la nariz grande y aguileña de James, cuyas hazañas en el Archipiélago contaba a todo aquel que quisiera escucharlo, y hablaba incluso de ti, Theodoros, afirmando que eras un señor cruel e intrépido de las islas del Dodecanese. Puesto que casi siempre estaba borracho, no le fue demasiado bien en su trabajo de contable y a

menudo se vio obligado a abandonar su casa hipotecada a orillas del río Mersey. Tuvo cuatro hijos con Margaret Cowley, que murió en el parto del último, y vivió luego junto a una mujer medio loca, Mary Maguire, una adivinadora que leía la palma de la mano y una enamoradiza incorregible que no sabía nunca junto a qué hombre iba a despertar al día siguiente, tras la borrachera de cada noche. Tuvieron unos quince hijos, muchos suyos, muchos de nadie, pero la cuestión es que uno de ellos fue Alfred, un crío raquítico, flacucho y con la nariz curvada que vendría al mundo una década después de pasar la hoja del siglo que te enterró a ti, Theodoros, y tu mundo decimonónico, un siglo verdaderamente asombroso. Pues el mundo no acabará contigo, por muy importante que llegues a ser, sino que una nueva era, llena de intrigas y de sangre, de mentes brillantes y de mentes criminales, de monstruos y de santos, surgirá de la época moribunda, y nacerán miles de millones, y miles de millones seguirán muriendo como si no hubieran existido, derramándose en lo invisible y lo desconocido de la Vida Eterna.

Tan debilucho era el pequeño Alfred que tuvieron que colocarle unos hierros en las piernas para que pudiera mantenerse en pie, y durante toda su infancia tintineó al arrastrar sus pasos por el suelo. Se crio en el orfelinato de Blue Coat, donde rompía los cristales con una voz que brotaba de lo más profundo de sus entrañas, y las institutrices lo paseaban a menudo por todas las clases para que les cantara a los niños y los distrajera por un instante de la ceniza de sus vidas. Sin embargo, a pesar del doctor que le predijo la muerte antes de cumplir catorce años, se libró finalmente de los hierros y creció bastante, de tal manera que pudo encontrar empleo, cuando maduró, en Thos. & Jno. Brocklebank, una compañía marítima de Liverpool. Y un buen día, de viaje por asuntos de trabajo en la pequeña ciudad de Sefton Park, conoció en un pub a una joven que acababa de abandonar la escuela, pues le gustaban demasiado los hombres y la música. Se llamaba Julia, era guapa y atolondrada y se casó con él, tal vez el más enclenque de sus pretendientes, hechizada por su voz, por su cabello pelirrojo de celta y por la armónica que llevaba siempre en el bolsillo; se dispuso así para una vida breve, alegre y triste, rica y vacía, porque Alf, que en su infancia había escuchado las historias del Bisabuelo sobre el Archipiélago, transmitidas de padre a hijo, con piratas y barcos hundidos y faros que brillaban en la noche, no resistió la llamada femenina del mar y se comprometió para siempre con sus olas. Desapareció finalmente por las islas del Pacífico sur, dejando a Julia con el recién nacido John, fruto de un breve encuentro entre sus viajes por el mar y las infinitas relaciones de Julia con otros hombres.

Y John, que llegaría a ser un cantante famoso (de lo contrario, ¿por qué James el de tu banda se haría llamar orgullosamente su

Bisabuelo?), había cambiado el mundo con su voz y su guitarra, con su nariz aguileña y sus gafas redondas, con su japonesa siempre acurrucada junto a él, con la borrachera infinita de su fin de semana perdido y, por fin, con las cinco balas del calibre 38 que recibiría por la espalda una sangrienta tarde de diciembre. Entre sus últimas canciones estaría también esa sobre la sucia, desgraciada y ladrona Maggie Mae de Liverpool, hermana al cabo del tiempo de aquella Nellie Ray de la antigüedad, tarareada con un grotesco acento *scouse*. Esa canción breve y endemoniada seguía precisamente la melodía que escuchasteis bajo la cubierta en el Archipiélago, más de un siglo antes, mientras cruzabais el brazo de mar hasta Selaata, y que John debió de conocer gracias a su bisabuelo James, llegada a través de quién sabe qué vericuetos del recuerdo a través de los tiempos, filtrada por la sangre, el whiskey y las lágrimas, pero sobre todo por el murmullo universal del mar:

Oh, suda Maggie Mae
Se la han llevado
Y nunca más caminará por la calle Lime
Oh, el juez la declaró culpable
De robar al vagabundo de regreso a casa.

Desde Selaata partisteis a lo largo de la costa en camellos, con chilabas que os protegían de las incesantes lluvias, deteniéndoos de vez en cuando en las hogueras en torno a las cuales se caldeaban y secaban sus amplios ropajes los árabes, bebíais con ellos *ayran* con ajo machacado y café aromatizado con albahaca, admirabais sus puñales, cuyos filos teman tallados versos del Corán, las borlas de hilo de colores del cuello de los camellos y las bandejas de latón repujadas con martillo, en las que se arrojaban sin cesar monedas de plata con letras árabes. Pasasteis la noche en Batroun, luego en Kfar Aabida, hasta que el cuarto día, cuando las lluvias cesaron y el tiempo se volvió inesperadamente cálido, se mostró Beirut como una aparición blanca, brillante, ante vuestras miradas. Al fondo de las calles, más allá de las incontables casas sin tejado, amontonadas, encaladas y sombreadas aquí y allá por las palmeras que barrían el cielo con sus hojas desgarradas, brillaba cegador el mar. Antiguos palacios de fachadas ocres y numerosas mezquitas atravesaban el aire con sus cúpulas solitarias y sus minaretes, en torno a los cuales giraban, chillando, las gaviotas.

Os adentrasteis en las callejuelas tortuosas que desembocaban en zocos donde mujeres que mostraban solo los ojos vendían piñas y manojos de plátanos y sandías cortadas por la mitad —su interior parecía de sangre—y tiernos melocotones de carne esponjosa, salpicados de manchas cobrizas. Llegasteis al norte, donde os

encontrasteis de repente ante la enorme mezquita de Emir Munzer, y el panorama de sus enormes cúpulas azules y del minarete que desgarraba las nubes os dobló el cuello de tanto mirar hacia arriba, incapaces de pronunciar una palabra. Allí, a la sombra de la mezquita, viste por primera vez a Nura, y en el momento en que la viste te fulminó violentamente el amor.

Pues la joven que cantaba y bailaba en la plazoleta junto a la mezquita, con un panelero en la mano, junto a dos árabes barbudos que tocaban el laúd y el *mijwiz*, con camisas de lino de cuello bordado y bombachos, tenía el rostro descubierto y enmarcado por unos rizos negros como la brea, y su boca era todo dientes. Jamás habías visto una sonrisa tan amplia y feliz en unos labios pintados de coral. Jamás habías visto unos ojos que rieran más que una boca. Jamás habías visto un cuerpo menudo y delgado que riera más aún que los ojos y la boca. Todo reía a carcajadas en la muchacha con el collar de cuentas de oro al cuello, envuelta en un *gambaz* de brocado rosa con un *tantur* corto de seda anaranjada por encima. Los cascabeles del pandero tintineaban, derramando su risa infantil sobre la mezquita y las casas de alrededor, de tres y cuatro pisos, y los zuecos de sus pies, decorados con canarios y begonias, seguían el ritmo con su suela de madera.

Desde el momento en que la viste, dejaste a los demás buscando alojamiento para la noche en alguna posada y, acompañado tan solo de Ghiuner, te quedaste clavado ante los tres que cantaban, junto a un montón de ociosos con ropas anchas y rotas. En el momento en que la música cesó, te dirigiste a la joven y le entregaste un *mahmud* turco de oro mientras la mirabas fijamente a los ojos. Los dos músicos se acercaron, amagando con sacar los puñales de sus cinturones, pero tú y Ghiuner mostrasteis, con reverencias, vuestro placer por haberlos escuchado aquella mañana de aire trémulo, a través del cual las casas, los árboles y el gentío se veían torcidos, y los invitasteis a comer. Los músicos se mostraron reacios al principio, pero acabaron por aceptar. Echasteis a andar juntos entre las casas árabes, al fondo de las cuales se veían, a través de los barrotes de las puertas, patios frescos con lirios y pozos. Aquí y allá, al fondo de las callejuelas, estallaba la llamarada verde del mar. Buscabais una tasca donde almorzar con los músicos, pero tú querías otra cosa, pues sentías que no podrías seguir viviendo sin la risa de Nura y, sobre todo, sin que ella, incluso aquel mismo día, fuera plenamente tuya. Te había sorbido los sesos a primera vista con su canción cadenciosa, con su boca grande llena de dientes deslumbrantes, con su cuerpo cimbreante, con sus rizos negros, retorcidos. No habías vivido nunca algo así y no podías comprenderlo, pues en vuestra propia banda había mujeres mucho más agraciadas, mujeres corpulentas, de tetas grandes y pesadas

caderas, mientras que Nura era una chiquilla. No era su cuerpo, no eran siquiera sus ojos y su boca sonriente; era el amor, llegado de ningún sitio, que se había abalanzado sobre ti de manera inesperada, con toda su fuerza. No lo entendías, pero tampoco querías entenderlo, solo querías abrazarla, fundirte en la carcajada de pandero y címbalo de su cuerpo.

Mientras atravesabais las tortuosas callejuelas que olían a arroz con canela y a *qatuyef*, empezasteis a hablar en griego, pues la bailarina parecía conocer todas las lenguas de la región. Te dijo que se llamaba Nura, añadiendo con orgullo —o eso te pareció— que su nombre significaba «luminosa» en árabe. Cuando hablaba, volvía el rostro hacia ti, dócil y sonriente, mirándote a los ojos con el corazón abierto. No distinguías en ella la malicia femenina, tampoco la tentación ni ningún otro deseo que el de mostrarse agradable. Te recordaba en cierto modo a Stamatina cuando era una niña, pero ni entonces, ni cuando volviste a verla en la flor de su madurez, había provocado Stamatina semejante turbación en tu interior. A cualquiera de tus preguntas —y le preguntabas de todo— daba una respuesta clara y sensata. Era árabe, pero no musulmana, como la mayoría de sus parientes. Al contrario, añadió con evidente orgullo: tenía padres maronitas, era rotundamente cristiana, más aún, católica, y por eso no llevaba ni nicab ni burka, ni siquiera se cubría la cabeza, pues no estaba casada y disfrutaba de la plena libertad de su juventud.

Durante todo el tiempo que estuvisteis almorzando juntos, por invitación tuya, en la fonda protegida del sol llamada *Heghine*, untando trozos de pita en el *kibbeh nayye* aromatizado con menta y, sobre todo, bebiendo copiosamente el turbio *arak*, te estrujabas la cabeza pensando cómo quedarte a solas con ella, cómo librarla de los dos músicos, que, con sus instrumentos musicales, parecían más bien los guardianes de la joven, tal vez sus hermanos, o tal vez fuera uno de ellos su enamorado secreto. Le hacías señales a Ghiuner para que les sirviera cada vez más a menudo *arak*, que la juiciosa Nura no tocaba; se limitaba a mojarse los labios de vez en cuando con el *sharab ward* de agua de rosas enfriado con nieve traída de las montañas, que no contenía ni una sola gota del fuerte alcohol del *arak*. Hacia la tarde, a los músicos los venció la embriaguez y el sueño, y Ghiuner recordó de repente que uno de vuestros camellos tenía la pezuña lastimada y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Sentados frente a frente, hablasteis con ternura como viejos amigos, hasta que el ocaso os envolvió y los ruidos se apagaron. Apenas podías sofocar los latidos de tu corazón. Con cada sonrisa desvelaba sus dientes, de un brillo incomparable, dientes rectos e ¡guales que llenaban su boca y que aparecían cuando Nura reía echando la cabeza hacia atrás, o cuando solo sonreía, ladeándola.

Desde hacía ya un rato no evitaba tus ojos como si fueras un desconocido, sino que te lanzaba cada vez más miradas de soslayo, escuchando tus embusteras historias del Archipiélago, pues te presentabas como un comerciante de perlas, y asegurabas haber encontrado por fin la más preciosa, de esas que se llaman ormuz. Callasteis largo rato los dos, sintiendo los escalofríos del crepúsculo, y entonces la joven te dijo de repente, como si sus palabras no hubieran salido de su pensamiento, sino que nacieran directamente en sus labios:

—Theodoros, me gustas mucho…

Al oírlo tu alma se derramó por completo sobre ella, como si hubieras salido de ti mismo y, por encima de la mesa abarrotada de manjares, la hubieras tomado ya en brazos como a una novia que llevas, dulce y sumisa, al tálamo.

—*Lampera mátia* —le dijiste suavemente en griego, controlándote una vez más para no asustarla, como evita el cazador hacer un movimiento brusco cuando la cierva acerca el hocico al espejo del agua.

Luego extendiste tu mano con pulseras de cuero sobre la suya, pero la joven la retiró.

—¿Quién es, Rahim o Kahlil? —le preguntaste, señalando a los dos músicos que dormían ahora un sueño profundo, con las cabezas apoyadas sobre la mesa—. ¿Cuál de ellos es tu esposo o tu prometido?

—¡Rahim, mi marido! ¡Kahlil, mi prometido! —Nura reía a carcajadas—. Ellos son solo músicos, les pago para que toquen conmigo. Mi padre es un hombre importante, tiene posadas, tiendas y veleros, tal vez te lo hayas encontrado por los mares, pues se aventura a menudo hasta Chipre e incluso Malta. Yo canto y bailo por las calles porque ese es mi deseo, pues nadie esconde la luz de la vela, sino que la coloca en un candelabro para que ilumine a todos. Tu *mahmud* de oro se lo doy a mis músicos, porque yo no lo necesito. ¡Mira y asómbrate!

Y la joven, tras mirar alrededor otra vez y comprobar que los envolvía una oscuridad ambarina y sin miradas ajenas, se levantó un instante el *tantur* anaranjado, que brillaba ahora sedoso en la oscuridad, y bajo él se adivinó, en el pecho de la joven, un collar formado por tres filas de táleros de oro verdoso, cada uno de ellos diez veces más valioso que tu *mahmud*. A través de la camisa de hilo que llevaba por debajo sobresalían los pezones, inocentes y descarados a la vez. La sangre se te subió a la cabeza y desde ese momento te costó mucho más controlarte. La habrías apoyado allí mismo contra una pared del pórtico y le habrías roto las costillas al abrazarla.

—Querría que siguiéramos hablando —le dijiste tan solo—. Te pido disculpas, Nura, por estas necias palabras, pero… la fonda tiene

habitaciones arriba…, solo para que sigamos charlando, contándonos cosas… ¡Nura, *lamperá mátia*! —no pudiste evitar susurrar.

Y volviste a tomarle la mano y ella volvió a retirarla.

—De acuerdo —dijo lentamente, y al escuchar esas inesperadas palabras, tu hombría se endureció de repente y una ola de locura subió desde tus pelotas, envolviendo en llamas todo tu cuerpo.

Eras ahora un hombre enfermo, devorado por la fiebre, que veía ya con claridad lo que tenía que suceder a cualquier precio: esa mujer encantadora tumbada en la cama, penetrada hasta el fondo y gimiendo debajo de ti. Arrojaste unas monedas sobre la mesa, le dijiste al armenio dueño de la fonda unas palabras al oído y, llevando contigo una botella de *arak* frío, subiste la escalera hacia las habitaciones superiores; Nura subió también, taconeando suavemente por los escalones detrás de ti con sus zuecos decorados.

En cuanto entrasteis en la habitación, que olía a lana y aceite, la tomaste en tus brazos. Tu hombría estaba húmeda y te dolía por la hinchazón. Apretabas a Nura contra tu pecho, buscabas su boca retirándole los rizos negros, pero ella no te dejaba. Se zafó con fuerza y te dio un empujón.

—Decías que íbamos a hablar —te dijo jadeante, con la mirada firme y llena de coraje—. íbamos a hablar.

Te quedaste desconcertado. Habrías podido forzarla sin decir una palabra, pero el amor no te dejaba, y además estaba el armenio, que no quería problemas en su fonda, y el padre de la joven, un hombre importante en Beirut. No habrías salido bien parado… Te dejaste caer pesadamente en el banco, con las mejillas encendidas y el pecho peludo descubierto, y la camisa fuera del cinturón, intentando recuperar el aliento. Nura se sentó a tu lado y te dijo dulcemente, mientras prendía la vela con el pedernal:

—Me gustas, Theodoros. Me gustan los hombres curtidos, quemados por el sol de los mares y del desierto. Recupérate un poco y sigamos hablando. Cuéntame una historia, la que más te guste, y también yo te contaré una.

Y entonces, confiando todavía en una noche de amor como no habías vivido nunca y como no se puede imaginar en este mundo, cumpliste el capricho de la joven y comenzaste a contarle, cada vez más azorado y sin saber cómo se te había ocurrido, la historia de Stamatina, que ni siquiera a tu madre le habías contado, a hablarle a aquella desconocida sobre Bucarest cubierto de cometas que se elevaban por encima de la Metrópoli y de las casas burguesas, y sobre la mayor de ellas, alzada hasta la bóveda celestial, que representaba a la hija del señor, Stamatina, de un tamaño de cien metros desde los coturnos hasta la coronița del cabello. Le hablaste, tomando cada vez más sorbitos de *arak*, de la belleza incomparable de la joven cuya

imagen llevabas siempre contigo, sobre cómo la habías acechado bajo sus ventanas las noches de luna llena de Campiña, y cómo paseabais por el rocío hablando de todo, hasta que rompía el alba y la damisela regresaba a sus aposentos. Le hablaste luego sobre la visión de la perfumada isla de Quíos, la cesta de flores del Archipiélago, donde, para tu desgracia, vigilando desde un árbol las ventanas de la joven, viste cómo la visitaba el Silfo y los viste acoplándose en el lecho lleno de almohadones, y oíste los gritos de amor de la joven bajo el hombre turquesa, y cómo eso rompió tu corazón para siempre.

Al contar esto y volver a ver en tu mente los muslos de la damisela abiertos bajo el Silfo, aguantando sus fuertes embestidas que hacían temblar el lecho, sentiste de nuevo que morías de deseo y de pasión. Te abalanzaste otra vez sobre Nura, la agarraste y la arrojaste en la cama cubierta con mantas de lana, bajo los iconos de la pared, pero la joven te rechazó una vez más, aunque tu mano estrujaba ahora sus tetas y tu boca sintió por un instante sus labios y sus dientes. Te apartó con violencia, zafándose y resistiéndose, se puso en pie, se sentó en el banco ante la mesa de la estancia y escondió de nuevo el pecho desnudo bajo la blusa rosada. Tú escuchaste su historia tumbado boca arriba en la cama, envuelto en llamas como un pecador en el infierno, sin poder quitarte de la cabeza que tal vez Nura fuera virgen y tuviera miedo a ser penetrada, una torpeza que incluso a ti te avergonzaba. Solo que su relato decía otra cosa.

En la estancia iluminada tan solo por la candelilla debajo de los ¡conos, sus ojos eran más brillantes que fuera, a la luz del día. Aunque no sonreía ya —ni mucho menos reía—, sus dientes brillaban también en la penumbra mientas desvelaba su historia de amor. En la habitación olía a almizcle, a pasión, al jugo ardiente, masculino, del amor.

Theodoros debía saber que, tras una infancia feliz correteando con el aro por las callejuelas de Beirut, Nura fue enviada a estudiar al monasterio de las hermanas carmelitas junto a Harissa, el que alberga el santísimo icono de la Virgen del Carmelo, con los brazos extendidos sobre el mundo y el vientre transparente, en el que el niño Jesús, todavía nonato, bendice sin embargo con ambas manos. Tenía doce años cuando cruzó las puertas del monasterio y se sentía alegre y feliz como lo está también ahora, pues ni las tareas por las que se levantaba al amanecer, ni las monjas descalzas pero sudorosas con sus gruesos hábitos negros, ni el hecho de dormir en el frío, entre gruesas paredes, con otras treinta niñas en la habitación, pudieron doblegar su deseo de vivir, de brillar y de bailar. Desde los primeros días se hizo buena amiga de Djamila, que dormía en la cama contigua a la suya. Juntas hicieron también la confirmación católica y la comunión. De día, tras las horas de clase, se paseaban de la mano por el jardín del

monasterio, entre cedros gigantes, y por la noche dormían abrazadas en las camas unidas de dos en dos. La primera regla les vino a la vez, y pocos meses después se dieron, abrazándose apasionadamente, el primer beso en los labios que Nura no olvidaría jamás. Sintió luego los dedos de la otra tocándole los pechos y el vientre, y a continuación, revolcándose en la cama, cada una con los pies en la cabeza de la otra, descubrió también la dulzura embriagadora, indescriptible, del beso de los otros labios, los ocultos, la flor delicada y pegajosa que las mujeres esconden bajo el vello áspero y rizado entre los muslos.

—Oh, Theodoros, ese es el fruto jugoso, el precioso melocotón, maduro y listo para ser recolectado, el paraíso prometido a los mortales para que puedan soportar la vida, pues tanto el pobre como el rico, tanto el listo como el tonto, tanto la mujer como el hombre solo por eso suspiran: por abarcar con la mano, por penetrar con los dedos, por lamer con la lengua la dulzura melosa de esos labios húmedos y ásperos como el pie del caracol, pero ardientes como el pecho de los pajaritos que sostienes en el puño.

Desde hacía cinco años, Djamila había sido su única alma cercana y la única que le había ofrecido revolcones y gritos de amor en noches de ardor sin tregua. Por eso era todavía virgen, aunque conocía como mujer voluptuosa la dulce pasión del acoplamiento que se llama sáfico, debido al nombre de una antigua poeta griega a la que tú también conocías, pues sus cantos habían aliviado en más de una ocasión tu añoranza de Stamatina.

—Todos los que conocen mi deseo me preguntan incrédulos: ¿acaso no necesitas, como todas las otras mujeres, un hombre hecho y derecho, que te escarbe bien adentro para que los placeres de la cama sean totales? ¿Y acaso esa unión antinatural y estéril no menosprecia la voluntad de Dios, que dijo «creced y multiplicaos»? ¡Tal vez así sea, pero yo amo a Djamila como si fuera mi esposo y, puesto que precisamente ayer le hice una promesa, no puedo incumplirla hoy, por mucho que me gustes, Theodoros! Y, por otra parte, Djamila ha apuñalado a varios mozos por mi amor, pues tiene un carácter masculino y salvaje, y pertenece a la hermandad de los *hashishin*.[37] No quiero que esa desgracia te suceda también a ti.

Aquí la joven se echó a llorar a lágrima viva, apoyando la cabeza en tu hombro, pero tu deseo se había esfumado. No habías oído jamás que una mujer pudiera acoplarse con otra como una esposa y su esposo, y eso te provocó un escalofrío helado. Los marineros se entregaban a menudo a la sodomía, pues escaseaban las mujeres en los veleros, pero lo que sucedía en los gineceos y los harenes no había llegado aún a tus oídos. Te levantaste, con un terrible dolor de testículos, sin volver a mirar a la joven que te había gustado desde el primer momento en que la viste, y abandonaste la habitación del

armenio después de arrojar dos florines en la bandeja de la mesita.

Amaste luego a Nura con desesperación durante medio año, sabiendo que no volverías a verla jamás. Con el paso del tiempo, la herida se cerró y Nura se convirtió en un sueño lejano, tanto que a veces te preguntabas si fue real. En tus oídos empezó a resonar de nuevo, cada vez más clara, la voz que te decía lánguidamente: «¡Búscame! ¡Búscame! ¡Incluso en la infidelidad y la traición! ¡Desgasta noventa y nueve abarcas de hierro y el cayado de hierro de tu mano para dar con mi escondrijo en el fin del mundo! ¡Allí te espero, no dejes de buscarme!». En el icono que llevabas en el pecho, el rostro de Stamatina adquirió de nuevo vida y brillo, mayores aún en medio del sufrimiento.

26

Honorabilísima y veneradísima madre mía, Sofiana:

Se cumplen hoy siete años largos como siete siglos desde que no he visto tu rostro ni he bebido tus sabias palabras ni he besado tus ojos, que me son los más queridos del mundo. Y las epístolas que te envío y las que recibo de ti no alivian mi nostalgia, tal y como al sediento en el desierto, en su infinito suplicio, se le aparecen charcas extensas hacia las que se arrastra con sus últimas fuerzas, pero que lo dejan con la boca llena de arena. En el sueño acunado por los veleros te me apareces idéntica, y cuando me despierto me duele tanto el corazón que me dispongo a viajar a la Valaquia de mi infancia, pues no puedo soportar seguir viviendo sin ti, pero luego me asaltan las cuitas del comercio y me desvío del camino. Solo el pensamiento de que algún día haré ese viaje para besar tus anillos me mantiene todavía en pie para poder ocuparme de tantas tareas amargas que no me dan tregua ni de día ni de noche.

Debes saber en primer lugar que, gracias a Dios, me encuentro bien, sano, lo que te deseo también a ti. No me falta de nada, pues he llegado a ser poderoso y alabado, como un vaivoda en el mar más grande del centro de la tierra, lleno de islas y de veleros que viajan entre ellas empujados por los vientos. Los bey musulmanes y los estrategos griegos y los capitanes ingleses me respetan y me animan a unirme a ellos, pero me considero superior y no me alío con ninguno, sino que sigo mi propio camino, que me llevará a ser rey o a la muerte. Gobierno ahora ochenta veleros de todos los tamaños, con multitud de mástiles y buenos cañones, forjados en Inglaterra; tengo incluso algunos que funcionan con artilugios alemanes y echan humo por la nariz como las fieras de los cuentos que me contabas de niño. Cuando abandono un puerto con todas las velas hinchadas, se entera todo el Archipiélago, pues mis veleros cantan, como descubrirás si sigues leyendo, y es algo realmente asombroso.

Todos los palicari *con los que me entretengo tomando una botella de* ouzo *en las tabernas me hablan del anacoreta Ingannamorte, al que hay que ver obligatoriamente siquiera una vez*

en la vida, porque, sea quien sea, dicen que su aspecto es maravilloso, pues la muerte, que siega a los hombres como se siegan los tallos de las flores del campo, no tiene poder alguno sobre él.

Te escribo esta carta desde Petra, en invierno. Aquí no nieva, ni siquiera han oído hablar de la nieve que cubre nuestras casas hasta que no se ven y las iglesias hasta las santas cruces: hace solo un poco más de frío que en verano y llueve al mediodía. Petra es de una piedra rosada, magistralmente excavada, con gruesas columnas en la fachada, de la misma piedra traslúcida, y los monasterios rosados, y las tumbas, todo parece un sueño. Son dignas de verse las maravillas talladas en la gigantesca pared de ese valle al que solo se puede acceder a través de unos estrechos cañones llamados Siq. Aquí me alojé con Chiuner, Sisoe y otros compañeros en una choza árabe; no había otro lugar, pues por ahí solo viven pastores de cabras. Y nos comieron las pulgas, que eran muchas y malas como no habíamos visto jamás, y todos teníamos el cuerpo lleno de puntitos rojos y nos rascábamos hasta arrancarnos la piel.

Y un buen día llamó a nuestra puerta un viejo árabe que vivía de eso: iba de casa en casa y *libraba a la gente de las pulgas. Y verás cómo lo hacía, te vas a santiguar, querida madre, porque lo vi con mis propios ojos y te aseguro que es verdad. Entró en nuestra choza* y *colocó sobre la mesa un cuchillo grande, de esos de matar vacas. Untó el filo del cuchillo con un aceite cuyo secreto solo conocía él, luego pronunció un conjuro que te ponía los pelos de punta, porque el árabe gesticulaba y rechinaba los dientes al pronunciarlo y dirías que era el Diablo. Ordenó a continuación que reinara la oscuridad en la estancia, cubrió las ventanas con una lana gruesa y dejó tan solo el ojo de una aguja por donde entraba un rayo fino que caía justo en el filo del cuchillo de la mesa, luminoso como un diamante en la oscuridad total. Finalmente nos ordenó que dejáramos de hablar y que no nos moviéramos, para no asustar a las pulgas. Y ¿qué es lo que vimos? Una a una, buscando la luz o atraídas tal vez por el pesado olor a aceite, las pulgas venían de todas partes, miles, cientos, como arrastradas con un hilo, para saltar al filo del cuchillo y quedarse pegadas a él. En una hora, tanto las de los catres como las de la ropa como las del polvo del suelo, donde también se crían, se apresuraron todas hacia el cuchillo* y *ennegrecieron por completo su filo, como si lo hubieran sumergido en brea. Y así encontraron su final en el filo brillante, y en la habitación no quedó ni rastro de las pulgas, por mucho que buscaras. Y el árabe pasó a la vez el dedo corazón Y el índice por el filo* y *todos los animales quedaron pegados a sus dedos como semillas de amapola,* y *engulló el puñado de golpe, antes de aclararse la garganta con ese aguardiente suyo llamado* arak y

eructar como un cerdo. ¡Puaj!, dijimos todos, muertos de asco, como imagino que estarás haciendo también tú ahora, pero cada pueblo tiene sus costumbres…

Nos entusiasmó el truco ese, pero nuestro gozo no duró mucho, pues, cuando el árabe se marchó con una buena recompensa y *nosotros dejamos pasar de nuevo la luz, ¿qué es lo que vimos? Ya no había pulgas, pero tampoco estaban nuestras bolsas con los florines* y *las pistolas de oro, que el árabe nos había afanado en la oscuridad. Corrimos tras él, pero fue en vano. ¡A saber en qué agujero se había metido! Te podrás imaginar nuestra desesperación, ya que no teníamos ni un real y el viaje hasta el barco era largo* y *peligroso, pues lo habíamos abandonado en Selaata. Finalmente se nos ocurrió una idea: que nuestra compañera turca Aişé fingiera ser puta solo para que aquel árabe miserable se sintiera atraído por ella y mostrara su rostro. La envolvimos en los ropajes de las mujeres árabes y la colocamos junto a un poste de mármol rosa, con varias moneditas de cobre en el regazo, señal de puterío. Aquella noche, Aişé se fue con dieciocho hombres, pero ninguno era el cazador de pulgas. Siguieron otras dos noches así. Solo la cuarta noche el árabe hechicero* y *ladrón se presentó, arrastrado por el deseo del cuerpo, y nosotros acechamos el lugar* y *lo pillamos desnudo, batallando entre las piernas de la turca.*

Una hora después, con el puñal al cuello, nos condujo a través de una puerta secreta a las profundidades del tesoro, que los árabes llaman Al-Khazneh, excavado también en la piedra rosada al igual que todo lo demás, y es asombroso ver toda la fachada de la iglesia allí tallada, de una altura de cien metros, con pilastras, nichos, puertas y *ventanas solo de piedra. Y la roca está tan pulida que puedes ver tu rostro en ella. Penetramos en el corazón de la montaña, con las antorchas encendidas, por una maraña de corredores que giraban unas veces a la derecha, otras a la izquierda, y que solo el árabe podía desentrañar, hasta que de repente el pasillo se ensanchó en una grandiosa sala de pórfido rodeada de gruesas columnas, y en las paredes se veían cuerpos humanos dentro de la piedra transparente, tal* y *como quedan atrapados los insectos en el ámbar. Había allí, nadando y flotando inmóviles, hombres* y *mujeres que, con la boca abierta como si gritaran, nos hacían gestos desesperados para que los sacáramos de la piedra, tendiendo hacia nosotros sus manos suplicantes, con los dedos extendidos. Así, en algún agujero de hierro candente de los que vio la Madre de Nuestro Señor cuando descendió a los infiernos, sufrirán los condenados a la desgracia eterna.*

En el centro de la sala se descendía a un pozo profundo gracias a unas grapas de hierro, algunas de las cuales faltaban y otras

estaban devoradas por el óxido. Bajamos con el árabe cada vez más, hacia las entrañas de la tierra, hasta que empezó a hacer calor como en un horno. Era tan alta la temperatura que, si te caías, la roca fundida te engullía y te petrificabas en su interior como aquellos cuyos cuerpos acabábamos de ver. Pero el árabe pasó de la escalerilla a otro corredor que llevaba, por vericuetos aún más terribles, a una segunda estancia, diez veces más grande y más aterradora que la primera. Y allí, acurrucado en ella como en el interior de una mujer barrigona, había un niño nonato, del tamaño de diez elefantes, que la llenaba por completo. El cordón que salía de su ombligo penetraba en la roca rosada y caliente. Era el hijo de la montaña, pues los árabes dicen que cada montaña concibe uno, y algún día saldrán todos a hacer el mundo añicos, antes del terrible Juicio Final. En la mano derecha de aquel niño cuyos ojos como zafiros se abrían a veces perezosos, se habían construido los beduinos su refugio: blanco y cuadrado, pintado de cal. En cuanto nos oyeron, salieron en tromba, tal vez de un agujero escondido, pues no podía aquel recinto albergarlos a todos. Ni siquiera pudimos sacar las pistolas o los puñales. Les resultó bien sencillo atarnos de dos en dos por la espalda y arrojarnos a las rodillas del niño como si fuéramos sacos de patatas.

Pues, querida madre (y no te asustes, que no te habría escrito esta carta si no hubiera escapado con vida), estábamos en el mes de Dhu al-hijja, es decir, en diciembre, como diríamos nosotros, cuando en el octavo día celebran ellos el Kurban Bairam y sacrifican un carnero, como hizo en otro tiempo Abraham, que, siguiendo el mandamiento de Alá, se disponía a sacrificar a su único hijo, llamado Isaac, y asarlo después sobre las brasas. Solo que los árabes nos dieron a entender que los carneros seríamos nosotros, una vez degollados y asados a fuego lento. «Os asaremos y os comeremos sazonados con sal, pimienta y sésamo, acompañados de judías, arroz con grasa de pato y albóndigas. Y os mojaremos con arak del fuerte.» Y nosotros creímos entonces que ese sería nuestro final y nos lamentamos desesperados, amarrados con las cuerdas.

Pero Ghiuner, que no sabía qué es la desesperación, pues los niños tártaros no la maman de la teta de su madre, sino que maman tan solo valor y temeridad, guardaba siempre en la manga un cuchillito minúsculo, escondido para situaciones como esa, para que ninguna cuerda pudiera sujetarlo y, con su filo como una cuchilla, cortó sus ataduras en un abrir y cerrar de ojos. Luego, arrastrándose despacio, cortó también las nuestras, así que nos vimos libres en medio de la oscuridad rosada de la sala y volvimos a tomar nuestras espadas y pistolas amontonadas por los bandidos

en un rincón, junto a los pies del niño. Un dedito de su pie era más alto, querida madre, que cualquiera de nosotros. Caminamos piadosamente por su cuerpo de piel de ágata fundida hasta llegar a su mano derecha, donde se encontraba la casa que sostenía entre sus dedos. Disparamos nuestras pistolas y los beduinos empezaron a salir, solo en camisola, como los había sorprendido el sueño, y en cuanto asomaba uno la cabeza por la cortina, le rebanábamos el pescuezo, tal y como habían querido hacer ellos con nosotros, pues el que la hace la paga. A continuación, cuando la pila de cadáveres alcanzó la estatura de un hombre, entramos nosotros en su recinto y ¿qué fue lo que vimos? Gracias a los incomprensibles sortilegios árabes, era cien veces más grande por dentro que por fuera. Y estaba lleno de joyas valiosas, copas señoriales, cadenas, táleros de oro, pendientes y anillos de piedras preciosas, ya que allí se encontraba el tesoro de la ciudad desde la antigüedad, y el niño era su guardián. Cada vez que tocábamos una copa de oro o una bandeja valiosa, el bebé nonato se estremecía y sus dedos apretaban la casa encalada y a punto estaban de estrujarla. Solo pudimos sacar lo que era nuestro, las bolsas de dinero que nos habían robado. Cuando salimos, los ojos del niño estaban abiertos, eran grandes y sabios, del color del cielo otoñal, y su respiración alborotaba nuestros cabellos. Tanteamos varios días por aquellos pozos y corredores hasta que finalmente pudimos ver de nuevo, gracias a la voluntad del Altísimo, la luz del sol.

Eso nos sucedió en Petra, y a punto estuvimos de dejar allí nuestros huesos, pero después de este acontecimiento partiremos hacia Jerusalén, la extensa ciudad cuya belleza y grandeza celestial, dicen, no pueden expresar las palabras. Aseguran los sabios, y yo también lo pienso, que esta ciudad descendió en algún momento de los cielos como una bandeja de oro cargada de iglesias y casas grandes y largas murallas cuyo final no puedes ver, con las copas de esmeralda de los cipreses, de los cedros y de las palmeras desperdigadas entre las casas señoriales. Y en el centro se encuentra una iglesia de vidrio con treinta torres, a través de cuyo cristal se ve abajo el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, el Salvador, con dos ángeles vivos y verdaderos que velan, con sus armas de destrucción en la mano, uno en la cabecera y el otro a los pies del monumento. Y es una imagen que toda persona debería ver antes de entregar su alma, así que confío en que mis ojos disfruten de ella el mes que viene. Finalmente, una vez terminado el invierno, haremos el viaje de regreso a Klides, donde nos reuniremos con nuestros compañeros que han permanecido en esa zona desértica.

Y cuando los céfiros primaverales vuelvan a hinchar las velas, nos echaremos a navegar de nuevo por los espumosos caminos de

los mares, llenos de delfines juguetones y de pulpos, que acompañarán nuestros viajes mientras resuenan los himnos a varias millas de distancia, pues, como había empezado a decirte, nuestros veleros, de un tiempo a esta parte, cantan. En sus tablones, querida madre Sofiana, anidan unas lombrices largas y gruesas que taladran sin cesar la madera con sus dientes de nácar. Nuestros hombres escuchan por la noche su crujido a través de la madera y están tan acostumbrados ya a ese sonido que creo que no podrían dormir sin sentirlo en sus oídos. Esos gusanos del tamaño de un hombre son un buen alimento, su carne recuerda a la de los carneros. Este invierno guisamos los de la quilla del Zulnia, un barco de la época de Pazvante, y nos sentaron estupendamente, pues al menos nos llenaron las barrigas en medio de la tristeza invernal.

No sabíamos, sin embargo, y nadie lo sabía en el Archipiélago hasta hace unos años, que hay también otra clase de gusanos de barco que cantan dentro de la madera con decenas y cientos de voces diferentes, emitiendo unos sonidos como de violín o de laúd que resuenan incluso en los mástiles. Estas bromas tienen unas cabezas de nácar azulado parecido al cielo, y unas manchas púrpuras en el cuerpo que cambian sin cesar de tamaño y de aspecto. Cuando hicimos un alto en la isla de Kálimnos, nos topamos allí con un comerciante que vendía unos gusanitos parecidos a las lombrices, pero que, metidos en la madera, crecían hasta alcanzar el tamaño de un hombre, y los tenía en un arcón de madera separados en compartimentos según sus voces, más graves o más agudas, más lentas o más rápidas, y según su variedad. Compré uno de cada y puse en cada velero un gusano con una voz diferente; así, cuando zarpan, los barcos parecen ochenta violas, laúdes y violines mágicos flotando en el agua del mar y tocando juntos con una gracia indecible, de tal manera que la música más elevada, siempre distinta, unas veces alegre, otras triste, que unas veces te rompe el corazón y otras te lo llena de gozo, nos acompaña en el viaje por la soledad de las aguas, bajo el sol del mediodía o bajo las estrellas nocturnas. Y los habitantes de las islas la oyen desde lejos y se apresuran a salir a nuestro encuentro con botellas de aguardiente y aceitunas y queso de cabra, y con granadas grandes como balas de cañón. Pues en el Archipiélago todos nos quieren y doblan la rodilla en nuestra presencia, como ante unos legítimos señores.

Y con este relato sobre mis veleros músicos —¡cómo me gustaría que pudieras escucharlos siquiera una vez!— termino también yo mi carta, con amor y nostalgia por tu rostro que está eternamente en mi corazón. ¡Que la Virgen Inmaculada te ampare! Salud y los

mejores deseos de tu amantísimo hijo,

Theodoros,
Arconte y estratego de las islas del Dodecaneso, de Chipre y de Creta

No lejos de Rodas, entre Leros y Kos, se encuentra la isla de Kálimnos, hacia la que se dirigió tu flota al comienzo de la primavera, arrastrada por el viento sur que sopla desde Malta, y una vez allí, siguiendo tus órdenes, se desperdigó de nuevo a lo largo de los caminos sin polvo de los mares, por los que navegaban las bricbarcas y las goletas, los clíperes y las barcazas barrigonas que transportaban trigo, aceite de oliva, vino y viajeros entre las islas, al igual que por las costas de la Hélade, de Turquía y de Egipto. Tus veleros y tus barcos de vapor no se dedicaban tan solo a la piratería, asaltando con ferocidad cada nave extranjera que se cruzaba en su camino, sino que vendían luego los barcos y las mercancías robadas, con gran celo negociante, sobre todo en los puertos de la costa africana, y sus ganancias llegaban a tus manos. Luchaban también, con buenos conocimientos de navegación y del arte de la guerra naval, contra las fragatas que los perseguían sin cesar, porque tu banda se había vuelto indeseable en el Archipiélago, como una peste sin remedio que se extendía por la superficie aceitosa de los mares, y el precio puesto a tu cabeza ya era una verdadera fortuna, anhelada incluso por los bey más ricos. Pero la brutalidad con que tus hombres descuartizaban a los marineros y soldados extranjeros que caían en sus manos —les sacaban los ojos, escaldaban su cuerpo en brea fundida y les arrancaban los testículos, los ataban con los cabos a los cabestrantes y les rompían un hueso tras otro antes de hundirlos junto con sus barcos— había extendido el pánico hacia ti por todas las islas, y únicamente los ingleses y los turcos, los más poderosos y más acérrimos enemigos tuyos, se atrevían a perseguirte.

Llegaste con solo tres naves al puerto de Myrties, en el poniente de la isla de Kálimnos, un asentamiento de casitas blancas desperdigadas a la orilla de un golfo al pie de la montaña, desde donde contemplaste por primera vez, sobre el brazo de mar verde como la esmeralda, una elevada roca de la pequeña isla deshabitada de las cercanías llamada Telendos, que se reflejaba en el espejo verde de las tranquilas aguas. Pues esta roca grandiosa y hostil, incrustada en un cielo que allí parecía más alto que en cualquier otro sitio, había sido elegida un mes antes por la inocencia de la hija de un pastor de Chipre cuando le hiciste poner el dedo en un mapa lleno de nombres. En aquel pergamino estaban escritas, una debajo de otra, las islas que empezaban por la letra T, todas aquellas que tus hombres habían podido recordar: Tasos, Thirasia, Tinos, Tilos, Télendos, Tragonisi,

Thrymania y la yerma Trikeri Hydras, llena de culebras venenosas. La pequeña Peta, que no sabía leer y que recibió de tu mano, por su esfuerzo, un *¡rmilic* de oro con el que su padre construiría una casa más adelante, colocó su dedo titubeante como el gracioso cuernito de un caracol sobre Telendos, para tu alborozo y el de tu banda, pues estabais convencidos de que un ángel del señor había guiado la elección. Y así fue, pues nosotros velamos desde las nubes arremolinadas sobre las aguas, al igual que en cada instante de tu vida, por que su dedo se detuviera allí donde te empujaba el destino, para que nada de tu historia quedara sin cumplir. Así que partisteis directamente hacia Kálimnos, desde donde hay tan solo unos cientos de brazas de agua salada.

Atravesasteis en barcas esa franja de mar y atracasteis en la orilla, en Télendos, bajo el monte que se yergue orgulloso frente al espejo ondulante de las olas, y empezasteis enseguida a trepar entre los arbustos secos, sin senderos, que rodeaban la montaña, confiando en encontrar en algún lugar de la roca una señal de que os encontrabais en el buen camino hacia el Arca de la Alianza que tú, el Opuesto —como te llamó en otro tiempo Moshe el Trapero—, el maldito en la bendición y bendito en la maldición, estabas destinado a encontrar en esta vida. La señal era la propia letra T, tras la cual faltaba tan solo una para completar así la escritura de Dios en la esfera creada por El con barro al comienzo de los tiempos, en solo seis días de trabajo, tras los cuales descansó.

Después de salir del bosque impenetrable, abarrotado de animales salvajes, de pájaros y escolopendras gigantescas, tú y los tres compañeros que te acompañaron a la isla os topasteis con una peña abrupta que se elevaba unos trescientos metros sobre el mar, una roca que nadie había escalado desde que el mundo era mundo y en cuyas cavidades habían anidado los buitres. Subisteis de pico en pico, sujetándoos con los dedos desollados a cada saliente de la roca áspera, mirando de vez en cuando hacia el abismo de las aguas allá abajo. Tres horas enteras os llevó llegar a la cumbre, con las manos y las rodillas ensangrentadas y vuestros corazones golpeando en el pecho como un martillo en el yunque. Cuando os sentasteis allí, tú, Zephyra —la revestida con el encaje azulado—, Barrabás el Durmiente y Suleyman el Chino, se abrió ante vosotros un paisaje que no se puede describir, ni contemplar, pues infinita es la belleza de este mundo pasajero.

Bajo la alta campana de la bóveda de zafiro que abarcaba el cielo y el mar por igual, como el cristal de un reloj celestial, divisabas hacia oriente, flotando en el esmeralda cegador y eternamente agitado de las aguas, la cercana isla de Kálimnos. Por el norte, sombreada ya por un vaho rosado, pues caía la tarde, se extendía la isla de Leros, donde

podíais adivinar, en una cresta, el famoso castillo de los caballeros de San Juan, y por poniente distinguíais, en el horizonte, la isla de Amorgos, donde en otra época, casi en otra vida, habías atracado en busca de las señales desperdigadas por todo el Archipiélago. El paisaje, bañado en el brillo del mar y salpicado por las sombras de las nubes moradas sobre las aguas y las islas, era demasiado extenso como para que el ojo o el alma humana pudieran abarcarlo por completo, y no era de este mundo. Los albatros se mantenían alejados de la roca, surcando el aire hacia alta mar, por miedo a los buitres que giraban en torno al orgulloso peñasco que acababais de escalar. Os sentíais pequeños como hormigas e insignificantes al contemplar los pueblitos de las islas, donde las casas parecían granos de sal desparramados a orillas de los golfos de aguas de color vino. ¿Qué es el hombre en la infinitud del mundo?, ¿qué significa su aliento de un instante en el océano infinito del tiempo? Con el cabello largo ondeando en el aire cálido de la tarde, pensabas con melancolía en las sabias palabras de la antigüedad:

> ¡Vanidad de vanidades! —dice Cohélet—, ¡vanidad de vanidades, todo es vanidad! ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol? Una generación va, otra generación viene, pero la tierra permanece donde está. Sale el sol, se pone el sol; corre hacia su lugar y de allí vuelve a salir. Sopla hacia el sur el viento y gira al norte; gira que te gira el viento, y vuelve el viento a girar. Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van, allá vuelven a fluir. Todas las cosas cansan. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír. Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol.

La tarde caía con rapidez, la mitad de la bóveda seguía azulada y luminosa, con la luna como un fantasma blanco, apenas visible, flotando entre nubes, en tanto que en el otro hemisferio se había extendido ya el púrpura brumoso que lo cubriría por completo enseguida. Solo una línea de oro sucio iluminaba el horizonte por el poniente. Mientras cenabais lo que habíais traído en los zurrones, habían salido las estrellas, dispuestas en su antiquísima alineación. Volcada en el cielo, la Osa Mayor era la primera que los experimentados marineros avistaban en primavera, luego venían Leo, Virgo e Hidra, que brillaban claramente en un fino polvo de estrellas sin nombre, desperdigadas como harina por todos los recovecos celestes. Juntas iluminaban más que la luz del día, como un árbol cargado de miles y decenas de miles de frutos luminosos, de tal manera que sus ramas se doblaban hacia la tierra. La mitad de la noche os amasteis con Zephyra, haciéndole gritar de alegría; luego os

quedasteis todos dormidos bajo el elevado cielo estrellado. Mientras dormíais, tuvisteis una visión, pues la puerta del sueño es la que deja entreabierta El que conoce cada uno de nuestros pensamientos: «Si hay entre vosotros un profeta, en visión me revelo a él, y hablo con él en sueños», le dijo El a María y a Aarón en el desierto, cuando se alzaron contra Moisés, Su amigo.

En vuestro sueño aparecía una cruz alta en forma de T situada en la cumbre de la montaña de Télendos, y era de noche, y las estrellas se desparramaban como hilos de oro por toda la bóveda de alrededor. Y en la cruz estaba crucificada Zephyra, desnuda y perfumada, con sus formas rotundas, garabateada de arriba abajo con dibujos azules —delicadas mariposas, tallos y hojas y la pelusa redonda del diente de león— que flotaban a un dedo de sus tetas, sus caderas y su vientre, como una camisa de hilo bordada. Tenía la cabeza inclinada hacia abajo y sus cabellos morenos se derramaban entre los senos redondos y pesados, envueltos en una escritura azulada. Un rayo de luz caído del cielo iluminaba su vientre debajo del ombligo y permitía ver a través de la carne transparente la T formada por el órgano de la unión y las otras dos vías hacia los cientos de huevos que las mujeres tienen en el vientre para traer niños al mundo. En esta nueva cruz se encuentra cada mortal crucificado desde el nacimiento, nacido en secreto del agua y el espíritu. Y vosotros tres estabais postrados ante ella, arrepentidos y suplicantes, besando sus pies atravesados por clavos y las uñas pintadas de rojo. Os levantasteis a continuación y, apoyando una escalera de madera en la cruz, le quitasteis los clavos ensangrentados y la llevasteis entre los tres hacia una tumba cercana, tallada en piedra de yeso transparente. La tendisteis allí y la cubristeis con una losa de la misma piedra a través de la cual se podía ver como a través del cristal. Las estrellas brillaban más que nunca, y el peñasco de roca que afloraba del mar negro como la brea era ahora el eje del mundo.

Cuando despertasteis, en la límpida luz de la mañana, Zephyra estaba todavía entumecida, tumbada de espaldas, como había estado en el ataúd, y con los brazos cruzados sobre el pecho. En su vientre, en el preciso lugar donde había caído el rayo en el sueño, descansaba ahora una cruz pequeña, de retorcida madera de olivo, con la forma de la letra T. Esa era la señal, y la mujer la llevaría prendida en un cordón de cuero entre los pechos hasta la vejez, rodeada de nietos y bisnietos, pues antes había sido estéril, pero esa misma noche quedó preñada de uno de vosotros y traería un niño al mundo. No cupo duda de quién era el dueño de la semilla en cuanto el pequeño Calistrat vio la luz nueve meses después, pues tenía unos ojos finos y rasgados, bordeados de una línea negra, y su rostro era amarillento como el limón.

Vuestra alegría por que el Señor os hubiera hablado, aunque fuera en una lengua desconocida, fue inmensa pero breve, pues, al mirar hacia el puerto de Myrties, lo visteis en llamas, y vuestros tres veleros, que habían conseguido a duras penas escapar del puerto, estaban rodeados en alta mar por una docena de fragatas y otros barcos de guerra turcos con muchos más cañones que los vuestros y con una multitud de soldados a bordo. Se oían gritos débiles y disparos esporádicos, pero supiste de un solo vistazo que no habría batalla alguna. Estabais perdidos, más cerca que nunca de la soga que os esperaba en cada puerto, ya que los ingleses se demoraban con un juicio, analizaban los hechos, pero los turcos os colgarían en la horca en cuanto os atraparan, sin piedad; a algunos incluso los desollaban vivos o los empalaban, según la gravedad de sus delitos. Pues entre los turcos la justicia se vendía y se compraba como el queso y los corderos, al contado. Visteis apesadumbrados cómo vuestros veleros eran asaltados por el enemigo, cómo los marineros eran encadenados y llevados a la orilla, y cómo unas barcazas grandes, negras, llenas de soldados turcos con bombachos verdes y feces rojos en la cabeza, remaban hacia la isla de Télendos para atraparos con vida. Cuando se acercaron, los soldados saltaron de las barcas al agua todavía profunda y empezaron a ascender a la montaña por los matorrales salvajes de alrededor y por los bosques impenetrables, abriéndose camino con las espadas, hasta que salieron a la luz y se toparon con la roca desnuda. Durante medio día les plantasteis cara, disparando vuestras escopetas desde la cumbre mientras ellos se escondían tras los troncos del valle, pero cuando Barrabás cayó herido y se agotaron las balas, hiciste con tu camisa una bandera blanca y os rendísteis a los otomanos y al destino. Atados y golpeados salvajemente, en carne viva, os llevaron a la cubierta del caique y poco después estabais ya en la nave *Al Quahirah*, de cinco mástiles y cien cañones, que recibió la orden, según descubrirías más adelante, de conduciros a Samos para ser ahorcados allí. Algo que te resultó sorprendente, pues sabe Dios que había suficientes horcas también en el puerto de Myrties, en Kálimnos, y suficientes cormoranes asimismo para sacarles los ojos a los ahorcados. Y Samos estaba a dos días hacia el norte. Pero en el penoso estado en que te encontrabas, muerto de sed y de hambre, sujeto con cinchas y arrojado al fondo de la bodega sobre unos tablones húmedos, esa era la última de tus preocupaciones.

El viaje fue tormentoso, las junturas del velero crujían al atravesar azarosamente el mar agitado, y tu pobre cuerpo hecho trizas golpeaba contra los tablones del barco, así que, en los pocos instantes en que te recuperabas del desmayo, creías que había llegado tu hora. Entonces, como un relámpago, te venía a la cabeza un solo pensamiento, «¡Qué gran rey podría haber sido!», tras lo cual perdías la conciencia de

nuevo.

Te recuperaste muchos días después de que el *Al Quahirah* hubiera atracado en el puerto de Mandraki, y viste que te encontrabas en una estancia desconocida, blanca y limpia, cuyas ventanas daban a un jardín deslumbrante que olía a rosas. Una mujer hermosa cuidaba de ti y su porte voluptuoso hizo más por tu salud que todos los remedios amargos que tomabas de su mano. ¿Habías muerto y estabas en el cielo? Al cabo de siete días ya eras capaz de dar algunos pasos y, asomado a la ventana, podías contemplar las higueras cargadas de frutos violetas del jardín de aquella mansión cubierta de tejas, con muros cargados de molduras y mujeres de escayola, cuyos cabellos y pechos estaban llenos de gallinaza de paloma. Pero cuando intentaste cruzar la puerta, te interceptó un soldado con fustanela y un fez anaranjado en la cabeza, que te puso el puñal en el pecho. No te encontrabas en el cielo, pues, sino en la vida que se vive.

Al alba de aquel décimo día te despertaron otros soldados griegos y te llevaron por unos pasillos frescos hacia una sala grande, con muchos arcenes de colores apagados. En las paredes había cuadros de lugares de las islas, primorosamente pintados, que conocías de otros viajes tuyos por Samos: Pythagorion, el monasterio de Panagia Spiliani, el templo de la diosa Hera, el acueducto de Eupalynos excavado en el monte Kastros… Había también orgullosos retratos de *palicari* y mujeres con el atuendo de las islas, al igual que cuadros con trozos de queso y racimos de uvas y naranjas peladas, y liebres y faisanes recién cazados, llenos del plomo de los perdigones y de sangre… Vestías ropa nueva, a la usanza de la isla, fustanela y camisa ceñida por un cinturón rojo de dos palmos de ancho y abarcas nuevas en los pies, y cuando viste tu rostro en el gran espejo veneciano que colgaba entre los cuadros te sorprendiste a ti mismo: qué orgulloso y viril, qué melenudo y ancho de espaldas eras. Ojos crueles y decididos, con profundas arrugas entre ellos, señal de un sufrimiento reciente, mandíbulas anchas sombreadas de negro, un bigote espeso con las puntas retorcidas… Un hombre hecho y derecho, al que cualquier mujer que lo veía por el rabillo del ojo le echaba inmediatamente otro vistazo, más penetrante y seductor. Pero no permaneciste demasiado tiempo en esa estancia, porque la puerta principal de la izquierda se abrió y un hombre vestido a la turca, con una pipa en la mano, se acercó a ti, acompañado de dos albaneses. El joven turco esbozaba una amplia sonrisa y, cuando se te plantó enfrente, te dijo en rumano: «¡Bienhallado, Tudorică!». Entonces, lleno de asombro, reconociste quién era.

En el año de 1845, las islas del Dodecanese gemían bajo la esclavitud turca. Se habían producido revueltas, los *palicari* griegos se habían sublevado por la Gran Idea, pero todo había quedado en un

baño de sangre. También Samos estaba ensangrentado y recientemente herido, pues solo cinco años atrás sobre la comunidad judía de la isla se había cernido, como mil veces antes, la sospecha de que habían mezclado sangre de niño cristiano en el *matzos*, el pastel pascual. Como era bien sabido, los judíos celebran el decimoquinto día del mes de Nissan la gran fiesta de la Pascua, en recuerdo de la esclavitud en Egipto, cuando los terribles ángeles de Jehová recorrieron las casas con sus armas para matar a todos los primogénitos, desde los de las bestias a los de los egipcios, incluso al primogénito del faraón, y unos gritos terribles inundaron el país. Solo en las casas de los judíos no entraron, pues, para ser reconocidos, embadurnaron de sangre las jambas de sus puertas. Fue la última y la más terrible de las plagas con que el Señor azotó al pueblo egipcio, tras la cual el endurecido corazón del faraón se ablandó y los judíos pudieron comenzar su travesía de cuarenta años por el desierto.

Desde hacía más de siete siglos, la historia falsa del niño cristiano secuestrado por los hebreos para ser desangrado sobre la artesa de la masa sin fermentar, tal y como —afirmaban las muchedumbres—fue sacrificada la sangre de Cristo por aquellos que unieron sus voces ante Pilatos coreando, según san Juan, «¡Crucifícalo, crucifícalo!», había reaparecido en incontables ocasiones, llenando los calendarios de niños santos y mártires, entre los cuales destacaba Simón de Trento, pero también Gabriel de Byalistok, al que los rusos todavía consideraban mártir en tu época. Desnudos y colgados boca abajo, como las gallinas en el mercado, se decía que punzaban a los niños días y días con cristales rotos y clavos oxidados, y que la sangre brotaba de ellos como si fueran caños. No resulta sorprendente que, en cada ocasión (y se dice que había ocurrido casi doscientas veces en todo el mundo), la comunidad judía del lugar fuera asesinada, torturada y sacrificada por una simple suposición, y que el juicio posterior no consiguiera encontrar ni rastro de verdad en aquellas sospechas. Los judíos que confesaban lo hacían bajo terribles e indecibles suplicios: les descoyuntaban las articulaciones de las manos y los pies, les arrancaban las uñas o les golpeaban los testículos hasta que se ennegrecían y se hinchaban como granadas.

Sucesos como esos habían tenido lugar también en Samos, y a fin de apaciguar a las masas habían colocado al frente de la administración de la isla a un bey cristiano que los gobernara según su ley, pues a los turcos no les importaban la ley ni la tradición, sino únicamente los impuestos. Y este bey resultó ser Ion Ghica, el hijo del señor Tachi y compañero tuyo de trastadas en la infancia, al que a veces, cuando jugabais a ser reyes, habías perseguido para atarlo a un árbol y abandonarlo allí, rodeado de mosquitos, durante un día entero. Él te había acompañado también cuando lo de las cometas de

Bucarest, y en muchas otras travesuras, aunque tenía varios años menos que tú y era un niño de mamá antes que un valiente. Pero tras abrazar el oficio de las armas desde joven, y puesto que era un buen orador y un hombre atractivo —y a los turcos bujarrones les bastaba con esto—, había llegado dos años antes al Archipiélago como comandante del nuevo ejército otomano, *Asák¡r-i Mansûre-i Muhammediye*, y puesto que con solo seis veleros de guerra había limpiado las islas orientales de los piratas de la banda de Farmakon Spahiul, el visir lo había nombrado bey de Samos. Desde allí, había continuado una lucha feroz contra los filibusteros de los mares, entre los cuales, según descubrió con infinito asombro, eras tú el primero y más importante, temido en todo el enjambre de islas de la Hélade.

Esta fue también tu fortuna, pues tras abrazarte con gran añoranza y cariño, como al mejor amigo de la lejana infancia, Ionică te dejó escapar con tus compañeros, después de hacerte jurar sobre una biblia antigua que abandonarías ese cruel comportamiento tuyo y que te harías *afantos*[38] también en el Archipiélago, como habías hecho en tu patria en otro tiempo. Tendrías, asimismo, que entregar al tesoro de la isla de Samos sesenta bolsas de monedas de oro sin desgastar, con cuyo importe se levantaría en la isla un lazareto y una casa para mujeres parturientas.

27

La camisa de cota de malla te ceñía bastante los hombros y te los enfriaba como si fuera una capa de hielo, pero ¿qué te importaba? Era el gran día. Los ejércitos estaban frente a frente en la llanura de Dirasge, vestidos como de carnaval, bailando y cantando salvajemente al sonido de las trompetas y el retumbar de los tambores; los soldados enemigos les sacaban el dedo corazón a los tuyos, e incluso algunos, desobedeciendo órdenes estrictas, se bajaban los pantalones y os mostraban, burlones, sus culos negros como la brea y sus pelotas peludas. Por mucho que los hubieran instruido los sargentos Douglas y Pott —y para su furia infinita—, tampoco tus hombres se mantenían al margen de la fanfarronería que había invadido el campo de batalla, pues en el fondo de sus corazones seguían siendo la horda desenfrenada de otra época. Muchos, a pesar de los uniformes británicos con un cuello rígido que los estrangulaba, se habían pintado los rostros negros con rayas ocres y azules, como antaño, y más de uno llevaba el cabello embadurnado con arcilla roja. En las narices se habían puesto, en honor a la gran batalla, sus habituales aros de marfil y plumas de flamenco, y unos grandes tapones de corcho les dilataban los agujeros de los lóbulos de las orejas. En los brazos, la mayoría tenía dibujos azules ennegrecidos y borrosos, que reproducían a menudo el león etíope, el de los estandartes y el sello imperial, pero también mujeres desnudas o proverbios en lengua ge'ez. Los oficiales tenían los dientes delanteros minuciosamente tallados con escenas de las Santas Escrituras, los de arriba con los habitantes de los cielos —el propio Dios, el Hijo situado a su derecha y el Espíritu Santo en forma de paloma— y los de abajo con la Virgen María y los santos apóstoles Pedro y Pablo, de tal manera que, cuando sonreían, se podía ver en su boca un retablo como el de las iglesias.

A lo lejos, junto a las tiendas, viste de nuevo a tus enemigos a través del catalejo, Dejazmach Wube Haile Mariam y el arzobispo Abune Sellama II de la Iglesia copta de Egipto, ambos cariacontecidos, pálidos e insomnes, en cuyos rostros se leía el miedo como en la palma de la mano. Sonreíste con crueldad al verlos tan perdidos, pues no podías olvidar su desprecio en otra época, cuando te llamaban lombriz, y tampoco sus desmesuradas ambiciones: habías sabido por

tus espías que Wube ya había ordenado que le hicieran ropa imperial de terciopelo rosado, zuecos con tacones femeninos y una corona de oro repujada con perlas, zafiros y diamantes —entre ellos el gran *Dinik'i*, del tamaño de un ojo humano—, basándose, para acceder al trono, en la bendición de su amigo el arzobispo. «No es para quien se prepara —murmuraste bajo el bigote el antiguo dicho de tu madre, mientras contemplabas al viejo Dejazmach a través de la lente del catalejo—, sino para quien lo alcanza…»

En Dirasge era ahora o nunca. Quien venciera, heredaría el reino. Quien perdiera, perdería la cabeza y la vida, la suya y las de todos sus familiares y amigos. Aunque tu ejército también era más pequeño esta vez, como lo había sido a lo largo de todo tu camino salpicado de victorias —Gur Amba, Gondor, Ayshal—, no se te pasaba por la cabeza pensar en la derrota. Después de que el voceador proclamara con toda su alma la fe en el de Arriba, en la madre Etiopía y en ti, y de que tu ejército respondiera con un aullido ensordecedor, tú mismo te abalanzaste contra el enemigo, sable en ristre, a lomos del magnífico alazán Defari, cuyo pelaje brillante reflejaba los ejércitos y la bóveda brumosa del cielo. Te seguían tus más valientes caballeros, rodeándote de cerca, mientras los cañones escondidos empezaban a disparar. Desde nuestros cielos, sacudiendo lentamente las alas como una bandada de pelícanos perezosos entre los juncos, abarcábamos con la mirada toda la llanura de Dirasge, al igual que los horizontes cada vez más lejanos, con ciudades y aldeas y arenas onduladas, y oasis con baobabs y palmeras datileras, hasta la desembocadura del Nilo y las costas de Libia por el norte, así como las cascadas espumosas del Nilo Azul hacia el sur. Como una línea de sangre se mostraba el mar Rojo por levante, y el Ojo del Sáhara se entornaba pálido, como una mancha azulada por poniente, a la sombra de las montañas del Atlas en el fin del mundo.

Corriendo las unas hacia las otras, las filas de soldados se desbarataron y decenas de miles de hombres empezaron a despedazarse, a apuñalarse y a llenarse los cuerpos de plomo, mezclándose hasta que de los dos ejércitos solo quedó un enorme ovillo de sangre, harapos, banderas rasgadas y desgarradores gritos de dolor, de rabia desatada y odio incontrolable, de escopetas de cañón largo y lanzas con puntas de bronce y espadas curvas que captaban el sol en las hojas y los filos, y cabezas de caballo con plumas de pavo real, bajo un cielo cada vez más plomizo por cuyos claros surgían de vez en cuando gruesos rayos de sol. A los lados, los dos estrategos mantenían sus batallones en reposo, con la intención de incorporarlos a la batalla, frescos y descansados, cuando se fatigara el grueso del ejército. Tus flancos se reconocían por los uniformes azules y las armas sujetas de una determinada manera, y por una especie de

confianza tranquila en que la victoria no podía escapárseles, puesto que tú, el invicto príncipe Kassa, estabas con ellos. Más allá, cerca del campamento de Wube, justo antes de que la deriva de la batalla se elucidara, los soldados comenzaron a preguntar dónde estaban las cuevas más cercanas y las ciudades mejor amuralladas, para poder escapar a alguna parte. La idea de que su vida pudiera ser segada ese día, en la flor de la juventud, les producía un espanto mortal, y solo por miedo a las maldiciones de Abune Sellama, que los había amenazado con las llamas del infierno, se atrevían a permanecer en el campo de batalla. Sin embargo, te temían más a ti que al fuego de la Gehena, como se pudo ver cuando el día declinó hacia la noche.

Una vez en el corazón de la contienda, comenzaste a apuñalar a los hombres en mangas de camisa que blandían las escopetas, porque en el fragor de la batalla las utilizaban como mazas —cargar los mosquetes les llevaba demasiado tiempo—, y sus brazos y cabezas rodaban al instante. Con guisantes de olor prendidos en ambos sobacos y con una bala de plata sujeta con tesón bajo la lengua, como en todas las guerras en las que habías participado hasta entonces, no te daban miedo las balas, y sabías además que no ibas a morir hasta que no se cumpliera tu sueño principal —lucir sobre tus sienes la corona de Menelik—, pues, de lo contrario, ¿para qué habías venido al mundo? Así, tu valentía en el campo de charcos de sangre y muñones humanos, palpitantes todavía, era una visión asombrosa. Sobre los cuartos traseros, girando en todas direcciones con las crines al viento, reflejando en su reluciente pelaje rostros, estandartes, hojas de fuego y sables, el alazán Defari mordía los rostros de los luchadores, arrancaba cuellos, narices y mandíbulas, mientras tú rematabas su desgracia hendiendo su pecho y sacando sus bofes y su corazón. La batalla bramaba alrededor, los caballos caían sobre la infantería, aplastándola con el peso de sus guarniciones; los tendones se tensaban y las grupas se elevaban en el aire; las herraduras se desprendían, empapadas en sangre por encima de los tobillos. Los gritos y aullidos encendían el vacío, volviéndolo púrpura como la flor de amapola, pues anochecía poco a poco.

Mientras que los soldados luchaban en parejas o en grupos más grandes, con la rabia en los rostros, el sudor escurriéndose por sus cuerpos negros y la sangre reseca en sus cabellos rizados, tu alazán galopaba arriba y abajo, por donde te parecía que tus soldados se veían más débiles y necesitados de ayuda. De vez en cuando desenfundabas también una de las cuatro pistolas, con culata de nácar y cañón decorado, y la descargabas en algún enemigo, que caía abatido en la tierra roja africana. En el margen del campo divisaste de repente a Wube, con su famoso manto de tafetán rojo perlado, a lomos de un alazán menorquín castaño, alzado todo el tiempo sobre las patas

traseras. Era lo que estabas esperando: te precipitaste hacia él destrozando al galope las cabezas y los vientres de los caídos, golpeando a diestra y siniestra con la cimitarra y gritando hasta desgarrarte las cuerdas vocales. Cuando te avistaron, los hombres de Wube se reagruparon para defenderlo, pero era demasiado tarde: erguidos sobre los cuartos traseros, vuestros caballos con gualdrapas variopintas se embistieron de frente e intentaban morderse los carrillos. Se les había sumado otro caballo, a lomos del cual iba uno de los generales de Dejazmach, y enseguida llegó un cuarto. Vuestras cimitarras chocaron en el aire lanzando chispas, una gruesa alabarda atravesó la espalda del general, cuya armadura mostraba un carnero de bronce, y salió por el otro lado. Caídos debajo de vosotros, un soldado se había escondido bajo el escudo, otro moría con el cuello rebanado por el puñal del enemigo que lo encabalgaba, pero todos acabarían destrozados por las pezuñas. Tras unos minutos de pelea salvaje, en la que heriste a Wube en el muslo, un enjambre de soldados os separó, formando un muro de varias filas por las que no albergabas esperanza alguna de pasar. Pero le lanzaste todavía a tu enemigo, mirándolo a los ojos con crueldad, unas terribles maldiciones valacas sobre la raja de su madre y sobre todos los santos…

Te retiraste luego de aquel tumulto y, con una señal, hiciste llamar a los soldados que no habían participado hasta entonces en la batalla. El voceador gritó tus órdenes y, como hechizados, los tuyos echaron a correr hacia la ciudad de Dirasge, abandonando al enemigo bajo los obuses Schrapnel y las bombas, y se dirigieron a las colinas cercanas. La carnicería se prolongó hasta que salieron las estrellas, cuando Dejazmach Wube, viendo su ejército desperdigado y huyendo hacia las cuevas, echó a correr también hacia donde lo llevaba la vista, desgarrándose en los matorrales los bombachos de hilo teñidos de color azafrán. Lo seguía el arzobispo, más entorpecido aún por sus pesados ropajes y por la cruz arzobispal que llevaba en la mano. La huida no sirvió de gran cosa, sin embargo, pues los grupos de soldados enviados en su captura los atraparon vivos, así como a sus asistentes, y te los entregaron. A partir de aquel momento no había nadie que pudiera enfrentarse a ti, y podías considerarte rey de toda Etiopía, pues, al igual que Jacob cuando huía de Esaú, habías luchado con Dios y con los hombres y habías resultado vencedor. Rugías ahora como un león del desierto, agitando el espadón deslumbrante sobre los ejércitos, echando la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo y ensordeciéndonos con tus alaridos de victoria.

Wube, escuálido como un árbol seco, estaba derrumbado ante ti, con uno de tus hombres sujetándole el cuello y aplastando su cabeza barbuda contra el polvo para que pudieras pisarle el rostro con tu

bota. Y eso hiciste, pues eso habría hecho también él en tu lugar, y luego lo levantaste agarrándolo del pelo y le escupiste a los ojos. Con un solo gesto sellaste su destino: ni cortarle la cabeza ni someterlo a terribles suplicios —gracias a Paloma—, sino una condena a la oscuridad eterna, al pan y el agua del arrepentimiento y a vivir encadenado hasta la muerte. El más grande de los príncipes de la terrible era de Zemene Mesafint, el temido Dejazmach Wube Haile Mariam, que solía llamarse a sí mismo, con una soberbia indigna de un cristiano, Ye *Abesha Nigus*, es decir, Rey de Etiopía, viviría sin vivir en los sótanos de Magdala, y moriría sin morir en la oscuridad solitaria, llena de ratas y pálidos ciempiés, hasta que, al cabo de unos años, su suerte mejoraría por intercesión de la reina Tiruwork Wube, tu segunda esposa, que era su hija.

Trajeron después a Abune Sellama, el sumo sacerdote, que se arrojó también al suelo, por voluntad propia, a tus pies, echándose polvo rojo sobre la cabeza y lanzándolo al aire, mientras te suplicaba compasión con indignas palabras. Pero tú lo levantaste suavemente, sacudiéndole el polvo y secándole con los dedos las lágrimas de sus ojos tan viejos como e mundo. Le besaste la coronilla y le prometiste el perdón de sus graves pecados, por los que debería pagar con la muerte, si te coronaba al día siguiente rey de toda Etiopía en la iglesia de la Virgen María de Dirasge, para instalarte en el trono de Menelik I, hijo del rey Salomón y de la reina de Saba, quien casi dos mil años antes, tras robar el santo Sion del Templo de Jerusalén, lo trajo a las tierras de Etiopía. El Arca se encontraba también en tu época celosamente guardada en uno de los monasterios excavados en la roca, bajo la tierra, y tú en aquel momento sabías dónde, pero no podías ver con tus ojos el Tabernáculo hasta que la corona de oro de Menelik reposara en tu cabeza y te permitiera acceder a la estremecedora visión celestial.

Abune Sellama aceptó de inmediato e, incorporándose alegremente, pidió que le trajeran la gran cruz arzobispal de olivo con la que, al momento, con los tobillos desnudos hundidos en la sangre espesa del campo de batalla, te dio la bendición de las dos iglesias cristianas africanas, la ortodoxa copta y la ortodoxa etíope tewahedo, unidas en el rechazo al Concilio de Calcedonia, cuyo inspirador había sido el Diablo. Luego pronunció ante los ejércitos las palabras de los trescientos dieciocho padres ortodoxos sobre el esplendor y la grandeza y la gloria de Dios, así como sobre la gran significancia de los reyes, tal y como testimonia el sagrado libro del *Kebra Nagast*:

—No es correcto pensar en ultrajar al rey, ya que este es el ungido y el consagrado de Dios. No es decoroso y tampoco es justo: si ha hecho lo que es bueno, no sufrirá derrotas en ninguno de los tres reinos. Primero, Dios volcará por él a sus enemigos, y no será tomado

por la mano del enemigo. Segundo, Dios le hará reinar con Él y con su rectitud, y le hará sentarse a Su derecha. Tercero, Dios le hará reinar sobre la tierra con gloria y alegría; dirigirá su reino por él y las naciones caerán a sus pies.

Al oír esas palabras, todas las almas de la llanura de Dirasge comprendieron que aquel hombre santo iba a nombrarte rey, concediéndote el poder y el respaldo de la Ley, y los gritos de alegría brotaron de las decenas de miles de pechos que habían escapado de los lazos de la muerte en la batalla. Pasaron la noche en vela, bebiendo y bailando y acoplándose con mujeres llegadas de los alrededores, deseosas de sacar provecho. Cientos de hogueras iluminaban el paisaje bajo el rostro redondo, impasible, de la luna.

Al alba del día siguiente, sin embargo, el santo padre cambió de idea tras una noche de insomnio y oración, pues pensaba ahora, sin una cimitarra sobre la cabeza, que no en el rostro del hombre debe buscar el cristiano, sino en la justicia de Dios, a la que había consagrado su vida entera. Vestido con todos los ropajes arzobispales, teñidos de color pistacho y con los bordes festoneados con hilo de oro, se colocó de nuevo en la cabeza el gorro de ceremonia y, con el báculo en la mano, Abune Sellama resolvió, arriesgando su vida, presentarse en tu tienda en el momento en que te ponías el manto para el mal tiempo, forrado con armiño, un regalo recibido en otra época de Justin de lacobis, el prefecto de la Misión Católica etíope. Lo recibiste sorprendido, pero tampoco demasiado, pues lo conocías bien, y continuaste vistiéndote, como si el arzobispo estuviera hablando con los canarios de la jaula, de los que no te separabas nunca, y no contigo.

—¡Ilustrísimo príncipe y guía de ejércitos, vencedor sobre todos los demás guerreros en nuestros terribles tiempos de matanzas y zozobra, y único señor de la bendita Etiopía! —empezó él, haciendo una gran señal de la cruz sobre ti—. Ayer, en el campo de batalla, venciste, por la gracia de Dios, y pusiste a tus enemigos a tus pies. Solo conmigo, un perro muerto, un gusano, no un hombre, mostraste tu misericordia y no me mataste como habría merecido, y me colocaste de nuevo al frente de la Iglesia tewahedo. Me arrodillo ante ti —y, mientras hablaba, el anciano africano se arrodilló con torpeza, arrugando sus pesados ropajes—y pido a los Cielos que derramen sobre ti miles de dones y dichas sobre dichas. Pero… —añadió el prelado con la voz quebrada y temblando como la hoja de un álamo— no te puedo ungir como rey, pues jamás, desde la antigüedad, ha subido al trono del país un rey que no pertenezca a la estirpe de Menelik, al linaje del rey Salomón, el más sabio de los mortales. Sé que me juego la cabeza por estas palabras, pero ¿de qué me serviría tu benevolencia si me convierto en enemigo de Dios, que no te ungió ni te destinó a ser rey?

Aprecio la salvación de mi alma mucho más que la vida en este efímero valle de lágrimas. Ahora, haz conmigo lo que quieras…

Dicho esto, y convencido de su martirio ese mismo día, Abune Sellama se derrumbó en la alfombra de la tienda y se le cayó la cruz de olivo. Esperaba tan solo tus rugidos de león y a los verdugos que lo levantarían de las axilas para sacarlo fuera y arrastrarlo al tocón.

Pero nada de eso sucedió. Tú seguiste abrochándote las mangas del manto, sin prisa, indiferente, y solo cuando estabas ya vestido, con el sombrero blando de damasco color bronce adornado con plumas de faisán en la cabeza, le lanzaste unas palabras al arzobispo tendido en el suelo, sin dirigirle siquiera la mirada:

—Probablemente, santo arzobispo, a pesar de tus conocimientos, no hayas oído nunca las palabras del Redentor, según san Mateo: «Y no creáis que basta con decir en vuestro interior “Tenemos por padre a Abraham”; porque os digo que Dios puede de estas piedras dar hijos a Abraham». Y si el Señor puede hacer hombres de las piedras, puede hacer también un rey que no sea del linaje del rey Salomón, pues Su poder es infinito. ¿No quieres tú ungirme? No importa. No eres el único al que los Cielos contemplan con benevolencia. Mira, el santo arzobispo de la Iglesia armenia, Sehak de Jerusalén, está precisamente recorriendo toda Etiopía, de monasterio en monasterio, para aprender de nuestros monjes el camino más recto hacia Cristo, pues la ortodoxia de su Iglesia es tan pura como la copta y como la nuestra, ya que son Iglesias hermanas. Solo tengo que mover un dedo y Abune Sehak estará encantado de venir y, de la botellita de cristal, derramará el aceite sagrado sobre mi coronilla. Y tú, en paz con Dios, te pudrirás entretanto en la ermita más lejana de mi reino, donde comerás pan y beberás el agua de la amargura, y compartirás tu celda con las culebras y las arañas del desierto, rezando por desaparecer cuanto antes de este mundo.

»Pero, si no me haces esperar otros siete días hasta que llegue aquí el armenio, sino que me coronas con tus propias manos, puedo prometerte dos cosas. En primer lugar, que seguirás siendo hasta la muerte el más grande, el más alabado y el más santo sacerdote de todo mi reino y, en segundo lugar, que voy a eliminar de la faz de la tierra la repugnante y odiada por Dios herejía de Qibat, aposentada en el país como un perro rabioso que, cobijado en el regazo, muerde a su benefactor. ¡Elige ahora, ya mismo, entre la gloria y la renuncia!

Al oír hablar sobre Sehak de Jerusalén, su enemigo mortal, al que odiaba y cubría de babas venenosas desde hacía más de medio siglo, tildándolo en sus textos de bestia hipócrita, cría de culebra y tumba pintada, e incluso abusador de chiquillos inocentes por capricho, a Abune Sellama se le heló el corazón. El hermoso pensamiento del martirio flaqueó en su corazón, deshonrado por la vanidad infinita de

este hombre que había cometido el peor pecado de un cristiano, la soberbia. Cualquier cosa habría hecho el arzobispo en este mundo con tal de no ver a Sehak encumbrado por encima de él. El anciano barbilampiño se arrojó a tus botas, cubriéndolas de besos.

—¡Mañana mismo serás coronado, glorioso señor, si esa es tu voluntad, pues resulta evidente que es también la voluntad del Dios celestial, que te ha concedido la victoria por encima de todos tus adversarios! —murmuraba obligándose a dirigir la mirada hacia ti—. No permaneceré a tu lado por miedo a la muerte, sino porque, con el sable que sale de tu boca, rebanarás las cabezas diabólicas de los herejes de Qibat, esos que mienten al afirmar que Cristo posee una doble naturaleza, de hombre y de Dios, y que estas no se mezclan entre sí, tal como afirman también los herejes de Tsega, peores aún que los primeros. Ciertamente empalaremos a decenas de miles de ellos, pues no debe quedar ni rastro de blasfemos en tu bienaventurado reino.

—Has hablado con rectitud, padre —respondiste satisfecho—. Olvidaré tu desobediencia y, con ciertos reparos, pues no mereces mi compasión, te devolveré tu ministerio, pero no vuelvas a traicionarme, como has hecho, pecando con mi enemigo Dejazmach Wube y con mi enemigo Ras Ali, y con mi enemiga la reina Menen, porque todos están ahora, gracias a la voluntad del de Arriba, a mis pies. Levántate y corre inmediatamente a la santa iglesia de la Virgen María de Dirasge, y pon buen cuidado en que todo esté listo para mi coronación, que deseo que tenga lugar mañana y no más tarde.

No habían sido retirados aún del campo de batalla los muertos, soldados y caballos, ni los muñones de los cuerpos amputados, para formar montones con los cadáveres de los enemigos y darles fuego; tampoco los de tus hombres, para enterrarlos cristianamente, y no había conseguido nadie espantar todavía a las hienas y los buitres carroñeros que bebían de los charcos de sangre cuando tú y tus generales, a la hora del almuerzo, entrasteis en la santa iglesia dedicada a la Virgen en cuyo altar se encontraba el icono de la Madre de Dios con el Niño en brazos, ambos de rostro negro y ropajes rosados como pétalos de flor. Era un icono milagroso, pues del ojo derecho del Niño caía una lágrima de vez en cuando para anunciar épocas de sequía, de plagas o de guerra. En la pronaos, entre las columnas doradas, bajo los ojos como espantados de las decenas de querubines negros pintados en la bóveda superior, los sacerdotes envueltos en mantos coloridos, verdes como el puerro, anaranjados, azules y morados, mostraban, con sus amplias sonrisas, los dos o tres dientes amarillos y torcidos que conservaban todavía en la boca. Todos llevaban en las manos, abiertos, antiguos libros ajados en los que los dibujos y las palabras en cinabrio se mezclaban entre sí, y

cantaban salmos con una melodía saltarina, como de boda. Los generales, todavía con las armaduras de guerra atadas con correas de cuero, se sentaron en el coro junto a tus dignatarios y sus mujeres, con los pechos descubiertos para la ceremonia, cada una con sus mejores galas, con las perlas y los brazaletes más codiciados, pesados pendientes en las orejas y anillos con piedras de esmeralda, rubíes o ámbar, tres o cuatro en cada dedo. Apestaba en toda la iglesia a estiércol, a yeso, a incienso y a moho, y por las ventanas la luz del día caía en bandas anchas que hacían que los suelos brillaran en rojo, amarillo y verde.

Cuando la iglesia estuvo abarrotada, el olor a sudor y a cuerpos sin lavar cubrió todos los demás; era tan denso que podías palparlo. Había dos tronos delante del iconostasio y en ellos tomasteis asiento tú y tu esposa, Tewabech Ali, tú de púrpura, ella de turquesa, cubiertos de oro, erguidos y orgullosos como dos rígidos ídolos de la antigüedad. A un lado estaban, en bancos de madera, el emisario de su majestad la reina Victoria, así como otros emisarios extranjeros y sacerdotes papistas o calvinistas que habían querido asistir a la batalla y que se encontraban en las inmediaciones. Y no estaba nada mal, pensabas tú, pues la bendición de la reina de Inglaterra te resultaba mucho más necesaria que la del arzobispo Sellama para adueñarte del trono del país, más difícil de conservar que de conseguir. A una señal de tu chambelán, los escuálidos sacerdotes dejaron de cantar, y el arzobispo, acompañado por otros once jerarcas de la santa Iglesia ortodoxa tewahedo, con ropajes deslumbrantes como los cielos africanos, ofició la misa en la sagrada lengua ge'ez. Pero enseguida comenzaste a agitarte en el trono, dando tales muestras de aburrimiento e impaciencia que el gran sacerdote comprendió que tenía que abreviar lo de los cánticos y los incensarios. Reinó de repente un silencio total, como dicen que sucede antes de los grandes movimientos de tierra.

Entonces consideramos oportuno descender al mundo y, cuatro de nosotros, los más imponentes, con las alas entrecruzadas como colas de golondrina, pero pintadas por todas partes con ojos azules como una cola de pavo real desplegada, tomar la iglesia por las cuatro esquinas, arrancarla de sus cimientos y elevarla en el aire, para que tu coronación tuviera lugar en el cielo. Mientras volábamos con ella hacia la bóveda nublada, nuestras alas se rozaban y resonaban con el estruendo de aguas turbulentas, asustando a los ejércitos reunidos en torno a la iglesia y a las jirafas que galopaban, con las crines en llamas, por el desierto. Atravesamos una gruesa capa de nubes y sobre ellas depositamos suavemente el enorme edificio, con sus cúpulas doradas que brillaban bajo el incesante derramamiento del sol. Pues sobre las nubes no había ya oscuridad, sino solo bóveda celeste, que resplandecía como un zafiro en todo su esplendor, en medio del cual

descansaba el fruto de oro fundido del astro diurno. Nos quedamos inmóviles, pensativos, ahuecando las plumas, mientras tuvo lugar la ceremonia por la cual se han escrito estas hojas. Pues nosotros las escribimos en el cielo, y en ellas nos hemos representado también a nosotros, para que ellas nos dibujen de nuevo, en una lanzadera inagotable de creadores y criaturas que se escriben unos a otros en la serie de hojas transparentes que forman el libro del mundo y el mundo del libro.

La iglesia de la Virgen María estaba ahora sobre las nubes, y al fondo de ella el arzobispo de la Iglesia tewahedo, enredándose con los largos faldones de sus vestiduras de color azafrán, sobre las cuales la casulla bordada con perlas amarillentas parecía una alfombra antigua, te entregaba a ti, al hijo de Gligorie el Bonetero del desconocido país de Valaquia, a ti, un salteador de los bosques de la banda de Jianu, a ti, pirata durante siete años en el Archipiélago heleno, a ti, el embustero hijo de la vendedora de *kosso* de la región de Qwara, a ti, *shifta*, bandolero y asesino en la cristiana tierra de Etiopía, a ti, un don nadie y un nada de nacimiento, pero elegido por el destino para convertirte en rey en este mundo vil y engañoso, a ti te entregaba ahora el arzobispo la bendición de los hombres y de los ángeles, leyéndote del sabio y verdadero libro del *Kebra Nagast*:

—Escucha ahora la bendición que bajará sobre ti si, en cambio, cumples la Voluntad de Dios: serás bendecido en todos los modos. Bendito serás en la ciudad, bendito serás en los campos, bendito serás en casa, bendito serás fuera de casa y benditos serán los frutos de tu vientre. —Y todos los que estaban reunidos juntos dijeron: «Amén»—. Benditos serán los frutos de tu tierra. Amén. Benditas serán las aguas de tus fuentes. Amén. Benditos serán los frutos que has plantado. Amén. Benditos serán tus ganados y tus rebaños de ovejas. Amén. Benditos serán tus graneros y tus establos. Amén. Bendito serás cuando vengas. Amén.

Os levantasteis del trono, tú y Paloma, y os arrodillasteis en el suelo de piedra, señal para que se arrodillaran también todas las almas reunidas en la iglesia. A continuación trajeron, sobre un cojincito de terciopelo morado, la Santa Mirra, en un frasquito de vidrio que brillaba bajo los gruesos rayos de sol que penetraban por las ventanas de colores. Era el más puro aceite de oliva, mezclado con nardo, mirra y canela en polvo, de tal manera que, cuando los dedos chatos de Abune Sellama retiraron el tapón de cera, la iglesia se llenó de un aroma celestial. Haciendo sobre ti, con el misal, la señal de la cruz, el sumo sacerdote derramó en tu cabeza el aceite denso, nacarado, que recordaba más bien a la simiente masculina, y este empapó tu cabello y, escurriéndose por las cejas, se deslizó a lo largo de la nariz y las mejillas. El aceite consagrado goteó luego desde tu barba a las losas de

pórfido, impregnadas por miles de pasos desde la antigüedad.

Estremecido, recordaste la unción de Saúl como rey de Judea y cómo el Señor lamentaba su elección, y el castigo a aquel emperador sublevado y lunático, pero tu espíritu no se arredró. Cuando te metiste en la boca, al cabo de trece años, en Magdala, el cañón de la pistola regalada en otro tiempo por la reina de Inglaterra, pensaste por un instante que, antes que recibir la mirra y la corona aquel día grandioso y maldito en el cual el deseo de tu vida se vio por fin cumplido, habría sido mejor para ti que te levantaras, que corrieras hacia la puerta de la iglesia y que te lanzaras desde allí al vacío, para hacerte pedazos en el campo sangriento de Dirasge, precipitándote como los demonios caídos de los cielos que te enseñó en otra época el padre Elpidifor en las paredes de la iglesia de Ghergani. Tal vez eso hubiera sido mejor para tu alma. Y si no hubieras salido nunca del vientre de tu madre, pensaste justo antes de apretar el gatillo, habría sido mejor todavía.

Pero durante aquellos instantes transcurridos sobre las nubes suspirabas por la corona. Habrías arrasado el mundo a lo largo y a lo ancho, habrías prendido fuego a nuestras alas y te habrías enfrentado al propio Dios por ella. Pues el sueño que habías soñado desde niño, y por el que habías venido al mundo, se había hecho realidad. No eran visión y esperanza las manos del arzobispo, negras como el ébano, que sujetaban ahora la corona traída también sobre un cojincito de terciopelo azulado, bordado con granadas y campanillas. No era desvarío el canto de los sacerdotes, cuyos pechos entonaban ahora el salmo dieciocho, a la gloria de Dios, siguiendo el ritmo de la musiquilla con los pies descalzos. Y no era alucinación la propia corona, con sus capas de oro y marfil y sus querubines tallados, su madera de sándalo repujada con camellos, sino que estaba allí, de verdad, como una tarta florida ante la cual se te hace la boca agua. Ahora el gran sacerdote la tomaba del cojincito sostenido por un soldado arrodillado y, mientras los cánticos hacían que temblaran las ventanas y todos los aromas y olores del mundo se entrelazaban como en una rosa perfumada, la levantó sobre tu cabeza húmeda y chorreante.

—Por la gracia de Dios y por la unción de la Santa Mirra y por la corona del rey Menelik I, hijo del rey Salomón, te nombro, y serás nombrado ahora por todo el mundo, Rey de Reyes Tewodros II, Esposo de Etiopía y Prometido de Jerusalén, pues la antigua profecía está aquí, se ha cumplido: tú eres el elegido para que comience una época de grandeza, paz y abundancia en nuestra madre, la cristiana Etiopía, una época que durará mil años. ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén!

Pero no llegó a colocártela en la frente, pues de repente te

estremeciste y, como arrebatado por la furia, se la arrancaste de las manos. Soberbio y grandioso como el mismo *Alixandru Machidon* y como *Napollón Buenaparte*, que desde niño eran los ídolos que habías adorado, alzaste la corona en los rayos del sol, haciéndola brillar sobre el coro abarrotado y, con tus propias manos, te la plantaste en la cabeza hasta las orejas, y más te la habrías calado si hubieras podido, hasta pasar del todo por su interior, pues tan ardiente era tu deseo como el deseo del hombre por acoplarse con la mujer. Te pusiste luego en pie y, alzando los brazos hacia la bóveda desde la que te miraba el Pantocrátor, lanzaste un largo rugido, como el león del desierto, puesto que ahora eras *Moa Ambassa ze imnegede Yehuda*, león de los leones y rey de reyes en la sagrada tierra de Etiopía. Solo un minuto después te la quitaste y empezaste a bailar con ella como un loco, besando los rubíes y los diamantes que la salpicaban. Y toda la iglesia bailaba enloquecida contigo, aullando con toda su alma canciones africanas.

Una diadema de hilo de oro en la que estaban ensartados cuarenta zafiros fue colocada también en la cabeza de la bella Tewabech Ali, tu esposa y tu reina.

Volvimos a sujetar las cuatro esquinas de la iglesia, protegiéndonos los ojos del brillo de sus cúpulas doradas, y descendimos de nuevo con ella, aleteando a través de las nubes, a la tierra, para depositarla sobre sus antiguos cimientos de piedra. Salisteis, rey y reina, de la mano, encabezando el séquito, y tu ejército, alrededor, os deseaba salud y largos años de reinado. Los quince cañones atronaron a la vez, y se les unieron tres mil escopetas, de tal manera que los habitantes del lugar pensaron que había comenzado una nueva contienda. Y, en efecto, así era, pero se trataba de una batalla invisible que no había de librarse con carabinas ni cañones, jamás ocurrida en la tierra, sino ahí donde tú, Theodoros, no te lo habrías esperado nunca, pues el combate tuvo lugar en el amado cuerpo de Paloma, la arrastró muy joven hacia la muerte y ofuscó tu mente para siempre. Pero hasta entonces gobernaste alegre e impasible, ocupándote del país que, de ahora en adelante, unido bajo tu bandera del león imperial, pastoreabas, y forjándole un grandioso futuro. Habrías deseado para él carreteras y puentes que unieran las provincias, viaductos que llevaran agua a las ciudades y los pueblos, habrías querido también escuelas y lazaretos. Ansiabas el exterminio de todos los herejes de tu país, sobre todo el de los descarriados de Qibat, pero también el de los mahometanos. Bajo tu gobierno, el país sería feliz, las gentes vivirían satisfechas y dispuestas a alabarte por tu filantropía desde el amanecer hasta el anochecer.

En el mes de Meskerem, al día siguiente de Enkutatash, conquistaste Magdala, que sería tu sede real hasta la muerte, pues

entre los impenetrables peñascos sobre los que estaba edificada te sentías protegido como en el vientre de tu madre. Llevaste hasta allí, durante los años sucesivos, innumerables y valiosísimos tesoros, cálices de oro y plata y vestimentas sacerdotales bordadas en hilo, piedras preciosas y cofres de dinero, cuernos de unicornio, libros sagrados e incluso el mismísimo ¡cono más milagroso de toda África, el famoso *Kurata Re'esu*, que reproducía el rostro piadoso del Redentor.

Sin embargo, la estancia a tu lado, entre los muros fríos y húmedos de Magdala, le sentó mal a Paloma y la veías, impotente, más pálida y triste cada vez. En unos pocos meses cayó en cama, debilitándose cada día que pasaba, hecha un ovillo, atenazada por unos dolores que te mataban a ti también. Hiciste llamar a curanderos de todos los rincones del país y, finalmente, a grandes médicos de Venecia y de Tsargrad, pero fue en vano. Todos la atormentaron como a una mártir, con lavativas y sanguijuelas, pero no pudieron librarla de las fiebres ni de aquellos dolores como de parto. Por las noches caminabas aturdido por las estrechas habitaciones, golpeándote la cabeza contra las paredes para no seguir oyendo sus gritos desgarradores. La sostenías en tus brazos durante días, ligera como una pluma, para darle calor y devolverle el brillo a su mirada. «No te mueras, Paloma —le decías, lamentándote en tu lengua valaca—, ¿con quién me dejas, Paloma?» Pero ella murió en tu regazo, con sus labios sobre tus labios, y desde entonces no fuiste ya el mismo y todos tus planes se desmoronaron. Conservaste luego durante doce años, hasta que te volaste los sesos con una bala, el aire de negra melancolía, las profundas arrugas entre las cejas y las comisuras de la boca caídas, señal de una tristeza del alma más honda de lo que las palabras podrían expresar. Paloma había colmado tu curtido corazón, que no había encontrado el amor en ninguna parte, y su muerte te convirtió en un monstruo.

Decidiste no enterrarla, a pesar de que todos los sacerdotes te reprendían por un acto tan terrible; a estos los enviaste al exilio y, a los más conflictivos, incluso a la muerte. Tewabech Ali se pudrió en tu lecho, en vuestro lecho, en el que os habíais amado felices durante tan poco tiempo, y dormiste tres meses a su lado a pesar del hedor, contemplando su rostro cada vez más arrugado, transformado enseguida en una calavera sobre la que se extendía la piel agrietada y seca. Al final, cuando los gusanos grandes y transparentes, de cabeza negra, estaban a punto de devorarte también a ti y pululaban por las sábanas de holanda nacarada, te resignaste a ofrecerle un entierro cristiano, confiándosela a la santa Iglesia tewahedo en la que había sido bautizada en otra época. El nuncio católico Justin de lacobis, un hombre de mejillas abotargadas y atravesadas por miles de hilillos sangrientos, recordó a una joven muerta en otra época llamada

Rosamunda, y sobre el cristal del ataúd en el que habían sido colocados los restos de la reina hiciste grabar en latín, siguiendo el consejo del arzobispo, el epitafio de aquella princesa de la antigüedad:

Hic jacet in tumba
Rosa Mundi non Rosamunda
Non redolet sed olet
Quae redolere solet.

Que quiere decir, en latín, «Aquí yace en la tumba la Rosa del Mundo, no Rosamunda. No huele ya, sino que apesta, la que antes olía de maravilla». Por esas palabras en una lengua que nadie conocía en el país de Etiopía, fuiste considerado más adelante hereje e infractor de la ley, pero poco te importaba, pues no querías ya que te amara nadie. Tenías entonces treinta y seis años, aunque enseguida aparentarías cincuenta o más, pues durante los meses que yaciste junto a tu reina muerta te ennegreciste también tú, te abotargaste, y tu mente se llenó asimismo de los gusanos que pululaban por las sábanas. Un sudor frío te cubría, y un veneno que no habías experimentado jamás, aunque no hubieras sido un santo, se coló entonces en tus venas. Tus súbditos se acostumbraron enseguida a tu mirada feroz, que aparecía cada vez más a menudo en tu rostro, y al verla salían corriendo como si hubieran visto al mismísimo Satanás.

28

El año de 1857 empezó un jueves, cuando, al romper el alba, muchas horas antes que los moscovitas, los praguenses, los berlineses, los amsterdameses o los neoyorquinos, Yajub abrió los ojos alargados y perezosos, se los frotó largo rato con los puñitos apretados y abrió tanto la boca al bostezar que el gato de la estantería pudo verle, al fondo de la garganta, la campanilla. El chiquillo no sabía que había comenzado un nuevo año y, a decir verdad, tampoco sabía qué era un año, pues para él la vida era solo aquel instante de luz coloreada, sin nada por delante ni por detrás, que empezaba a brillar en cuanto abría los ojos. No sabía que era kirguizio, del mismo modo que el gato no sabía que era un gato; tampoco sabía que se encontraba en una pequeña aldea junto a la ciudad de Ürümqi en Asia central, el lugar del planeta más alejado del mar. Yajub pasaría toda la vida en su aldea natal, junto a sus padres de ojos alargados y perezosos idénticos a los suyos, envueltos en una tristeza que no podían comprender, pues no sabían y nunca descubrirían que eran las personas más infelices sobre la faz de la tierra, porque eran los más alejados de las olas espumosas de los mares y de los océanos, de su brisa salobre, de los veleros errantes y de los pechos blancos de los albatros, que viraban al rosa en el crepúsculo. Las aventuras de su vida, que relataría después demasiado a menudo a sus nietos, fueron los dos viajes a Ürümqi, donde vio mezquitas, dromedarios y casas de piedra.

Fue un año como todos los años, en el que vivisteis alegrías y tristezas, nacisteis, os amasteis y moristeis, contemplados desde arriba por nuestros ojos azules, serenos e inmutables. Construisteis y destruisteis, tal y como vuestra vida se eleva lentamente al cénit por una curva como de obús, feliz por el pasajero e ilusorio alejamiento del polvo, antes de que el ramal descendente se doble luego, veloz, hacia la tierra que gana todas las batallas, siempre. Y como el siglo xix se hizo cada vez más inventivo, la separación de la tierra, soñada mucho antes por *Lionardo*, adoptó múltiples formas, desde el vuelo del aeróstato y el aeroplano hasta el coche que no circula por el camino hacia al horizonte, sino que se eleva recto hacia el cielo en un intento por atravesarlo como Ullikummi, el niño de piedra que quería derrocar a los dioses.

Hasta que inventó el ascensor, Elisha Otis había trabajado en Albany, en una fábrica de muñecas. Confeccionaba unas doce al día y, antes de que las hubiese acabado siquiera, se las quitaban de las manos no las niñas de los arrabales, como ocurría con cualquier muñeca del mundo, sino los coleccionistas, pues los ojos grandes y negros de las muñecas de Otis mostraban, en lugar de la dulzura de las muñecas corrientes, un miedo infinito, y tenían en los dedos uñas de verdad, fabricadas con las propias uñas del artesano, cortadas de vez en cuando con tijeras y guardadas para los dedos de trapo de las muñecas. Tenían también cabello humano —el cabello con hebras grises de Otis— y, despojadas de los vestidos que su esposa les cosía con muselina, sus cuerpos de tela rellenos de salvado eran pálidos como abortones.

Después de que el taller de muñecas saliera ardiendo a raíz de un complot de los evangelistas de la ciudad, Otis inventó un aparato para construir camas, pero los que las compraban y dormían en ellas tenían pesadillas. Inventó luego hornos para cocer el pan, sierras, arados de vapor y muchas otras cosas inéditas y fracasadas, pues todas tenían algún defecto oculto que las hacía inservibles, hasta que, después de superar los cuarenta años y de que su esposa falleciera, dejándolo con dos hijos creciditos, el inventor se trasladó a Yonkers, Nueva York, donde comenzó a pensar en los ascensores, imaginando plataformas que, accionadas con vapor, se elevaran hacia el cielo en una estructura de raíles metálicos. ¡Era mágico! ¡Alzarte suavemente hacia el cielo, viendo el suelo a tus pies cada vez más pequeño, los edificios reducidos poco a poco a la mitad, gente del tamaño de los dedos de la mano que se quitaba el sombrero y lo agitaba entusiasmada hacia ti! Era mágico y tú eras Gulliver, creciendo cada vez más, pues el destino del hombre está siempre a la altura de su mirada.

Aquel mismo año del Señor de 1857, que nació con el despertar de Yajub en su estepa en la frontera con China, el inventor fundó la empresa Otis Brothers &, Co. y empezó a fabricar ascensores, al principio unas simples plataformas exteriores, luego unas cajas que subían y bajaban por pozos construidos en el centro de los edificios altos, de muchos pisos. Los pedidos comenzaron a llegar, desde anónimos receptáculos para transportar materiales de construcción hasta los lujosísimos ascensores de los grandes hoteles, con revestimientos de caoba, ventanas de cristal y espejos venecianos, con sofás de terciopelo rojo y borlas doradas, que se deslizaban por los huecos del ascensor entre rejillas de bronce decoradas con hojas, tallos y pájaros. Apareció el oficio de ascensorista, trágico y mortal como la melancolía misma. A menudo, cuando demasiados bultos o demasiada gente ocupaba el suelo cuadrado, los cables cedían y el ascensor se precipitaba al vacío, destrozando maletas, damajuanas y huesos

humanos. Los montacargas sin puertas, que se deslizaban sin detenerse en cada piso —los ocupantes tenían que bajar en marcha—, atrapaban muchas veces a los viajeros despistados y los partían por la mitad ante los ojos de los que esperaban para montar o bajarse. Ocurría también que en alguna villa solitaria, de tan solo dos pisos, se instalaba un ascensor para que la señora y el señor, dos ancianos, pudieran subir y bajar con más facilidad que por las escaleras. Si se iba la luz, el ascensor quedaba bloqueado entre pisos, en la oscuridad que ahogaba los gritos de las víctimas. Los ancianos eran hallados semanas después, putrefactos en su celda infernal, en la que habían sufrido una agonía que desborda la imaginación.

Después de muchos intentos, Elisha Otis halló una solución para algunos de esos reveses: inventó un freno de seguridad para los cables que sujetaban los montacargas y llevó a cabo una demostración de su eficiencia en la exposición del New York City Crystal Palace, donde él mismo, a solas en una plataforma a noventa pies de altura que se elevaba entre gigantescas palmeras y adelfas, se dejó caer al vacío para frenar el ascensor a unas diez pulgadas de distancia del cemento del recinto, y eso con solo pulsar un botón. Así nació el ascensor, y con su invención comenzaba la época de los rascacielos, inimaginables sin ascensores rápidos y seguros. Más de cien años después, un muchachito de rostro afilado, ojos negros y ojeras violáceas en el ruinoso, melancólico y oscuro Bucarest subiría con sus padres en uno de los ascensores de cristal de los almacenes El Pigargo en Sf. Gheorghe, justo frente a la rotonda donde giraban los tranvías; se elevó asombrado al primer piso, el de ropa de señora, luego al segundo, el de ropa de caballero, más tarde al tercero, el de juguetes y ropa infantil, y soñaría después toda la vida con ascensores subiendo y bajando en todos los edificios del mundo, obsesionado por ellos, hablando sin cesar de ellos y escribiendo mucho más adelante páginas enteras sobre ellos en sus libros ¡legibles. Se imaginaba a veces su Bucarest natal vaciado por una devastadora explosión termonuclear, tras la cual el cemento, los ladrillos y la carne se habían evaporado por completo, pero quedaban en pie, milagrosamente, solo los ascensores: miles y miles de cabinas subiendo y bajando entre raíles de metal oxidado, hacia los polvorientos cielos bucarestinos, llenos de nubes estivales…

El 30 de abril de ese mismo año, mientras tú, incorporándote de tu trono, arrasabas salvajemente tu reino, sofocando todo intento de rebelión y amputando la mano derecha a cualquiera que mentara el *kosso* y las lombrices, aunque ni siquiera estuviera pensando en ti, el Bucarest que acabamos de recordar se convirtió en la primera ciudad del mundo iluminada con petróleo. Este sorprendente avance se debía a los hermanos Mehedințeanu, Teodor y Marin, bien conocidos por sus

extravagantes quevedos, su bigote francés, sus sombreros de paja y sus trajes extremadamente ceñidos, de color langosta, que vestían cuando se paseaban tranquilos por la calle Mogoșoaia, haciendo que todas las elegantes de la época volvieran la cabeza. Los dos habían fundado junto a Ploiești la Fábrica de Petróleo, donde producían un líquido incoloro e inodoro, e incluso de sabor agradable, como el aguardiente, que, desde aquel día, los serenos vertían con sus largas pértigas en el cáliz de las farolas y prendían cada tarde ante los ojos de las parejas de enamorados del Paseo. Había exactamente mil farolas repartidas por toda la ciudad, no a lo largo de los caminos, las calles y las callejuelas del centro de la urbe, sino dispuestas de tal manera que reprodujeran el mapa del cielo estrellado del 30 de abril en el signo de Tauro, dominado por la Osa Mayor. En las cálidas noches de verano, cuando la luna del cielo era un gajo de naranja y el aroma de los arbustos de lilas se elevaba hasta nosotros, más agradable que el humo de las ofrendas de otra época, contemplábamos desde nuestras nubes la esfera que habíamos custodiado desde siempre, y las mil farolas bucarestinas nos parecían mil estrellas posadas sobre la tierra, todas en el mismo lugar junto al Danubio, para brillar en un mar de oscuridad. La noticia de su iluminación con petróleo lampante situó a Bucarest en el mapa del mundo, inventándole una anatomía ilusoria, una fisiología y una mitología, pero no consiguió salvarlo de su vocación y de su verdadero destino: la ruina. La ruina lenta, segura, inexorable e infinita.

Fue también el año en que el emperador Francisco José, a través del decreto «Es mi deseo…», puso en marcha la demolición de las murallas históricas de Viena, que habían protegido la ciudad de los turcos durante siglos. La construcción en su lugar de unos magníficos bulevares, reunidos en la poligonal Ringstrasse, fue un *Gesamtkunstwerk* en si mismo, pues el Ring fue bordeado de edificios y grandes hoteles de estilo antiguo, medieval o renacentista, y por fastuosos jardines. En el exterior del lujoso Ring, el precavido espíritu habsbúrguico del emperador, por aquel entonces un joven esbelto de veintisiete años sin relación alguna con el octogenario de los famosos retratos imperiales con los que llegaría a conocerlo más adelante el mundo entero —entre ellos el que se encontraba, acosado por las moscas, en la taberna praguense U Kalicha—, lo llevó a construir sin embargo un triángulo de cuarteles para defenderse no de los turcos, que desde hacía mucho no asomaban por los territorios austríacos, sino de la pobreza de la periferia, siempre en predisposición báquica y revolucionaria. Unos años más tarde, después de proclamarse emperador de los Estados Unidos de América y protector de México, Joshua Abraham Norton le envió al emperador austrohúngaro una carta llena de reproches por la opresión despótica de sus propios

ciudadanos, pero, sobre todo, con delirantes escenas de celos, pues al enterarse de que, en Londres, el príncipe consorte Alberto había fallecido en 1861 y había dejado a Victoria viuda, Norton soñaba con la mano de la reina, una alianza en tiempos difíciles entre el Imperio norteamericano y el británico, en ningún caso un asunto amoroso, que le habría roto el corazón a Miriam Naschenberg. Se le había ocurrido que tal vez Francisco José pudiera convertirse en su rival, tras abandonar a Isabel, «Sisí» de Baviera (con la que de todas formas había hecho un mal negocio, pues estaba siempre enferma o de viaje), y pedir la mano de Victoria, aunque fuera once años más joven que ella. A pesar de que lo atenazaban una especie de celos preventivos, a Norton no le preocupaba demasiado la elección final de la reina de Inglaterra: incluso un niño habría comprendido que Austria era el pasado, por muy glorioso que fuera, mientras que los Estados Unidos representaban el futuro.

Por el momento, sin embargo, el príncipe Alberto aún vivía, ocupado con la colección de curiosidades, exóticas obras de arte y otras piezas, sobre todo de cerámica y cristal, que configuraban el batiburrillo bastante engañoso del recién inaugurado Victoria and Albert Museum. El último objeto expuesto, traído tan solo dos días antes y colocado en una suntuosa mesita con taraceas de palisandro, era el ya famoso *Phonoautograph*, la obra del editor, estenógrafo e inventor Édouard-Léon Scott de Martinville. El aparato recordaba a un gigantesco insecto de metal y cristal, y era el primer mecanismo capaz de grabar sonidos sobre el papel en forma de sinusoides, incluso aunque no pudiera reproducirlas luego, como el futuro fonógrafo de Edison. Más adelante, cuando esto fue posible, se rescataron de los papeles de Martinville incontables sonidos de la naturaleza o bien producidos por personas, entre ellos la canción «Au claire de la lune», interpretada por el famoso castrato Alessandro Moreschi, el ruido de las hélices del aparato volador de John Springfellow, demasiado pesado como para poder alzar el vuelo, y, para embarazo de los futuros investigadores, el crujido de su propio lecho conyugal, en el que se superponían los gemidos prolongados y trémulos de la señora de Martinville.

Entre tanto, la guerra de Crimea había llegado a su fin, el ejército de Su Majestad, junto a los franceses y los turcos, había vencido a Rusia, y los valientes soldados británicos necesitaban una recompensa acorde con su hazaña. La reina hizo llamar al primer ministro Henry John Temple, vizconde de Palmerston, y juntos idearon la creación de la más prestigiosa distinción del Imperio británico, la Cruz Victoria, con la que decidieron condecorar a los más meritorios militares, aunque fueran soldados rasos, de tal manera que la reina en persona les hizo a los sesenta y seis héroes elegidos entre miles y miles de

tullidos, cojos y ciegos como consecuencia de la guerra, el honor de colgarles las cruces al cuello con su augusta mano. «Mejor que les hubiera construido casas o les hubiera dado dinero en lugar de entregarles unas chapas», murmuraban entre dientes los súbditos de Su Majestad, hastiados a esas alturas de ella como de todos los soberanos cuyo reinado se prolonga más allá de lo habitual, y aparecieron de inmediato chistes indecentes en las revistas satíricas que ridiculizaban la gloria de unas cruces de metal. El famoso *Punch* recogía, en tono festivo, un chiste subido de tono y obsceno que se había hecho muy popular en esa época.

Se contaba en aquella historia graciosa que fue la reina quien decidió recompensar a los soldados británicos más valientes en la guerra de Crimea. Fueron elegidos tres soldados: uno muy alto, otro muy gordo y un tercero de apariencia corriente. La reina hizo llamar al primero y le preguntó cómo se llamaba. Supo que se apellidaba Smith. Le preguntó cómo quería ser recompensado. Él le respondió: «Majestad, quiero que me midan y que por cada pulgada me entreguen mil libras». A la reina le pareció demasiado, pues el hombre era extraordinariamente alto, pero no dijo nada. Supo que el segundo se llamaba Brown: «¿Cómo desea ser recompensado por su valentía, señor Brown?». «Me gustaría que me pesaran y que por cada onza me entregaran mil libras.» La reina se disgustó de nuevo y de nuevo guardó silencio. Al final, hizo llamar a su presencia al tercer soldado. Descubrió que se llamaba Wilson. «¿Cómo puedo recompensarle por su sacrificio, señor Wilson?» «Majestad, quiero que me midan, con perdón, desde los huevos hasta la punta de la polla, y que por cada pulgada me entreguen mil libras.» A la reina le pareció grosera aquella manera de hablar, pero ya la habían prevenido respecto a los reclutas, así que tampoco dijo nada esta vez: al fin y al cabo, el señor Wilson era un héroe. Hizo llamar a su ministro de Finanzas y le dio la orden de que cumpliera los deseos de los tres.

Al día siguiente, antes de romper el alba, el ministro irrumpió en la alcoba de la reina mesándose los cabellos: «¡Majestad, el Imperio está arruinado!», le gritó a Victoria, que no se había espabilado del todo. «¿Qué ha sucedido? ¿Y cómo te atreves a presentarte a estas horas?» «¡Qué más da!», gritó el tesorero. «¡El Banco de Inglaterra está vacío!» «¿Cómo puede ser eso? ¿Por los miles de libras entregados a los soldados?» «Con los dos primeros no hubo ningún problema, les entregamos lo que pidieron. ¡Pero el tercero nos ha matado!» «¿Por qué?» «¡Porque nuestras pesquisas han revelado que los huevos del soldado Wilson se quedaron en Crimea!» Sin perder el aplomo, la reina hizo para sí un cálculo aproximado, del que resultaba que el Imperio le debía al señor Wilson unos ocho millones de libras extendidas entre Londres y Sebastopol, lo que hacía de sus huevos el

más caro par de joyas masculinas de las que se hubiera oído hablar nunca…

Victoria había cambiado mucho desde su coronación. Tenía ahora treinta y ocho años, una edad triste para una mujer de aquel siglo. Los vestidos pardos, de cuello cerrado con lazos de terciopelo negro, el bonete plisado sobre el cabello dócilmente peinado con raya al medio, así como la ausencia de joyas y de maquillaje, no la favorecían. En los primeros daguerrotipos —y luego fotografías— que le habían hecho, sus rasgos destacaban en la sombra más planos que en los aduladores retratos de antaño: en sus ojos acuosos y cenicientos se leía decisión, pero también miedo. Firmeza, pero también debilidad. Con las mejillas redondeadas y caídas de mujer que empezaba a tener una cierta edad, parecía una leona fatigada que se preguntaba cuánto más podría cazar y cuándo le llegaría el tan esperado descanso. La mujer más poderosa del mundo era también una persona corriente, y la muerte de Alberto, al cabo de dos o tres años, la destrozaría para siempre. Precisamente aquel año en que vio la rebelión de las Indias Orientales, incorporadas luego al Imperio británico, Victoria intentaba hacer acopio de fuerzas para enfrentarse a un reinado que podría ser mucho más largo de lo que había imaginado. Y una reina anciana es una reina calumniada y odiada, por mucho bien que les hubiera hecho a sus súbditos. Cada generación nueva quiere a su alrededor una vida nueva, un mundo nuevo, rostros nuevos, poetas nuevos y música nueva, un cielo nuevo y una tierra nueva. El amor imperturbable del príncipe Alberto por la reina y la voluntad de esta por hacer que las cosas funcionaran bien a lo largo y ancho de la tierra y de los mares la habían mantenido viva hasta entonces durante aquel siglo, lleno de prejuicios y de genialidad, que había llegado a representar, pero el mundo cambiaba y a ella todo le iba costando más esfuerzo. De su cuerpo cada vez más anónimo se desprendía un vaho de tristeza que llenaba el palacio para extenderse luego sobre Londres y, finalmente, sobre toda la isla británica, y de estas nubes indeciblemente tristes caía una lluvia gris, incesante.

Lord Palmerston no tenía ni de lejos el futuro encanto de Disraeli, ni su cultura y talento literario; era tan solo un político hábil y dinámico, un *whig* duro de convicciones inmutables, pero, a pesar de ello, la plebe lo amaba, apodándolo Pam cariñosamente, y la propia reina lo toleraba, a pesar de que no le resultara demasiado simpático. Era feo, vulgar e hirsuto, pero contaba con discernimiento político: era el hombre del momento en los años de mayor esplendor y opresión del Imperio británico. La mañana del 16 de julio de 1857, antes del almuerzo, la reina lo recibió en la Cámara China del Palacio de Buckingham para comentar algunos detalles de la situación del mundo, sobre todo la rebelión hindú contra la Compañía de las Indias

Orientales, una guerra ciega y sangrienta entre dos formas de vivir y de pensar, con atrocidades por ambas partes, ciudades y pueblos incendiados, que culminaron con la proclamación de Bahadur Shah Zafar, un octogenario esquelético y negruzco, como emperador del Indostán.

—Parece que últimamente los imperios brotan por todas partes, como setas después de la lluvia, Majestad…—le dijo en tono bromista Palmerston a la mujer que se encontraba sentada, seria y sombría, frente a él, ante la mesita de madera de cerezo con patas curvas cargada de papeles y libros apilados. A uno y otro lado conversaban los dos grandes estampados chinos que daban nombre al gabinete, y en la chimenea tintineaba tenuemente el reloj dorado colocado bajo el espejo—. ¡Cualquier principito local, cualquier déspota anciano, cualquier jefe de clan o de tribu no aspira a tener carreteras, puentes ni ferrocarriles, tampoco fábricas ni ejércitos regulares, ni escuelas ni hospitales ni academias en su miserable paisito donde mueren de malaria, de lombrices y de hambre, sino que se conforman con alcanzar la primera victoria contra unos rivales tan andrajosos como ellos! ¡Plantan el trasero en un trono de bambú, se colocan en la cabeza una corona de madera dorada y se nombran emperadores para que no les tome nadie la delantera! Me asombra que no vayan también en caballitos de madera, como los niños pequeños…

—Sí, han aparecido muchísimos emperadores en el mundo, mientras que yo sigo siendo tan solo una reina —suspiró Victoria, demasiado entristecida como para participar en la desafortunada broma del primer ministro.

—Y luego —añadió Palmerston sonriendo con su rostro de tejón— se enfrentan a nosotros y nos persiguen para que no les construyamos carreteras, puentes ni ferrocarriles, pues no los necesitan, les basta con un poco de orgullo nacional. Es penoso que incluso esto lo hayan aprendido de nosotros… Cuanto más andrajosos son, más aires se dan, como la cabra sarnosa que levanta la cola. ¿Qué sería la India sin nuestra labor civilizadora? Solares llenos de vacas y de moribundos esqueléticos. Casas de adobe sin pizca de higiene. Dioses azules con trompa. Fanáticos desnudos bebiendo el agua sucia del Ganges. ¡Bendito sea por los siglos de los siglos el inventor del retrete! No ha habido en este mundo mayor benefactor de la humanidad. A su lado, Platón, Dante y nuestro inmortal Shakespeare no son más que…

Puesto que la reina sufría otra de sus terribles migrañas, en las que sus claros ojos grises se velaban y una campana de cristal la cubría, cortó con un simple gesto el discurso chovinista de Palmerston y el silencio reinó en el gabinete. Solo por las ventanas abiertas al jardín penetraba el canto de los escribanos. Tras un rato frotándose la raíz de la nariz, maltratada por los anteojos, con sus dedos rollizos pero

resecos, abrió un cajón y extrajo una carpeta de cuero en la que había un sobre con un sello rojo, como tal vez no se había vuelto a ver en la corte desde la época de Enrique VIII, arrugado y amarillento, con el nombre de la reina y la dirección deforme del Palacio de Buckingham en el anverso, e incontables renglones apretujados en el reverso, con una caligrafía pedante, como de niño que acaba de aprender a escribir.

—Ya que han salido a colación los emperadores… Mira qué me ha traído el cartero de parte de uno de ellos: una epístola en la que el emperador ahueca sus plumas como un pavo real en todo el esplendor de su cola de ojos verdes y azules. ¿Quieres que te lea los títulos que se arroga? Dios mío, son tantos que no caben en el sobre. Los últimos están escritos en letra menuda y apretada, casi no se distinguen…

—Si se trata de quien yo creo, ¿me concede, Majestad, el permiso de citarlos de memoria? Me los he aprendido al dedillo y he gozado de mucho éxito recitándolos por los salones uno tras otro, como una prueba divertida de la locura humana. —El lord adoptó una pose de una arrogancia infinita, como de actor en un papel de villano, rígido, con un pie adelantado y los ojos clavados en el horizonte, y comenzó a recitar en tono bombástico, impostando una voz grave—: «¡Yo Mismo, Tewodros II, Rey de Reyes y Emperador de Emperadores, Esposo de Etiopía y Prometido de Jerusalén, León invicto de la tribu de Judea, Arzobispo vitalicio de la Iglesia ortodoxa etíope tewahe-do, Jefe Supremo del invicto Ejército de Menelik, Estratego Eterno de los Principados Unidos de Anticitera y Citera de Levante, Arconte y comandante de las islas del Dodecanese, de Chipre y de Creta, Pedestal de Obsidiana de la Santísima Trinidad, amado por el Padre, bendecido por el Hijo e investido por el Espíritu Santo, amén!». Pues sospecho que no puede ser otro que el supuesto emperador Tewodros II de Etiopía, el Negus, en definitiva; nuestros hombres, que han investigado su pasado, afirman que no existe ningún Tewodros, ni primero ni segundo (él se denominó así porque los etíopes tienen desde la antigüedad una profecía sobre un emperador mesiánico llamado Tewodros, que traerá a su país una paz de mil años), y que tampoco es siquiera el príncipe Kassa de Qwara, ese al que sus enemigos apodan Lombriz porque su madre, al parecer, vendía un remedio para las lombrices, sino un aventurero, un extranjero de un país oscuro situado en la desembocadura del Danubio, de los territorios salvajes habitados en otra época por los escitas, y que, siendo un don nadie y un truhan, recorrió durante casi una década el Archipiélago griego, hundiendo veleros, asesinando y atracando, y luego, tras adoptar el nombre de príncipe de Qwara, desapareció sin dejar rastro y ascendió, con suerte y con una ambición sin límites, todos los escalones de la jerarquía hasta verse nombrado emperador.

Un impostor, Majestad, al fin y al cabo, como tantos otros a lo largo de la historia: ¿se acuerda de un tal Lambert Simnel, que se hizo llamar Richard, Duque de York, uno de los desdichados príncipes encerrados en la Torre? ¿O de la princesa Caraboo, con su boa de plumas de colores, sus dioses polinesios y su costumbre de nadar, con todos mis respetos, desnuda en las fuentes públicas? Tal vez haya oído hablar también de Karl Wilhelm Naundorff, el relojero que decía ser el mismísimo rey de Francia, Luis-Carlos, hijo de Luis XVI y de María Antonieta; o el falso Demetrio I de los rusos, supuestamente hijo de Iván el Terrible… Por no mencionar cuántos falsos profetas, falsos Mesías, falsos Redentores en su segunda llegada han llenado el mundo, prueba de la locura de los siglos y del leño torcido de la humanidad, del que nunca podrá salir nada bueno…

—Sea quien sea este hombre —continuó un tanto soñadora la reina—, tiene la manía de escribir epístolas, e incluso un cierto…, digamos que, aunque parezca extraño, tiene un cierto *talento* para escribir, tosco y sin pulir… Conservo hasta ahora un rimero de unas veinte cartas suyas, a cuál más extravagante. Confieso, lord Palmerston, que a veces me divierte leer sus fantasías, como si leyera *Los viajes de Gulliver*, del difunto Jonathan Swift. Todas comienzan con los mismos deseos rústicos: «Majestad, debe saber que me encuentro, gracias a Dios, bien de salud, algo que le deseo también a Vuestra Merced», y termina, indefectiblemente, con algo así como «Que los ángeles y la Virgen María os amparen», fórmulas con las que podría dirigirse un campesino a algún tío suyo de otro pueblo, pero que en una correspondencia oficial, como entre dos soberanos, están fuera de lugar…

—Así es. Este hombre es mucho más que original, está más bien chiflado, pero ojalá tuviera yo tanto dinero en mi bolsillo como locos se pueden encontrar en el Imperio de Vuestra Majestad… Los británicos somos famosos (y estamos orgullosos, ¿por qué no reconocerlo?) por nuestras excentricidades. Por lo demás, este Tewodros es un hombre decidido a su manera, un guerrero temible que en los últimos cinco años ha pacificado y ha unido Etiopía, obteniendo brillantes victorias en una serie de batallas en las que ha acabado con los príncipes guerreros adversarios. Afortunadamente, Vuestra Majestad ha sentido debilidad por él desde el principio, desde que era el miserable jefe de un clan, casi un bandolero, y ha actuado con mucha previsión política. Dispuso, desde el comienzo de su ascensión, ayudarlo a medrar, enviándole para ello todo lo necesario: instructores militares, ingenieros y consejeros políticos, constructores y arquitectos, para despejar su camino hacia el poder. Así que tras su coronación hace dos años hemos esperado por su parte el reconocimiento de la soberanía de Vuestra Majestad y su servicio a

nuestros intereses en África. Por el momento, no hay demasiadas señales de que el Negus vaya a seguir este camino, pero ha pasado poco tiempo y los temperamentos primitivos son imprevisibles…

—Escuche esto, lord Palmerston —le interrumpió la reina, que había leído el comienzo de la carta mientras hablaba el vizconde—: «Tengo la certeza, gloriosa reina Victoria, de cuyo seno se alimenta el gran pueblo inglés (al igual que Hércules de la teta de su madre, Hera, cuyo chorro de leche salpicó entonces toda la bóveda celestial), de que unas pocas gotas caerán también sobre la seca tierra de nuestra Madre África para traer bendiciones sobre bendiciones al polvo rojo de mi reino. Pues la leche densa y nutritiva de Vuestras gloriosas mamas imperiales llegarán a las bocas de las viudas y los huérfanos de Etiopía, que disfrutarán de ella como los judíos, en otro tiempo, del maná del desierto».

¡Puaj, qué imagen tan horrible e indecente!, se estremeció Victoria, llevándose la mano al pecho sin querer. Pero si África no es el nido de las más extrañas e insólitas fieras, ¿qué otro lugar podría serlo? Tewodros es una alimaña increíble, pero las jirafas, los avestruces o los rinocerontes también lo son: hasta que no los ves con tus propios ojos no puedes creer que existan en este mundo.

—Sería ofensivo si no resultara tan ridículo y no surgiera de una mente infantil. Todos los pueblos primitivos tienen esa sagrada ingenuidad, de la que incluso el famoso Rousseau hablaba y que representa el buen salvaje. Pero, más allá de todo eso, mi consejo es que siga apoyando al Negus, que en definitiva no tiene rivales en su país, y su benevolencia nos abrirá el camino no solo a los recursos de Etiopía, que no son pocos, pues tienen oro, cobre, potasio y bosques infinitos, sino también hacia las fuentes del Nilo y luego hacia el África negra, territorios dignos de ser explorados antes de que España, Francia y las demás potencias se enteren. Debe saber Vuestra Alteza que tampoco hacen falta demasiadas inversiones para tenerlo contento: abalorios, espejitos, juguetes… No puede imaginarse cuánto les gustan a los negros. Enviémosle por el momento, digamos, una caja con pistolas de duelo, de aspecto extravagante, aparente; creo que estará satisfecho un año entero y se considerará el mejor amigo de Vuestra Majestad. Y luego, de vez en cuando, para no mimarlo demasiado, algún reloj de bolsillo, un catalejo, no sé…, un violín, un pájaro metálico con cuerda, cualquier cosa que brille bajo los rayos del sol. Al mismo tiempo, analizaremos sus peticiones y le ayudaremos a desarrollar su país, que por el momento carece de todos los bienes de la civilización, lleva un siglo de retraso respecto al resto del mundo. Las carreteras, Majestad, son la primera necesidad, pues si el Negus se vuelve hostil, ni siquiera podremos adentrarnos hasta la capital, habida cuenta que Etiopía es un país montañoso e

inexpugnable. Luego debemos construir minas, de cobre y oro sobre todo. Al igual que puentes sobre las aguas y los precipicios…

Pero la reina había dejado de escucharlo hacía rato. La habían abrumado el hastío y la melancolía. Sin embargo, asentía mecánicamente con su cabeza de cabellos canosos, rodeada por su inseparable bonete de holanda, y tenía la mirada perdida en el vacío. Palmerston sabía que era la señal del final de la audiencia y se retiró con una reverencia. Media hora más tarde, cuando el príncipe Alberto, prematuramente envejecido, calvo y con las patillas canosas, vestido de calle, se atrevió a llamar a su puerta con esa delicadeza que había sido siempre el rasgo más agradable de su carácter, le respondió una voz apagada y encontró a la reina en la misma posición, sentada ante la mesa y con la mirada perdida, solitaria como un iceberg en la extensión de los mares sombríos. La mujer se incorporó, sin embargo, con una sonrisa cálida, y fue a su encuentro, pues Alberto era su única alma cercana, el hombre al que había amado toda la vida, de manera uniforme y fiel como era su naturaleza, sin romanticismo, pero sin merma de un afecto que, lo llamemos como lo llamemos, burgués o no burgués, con bonete o sin él, era a fin de cuentas verdadero. Se abrazaron con ternura y se colocaron hombro con hombro ante la ventana que daba a los jardines, para contemplar los árboles húmedos y escuchar el piar de los escribanos, como si fueran los dos una sola persona.

29

Permaneciste una temporada en Samos, al servicio del bey Ion Ghica, el hijo de Tachi y Mariţa del Ghergani de tu infancia, como centinela que velaba día y noche para que ningún pirata penetrara en el palacio en busca de venganza y secuestrara o apuñalara al joven señor, y habrías podido quedarte en aquella isla verde, viviendo feliz y en paz bajo la protección de tu antiguo amigo de la infancia. Habrías ascendido poco a poco de rango, empezando por ser propietario de más de un millón de olivos de troncos retorcidos, de cientos de años de antigüedad, que extendían sus ramas con hojitas grisáceas bajo el sereno cielo de Samos; dueño más adelante de los viñedos donde se producía el famoso moscatel, cuyo sabor a frambuesa e incienso se debía tan solo a la tierra de Samos, y, finalmente, casado con una joven formal y encantadora, una Chloe, una Cora o una Lydia, habrías llenado tu hogar de niños y tu corazón de una alegría que agrada a Dios y que también nos place a nosotros. Habríais podido envejecer juntos, como Filemón y Baucis, para, una vez en el ocaso de la vida, bendecidos con nietos y cansados de vivir, acabar vuestro viaje por la tierra a la misma hora, de tal manera que ninguno conociera el desgarro de la separación del otro. A veces, atenazado por la melancolía, pensabas también tú en asentarte en la vida que se vive, no en la que se sueña, solo que en el rostro de Baucis no podías ver a otra que a la lejana y, sin embargo, tan cercana a tu corazón Stamatina, a la que considerabas perdida para siempre. Con ninguna otra habrías arriado las velas en la entrada del puerto para que la nave arribara suavemente a la dársena. No necesitabas a ninguna Chloe, sino a la mujer de tu vida, la del medallón ovalado, la que, de una vez para siempre, te había susurrado unas palabras mágicas: «¡Búscame! ¡Búscame sin cesar! ¡Desgasta noventa y nueve abarcas de hierro y un cayado también de hierro hasta llegar al lugar donde me encuentre! ¡Y entonces nuestras almas serán una!». Pero Stamatina, para tu desgracia, tenía a su Silfo; y tú, que te habrías enfrentado por ella a cualquier hombre de este mundo, ya fuera rey o hechicero, al hombre turquesa que aleteaba en el aire con sus brazos de robusto nadador no sabías cómo derrotarlo.

Era el principal motivo por el que, desde abril hasta junio,

mientras permaneciste en Samos, no encontraste sosiego. La vida tranquila no era para ti, como el huso y la horca no habían sido para el antiguo Heracles, que se vistió de mujer por amor a Ómfala. Tenías que hallar, en esta vida, a la hija del príncipe Dimitrie Ghica para perdonarla o matarla, pues no sabías todavía en aquel entonces si, al encontrarte con ella de nuevo, podrías soportar el recuerdo que abrasaba tu cerebro: no tanto sus gritos de placer bajo las caderas de otro hombre, cuanto la mirada cargada de añoranza y pasión con que acompañó su partida. Rogabas a la Divinidad el olvido, pero el olvido no llega cuando quiere el hombre, sino solo cuando quien ha sido sometido a tan dura prueba encuentra en su interior el manantial del amor que comprende y no juzga y puede perdonar. Pues a eso se refería el Salvador cuando entregó a los hombres la única oración completa: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». A solas en tu aposento del palacio del bey de Samos, viendo por centésima vez tu vida desfilar ante ti, no sabías si llegarías a encontrar ese manantial vivo en tu corazón dividido. Tal vez en el último momento vencería el odio, el odio impetuoso e irreconciliable del soberbio, y el puñal se clavaría entre los pechos de la mujer infiel.

Y también por centésima vez veías aparecer ante tu rostro y contemplarte como a un gusano, con asco infinito, a tus ídolos de la infancia, a *Alixandru Machidon* y a *Napollón Buenaparte*, que no habían suspirado por las mujeres, ni se quedaron en la reserva desde junio cuando no consiguieron llevar algo a cabo, sino que endurecieron su corazón para no sentir piedad, se pusieron la coraza de la soberbia, eliminaron a decenas de pueblos y miles y miles de hombres, y se colocaron finalmente las coronas de señores del mundo, para ser recordados luego durante siglos. Y tú, en cuyo pecho gemían tantas pasiones y sueños de grandeza, ¿ibas a ser tan solo un siervo en una isla miserable, casarte con Chloe y tener hijos con ella? ¿Para eso habías venido a este mundo? ¿Era este el final de tu libro, escrito en los cielos por los ángeles? Entonces mejor que no hubiera libro alguno, pues para un destino feliz bastaba con una sola hoja. Pero no eras tú un hombre de una sola hoja, y no habrías podido ser de otra manera ni por la salvación de tu alma, Theodoros. Tu destino era ser rey y, aunque en esos momentos no sabías cómo iba a cumplirse ese sueño, sentías en lo más profundo de tu alma que ese destino iba a llegar, ya se hundiera el mundo en el abismo y en la nada de la que había sido creado. Y cuando tuvieras tu reino, todo caería por su propio peso: llenarías el mundo de espías para hallar a la hija del vaivoda y, cuando la encontraras, enviarías tus ejércitos, decenas de miles de decenas de miles, a lomos de cigüeñas de alas blancas, para que rodearan el palacio del Silfo en las nubes, y al demostrar el

conocimiento del lugar secreto en el que se encontraba el Arca de Dios, el Tabernáculo, el santo Sion, que se te había aparecido ya en sueños en la isla de Vous, te consagrarías con su poder, elevándote de rey terrenal a rey celestial para convertirte en el Rey Azul, el único que no se encontraba en ningún cuento.

Cuando tus cavilaciones llegaban aquí, te recorrían unos escalofríos helados, pero encontrabas también en tu locura un deleite demoníaco sin límites. Pues tu pecho estaba abarrotado de demonios, Theodoros, y tú estabas decidido, en tu locura, a pedir la ayuda no solo de las fuerzas sagradas del cielo, sino también de las malignas, como explicó el apóstol san Pablo: «Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en el aire». A menudo, cuando abrías las Sagradas Escrituras y leías en silencio alguna página al azar, de los Evangelios o de los Hechos de los apóstoles, no podías disfrutar de ella en paz, porque escuchabas en tus oídos a decenas de demonios que se oponían, se reían de los textos, balaban, relinchaban y gruñían, proferían palabras impías y blasfemias, de tal manera que te veías obligado a cerrar con espanto el libro sagrado. Decenas de pequeños demonios habían anidado en ti como el maligno de las Escrituras, y su nombre era Legión. Entonces te santiguabas con tus dedos de los que se escurría ya sangre, gota a gota, aunque no fuera el reguero de más adelante, y te manchabas de sangre la frente, el vientre, el hombro derecho y el izquierdo, mancillando así al hombre hecho y derecho que eras ahora, en el apogeo de la vida, y haciendo que tu oración no fuera aceptada.

En los siete años transcurridos en el Archipiélago, en la luz del mediodía reflejada en las olas del mar del centro del mundo y en los graznidos de las gaviotas que parecían colgar inmóviles en el aire, arrojando su sombra sobre las aguas, recibiste una tras otra las señales de Moshe, el trapero del mercado de ganado en el que te apresaron los judíos y te llevaron a un sótano secreto donde comprendiste, por fin, tu destino en la tierra: que serías el Opuesto, ardiente entre el hielo y helado en la canícula, elegido para vagar siete años entre las islas del Archipiélago en busca del sagrado nombre SAVAOTH, el Señor de los Ejércitos. Con este nombre había firmado Adonai la Esfera, Su obra creada en seis días, tras lo cual al séptimo descansó. Desde entonces, el Espíritu Paracleto insufló un viento abrasador en las velas de tus barcos, empujándolos de isla en isla y dibujando en el rostro verde-azul-dorado-amba-rino-rado-púr-pura de los mares de levante la firma de Dios, cuya pluma, sujeta con los tres dedos de la bendición, partió de Skyros, giró hacia Amorgos, regresó hacia Vous, se deslizó de nuevo hacia Anticitera, luego hacia Oinuses y Télendos, uniendo así,

en las apariciones y las visiones que tú y tus compañeros percibisteis, las letras en la palabra SAVAOT, el nombre casi completo, en el que solo la última letra, la H, no estaba aún dibujada. Y en tanto esta última letra no se revelara en la superficie de las espumosas aguas del Archipiélago, tú no te sentirías completo ni satisfecho y no tendrías nada que buscar en la dulce isla de la felicidad.

La H era la plenitud del Nombre, pues no era tan solo, para los judíos, la última letra del nombre de Yahvé, y para los cristianos el inicio del nombre de Cristo,[39] el Mesías; era asimismo la letra del poder y la grandeza en el Corán de los infieles mahometanos, tal y como lo reveló en otra época Solimán cuando le habló sobre las enseñanzas a un sabio de la antigüedad, Mohyi ed-Din ibn'Arabi, cuyo texto era su libro de cabecera. En *Las ¡laminaciones de la Meca*, Ibn'Arabi comentaba los noventa y nueve nombres de Alá incluidos en el Corán. «Si en esta vida encuentras el centésimo nombre, conocerás entonces Todo y las puertas del cielo se te abrirán.» Sobre el nombre impronunciable, añadía el sarraceno, solo se sabía que tenía que incluir, como última letra, la H de la omnisciencia.

Y la culminación plena del Nombre de las tres religiones de Jehová, para que nunca, en mundos de mundos y eones de eones, Le faltara la bendición de los hombres, de los ángeles, de los arcángeles, de los principados, de los poderes, de las virtudes, de los señores, de los querubines, de los serafines y de los tronos, surgía de las páginas de *El Paraíso* que el divino toscano había escrito comiendo el amargo pan del destierro, pero jamás desterrado de las visiones divinas:

Ossana, sanctus Deas Sabaoth,
saperillustrans claritate taa
felices ignés horum Malacoth!

Así que en el mes de junio quebrantaste el juramento realizado al bey y abandonaste Samos, que te asfixiaba porque te apartaba de tu destino. Te marchaste sin decir adiós, sin despedirte de nadie, en un barco de vapor llamado *Lefteria* que transportaba barricas de feta y de sardinas ahumadas hacia Chipre, y allí, en el puerto de Kyrenia, te reuniste con Ghiuner y Sisoe, tus antiguos compañeros, avisados con antelación para que te esperaran allí. Estos habían venido con el *Pséma*, el único velero que había escapado de las manos del bey, y que los piratas habían escondido entre las rocas de Kalymnos, mientras que el resto de tu flota cantarína había sido capturada y vendida por piezas, y la banda se había desperdigado por los cuatro vientos.

Tras subir al puente del *Pséma*, os sentasteis en los rollos de cuerda y llorasteis abrazados por los hombros: ¿dónde estaban Suleyman el Chino, Barrabás el Durmiente, el judío Abraham Joshua Norton, el Bisabuelo de John y tantos otros *palicari* de confianza que os habían

acompañado por los mares esmeralda? ¿Y en qué harenes habrían acabado Kassandra, Zephyra o Aişé, vendidas a los perros turcos a cambio de *mahmudes* de oro? Muchos, tal vez, no vivían ya, ahorcados ante la capitanía de los puertos en las islas; quizá habían sido hechos esclavos por los piratas bárbaros de Argel, o habían sufrido quién sabe qué otra suerte, pues las vidas de los mortales son ceniza y polvo. No albergabais esperanza alguna de volver a verlos. Ahora, las velas del *Pséma* eran izadas por vuestros antiguos compañeros menos famosos, sobre los que, no obstante, habías llegado a hablarle a tu madre en las cartas: por el bey Parménides, Soril Mikolai, loan de Patmos o Leandros Coriţaki, al igual que por otros marineros más jóvenes que tú no conocías.

El caso es que al cabo de un rato os dejasteis de lamentos y empezasteis a poner el barco en orden, de tal manera que aquella misma noche, bajo el cielo salpicado de la harina luminosa de las estrellas, levasteis el ancla hacia poniente. Al cabo de tres días de navegación, visteis en lontananza la isla de Hydra, fácil de reconocer por su golfo de color turquesa, la medialuna de arenas finas y, sobre todo, las coloridas fachadas de las casas construidas unas sobre otras, entre las cuales se ondulaban las adelfas al viento con infinita gracia, desperdigando en la brisa salobre su perfume, y se elevaban los cipreses como lanzas de un verde oscuro hacia los cielos cargados de nubes primaverales. Toda la costa norte de Hydra, orientada al Peloponeso, parecía pintada en una hoja de nácar, de tanto como brillaba en la llama meridional del golfo. Hacia Hydra, como última isla ensartada en el hilo recio de tus peripecias, te habían llevado ya tus pensamientos cuando pasaste, más o menos un año antes, por el Píreo, pues allí te habías encontrado con Simón el Mago, que te contó todo lo que habías hecho y lo que ibas a hacer con solo mirarte fijamente a los ojos negros con sus ojos grises. Le entregaste por ello, estremecido en tu fuero interno, un crucero de oro y, alentado por la omnisciencia del mago, le pusiste delante, como a la niña Peta de Chipre en otra época, el índice de todas las islas del Archipiélago que comenzaban con la letra H: Halki, Hristiana, Halavra, Hondro, Hydra, Htenies, Hiliomodi Patmou… Simón no echó siquiera un vistazo a la lista, como si la hoja de pergamino garabateada con letras griegas no estuviera ante sus ojos, sobre la mesa de la taberna que apestaba a carpa guisada, sino que clavó todavía más sus ojos en los tuyos, y el nombre Hydra no te lo pronunció con los labios, inmóviles como los de una estatua, sino que lo oíste justo en el centro de tu mente. Pues Simón tenía el infinito poder de Dios. Supiste así sin atisbo de duda que, tras Télendos, la siguiente escala, por fin la última en tus vagabundeos en busca del Tabernáculo, debía ser Hydra.

Descendisteis los tres al puerto, sin llevar con vosotros otros

testigos de vuestra búsqueda y sin guía alguno. Como había sucedido también en ocasiones anteriores, vagasteis al azar entre las casas y las tabernas rosadas, moradas, azafranadas y azules del puerto, todas con sus tiestos de adelfas en la entrada. En las tabernas, los *palicari* bebían *uzo* turbio y comían con apetito pulpo asado, riendo a carcajadas con la boca llena. Volvisteis la cabeza tras las mujeres lugareñas, con las cejas pintadas y las mejillas coloreadas, que mostraban también orgullosas las tetas que apenas cabían en sus camisas de hilo. Tropezasteis en cada cruce con cestos de mimbre llenos de higos y granadas, custodiados por ancianas vestidas de negro, muchas con una cruz añil entre las cejas. La luz brillaba inmaculada como los pechos de los cormoranes, el mar abrasaba como el alcohol, mostrando detrás de cada pared y cada árbol su franja de un azul que se volvía más profundo a medida que se acercaba la curvada unión entre el cielo y las aguas. Todo el golfo estaba abarrotado de veleros, y las velas colgaban flácidas sobre las naves marrones, pues no soplaba ni pizca de viento.

Durante unos días no sucedió nada, y en tu corazón, aunque no se lo mostraste a tus compañeros, se coló la duda. ¿Y si te ahogabas precisamente ahora, en tierra firme, cuando casi podías oler el incienso que envolvía el Arca? Nada en este mundo, excepto la confianza en ti y en tu destino, te aseguraba que todo acabaría por suceder. ¿Qué ibas a hacer si no encontrabas nada y te quedabas con tu sueño roto como una rama quebrada por la tormenta? Entonces todo habría sido en vano, ilusión y persecución del viento, y en adelante toda tu vida colgaría de tu cuerpo como la cola gris y pringosa de una rata. En el Archipiélago no podías quedarte, pues el bey de Samos no tendría compasión contigo, ingrato y perjuro, ¿y para qué ibas a recorrer el mundo entero? Solo te quedaría poner fin a tus días, acabando con todo y con todos, o regresar avergonzado a Ghergani, a las faldas de tu mamá, y asentarte de nuevo como un criado viejo en Valaquia.

Pero el jueves, el 27 del mes de junio, tuvo lugar el cambio inesperado. Pues, aunque tú habías perdido la esperanza, nosotros, en nuestros cielos, no sabemos qué es eso. Porque no vemos tan solo con un ojo, el dirigido hacia el pasado, como veis vosotros, sino que con igual claridad se nos muestra también el futuro. Aquel día, el cuarto desde vuestra llegada, os encontrabais, dos horas antes del mediodía, buscando la sombra en la plaza con tres esquinas de la ciudad, rodeada de pórticos, en medio de la cual se elevaba la estatua de bronce oxidado del hijo más famoso de la isla, el almirante Andreas Miaoulis, colocada en un pedestal tres veces más alto que un hombre, con botines y fustanela, un puñal en un cinturón de dos palmos de ancho y un catalejo en la mano derecha, mientras la mano izquierda

descansaba sobre el timón de un velero inexistente. Oteando desde su pedestal hacia el mar, la estatua arrojaba una sombra oscura y afilada que se extendía a lo largo de la plaza como la aguja negra de un gnomon. Os refugiasteis los tres a los pies del almirante, bajo su densa sombra, comiendo puñados de higos y entornando los párpados por la luz implacable del mediodía.

Sisoe, el maestro pintor, se quedó pensativo ante la placa de bronce colocada en el pedestal, en la que, bajo el nombre del famoso almirante que se había enfrentado a la flota turca en Modon, junto al Cabo Ténaro, en Nauplio, pero, sobre todo, en el asedio del puerto del Missolonghi, en el transcurso del cual falleció lord Byron con tan solo treinta y seis años, había un grabado que representaba tres barcos con las velas hinchadas. *Kir* Mitrofan pasaba los dedos, ensimismado, por las líneas trazadas en el metal, pensando en cómo habría dibujado él el paisaje marino en lugar del maestro desconocido que lo había trazado en la hoja de bronce, cuando de repente sus yemas notaron algo en su superficie. Te dio un golpecito en el hombro, os volvisteis los tres hacia el pedestal, y en ti floreció de nuevo la esperanza.

Pues la placa entera, al apretar el bauprés del velero del centro, parecía oscilar un poco a pesar de los pernos que la sujetaban al pedestal de mármol, manchado también él por la herrumbre. Las esquinas parecían subir y bajar, según tocara el dedo de Sisoe una vela hinchada en un mástil, una ventana de popa, el timón o la ondulación de una ola… Os guardasteis en el bolsillo los higos que os quedaban y, como tres ciegos, extendisteis todos los dedos sobre la placa de bronce, tanteándola al azar, hasta que hicisteis algo, ni siquiera vosotros llegaríais a saber nunca el qué, para que la placa se abriera de repente como una flor, dejando ver, en sus profundidades, una maravillosa rosa de los vientos, tallada en el bronce más deslumbrante, con una inscripción en el círculo graduado que marcaba con sus extremos largos y cortos los ocho lugares de su superficie: N, NE, E, SE, S, SW, W y NW; la rosa dorada estaba atravesada por una alargada aguja de acero, embadurnada de aceite, que emitía un leve sonido de rueda dentada y giraba, deslizándose, sobre todas las graduaciones talladas en el metal del círculo de alrededor. Era una especie de mecanismo de relojería, con muchas rueditas prendidas con rubíes y muelles retorcidos como la lengua de las mariposas que se alimentan de néctar.

Mitrofan sujetó la aguja con dos dedos y la giró levemente de la S a la SW. Al instante el mundo a su alrededor cambió de aspecto. Se hizo un silencio total, como si sobre el puerto de Hydra hubiera descendido una inmensa bóveda de zafiro. Y de repente, al mirar en torno a vosotros, visteis el vacío desesperado de la plaza. No había un alma por ninguna parte. Los canastos de fruta yacían abandonados, las

cañas de los pescadores que pescaban gobios descansaban en el suelo, los carruajes esperaban sin cochero en el pescante, y en los balcones de las casas, abarrotados de mujeres y niños hacía solo un momento, no quedaban más que los canarios de las jaulas, inmóviles también como si los hubieran pintado con azafrán sobre una pared. Las gaviotas no chillaban ya, los barcos no hacían sonar su voz profunda, y el mar había cesado el rugido unánime de la espuma derramada en la orilla. Los arcos de los soportales que bordeaban la plaza menguaban en el horizonte, haciéndote añorar un mundo lejano y desconocido. El movimiento de la aguja sujeta en el centro de la brújula con un pequeño tornillo dorado cambió de repente también la sombra de la estatua, como si el sol hubiera girado en torno al Miaoulis de bronce para detenerse a continuación en otro punto del cielo. De repente os encontrabais en la luz y el bochorno del mediodía. Mitrofan movió de nuevo la aguja y la sombra volvió a girar, cayó en otra parte de la plaza rodeada por los pórticos y las fachadas de las casas. Al cabo de ocho cambios, la sombra negra y afilada, que conservaba algo de los rasgos del almirante, regresó al lugar donde se encontraba antes, os envolvió otra vez, y entonces la campana de zafiro se fundió y el mundo recuperó su bóveda abigarrada, alegre, como si nada hubiera ocurrido.

El almirante de la fustanela os tomaba el pelo. No era silencio y soledad lo que buscabais, sino una señal, una luz del cielo. Disgustado, retiraste las manos de tu compañero y agarraste tú mismo la aguja de hierro, haciéndola girar de nuevo hacia SW, pero no hasta la otra punta, como había hecho Mitrofan, sino despacio, moviéndola delicadamente sobre cada marca de las trescientas sesenta del cuadrante. Entonces, en medio del silencio total que imperaba de nuevo, y en la inmovilidad de los pórticos perdidos en la lejanía, empezasteis a oír voces. Y no solo voces humanas, sino también músicas, carcajadas, rumores indefinidos, que parecían llegar hasta vosotros desde quién sabe qué países lejanos e islas y ciudades de los lugares que señalaba la punta de la sombra. Pues las voces hablaban en lenguas distintas y se intercambiaban sin cesar, hundiéndose, tras un instante de claridad, en graznidos y gruñidos que arañaban el oído. Con una paciencia que solo la desesperación te podía conceder, giraste cada vez más la aguja hacia el norte, luego la bajaste lentamente por la parte derecha del cuadrante de bronce, avanzando hacia el levante. La sombra se deslizaba a su vez sobre los arbustos y los bancos de la plaza, lenta e imperceptiblemente, atrapando sin cesar otros rumores como de violines, de tambores, de cantantes callejeras parecidas a Nura y de hombres con voces penetrantes. Pero la aguja seguía descendiendo hacia el sur y seguía sin mostrarse señal alguna.

Algo sucedió en el momento en que la aguja rozó la marca de los

163 grados, situada en la parte inferior del cuadrante, mucho más cerca de la S que de la SE. Una llamarada de luz brotó entonces de la aguja, como si el sol se hubiera reflejado de repente en su acero deslumbrante, y la punta de la sombra de la estatua se detuvo en la pared de una abacería donde, entre dos adelfas de flores blancas, alguien había escrito con letras torcidas, utilizando un fragmento de cuenco, la palabra AXUM. La misma palabra resonó también en vuestros oídos, acompañada de una melodía que no habíais escuchado jamás, pero que al cabo de los años conoceríais perfectamente, pues no era otra que el *Zema* del santo Jared, el canto litúrgico de la santa Iglesia ortodoxa tewahedo de las tierras de Etiopía. Pero incluso entonces, en la plaza de Hydra, la melodía desconocida os pareció un canto de los ángeles celestiales.

¿Qué era Axum? ¿El nombre de una isla, de una ciudad o acaso de una persona? Sonaba a Axis, el eje del mundo en torno al cual gira la esfera terrestre. Allí, en el eje del mundo, podría perfectamente encontrar refugio el Arca Sagrada. Moviste de nuevo la aguja hacia el mediodía y la detuviste en la marca en la que ponía 180, y el mundo volvió a convertirse en mundo. La campana de zafiro se elevó en el vacío, confundiéndose con la bóveda azul. En el fez de la coronilla de Andreas Miaoulis se posó una paloma, y otras, patiblancas y con una línea blanca en torno al cuello, daban vueltas ahora a sus pies, buscando migajas. Las gaviotas habían vuelto a su sitio, y los arrieros habían puesto de nuevo en marcha sus carruajes tirados por caballos fatigados. Echasteis a andar por las tortuosas callejuelas en busca de alguien que pudiera esclareceros el nombre recibido, pero aquel día no apareció nadie capaz. Cenasteis en la posada de Barba Seferis, engullendo albóndigas y guisado regados con el agrio vino de *retsina*, lamiéndoos el *tzatziki* y el aceite de oliva de los dedos, y luego os acostasteis en la posada, donde os quedasteis dormidos acunados por el balanceo del canto de sirena del mar y por el aroma de las adelfas, que llegaba a través de la ventana abierta. La hidra del nombre de la isla insertaba en vuestro sueño sus brazos transparentes, filtrando en vuestros cerebros la turbia luz del sueño.

Al alba, el posadero, cuando supo la historia que os reconcomía, os dijo que había en el puerto un anciano armenio, llamado Davit Mnatsakanyan, propietario de una tienda de alfombras, rollos harapientos, legajos, platos mellados, jarrones de cobre, gafas con monturas de carey y muchas otras cosas, cosas viejas inservibles que no le aseguraban el pan de cada día, pero lo llenaban en cambio de polillas y chinches. Entre sus rollos de pergamino, el armenio debía de tener también algunos mapas de lugares remotos, donde tal vez se encontrara el lugar señalado, si es que era un lugar lo que recibía el nombre de Axum. Davit era un hombre culto que se sabía el Libro de

las Lamentaciones de memoria, así como otros textos de los sabios de la antigüedad, de tal manera que podría serles de ayuda en cualquier circunstancia que exigiera sabiduría. La tienda se encontraba junto a la orilla, y el viento salado de alta mar y el humo denso de la tasca cercana, en cuyas parrillas se asaban continuamente pescados y calamares, se colaban por la cortina de abalorios y estropeaban la mercancía de Paron Mnatsakanyan, aunque lo sorprendente era que pudiera estropearse aún más.

Penetrasteis los tres *palicari* en la estancia angosta y oscura, donde en los primeros instantes no pudisteis ver nada, pero luego, cuando vuestros ojos se acostumbraron, distinguisteis estantes abarrotados de objetos amontonados al tuntún: molinillos, morteros de bronce, abacos sin bolas, balanzas sin pesas, rostros de mujer en marcos redondos, peras y uvas de cera en cuencos de cristal mellado, cráneos humanos, turones disecados, varios *ibric* de latón tallado y muchas cosas más. Y a lo largo de las paredes había alfombras enrolladas, devoradas por las polillas, que olían penetrantemente a lana. El armenio estaba sentado tras el mostrador del fondo y os miraba con sus ojos negros, ojerosos, los ojos de un hombre que había leído incontables libros a lo largo de su vida.

No fueron necesarias demasiadas palabras, sino tan solo un dracma de plata: Paron Davit conocía Axum, pues la Iglesia apostólica armenia era hermana de la Iglesia tewahedo de Etiopía y de la copta, todas antiquísimas, orgullosas de su rechazo al diabólico Concilio de Calcedonia, que el resto de las ortodoxia oriental, hereje e insensata, había aceptado, y los arzobispos viajaban a menudo entre Armenia, Egipto y Etiopía, donde conocían cada ermita, a cada monje importante y cada monasterio. Axum era un pueblo en el norte de Etiopía; sus chozas de adobe se desparramaban bajo los deslumbrantes cielos africanos y albergaba en el centro la antigua iglesia de Santa María de Sion. Para mostrarles el destino de su búsqueda, el armenio extendió sobre el mostrador un antiguo mapa del mundo y comprobó que la aguja de la brújula había señalado el camino correcto: si trazabas una línea desde la isla de Hydra hacia el sur, exactamente en los 163 grados del compás, esta pasaba justamente sobre la gran isla de Creta y luego sobre Egipto, para deslizarse después a lo largo del mar Rojo, más allá de Eritrea, y llegar justo a Axum, en el territorio etíope de Tigray. Luego seguía descendiendo, dejando atrás, a la derecha, el Cuerno de Africa.

No te cabía duda sobre a qué parte del mundo tenías que dirigir ahora tus pasos: te esperaba el Africa desierta y salvaje, con leones, arenas infinitas, ídolos antiguos que te atacan con lepra y largas lombrices que se te meten por la piel y que el curandero te extrae enrollándolas lentamente en un carrete. Allá donde, sobre la tierra

reseca por el calor, los cielos cuelgan rojos como pétalos de amapola. La Madre África, la mujer de ébano con mil tetas de las que cuelgan sus hijas e hijos sedientos de su leche azulada. Tras siete años de vagar por el Archipiélago tenías que cruzar una vez más el mar de Creta y luego el mar de Libia para desembarcar, un mes después de tu estancia en Hydra, en las costas africanas, en Al Mamurah, junto a Alejandría. Desde allí, una barca de papiro te llevaría por el inmenso Nilo y luego por el Nilo Blanco, hasta Kusti, de donde partía el camino a Eritrea y luego hacia Etiopía. Por este camino serpenteante entre grandiosas montañas de cristal, desiertos con escorpiones como el brazo de un hombre y visiones de ciudades, batallas y procesiones volcadas en los cielos infinitos, avanzaste con la caravana durante dos meses, luego otro mes a pie, con solo cuatro compañeros, enfrentándote a indescriptibles peligros a cada paso, bebiendo vuestra orina cuando os quedasteis sin agua, sufriendo picaduras de moscas venenosas y masticando asqueados orugas, ranitas y arañas, hasta que, muerto de cansancio y pesando la mitad que en la partida, te derrumbaste junto al muro de Debre Tabor. Allí, los monjes negros, con sus vestimentas como el pistacho, la naranja y el azafrán, te hicieron persona de nuevo, cuidándote durante las tres semanas en que no tuviste consciencia.

En Al Mamurah, mientras tomabas café preparado sobre arena, con una espuma del grosor de un dedo que no tenía nada que ver con el que le preparabas, en aquellos tiempos desde los que parecía que hubieran pasado siglos, al señor Tachi —pues en ese ponías también afion, tras lo cual te lamías el polvo picante de los dedos—, encontraste el momento de escribirle tu última epístola a Sofiana, que llevaba un año sin responder, o bien su respuesta no había llegado hasta ti, y tu corazón se estremecía al pensar en la enfermedad o incluso, Dios no lo quisiera, en la partida de tu madre de entre los vivos.

> *Veneradísima y añoradísima madre Sofiana*:
>
> *Pasados los años y echando en falta mi alma durante tanto amargo tiempo tus ojos, pues no he podido inclinarme ante ellos como ante un icono, y habiendo envejecido yo entre desconocidos, siento muchas veces el deseo de olvidarme de los veleros, de mis riquezas y de mi grandeza solo por poder regresar en algún momento junto a tus faldas, por volver a ser tu mimado hijo, como lo fui en los más encantadores años de mi infancia. Pero no puedo, porque el tiempo corre hacia adelante y, como el agua del río, no regresa jamás. Nicodemo el de las Escrituras acudió al Señor de noche y le dijo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre?». Y Jesús le respondió que eso es solo posible gracias a la misericordia de Dios.*

Debes saber que gracias a Dios me encuentro bien de salud, algo que te deseo también a ti. Mi negocio va sobre ruedas y tengo buena fama en el Archipiélago, como si perteneciera a su raza, pues nadie me toma ya por extranjero, sino por un simple palicar *griego, cubierto de fortuna y de gloria. Y he ensartado con mis barcos las islas como en un hilo, y he comerciado con seda, marfil y jengibre, y no me queda sitio en la bodega para las sacas de dinero y las valiosas joyas, por cuyo peso se hunden los barcos hasta los caireles. Y Chiuner y Sisoe están conmigo, participan en el comercio y también ellos han prosperado como hijos de la fortuna, de tal manera que a veces me ronda la idea de que todo lo me toca se convierte en oro.*

Y al mencionar a Sisoe, que pintó todas las velas de los veleros del Archipiélago e incluso el tendal de azur celestial sobre nuestras cabezas, he recordado que en la isla de Samos volví a encontrar y a abrazar fraternalmente a Ionică, el hijo de la señora Marița, cuyas manos te ruego que beses de mi parte. Dile que Ionică está bien, es famoso entre griegos y turcos, un bey de Samos que hace mucho bien, pues aniquila a los piratas que se han multiplicado por los mares y levanta lazaretos en la isla, y por ello recibe muchas alabanzas. Recuerda, madre querida, cómo me disfrazaba del emperador Alixandru cuando era niño, a lomos de Bucéfalo, y coronaba a Ionică con varitas como si fuera el emperador Darío o el rey Por, y luego, ¡pobrecillo! ¡Ni tú, ni Marița, ni el pope podíais librarlo de mis manos! ¡Ay, ay, la luz del mediodía de Ghergani! ¡Ay, la nieve esponjosa que caía sobre los tejados! Nada la borrará de mi cerebro, como cuando moraban los judíos en otra época junto a las aguas de Babilonia, llorando amargamente al acordarse de Sion.

Me encuentro, madre, en la orilla de unas tierras extensas, en una isla gigantesca llamada África, llena de árabes bezudos, negros y extraños, como los de la historia de Kira Kiralina que me contabas en otra época, y de otras criaturas jamás vistas en tus libros: gente sin cabeza que tiene la cara en el pecho, avestruces y leopardos, gente partida por la mitad, con solo un brazo y una pierna, que atesora rubíes y zafiros en los intestinos; hormigas de tamaño humano y aves fénix; pigmeos que pelean siempre con las grullas y los camaleones, que, los pongas donde los pongas, adoptan siempre el color de alrededor; hombres que corren con las plantas vueltas hacia los talones y mujeres peludas como los cerdos, con ojos como estrellas… Aquí todo es al revés y al contrario que en nuestro país, y todo lo he visto con mis propios ojos, y doy testimonio de que es verdadero.

Tengo la intención de adentrarme en el corazón de estas tierras,

pues allí han construido los negros un reino lleno de oro y piedras preciosas que compraré con mis doblones o, si no quieren venderlo, lo ganaré con las pistolas, pues ardo en deseos de convertirme en su rey. En otra época el rey Severo de los romanos decía que él había sido de todo y nada había merecido la pena, pero yo creo que nada excepto el reino que tenía desde hacía mucho y que por eso no podía anhelar. En cuanto a mí, me asombra que un hombre pueda no querer ser rey, uno diminuto siquiera, de un pueblo corriente, si no señor del mundo entero. ¿Para qué vivir si no trepas hasta la cúspide, por encima de todos? ¿Si notas en la coronilla el pie de otro? ¿Cómo te sientes cuando ves a alguien por encima de ti que te mira desde la cumbre como a un eunuco y un impotente? ¿Acaso puedes seguir viviendo en este mundo? ¿Qué león joven, con la melena apenas crecida, no se levanta del polvo rojo para tumbar al león viejo, robarle las leonas y las crías y convertirse en el dueño de toda la manada? Con permiso del de Arriba, que fraguó mi reino desde que me encontraba en tu vientre, me verás enseguida señor de un país cristiano, más grandioso que todo lo imaginable, que recibe el santo nombre de Etiopía.

Antes de llegar a la orilla africana, fui a visitar, como durante tanto tiempo había anhelado, a Ingannamorte, del que hablan todos, pero al que pocos han visto con sus propios ojos.

Algunos dicen que es un dios pagano, otros que es solo un hombre, pero que jamás conocerá la muerte. He oído hablar de él casi cada día de los que he vivido entre griegos. Lo mencionaban, para bien o para mal, en las tascas, en las casas de putas, en el mercado, en las capitanías de los puertos, en las cárceles y en los veleros de los comerciantes. Se dice que cada palicar *e incluso cada mujer del Archipiélago debe verlo siquiera una vez en la vida.*

Pues este Ingannamorte vive en una isla flotante que cambia sin cesar de posición en el mar, así que lo encuentras unas veces entre las islas Jónicas, otras en las Cicladas, en las Espóradas o en el Dodecanese, donde se muestra solo al mediodía, cuando el cielo y el mar son casi del mismo color, el de la turquesa. Entonces ocurre que los navegantes ven una isla amarilla, como de cristal ahumado, que se refleja en las aguas tranquilas. Sobre ella hay siempre una nube enrollada, como de plata, sobre cuyo borde asoman los ángeles, ahuecando sus plumas. En esa isla está Ingannamorte, el que ha escrito todos los libros.

Es tan viejo como el mundo, con una barba hasta las rodillas. Se levanta las pestañas blancas con el cayado para poder mirar. Está envuelto en seda carmesí y en los pies calza zapatillas de piel de serpiente. Se sienta encorvado a la mesa, con la pluma en la mano, pues sobre la isla caen sin cesar las plumas de los ángeles, de

todos los colores, y no hace otra cosa que escribir, ennegreciendo el papel con la tinta de sepia del tintero que tiene delante. Y las hojas, una vez escritas, las lanza al viento: unas caen al mar, otras son arrastradas por el bóreas hacia tierras lejanas, otras las recogen los marinos en la cubierta de las goletas y las bricbarcas que cruzan los mares. ¡Qué maravilla hacerte con una de ellas! ¡Qué dulces versos descubres, escritos con un cálamo celestial!

Solo que tu deber empieza justamente ahora, pues en esas hojas pone que, cuando las encuentres, tienes que escribirlas punto por punto también tú diez veces, pues de lo contrario la furia de san Antón te atrapará, y tus hijos morirán, y tu fortuna será expoliada, y en tu cuerpo aparecerán bubas negras. Pero si las escribes diez veces, todas las bendiciones de los santos anacoretas te arroparán esa misma semana, y verás el rostro de Dios y *no volverá a faltarte nada jamás en este mundo, mientras que en el otro alcanzarás la vida eterna. Luego tenías que desperdigar también tú tus hojas, como un Ingannamorte de segunda mano. Vendrían otros Ingannamorte de tercera, que copiaban diez veces cada una de tus hojas y también ellos las diseminaban por las islas, para que las encontrara un Ingannamorte de cuarta mano, de quinta, de sexta, de centésima y de milésima, en un torbellino de hojas que se vertían por el mundo hasta el infinito, amenazando con cubrirlo con una nevada de papel.*

Temblando por miedo a las maldiciones, pero también ansiosos de bendiciones, los que encontraban las hojas las escribían diez veces, pero no idénticas a las primeras, sino con errores, pues se trataba sobre todo de gente sin mucha educación, así que en la duodécima copia el significado de la página empezaba a cambiar, y *en la quincuagésima se convertía en algo completamente distinto, a veces en palabras sin sentido, otras veces en profecías que ponían los pelos de punta, pero sobre todo en relatos, polvo de relatos, relatos innumerables, que se construían solos, gracias a los infinitos errores acumulados… Leyendo y copiando luego diez veces un relato, la prostituta lo modificaba a su imagen* y *semejanza, según las historias que la hacían feliz, con amor y lágrimas, mientras que el marino incluía algunas historias sobre el mar, con veleros que se enfrentaban entre las olas. El mendigo deploraba el destino del hombre en la faz de la tierra, semejante al de Job en las Sagradas Escrituras, y la reina hablaba sobre coronaciones* y *chismes de alcoba. Cada uno incluía en el lugar de la historia antigua su propia historia, la historia de sus mares* y *sus cielos; luego la copiaba de nuevo diez veces, con errores voluntarios e involuntarios, y la difundía a su vez por el mundo.*

Al cabo de los siglos, las hojas del comienzo se convertían en

gruesos volúmenes, en los cuales algunos copistas, llevados por el pecado de la soberbia, garabateaban su nombre y les daban un título, aunque estuvieran escritos por todos, y así aparecieron en el mundo la Odisea *de Homero*, Dafnis y Cloe *de Longo, la* Comedia *de Dante y la* Historia de Alixandru Machidon, *que me leías en medio del aullido del viento en la chimenea de Ghergani y, para cerrar el bucle, el divino* Odiseo *del bardo de Éire. Y muchos más, miles y miles, pues no hay texto en este mundo que no haya nacido de las manos de Ingannamorte.*

Tras todos ellos, como a un despojo, el viejo se me apareció también a mí. Navegábamos en el Pséma *en el fuego del mediodía. Los mástiles no arrojaban sombra, pues el sol estaba en el cénit de la bóveda. Las aguas eran como de aceite, sin olas. Un silencio sepulcral descansaba sobre ellas. Entonces divisé la isla y, con el corazón a punto de reventarme las costillas, bajé la barca al agua. Remé hasta la roca de cristal amarillento y atraqué en la orilla. Subí y lo vi. No se encontraba ante su escritorio, pues todos los libros habían sido ya escritos. En la mesa distinguí un montón de hojas recién terminadas, a la espera de una ráfaga de viento que las dispersara por el mar. En el encabezamiento de las hojas decía* Theodoros, y *me estremecí: ¿era yo real o vivía en aquellas hojas? ¿En qué parte me encontraba?*

Ingannamorte estaba más arriba, en la cima de la colina, y *era idéntico a lo que había oído decir de él, solo que esta vez se mostraba erguido, de pie, abrazando con firmeza un gran poste de mármol. A su alrededor fiuía el tiempo, como un viento devastador, arrastrando consigo todo lo de este mundo. Todo pasaba, todo fiuía, todo se escurría como la arena en el cedazo. Solo Ingannamorte se aferraba al poste del centro del mundo, al Eje, y no envejecía, y no se encaminaba hacia la muerte. Era lo único inmóvil en el mundo siempre pasajero. Solo sus cabellos blancos y sus ropajes ondeaban en los terribles vientos del destino. Esa estampa la guardaré para siempre en mi corazón.*

Con estas palabras concluyo también yo mi epístola, confiando en que sus líneas te encuentren bien de salud. ¡Envíame una respuesta cuanto antes, pues grande es la zozobra que me acecha al pensar en ti, querida madre! Que la Virgen te ampare y te proteja de todo mal en este mundo.

Tu amantísimo hijo,

Theodoros

30

Desde que tienes uso de razón has sido un hombre sanguinario, Theodoros, has despreciado la vida humana y te has alimentado con el sufrimiento de tu prójimo. Has comido con sangre y has bebido sangre, y por ese motivo tus oraciones no han sido aceptadas, pues la vida de cada criatura está en su sangre. Esta se reclamará, al final de los días, de las manos de los asesinos, como atestigua la visión de san Juan, que, en la isla de Patmos, con el Espíritu susurrándole al oído, escribió el *Apocalipsis*:

> Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz: «¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?». Entonces se le dio a cada uno un vestido blanco y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el mundo de consiervos y hermanos que iban a ser asesinados como ellos.

Pero fue sobre todo después de aferrarte al trono de la sagrada Etiopía y de que tu corazón se ennegreciera tras la muerte de Paloma cuando tu sed de sangre, de aullidos de los torturados y de asqueroso desenfreno rebasó todo límite. Incapaz de soportar el tormento de una soledad incurable, pues Tewabech Ali había sido durante unos años tu mundo y tu luz, mientras que ahora vivías ciego y sin mundo a tu alrededor, te hundiste enseguida en el alcohol y en el fuerte afion traído de China, y en un salvaje acoplamiento, noche tras noche, con varias mujeres a la vez, buscando en vano el más valioso regalo entregado a los mortales por la Providencia, el bendito y piadoso olvido. Pero el olvido no se posó jamás en tu corazón, sino que dejó que este bullera de tijeretas y de arañas.

El olvido lo buscaste no solo en la embriaguez de los sentidos, sino también en las hazañas guerreras, pues enseguida descubriste que es más fácil conquistar un imperio que mantenerlo íntegro y unido bajo tu bota. Etiopía conservaba aún, profundas y sin cerrar, las heridas de

los terribles tiempos de Zemene Mesafint en los que, durante un siglo, su cabeza negra luchó contra sus piernas, sus brazos golpearon su vientre con violencia y sus dientes blancos y fuertes desgarraron sus venas. Tampoco ahora los miembros se sometían a su cabeza, sino que cada uno quería tener su propio cerebro que le dijera qué debía hacer. Después de llorar durante meses enteros a Paloma, abrazado a su padre, Ras Ali, aún más desesperado y más roto de dolor que tú, vestiste de nuevo la cota de malla y procediste a la conquista de tu propio país, una ardua tarea que exigía grandes sacrificios de sangre, pues tus huestes, poco a poco, habían olvidado su aspecto deslumbrante y el orden de otra época. Los uniformes azules británicos se habían ajado en las batallas y en las tormentas de arena y habían perdido, bajo el implacable sol africano, toda huella de color. Las banderas verdes-amarillas-rojas con el león invicto se habían convertido en harapos al cabo de dos o tres años, y los rifles modernos, a falta de engrasado y de relleno, se atascaban tras el primer disparo y solo servían como garrotes, empuñados con firmeza por el cañón. Poco faltaba ya, en la época en la que decidiste someter Saba, para hacerlo con tu antigua banda de ladrones, con cuchillos entre los dientes y pistolas en el cinto, incapaces de obedecer en el campo de batalla y desconocedores también de las leyes de la guerra, que exigían la compasión por los caídos de rodillas para pedir perdón.

Decenas de veces le habías escrito a la reina Victoria para que te siguiera enviando ayuda, para que no te dejara pudrirte en tu territorio olvidado por el mundo, pero después de cada epístola te veías, al cabo de varios meses, con otro inservible regalo imperial: pañuelos bordados, flautas de ébano, cajas con mariposas prendidas con alfileres al satén arrugado, catalejos de bronce, anillos de piedras vulgares o pájaros mecánicos que funcionaban con cuerda. Y ninguna palabra escrita que los acompañara, como si la reina, a la que odiabas cada vez más en tu fuero interno, fuera muda e insensible como una piedra. En tu pensamiento, y aullando muchas veces entre cuatro paredes, no dejabas de llamarla perra hereje, infame y traidora, pues todas tus esperanzas descansaban en ella, ya que los ingleses eran los más poderosos del mundo.

Le enviabas también, junto con las cartas con que la acosabas cada mes, collares de dientecitos infantiles, pendientes de antiguos *¡cosan* de oro, metros y metros de hilo transparente para los vestidos y las colas que imaginabas que vestía, enormes escarabajos como de metal verde, tan pesados que no podías sostenerlos en la mano, así como colmillos enteros tallados con maestría en los que se representaban veleros o damas con un unicornio. Te costó decidirte a enviarle también una de los cientos de cruces de cristal caídas del cielo en la provincia de Gojjam tras un rayo repentino, una de las cuales llevabas

tú mismo al cuello, prendida con un cordón de piel de jirafa, porque la mujer que dominaba los mares y los continentes habría podido, con la iniquidad de su fe, utilizarla para quién sabe qué herejías y llamamientos del Diablo en un intento de alcanzar la eterna juventud.

Sin confiar ya, desde hacía un tiempo, en la amistad de Victoria, te lanzaste hacia el Mediodía para someter el indómito territorio de Saba, que no solo no reconocía tu corona, sino que mostraba asimismo la insoportable soberbia de alardear de que sus señores, desde la antigüedad, desde tiempos de Menelik, el hijo de la reina Makeda, tenían sangre salomónica, mientras que tú, el rey de Magdala, afirmaban con descaro, no eras sino el hijo de una vendedora de *kosso*, el hombre más miserable de la tierra. Incluso su rey, Haile Melekot, te llamaba solo Lombriz, según tus espías, algo que te hacía echar espumarajos por la rabia y maldecir durante horas en rumano a todos los dioses y la raja de su madre, pues todo el mundo sabía que el sabeo era un hombre famoso y muy valiente. Por eso ansiabas encontrártelo en la batalla y aplastar su mejilla con tu bota. En tu cabeza, que se iba colmando de miseria cada día que pasaba, te consolabas ya entonces con la idea de que lo meterías en un calabozo, bajo los suelos de piedra de Magdala, con varios árabes bujarrones que, ante tus ojos, lo vejarían día tras día y hora tras hora hasta romperle el agujero entre las nalgas.

Así que inmenso fue tu dolor al conocer que, mientras tu ejército cruzaba la frontera con Saba y llegaba a las tierras de Menz, Haile Melekot moría de hidropesía, después de haber sufrido, con el vientre duro como un tambor, durante dos meses. A raíz de su muerte, sus guerreros regresaron a casa y no tuvo lugar ninguna batalla. Pediste que lo exhumaran a los ocho días de su entierro y contemplaste, tendido como estaba en una mesa cubierta con una mortaja azul, el cuerpo del que brotaban ya pálidos tallos de hierba, y su rostro con los ojos vacíos, devorado por los escarabajos de caparazón marrón.

Lloraste largo tiempo junto a él, no de pena, sino porque a Melekot deberías haberlo conocido en la batalla para arrebatarle el estandarte de las manos, y la vida de sus fosas nasales, y su orgullo de rey salomónico. A tu regreso a Magdala, el cadáver del rey fue instalado, siguiendo la costumbre etíope, en un poste de cristal y así permaneció, de pie, en tu salón del trono, hasta la caída de la ciudadela; y después de que tú te volaras los sesos con la pistola de Victoria, el poste fue trasladado al Victoria and Albert Museum de Londres, junto con otras curiosidades robadas en tu ciudad real.

Las dos reinas de la estirpe de Menelik, Zenebework y Bezabish, de las que se decía que estaban casadas con unos perros enormes, sagrados como los ídolos, se presentaron en Debre Birhan, con las cabezas rasuradas y los pechos cubiertos, para postrarse ante ti, pero

no les dedicaste siquiera una mirada, pues unos pasos detrás de ellas venía una joven de una belleza inverosímil en esta tierra, blanca como la leche y envuelta en una melena dorada que dejaba al aire tan solo los pezones de sus pechos, descubiertos con el orgullo de una reina verdadera. La mujer blanca, una antigua esclava vendida en Etiopía por los bereberes, había llegado doce años antes, cuando era solo una niña, a la corte real de Debre Birhan y luego al lecho del rey Haile Melekot, que, asombrado por la dulzura de sus abrazos, la tomó también por esposa. Era ahora su viuda y caminaba alta y erguida siguiendo los pasos de las reinas más mayores. Con los párpados entornados, brillaba entre los negros de alrededor como un poste de luz, te arrebataba la mirada y te hacía perder la cabeza a pesar de tu abatimiento por la inolvidable Paloma. Una vez ante ti, que estabas orgullosamente sentado en el trono bañado en oro, también ella se postró con una profunda reverencia, revelando la forma ondulante de su cuerpo, de hombros estrechos y amplias caderas, el cuerpo de una mujer hecha y derecha, solo leche y miel, como todas las tierras prometidas. Al inclinarse, los últimos rizos de su cabello se extendieron por el polvo, del que conservó luego unos granos anaranjados. Cuando volvió a incorporarse, le preguntaste quién era y entonces te miró fijamente a los ojos. Quedaste fulminado, pues sus ojos eran azules como los mares del Archipiélago, azules como la turquesa, límpidos como una lágrima, unos ojos que no habías visto nunca antes. La reina se llamaba Tidenekialish y sus recuerdos de cuando era niña la llevaban hasta un territorio del norte con casas rosas y azules llamado Funen, donde recibía el nombre de Benedikte, cambiado más adelante por los bereberes que la secuestraron en Akilah. La dejaste partir entonces, pues te encontrabas ante todos los parientes directos del rey, pero preparaste una tienda solo para ella y se te hizo eterno el transcurrir de la tarde hasta poder abrazar aquel cuerpo blanco como las nubes de verano, que te atraía como no lo había hecho otro jamás. A los demás sabeos los enviaste a Magdala, al calabozo, junto con sus riquezas, destinadas a llenar tu tesorería. Solo dejaste libre al hermano del rey, Haile Michael, para que gobernara Saba como Merid Azmatch, es decir, virrey, sin otra potestad que recaudar el tributo que Saba debía entregarte a partir de ahora.

Deseaste a Tidenekialish como reina, pero ella no te deseó a ti. Ya desde que era la esposa de Melekot, aquella reina blanca había vivido en secreto con un hombre valiente y atractivo, el jefe de la guardia del palacio real, y este, al ver el deseo en tus ojos y sabiendo que la mujer que amaba estaba perdida si permanecía en Etiopía, la sacó de Debre Birhan aquella misma noche, antes de que tú la profanaras, y partió con ella en una huida desesperada hacia Kordofán. Allí la vistió con un burka negro que cubría por completo su cabeza y su cuerpo,

incluso los ojos con un tul oscuro, pero transparente. En vano enviaste tras sus pasos a veinte jinetes armados: no consiguieron dar con su pista, pues dos niños negros, de cabello rizado, pagados por el jefe de la guardia y apostados en la entrada del pueblo de Ughaybish, les mintieron diciendo que los fugitivos se habían dirigido hacia el norte, en lugar de hacia oriente, donde se extendía, oscuro como el espinazo de los tiburones, el mar. En el puerto de Massawa del golfo de Zula, embarcaron ambos en un caique árabe con una sola vela, llamado *Kamari*, y navegaron hacia arriba, al mar Rojo, durante diez días, hasta Eilat. En medio del mar, bajo el cielo florido, cubierto de los lirios perfumados de miles de estrellas, se amaron por primera vez libremente, noches y noches, y la mujer liberó por fin sus gritos de amor bajo el hombre, unos gritos incontenibles, desde las entrañas, que en la alcoba del palacio real había sofocado mordiéndose los puños hasta hacerse sangrar.

Pero en Eilat, en tierra egipcia, había cólera, y el hermoso joven cayó enfermo y se apagó en tan solo una semana, con el rostro chupado y los dedos como palillos de piel arrugada; Benedikte-Akilah-Tidenekialish-Mariam (como habría de llamarse a partir de entonces) se quedó penando tres meses en Egipto hasta que no pudo llorar más, y luego, con los ojos secos y el corazón endurecido para siempre, reanudó su viaje con un grupo de peregrinos hasta Jerusalén, donde encontró refugio en el monasterio etíope del Santo Sepulcro. Sería monja en aquel convento durante una larga vida en la que nadie averiguaría que la hermana Mariam, blanca como la leche, una niña de las tierras danesas del fin del mundo, había sido en algún momento reina en la antigua y desdichada Etiopía. Al cabo de los años, Mariam conocería, en el monasterio ortodoxo del Santo Sepulcro, situado en las cercanías, a la anciana monja Saschia, una griega de Tinos, del Archipiélago, con la que pudo departir con frecuencia durante largas horas, sin que se le pasara siquiera por la cabeza que se trataba de Sofiana, la madre de aquel que había llegado a ser rey de Etiopía y que la había perseguido, expulsándola del país donde había sido reina. Agotada por la espera y tras haber oído hablar finalmente sobre tus verdaderas hazañas, que le habían clavado espinas en ese corazón rebosante de amor por ti, Sofiana había entregado su vida a Cristo y acabaría sus días en Jerusalén, un año antes de tu muerte. En sus últimas horas, atendida por un sacerdote y con la candela encendida junto a la cabecera, rezaría ardientemente por la salvación de tu alma.

Al descubrir la traición de los niños de Kordofán, en tus ojos crueles brotó una furia sin límites, como había brotado la lepra en la frente de Ozías cuando, llevado por la irreflexión, quemó el incienso prohibido ante el Señor. Sin pensártelo, y a pesar de las súplicas de Ghiuner, del arzobispo y de otros cortesanos, llevaste contigo un

grupo de soldados, penetraste en el reino negro de Kordofán y arrasaste el pueblo de Ughaybish, formado por unas treinta chozas de paja, donde había tenido lugar la traición. Tus soldados irrumpieron en las chozas, reunieron a todos los niños, desde los bebés acarreados por sus madres a la espalda, envueltos en mantos de colores, hasta los jovencitos y jovencitas en las puertas de la iniciación, y los llevaron a tu presencia, entre los gritos desesperados de las madres que, revolcándose en el polvo rojo del camino, te suplicaban compasión. Ni siquiera habías descabalgado cuando diste la orden, y permaneciste en tu silla de montar, erguido y rígido como un demonio de la venganza, hasta que esta fue cumplida. Los niños menores de cinco años fueron sacrificados al momento, acuchillados o ahogados por brazos vigorosos, y arrojados luego unos sobre otros en un montón de pequeños cadáveres. Los demás, que superaban los cuarenta, fueron empujados a una choza y los soldados entraron tras ellos. Lo que sucedió allí no se sabe, y la mente no puede imaginarlo sin estallar hecha añicos, pero enseguida los gritos de las víctimas violadas y torturadas se volvieron insoportables incluso para ti. Al cabo de dos horas infernales, los hombres con uniformes de guerra empezaron a salir, ensangrentados y exhaustos, con la mirada turbia y la baba escurriéndose por la barbilla, y, cuando todos estuvieron fuera, de la choza no salió nadie más. Algún que otro gemido apagado mostraba que quedaba todavía una gota de vida en un cuerpo martirizado. Después prendieron fuego a la choza, mataron a los vecinos que te habían atacado con las manos y, sin permanecer allí ni una hora más, regresasteis a Debre Birhan, donde la primera noche diste vueltas y más vueltas entre las sábanas pensando en Tidenekialish. A pesar del sacrificio de los bebés, tu furia no se había aplacado.

No soportabas quedarte en Saba y aquella misma semana regresaste a Magdala, donde asesinaste a todos los prisioneros sabeos, familias salomónicas con mucho más derecho que tú al trono de Saba y al del país entero. Murieron entre suplicios, con los ojos arrancados y los pechos cortados, las dos reinas; y los dos hermanos del antiguo rey se desangraron hasta la muerte tras cercenarles los pies y las manos. Así comenzó tu decimotercer año de reinado, en el que las torturas, los asesinatos y los abusos se sucedieron sin cesar, inclinando los platillos de tu balanza hacia la maldición de las gentes y el fuego inextinguible de la Gehena.

El sacrificio de los niños de Kordofán se conoció enseguida en todo el mundo, pues eran los años en que David Livingstone atravesaba África de poniente a levante por los ríos Congo y Zambeze, en busca de las fuentes del Nilo. Y sus historias desde el corazón del África negra eran ampliamente publicadas en las revistas de la época, en las que unos burdos grabados representaban a temerarios exploradores

apuntando con sus carabinas a los salvajes caníbales. India y África estaban en boca de todos, especialmente en las de los británicos, que no comenzaban el día sin el periódico abierto de par en par sobre los huevos con beicon y la taza de café, imaginando cada uno ser un Phileas Fogg que daba la vuelta al mundo en tan solo ochenta días, iluminando a los nativos e impartiendo justicia. *The Daily Telegraph*, fundado hacía apenas dos años, había publicado los primeros rumores sobre la masacre, retomados y actualizados casi de inmediato por *The Guardian*. La indignación en Wall Street fue unánime. Eras retratado ahora como un tirano sangriento, asesino de niños, indigno de la atención y la benevolencia mostradas por la reina Victoria, que había visto en ti, ingenuamente, a un posible aliado del Imperio. Informada por Palmerston sobre tus infames atrocidades, desde el asunto de los niños de Kordofán hasta la masacre de los parientes del rey de Saba, considerados ambos como hechos de una crueldad demente, sin un ápice de justificación política, la reina interrumpió todo contacto contigo: cesaron también sus ridículos obsequios, los abalorios y los espejitos, con los que te había provocado más irritación que alegría. A partir de ahora, para el Imperio británico no eras ya una esperanza, sino más bien un proscrito, algo que para ti significaba, aunque no quisieras reconocerlo, la amputación de las alas rapaces de tus desmesuradas ambiciones. La carta de protesta enviada por la cancillería imperial, con la firma del primer ministro, te sacó tanto de tus casillas que, después de que te la leyeran en el salón del trono, se la arrancaste de las manos a tu consejero y corriste con ella al excusado. Allí, tras aliviarte, te limpiaste el trasero con la misiva real y la arrojaste con el pipí y la caca al agujero, rebosante de lombrices. Tu odio a la reina y a los ingleses, vivo ya desde la época de tus andanzas por el Archipiélago, se volvió ahora manifiesto y se convirtió en política de Estado.

Qué diantres, podías arreglártelas incluso sin ellos, pues un rey puede conseguir todo lo que se propone, y si le ordena a la higuera que se plante en el mar, ella sacará sus raíces de la tierra y correrá hacia la orilla más cercana para plantarlas en la carne transparente de las olas y dejar que los pechos dulces y morados de los higos se reflejen en el agua. En el mundo no había sino un milagro: que habías llegado a ser rey, uno de verdad y no en sueños vacuos, y desde entonces nada podía oponerse a ti. Si lo desearas, podrías tocar la luna con el dedo, podrías hacer que un cayado diera hojas y almendras durante la noche y podrías soportar el veneno de las víboras sin que te matara. ¿Qué era el miserable Imperio británico, con todas sus líneas marítimas, con todos sus ejércitos y colonias y sus diabólicos inventos, qué era una pobre reina con bonete en comparación contigo, Tewodros II, Emperador de Emperadores, Esposo de Etiopía y

Prometido de Jerusalén, *Moa Ambassa ze imnegede Yehuda*?

Así que, tras encarcelar a todos los que pudieran ser tus rivales, desde el joven imam Amede Bashir de Wollo hasta los príncipes de Gojjam, Tigray y Gondar, fomentaste, con tus propios medios, la prosperidad del país, y en los años que siguieron construiste carreteras que unían las grandes ciudades, diques que evitaban las inundaciones del Nilo Azul y de los ríos Atbara y Giba, fábricas de armas, tejidos y curtidurías como la de Gaffat; y en el lago en forma de T en el corazón de Tana, el ojo maravilloso y cristalino de Etiopia del que brota la lágrima del Nilo Azul, hiciste navegar un barco diferente al resto de los barcos del mundo, pues no era empujado por velas ni por vapor, sino por viajeros que tenían que pedalear sin cesar para mover, solo con la fuerza de sus piernas, las decenas de hélices subacuáticas. El barco, llamado *Desita*, iba desde Bahir Dar hasta Mendaba, cruzando las aguas de un amarillo verdoso de Tana de sur a norte, pasando junto a la boscosa isla de Dek, en medio de la cual se elevaba el monte Abora. Un poeta de los ingleses había escrito que, con el canto de la cítara, al alba, de una doncella etíope como tallada en ébano, desde la cima de la montaña se elevaba hacia el cielo una inmensa cúpula del placer, soleada y llena de grutas de hielo, que flotaba sobre el lago y lo iluminaba hasta las profundidades. Contra esa cúpula de cristal, rebosante de cuerpos desnudos de hombres y mujeres que disfrutaban del goce del acoplamiento, se hizo añicos el *Desita* cuando los numerosos viajeros, pedaleando demasiado fuerte un día nefasto, hicieron que el barco se elevara orgulloso de entre las aguas y chocara de lado contra el cielo de zafiro, encontrando, en una visión entrelazada de cielo e infierno, la muerte.

Junto a estos esfuerzos por el bienestar del país, muchos de los cuales fracasaron debido a la pobreza y la falta de instrucción del pueblo, recordaste también la promesa realizada al arzobispo Abume Sellama tras la batalla de Dirasge y pusiste en marcha la persecución implacable de los herejes y los mahometanos, que, como chinches perezosas, ensuciaban y profanaban la santa Iglesia etíope tewahedo, en la que ni tú mismo creías, pues respetabas en secreto la fe de tu madre, Sofiana, y la de la Valaquia de tu juventud. Pero en todo tu reino convertiste las cruces en carros de guerra y a Cristo en un general a tu servicio, trabando firmemente los asuntos de arriba con los de abajo, la Iglesia y el poder, de tal manera que fueran solo uno, como una telaraña en medio de la cual, gordo y venenoso, estabas arrellanado tú mismo. Te asombraban muchas veces las menudencias que enfrentaban a las religiones, incluso entre cristianos que deberían considerarse hermanos. Ninguno de ellos sabía quién era su prójimo, nadie sabía sacar primero la viga de su propio ojo para poder sacar luego la paja del ojo ajeno. Utilizaste la Iglesia y la Iglesia te utilizó a

ti, tú la adornaste con capas de oro e iconos con perlas en el iconostasio, ella te adornó con una santidad más indecente a medida que tus actos se volvían más salvajes. Finalmente, sacrificaste también la Iglesia cuando te resultó conveniente, humillándola como lo habías humillado todo, empezando por el reino de tu propio cuerpo, que pasó en poco tiempo de templo del Señor a nido de bandidos.

La grandiosa Iglesia negra de Etiopía era antiquísima, al igual que la copta, la armenia y la siríaca, y ninguna de ellas había caído en las diabólicas trampas del Concilio de Calcedonia, el cuarto de la cristiandad, celebrado durante el reinado de Teodosio II y del papa León, que acabó llamando a aquel concilio *Latrocinium*, es decir, baraúnda de ladrones. Y eso es lo que fue, pues el concilio decidió de manera embustera y herética que Cristo tiene dos naturalezas distintas, de Dios y de hombre, y que en unos momentos de las Escrituras él se comporta como hombre y en otros solo como un Dios, sin que Sus naturalezas se mezclen jamás. Y este terrible error era defendido como verdadero también en las Iglesias ortodoxas griegas y rusas, y en el obispado de Alejandría, y entre los papistas, y entre los protestantes, que tomarían juntos el camino al infierno sin posibilidad de perdón. Mientras que las demás Iglesias, antiguas y sabias, y sobre todo la etíope, decían en verdad y con claridad: el Señor Jesucristo es Dios, la Palabra encarnada. Él contiene la Divinidad plena y la humanidad plena. Su plena naturaleza divina se une a Su plena naturaleza humana y son imposibles de separar. En consecuencia, en todos Sus actos recogidos en las Escrituras, Él se comporta por igual y al mismo tiempo como Dios y como hombre. De ahí el nombre de la Iglesia etíope, Tewahedo, que significa «unión».

Solo que esa unión indisoluble entre lo divino y lo humano, que convertía a Cristo en el nuevo Adán, hijo del cielo y de la tierra, que había penetrado en su naturaleza de rey del universo que iluminaba el cosmos con el rayo de Su rostro, era puesta en tela de juicio por algunos demonios llamados Qibat, es decir, hombres de la unción, pues ellos defendían que Cristo había nacido hombre y había sido un simple carpintero de Nazaret hasta que la paloma del Espíritu Santo descendió sobre él en el Jordán, cuando fue bautizado por Juan Bautista. Entonces el pico del pájaro sagrado debió de liberar sobre Su coronilla, como una gota nacarada, la unción por la cual Él se convirtió en el Mesías, el Hijo del Altísimo. Y otros descarriados llamados Tsega, que quiere decir «benevolencia», sostenían que el carpintero de Nazaret había adquirido su naturaleza divina solo cuando los cielos se abrieron sobre el Jordán y se oyó una voz en el vacío: «Este es mi hijo amado, en quien me complazco», pues en aquel instante de una luz incomparable el Padre adoptó al Hijo con la bendición del Espíritu Santo. Estaban también los que se hacían llamar

Sost Lidet, es decir, «tres nacimientos», que mentían de manera descarada e infame diciendo que Cristo había nacido una vez del Padre, en la Creación del mundo, otra vez de la Virgen María en el Nacimiento en el pesebre de Belén, y la última vez en el bautismo de Juan Bautista, junto a Betania, al otro lado del Jordán, que se conoce hoy con el nombre de Wadi.

Durante cinco años arrancaste de raíz las terribles insensateces que abrasaban las mentes de los creyentes y los convertían, según las palabras de tu Iglesia, en hijos de la perdición. Tus jinetes irrumpían en Gojjam, Saba y Gondar, en pueblos infestados por la peste de las herejías, y asesinaban sin piedad no solo a los que se habían alejado de la Iglesia tewahedo, sino que, como en los viejos tiempos cuando los judíos conquistaron el país, acababan con todas las almas, no dejaban con vida ni hombres, ni mujeres, ni niños, ni ganado, ni aves; pisoteaban incluso los nidos de hormigas, sin duda herejes también ellas, pues se habían asentado en aquellos lugares demoníacos. No quedaba piedra sobre piedra en aquellas aldeas de chozas de paja, y nadie podía mentar a partir de aquel día sus nombres. Y los cadáveres los clavaban a los árboles, de pie, descabezados todos.

Esas aldeas sin casas, en cuyos montones de escombros hacían su nido el erizo y la lechuza, llenos de cadáveres sin cabeza, espantaban mortalmente a los pocos viajeros, misioneros sobre todo, que se atrevían a recorrer la ensangrentada y triste Etiopía, cuyo pueblo añoraba ahora la era de Zemene Mesafint, recordada, a pesar de su terrible hostilidad, como mejor y más pacífica que la tuya.

Con la espada en una mano y la cruz de madera de olivo torcida en la otra, recorriste infatigable tu reino de un extremo al otro, hasta que la espada se te quebró en la mano derecha y la cruz de la mano izquierda se rompió como un trozo de madera podrida, como lo había estado desde el principio, pues en aquellos tiempos uno de cada cinco hombres era sacerdote, y la mitad de las tierras eran o bien Seeso, o bien Gedam, es decir, haciendas monacales más o menos grandes, y nadie de la gran hueste del Señor pagaba el diezmo, bien al contrario, chupaban de la fortuna del empobrecido país como garrapatas, alimentándose de la espesa sangre de oro y de plata que debería sustentar a los ejércitos. Después de que Abune Sellama, el todopoderoso arzobispo, te elevara a los cielos por el cuidado que habías puesto en la pureza de la fe tewahedo, también él, al cabo de unos años, te hundiría en el infierno por haber osado tocar las riquezas de la Iglesia, como no había hecho ningún emperador en el mundo desde que los trescientos dieciocho santos padres ortodoxos escribieron el *Kebra Nagast*. Pues después de tan solo tres años de reinado, al ver que las revueltas contra tus abusos se multiplicaban por todas las regiones bajo los deslumbrantes cielos de Etiopía y que el

ejército se degradaba y su lealtad, a falta del saldo que quedaba por pagar, mermaba cada día, te abalanzaste sobre la Iglesia, despojándola de sus tesoros e incluso de sus sacerdotes, ya que redujiste su número a un cuarto de cuantos llenaban los monasterios bajo la tierra, excavados en roca, y a los demás los expulsaste al desierto, donde murieron de hambre bajo sus libros, despedazados por las hienas y maldiciéndote con sus últimas fuerzas.

Lo que más te había enfurecido era que esos sacerdotes negros como el betún, envueltos en sábanas verdes, azules y anaranjadas, se despojaban con devoción de los turbantes cuando, una vez al año, el sacerdote elegido penetraba en el Sanctasanctórum, pero cuando se presentaban ante ti, que te llamabas ahora Arzobispo vitalicio de la santa Iglesia tewahedo, para humillación de Sellama, se mostraban altivos, no se descubrían y a duras penas se dignaban a inclinarse ante tu magnificencia. Porque cada uno de ellos, pensabas tú, incubando la indignación en tu cabeza día y noche, sabía que eras el hijo de la vendedora de *kosso*, y solo lombriz, lombriz, lombriz te llamaban a solas, riendo con sus bocas desdentadas y haciendo signos de desprecio con sus dedos finos y pellejudos como palillos. El terrible día 19 del mes de Ter, cuando se celebraba el Temqet, es decir, la Epifanía, el concilio de sacerdotes que se había presentado en la sala del trono te pareció (pues te habías despertado boca abajo tras soñar con desollamientos) más altivo y más desagradable que de costumbre, y sus turbantes púrpuras y anaranjados te parecieron más grandes y más abultados, como para fastidiarte. Tres veces te mordiste los labios para dominar la furia que crecía en tu interior como un niño con cabeza de buey de esos que, al nacer, auguran terremotos e invasiones, pero finalmente, ante la mínima expresión de desprecio de aquel grupo abigarrado como un pájaro variopinto, te pusiste a bramar como loco, lanzando desde tu cerebro ensangrentado la orden que nadie podría olvidar después.

Porque en un instante, rojo de furia, recordaste los relatos de tu madre sobre un señor valaco de otro siglo, que les clavó los turbantes a los mahometanos de la delegación turca porque se los habían quitado en su presencia. «¡Traed clavos!», dijiste a voz en grito, y, cuando llegaron los clavos grandes y rectos sobre unos cojincitos de terciopelo, agarraron al sacerdote de más alto rango, lo crucificaron allí mismo, en el suelo, entre los suyos, y le insertaron un clavo a martillazos en medio de la frente, a través del hilo del turbante, hasta que la punta, tras atravesar el cráneo entero, se clavó en la baldosa de malaquita del suelo y la melló para siempre. Los demás sacerdotes, apresados por los soldados, habrían corrido la misma suerte si, milagro de milagros, su jefe no hubiera seguido con vida, íntegro e indemne. Ni una gota de sangre brotó de la terrible herida y era

evidente que, al pasar justo por el centro del cerebro, el clavo no le había afectado: tirado allí mismo, a tus pies, ajado como un cadáver, el sacerdote, cuyo manto se había abierto y mostraba su pecho enjuto, cubierto de vello blanco, empezó a hablar en lenguas humanas y angelicales que hacían retumbar la sala del trono, y los soldados dejaron marchar, con el vello erizado, a los sacerdotes, y tus consejeros cayeron de rodillas, y tú mismo te viste por un momento tal y como eras: uno de los ángeles caídos del cielo, cubierto ya de piel roja y con cuernos, pezuñas y rabo, como los habías visto pintados, de niño, en las paredes de la pequeña iglesia de Ghergani. Tus alas, en otra época más blancas que la nieve, eran ahora de piel de diablo, como la de los murciélagos. Te arrodillaste también tú, abrumado por el temor a Dios, y perdonaste a los demás, pero nadie te perdonaría a ti por los siglos de los siglos. Bajo el nombre de K'idusi T'ifiri, el anciano sacerdote recorrió desde entonces el país con la flor del clavo brillando en la frente, hablando, unas veces de manera inteligible, otras con silbidos como de ave fénix, sobre la llegada al mundo de la Jerusalén Celestial, una gran isla redonda de oro y cristal de la que descenderían, crueles, con armas destructoras en las manos, los ángeles del Señor. Solo ciento cuarenta y cuatro mil creyentes serían llevados a los cielos, gritaba él inspirado por el Espíritu, mientras que todos los demás serían exterminados como Sodoma y se parecerían por sus pecados a Gomorra.

«¡Un loco ocupa el trono de Etiopía!», dijo el papa Cirilo, el patriarca de Alejandría, después de desviarse, preocupado por el destino de la cristiandad africana, por tu país, donde escuchó todas las maldades que habías perpetrado, vio los cadáveres de los monjes expulsados de los recintos sagrados medio enterrados en la arena y habló con el hombre que tenía un clavo en el cráneo por orden tuya. Ante el gran monasterio de Axum abrazó al arzobispo Sellama, besando su boca y frotando sus vestimentas bordadas contra las suyas; pasaron luego muchas horas en una estancia secreta, preguntándose el uno al otro qué podían hacer ahora que, ante sus ojos, tú, el todopoderoso emperador, te habías transformado en una fiera rabiosa que aborrecía la Iglesia mucho más de lo que la había amado en otra época, cuando vertió sobre ella torrentes de oro y ríos de perlas. Al descubrir que ese odio había llegado incluso al confinamiento no solo de todos los monjes etíopes enfrentados a ti, sino también de los católicos, los protestantes e incluso de los hermanos ortodoxos coptos de Egipto, los dos grandes patriarcas concordaron una epístola firmada y redactada por ambos en la que te expulsaban por anatema, pedían al país que se alzara en tu contra y ordenaban a los egipcios descender, espada en ristre, sobre el país que tú habías destrozado hasta los cimientos. Al atrapar a los emisarios con la carta, hiciste lo

que ningún rey, empezando por Menelik, había osado hacer jamás: metiste en el calabozo, sin mayor explicación, al papa y al arzobispo, los santos padres de las Iglesias orientales, con la intención de arrancarles las lenguas maledicentes y de sacarles aquellos ojos que, viajando por tu reino, habían visto demasiados crímenes.

Pero el encierro de los dos provocó el alzamiento del país. Desde entonces solo oíste hablar de revueltas e insumisión. Cada señor de cada rincón de la grandiosa Etiopía se rebeló contra ti a partir de ese instante, hasta la llegada, al cabo de varios años, de los ingleses de Napier, así que, como el hombre cuya casa ha prendido fuego con él dentro, nunca volviste a encontrar sosiego. A partir de ahora ni la reina Victoria ni ninguna cabeza coronada del mundo, ni ningún príncipe de los tiempos pasados de Zemene Mesafint, ni siquiera algún campesino que trabajara con rencor la tierra roja de tu reino, permanecieron a tu lado, solo los soldados de tu andrajoso ejército, mientras pudieras pagar por su servicio. Fuiste coronado rey, como había sido tu deseo desde la infancia, pero eras el hombre más solo sobre la faz de la tierra, vilipendiado por tus semejantes mortales y por nosotros, los inmortales. En vano liberaste al cabo de varias semanas a los dos altos prelados, inclinándote hasta el suelo ante ellos y pidiéndoles perdón: era ya demasiado tarde.

A pesar de todo ello, es nuestro deber recordar que, en tus horas de infortunio, hubo sin embargo un alma que te aportó consuelo: el otro emperador loco, nacido el mismo día que tú y marcado como tú en la muñeca de la mano derecha desde que os hicisteis hermanos de sangre en la isla de Skyros y le mostraste el medallón ovalado de Stamatina, que él tomó por el rostro de la Virgen María. En octubre de 1864, mientras todos te ahuyentaban como a un perro rabioso, recibiste una epístola con un sello de lacre azul en la que el emperador de un país en absoluto insignificante en vuestra esfera de esmeralda y azur te mostraba su apoyo fraternal, el único que se te ofreció sin mala intención y sin pedir nada a cambio, pero que era, por desgracia, el desvarío de un hombre trastornado.

Yo, Joshua Abraham Norton I, Emperador por la gracia de Dios de los Estados Unidos de América y Protector de México, a mi hermano Tewodros II, igualmente Emperador en el cristiano país de Etiopía, ¡salud!

Al descubrir Mi Alteza los favores de los que, bajo Tu sabio gobierno, disfrutan las tierras pastoreadas por Ti en el centro de África, una tierra bendecida donde también Nosotros vivimos en la juventud, nuestra alma se colmó de alegría. Pues no hemos podido olvidar jamás el vaticinio que hiciste en el Archipiélago heleno, cuando éramos jóvenes sin riquezas ni fama: que ambos habíamos sido elegidos por las estrellas del cielo para asumir el peso y las preocupaciones del reino, y ya ves que esa profecía se

ha cumplido plenamente. Tu boca fue de oro, tu alma pura, y la lágrima que derramamos juntos fue cristalina como el agua del manantial.

Como consecuencia de este doble milagro, secundo precisamente tus palabras de la epístola que me enviaste en tiempos difíciles, cuando ni siquiera mis súbditos reconocían mi soberanía, usurpada por el impostor James Buchanan Jr., el de maldito recuerdo: «Mi ejército será tu ejército, y mi pueblo tu pueblo, hasta que pongas a tus enemigos a tus pies y coloques tu bota sobre su cabeza, para que no puedan volver a levantarse jamás». Te devuelvo ahora, tras leer en los periódicos sobre los tiempos difíciles en los que gobiernas y sobre las mentiras con que te cubren tus enemigos, las palabras de aliento y compromiso que me ofreciste tú entonces.

Te aseguro, Alteza Imperial, mi apoyo incansable, que no consiste tan solo en frases, sino también en refuerzos para la guerra, las armas y las tropas americanas mejor dotadas, que llegarán enseguida en mis barcos, así como ingenieros de puentes y ferrocarriles, unos constructores diestros y un imprescindible grupo de poetas, pues los grandiosos logros de Tu Reinado deben ser cantados en versos inmortales. A mi llamada han respondido ya nuestros bardos más importantes y laureados de hoy en día, entre los cuales están Timrod, Roquette, Stedman, Whittier, Piatt y Howells, así como el más oscuro Walt Whitman, que no alcanza la altura de los demás, pero cuyo nombre he incluido asimismo en la lista por respeto al mágico número siete. Embarcados en la nave de vapor Lana de Oro, *los siete rapsodas llegarán a Tu país antes del comienzo de la primavera.*

Todo esto y mucho más emprenderé con perseverancia, con los plenos poderes que la Constitución de los Estados Unidos me ha conferido, a pesar de las falsas elecciones que llevaron al nombramiento como presidente, hace ya varios años, de un tal Abraham Lincoln, un impostor más de los muchos que me oponen los políticos corruptos, ciegos ante la justicia y la verdad.

¡Que Dios te ampare para que puedas superar invicto las dificultades que aplastan desde tiempo inmemorial los hombros de los emperadores, sin destruir asimismo su espíritu!

Con mi mano derecha siempre tendida en Tu ayuda,

Joshua Abraham Norton, Emperador de los Estados Unidos de América y Protector de México,

San Francisco, East Bay,
16th Street nr. 2445, 3rd Floor
A 25 de octubre de 1864

31

No olvidarías jamás los campos de cáñamo de Ghergani, mucho más extensos que los sembrados de trigo y maíz, donde el cáñamo crecía tan denso que no podías penetrar entre sus surcos, y por su tufo dulzón a agujero femenino caían muertos los pájaros que se aventuraban a volar sobre ellos. Diablillos como tú, de nueve o diez años, se colaban por las inmediaciones, en la época de enriado y espadillado, para espiar a las mujeres que trabajaban en los campos de cáñamo, viendo cómo perdían poco a poco la cabeza por el soplo de las hojas y los tallos dulcemente venenosos, de tal manera que, cuando llegaban los mozos a llevarse las gavillas enriadas en la charca, se olvidaban de la virginidad las vírgenes y del marido en casa las esposas y se entregaban en sus brazos, dejándose sobar las tetas y las caderas, y entonces a vosotros, los chiquillos del pueblo, se os ponían los ojos como platos al ver sus sayas remangadas por encima de las caderas, con sus gruesas pantorrillas desnudas, moviéndose deprisa, tumbadas en el cáñamo, bajo unos hombres tan excitados como ellas, pues el aroma de la hierba animaba al pecado y al desenfreno. Todos los campesinos sabían que dos veces al año sus mujeres se desmandaban en el campo, pero no se lo tenían en cuenta, pues también con ellos se desmandaban, y no eran ellas, Florica, Anița, Gherghina o Rada, formales y vergonzosas en casa, temerosas de Dios, sino la mujer que las habitaba, su boca y sus tetas y su vientre, la que, en el campo de la hierba del demonio, suspiraba por el hombre joven, vigoroso, implacable con sus cuerpos ardientes. Ese era el diablo del cáñamo, y con él nadie podía competir: no quedaba más remedio que dejarse llevar.

Habías fumado cáñamo toda tu infancia, te lo ofrecían los capataces del huerto del señor Tachi, los cocineros y los jornaleros, que te aficionaron también al tabaco, y te gustaba ese desmadejamiento que el humo sofocante te producía, pero desde que probaste por primera vez el afion no quisiste el cáñamo para otra cosa que los sacos y la soga que muchos te auguraban ya entonces, al ver lo levantisco y descerebrado que eras.

El afion se elaboraba con cabezas de amapola: se cortaban con la

hoz y de ellas brotaba una leche espesa como la energía que brota del duro miembro masculino, y esa semilla se extendía en el porche al sol y se endurecía para convertirse en una especie de cristal amarillo, que luego se descomponía en un polvo similar al azúcar y la harina. Este polvo se metía en las pipas que les llevabas a los boyardos, para que se pusieran de buen humor, y se espolvoreaba sobre los pasteles de miel que todos comían los domingos después de las sopas espesas, e venado y los pimientos rellenos servidos en el almuerzo, pero se mezclaba sobre todo con el sorbete y se hacían unos bombones reservados en el fondo de los armarios, solo para las fiestas señoriales. Entonces los sacaban, los colocaban junto a la garrafa de vodka y la damajuana de licor de guindas, forrada en mimbre, y todos los juerguistas, ya ebrios, tomaban dos o tres bolas de afion hasta que los invadía la bien conocida languidez, y luego la verborrea, y luego, a algunos, las visiones dementes, a otros el deseo de acoplarse, a otros el hambre de grandeza y de fama vacua. Las fiestas se celebraban con los postigos cerrados y, tras ellos, los pesados cortinones de muselina echados, para que el rumor del desenfreno no llegara al exterior, donde los criados chismosos pegaban la oreja a las paredes y se tocaban escuchando los lánguidos gemidos que salían de la estancia.

Fumando afion en las pipas que tenías siempre encendidas y listas para ser utilizadas, a lo largo de toda tu juventud no conseguiste dilucidar qué era verdad y qué eran tan solo apariciones y visiones, pues ambas se confundían y bailaban en torno a ti como las hadas malignas en los claros del bosque. Tampoco el cuerpo te obedecía: a veces te alargabas hasta tomar la luna en las manos, otras veces menguabas hasta que veías claramente cada brizna de hierba salpicada de gotas de rocío, y a ti en cada gota, con una cara unas veces de víbora y otras veces de espectro, de tal manera que te asustabas y querías huir de la visión, pero las piernas se convertían en unas patas largas y rígidas, con muchas rodillas, como las de las arañas del heno. El aroma a lilas que llegaba a través de la puerta abierta adquiría de repente el cuerpo de una ninfa y te llamaba entre los tintineos de un triángulo, el sabor de un pastel mojado en el té traía a tu memoria los viejos tiempos, y veías en otra época, borrosa, una mezquita en lugar de una fábrica o de una serrería de madera.

El afion no te abandonó tampoco en el Archipiélago, donde poco había que hacer cuando no soplaba el viento y el mar verde como la esmeralda se extendía hasta el horizonte. Aspirabas entonces en la pipa, arrellanado en una maroma enrollada, el hachís más puro, y de repente se acercaban a ti para servirte con humildad, pisando con aplomo por la cubierta del velero, *Alixandru Machidon* y César el de la Antigüedad y *Napollón Buenaparte*, y Cleopatra te invitaba al banquete para embriagarte con los contoneos de su cuerpo serpenteante. En los

puertos de Naxos y Antiparos comprabas láudano, morfina y kif de Marruecos, y buyo de los mares del sur, y coca de las lejanas colonias americanas, lo mezclabas todo de manera inédita y viajabas así a dondequiera que te llevara la fantasía, azuzada por los amargos dulces que consumías insaciable: a las profundidades de la tierra, donde te bañabas en la lava derretida y te deslizabas por ella hasta el núcleo de brillante puro, inmutable, de la esfera terrestre; al fuego inextinguible del ser, que se enciende y se apaga siempre en una infinitud de yugas y kalpas; al Dios de nuestro siglo, que es solo un grano de arena en la sandalia de otro Dios de un mundo más elevado, que es a su vez un grano de arena en la sandalia de otro Dios muy superior, que es a su vez un grano de arena en la sandalia del Dios de arriba, de una grandeza colosal, y así, en una escala infinita, desde las profundidades hasta las alturas, toda esta serie de Dioses se reunían en tu piel de luz fundida y brotaban allí con la fuerza de un millar de miles de billones de soles, en otra Creación, precipitándose al vacío por un millar de miles de billones de caminos… El mar, el cielo y los albatros, las islas del horizonte y tus compañeros de fechorías en los mares se desprendían de la faz del mundo y caían como el revoque envejecido de la fachada de los templos, dejando surgir, cegadora, criselefantina, la figura irreproducible de la esencia de la esencia de la esencia del Ser, la perla pesada, fundida, nacarada, de la áspera concha de la realidad. Matemática pura y pensamiento puro y palabra que rompe todos los tímpanos y sueño y mito y éxtasis y tortura y alef a la potencia del alef y mirada a la potencia de la mirada y dolor a la potencia del dolor y dientes y paladar y amígdalas y laringe y cuerdas vocales vibrando en cuerdas y branas y sizigias y ogdóadas, Yalbaoth y Sophia en eterna cópula, los dioses azules copulando con las diosas añiles, tú, nonato, viendo copular a tus padres, y los terribles vientos del karma empujándote en la carne de todos los laberintos, y vidas de vidas y desiertos de desiertos y eternidades de eternidades, ardiendo en llamaradas negras, con encías negras, con uñas negras, con axilas negras en el archipiélago de la nada anonadadora de la nada anonadadora de la nada anonadadora de la nada…

Y en las tierras de Etiopía, bajo los deslumbrantes cielos africanos, añadiste a las hierbas embriagadoras una planta llamada *khat*, que masticabas día y noche, de manera que los escupitajos con que salpicabas los suelos se volvieron verdes como sapos. El *khat* tenía un sabor picante y se te subía a la cabeza al momento y te embriagaba de arrojo y soberbia, pues, al no sentir ya el cansancio, el hambre ni la sed, ni el temor a Dios, te convertías tú mismo en Dios y te inclinabas ante ti, y tus súbditos te parecían meros insectos bajo tus pies. Al mascar *khat*, el *khat* te mascaba también a ti, te enfurecía, te rompía las cuerdas del pecho, te golpeaba el estómago con agrias oleadas de

odio y pasión. Hacía que tu sangre hirviera en las venas. Te parecías entonces a los emperadores malos de los antiguos romanos y al Anticristo de la epístola del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: «El Hombre impío, el Hijo de la perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios, y proclamar que él mismo es Dios».

No tú, sino el *khat* que había empapado tu cerebro dio las órdenes más terribles durante los últimos años de tu reinado; no tú, sino el *khat* te empujaba a descender cada día a la profundidad del calabozo bajo los suelos de Magdala para gozar de los gritos de los torturados allí por tus esbirros, que estrangulaban a los desgraciados y luego, cuando sentían que estaban a punto de morir, los soltaban, les echaban agua para que volvieran en sí y los estrangulaban de nuevo, diez veces al día, como en el fondo del infierno donde no queda ya esperanza alguna. No eras tú, sino el *khat*, que te convertía en un animal incluso en el lecho, cuando las mujeres, muertas de miedo, arrastradas a tu regazo a la fuerza, marchaban por la mañana llenas de cardenales y con la cara hinchada por el odio de los golpes, los bofetones y los puñetazos sin los cuales no sentías ya el gozo de la unión. Además del *khat*, consumías, para olvidar a Paloma —pero lo único que conseguías era recordarla todavía más—, toda clase de bebidas alcohólicas, fuertes y miserables, abundantes en el país: *tella, tej, cheka, borde, ogol, korefe* o *keribo*, que te aturdían tanto que ni tus pocos antiguos compañeros te reconocían. Eras, a los cuarenta y cinco años, un hombre barrigudo, de rostro abotargado, canoso, con unos ojos que apenas se distinguían como dos líneas entre las ojeras moradas y con la piel del cuello arrugada como el pergamino. El hombretón que habías sido en otra época se había ahogado en el pecado y en la grasa, y con este cadáver, el vivo reflejo de tu alma agusanada, comparecerías enseguida ante el Juicio terrible.

Pero no el Anciano, Su Hijo y el Viento Paracleto conformaban la trinidad ante la que te santiguabas, sino el Arca, la Corona y Stamatina, los tres deseos de tu voluntad de los que, en las noches en que no podías dormir, te hablaban con mil voces los pensamientos de tu cráneo, girando sin cesar en la misma espiral que giraba sobre sí misma como la casa del caracol y la cabeza enroscada del helécho. No habías dejado jamás de pensar en Stamatina, ni siquiera cuando Nura te arrebató el sentido con su boca de dientes blancos, virginales, y con sus brillantes ojos almendrados, ni cuando Paloma abría bajo tu cuerpo sus caderas como de betún, susurrándote al oído, enseñándote a penetrarla despacio, lenta y martirizantemente con tu hombría, dominando tu deseo para poder sentirlo luego diez veces más dulce, ni cuando la mujer de leche y miel, la de los más lánguidos ojos de

zafiro, la inolvidable Tidenekialish, te arrastró al asesinato de los niños como hizo en otros tiempos el emperador Herodes.

Una noche soñaste que avanzabas, diminuto y pensativo, por una inmensa sala con suelos de pórfido, columnatas de cuarzo en torno a la pared redonda y un techo de roca lleno de carámbanos goteantes. Llevabas varios días caminando hacia el fondo de la sala, donde la bóveda era más elevada, pues allí, en el centro, descansaba, desde hacía siglos, el Arca. Enseguida la divisaste, al principio como un punto dorado borroso, luego distinguiste el cofre de acacia con los dos querubines de oro tallado a martillo; sus rostros se miraban y cubrían la tapa de la expiación con las alas extendidas. Cuando te colocaste junto a ella, caíste de rodillas, con la frente pegada a la madera dorada, y permaneciste así, rezando, una eternidad. Luego te incorporaste y osaste tocar, recordando tembloroso a Uza, las alas de oro de los querubines. Pero el Arca no te fulminó al momento, como le sucedió a aquel, así que perseveraste en tu osadía: levantaste la pesada tapa y miraste en su interior. Lanzaste un grito y te abofeteaste el rostro con todas tus fuerzas para espabilarte, pues en el cofre sagrado no estaba ni el omer de maná ni las tablas de la Ley ni la vara de Aarón que había florecido y había dado fruto en una sola noche. Acurrucada en el Arca, con las rodillas pegadas a la boca y llenándola por completo con los hombros, los pechos y sus caderas redondas, se encontraba Stamatina, desnuda y dormida, cubierta por sus propios cabellos largos, castaños y con tu pesada corona de oro, cedro y marfil en la cabeza.

No pasaba un día en el que, incluso aturdido por el *khat*, el *tej* y el hachís, o por el afion igualmente fuerte de las caderas y los pezones femeninos, no sacaras del pecho el icono ovalado de la hija del Vaivoda y miraras con un amor puro, del que eras milagrosamente capaz todavía, a la doncella de quince años con sus cejas delicadas, sus ojos castaños luminosos como los lagos del fondo de los bosques y su rostro animado por un aura rosada. «¡Búscame!», oías su llamada lánguida. «¡Búscame incluso en la traición, incluso en el pecado! ¡Búscame incluso en el olvido absoluto! Rompe noventa y nueve abarcas de hierro y un cayado de hierro hasta que llegues a mi corazón…» Era el único corazón que habías ansiado de verdad, más que el corazón de tu madre, más que el corazón de tu reina, pues era el único que no se te había predestinado. Soñando con los ojos abiertos, pensabas en el ejército a horcajadas de cigüeñas que enviarías a sitiar la ciudadela del Silfo en las nubes, para atravesarlo con sus lanzas y matarlo con balas de plata, de tal manera que la mujer de tu vida aparecería en el umbral, allí, en las nubes, esperando a que la abrazaras o la apuñalaras.

Ese año, cinco años después de la muerte de Paloma, supiste que

necesitabas otra reina, pues adeudabas un hijo de tu estirpe que reinara cuando tú desaparecieras. Y no de tu linaje de advenedizo elevado sin derecho al trono —peor aún, considerado por todos el hijo de una vendedora de *kosso*—, sino de la estirpe salomónica, pues veías que tanto tus nobles como tu Iglesia te sacaban los ojos con eso, animando al pueblo a amotinarse porque no pertenecías al linaje de Menelik I, hijo de Salomón y de la reina de Saba, cuyos sucesores eran los únicos con derecho a ocupar el trono de la santa Etiopía. La reina debía ser todo lo que no eras tú, descendiente directa de los hijos de Menelik, una noble con vínculos en todos los territorios de los príncipes, que pudiera además alumbrar hijos para que tuvieras sucesores. Pero a casi todos los del linaje salomónico los habías matado ya entre suplicios, empujado por los celos, así que albergabas pocas esperanzas de encontrar una mujer con vida, de edad adecuada y a ser posible hermosa, para sentarla en el trono unido al tuyo. Los emisarios enviados por ti a todas las ciudades, pueblos y ciudadelas de las montañas azules del país y de las llanuras con arenas rojas como pétalos de amapola regresaron sin noticias. Tendrían que pasar varios años hasta que, por casualidad, y no por una búsqueda exhaustiva, encontraras a la mujer con la que conviviste hasta que te volaste los sesos con la pistola de Victoria en la habitación más recóndita de Magdala: tu última esposa y reina, que moriría también, así como vuestro hijo, en el destierro, bajo los cielos brumosos de Inglaterra.

Mientras se encontraba en Dirasge, el chambelán de tu corte, Valde Gabir, en el que nadie habría podido reconocer al pintor Mavrodin, también llamado Sisoe en otra época, por lo negro y arrugado que se había vuelto su rostro y por cómo modificaban su aspecto las trenzas, embadurnadas con grasa y atadas alrededor de la frente, divisó en la iglesia de la Virgen María, santiguándose ante el icono milagroso, a una mujer joven, alta y majestuosa, de movimientos tan nobles y con una mirada tan límpida que parecía una reina ya entonces. Averiguó que era una princesa de una estirpe antigua y con derecho al trono, pero que por un revés del destino tenía que vivir en el anonimato, en un remoto rincón del país. A Sisoe no le cupo duda de que había encontrado por fin una esposa para el rey e hizo todo lo necesario para llevarla a Magdala. Hasta entonces, te envió su retrato, pintado con el pincel que no había descansado un solo día desde la época de Ghergani, como el de Apeles, aquel pintor de la antigüedad.

Dormiste con ese rostro bajo la almohada, imaginando cómo haríais juntos, y con otras, en el lecho real, todos tus asquerosos acoplamientos, pero cuando, tras varios días de viaje, aquella mujer perfecta se presentó ante ti, tus ardores cesaron como por ensalmo. Aunque era indudablemente bella, la mujer, llamada Tiruwork, que significa «oro puro», te pareció fría y poco atractiva, como una estatua

griega, y así te miraba a ti, con la mirada perdida, como si no estuvieras allí, en el majestuoso trono custodiado por leones de oro. Eso tampoco habría sido muy grave, pues tenía sin embargo un cuerpo como en pocas ocasiones se ven: una cabeza majestuosa coronada con una diadema de zafiros, una cabellera negra que rodeaba como un río ondulante su rostro redondo, y unos labios carnosos, de africana, perfectos para los besos voluptuosos. No obstante, te invadió la desesperanza cuando, tras hacerle algunas preguntas que respondió con desgana, mirando a los lados, descubriste que Tiruwork se llamaba también Wube, el maldito nombre de tu principal enemigo, Dejazmach Wube Haile Mariam, que por aquel entonces se pudría en vida justo debajo de vuestros pies, en un calabozo a tres pisos de profundidad bajo los suelos de tu sede imperial, Magdala. Era imposible que odiaras a Dejazmach Wube más de lo que te odiaban él y su estirpe a ti, que les habías arrebatado su poder en las batallas y torturabas ahora sus cuerpos en calabozos infernales, y la mujer que tenías enfrente, sin duda mucho más reina por naturaleza de lo que llegarías a ser tú jamás, envuelta como estaba en seda azul sobre la que los collares del pecho y las decenas de brazaletes de oro mate lanzaban pequeñas lunas amarillas, se encontraba en una situación difícil.

—Princesa —le dijiste, contemplando perturbado sus encantos, como si estuviera desnuda—, han pasado ya muchos años desde que nos y vuestro padre luchamos en las llanuras de Etiopía como dos leones igualmente fuertes que se enfrentan y se destrozan en la sabana. Uno de nosotros estaba destinado a morir por la voluntad de Dios, y el otro a quedarse con las leonas y los cachorros. Al principio parecía que él, infinitamente más corpulento y con una melena más espesa, con sus pesadas garras y sus colmillos ensangrentados, seguiría gobernando aquí, en el corazón de África, pero muchas veces el poder de los reyes de este siglo efímero es humillado por Aquel que rebajará todas las montañas y elevará todos los valles para que nadie pueda jactarse ante su Gloria. ¿Qué era David el de la antigüedad? El hijo de unos pastores, gracioso y delgado, del que el filisteo Goliat, del pueblo de Refaim, se burló cuando lo vio sin coraza ni espada en el campo de batalla. Pero David lo mató con la honda y le cortó la cabeza delante de los soldados con la misma espada del gigante. ¿Qué éramos nos cuando vuestro padre era el más importante príncipe etíope, cuyo único adversario era Ras Ali de Debre Tabor, el chambelán del reino? Un *shifta* andrajoso con el que nadie malgastaba siquiera un escupitajo. Pero los derrotamos luego a todos, uno tras otro, pues no a ellos, los todopoderosos príncipes de los reinos alabados, ni a los enclenques sucesores del gran rey Menelik, como Yohannis, un gusano asqueroso, les fue concedido sentarse en este trono de oro, sino al

humilde, al calumniado, impotente e insignificante Kassa de Qwara, el que sintió, finalmente, tras años de humillación, los cogotes de todos sus enemigos bajo su bota y quebrantó la porfía de los soberbios. Y así, ahora nos encontramos ante vos Yo Mismo, Tewodros II, Rey de Reyes, en toda su gloria, para compartir con vos, con benevolencia, una buena noticia.

»Princesa, ya sabéis que hace cinco años, transcurridos como cinco siglos para nuestro corazón devastado, la reina Tewabech Ali, vuestra sobrina, pues su madre fue vuestra hermana por parte de padre, entregó su alma en nuestros brazos. La lloramos durante mucho tiempo, pero luego nos secamos las lágrimas de los ojos, pues esa era la voluntad de Dios y ese es el camino de la carne. Y no habíamos pensado siquiera en tomar otra esposa, decididos a vivir de entonces en adelante puros como un eremita del desierto, mas nos urge la deuda de entregar al país un sucesor al trono, de naturaleza masculina, tal y como estableció la ley en Etiopía en tiempos de nuestra alabada antepasada, la reina de Saba, con la bendición del gran rey Salomón, el padre de todos nosotros. Hemos buscado por tanto una reina de estirpe salomónica, hermosa y capaz, brillante y de buen nombre, para que ocupe su trono, en absoluto inferior al nuestro, para que tengamos juntos un hijo como Menelik, de miembros perfectos y temeroso de Dios, y no le falte al país un rey cuando abandonemos nosotros este mundo.

»Rastreando por todos los rincones de Etiopía, acabamos por encontraros y fuisteis de nuestro agrado, y comprendimos que nadie puede tener más derecho a llamarse reina del país y nuestra. En consecuencia, pedimos ahora vuestra mano, en esta hora de dicha e iluminación, ante toda vuestra corte, y os ofrecemos la posibilidad de decir "no" sin correr peligro, pues no se puede amar por la fuerza.

¡Ay, cuánto le habría gustado a Tiruwork Wube poder decir no, o «¡Así no!», como Makeda! ¡Cuánto le habría gustado a ella ocupar el trono y que Lombriz, aquel monstruo humano, se postrara a sus pies, como Hamán aferrado con desesperación al vestido de Ester! ¡Una lombriz asquerosa, una lombriz desgraciada, sangrienta, barrigona, abotargada, atolondrada, vil y desenfrenada, atiborrada de *tej* desde la mañana, aturdido por el *khat* y por las mujeres! ¿Que le habría gustado vivir como un eremita? ¡Ja! ¡Qué embuste y qué blasfemia! ¡Cuando todo el mundo sabía cómo vivía, con más desenfreno que en Sodoma y más desprecio por lo sagrado que en Gomorra! ¡Antes se tiraría al pozo de cabeza que compartir el lecho con él, ella, la hija de su gran progenitor Wube, a la que ningún hombre había tocado, que no había sido humillada por las calumnias, pura ante los ángeles del cielo! ¡Ella, que llevaba en el cáliz de su cuerpo, sin mezclar y bendecida, la sangre del rey Salomón, el que había construido el

Templo de Jerusalén! En aquellos momentos la soberbia la volvía indeciblemente hermosa, pues había desaparecido la sangre de su piel negra, que adquiría ahora el brillo mate de la perla.

Pero Lombriz mantenía en el calabozo, a oscuras, martirizado cada día, rodeado de escolopendras, ratas y arañas, devorado por los piojos y alimentado con negras cortezas de pan, a su amadísimo padre, y dominaba por completo su tierra natal, donde vivían todavía su madre, algunas tías y primas con las que se había criado en Dirasge, así que la decisión que debía tomar ahora, de inmediato, sin poder pensárselo demasiado, la despedazaba, la crucificaba y la torturaba en la rueda. No le cabía duda de que, a pesar de las garantías del rey, si despreciaba su petición todos sus seres queridos serían asesinados con torturas insólitas, también ella sería vejada por los soldados y luego, con los pechos amputados y las mejillas cortadas desde la comisura de los labios hasta las orejas, la dejarían morir en un montón de basura. Antes de hablar, la princesa se encogió como si alguien le hubiera colocado en los hombros un vestido de plomo.

—Rey de los Reyes de Etiopía —te dijo Tiruwork con la misma mirada perdida, como si no estuvieras allí, sino que escucharas desde otra estancia—, me he preguntado desde que he sido traída a tu presencia por qué has hecho llamar a tu insignificante esclava. Pues, sin duda, princesas de más rango y mujeres más bellas abundan en nuestro país lleno de gracia, en el que perdura hasta el día de hoy la inmaculada fe ortodoxa. Porque nosotros, los etíopes, recibimos las enseñanzas de Cristo antes que todos los demás pueblos, desde que el apóstol Felipe, inspirado por el Espíritu, bautizó al eunuco etíope en el camino de Jerusalén a Gaza, en tiempos de nuestra reina Candace, cuyo tesorero era el eunuco. Y este, al regresar a nuestro país, difundió la doctrina del Salvador, tal y como se la había explicado Felipe, por todos los pueblos y ciudades de Etiopía.

»Más aún me han asombrado tus palabras al saber que quieres elevar a tu esclava más allá de lo que ella jamás habría soñado, que deseas colocarla en el trono de oro y gloria situado junto al tuyo. Guardaré eternamente en mi corazón tus bondadosas palabras. Pero no daré ese paso y no trenzaré a ningún precio el hilo de mi vida con el de la tuya, pues mi padre, el gran príncipe guerrero Dejazmach Wube Haile Mariam, se encuentra en tus manos y, por lo que dicen, vive torturado y hambriento, y te suplica cada día que le quites la vida para librarse del martirio. ¿Cómo podría celebrar los esponsales contigo y vivir luego junto a ti en paz y sosiego sabiendo que matas lentamente a mi padre en el calabozo donde yace, sin culpa y sin ser juzgado?

—¡Eso habría hecho también él conmigo, o incluso algo peor, si hubiera caído yo en sus manos, pues ese es el destino de los vencidos!

—le gritaste poniéndote en pie, pero te reprimiste y te dejaste caer de nuevo en el cojín bordado del trono—. Tu padre, princesa, pecó gravemente contra mí y merece la condena. Ten en cuenta, antes de hablar, que le he perdonado la vida, aunque habría tenido derecho a clavarlo en un poste, a desollarlo vivo o a prenderle fuego por todo lo que he sufrido yo como consecuencia de su soberbia, impropia de un cristiano. Y en el calabozo no vive tan mal como cree su señoría, pues no hay día en que no lo atienda un sacerdote para aliviar su alma destrozada. Sin embargo, mira, voy a escuchar tus palabras y te prometo que la suerte de Dejazmach Wube mejorará mucho si te conviertes en reina, y pasado un año de la boda alcanzará la libertad plena. ¡Pronuncio estas palabras ante mi corte y mis palabras no pueden ser rectificadas! Te prometo también que no tendrá que sufrir de nuevo por mi culpa, si te mantienes fiel a mí hasta la muerte.

Tiruwork se vio de repente como una antílope estrangulada por un leopardo. No había posibilidad de huir ni de luchar, tenía que morir con sus ojos límpidos, abiertos, reflejando las hierbas y los animales de la sabana, indiferentes todos a su sacrificio. Por su padre, su madre y el resto del clan Wube, agacharía la cabeza para casarse con Lombriz, el hijo de la vendedora de *kosso*, el hombre al que más odiaba y despreciaba en esta tierra.

—Acepto —dijo la princesa, y le habría gustado añadir algo más, pero se derrumbó inconsciente en las baldosas de piedra a tus pies.

Los soldados la levantaron y la condujeron a la estancia preparada en la ciudadela, y la boda tuvo lugar tan solo tres días después de este primer contacto. En los encuentros nocturnos que sucedieron hasta el día de tu muerte, menos de los que suman los dedos de las manos, tuviste en tu lecho una estatua de mármol, helada e indiferente, con el rostro apartado de ti, que soportaba las caricias como aguantaría las patas peludas de una araña tan grande como tú que se paseara por su cuerpo. A pesar de todo, Tiruwork Wube te fue fiel y se mostró digna del reino, acompañándote a todas partes y librándote, con su inteligencia, de muchos peligros, pues los tiempos se volvieron cada vez más luctuosos y rezumantes de sangre. Un año después de vuestra boda llegó al mundo vuestro hijo, el príncipe Alemayehu, que mamó desde el principio, del pecho de su madre, el odio y el temor a ti, de tal manera que bastaba con que aparecieras a su lado, deseoso de jugar como cualquier padre, para que empezara a gritar como si lo estuviesen escaldando vivo, y se ponía morado como si hubiera visto al propio Satanás.

Al cabo de poco tiempo no querías ya ni verlos; los escondiste en una alejada ala de la ciudadela, y un buen día te mostraste en la sala del trono junto a una mujer desconocida sentada en el trono de la reina, vestida como una de las putas de las afueras de Magdala, con

aros de oro en los labios y la nariz, con dos pequeños soles de minio pintados en las mejillas y un pájaro azul dibujado en la frente. Era la infeliz Woizero Yetemegnu, una cocinera que tal vez excitó tus apetitos con el aroma de los guisos y los pasteles que te llevaba al lecho cuando, como todas las mujeres de la ciudadela, se veía obligada a pecar contigo. Pero enseguida te presentaste con ella en público para burlarte de la reina verdadera, para castigarla por su arrogancia y sus desaires. La sentaste en el trono de la altiva Tiruwork y se la impusiste a tu corte, obligando a tus consejeros y a tu chambelán a inclinar la cabeza ante ella y a llamarla Ytege, es decir, Majestad, aunque la mujer no quería y soportaba todos tus caprichos con resignación, sobre todo porque la molías a palos por las noches, vengándote así de las humillaciones del día. Pues pensabas, no sin razón, que todos te odiaban, que todos querían ver tu pellejo extendido en un palo, que todos reían al pensar en tu madre, la vendedora de remedios para las lombrices. Y, para colmo de humillaciones, aquellos últimos años tu cipote permanecía casi siempre blando e impotente entre las sábanas, por muy habilidosas que fueran las manos y las bocas que se esmeraban por espabilarlo. Así viviste, entre dos mujeres, una de hielo, otra que despedía un fuerte olor a *injera*, hasta que el general Napier, al conquistar Magdala, te empujó a quitarte la vida tú solo, metiéndote en la boca el cañón de la pistola recibida de la reina Victoria. Ambas siguieron con vida, ambas te presentaron ante el mundo como una fiera de rostro humano, que había mancillado la tierra de la santa Etiopía durante los treinta años que duró tu reinado.

«¡Búscame! ¡Búscame!» La voz de la mujer de tu vida estallaba siempre, en esta época, en tus oídos, como el rumor de la cítara que hacía que se elevara la cúpula de los placeres del monte Abora, y como el arpa del rey David cuando le cantó a Saúl para aliviar sus negros pensamientos.

A falta de cigüeñas en tierras etíopes, habías hecho traer de Egipto cientos y miles de ibis sagrados, blancos, de alas negras y picos curvos, y les enseñaste a volar sosteniendo con el pico las cuatro puntas de unos tapices ligeros, con un arquero instalado en cada uno, de tal manera que cuando todos se elevaban en el aire, aleteando, oscurecían el cielo con unos retales abigarrados, azules y anaranjados y añiles y verdes y azafranados, y los arqueros, envueltos en unos ropajes amplios y con turbantes enroscados en la cabeza, emitiendo salvajes alaridos de guerra, lanzaban todos a la vez las flechas hacia las nubes para desperdigar sus remolinos de vapor hacia los cuatro horizontes. Así pensabas llegar al corazón de Stamatina después de matar al dragón de esmeralda que la retenía, desde la niñez, en su jaula de oro. Pues todos tus espías diseminados por el mundo te

habían traído, uno tras otro, desde tierras remotas, la misma noticia: una vez que el Silfo hubo satisfecho sus caprichos con la hija del Vaivoda durante más de treinta años, por muchos y lejanos pueblos, ciudadelas y aldeas, islas y rocas desiertas en todo el territorio del Mar de los Mares, desde Mersin a Tánger, la raptó finalmente a los cielos en un remolino de viento, y la escondió en el centro de ruedas de fuego con radios de rayos, tan duras como el crisólito, en las que vivía solitario su vida incomprensible para un extranjero del otro mundo.

El día 18 del mes de Guenbot, en el año 1866, reuniste tu ejército de ibis y arqueros en la llanura junto a Magdala, subido tú mismo en medio de ellos a una alfombra persa de cien pies de largo y treinta de ancho, transportada por cien pájaros. Aquella alfombra, tejida por los más renombrados artesanos de Oriente, estaba formada por tres bandas anchas de color blanco, verde azulado y rosa, en las que aparecían magistralmente representados rostros de reyes, reinas con ropajes de seda, fieros leopardos y leones, lirios del campo más ricamente vestidos que el propio Salomón con todo su esplendor, batallas y ciudadelas con pórticos y arcadas, e incluso los ángeles del cielo y los diablos del subsuelo, de tal manera que nadie, al verla brillar en la hierba de la llanura, habría dudado de que la pintura de lana abigarrada representaba todo lo que existe en el mundo, cada mortal, hombre o mujer, cada estrella del firmamento y cada insecto de la hierba; no habría dudado incluso de que, al contemplar atentamente la alfombra, se vería a sí mismo en algún rincón. En todas las ventanas de tu ciudadela se habían reunido los consejeros, los generales y sus mujeres, y abajo, en el campo, los campesinos negros, muchos con el cuerpo entero embadurnado de minio sanguinolento, así como los andrajosos soldados de tu ejército, y todos observaban boquiabiertos la hueste celestial que esperaba una señal tuya.

Y a tu señal, que no se hizo esperar demasiado, las alfombras portadas por los pájaros se elevaron hacia el cielo, ascendiendo impetuosos hacia las nubes primaverales. Los ibis agitaban con fuerza sus largas alas, sosteniendo las alfombras con sus picos curvos. Poco después, dejasteis atrás las nubes y os adentrasteis en el más puro y más sereno zafiro que forma la bóveda. Contemplabas hechizado, como en un sueño de hachís, la esfera terrestre, en medio de la cual se encontraba África, la madre de todos los mortales, y hacia los márgenes brillaban, envueltos en una bruma azul, los mares de alrededor, salpicados de picos de islas. Hacia el borde de los cielos, el sol brillaba con fuerza, haciendo que los ibis parpadearan y estañando con bandas de plata el suelo de los mares.

A lo lejos, en el vacío, menuda como una monedita, estaba la rueda con radios de oro del Silfo, la de las cambas llenas de ojos, la

misma que en otra época se había elevado del mar frente a la isla de Morotai para la salvación de Joshua Norton, pero que ahora brillaba todavía más al sol, sin que la sombreara nube alguna. Aleteasteis hacia ella con el corazón acelerado y cuando llegasteis a su altura comprobasteis lo grande que era. Pues pocas ciudades de Etiopía se podían comparar con su superficie nunca vista, que brillaba como el crisólito, flotando en los cielos sin que nada la sujetara. La rodeasteis con los miles de alfombras, mientras los pájaros aleteaban con toda su alma, y los arqueros tensaron la cuerda de los arcos hasta la oreja. Liberaron a la vez una nube de flechas hacia la ciudadela flotante, pero las flechas se quebraron contra sus paredes lisas como el cristal. Sin embargo, algo sucedió, porque en su pina infinita se abrió de repente una gran puerta negra a través de la cual penetraste sin demora con tu alfombra conducida por cien ¡bis. La puerta se cerró a tu paso y la alfombra descendió a una gruta de ámbar. Caminaste por el suelo y, a través de un corredor interminable del mismo ámbar de brillo apagado, iluminado por la nada, marchaste durante un día hacia el buje del centro de la rueda. Allí había una sola estancia redonda, tan amplia que no veías los márgenes, pues sus muros lejanos se perdían en la bruma. Y en medio de la sala había un ataúd de cristal. Marchaste varias horas hacia el ataúd, pisando las suaves losas de ámbar con la muerte en el alma, pues sabías ya lo que había en su interior.

Al llegar a la caja de cristal transparente viste a Stamatina, pero ¡cuánto había cambiado! Pues en aquel ataúd yacía una mujer casi anciana, distinta a la muchacha con la que habías paseado por el rocío en otra época; distinta también a la joven de Quíos, arrebatada de amor por el Silfo. La mujer de tu vida tenía ahora el pelo canoso, los ojos que te habían cautivado en otros tiempos estaban rodeados por ojeras moradas, y profundas arrugas se habían acentuado entre las cejas. Leías en su rostro la vida de martirio y desasosiego que la había llevado, de ciudad en ciudad y de isla en isla, en pos de la felicidad que persigue cada mujer mientras puede aspirar aire por la nariz, pero su huida había sido en vano. Estaba vestida con harapos y tenía en los pies el calzado más humilde.

—Aquí estoy —le dijiste, pegando el rostro a la tapa del ataúd—. He desgastado para llegar a ti noventa y nueve abarcas de hierro, y del cayado de hierro no me queda sino lo que tengo en la mano. No me han disuadido tu infidelidad ni los infortunios de la vida. No me ha amedrentado el poder sobrenatural del Silfo. Levántate, Stamatina, porque no me importa tu aspecto, así como al niño no le importa que su madre sea hermosa o fea. Levántate y serás mi esposa para siempre, como lo has sido desde que te vi por primera vez, pues nuestros corazones están hermanados para siempre.

Mientras hablabas y tus lágrimas goteaban sobre el cristal frío, el suelo tembló y un ruido indefinido se oyó en uno de los cien corredores que desembocaban en el buje, señal de que, en lo más profundo de sus profundidades, el hombre de esmeralda había sentido tu llegada. Entonces no perdiste un solo instante. Con una fuerza de la que no te creías capaz, empujaste la tapa de cristal pesada como el plomo y te precipitaste hacia la mujer para sacarla de su ataúd y salir corriendo al pasillo. Pero al retirar la tapa, el tiempo, hasta entonces petrificado en un instante inmortal, empezó a transcurrir en el ataúd, violento, silbando con fuerza. Alzada y apretada contra tu pecho, Stamatina se arrugó de repente, se ennegreció a una velocidad terrible, se convirtió en un espantoso cadáver y luego en un manojo de huesos en el saco putrefacto de sus vestidos. Se convirtió a continuación, ante tu mirada aterrada, en un montoncito de ceniza y a continuación en un puñado de polvo, que se dispersó también, así que en un minuto el ataúd estaba vacío, limpio, envuelto por el arcoíris que arrojaba luces de colores sobre tu cuerpo y sobre el suelo. Caíste de rodillas sobre la tumba de cristal en la que ya no había nadie. «¡Vanidad de vanidades! ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!», dijiste, prorrumpiendo por primera vez en sollozos ante la muerte de tu sueño de amor, el más martirizante y dulce que se entrega a los hijos de esta tierra. Stamatina solo vivía ya en el ataúd de tu corazón, donde conservaba su aspecto original, y moriría del todo solo a la vez que tú.

El Silfo venía flotando en el éter a dos metros del suelo, con amplios movimientos de nadador, y poco después estaba frente a ti, al otro lado del féretro de cristal. Tu coronilla le llegaba solo a los hombros, y podías ver su corazón latiendo y sus pulmones respirando y los intestinos enroscados en el vientre a través de su carne de turquesa transparente. La belleza de sus rasgos inhumanos y de su cuerpo de hombre de las estrellas era mucho más de lo que un mortal podía soportar. El hombre de esmeralda miró el ataúd sin reparar en ti y, al ver que la mujer ya no estaba, permaneció erguido e impertérrito. Nadie habría podido decir qué ocurría en su alma, ajena a los caminos de este mundo, si es que tenía algo parecido al alma. Levantó la mano derecha e hizo una señal como si quisiera espantar de la vista un pensamiento absurdo. Y entonces toda la ciudadela celeste desapareció en un abrir y cerrar de ojos, como si no hubiera existido jamás, como había desaparecido también Stamatina. Conseguiste divisarlo aún alejándose en el cielo con los mismos amplios movimientos de brazos, y luego te precipitaste aullando al vacío, cayendo por el aire varios cientos de metros, hasta que la alfombra persa te alcanzó y te retuvo, para descender contigo suavemente desde los cielos y, en el revoloteo de las alas, depositarte

ileso en el suelo ante la ciudadela de Magdala, donde, rodeado por tus dignatarios, te costó espabilarte.

Pero las lágrimas de tus ojos no se secaron jamás. De los tres sueños entrelazados en tu mente, uno había desaparecido para siempre.

32

En la zona norte del santo país cristiano de Etiopía, en la yerma región de Amhara, se hunden en la tierra diez iglesias excavadas en la roca de la meseta, como cruces de piedra de una sola pieza, plantadas en medio de fosos de tal manera que la parte superior queda al nivel del suelo. Forman dos grupos: cinco representan la Jerusalén Terrenal, las otras la Jerusalén Celestial, separadas por una zanja extensa que simboliza el Jordán. Se dice que esa zanja estuvo llena en otra época de un agua azul y ligera, con variedades de peces y fuente de vida, como era la que inundaba las tierras de Israel al salir de la ciudad que le mostraron los ángeles a Ezequiel, pero en aquella época el agua se había secado.

El lugar en que se encuentran las diez iglesias talladas en la roca de la llanura recibe el nombre de Lalibela, por la ciudad cercana, fundada por el rey Gebre Mesqel Lalibela, que hablaba a menudo con Dios. El nombre de los templos, los más sagrados de Etiopía, son Biet Medhani Alem, Biet Mariam, Biet Mascal, Biet Denagel, Biet Golgotha Mikael, Biet Amanuel, Biet Qeddus Mercoreus, Biet Abba Libanos, Biet Gabriel Rafael y Biet Lehem. El creyente que vaya a misa a cualquiera de ellos desciende a la fosa por unos escalones tallados en la tierra y cubiertos con madera, a unos treinta metros de profundidad, para entrar luego en el frescor helado de la iglesia de roca, donde arden por todas partes cirios que ennegrecen desde hace siglos las paredes y el techo. Allí lo reciben cinco o seis monjes con mantos de colores que recitan y cantan ante unos altares pequeños y abarrotados de iconos tan antiguos que en su pintura apenas se adivina la cabeza de una Virgen o la mano regordeta de un Niño, negros también ellos como los sacerdotes y como los ángeles pintados en el techo. Sus ojos, castaños y aterradores, te persiguen luego en sueños.

Además de esas diez cruces cuadradas que nosotros, desde el cielo, contemplamos a menudo con alegría, con el liquen amarillo sucio incrustado en sus viejísimos muros y los ancianos monjes envueltos en mantos rosados y acurrucados en nichos, con sus misales ajados en brazos y su cabello blanco y ralo lleno de piojos, se encuentra en las proximidades la undécima iglesia, a primera vista en absoluto distinta

a las demás, que recibe el nombre de Biet Ghiorgis. Es asimismo una cruz de lados iguales, tallada en una sola roca, con dos filas de ventanas, anchas en el primer piso y estrechas en el segundo, y una entrada a la que conducen siete escalones. Apenas hay sitio para girarse en su interior, apenas se distingue nada en las bandas de luz de las ventanas superiores y apenas se puede respirar el humo denso, con aroma a incienso y a cera, que llena el hueco entre las paredes de piedra basta. Al menos hace más fresco que fuera, en el bochorno bajo los deslumbrantes cielos africanos.

En el altar, sin embargo, tras una cortina anaranjada bordada con hilo de oro, sucia y devorada por las polillas, se encuentra una preciosa joya. Es la más minuciosa representación del Arca de la Ley sobre la faz de la tierra, tan cuidadosamente trabajada y tan respetuosa con las medidas que Bezalel recibió del propio Señor, escritas con su dedo, que cualquiera creería estar ante la mismísima Arca, tal y como la describió Moisés en el segundo libro del Pentateuco:

> Besalel hizo el Arca de madera de acacia, de dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho, y codo y codo y medio de alto. La revistió de oro puro, por dentro y por fuera, y además puso en su derredor una moldura de oro. Fundió cuatro anillas de oro para sus cuatro pies, dos anillas a un costado y dos anillas al otro. Hizo también varales de madera de acacia, que revistió de oro; pasó los varales por las anillas de los costados del Arca, para transportarla. Después hizo un propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo, y de codo y medio de ancho. Hizo igualmente dos querubines de oro macizo; los hizo en los dos extremos del propiciatorio; el primer querubín en un extremo y el segundo en el otro; hizo los querubines formando un cuerpo con el propiciatorio en sus dos extremos. Estaban los dos querubines con las alas extendidas por encima, cubriendo con ellas el propiciatorio, uno frente al otro, con las caras vueltas hacia el propiciatorio.

No era, sin embargo, sino una copia que no contenía ni el omer de maná ni las tablas de la Ley, ni la vara con hojas y frutos de Aarón. Aquella arca bellísima, pero engañosa, estaba vacía, como se comprobaba tan solo en la festividad de san Jorge, cuando levantaba la tapa durante unos minutos el propio arzobispo de Etiopía, en tus días Abune Sellama, el único que tenía permiso para mirar, solo en aquella gran festividad, en el interior del cofre de acacia bañado en oro.

Otra peculiaridad de aquella undécima iglesia era que no se descendía hasta su entrada por unas escaleras y no parecía haber otro

camino. Bajar cuarenta metros a la fosa de paredes rectas en medio de la cual estaba excavada la iglesia era encaminarse a una muerte segura. Lo cierto es que había que conocer un sendero tortuoso, incrustado en las paredes de piedra, que descendía oculto hasta lo más profundo y que se introducía en un túnel de roca que desembocaba finalmente ante la iglesia. El plano de este camino sinuoso, así como el de la propia iglesia, habían sido revelados al rey Lalibela en una visión celestial, y había ordenado que se construyera idéntico. Bajo el recinto sagrado, según ese mismo sueño celestial, había que excavar una sala también oculta de la que partían unos túneles tortuosos hacia las otras diez iglesias para unirlas. Y en el suelo de este subterráneo vacío se podía ver una tapa redonda de cobre oxidado, más viejo que el mundo. La iglesia había sido construida con todas esas estancias subterráneas, y los obreros que las habían tallado en la roca, durante años y años, habían sido luego asesinados para que no revelaran los recintos secretos.

Los piadosos creyentes de la Iglesia ortodoxa etíope tewahedo conocían la existencia del arca de Biet Ghiorgis y, aunque no creían que fuera la auténtica, robada por Menelik en el Templo de Jerusalén, pues la sagrada Arca verdadera debía de encontrarse, según la tradición, en una capilla de Axum, la veneraban sin embargo como si fuera igualmente sagrada y, por si esta creencia no fuera blasfemia, como a un dios del lugar. También así se habían postrado los judíos, como si fuera un ídolo, ante la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto, llamada Nehustán, de tal manera que hubo que hacerla pedazos más adelante, en tiempos del emperador Ezequías. La undécima iglesia de piedra de Lalibela se convirtió asimismo, gracias a la presencia de la falsa pero magistral arca, en un santuario para los cristianos extranjeros, de otra fe, que se atrevían a visitar Etiopía, misioneros y diplomáticos a quienes las majestuosas cadenas de montañas, las pendientes abruptas, las cascadas azules de los ríos y las formas de dragón que adoptaban las nubes en los cielos rojos como pétalos de amapola no les habían impedido adentrarse en el corazón del país. Habían descendido sucesivamente, a la fosa con la iglesia en el centro, el capitán Cameron, por aquel entonces cónsul británico en tu corte, el misionero alemán Henry Stern, los protestantes franceses y suizos Prideaux, Kerans y Rosenthal, así como el británico Henry Blanc, un viajero que había escrito muchos libros doctos sobre Etiopía. Todos habían contemplado con infinita veneración el cofre con los querubines en la tapa, imaginando que se encontraban en el mismísimo Templo de Salomón, en el Sanctasanctórum forrado en oro, de donde nacía la historia entera de aquel objeto que no era de este mundo, pues sobre la tapa, entre los querubines, se oía, en la época de los Reyes, la voz del Altísimo.

Poco tiempo después, sin embargo, todos estos cristianos de todos los ritos y confesiones, que recorrían pacíficamente Etiopía, terminaron encarcelados por ti, y eso solo porque la reina Victoria no se había dignado a escribirte, a pesar de las muchas epístolas con que la aburrías, así que acabaste por odiarla no solo a ella, sino también a toda su chusma de Poniente que venía aquí solo a estropear el rito ortodoxo de tu Iglesia y las inocentes costumbres de tu pueblo. Más aún, en los últimos años, la reina había roto con tu Gobierno: te calificaba de tirano y déspota, por lo que tanto la ayuda militar como la industrial habían cesado por completo.

Tras el asunto de los niños de Kordofán, otro acontecimiento igualmente terrible colmó de indignación el mundo civilizado. Al conquistar paso a paso tu país, en su mayor parte rebelde y hostil a ti, llegaste a pacificar también con fuego y sangre las regiones de los príncipes musulmanes de Wollo, reunidos en la tribu de Mammadoch, que decían ser descendientes directos de Mahoma. Capturaste entonces al joven imam Amede, de tan solo doce años y, torturándolo en el calabozo de Magdala, le hiciste renunciar a su religión y hacerse cristiano, y tú mismo fuiste su padrino de bautizo en el estanque de piedra, cuyas aguas coloreaban y enturbiaban las gotas de sangre de la nariz y los oídos del muchacho. Después de tan solo dos años, cuando tuvo lugar la rebelión de Wollo que te enfureció hasta volverte loco, lo sacaste del calabozo junto con otros veinte nobles de la región y los martirizaste a todos, cortándoles las manos y los pies, tras lo cual lo ahorcaste a él, todavía vivo, de un árbol, y arrojaste los cadáveres de los demás desde una roca.

Al final, invadido por la melancolía y sin saber cómo aliviar el quebranto de tu corazón por Paloma, ordenaste comprar todos los canarios que se encontraran en tu reino, y otros más en Egipto, Líbano y Persia, de tal manera que reuniste cinco mil pájaros amarillos como el azafrán, cada uno en su jaula de alambre de oro, cuyos cantos ensordecían a todos los habitantes del palacio. En un solo día, punzaron con unas agujas largas los ojos de todas las aves para que sus trinos ganaran fuerza y fantasía. Tras aquella ordalia quedaron con vida tan solo trescientos pájaros; el resto alimentó a los chacales y los fenecos con sus cuerpecitos todavía palpitantes, de tal manera que parecía que hubieran caído en torno a la ciudadela unos delicados copos amarillos. Elegiste entonces de entre tus súbditas a trescientas doncellas aún sin pechos, las despojaste de sus vestiduras y llenaste con ellas la iglesia de Dirasge. Los sacerdotes las bautizaron de nuevo con agua de la pila bautismal y asignaron a cada una el mismo nombre: Tewabech. Les colocaste a continuación una jaula en las manos y las enviaste con sus canarios ciegos a caminar durante cinco días por el desierto, entre las dunas infinitas. Los soldados que las

habían acompañado regresaron a Magdala, donde fueron asesinados todos sin excepción. Sobre la suerte de las doncellas nunca se supo nada más.

Aquello fue demasiado para los que se informaban de las noticias del corazón de África por las gacetas: «*El león conquistador de la tribu de Judea*, como se hace llamar el Negus, se ha convertido en una hiena con el hocico ensangrentado», escribió el *Daily Telegraph*, y desde entonces, en los círculos londinenses, se referían a ti solo como Hiena. El encarcelamiento de los peregrinos y los diplomáticos de Occidente había añadido combustible al fuego y había apremiado a la reina a pedir una intervención armada en Etiopía. El primer ministro Disraeli le había sugerido ya a Su Majestad el nombre del general Robert Napier, que se había distinguido en la India y en China como jefe de las tropas de intervención, y unos efectivos de treinta mil soldados. Serían necesarias ambiciosas y arduas labores de ingeniería para que las tropas pudieran adentrarse en el corazón del país. Y el elevado número de tropas y la construcción de caminos y puentes exigían fondos considerables que debía aprobar el Parlamento, una maquinaria famosa por su lentitud. Por ese motivo, la guerra podría comenzar como pronto el año siguiente, si no se retrasaba hasta la primavera de 1868.

El lazo en torno a tu cuello iba estrechándose cada vez más, pero, aguzando los oídos a los demonios de tu alma, no te interesaban demasiado los demonios del mundo real. La reina de Inglaterra te resultaba ahora muy lejana, se te había aparecido incluso en un sueño y no existía en realidad. Solo tus deseos y visiones eran verdaderos. Y ahora, tras la pérdida de Stamatina, el más acuciante entre ellos era el de tocar algún día el Arca que te transformaría, con sus poderes, de un pobre rey terrenal, como tantos otros que se encontraban en este valle de lágrimas, en un emperador del infinito. No olvidarías jamás la ardiente noche de verano cuando —parecía haber sucedido en otra vida— forzaste con Ghiuner la puerta de la pequeña iglesia de Ghergani solo por echar un vistazo a la supuesta arca custodiada bajo sus torres pintadas por dentro con piadosos rostros de santos y, sobre todo, con el del Redentor, cuyos ojos azules te miraban con infinita dulzura. Entonces, como habías deseado desde niño, cuando tu madre, Sofiana, te llevaba a las misas de su compatriota, el padre Elpidifor, hiciste girar las bisagras de la tapa de la iglesita de plata en la que se encontraban aquellas torrecillas, y al mirar en su interior se te cortó la respiración. Pues te viste dentro, como un dedal, junto a Ghiuner, abriendo la tapa de otra arca y así una y otra vez hasta el infinito, mientras que sobre vosotros se abrió también de repente, haciendo girar las bisagras, el techo de la iglesia verdadera. No os quedasteis para ver cómo asomaban arriba vuestras enormes cabezas, sino que

cerrasteis el arca de golpe y salisteis corriendo de la iglesia, enloquecidos por el espanto, bajo los cielos en los que brillaban con fuerza, desplegadas como peonías, las estrellas.

Desde el primer día en que llegaste a Etiopía, muerto de cansancio, sediento y hambriento, y te dejaste caer a los pies de las murallas del monasterio de Debra Tabor, en tus delirios no pensabas sino en el Arca. Sabías ya entonces —pues la sombra del general Andreas Miaoulis, y luego el mapa del armenio Davit Mnatsakanyan, a los que conociste en Hydra, te lo mostraron con gran certeza— que debía de encontrarse en Axum, en la iglesia de santa María de Sion, o en sus proximidades. En cuanto te recuperaste, gracias a la benevolencia angelical de los monjes, del viaje agotador, partiste hacia Axum, en Tigray, la ciudad más sagrada de Etiopía, que durante muchos siglos había sido el centro de un reino grande y poderoso. Examinaste durante varios días cada rinconcito de la iglesia rectangular de piedra amarillenta, con almenas como de ciudadela fortificada, aguzando el oído a todo lo que los monjes comentaban sobre el Arca de la Alianza.

Averiguaste así que, del templete en el que Makeda, la reina de Saba, había albergado el Arca robada por su hijo Menelik en el Templo de Jerusalén, el Arca fue trasladada de nuevo porque había cercenado en el umbral, ya en la primera noche, las cabezas de los veneradísimos ídolos T'enikara y Fireyama, algo que los sabeos no habían aceptado, espantados y soliviantados por la terrible demostración del poder infinito del Arca. Cubierta con pieles de foca teñidas de añil, las únicas que protegían del rayo, y custodiada por jinetes, fue enviada en un carro tirado por cuatro bueyes de aldea en aldea y de pueblo en pueblo, siempre hacia el norte, para permanecer varios siglos en algunos lugares, décadas en otros, bendiciendo cada casa en la que se detenía a lo largo del camino de Gondar, que pasaba por la derecha del lago de Tana, en Hamusit, Wereta y Emfraz, y luego de nuevo hacia el norte, en Zarema, Enda Ras y Shire, hasta encontrar refugio en Axum trescientos años atrás.

En el pueblo de Hamusit, sin embargo, como en la época de los filisteos en la antigüedad, unos insensatos ofrecieron dinero a los soldados para que les dejaran ver el Arca, provocando así que toda la aldea fuera golpeada por la lepra, de tal manera que en una sola noche los vecinos de Hamusit, negros todos ellos, se volvieron blancos como el yeso, y no solo las gentes, sino también los cerdos y las cabras junto a las chozas, y los dientes y el pelo cayeron al polvo. Y las mujeres que albergaban una criatura en el vientre no alumbraron ya bebés, sino, algunas, peces grandes con escamas; otras, flamencos; otras, escorpiones como brazos, y una incluso extrajo de su vientre, ensangrentada, una estatuilla de piedra de la Virgen a la que adoraban todavía en tu época, instalada en una capilla de adobe llamada

Dinigili.

En Axum, esa reliquia de valor incalculable fue en primer lugar custodiada en la iglesia, donde se pensaba que seguía ahora, pero lo cierto era, susurraban los monjes sentados de cuclillas junto a las murallas, a la sombra de las hagenias que barrían el cielo rojo, que después de dos siglos durante los cuales el poder del Arca había provocado que la pintura de todos los iconos se escurriera, que el baño de oro de las bóvedas goteara en el suelo como el rocío y que los monjes tuvieran el miembro siempre empinado y duro, había sido transportada a la Capilla del Arca, construida en las cercanías y confiada al cuidado de un solo monje, responsable de la gran llave, pesada y oxidada, de la puerta. Tras él siguieron más y más, una serie interminable, y cada uno recibía el cargo de su predecesor. Nadie más podía entrar en la capilla, ya se tratara de un hombre corriente, de un noble, de un arzobispo o del mismísimo rey, pues era imposible sortear al guardián.

Ese al que encontraste viviendo en un banco delante de la capilla, donde leía sin cesar un misal gigante, se llamaba Alimayu Tesfaye y parecía más bien un anacoreta mendicante: los harapos de una antigua túnica color azafrán apenas lo cubrían a medias, conservaba un solo diente en la mandíbula inferior y unos pendientes de madera en forma de cruz adornaban sus orejas. En el pecho tenía dibujado un león con una pata levantada. Se decía que el poder de los guardianes, otorgado por los rayos del Arca que brillaba en la oscuridad, era terrible. El puñal resbalaba por su piel sin dejar siquiera un arañazo, las balas se detenían a una pulgada de su pecho y caían al suelo, dobladas e impotentes. Con un solo dedo podían atravesar el corazón de un hombre, y su mirada de *catoblepas* era venenosa. E incluso aunque lograras superar al primer guardián, los peligros al otro lado de la puerta eran más aterradores aún.

Cuando aún eras un *shifta*, te habías plantado un buen día en la capilla, acompañado de unos veinte camaradas. Departiste largo rato con el guardián, prometiéndole el cielo y la tierra si te dejaba echar un solo vistazo al interior, pero fue en vano. El monje no se había inmutado ante los puñales y siguió musitando las palabras del misal, con mirada serena. Sin comprender vosotros mismos por qué, lo dejasteis en paz, y más adelante, cada año, cuando te convertiste en príncipe y gran jefe de ejércitos, regresaste allí, cada vez más decidido a acceder al Arca e incluso a matar al monje. Sin embargo, así como Jesús pasaba ante los ojos de los fariseos en el Templo, escondiéndose de sus miradas sin que ellos pudieran atraparlo, y solo cuando Él quiso Se entregó en sus manos, tú jamás conseguiste, antes de ser rey, entrar en la capilla, como si en torno a ella se hubiera levantado un muro. Pero cuando te aposentaste en trono real, afianzado por el matrimonio

con una reina de estirpe salomónica, decidiste que era ahora o nunca.

Solo un trastornado como tú podía superar el pánico sagrado que Alimayu Tesfaye infundía a los etíopes, pero, al fin y al cabo, después de arrestar incluso al arzobispo y al papa Cirilo de Alejandría, por no mencionar las decenas de príncipes de sangre real, de diplomáticos y misioneros, ¿qué importaba un pobre monje, aunque fuera el custodio del Arca sagrada? Tú mismo hiciste el camino a Axum con un puñado de soldados y te presentaste ante el depositario de la capilla. Que fue con nuestro permiso y con la indulgencia del Señor, para propiciar tu caída definitiva, lo tuviste claro desde el principio, pues ni los hombres ni los espíritus se opusieron, y Alimayu, que era ya un anciano de más de noventa años, fue expulsado de su banco; le quitasteis la llave del cinturón y tú, con tu propia mano, medio embriagado de *tej* y ofuscado por el *khat*, empezaste a abrir el candado. Pero este se rompió en tu mano, devorado por el cardenillo, y se escurrió entre tus dedos como la arena roja de África. Penetraste entonces, con el cabello y el vello de los brazos erizado, en la capilla, imaginando ya cómo caerías de rodillas ante el cofre cubierto con un tejido púrpura. Pero te quedaste clavado, confuso y aturdido, en el centro de la estancia, sin dar crédito a tus ojos.

No solo no se encontraba allí arca alguna, sino que en la estancia de paredes encaladas no había nada: ni muebles, ni pinturas, ni tapices. Era una habitación blanca y vacía, contigo en el centro, que resonaba con cada paso. Brillaban por doquier, bajo los rayos que entraban por las grietas de las paredes, pesados adornos de telarañas, y grandes moscas cruzaban zumbando el aire rancio, posándose en excrementos humanos resecos que parecían ensuciar el suelo desde hacía siglos. Allí de pie, justo en medio de aquella estancia vacía, te golpeó de repente la soledad, como un hacha en la coronilla. Te viste por un instante tal y como eras: el hombre más solo sobre la faz de la tierra. Te imaginaste que estabas en el infierno y que ese era tu castigo: permanecer en aquel lugar para siempre. Habrías preferido que te sumergieran en plomo fundido o que te desollaran durante toda la eternidad.

Entonces el arcángel Rafael, sanador de los males humanos, se apiadó de ti, derrumbado en el suelo, aplastado como un gusano por el terrible peso de la soledad, el más áspero suplicio y castigo de las almas humanas. Desde las nubes de donde vigilamos la vanidad de vuestro mundo, se alargó de repente un brazo luminoso hacia la Capilla de la Tabla y, con la uña de topacio del dedo índice, garabateó en la pared, en la lengua sagrada ge’ez, el nombre del verdadero hogar de la reliquia: Biet Ghiorgis. Viste su mano transparente escribir en la pared y te estremeciste como Belsasar, el que leyó en otra época las palabras *mane, mane, tekel, fares* escritas en la pared de su palacio.

Supusiste que, en algún momento ignoto, el Arca había sido trasladada de nuevo a otro lugar de la santa tierra de Etiopía para que no pudiera seguirse su rastro y que aquel lugar era la undécima iglesia excavada en la tierra de Lalibela, la más venerada de todas, pues ella unía la Jerusalén Terrenal con la Celestial más allá del surco de separación del Jordán. Construida más tarde que las demás, según los planos que el mismísimo Dios, con su dedo, había esbozado para el rey Gebre Mesqel Lalibela, era evidente que había sido concebida para custodiar el Arca. Sin detenerte un instante, saliste de la capilla, montaste en tu caballo y lo espoleaste, seguido por tus jinetes, hacia el territorio septentrional de Amhara. Dejasteis atrás tan solo una polvareda roja levantada por los cascos y, tendido en el camino, el cadáver del viejo Alimayu Tesfaye, desnudo y ensangrentado, con el pecho y el vientre rajados, el hígado y el corazón extirpados y la piel de un brazo arrancada a tiras, como la del cuerpo de una serpiente que ha mudado. Miraba hacia el cielo con las cuencas cuyos ojos habían sido también sacados por los dedos sucios de los soldados.

Bajasteis hacia Lalibela por montes ignotos, habitados por fieras insólitas, con la ropa siempre calada por el vaho fino y frío de las cascadas, embriagados por el aroma de las campanillas silvestres, grandes como campanas de iglesia, y alimentados con miel negra, que rezumaba aquí y allá entre los riscos, lista para ser recolectada, espesa y brillante, con la punta del cayado. Entre las ramas de los árboles warka piaban pájaros de colores que jamás habían imaginado los pintores, colores que no eran ni rojo ni amarillo ni verde ni morado ni naranja ni pistacho ni ninguno de los que puede ver el ojo humano, sino otros, de nombres como *huruza, chelbot, holla, azafant, cuchilla, zaaz* y *ororoa*, y el arcoíris que aparecía a veces en las nubes estaba formado por estos colores, no por los otros.

Una vez en el lugar donde se encontraban las iglesias sin torres, con tejados lisos en forma de cruz, bajaste a la fosa de cada una, santiguándote ampliamente ante los altares devorados por el tiempo y el humo. Obsequiaste a cada sacerdote con varias monedas de piel de babirusa, utilizadas en toda Etiopía, y encendiste cirios nuevos, de luz brillante, traídos de Trebisonda. Tras el largo peregrinaje, te armaste de valor para penetrar, a través de su tortuoso sótano, en la undécima iglesia, la terrible Biet Ghiorgis, donde sin duda se encontraba el Arca.

Entraste en ella tú solo. Te retorciste como una lagartija por los agujeros excavados en la arcilla húmeda, llena de telarañas transparentes. Te arrastraste unas veces sobre el vientre, otras sumergiste la cabeza en el agua, sintiendo espantado el abrazo de unas criaturas blandas. Llegaste tan empapado y sucio a la iglesia que los monjes se asustaron al verte y cayeron de bruces al suelo. Cada uno de ellos estaba envuelto en un manto rosado o azulado. Los expulsaste,

golpeándolos con la hoja de la espada, y te quedaste a solas en el foso que rodeaba la iglesia. Entonces oíste el ruido. El interior del templo resonaba como una campana. Como si una inmensa campana de porcelana estuviera encajada en su interior. Penetraste, pequeño e insignificante, en su interior, que no se diferenciaba del de las demás, a excepción de la cortina anaranjada que escondía una hornacina contigua al altar. Tiraste de ella con tanta fuerza, y estaba tan podrida y enmohecida, que se desgarró en tu mano de arriba abajo, mostrando un cofre cubierto con piel de foca, sobre el cual se extendía una cobertura bordada, con borlas de color añil y campanillas de plata ennegrecidas en los bordes, que, más que cubrir, descubría el rostro de los dos querubines que se alzaban sobre la tapa. Y, cuando retiraste la cobertura, caíste de rodillas y tocaste el suelo con la frente sin querer, de tanto parecido como guardaba aquel icono con la grandiosa y celestial Arca de la Alianza. Comprendiste entonces la astucia de los sacerdotes de tu país, que pensaron que nadie buscaría la verdadera reliquia donde había ya una falsa colocada ante los ojos de todos. Con su sabiduría secular, los vejetes arrugados y desdentados sabían que para esconder bien algo lo mejor es dejarlo a la vista. Un arca falsa era la cobertura de piel de foca sobre la verdadera, que debía de encontrarse también allí, solo que más abajo, en el corazón de la roca, de donde procedía el ruido. Pues el temblor de tierra era cada vez más fuerte y pavoroso.

Sin embargo, levantaste la pesada tapa con los querubines tallados en una sola pieza de oro puro y, con el vello de los brazos erizado, miraste dentro. Todo el fondo del cofre era un espejo en el que te viste por un momento abotargado, con los ojos inyectados de hilillos de sangre y el pelo recogido en trenzas pringosas de mugre y manteca, un rostro de cerdo y de fiera. Cerraste la tapa de golpe y te volviste hacia el altar, donde las gruesas velas de sebo dispersaban por el aire unas volutas de humo sofocante. Desde las alturas caían unas delgadas bandas de luz en las que el humo y el polvo danzaban sin cesar de arriba abajo. Bajo tus pies, el suelo cubierto con tiras de barro era duro, de la misma roca, sin rastro de oquedades. Permaneciste un rato aturdido entre los iconos, mirando boquiabierto a los ángeles soldado con alas de colores que lanceaban el dragón o contemplaban los cielos abiertos, a la Virgen africana con el niño negro como el ébano en el hatillo de la espalda y la caja de plata donde, sobre un algodón ennegrecido por el tiempo, había una esquirla de la costilla de san Jorge, traída en algún momento desde Capadocia, el lugar natal del emperador Diocleciano. ¿Cómo encontrar el Arca verdadera? La iglesia ronroneaba como un gato grande, y el ronroneo procedía de las profundidades bajo tus pies. Pegaste la oreja al suelo y ya no te cupo duda. Pero la roca no presentaba grietas ni oquedades. Te devanaste

los sesos durante varias horas, aturdido por el *tej* y el *khat*, contemplando cómo en las ventanas de arriba el cielo se tornaba rosado, y, finalmente, te enviamos nosotros la iluminación, pues no te abandonamos ni en tiempos de felicidad ni en tiempos de infortunio, para que tu historia fuera redonda.

En el icono de la Virgen Inmaculada había un lugar donde la pintura se había desgastado y se veía la madera, porque allí habían besado el icono las miles y miles de bocas, a lo largo de los siglos, que le confiaban a María, la madre de todos, las alegrías y las desgracias de sus tristes vidas. La rozadura estaba en la mano derecha de la Virgen, en el lugar donde se había visto el anillo de pedida de José. No habrías de saber jamás qué te hizo arrodillarte a ti también ante el icono, besar la madera desnuda y combada, pues no era un pensamiento que brotara de ti, sino que nosotros, soplando desde nuestra nube de plata, lo habíamos plantado en tu corazón.

En el momento en que tus labios tocaron la madera, algo ocurrió en el angosto recinto. Te pusiste en pie de un salto, gritando aterrado, pues el suelo entero comenzó a hundirse contigo en el centro, sumergiéndose lentamente, crujiendo, en un pozo excavado en la roca. Desesperado, intentaste saltar a un lado, pero la puerta de la iglesia estaba atrancada y no tenías a qué aferrarte. Descendías hacia el corazón del mundo y por un instante se te pasó por la cabeza el destino terrible de los hijos de Coré, a los que engulló la tierra, con sus tiendas y todo, en el desierto. Pero finalmente, tras muchas decenas de metros de descenso a las profundidades, el suelo se detuvo y te encontraste en la gran estancia de la que partían los diez túneles tallados en la piedra que unían, bajo tierra, la iglesia de Biet Ghiorgis con las otras diez iglesias de la bendita región de Lalibela. En el umbral de cada túnel abovedado distinguiste a un monje que velaba envuelto en su túnica de color vivo, con su gigantesco misal bajo el brazo. Parecían muertos en un ataúd puesto en pie, pero sus ojos brillaban y sus rostros mostraban pánico y odio. «¿Qué pretendes hacer, rey loco y criminal?», parecían preguntarte, temblando asqueados, aquellos monjes con mantos amarillos, verdes como la hierba y azules, sacudiendo sus cabezas calvas. Sacaste la espada y la blandiste en círculos varias veces para que no se acercaran a ti, luego iniciaste tu búsqueda mientras ellos te observaban. En la cava temblaba toda la piedra; el temblor procedía de más abajo aún, porque allí estaba la escotilla.

La tapa de madera podrida y ennegrecida se encontraba en el suelo, con un aro de hierro devorado por el óxido en el centro. A un lado se distinguía un candado grande de bronce corroído, una especie de barra gruesa en la que se veían unos signos incrustados. Tuviste que sacar el puñal del cinto y rascar el cardenillo para diferenciar en

él cuatro casillas con letras hebreas garabateadas en su interior, las mismas del grandioso libro *Sefer Ha-Bahir* que Moshe el Trapero había hojeado ante ti en aquel sótano del centro de Bucarest. Cuando pasaste los dedos por ellas, viste que las plaquitas giraban, cada una contenía todas las letras, y comprendiste que había que formar una palabra determinada para que el candado se abriera. Sonreíste entonces para ti, pues no era difícil entender la adivinanza. Conocías perfectamente las letras judías, porque Abraham Norton te las había explicado en las infinitas noches de guardia en alta mar, y te había enseñado a captar la sabiduría de la Torá. Las cuatro plaquitas de bronce no podían corresponder más que al Tetragrámaton, el nombre sagrado, impronunciable, de Jehová, el nombre más santo del pueblo de Israel, el único pueblo humano con el que Dios había estado jamás: «Sube a Yahvé, tú, Aarón, Nadab y Abihú, y setenta ancianos de Israel, y postraos a lo lejos. Moisés se acercará solo a Yahvé; ellos no se acercarán ni el pueblo subirá con ellos».

Así que giraste las placas de bronce con tus dedos romos hasta formar el Tetragrámaton: יהוה.

El candado se abrió entonces al instante y solo tuviste que agarrar el aro de hierro, levantar la escotilla y, por una escalera de escarpias petrificadas, descender hasta la estancia más oculta, donde estaba, envuelta en la profunda oscuridad, el Arca.

Descendiste por la escalerilla de escarpias durante horas interminables, tal vez, o solo unos minutos, o solo unos instantes. No pudiste recordarlo, más adelante, jamás. El hecho es que desde la última escarpia viste bajo tus pies una estancia increíblemente extraña, pues era una esfera excavada en la roca y forrada por todas partes con oro deslumbrante. Diez metros debía de medir desde el centro hasta la pared redonda, fueras en la dirección que fueras, y el espejo de oro que cubría las paredes curvas reflejaba por todas partes la irreproducible estructura del Arca de la Alianza, que flotaba, sin cobertura alguna, en medio de la estancia, sin apoyarse en nada, llenando el recinto de una luz irisada. Sobre el cofre de madera de acacia bañado en oro distinguías a los dos querubines, que se miraban de frente y cubrían la tapa con sus alas. ¡Una visión sagrada, una aparición de otro mundo enviada a este valle de lágrimas gracias a un milagro!

Aunque el camino hasta el fondo de la esfera era tan largo que ningún hueso te quedaría indemne si lo emprendías, te encomendaste sin embargo a los principiantes, a los señores, a los dueños de la oscuridad de este siglo, a los dioses del mal que están en el éter y por los que, lleno de soberbia e ingratitud, como el miserable que eras, nos reemplazaste a nosotros, que habíamos velado siempre por ti, y tras abandonar la escalera por la que habías bajado, entraste

lentamente en el aire dorado de la estancia como en un recipiente rebosante de agua. Y esta agua invisible te sostenía, no te dejaba caer, te transportaba suavemente, como en un sueño, de un lugar a otro. Descendiste despacio hacia el corazón del recinto, con los brazos y las piernas extendidos, como una araña que se deslizara por su hilo brillante. Bajo tu cuerpo, que se aproximaba, el Arca rugía más y más profundamente, haciendo temblar tus pulmones. Poco después, todas tus entrañas se mezclaban en el saco abombado de tu piel.

Para avanzar entonces más rápido enderezaste las piernas y el cuerpo como una flecha y estiraste la mano derecha todo lo posible hacia el Arca. Cuando la tocaste con la punta de los dedos, te quemó como un fogón encendido. Pero, arrebatado por tu alegría delirante e insensata, no reparaste siquiera en la quemadura porque tenías los ojos desorbitados y las babas se te escurrían por el pecho en un rapto de pasión devastadora. Agarraste, con las palmas quemadas, los querubines de oro, tiraste de ellos como un loco hasta que se te desolló la piel de las manos y, con un ímprobo esfuerzo, levantaste la pesada tapa de oro repujado para mirar en su interior. Era como si hubieras roto tu propia caja torácica con las manos ensangrentadas para poder ver tu corazón latiendo dentro de su membrana.

En la sombra densa del cofre divisaste, al fondo, el omer de maná, de cuando los hijos de Israel giraban en el desierto en torno al monte Horeb, un maná que no se había estropeado y que presentaba incluso ahora el aspecto de los granos de cilantro. Tomaste un puñado y te lo metiste en la boca: tenía, efectivamente, un ligero sabor a torta de miel. Viste también la vara de Aarón que en otra época había florecido y había dado fruto en una sola noche. Eran almendras, frescas todavía después de tantos siglos, y rompiste la vaina velluda de una de ellas para extraer, grande y leñoso, el fruto. Alargaste luego las manos con los brazos peludos hacia la parte más profunda y sacaste las tablas de piedra que Moisés había recibido del Señor cuando subió al monte: los diez mandamientos estaban escritos en ellas por el mismísimo dedo de Dios, unas letras hebreas retorcidas como llamaradas azules que flotaban a varias pulgadas del brillo de la piedra. Ahora tú sostenías las tablas, y las palabras se escribían en la palma de tus manos.

Leíste los mandamientos y no había uno solo que no hubieras quebrantado, abiertamente y a conciencia, arrastrado por los deseos de tu cuerpo. Pues en las tablas de la Ley ponía: «Amarás a Dios sobre todas las cosas» y tú habías amado al Adversario; «No te harás escultura ni imagen», y tú te habías hecho un pilar con tu propio rostro y lo habías adorado toda la vida; «No tomarás el nombre de Dios en vano», y tú lo habías hecho cada día; «Santificarás las fiestas», que habías olvidado a menudo; «Honrarás a tu padre y a tu madre», y tú la habías cubierto de vergüenza con tus bajezas; «No matarás», y tú

habías matado; «No cometerás actos impuros», y los habías cometido; «No robarás», y es lo que habías hecho desde que tenías uso de razón; «No darás falso testimonio ni mentirás», y lo habías dado; «No codiciarás bienes ajenos», y no habías hecho otra cosa en toda tu vida. Con los pelos de punta, se te escaparon las tablas, pero estas no cayeron para romperse, como en la época del carnero de oro, sino que flotaron en el denso aire de la sala, girando suavemente como hojas secas.

Cuando las recogiste y las colocaste en su sitio dentro del cofre dorado, la escritura que temblaba azul sobre ellas se apagó de repente y las tablas quedaron lisas y muertas. Cerraste la tapa, que no quemaba ya; el ruido procedente de su interior había cesado. Y entonces, en medio de un silencio total, idéntico al de un mundo en el que el oído no existiera todavía, se oyó una voz entre los querubines, y esa voz no era de este mundo. Pues no pasaba por el aire para llegar hasta ti, sino que nacía en medio de tu cerebro como una pequeña fluctuación cuántica en la que cobraba forma un mundo. Y la voz te hablaba a ti, como si estuviera explicándote a ti mismo la historia de tu vida, más verdadera de como la habías vivido tú:

Si te santiguas con tres dedos embadurnados de sangre, si te unges con sangre la frente, sobre las cejas (de donde se escurre un reguero a lo largo de tu nariz morena y aguileña hasta el bigote enroscado en la parte izquierda con hilo de oro, antes de gotear en las baldosas de malaquita de la fortaleza real), y dejas una mancha en el faldón de tu camisa de un satén tan blanco que parece dorado, y otras dos en los hombros con charreteras de ópalo, primero el derecho, luego el izquierdo, en el nombre del Padre, del Hijo y *del Espíritu Santo, Amén, ¿se aceptará tu cruz? Te han dicho siempre que eres un hombre osado*, y *eso has sido desde que tienes uso de razón, pues así saliste del vientre de tu madre en el Archipiélago, una cruz de carne en la que muchos, incontables mártires, entregaron su alma, una cruz de soberbia y codicia en la que, con tus manos bañadas en sangre y en pólvora, con tus uñas apestosas, que siempre has llevado largas y que no limpias jamás para no olvidar ningún cuerpo, de mujer o de hombre, en el que las hayas clavado, fue al principio crucificado tu pobre espíritu, un fantasma de aire transparente, un aire transparente atravesado por clavos que grita de dolor, y flores de sangre que florecen arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.*

Y seguía así horas y días, como una lanzadera que trenzara hilos rojos, azules y añiles en el bastidor de los días y de las noches, hablando en primer lugar sobre el Ghergani nevado de tu nacimiento, luego sobre el Archipiélago heleno, un zafiro unánime salpicado de islas boscosas e islas desiertas, y finalmente sobre el corazón ardiente de la madre Etiopía, una visión de cuento y hechizo bajo los

deslumbrantes cielos africanos. Hasta que la voz llegó a los momentos vividos por ti en la esfera de oro y siguió más adelante para que descubrieras con un estremecimiento del corazón tu final: el tuyo, el del mundo y el del libro por igual.

A continuación se formó un torbellino en el aire denso como la miel y el Arca quedó atrapada en él, volteada como por un remolino, para desaparecer finalmente como si nunca hubiera existido. En el centro del espejo esférico de oro estabas solo tú y tu rostro extendido por las paredes era el de un diablo, con aterradoras alas de murciélago y escamas de serpiente venenosa, idéntico al que estaba pintado en las paredes de la pequeña iglesia de Ghergani, que te vino de repente a la cabeza. Caíste entonces en un trance cercano a la muerte.

Cuando recuperaste el sentido estabas fuera de la iglesia, tumbado en una roca bajo el sol, con los ojos llenos de lágrimas, pues el Arca, tu sueño más insensato y tu esperanza de redención, había regresado a la Jerusalén Celestial de donde había descendido en otro tiempo, y Stamatina, la mujer de tu vida, estaba también perdida para siempre, dejando tu vida sin sentido y vacía como un árbol seco, con sus ramas negras extendidas hacia el cielo. Solo la corona de tu soberbia descansaba todavía en tu cabeza, pero no por mucho tiempo, pues precisamente aquel miércoles, el decimocuarto del mes de Tahsas, el año de 1868, el general Napier, tras desembarcar en el golfo de Zula, comenzó la campaña contra ti en Senafe con una ráfaga lanzada al aire por trescientos rifles nuevecitos de la marca Snider-Enfield. Las nubecillas blancas se vieron en el cielo, sobre el golfo repleto de barcos, hasta el mediodía, cuando las dispersaron los vientos de alta mar.

33

Después de que, en la estancia más profunda de la fortaleza de Magdala, cuando todo estaba perdido, te introdujeras el cañón de la pistola nuevecita, recibida de su majestad la reina Victoria en persona, en la boca, sintieras su frescor y el sabor a metal, y luego, cerrando los ojos, apretaras el gatillo, de tal manera que tu sangre y tus sesos se desparramaron por la pared de detrás y por las losas de malaquita, el mundo no acabó para ti, sino que adquirió un tono transparente y azulado, irreal e inmortal a la vez, pues no lo veías, ni oías, ni olías, ni tocabas, ni saboreabas, sino que era como si tú mismo te hubieras convertido en un sentido nuevo, abierto como un lirio blanco con granos de oro en los cuernitos de su caracol interior, con los que podías percibir y comprender el infinito. Elevado sobre la estancia, te viste a ti mismo derrumbado en la silla, con el cráneo hecho añicos, con la barba y el bigote rojos de sangre viscosa. Viste sin ojos y oíste sin oídos a los soldados ingleses irrumpiendo en tu busca, agarrándote y arrastrándote fuera, y luego, cuando te viste tumbado sobre una sábana en medio del campamento enemigo, rígido y feo, te elevaste de nuevo a las alturas hasta abarcar en ti mismo toda la esfera, con grandes mares, océanos y extensiones de tierra, y montañas y desiertos, y árboles y ríos, envuelto todo en nubes como copos de lino y algodón, y nubes envueltas a su vez en la luz cristalina del sol durante el día, y en la luz de la luna y las estrellas por la noche, cuando en la bóveda se veían, al norte, las brillantes constelaciones que te enseñaba tu madre, Sofiana, en otro tiempo, cuando pasabais las noches de verano sobre un pañolón bajo los cielos salpicados de estrellas, señalando con el dedo las Pléyades, el Águila, Pegaso y Andrómeda, la Osa Mayor y la borrosa Vía Láctea, desplegada de un lado a otro en la bóveda celeste. Y por el sur había otras estrellas, jamás vistas por ti en vida, prendidas también en la telaraña de puntos de oro que formaban otros signos celestiales. Todo esto no se veía, ni se oía, sino que existía, todo existía a la vez, y tú eras todo y todo eras tú, y no había ninguna diferencia entre el todo y la nada. Tu mundo era una mota de polvo insignificante en un mundo mucho más grande, que era una mota de polvo insignificante en un mundo todavía más grande, que era a su vez una mota de polvo en el infinito y así, hacia

arriba y hacia abajo, hasta el infinito.

Te elevabas luego más aún, sin esfuerzo alguno, hacia más y más galaxias que formaban enjambres y enjambres de enjambres, y enjambres de enjambres de enjambres, hasta que al final se veían las paredes de luz en el infinito, como la Gran Muralla, y cúmulos de luz como Laniakea, o remolinos de luz como el Gran Atractor, y más y más fibras y semillas y películas transparentes parecidas a las de la carne de una incomparable naranja. Y hacia abajo descendías los escalones de los mundos de seres cada vez más pequeños, hasta el escarabajo y la lombriz y hasta sus células y hasta sus mitocondrias y hasta las cadenas de ácido nucleico y hasta sus moléculas y hasta los átomos de las moléculas y hasta los protones de los átomos y hasta los cuarks de los protones, hasta los anillitos que vibraban como una cuerda que diera sonido a la música incomprendida del mundo y de la vida. Veías a lo largo de la infinita escalera cómo el polvo eterno se transformaba en pensamiento y el pensamiento en polvo, el mundo en tiempo y el tiempo en mundo, todo en nada y nada en todo, un dragón que se muerde eternamente, alimentándose de sí mismo, la cola de sueño y humo.

Permaneciste en ese estado de confusión y desconcierto casi dos siglos hasta que, en el Año del Señor de 2041, el 4 de febrero, que cayó en lunes, llegó el Final. Pues desde tiempos remotos se había profetizado un día del odio y de la venganza, un día del llanto y del crujir de dientes, el día en que Dios destruiría el mundo rebelde e insumiso y juzgaría a los pueblos reunidos a Sus pies. Sobre ese día y esa hora, dijo el Maestro, nadie sabía nada, ni los ángeles del cielo ni el propio Hijo, sino solo el Anciano, que conocía el comienzo en el final y el final en el comienzo, pues para Él el mundo era de repente, sin tiempo, tal y como lo había creado Él desde el principio. Aquel día había sido ya profetizado por grandes señales en el aire, por el vaivén de las fuerzas celestiales y por terribles terremotos, y por fuegos y plagas y por guerras incesantes. La gente moría de espanto o se escondía en las grietas de las rocas a la espera de lo que estaba por llegar.

Y entonces el Día del Juicio llegó como un ladrón, y al igual que un rayo ilumina la tierra desde oriente hasta poniente, así se mostró el Hijo del Hombre en el cielo con sus miles de carros voladores, luminosos como las estrellas, de los que nevaron ángeles a la tierra, con las alas desplegadas como copos de nieve, para traer la justicia de Dios al mundo. Pues no había uno que no llevara un arma de destrucción en la mano. Y de los carros astrales brotaron rayos de fuego que hicieron añicos los grandes palacios de cristal y acero de las gigantescas ciudades de entonces, rompieron los grandes puentes de miles de metros, sostenidos por postes y por unos cables gruesos como

el muslo de un hombre, hundieron transatlánticos y destruyeron centrales nucleares. Trozos de granizo grandes como casas cayeron del cielo, destruyeron las cosechas y aplastaron el ganado en los establos. Y empezó la devastación, y los hombres caían como espigas bajo las hoces de diamante, pues era la época de la siega, y los segadores eran los ángeles. Dos hombres trabajaban en el molino: uno era llevado, el otro dejado. Dos mujeres descansaban en el tejado de una casa: una era llevada, la otra dejada. Donde estaba el cadáver se reunían los buitres. ¡Pobres mujeres embarazadas o que amamantaban, pues los ángeles no tenían piedad con la necedad de traer niños a un mundo que desaparecía en fuego y sangre!

Y después de que los elegidos, transfigurados en un abrir y cerrar de ojos, fueran llevados a los cielos hasta completar el número de cuarenta y cuatro mil, absorbidos por gruesos rayos de luz en los carros celestes, una parte de ellos partió hacia las tierras nuevas y los cielos nuevos para llenarlos de la alegría de los justos y los bienaventurados, y cantaban himnos de gloria mirando hacia abajo, a través de las ventanas de vidrio de las naves, la tierra quemada y desierta; luego dirigían la vista hacia las constelaciones remotas que aparecían y desaparecían en la noche infinita. Los demás habitantes del mundo fueron reunidos, hombres, mujeres y niños, en la gran explanada frente a Jerusalén y allí permanecieron a la espera del Juicio. Solo se oían llantos de desolación, gritos desesperados. Debería ser pleno día, pero era de noche, una noche iluminada tan solo por los fuegos que brotaban de los tubos enterrados en el suelo y de los rascacielos en llamas. Un frío implacable como la muerte se había cernido sobre el mundo.

Entonces, desde el margen de los cielos, apareció, iluminando como la luna llena y de su mismo tamaño, un carro astral de una grandeza sin par, que brillaba intensamente mientras se acercaba y que alcanzó a ocupar enseguida la mitad del cielo. Era como un huevo de zafiro en el cual se distinguían unas criaturas que no eran de este mundo. Los miles de miles de la llanura, apretujados unos contra otros y cayendo de rodillas, gritaron una vez más atenazados por un pánico atroz, aunque no habían visto aún lo más aterrador.

Pues de repente estalló la voz de una trompeta, más grave y estruendosa que la de los barcos más grandes, tan fuerte que muchos ensordecieron cuando el rugido perforó sus oídos. Con ese sonido empezaron a resucitar los muertos, porque Dios, el de Abraham, el de Jacob e Isaac, no era el Dios de los muertos, sino el de los vivos, porque para Él todos están vivos. El pueblo bajo tierra, desde el viejo Adán y la vieja Eva hasta los fallecidos un momento antes, al oír el sonido de la trompeta empezó a temblar en sus casitas de abeto o de piedra, donde el moho y las raicillas de los árboles y los hongos

habían cubierto los huesos con un velo viscoso y agusanado, y los huesos amarillentos, como los de las vacas, comenzaron a estremecerse suavemente. Poco después, la vibración les hizo encontrar su sitio en ataúdes y tumbas y sepulcros, se recompusieron los esqueletos, que de repente se habían desprendido del moho y habían empezado a brillar en la oscuridad de las celdas, nuevecitos, como si la putrefacción no les hubiera afectado. Y a los huesos se pegaron los tendones, que unían los miembros entre sí, y luego la carne roja cubrió los huesos, devolviendo a los cuerpos su forma original. Se agitaban ahora en los ataúdes mujeres y hombres desollados vivos, ciegos y carentes de juicio, que intentaban empujar las tapas para dejar pasar la luz del día. Golpeaban con tanta fuerza las paredes de madera podrida que los vivos apiñados ante la ciudad santa los oyeron, y un pánico infinito hizo que sus dientes castañetearan sin control. Pero con otro toque de trompeta los cuerpos nuevos adquirieron pulmones e hígados, y todas las entrañas de su interior, el corazón con los miles de hilillos sangrientos que cubren la carne; a las mujeres les salieron tetas y una raja, y a los hombres las vergüenzas entre los muslos, tan extraordinariamente empinadas como las de los ahorcados. El cerebro, la médula de la columna vertebral y las ramificaciones de los nervios vinieron después, los ojos se abrieron en las cuencas, y la piel lo recubrió todo, completando el aspecto humano que cada uno había tenido en vida a la edad de treinta años. Y todos tenían el rostro y la apariencia de los Elohim que los crearon en el comienzo con arcilla y espíritu. Y con el tercer toque de trompeta en el vacío, miles de miles y decenas de miles de miles, todos atravesaron los ataúdes y, como los abejorros, salieron de sus agujeros, amoratados los hombres y blancas como la leche las mujeres, apoyándose en los codos para salir cuanto antes de la tierra y unirse a la muchedumbre que se alejaba, entre pisotones, de los recién resucitados. Estos, aturdidos todavía, se sentaban temblorosos, desnudos y húmedos aún, mirando desconcertados a su alrededor.

Nubes negras, aterradoras, rodaban por el cielo, y los carros del Señor brillaban, cientos y cientos, como otros tantos soles, sobre el paisaje en ruinas. Jerusalén resplandecía amarillenta a lo lejos, llena de iglesias y de mezquitas, con árboles doblados por el viento, y ante ella estaba la humanidad toda desde que el mundo era mundo, esperando a sus jueces, a sus consoladores y a sus verdugos.

Entonces descendimos también nosotros, los que contemplamos eternamente el rostro de la Divinidad. Nos deslizamos en un rayo, siete arcángeles de siete carros celestiales con los cabellos flotando al viento en el vacío, con las armas extendidas y las armaduras deslumbrantes, envueltos en mantos de arco-iris. Los nimbos rodeaban nuestras cabezas con su brillo dorado y con el nácar de las perlas, y

nuestros rostros y nuestros brazos y nuestros pies brillaban tanto que los ojos de los mortales no podían soportar el resplandor. Nuestros cuerpos eran humanos, pero siete veces más altos, y el espíritu procedente del Eterno había descendido sobre nuestra cabeza en forma de Paloma. La gente conocía nuestros siete nombres, éramos los santos arcángeles Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Sealtiel, Jehudiel y Barachiel, pero nos une el mismo espíritu de hecho y somos uno solo. Descendimos como siete mariposas de marfil con alas de seda y la humanidad quedó deslumbrada ante semejante belleza, que no se puede expresar, sino tan solo sentir en el corazón hechizado.

Cuando llegamos al suelo, te buscamos con la mirada en el océano de gente y te distinguimos desnudo y tímido en una esquina, recién salido de la tumba, un hombre hecho y derecho como eras a los treinta años, con el cabello negro ala de cuervo y un bigote imponente, y rizos negros en tu pecho de *palicar*, y muslos firmes y macizos. Pero los ojos con el ceño fruncido recordaban a la fiera de tu interior, que ni tras la muerte y la resurrección había desaparecido del todo. Pues has sido un hombre sangriento, Theodoros, has hecho el mal a ojos de Dios, has comido con sangre y has bebido sangre, y por ello tu sacrificio no será aceptado, porque la vida de cada cuerpo está en su sangre. Desde nuestras nubes con ribetes de plata te contemplamos cuando estabas todavía en el vientre de tu padre y en el sueño de tu madre, y luego te vimos como un niño de teta, como un mozo sirviente en la casa señorial y enseguida como un mancebo ávido de mujeres; como *palicar* en el Archipiélago y como ladrón en la tierra santa de la madre Etiopía; luego como jefe de ejércitos, y finalmente, después de muchas peripecias, como rey, pues así lo habías querido desde el principio. Hemos escrito todo en el libro de tu vida y de tu mundo, tal y como hemos escrito también los libros de todos los que conforman la muchedumbre infinita delante de Jerusalén, pues ha llegado el momento de hacer una confesión: no hay un único Juicio, sino miríadas de Juicios, uno para cada mortal. Hay miríadas de libros de la vida, uno para cada pensamiento nacido de un cráneo humano, ya que cada pensamiento está envuelto, como el gusano de seda, en su mundo, vivido y soñado por él, y nosotros escribimos todos los libros a la vez para presentárselos, con veneración, al Gran Lector que es el Todopoderoso. Este es tu libro, titulado con tu nombre, pero hay también otro libro, el de Ghiuner, y otro de Sisoe, otro del vaivoda Dimitrie Ghica, otro del Bisabuelo de John, otro de Zephyra, otro de Jianu, otro de Nura y otros, miles y miles, de los que no aparecen en tu libro. Y tú estás también en sus libros, unas veces con gran relevancia, otras veces solo como un rostro entrevisto un instante en medio del gentío. Y en la mayoría ni siquiera apareces. Y he aquí por qué te hemos buscado con la mirada,

precisamente a ti, entre la muchedumbre infinita. Porque vamos a presentarle enseguida al Creador el libro de tu turbulenta, tumultuosa vida.

En un instante de silencio total, la multitud se arrodilló ante nuestra grandeza y nuestro resplandor, y nosotros, con las espadas desnudas en la mano, nos colocamos formando medio círculo, a la espera del terrible Juicio. Sobre la Jerusalén terrenal y sobre nuestras cabezas melenudas, con rizos pelirrojos y dorados y castaños prendidos en trenzas hasta la cintura, descendió entonces del vacío, con majestuosa lentitud, la bandeja de oro de la otra Jerusalén, la celestial, llegada de un mundo lejano, desde los márgenes de la cúpula, que, abriéndose camino entre las naves de diamante de la bóveda, se posó como una inmensa ciudadela de cuarzo sobre la ciudad de detrás, para detenerse sobre las torres doradas de la Cúpula de la Roca, los minaretes y los hoteles con fachadas de cristal de entre sus murallas. Era como si la ciudad del cielo se reflejara en las aguas, dejando su rostro más desvaído y humilde en la tierra. Helicópteros y drones y aviones de guerra, como un enjambre de mosquitas deterioradas, giraban alelados en la luz cegadora de la gigantesca bóveda llegada de ninguna parte. La espera se hizo insoportable, el silencio acentuaba los gemidos y los golpes de pecho de los pecadores allí reunidos, que esperaban o bien la salvación, o bien la condena eterna. Todas las miradas estaban clavadas en el gran velero madre celestial, que flotaba ahora a tan solo varias decenas de metros sobre los árboles en llamas.

Sonaron luego los cuernos de plata, y el aire nuboso se llenó de un revoloteo de alas, y grupos de ángeles unieron sus voces en gritos de alegría, y de la bóveda celestial el Cristo verdadero descendió lentamente en su mandorla de ámbar, envuelto en una amplia túnica de lino ceñida con un cinturón de oro, y sus brazos extendidos abarcaban todo el mundo. La muchedumbre lo recibió con «¡Hosana!», tendiendo hacia Él las manos y los pensamientos sedientos de redención. Desde el centro del barco de cristal apareció también el Anciano, en su trono de zafiro rodeado por un arcoíris, bendiciendo con dos dedos al gentío. La luz se tornó de leche y miel, cegadora como en los primeros días de septiembre. El Señor vestía una camisola verde de seda y, sobre ella, un manto rojo como la sangre. En los brazos sostenía un libro guarnecido con plata, abierto en la página donde el profeta David decía: «Ante Yahvé, que llega, que llega a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, a los pueblos con equidad». Mirando hacia la llanura que se extendía hasta Nes Harim y Bar Giyrla, abarrotada de gente, el Señor asintió con Su cabeza de un blanco grisáceo y despegó los labios para gritar con una voz grave y profunda:

—¡THEODOROS!

—¡Aquí estoy, Señor! —respondiste desde un rincón alejado, de inmediato y sin asombrarte, y, como si toda la muchedumbre supiera que así tenía que ser, el gentío se abrió para dejarte pasar. Tantos eran que avanzaste entre tus semejantes una hora entera, intentando reconocer a alguien aquí y allá, pero solo distinguiste la mirada del señor Petrache, desnudo y despeinado también él, como todos los resucitados de entre los muertos, así como el rostro de una ramera con la que habías copulado en el burdel cuando vivías en la Ulița Beilicului, en Bucarest. Nunca supiste su nombre, pero debes saber ahora que se llamaba Stana. Viste también en un rincón a Cárano de Macedonia, resucitado de la tumba al mismo tiempo que los demás. Les sonreías aturdido a todos, echando un vistazo de vez en cuando a las cegadoras naves celestiales y a las grandes señales del cielo. Cuando llegaste ante nosotros, caíste de rodillas, desnudo y humillado como un gusano, al saber que entonces tendría lugar solo tu Juicio, el tuyo entre todos los mortales, y que no habría otro en ese mundo tejido por ti mismo, que te envolvía en su hilo ilusorio. Pues ni siquiera nosotros, los Omniscientes, sabríamos jamás si te habíamos soñado a ti o si tú nos habías soñado a nosotros, como dos manos que se dibujan eternamente la una a la otra.

Después de que te arrodillaras, cesaron los susurros y todos los ojos se clavaron en la extensión de piedra en la que se celebraría el Juicio. El Señor tendió Su brazo con manga ancha y, ante esta señal, Miguel, el primero de nosotros, pues, de entre los arcángeles, es el primogénito de los nacidos de Dios y Su soldado más audaz, se colocó a tu derecha con la espada en ristre. Su armadura de oro brillaba como mil soles, y las alas se elevaban en su espalda, no como las de un pájaro, sino como las de una mariposa de una inédita envergadura y majestad. Y de la tierra, ante la misma señal, con fuertes sacudidas y olor a azufre, se alzó de repente la espantosa, arrugada, ennegrecida, vil, asquerosa, granujienta cara de monstruo de Satanael, el Adversario, plantada en el cuerpo de una araña negra como el betún y peluda, del tamaño de tres elefantes, con las patas extendidas en un radio de veinte metros. En su pecho cubierto de vello brillaban los dos colmillos torcidos de los que goteaba veneno. El gigantesco insecto con cabeza humana, que le helaba a todo el mundo la sangre en las venas y le erizaba el pelo del cogote, pasó a tu lado, frotándose de vez en cuando los colmillos con las patas. De esa misma boca del infierno salieron de uno en uno, rugiendo como las fieras del bosque y apestando el aire, otros seis diablos sonrientes, de piel negra y colmillos sangrientos, y garras y colas con una flecha en la punta, y pezuñas como de buey, idénticos a los demonios pintados en las iglesias, llamados Behemot, Asmodeo, Belial, Mammón, Samael y

Belfegor. Todos se arracimaron en torno a Satanael, su jefe, escondiendo sus miradas en su piel negra, pues no podían soportar la luz pura que brotaba de la Divinidad.

Entonces nosotros, los demás arcángeles, nos colocamos detrás de Miguel, sin amedrentarnos, dejando sitio para la batalla que iba a tener lugar y cuyo botín sería tu alma, Theodoros, ansiada por nosotros en el cielo y por ellos en el infierno. Aterrado por los diablos, procurabas retirarte hacia la derecha, aferrándote a nuestras plumas como te habías aferrado en otra época a las faldas de tu madre, pero los malignos te trajeron de vuelta, clavándote en el costado una garra que te secaba el corazón. Te quedaste entonces en el centro, temblando, desnudo y frágil, con ojos llenos de lágrimas y cubriéndote las vergüenzas con la mano. «¡Este es el hombre!», pensaba al verte cada criatura de la extensa llanura, mientras desfilaban ante sus ojos, en un solo instante, sus felices-infelices vidas.

—Confíanos, Señor, a nosotros, el alma de este hombre llamado Theodoros, pues mucho ha sufrido —empezó Miguel después de que el anciano de la nave celestial le diera permiso para hablar—. Él amó profundamente a su madre, y amó asimismo a sus camaradas allá donde lo llevaron sus pasos, y amó a una serie de mujeres, a algunas con gran cariño. De entre todas ellas, Stamatina fue la mujer de su vida, a la que no pudo tocar y la que desgarró su atribulado corazón. Y la muerte de Paloma, también amada con gran ternura, obnubiló su cerebro y le hizo ponerse, contra su voluntad, del lado del mal. Y amaba incluso a los gatos, no los dejaba nunca sin leche. Y su espíritu no fue nunca el de un simple mortal, sino uno grandioso, amante de hazañas jamás vistas. Fue inteligente y tenaz y temerario en vida. Y Te habría amado también a Ti si se lo hubieras permitido, pero en Tu sabiduría no le concediste siquiera la fe del tamaño de un grano de mostaza, así que no pudo plantar la higuera en el mar. Y tal como el vino más puro se vuelve vinagre si se oxida, también él se desvió por el mal camino, aunque se mostró arrepentido hacia el final. Perdónalo ahora y permite que suba a los cielos, pues aquel al que se le perdona mucho, ama mucho, y al que se le perdona poco, ama poco. Para corroborar lo que hemos dicho hasta ahora, te mostramos, Dios Savaoth, el libro que hemos escrito; en él hemos consignado de manera imparcial, sin mirar su rostro, todos los hechos de este hombre, los buenos y los malos, para que puedas emitir tú solo un juicio justo.

Gabriel, el de las alas de pavo real llenas de ojos, sacó de la talega la pila de hojas que durante más de cincuenta años habíamos ido anotando con la pluma, escribiendo todo lo que te había sucedido, y, soplando sobre ellas, las lanzó lentamente hacia el velero celestial. Allí el Señor, abandonando el otro libro en el regazo, tomó entre sus largos

dedos el volumen de tu vida y hojeó las páginas por las que los chorros de sangre, lágrimas y sudor se mezclaban con el azul de la tinta.

—Al entregarle ese libro al Señor —levantó la voz el Adversario, haciendo silbar como una gaita la cola de su vientre peludo e hinchado— habéis cavado vuestra propia tumba, pues no hay condena más clara que lo que está escrito ahí, en las terribles maldades, injusticias, arbitrariedades, asesinatos, violaciones y torturas con las que este insensato y maldito ha martirizado a los pobres mortales desde siempre. Su deseo de grandeza no es otra cosa que el pecado de soberbia, el más grave que mata un alma mortal de cuantos conocemos incluso nosotros, los escaldados en la lava de las profundidades. Pues dejando a un lado la infinita relación de sus maldades, el sacrílego aquí presente, que con fingida piedad intenta provocar las lágrimas de la multitud, ha aspirado al fruto prohibido de la vida eterna, de siglo en siglo y de redención en redención, con la intención de asemejarse a Él. Ni siquiera nosotros soñamos con ello, en la época en que, cautivados por las hijas de la tierra, nos enfrentamos a la Divinidad por sus cabellos de oro y de betún, por sus dulces cuerpos virginales y, ay, por sus tetitas y sus caderas inolvidables; ni siquiera a nosotros se nos pasó por la cabeza destronar al Eterno y ocupar Su lugar, como pensó a menudo este ser hambriento de vana grandeza. Incluso en el libro que tienes ahora en Tus manos, Señor, pone cómo, soñando con el reino, el blasfemo no se conformaba con uno terrenal, sino que aspiraba al Tuyo, llamándose en su locura Rey Azul de todo el mundo y del mundo más allá del mundo. Y si hubiera llegado a arrebatarte el trono eterno, tampoco se habría conformado con él, pues habría seguido buscando algo más grandioso, algo que solo un soñador de sueños podría imaginar: un sable tan afilado que se cortaría a sí mismo eternamente. Así que, Señor, que con tanta crueldad nos condenaste en otros tiempos, transformándonos en diablos y matando a nuestros hijos en el Diluvio, ¡entréganos el alma de este Theodoros, un hombre malvado y mezquino cuyo lugar está en la Gehena, con el llanto y el rechinar de dientes!

Los dos arcontes del conocimiento del bien y del mal, que se encontraban a uno y otro lado de ti, como dos alas, al ver que el Señor no respondía a sus palabras, sino que seguía hojeando su grueso breviario, se dejaron llevar por la impaciencia y el ímpetu guerrero. Llevaban largo tiempo esperando la oportunidad de un enfrentamiento, y he ahí que ahora, en la explanada delante de Jerusalén, esta se había presentado. Nos retiramos con timidez, tanto nosotros como los archidemonios que habían surgido del suelo como grillotalpas, para dejar sitio al gran duelo que también la

muchedumbre, animada de repente, ansiaba contemplar.

Con el espectáculo de los dos contendientes que giraban ahora el uno en torno al otro, evaluando por dónde atacar mejor, el gentío se olvidó por completo de su propio juicio y condena; se habían arremolinado en pequeños grupos, como la leche coagulada, y valoraban ahora, con discrepancias y empellones, las posibilidades de victoria de los soldados de la arena. Unos se ponían de parte de Miguel y aducían que su armadura no podría ser atravesada por los colmillos de la fiera, que su brazo blandía el arma con gran destreza y podía amputar en un abrir y cerrar de ojos las ocho patas de la araña, que tal vez el Señor le enviaría un conjuro, pues ¿cómo era posible que Él aceptara la victoria del mal precisamente ante Su rostro sagrado? Se oyeron, entre la multitud, gritos y voces de ánimo a la gran mariposa, cada vez más enfervorecidos; gritaban sobre todo las mujeres, pues el arcángel les parecía muy apuesto, cubierto como estaba por deslumbrantes placas de oro.

Otros, con los pies en la tierra, reconocían la verdad, es decir, que era imposible que alguien venciera a semejante coloso del infierno cuya espalda estaba llena de espinas venenosas y que tenía en el pecho unos colmillos más grandes que los de los elefantes, chorreantes de veneno amarillo verdoso. No cabía duda de que Satanael iba a aplastar entre sus patas a la pobre mariposa blindada hasta que su armadura se fragmentara, y su carne de luz sería desgarrada por los colmillos venenosos de la bestia vencedora. Así que se colocaban de parte del Demonio, azuzándolo con gritos de ánimo. Incluso tú, olvidado por todo el mundo, te pusiste en pie para ver mejor, sin cubrirte las vergüenzas, pues necesitabas las dos manos para agitarlas en el fragor de la contienda.

Era el eterno enfrentamiento, bajo el cráneo de cada individuo, entre la mariposa y la araña, entre el ángel y la fiera. Era la última batalla, la batalla total, la batalla del implacable final. Los dos atletas del ser se enzarzaron de repente como dos crios que pelean por un puñado de cerezas, empujándose, retorciéndose, arrastrándose, rugiendo e insultándose, de tal manera que apenas se distinguían en la nube de plumas arrancadas y mechones de pelo asqueroso que llenó enseguida el campo. La tierra temblaba con sus pisotones, los cielos se retiraban ante sus juramentos y maldiciones, el gentío estaba helado de espanto con los chorros de veneno que brotaban de los colmillos de la fiera, con los vivos destellos de luz reflejados por la espada del gran arcángel, que giraba como ante las puertas del Edén. La luz de la armadura de oro deslumbrante y la profunda oscuridad del vientre peludo se alternaban, como el paso de los días y las noches, girando hacia la turbamulta. Las melenas prendidas en mil trencitas de Miguel y los gruesos aros de hierro de los orificios nasales de Satanael

destacaban un instante en el torbellino y desaparecían luego en la mezcla de miembros, brillos, patas y el vaho de los pesados resuellos de la abrumadora batalla. Los dos se desplomaron en la tierra yerma, revolcándose en el polvo, arañándose y desollándose hasta quedar en carne viva, pero los arañazos y los cortes se cerraban al instante, pues ninguno de ellos podía morir. Parecía unas veces que Satanael vencía, pues le había clavado a la mariposa las ocho patas e intentaba atravesar con los colmillos la placa de oro de su cuello, pero el arcángel ahuecaba sus plumas y se zafaba de las garras. Otras veces, parecía vencer Miguel, pues le había cercenado, volteando su espada como un rayo, cinco patas a su adversario, solo que estas crecían al instante más fuertes aún. Así que la batalla declinaba cada vez con más frecuencia y ambos se tumbaban en un rincón para recuperar el resuello.

Al ver que la suerte del heroico enfrentamiento no se decidía, pues los luchadores parecían contar con idénticas fuerzas, entramos sucesivamente en el combate también nosotros: nos abalanzamos sobre los demonios lanzando gritos de guerra, y ellos respondieron con aullidos y gruñidos y cacareos, sumándose con ardor a la trifulca. Nos enfrentamos de dos en dos, pero golpeando también a los lados, Gabriel con Samael, Rafael con Asmodeo, Uriel con Belfegor, Sealtiel con Behemot, Jehudiel con Belial y Barachiel con Mammón, arañándonos, mordiéndonos y abofeteándonos con tal saña que la llanura de alrededor retumbaba con crujidos, golpazos y gemidos exaltados. Enjambres de drones llegados desde la ciudad giraban sobre la batalla, iluminándola con sus faros, luego se detenían, como indecisos, y regresaban en desbandada a sus bases.

Entonces Jesús, grandioso como un ave de pecho blanco, flotando entre el cielo y la tierra con los brazos en cruz y abrazando así a la muchedumbre huérfana, decidió que era ya el momento de poner fin a la pelea y devolver al mundo la fe, la esperanza y el amor que, en el fragor de la batalla, habíamos olvidado todos. Llevándose las manos a la pechera, se desgarró de repente la camisola, que no tenía costuras, y desveló su pecho blanco, sin rastro de vello, en el que los pequeños pezones se veían como dos parches pálidos. A continuación sucedió algo que nos dejó tristes y paralizados. Pues el hombre que flotaba en los céfiros del espacio se clavó de repente los dedos en el pecho, agarró las costillas y las abrió de par en par, dejando que se viera, entre los pulmones y la tráquea, sobre el diafragma, su corazón de carne terrenal y de espíritu celestial, repleto de venillas, que latía con un ruido ensordecedor sobre la muchedumbre. Y de Su corazón brotaron miles de rayos de oro y cuarzo y berilio y crisólito, que bañaron el paisaje con una luz del alba, una luz tierna y supraterrenal. Su corazón era un manantial de agua viva, su rostro era el de los

torturados y los martirizados, el de los que dan la vida por los demás sabiendo que la recuperarán al momento más maravillosa que antes. Ante esa visión celestial cesó la lucha, pues sus rayos fundían toda diferencia entre las gentes: no había ya mujer ni hombre, esclavo ni señor, pobre ni rico, sino tan solo nacido, infeliz y muerto, con la esperanza de la resurrección. Sobre la esfera terrestre, rodeada por nubes y estrellas, se posó un silencio absoluto, como si todos los de la explanada aguantaran la respiración. Solo se oía el latido apagado de Su corazón de rayos, pero con gran intensidad, como oye el feto el corazón de su madre mientras se encuentra en su vientre. Vencidos por la fatiga de la batalla, yacíamos ahora todos juntos, ángeles y demonios, apoyando nuestra cabeza en el hombro del otro, sobre la tierra fría, bañados en la luz de cristal de aquel corazón omnisciente.

Y en el silencio, al cabo de largo rato, se oyó de repente, desde el gran velero madre de los territorios en las alturas, una risa contenida, filtrada entre la barba y los bigotes canosos, la risa de un anciano guasón. Era el Señor, que reía mientras leía el libro de tu vida, pasando una hoja tras otra humedeciéndose de vez en cuando el dedo en la boca. Ni siquiera había reparado en las terribles batallas por tu alma, pues no le había dado tiempo. Desde que tenía el libro delante, se había transformado por completo. Tras leer las primeras páginas, lo invadió la impaciencia por saber qué iba a ocurrir. Se detenía a veces, al tropezar con alguna palabra más erudita, y luego seguía leyendo, ajustándose las gafas de montura antigua, de carey, en la nariz y siguiendo con el dedo las palabras que con tanto esfuerzo habíamos reunido en otro tiempo en esas hojas. Al pasar las páginas, sus ojos se llenaban a veces de lágrimas, para volver a reír más adelante de nuevo, o bien se levantaba furioso de su trono eterno y soltaba un puñetazo en la mesa, o adoptaba un aire soñador, con la cabeza en la mano, ante una historia de amor.

No pusimos entonces en pie, la muchedumbre, los diablos y los arcángeles, los inculpados y los querellantes, aguantando la respiración de tal manera que no se oía una mosca. Miríadas de ojos, de vivos y de muertos, de fieras y de ángeles, estaban clavados en el dedo que pasaba las hojas, en la sonrisa de la boca y en el ceño fruncido del gran Lector, pues ahora sabíamos que el Juicio no iba a poner en el platillo al hombre, con sus pecados y sus sombras, sino el libro, escrito por nosotros, con tesón, durante medio siglo.

Y si es recibido en los cielos, será después recibido también en la tierra.

FIN

NOTA FINAL

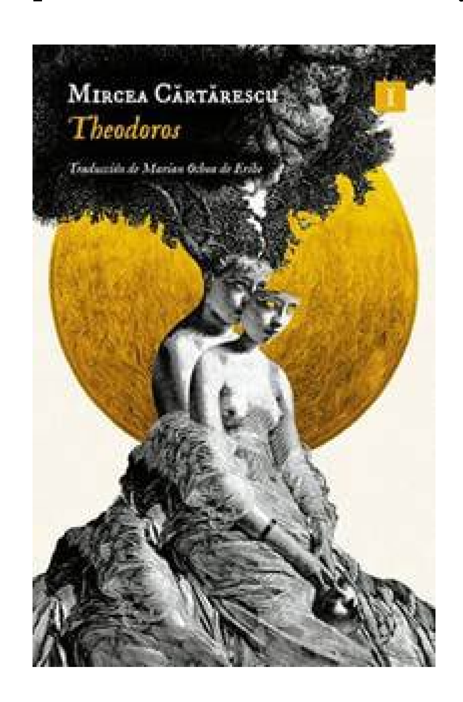
Theodoros, el protagonista de mi novela, existió en realidad. Conocemos sus primeros años de vida gracias a la *Carta* del memorialista Ion Ghica dirigida a Vasile Alecsandri en 1883. En ella el autor plantea la conjetura, basada en una epístola a la reina Victoria conservada en los archivos británicos, de que el joven criado desaparecido en Ghergani, en la corte de su padre, se hubiera convertido, después de varias décadas de aventuras nebulosas, en el rey Tewodros II de Etiopía. Esa suposición carece de base histórica real, pero abre la fascinante perspectiva de una historia falsa, ficticia, mítica y arquetípica, perfecta para componer la sustancia de una novela.

Desde la primera lectura de la *Carta* de Ion Ghica, hace cuatro décadas, supe que algún día escribiría la novela de Theodoros, una novela pseudohistórica, de ficción, en la que lo imposible se vuelve posible en otra creoda temporal, en otro mundo, «con otros ríos y otros dioses». Me he visto obligado, sin embargo, a aplazar, año tras año, este proyecto de toda una vida, enfrascado siempre en la idea de llevar a buen término otros libros más acuciantes. También mi *Diario* está salpicado, desde hace treinta años, de notas sobre *Theodoros* y del sentimiento de que tengo que hacer acopio de valor para comenzarlo de una vez por todas. Solo ahora, en una época de depresión, confusión, pandemias y guerras, como de fin del mundo, he encontrado por fin los dos años en los que, para poder sobrevivir, he escrito Theodoros, tal y como mi personaje llegó a realizar finalmente (*se non è vero, è ben trovato*) el sueño de convertirse en rey.

Junto a la citada carta del memorialista del siglo xix, las otras fuentes para configurar mi novela han sido la Biblia, el libro sagrado etíope *Kebra Nagast* y un texto histórico anónimo sobre la vida del rey Tewodros II, que se encuentra en internet.[40] Todas estas fuentes están manipuladas, reinterpretadas y fundidas en la sustancia del libro. Aunque he procurado que cada detalle de mi novela esté bien documentado, de tal manera que el lector pueda descubrir gracias a él

cómo eran la geografía y la historia, la religión y la cultura, las costumbres de sus habitantes, la flora y la fauna, qué se comía y se bebía, etc., en cada uno de los cuatro mundos que se entrecruzan en este libro (Valaquia, el Archipiélago griego, Etiopía y la Judea del rey Salomón), *Theodoros* no aspira a ser sino una obra de ficción.

Un ejercicio de pura libertad literaria, una obra torrencial, libérrima, exuberante, inclasificable.
Una novela épica que va desde lo realista hasta lo fantasmagórico.



Tudor es el hijo menor de dos sirvientes de la corte de un gran boyardo de la atrasada Valaquia. Desde su nacimiento, la ambición parece guiar cada uno de sus pasos, y en su arduo ascenso al poder no dudará en dejar su camino sembrado de cadáveres. En su historia se cruzan el rey Salomón, la reina de Saba, el bisabuelo de John Lennon, el general Napier y la reina Victoria. Tudor será Theodoros: bandido y pirata, pecador devoto, el terror de los mares de la Hélade. Vivirá en bosques y monasterios, presenciará batallas y milagros, y finalmente se convertirá en Tewodros: el despiadado Emperador de Emperadores, soberano absoluto de Abisinia. *Theodoros* constituye un ejercicio de pura libertad creativa en una narración torrencial, libérrima, exuberante, la culminación de una obra absolutamente épica. Un terremoto literario. Una novela arrolladora que abarca desde lo

realista hasta lo fantasmagórico.

Historias de amor y de aventuras, reales y fantásticas, voluptuosas y crueles. Cărtărescu entrelaza lo histórico, lo legendario y lo filosófico con pasajes prodigiosamente hermosos para crear un universo que abarca desde la Creación hasta nuestros días y que va incluso más lejos: hasta el Juicio Final.

CITAS

«Leer a Cărtărescu es una experiencia que nada tiene que ver con la evasión y el entretenimiento, sino que nos procura puro éxtasis y alegría.» ***—Le Monde***

«Pocos autores son capaces de andar tan al fondo de sí mismos. Libro tras libro, se confirma que la suya es una de las aventuras literarias más sólidas de las letras contemporáneas.» **—Francesc Serés, *El País***

Mircea Cărtărescu es el más importante narrador rumano de la actualidad. En Impedimenta ha publicado el libro de relatos «Nostalgia» (1993), que se abre con «El Ruletista». Siguieron «Lulu» (1994) y la trilogía Cegador (1996-2007), conformada por «El ala izquierda» (1996), «El cuerpo» (2002) y «El ala derecha» (2007), todas publicadas en Impedimenta. En 2015 publicó la novela «Solenoide», considerada su obra más madura hasta la fecha, y su mayor éxito. Suyos son también «El Levante» (1990), «Las Bellas Extranjeras» (2010, Premio Euskadi de Plata), «El ojo castaño de nuestro amor» (2012), el volumen de relatos «Melancolía» (2021, de próxima publicación en Impedimenta) y su última novela, «Theodoros» (2024). Mircea Cartarescu ha recibido otros premios literarios a lo largo de su carrera, entre ellos el Premio Formentor de las Letras en 2018, el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances en 2022 y, en 2024, el Premio Internacional Mondello. Actualmente vive en Bucarest.

NOTAS

[1] Famosa novela popular rumana, de los siglos xvii-xviii, en la que se narran los viajes y las hazañas de Alejandro Magno. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2] Soldados voluntarios griegos.

[3] Theodoros, un personaje sin instrucción, pronuncia los nombres de las figuras históricas de manera popular.

[4] Placa de madera o metal que se golpea con un martillo para llamar a los monjes y fieles a la oración.

[5] No se trata propiamente de escupir, sino de poner la lengua entre los labios y soplar para no echar el mal de ojo. Era un gesto muy habitual en las diferentes culturas de los Balcanes.

[6] Rango de alto cortesano en Moldavia, equivalente a un gobernador territorial.

[7] Nombre que recibía Viena en húngaro.

[8] Referencia a uno de los momentos de la boda religiosa según el rito ortodoxo.

[9] Nombre eslavo de Constantinopla.

[10] Personaje de la mitología rumana. Se trata de un hombre del tamaño de una mano con una barba del tamaño de un codo, tal y como expresa su nombre.

[11] Personaje de los cuentos tradicionales rumanos.

[12] *Vincetoxicum hirundinaria*, planta que, en el folklore rumano, sirve para abrir cerrojos y candados.

[13] Hojas de parra o de col rellenas de carne, muy populares en la cocina oriental.

[14] Pastel de trigo sarraceno y especias que se elabora para honrar y recordar a los difuntos.

[15] Heroína de los cuentos populares rumanos.

[16] Era el edificio en el que se alojaban los bey y otros emisarios de la Sublime Puerta.

[17] Organización secreta fundada a comienzos del siglo xix por

patriotas griegos para luchar por la liberación griega del Imperio otomano.

18 «Salinas de Turda» en húngaro. Aparece así en el original.

19 Gorros cilíndricos o redondos de piel que utilizaban los señores.

20 El baile de la cabra se celebra en Rumania entre Navidad y Año Nuevo para celebrar la fertilidad.

21 Baile tradicional en círculo.

22 Bebida refrescante de sabor amargo elaborada con harina de mijo, de maíz o de centeno, cocida y fermentada.

23 El autor hace un juego de palabras intraducible: *călugăriță* significa tanto monja como mantis religiosa.

24 Gorro redondo utilizado en la antigüedad.

25 Juego de palabras intraducible para referirse a Goethe y Heine: g/iete significa «botas» y *haine*, «ropa», «indumentaria».

26 Antigua corte real.

27 Se trata de la iglesia romanocatólica más antigua de Bucarest.

28 El *Zburător* es una criatura mitológica rumana, un ser volador que representa el amor no correspondido. Aquí lo traduciremos como Silfo.

29 *Noroc* significa «buena suerte», «salud», y se utiliza para brindar y expresar buenos deseos.

30 Palabra griega que significa «mi niña», «cariño».

31 Segundo mes del calendario sagrado judío y octavo del calendario seglar, que comprende desde mediados de abril hasta mediados de mayo.

32 *Sparanghel* significa «espárrago».

33 «Liebre, conejo».

34 Moneda que circuló en Hungría en el siglo xix.

35 Especie de carne seca que recuerda a la cecina.

36 Así se tradujeron los términos, de manera literal, en muchos libros antiguos, aunque aparecen también como *revelación y verdad* o *doctrina y verdad* en textos como la *Vulgata*.

37 Consumidores de hachís.

38 Hacerse invisible, desaparecer.

39 Hristos en rumano, de ahí la alusión a la H.

40 http://www.city-data.com/forum/africa/23o8932-mad-dog-king-abys-sinia-dern-foun-r.ht-ml